L. SPRAGUE DE CAMP

# *Lovecraft*

## *una biografía*

13

Pocos escritores han tenido una vida tan paradójica como el excéntrico y solitario «escritor de espantos» de Providence, considerado por todos como el gran maestro del horror sobrenatural. El estudio biográfico de Sprague de Camp narra de forma fascinante los extraños hábitos de Lovecraft, su tragicómica carrera literaria y conyugal, su decisivo papel en el origen del fandom de ciencia ficción y de terror, y cómo sus pesadillas, sueños y neurosis llegaron a entremezclarse con el hilo narrativo de sus historias, contribuyendo a cimentar la leyenda que surgió después de su muerte.

L. Sprague de Camp

# Lovecraft. Una biografía

Título original: *Lovecraft. A Biography*
L. Sprague de Camp, 1975
Traducción: Francisco Torres Oliver, 1992

———

Revisión: 1.0
06/08/2020

*A la memoria de los tres mosqueteros de Weird Tales*

*ROBERT E. HOWARD*
*H. P. LOVECRAFT*
*Y CLARK ASHTON SMITH*

# PREFACIO

*POR dos razones no llegué a conocer a H. P. Lovecraft. Primero, porque empecé a escribir sólo al año siguiente de su muerte, en 1937. En segundo lugar, porque rara vez leí Weird Tales, que fue casi su único cauce profesional, hasta casi una década después. ¡Ay!, en el verano de 1932, estuve en Boston, a una hora de su casa, siguiendo los cursos de graduado en M.I.T. Si lo hubiese sabido …*

Durante el período de 1946-60 empecé a tener noticias, poco a poco, de Lovecraft. También me enteré de la existencia de otros miembros del círculo Lovecraft-Weird Tales, especialmente de Robert E. Howard. Aunque me gustaba la ficción de Lovecraft, los relatos de Howard se acercaban más a esa especie de fanfarrona fantasía-aventura con la que ahora disfruto leyendo y escribiendo. Más tarde, asumí la misión de completar, reescribir y preparar varios relatos no publicados de Lovecraft; pero ésa es otra historia.

Hace unos años reuní material sobre Lovecraft y sus colegas para una serie de artículos de revista, «Literary Swords-men & Sorcerers». Para este proyecto contaba con la ayuda y el aliento de August W. Derleth, de Sauk City, Wisconsin, quien más o menos solo ha mantenido vivo el nombre de Lovecraft, y ha impreso sus libros desde su muerte.

Como sabía que Derleth se proponía escribir una biografía completa de Lovecraft, no se me ocurrió emprender semejante tarea. Pero Derleth murió repentinamente el 4 de Julio de 1971, y la biografía ha quedado sin escribir.

Dado que yo había acumulado muchas cartas y publicaciones de y sobre Lovecraft, parecía lógico por mi parte acometer tal empresa.

Me parecía que, aun cuando no había conocido a Lovecraft, tenía una ventaja sobre Derleth Pues mientras Derleth admiraba a Lovecraft hasta la idolatría, yo sentía que podía abordar el tema con más objetividad. Si tenía razón al pensar así, es cosa que corresponde juzgar al lector.

Cuanto más ahondaba en la vida de Lovecraft, más fascinante la encontraba. Veía en él algunos de mis propios defectos, en lo que espero sea una forma exagerada. El leer sobre sus muchos errores y desventuras me produce un sentimiento de «líbreme-Dios».

No pretendo comprender completamente a H.P. Lovecraft. Es difícil para quien está orientado hacia el futuro más que hacia el pasado, tiene un entorno físico distinto, no ha sentido nunca nostalgia, y no añora especialmente los escenarios de su juventud, comprender a un hombre que ha sufrido una aguda, eterna añoranza por la casa de su abuelo de Angell Street.

A mi juicio, el autor medio no es tema muy interesante para una biografía. La mayoría de los escritores se pasan la vida tecleando en sus máquinas de escribir, año sí año no, salvo cuando sus familias les llevan a rastras a pasar unas semanas de vacaciones forzosas.

Esto no quiere decir que los autores encuentren la vida aburrida. A menudo son entusiastas de su oficio. Pero sus fascinantes aventuras y descubrimientos tienen lugar, la mayoría de las veces, dentro de sus propias cabezas, por lo que no son válidas para el biógrafo.

Sin embargo, la autobiografía de un escritor puede ser muy interesante, cuando expone sus propios procesos mentales y sus experiencias emocionales. Aunque Lovecraft no escribió nunca una verdadera autobiografía, hizo en cambio lo que mejor podía sustituirla. Consignó su historia personal y sus pensamientos íntimos en cartas, de las que escribió un número increíble: 100.000, según una estimación. Aunque muchas han desaparecido, aún existen miles en los archivos de la Universidad Brown, en colecciones particulares, y publicadas.

Por la razón que sea, he leído miles de estas cartas, la gran mayoría en la letra original de Lovecraft. Si Lovecraft no hubiese dedicado tanto tiempo a la correspondencia, podría haber escrito más éxitos resonantes; pero entonces yo no habría podido escribir sobre él con tanto detalle.

Al preparar este libro, he contado con la generosa ayuda de muchos colegas y admiradores de Lovecraft. Particularmente, debo dar las gracias a:

Irving Binkin, por dejarme utilizar la colección de textos lovecraftianos de Phillip Jack Grill, y proporcionarme fotocopias de centenares de páginas de cartas y publicaciones de aficionados, así como la fotografía de la familia Lovecraft.

La biblioteca de la Universidad Brown, por la utilización de copias de numerosas cartas, publicaciones y fotografías de H. P. Lovecraft, tanto suyas como hechas por él;

Mi esposa, Catherine Crook de Camp, por robar tiempo a su propio trabajo literario profesional, para preparar mi manuscrito;

Frank Belknap Long, por revisar gran parte del manuscrito y someterse a prolongadas entrevistas acerca de sus recuerdos sobre Lovecraft.

Ethel Phillips Morrish (*Mrs*. Roy A. Morrish), prima y heredera de Lovecraft, por su permiso a citar ad libitum pasajes de cartas de Lovecraft y facilitar antecedentes sobre la familia Phillips.

Sam Moskowitz, por permitirme utilizar su inestimable colección de viejas revistas, incluidas las de Weird Tales y las de Munsey; y a Henry L. P. Beckwith, Kenneth W. Faig Jr., Donald M. Grant, y Barton Levy St. Armand, que me enseñaron Providence y Rhode Island; leyeron y criticaron todo o parte del manuscrito, y contestaron a muchas preguntas sobre Lovecraft y su entorno.

Doy las gracias también a las siguientes personas, por las distintas ayudas que me han prestado, tales como contestar a preguntas, darme permiso para efectuar citas, y facilitar copias de cartas, publicaciones y fotografías: Forrest J. Ackerman, Janet Jeppson Asimov, Jacques Bergier, Edward P. Berglund, Robert Bloch, Harry Brobst, Lin Cárter, David Chavchavadze, Edward Sherman Colé, Willis Conover, William L.

Crawford, Gerard B. Crook, Gerry de la Ree, Arthur P. Demers, el difunto August Derleth, el Rev. John T. Dunn, Steve Eng, Christopher Evans, Jacques Ferron, Harry O. Fischer, Robert M. Fischer, Alfred Galpin, Theodore Grieder y Richard J. Schaubeck Jr., de las Bibliotecas de la Universidad de Nueva York, Robert C. Harrall, Forrest D. Hartmann, Robert W. Kenny, Lawrence Kunetka, Jerry A. Lawson, Fritz Leiber, Maurice Lévy, Glenn Lord, Samuel Loveman, Rochará Mohr, Harry O. Morris Jr., Dirk W. Mosig, Vrest Orton, Emil Petaja, Edgar Hoffmann Price, William Pugmire, W. Peter Sax, James Schevill, Roy A. Squires, John H. Stanley y la difunta Christine D. Hathaway de las bibliotecas de la Brown University, Kenneth J. Sterling, Wilfred B. Taiman, Oswald Train, Sheldon y Helen Wesson, George T. Wetzel y Sheila J. Woodward.

L. SPRAGUE DE CAMP
Villanova, Pennsylvania
Agosto de 1974

Nota[0].

# 1. COLLEGE HILL

*Where hay and tranquil river blend,*
*And leafy hillsides rise,*
*The spires of Providence ascend*
*Against the ancient skies,*

*And in the narrow windling ways*
*That climb o'er slope and crest*
*The magic of forgotten days*
*May still be found to rest*[1]

LOVECRAFT

EN una enorme casa de madera con tres plantas, en Providence, Rhode Island, vivía Whipple Van Burén Phillips con su esposa y dos hijas solteras. El tercer piso, cuyos hastiales y buhardillas miraban en todas direcciones, albergaba a cuatro criados. La casa se alzaba en un espacioso parque de cuidados paseos, emparrados, árboles, un huerto y una fuente; y detrás de la casa, un cobertizo albergaba el coche de los Phillips y sus tres caballos.

Además de las comodidades de la vida americana de clase en los años 1890, la casa del 454 de Angell Street[2] incluía una biblioteca de 2.000 libros, algunos de los cuales tenían siglos. Whipple Phillips y su esposa Robie eran personas instruidas. Robie Phillips, que había recibido una

buena formación para su época, tenía gran interés por la astronomía y coleccionaba libros sobre el tema.

A esta casa, a finales de la primavera o principios del verano de 1893, vino a vivir la hija segunda de los Phillips, Susie Phillips Lovecraft, con su hijo de dos años, Howard.

Susie había estado viviendo con su marido. Winfield Scott Lovecraft, en las afueras de Boston; pero el marido se había convertido en un loco violento y le habían ingresado en un sanatorio para enfermos mentales. El golpe que supuso para Susie el desmoronamiento de su marido, al parecer, desencadenó en ella un deterioro mental que prosiguió hasta su muerte, veintiocho años más tarde. Entre sus indulgentes abuelos y tías, y su madre neurótica, el joven Howard Lovecraft tuvo, efectivamente, una educación muy singular.

Años más tarde, a H. P. Lovecraft le gustaba hablar del talento de su madre: lo bien que cantaba y tocaba el piano, cómo pintaba, y sus conocimientos de francés. Las personas que la conocieron después de la muerte del marido, sin embargo, hablan de manera muy diferente. Albert A. Baker, abogado de la familia, la llamaba la «hermana débil». El psiquiatra del Butler Hospital, donde ingresó ella en 1919 durante su última enfermedad, la calificó de «mujer de limitados intereses, que recibió con una psicosis traumática, la noticia de la inminente quiebra[3]».

Sin su marido, Susie se obsesionó con la idea de que el pequeño Howard era cuanto tenía. Puesto que sus limitados intereses se concentraban ahora en su hijo, protegió, mimó, consintió y malcrió al niño hasta un grado que el más acérrimo abogado de la educación tolerante habría juzgado excesivo. Aplanó los nudos ornamentales de la mecedora victoriana en la que solía acunarle mientras le cantaba tonadas de *Pinafore* y *The Mikado* para que no se hiciese daño con ellos. Además:

> Durante sus vacaciones de verano, en Dudley, Massachusetts, la señora Lovecraft se negaba a cenar en el comedor, para no dejar solo a su hijo dormido durante una hora, en el piso de arriba. Cuando una pequeña instructora, la señorita Sweeney, sacaba al distinguido jovencito a dar un paseo, cogido de la mano, la madre de Howard le

> mandaba que se inclinase un poco, no fuese a arrancarle el brazo. Cuando Howard pedaleaba en su triciclo por Angell Street, la madre iba a su lado, con una mano protectora puesta sobre su hombro[4]…

Susie dejaba que su hijo comiera lo que quisiese. A consecuencia de esto se volvió un ávido consumidor de dulces y helados, en vez de alimentos más saludables, y nunca venció sus infantiles aversiones hacia el pescado y algunas verduras corrientes. Le dejaba levantarse y acostarse cuando quisiera; se convirtió en una criatura nocturna a la que raramente veían durante el día; cuando tenía siete años, ella le confiscó un ejemplar de la novela de H. G. Wells, *La isla del Doctor Moreau*, no fuese que sus horrores dañaran sus delicados nervios.

Susie Lovecraft había deseado ardientemente tener una niña; había empezado un arca de vestidos para cuando esto sucediera. De ahí que favoreciese persistentemente las características de su hijo que consideraba femeninas. Le vestía con ropas estilo Lord Fauntleroy, y trataba deliberadamente de feminizarle. De pequeñito, Lovecraft insistió durante algún tiempo: «Soy una niña[5]».

Era un niño de ojos castaños y largos y dorados bucles. Cuando los Lovecraft se hospedaron con una familia llamada Guiney en Massachusetts, estos bucles indujeron a la señora Guiney a llamarle «rayito de sol». Susie le hizo llevar bucles hasta los seis años, aunque él empezó a quejarse de ellos a la edad de tres. Durante algún tiempo, Susie le apaciguó mostrándole retratos del siglo XVIII del *Spectator*, que representaban a hombres maduros con cabello largo y calzón corto, como él. Aquí se inició su inveterado entusiasmo por el barroco, aunque no se reconcilió con los bucles. Por último, al cumplir los seis años, Susie tuvo que ceder a sus quejas. Llorando amargamente, le cortó el pelo[a en la [6]].

A partir de entonces, cosa extraña, evitó todo contacto físico con el chico, y decía a la gente que era feo. Mucho tiempo después, Lovecraft confesó a su esposa que la actitud de su madre hacia él había sido «devastadora». Su tía Lillian le contó a una amiga suya «que han sido muy tontos con la superprotección con que han rodeado al chico, incluso hasta los treinta años»[7]. Pero era demasiado tarde ya para hacer nada al respecto.

Howard Lovecraft fue, además, un niño muy precoz, de memoria asombrosa. Conocía las letras a los dos años, leía a los tres, y escribía a los cuatro. Pronto empezó a leer por su cuenta en la biblioteca de los Phillips.

Howard Phillips Lovecraft (1890-1937) llama la atención de todo amante de la literatura imaginativa, no sólo por sus historias enormemente originales, su dilatada influencia y su posición clave en el género, sino también por su extraña personalidad. Encarnaba más contradicciones de las que uno puede imaginar que quepan en un solo ser humano.

Cuando Lovecraft murió era casi desconocido fuera del reducido círculo de amigos, corresponsales y conocedores de la literatura fantástica. No se había publicado profesionalmente un solo libro con sus historias, aunque sus amigos habían hecho infructuosos esfuerzos de aficionado por imprimirlos. El libro *Rhode Island, a Guide to the Smallest State*, publicado el año de su muerte por el Federal Writer's Project, no menciona a Lovecraft en su capítulo sobre los escritores de Rhode Island. Ni tampoco el folleto turístico del *Providence Journal, Visitar Providence*. El propio Lovecraft se consideraba a sí mismo una completa calamidad, un «total fracaso».

Sin embargo, treinta y tantos años después, las obras de Lovecraft se venden a cientos de miles. Los coleccionistas pagan de 30 a 100 dólares por cada una de sus cartas. Ha servido de argumento para una obra de teatro, y ha sido tema de cinco tesis doctorales.

Lovecraft ha sido traducido a diez o más lenguas extranjeras y equiparado, especialmente en los países latinos, a Edgar Alian Poe. Un escritor español, José Luis García, sitúa a Lovecraft entre los diez mejores escritores de todos los tiempos. Michel de Ghelderode, de Bélgica, le coloca entre los cuatro más grandes de América, siendo los otros tres Poe, Bierce y Whitman. Stephen Vincent Bener se unió a Jean Cocteau y a André Billy, de Francia, en sus alabanzas a la obra de Lovecraft[8]. El domingo, 5 de agosto de 1973, el periódico de Buenos Aires *La opinión* dedicó todo su suplemento cultural a Lovecraft.

Lovecraft lamentaba su propia falta de talento; sin embargo, toda su

vida se autoimpuso barreras entre él y sus metas. Condenaba la afectación y las poses, pero era el mismísimo príncipe de los *poseurs*. Le gustaba considerarse un viejo recluso, y cuando escribía a sus tías las llamaba «mi querida hija» y «mi querida nietecita», y firmaba sus cartas «Abuelo».

Adoptaba el lenguaje, las actitudes e incluso la escritura («antient», «publick», «ask'd») de un *tory* inglés del siglo XVIII, o de un realista colonial cuando menos. Terminaba sus cartas con exclamaciones como «¡Dios salve al Rey!», y una vez apareció con tricornio en una fotografía de un periódico local. Cuando su amigo Morton le tachó de *poseur*, él replicó blandamente: «Pero ¿a que es una pose artística?»[9].

Una vez visitó el monumento a los primeros coloniales caídos en la revolución, en Lexington. Massachusetts. Al preguntársele si no había sentido ninguna reacción emocional, replicó: «¡Por supuesto que sí! Me acerqué y exclamé en voz alta: ¡Así perecen todos los enemigos y traidores a Su legítima Majestad el Rey Jorge III!»[10].

Materialista filosófico, tenía un sólido conocimiento de las ciencias y un profundo respeto por el método científico. Sin embargo, estaba lleno de teorías raciales pseudocientíficas. Cantaba la «infinita superioridad de los arios teutónicos» y «el vigoroso grito del guerrero de ojos azules y barba rubia»[11]; aunque personalmente distaba mucho de parecerse a un fornido saqueador vikingo, como uno puede imaginar.

A pesar de jactarse de ser un guerrero nórdico sediento de sangre, y de sus historias sobre gules, caníbales y cadáveres putrefactos, era tan escrupuloso que, cuando atrapaba un ratón, tiraba el cepo también para no tocar su diminuto cadáver. Impenitente nacionalista beligerante, se sentía tan abrumado por los remordimientos porque una vez, siendo joven, había matado una ardilla, que no volvió a cazar más.

La mayoría de la gente que cambia de opinión política, empieza como liberal o radical y acaba haciéndose conservador con los años; Lovecraft empezó como ultraconservador para volverse después socialista liberal y ferviente admirador de Franklin D. Roosevelt.

Lovecraft escribió: «… mi odio hacia el animal humano crece a oleadas cuantos más miserables veo»; y su esposa decía: «creo que odiaba a la humanidad en abstracto»[12]. Sin embargo, para proclamarse misántropo,

reunió una maravillosa colección de amigos fieles. Todos ellos le describían como una de las personas más amables, generosas y desinteresadas que habían conocido.

Hasta los últimos años de su vida, Lovecraft fue etnocéntrico hasta la manía. En abstracto, odiaba a los extranjeros, inmigrantes y gentes de otras razas a quienes llamaba «ratas miserables de *ghetto*» y «mestizos orientales de hocico de rata y ojillos de abalorios»[13]. Cuando vivía en Brooklyn y se enteró de que su vecino era sirio, reaccionó como el hombre que descubre una serpiente cascabel en su bañera.

Sin embargo, después de conocer a algunos miembros de esta raza odiosa, se comportó siempre amable, cortés, generoso y afectuoso con ellos, como lo era con los anglosajones. A pesar de toda su cacareada antipatía hacia los judíos, se casó con una judía y contó con un judío entre sus amigos más allegados. En sus últimos años, Lovecraft abandonó prácticamente todas sus fobias étnicas y atacó las mismísimas opiniones de que antes había hecho gala.

Lovecraft daba buenos consejos en cuestiones literarias, pero no los tenía en cuenta para sí mismo. Aconsejaba a los poetas noveles que evitasen afectaciones tales como palabras y ortografía arcaizantes, mientras que él componía en un estilo de los tiempos de la buena reina Ana. Les instaba a no caer en «excesos barrocos», aunque los críticos encontraban sus propias obras cargadas de tales excesos.

Advertía a un joven amigo contra su ilusión de que el mundo se lo debía todo por su talento literario y gusto artístico[14]. Pero Lovecraft actuó toda su vida como si se lo debiese a él. Asumió el papel de aristócrata venido a menos que no quería comprometer sus principios caballerescos por vulgares motivos mercenarios.

Arremetía contra el «sentimentalismo empalagoso[15]» en la literatura; pero si había alguien empalagosamente sentimental con su propia niñez y sus recuerdos, ése era H. P. L.

Detestaba los desórdenes y desviaciones sexuales. Sin embargo, su propio acercamiento al sexo fue tan melindroso y cohibido que, sumado al elevado timbre de su voz, y a lo que incluso su gran amigo Galpin ha llamado sus «modales afectados»[16], alguien podría haber puesto en duda

también su orientación sexual.

Aunque indudablemente amó a Sonia, la mujer de su corta vida conyugal, la verdadera aventura amorosa de su vida la tuvo con la ciudad de Providence; o sea, con la ciudad material —las casas y las calles—; no con la gente, que le importaba bien poco, y la cual le ignoraba casi por completo. Esta pasión le mantuvo anclado en Providence casi toda su vida, aunque padecía una dolencia que le hacía hipersensible al frío de los inviernos americanos.

Un crítico llamó a Lovecraft «una complicada mezcla de inválido neurasténico y superhombre nórdico; de arrogante *poseur* y solitario desambientado, de fantasista cósmico y riguroso materialista científico; erudito, burlón e investigador, enemigo de la vida y amante que nunca encontró un objeto digno al que ofrecer su amor, salvo en la forma indirecta de esas cartas torrenciales, impulsivas, que reclaman y rechazan ese afecto que era… simplemente su derecho como ser humano»[17].

Este retrato no es desatinado en general, aunque se equivoca en su selección. Omite muchas cualidades positivas, tales como su aguda inteligencia, sus vastos conocimientos, su sensibilidad artística, su rigurosa probidad, su encanto, cortesía y amabilidad personales.

Sus rarezas le hacen parecer un antipático extravagante. Sin embargo, los que llegaban a conocerle, predispuestos en su contra, se sentían cautivados. En 1920, un periodista aficionado colega suyo, George Julián Houtain, fue a visitarle, y escribió:

> En cierto modo, jamás había sentido deseos de conocer a Lovecraft; tenía la impresión de que era pesado y pomposo… El representa todas las cosas que yo detesto; sin embargo, desde el momento en que le conocí, sentí una profunda simpatía hacia él[18].

Así le concebimos: un hombre de virtudes excepcionales y defectos extraordinarios. Un hombre a la vez encantador y detestable, según qué lado de su complicada naturaleza contemple uno; un hombre nacido fuera de su tiempo; escritor de relatos sobre los que las opiniones difieren hasta un grado fantástico; hombre cuya poderosa influencia en su género contrasta

totalmente con el mísero reconocimiento que se le concedió en vida.

La ciudad de Providence es un lugar atractivo, especialmente para aquellos a los que les gusta la arquitectura colonial, la atmósfera yanqui de otros tiempos y la madrugada. El habla local es un americano típico de Nueva Inglaterra occidental.

Rhode Island es, en superficie, el más pequeño de los cincuenta Estados, con 1.248 millas cuadradas únicamente, 181 de las cuales están bajo el agua. Comprende la amplia y profundamente mellada Bahía de Narragansett, en la que emergen varias islas. La colonia tomó definitivamente su nombre de la mayor de éstas[19].

Expulsados de Massachusetts por herejía en 1636, Roger Williams y cuatro compañeros se asentaron en el solar de Providence. Williams fue uno de los primeros hombres de la cristiandad que abrazaron el principio de libertad religiosa. Acogió a los cuáqueros cuando Massachusetts los ahorcaba juntamente con las brujas y los piratas. Incluso invitaba a los «papistas, infieles, turcos y judíos[20]» a asentarse sin temor en la colonia.

Aunque los habitantes de Rhode Island observaban un grado muy bajo de religiosidad, persistían en las virtudes puritanas de la economía, la empresa comercial y el tesón en el trabajo. Cuando, en 1762, una compañía de actores instaló un teatro en Providence, una comitiva del pueblo convenció a la Asamblea para que los echase del pueblo, no porque sus obras fuesen inmorales, sino por ser «tan caras distracciones y vanos divertimientos, que no pueden traer ninguna buena inclinación para nosotros, especialmente en estos tiempos en que esta Colonia, lo mismo que otras, soporta la penosa calamidad de una inusitada sequía, y una gran escasez de heno y provisiones»[21].

La Bahía de Narragansett se bifurca en su extremo norte. El brazo oriental es el río Taunton; el occidental, es el llamado Seekonk: en realidad, se trata del estuario del Blackstone. Providence se halla en el lado occidental del Seekonk. Además de ser la capital del Estado, es una ciudad industrial y puerto de mar de segunda categoría. Su población ha alcanzado en este siglo los cinco millones y cuarto.

El pequeño río Providence, ahora cubierto de puentes en su mayor parte, corta la ciudad para desembocar en el Seekonk. Paralelas al río Providence, la vía férrea de Penn Central y la Carretera Interstatal 95 corren a lo largo de una depresión que atraviesa el centro de la ciudad.

La estación de Penn Central da fachada a una gran plaza central, adornada con estatuas y otros monumentos. Al sur y al este de esta plaza se extiende el gran distrito comercial, donde los grandes edificios de oficinas han empezado a empequeñecer las reliquias de los siglos XVIII y XIX. Poco más de una cuarto de milla al norte de la estación se encuentra el edificio del Estado de Rhode Island, de mármol y granito blanco, construido entre 1895 y 1901, con columnas y cúpula central.

El valle por el que corren el río, el ferrocarril y la carretera general está flanqueado por dos montes, además de otras elevaciones menores. Al oeste se alza Federal Hill, de extensa base y suave pendiente.

Su población ha sido desde hace tiempo densamente italo-americana. Al este se encuentra College Hill, menos alta aunque de mayor pendiente, donde las casas componen un museo viviente de arquitectura colonial y federalista. College Hill ocupa una tosca península, de una milla de anchura, formada por la unión de los ríos Providence y Seekonk. Sobre su empinada ladera occidental, la Universidad Brown corona la colina.

Benefit Street, que corre a lo largo del lado oeste del campus, se caracteriza por sus casas coloniales de ladrillo rojo y estructura de madera. El número 88 es la casa de Sarah Helen Whitman, construida en la década de 1780, y famosa por la irresistible viuda que vivió allí en las décadas de 1830 y 40. Allí estuvo en 1848, último de su vida, Edgar Alian Poe, cortejando febrilmente a la señora Whitman. Accedió a casarse con él si dejaba la bebida; él lo prometió, pero no tardó en reincidir y ser despedido.

Cruzando Benefit Street en ángulo recto, está Angell Street, donde Lovecraft vivió treinta y uno de sus cuarenta y seis años. Sube en cuesta por College Hill, cruza el campus de la Universidad Brown y baja por el lado opuesto. Salvo algunos edificios de oficinas y la autopista que atraviesa el centro de la ciudad, Providence es muy semejante a como era en tiempos de Lovecraft.

Durante la niñez de Lovecraft (1890-1910) la gente de Providence

estaba dividida en estratos sociales a la manera de la vecina Boston. La corteza de esta sociedad estaba formada por americanos viejos: personas de remota ascendencia nord-europea, en su mayoría protestantes anglosajones. Entre ellos, «el máximo acento se sitúa en el deber, la honradez, los buenos modales y la serena perfección; más que en el dinero o la ostentación»[22].

La economía estaba altamente considerada en su escala de virtudes. En una casa acomodada, no sólo se toleraba un moderado desaliño en la persona y la propiedad, sino incluso se admiraba, como signo de economía del propietario. Como aconseja el bostoniano de la novela de John P. Marquand, *The Late George Apley* (1946), a su hijo:

> La casa de tu tío-abuelo me ha parecido siempre parte de él mismo y, por consiguiente, no sujeta a cambio. La sencillez del mobiliario, la severidad de sus salones, los gastados dientes de los tenedores de su mesa, y los zurcidos del mantel, han sido para mí características reveladoras de un valor inherente. Tu tío-abuelo William, si quisiera, podría vivir con la ostentación del *nouveau viche*; pero no quiere. Tiene aversión a la manifestación externa, sentimiento que comparten los que están acostumbrados al dinero. Él sigue acudiendo a su negocio en tranvía, y quizá se compra un traje al año …

Esta clase imperante se apegó a un conservadurismo procapitalista extremado, semejante al que movió al personaje de Marquand, George Apley, a arremeter contra «estupideces socialistas tales como el impuesto sobre la renta y pensiones de vejez»[23]. En el seno de esta multitud había una masa de inmigrantes y gente de otras razas, mayormente italianos, irlandeses, portugueses y judíos de diversa procedencia. Había animosidad entre los grupos superiores y los inferiores, especialmente cuando estas otras razas empezaron a trepar hacia posiciones que los americanos viejos consideraban suyas por derecho de descendencia. Un crítico ha descrito así el cambio que se operó en Boston durante los siglos XIX y XX:

> Fue un período de sentimiento muy colonial inglés en el que el concepto de sociedad, en el sentido británico, no sólo era aceptado, sino puesto de relieve. Se hablaba con seriedad de quiénes eran la clase alta, quiénes la clase media y quiénes no… Importaba tanto la sangre como la educación. Se admiraba todo lo inglés …

Entre los americanos viejos, los más altamente considerados eran los que poseían una riqueza heredada. Aunque el dinero era siempre bueno, se consideraba el viejo mejor que el nuevo. Se creía que criándose en la abundancia en vez de luchar por ella, se aprendía más fácilmente el código de conducta de la gente bien nacida.

Por debajo de esta clase supra-superior, estaban los americanos viejos que, partiendo de poco o de la nada, se habían enriquecido, o los que habían hecho dinero en otro tiempo, pero no tenían ya. Los antepasados maternos de Lovecraft, la familia Phillips, se vio reducida a esta clase superior venida a menos. Un conocido los describió como «anticuada gente distinguida, de mucha importancia en la parte este de la vieja y aristócrata Providence, antes de la Primera Guerra Mundial»[24].

Como el resto de la nación, Nueva Inglaterra ha sentido las fuerzas mezcladoras, niveladoras, homogeneizadoras del siglo XX. De ahí que se haya borrado y destruido gran parte de la antigua estratificación social. Pero a las viejas actitudes les cuesta morir. Aún puede encontrar uno en Nueva Inglaterra el sereno orgullo de clase, de casta y de linaje del americano viejo; una tradición de opulencia hábilmente oculta tras una fachada de elegante mal vestido; y un gran respeto hacia la economía, la sobriedad, el trabajo, la prudencia y la probidad.

Como la mayoría de los habitantes de Nueva Inglaterra de clase superior, los Phillips eran conscientes de su estirpe. A Lovecraft, que andaba buscando lápidas ancestrales en los cementerios de la parte occidental de Rhode Island, le gustaba proclamar que la familia de su madre procedía de los Phillips más prominentes de Rhode Island, y éstos de antepasados británicos con título. Un genealogista, sin embargo, afirma que

las conexiones de Lovecraft son dudosas.

Al oeste de Providence, la tierra se ondula en una serie de colinas bajas y redondeadas. De esta tierra arrancaron el bosque original para el cultivo; pero, en el presente siglo, la mayoría de las granjas han sido abandonadas y la tierra se ha vuelto a poblar de una segunda vegetación densa y baja.

Quince millas al oeste de Providence, a orillas del Connecticut, se encuentra el «pueblo» (es decir, el término municipal) de Foster. Aquí, en la aldea de Moosup Valley, vivía la familia agricultora de los Phillips, y aquí, el 22 de noviembre de 1833, nació Whipple Van Burén Phillips.

A los catorce años, Whipple Phillips quedó huérfano al perecer su padre, Jeremiah Phillips, en un accidente de molino: se le engancharon los faldones de la casaca en la maquinaria. El joven Whipple Phillips dirigió un almacén en Moosup Valley; inventó una máquina desbastadora e hizo dinero con ella. En 1855, él y su hermano menor, James, se enamoraron de dos chicas de la localidad, Robie Alzada Place y su prima Jane Place. Whipple dijo a James: «Tú te quedas con Jane y la granja, y yo me voy con Robie a Providence a buscar fortuna»[25].

Whipple Phillips era un hombre robusto, enérgico, emprendedor y extrovertido que tenía una larga y variada carrera de negocios, aunque en definitiva afortunada. Dirigió un aserradero y se metió en el negocio del carbón y la compra-venta de fincas en el pueblo de Greene, así llamado por el héroe de la Guerra Revolucionaria. En 1874, tras vender sus negocios locales, se estableció en Providence. Desempeñó varios cargos públicos y se unió a todas las organizaciones que se le presentaron, llegando a convertirse en un destacado masón.

Whipple Phillips adquirió un aceptable grado de cultura. Visitó dos veces Italia y cultivó el gusto por el arte italiano; en sus últimos años fue un hombre ancho, fornido, con un gran mostacho blanco de morsa.

Whipple y Robie Phillips tuvieron cinco hijos, cuatro niñas y un niño. Las tres niñas que sobrevivieron fueron Lillian Dolores (1856-1932), Sarah Susan (llamada «Susie», 1857-1921) y Annie Emeline (1866-1941). Lillian, mujer simple de nariz corta y encorvada y lentes que le daban aspecto de lechuza, era tranquila, tímida, serena y alegre. Susie, a pesar de su nariz prominente y larga barbilla, estaba considerada como la belleza de la

familia. Tenía vagas inclinaciones artísticas aunque era boba y poco realista. Annie, pequeña y de buen parecer, tenía más genio y sentido común que las otras dos hermanas.

Las tres jóvenes fueron educadas en un colegio para señoritas. Lillian mostraba un vivo interés por la literatura y la ciencia. Susie sabía tocar el piano y cantar, y tanto ella como Lillian eran pintoras competentes.

El hijo de Whipple Phillips, Edwin E. Phillips (1864-1918), se casó en 1894, aunque no tuvo hijos. Trabajó con su padre, pero se peleó con él poco antes de la muerte de Whipple, por lo que fue tratado en el testamento menos generosamente que sus hermanas.

De las tres hermanas Phillips, la primera en casarse fue la mediana, la preciosa pero estúpida Susie. El 12 de junio de 1884, en la iglesia episcopaliana de St. Paul de Boston, se unió en matrimonio con Winfield Scott Lovecraft, viajante de comercio de la compañía Gorham Silver, de Providence. Ella tenía treinta y un años y él treinta y cinco.

Este Lovecraft era un hombre elegante, presumido en el vestir, de lujuriante mostacho. Aunque nacido en Rochester, Nueva York, hablaba con tan pronunciado acento británico que sus amistades le recordaban como un «inglés pomposo»[26].

El abuelo de Winfield Lovecraft, Joseph Lovecraft, había sido oriundo de Devonshire, Inglaterra, cuyo padre había perdido su propiedad. En 1827, Joseph Lovecraft emigró a los Estados Unidos con su esposa y seis hijos y se estableció en Rochester. Uno de los hijos, George Lovecraft (1815-1895) se casó con Helen Allgood, también de padres británicos, y crió a dos hijas y un hijo. Nacido en 1853, el hijo, como muchos de los niños de su tiempo, recibió el nombre de un héroe popular, en este caso el del general Winfield Scott, de la guerra mejicana. Cuando Winfield Lovecraft se hizo mayor, sus padres, orgullosos de su ascendencia británica, insistieron en que hablase a la manera inglesa.

Los padres de Winfield Scott Lovecraft se mudaron a Mount Vernon, Nueva York, y el joven Winfield Lovecraft entró a trabajar para la Gorham. Parece que fue un viajante competente, aunque se sabe poco de él.

Después de casarse, la no-muy-joven pareja alquiló un piso en Dorchester, Massachusetts, al sur de Boston, dado que la mayoría del

trabajo de Winfield Lovecraft estaba en aquel entonces en Boston. Antes del nacimiento de su único hijo, catorce meses más tarde, Susie Lovecraft regresó a la casa de su padre en Providence. Allí, el 20 de agosto de 1890, Howard Phillips Lovecraft —en aquel tiempo el único americano conocido con el apellido Lovecraft— vio la luz por primera vez.

# 2. VÁSTAGO TORCIDO

*By a route obscure and lonely,*
*Haunted by ill angels only,*
*Where an Eidolon named Night,*
*On a black throne reigns u pright,*
*I have reached these lands but newly*
*From an ultímate dim Thule*
*From a wild weird clime that lieth, sublime,*
*Out of SPACE - out of TIME*[27].

POE

PUESTO que el principal trabajo de Winfield Lovecraft estaba en Boston, pensó comprar un solar en esa región y construir una casa. En la primavera de 1892, cuando Howard contaba año y medio, se mudó la familia. Sus movimientos durante el año siguiente son inciertos. Según Lovecraft, la familia alquiló temporalmente un piso en Dorchester, y pasó las vacaciones en Dudley, Massachusetts.

También estuvieron hospedados unas siete semanas, entre junio y julio, en casa de los Guiney, en Auburndale, Massachusetts, un suburbio próximo al depósito Stony Brook. La familia Guiney estaba formada por la poetisa Louise Imogen Guiney (1861-1920), una solterona intelectual de treinta y tantos años, y su madre, viuda de un general de la Guerra Civil, de origen

irlandés. En 1892, los Guiney pasaban apuros económicos, Louise se ganaba la vida escribiendo poemas y artículos para los periódicos locales, corrigiendo pruebas de imprenta y demás formas de publicación eventual.

Cuarenta años más tarde, Lovecraft dijo que su madre había sido amiga de Louise Guiney, y que los Lovecraft habían vivido con los Guiney seis meses, en el invierno de 1892-93. Las cartas de Louise Guiney de 1892, sin embargo, revelan que la memoria de Lovecraft le había engañado. Lejos de ser amiga íntima de Susie, Louise sentía antipatía hacia los Lovecraft, y la presencia de éstos le molestaba. Llegó a escribir: «Dos detestables paganos van a venir a HOSPEDARSE este verano». «Son dos y medio, y como digo son atroces filisteos a quienes odio con entusiasmo». «Aún siguen aquí estos malditos huéspedes, Dios quiera que se marchen el mes que viene». «Los inefables se han ido, y somos dueñas de nosotras mismas otra vez»[28].

No son difíciles de adivinar los motivos por los que los Lovecraft mayores caían tan mal a Louise. Ella era una intelectual completa, conocedora de la literatura europea desde varios siglos atrás, de los escritores franceses e italianos, y era indiferente a los aspectos prácticos de la vida. Llamaba «filisteas» a las personas prosaicas, convencionales, no intelectuales y de espíritu comercial. Probablemente los Lovecraft fastidiaban tremendamente a Louise.

Las relaciones de Louise con el pequeño Howard Lovecraft, sin embargo, parece que fueron amistosas. Ella le enseñó Mamá Gansa y el *Maud* de Tennyson. Cuando le preguntaba: «¿A quién quieres?», le enseñaba a contestar: «¡A Louise Imogen Guiney!». Como Louise había publicado ya varios libros de poemas y ensayos, venían a visitarla eminentes escritores. Lovecraft se sentaba en las rodillas del Dr. Oliver Wendell Holmes.

Años después, los primeros recuerdos de Lovecraft se referían a las vacaciones en Dudley y a su estancia en casa de los Guiney:

> Recuerdo la casa con su tremendo depósito de agua en el ático y mis caballos-mecedores en lo alto de la escalera. Recuerdo también las tablas tendidas para facilitar el paso en tiempo lluvioso… y una hondonada con árboles, y a un niño con un pequeño rifle que me

> dejaba apretar el gatillo mientras mi madre me sostenía… Mis primeros recuerdos *claros* y *conexos* se sitúan en Auburndale: las calles sombreadas, el puente sobre las vías B. y A. R. R. con el sector comercial más allá de la casa de los Guiney en la Av. Vista, los perros San Bernardo de la gran poetisa, los recitales de poesía en los que me ponían de pie sobre una mesa y declamaba Mamá Gansa y otros clásicos infantiles …

Dada la extrema juventud de Lovecraft en la época en que conoció a Louise Guiney (aún no había cumplido los dos años), y el poco tiempo que vivió con ella, sería temerario fiarnos de sus posteriores actitudes respecto a ella. Sin embargo, no pueden por menos de sorprender las semejanzas existentes entre los dos. Además, Lovecraft era precozmente consciente e inteligente, y poseía una memoria asombrosa que alcanzaba hasta su segundo año.

Como Lovecraft después, Louise Guiney despreciaba la vida de los negocios y le importaba poco el dinero. Como él, era una ardiente anglofila. Como él, rechazaba el mundo moderno y profesaba lealtad a las épocas anteriores. Como él, su concepción de la vida era asexual.

Aunque escritora inteligente, prefería dedicar su tiempo a monografías eruditas sobre poetas olvidados del siglo XVII a ganar más dinero. Escribía mucha poesía (siento decir que encuentro sus poemas empalagosos y monótonos; para Lovecraft eran ininteligibles).

Durante este período, Winfield Lovecraft parece que desempeñó normalmente su papel de marido-y-padre. H. P. Lovecraft recordaba que solía subirse encima de su padre cuando éste se sentaba, resplandeciente con su chaqueta y chaleco negros, su pantalón a rayas, su cuello duro y su pañuelo anudado. El niño le daba a Winfield una palmada en la rodilla y gritaba: «¡Papá, pareces un joven!»[29].

No sé donde vivieron los Lovecraft durante el otoño y el invierno de 1892-93, pero en cualquier caso esta armonía no duró mucho. En abril de 1893, cuando Howard Lovecraft tenía dos años y medio, Winfield

Lovecraft fue a Chicago en viaje de negocios. «Solo, en la habitación del hotel, empezó a gritar de pronto que la camarera le había insultado y que estaban atacando a su esposa en el piso de arriba»[30]. Fue puesto bajo custodia, y regresó al este. Como estas alucinaciones empezaban a hacerse cada vez más frecuentes, fue incapacitado legalmente, confiado a la tutela del abogado Albert A. Baker, e ingresado en un sanatorio psiquiátrico.

Este estado de cosas continuó durante cinco años, hasta el 25 de abril de 1898, en que Winfield fue admitido (o readmitido) en el Butler Hospital de Providence, en estado de avanzada enfermedad mental o «parálisis general progresiva». Murió el 19 de julio, a la edad de cuarenta y cuatro años. La causa de su muerte consignada en su certificado de defunción es «paresia general».

Hoy en día, «paresia» designa los trastornos consiguientes a un avanzado caso de sífilis. Los que escriben sobre Lovecraft han supuesto, por tanto, que Winfield murió de sífilis, si bien en los años 1890, el término «paresia» aún se utilizaba como sinónimo general de «parálisis».

En 1958, el Dr. David H. Keller, psiquiatra y antiguo colaborador de *Weird Tales*, escribió un artículo arguyendo que no sólo murió de sífilis Winfield Lovecraft, sino que también la transmitió a su esposa, de manera que H. P. Lovecraft sufrió toda su vida una sífilis hereditaria congénita.

Otro psiquiatra, Kenneth J. Sterling, que había conocido a H. P. Lovecraft personalmente, disiente enérgicamente. Las ideas médicas de Keller, dice, son trasnochadas. No está demostrada la sífilis de Winfield Lovecraft: una parálisis como la suya podía tener otras causas distintas de la sífilis. Aun cuando Winfield Lovecraft fuese sifilítico, H. P. Lovecraft sólo habría tenido una posibilidad externa de contraer la enfermedad.

Los médicos me han dicho que, a juzgar por los escasos datos, creen que probablemente Winfield Lovecraft contrajo la sífilis, pero que no es seguro. Aunque Winfield Lovecraft no era quizá el *roué* que a veces se ha pretendido, cabe decir que para un viajante bien parecido y decidido, casado a los treinta y cinco años, habría sido inusitado no haber tenido anteriormente alguna experiencia sexual. Por otra parte, ni Susie ni su hijo, a pesar de sus rarezas, manifestaron síntomas sifilíticos.

La mejor conclusión que podemos sacar es que, si bien Winfield

Lovecraft murió probablemente de sífilis, las posibilidades de que Howard Phillips Lovecraft fuera sifilítico parecen ser remotas.

No se sabe si H. P. Lovecraft llegó a conocer la supuesta causa de la enfermedad de su padre. Nunca dijo ni escribió nada al respecto; sí calificó, en cambio, el derrumbamiento de «una completa parálisis debida a la opresión del cerebro causada por las preocupaciones del estudio y los negocios»[31].

No se sabe nada prácticamente de las relaciones personales entre Winfield y Susie Lovecraft. H. P. Lovecraft llamó una vez a su madre una «no-me-toques», refiriéndose a que casi no tuvo contacto físico con él desde muy niño[32].

Basándose en este pequeño fundamento, los estudiosos de Lovecraft han erigido una impresionante construcción especulativa. Susie, dicen, debió de ser sexualmente frígida (¿cómo no lo iba a ser, habiendo crecido en una época en que muchas señoritas aprendían por primera vez la realidad de la vida en la noche de boda, y sufrían un trauma espantoso?). Así que Winfield Lovecraft, al encontrar en su esposa, todo lo más, una compañera sexualmente sumisa, buscó su diversión en otra parte, contrayendo la sífilis de este modo.

Esto es sólo mera conjetura. Sin embargo, la aprensiva actitud de H. P. L. hacia el sexo debía de venirle de alguna parte, de su madre lo más probable. Seguramente Susie, como muchas esposas de su generación, consideraba el sexo una cuestión bestial y desagradable, a la que las mujeres estaban condenadas a someterse por algún misterioso decreto de Dios, a fin de tener hijos.

Esta forma de concebir el sexo no era extraña a finales del siglo XIX en Nueva Inglaterra. Como dice Henry Adams: «… cualquiera que se educase entre puritanos sabía que el sexo era pecado… El arte americano, como la lengua americana y la educación americana, era lo más asexual posible. La sociedad consideraba esta victoria sobre el sexo su mayor triunfo…»[33].

Así que no llegó a construirse la proyectada casa Lovecraft. Poco después del primer ataque de locura de Winfield Lovecraft, Susie regresó

con su hijo a vivir a casa de su padre en Providence.

Aquí, Whipple Phillips eclipsaba al resto de su familia: a su esposa, «una dama serena y tranquila de la vieja escuela[34]» a su hija mayor Lillian, instruida pero vergonzosa y tímida; a su hija mediana Susie, ahora sumida en el dolor, y a su hija más pequeña Annie, animada y socialmente activa. Phillips disfrutaba con las pinturas italianas y los mosaicos que había comprado en sus viajes por Europa. Era habitualmente afable, salvo cuando le acometía uno de sus frecuentes dolores de cabeza. Su hija Susie heredó esta propensión a la jaqueca, y la transmitió a su hijo.

Phillips había cultivado un gusto juvenil por la literatura sobrenatural y macabra. Sus escritores favoritos eran los góticos de finales del siglo XVIII y principios del XIX: Anne Radcliffe, Matthew Gregory Lewis y Charles Maturin. Al ver que su nieto mostraba intereses similares, Whipple Phillips distraía al chico con historias de fantasmas y cuentos horripilantes que él se inventaba. Le hablaba de «bosques tenebrosos, cuevas insondables, horrores alados… viejas brujas con siniestros calderos» y de «profundos y sonoros gemidos»[35].

Para curarle al niño el miedo a la oscuridad, Phillips le llevaba por toda la casa a oscuras, de noche. Este adoctrinamiento tuvo tanto éxito que, durante el resto de su vida, Lovecraft prefirió la noche para trabajar y salir.

Whipple Phillips fue uno de los organizadores de la Compañía Owyhee Land and Irrigation, la cual tenía ambiciosos proyectos para hacer una presa en el río Snake en Idaho, cerca de su confluencia con el Bruneau. Phillips iba con frecuencia a Idaho, y escribía a su nieto desde el pueblo de Mountain Home.

En H. P. Lovecraft no sólo influyó fuertemente su madre, sino también los libros que leía. Ratón de biblioteca nato, le influía más la letra impresa que los amigos. De niño, Susie le leía los habituales cuentos de hadas. Pronto los leyó él con voracidad. Uno de sus primeros libros fue los *Cuentos* de Grimm.

A los cinco años siguió con una edición juvenil de *Las mil y una noches*. Inmediatamente se enamoró de las glorias del Islam medieval y se

pasaba horas jugando a ser árabe. «Hice que mi madre me arreglase un rincón oriental con tapices e incensarios en mi habitación»[36]. Coleccionó vasijas orientales y se proclamó musulmán.

Uno de sus familiares sugirió en broma que adoptase el nombre pseudo-árabe de «Abdul Alhazred». «Alhazred» se deriva probablemente de «Hazard», apellido de una antigua familia de Rhode Island emparentada con los Phillips.

Una consecuencia de husmear en tradiciones no-cristianas fue el hacer de Lovecraft un escéptico respecto de la fe de sus padres. Antes de cumplir los cinco años, el joven Lovecraft anunció que no creía ya en Santa Claus. Posteriores pensamientos secretos le convencieron de que los argumentos demostrativos de la existencia de Dios adolecían de la misma debilidad que los de Santa Claus.

A los cinco años, Lovecraft entró en la clase de párvulos de la escuela dominical de la venerable iglesia anabaptista de College Hill. Los resultados no fueron los que sus mayores esperaban. Cuando llegaron al pasaje en que los mártires cristianos eran arrojados a los leones, Lovecraft dejó estupefacta a la clase al tomar alegremente partido por los leones. Escribió:

> El absurdo de los mitos que se me pedía que aceptara y la sombría mediocridad de toda la fe comparada con la oriental magnificencia del mahometanismo, me hicieron definitivamente agnóstico; y me llevaron a ser un preguntón tan pestífero que consintieron en que dejara de asistir. Ninguna explicación de la afable y maternal preceptora me parecía que disipaba las dudas que yo formulaba honradamente, y me fui convirtiendo rápidamente en un «hombre» marcado por mi inquisitiva iconoclasia[37].

De regreso a casa otra vez entre sus amados libros, el joven ateo, ahora de seis años, se enfrascó en la mitología clásica:

> Siempre ávido de saber sobre las hadas, llegaron a mis manos

«El Libro de Maravillas» y «Cuentos de la Espesura», de Hawthome, y me extasiaba con los mitos helénicos aun en su forma teutonizada. Luego atrajo mi interés un librito de la biblioteca particular de mi tía mayor: el relato de la Odisea, de la «Harper's Half-hour Series». Me sentí electrizado desde el primer capítulo, y cuando llegué al final me consideré definitivamente grecorromano. Mi nombre y afiliaciones de Bagdad desaparecieron inmediatamente, pues la magia de las sedas y los colores se esfumó ante los bosquecillos de templada fragancia, los prados poblados de faunos en el crepúsculo, y el azul parpadeante del Mediterráneo, que ondulaba misteriosamente desde la Hélade hasta los confines prodigiosos donde moraban los lotófagos y laestrigonios, donde Eolo guardaba sus vientos y Circe su cerdo, y donde, en los pastos trinacianos, vagaban los bueyes del radiante Helios. En cuanto me fue posible, me procuré una edición ilustrada de la «Edad de Fábula» de Bulfinch, y dediqué todo mi tiempo a la lectura del texto, donde se conserva deliciosamente el verdadero espíritu del helenismo, y a la contemplación de las ilustraciones, espléndidos dibujos y láminas de estatuas clásicas y cuadros de temas de aquella época. Al poco tiempo estaba familiarizado con los principales mitos griegos y me había convertido en un asiduo visitante de los museos de arte clásico de Providence y de Boston. Empecé una colección de pequeñas reproducciones en escayola de las obras maestras griegas, y aprendí el alfabeto griego y los rudimentos de la lengua latina. Adopté el seudónimo de «Lucius Valerius Messala»: romano y no griego, ya que Roma tenía un encanto especial para mí. Mi abuelo había viajado observadoramente por Italia, y me deleitaba con largos relatos personales sobre las bellezas y monumentos de su antiguo esplendor. Cito esta inclinación estética con detalle sólo para elevarme a su consecuencia filosófica: mi último parpadeo de fe religiosa. A los siete u ocho años yo era un auténtico pagano, tan embriagado con la belleza de Grecia que alcancé una semicreencia en los viejos dioses y los espíritus naturales. Llegué a construir literalmente, altares a Pan, Apolo y Atenea, y a vigilar los bosques y

> los campos en el atardecer, con la esperanza de sorprender a las dríadas y a los sátiros. Una vez creí firmemente haber sorprendido a una especie de criaturas selváticas, danzando bajo los robles otoñales; una especie de «experiencia religiosa», tan auténtica en su género como los éxtasis subjetivos de un cristiano. Si un cristiano me dice que ha *sentido* la realidad de su Jesús o Yahvé, puedo contestarle que yo he *visto* al Pan de pezuñas hendidas y a los hermanos de la hespérica Phaethusa[38].

Durante un tiempo, el joven Lovecraft creyó que le estaban creciendo orejas puntiagudas, y que le iban a salir cuernos en la frente. Sintió no ver realizado su deseo de que sus pies se convirtieran en pezuñas.

Los alemanes tiene una palabra, *Wundersucht*, para designar este sentido místico de realidad de lo mágico y lo sobrenatural, que se experimenta a menudo en la niñez mediante visiones y ruidos. Supongo que muchos conservan este sentido durante la juventud. En la mayoría, quizá, languidece y muere bajo la tensión de la vida diaria.

Algunos, sin embargo, lo conservan, o conservan al menos su recuerdo. Otros tratan de recuperarlo entregándose al misticismo y al ocultismo. Otros llegan a ser escritores de literatura fantástica. Uno de los que ha hecho ambas cosas, el fantasista galés Arthur Machen (1863-1947), explica: «Este era, pues, mi proceso: inventar una historia que recrease aquellas vagas impresiones de prodigio y terror y misterio que yo mismo había recibido de la forma y figura del país de mi niñez y mi juventud…»[39].

Una persona en período de crecimiento atraviesa estadios en los que está dispuesta a aceptar ciertas ideas, si se le presentan exactamente entonces con vigor. Puede, por así decir, cerrarse en banda, como un bivalvo molestado, o adherirse a ellas con una tenacidad desproporcionada a su mérito. Todos sabemos de súbitas conversiones, digamos, tanto al cristianismo como al marxismo; pero el fenómeno puede adoptar otras muchas formas.

Eso fue lo que le sucedió a Lovecraft. Su concepción escéptica de lo

sobrenatural —su ateísmo— y su amor por el mundo clásico no fueron las únicas grandes pasiones de su niñez; otra fue la anglofilia: la pasión por todo lo inglés. Adoptó el bando *tory*, o realista, en la Revolución Americana:

> … una fuerza interior me impulsó inmediatamente a cantar «Dios salve al Rey» y adoptar el bando opuesto a cuanto leía en los libros infantiles pro-americanos sobre la Revolución. Mis tías recuerdan que a la temprana edad de tres años yo pedí un uniforme rojo de oficial británico y marchaba como en desfile alrededor de la casa con una indescriptible «casaca» de brillante carmesí, que originalmente había formado parte de un vestido menos masculino, y en pintoresca yuxtaposición con la túnica escocesa que para mí representaba el decimosegundo Regimiento Escocés Real. *¡Rule, Britannia!* No puedo decir que haya experimentado ningún cambio importante en mis emociones… Todas mis profundas lealtades están de parte de la raza y el imperio, más que de lo americano; si acaso, este viejo anglicismo mío se intensifica a medida que América se vuelve cada vez más mecanizada, estereotipada y vulgar, alejándose de la corriente anglosajona original que yo represento[40].

Esta anglofilia le duró a Lovecraft toda su vida; de ahí su manifestación en Lexington. Durante la Primera Guerra Mundial, o kaiseriana, Lovecraft odió amargamente al presidente Wilson por no haber hecho intervenir inmediatamente a los Estados Unidos en la guerra, en el bando británico, en vez de mantenerse neutral durante dos años y medio. En varias ocasiones, Lovecraft instó a que los Estados Unidos (o al menos Nueva Inglaterra) se uniesen al Imperio Británico. Cuando otros cantaban *América*, él se ponía a cantar el *GodSave the King*, y cuando entonaban *The Star-Spangled Banner*, él se ponía a cantar la festiva canción inglesa del siglo XVIII, *To Anacreon in Heaven*, de cuya música se había apropiado Francis Scott Key.

En relación con este sentimiento estaba su obsesión por el Imperio Británico, no como era en los tiempos de Lovecraft, sino como era en el siglo XVIII:

> En casa, todas las estanterías grandes de la biblioteca, las salas de recibo, el comedor, y todos los rincones, estaban llenos de típicos trastos Victorianos, mientras que los viejos residentes de piel tostada… habían sido arrumbados en el oscuro desván del tercer piso, donde había una serie de estantes. Pero, ¿qué hacía yo? Pues subir con velas y quinqués a esa cripta aérea, oscura y tenebrosa, y abandonando el soleado piso del siglo XIX, me adentraba en las décadas de finales del XVII, del XVIII y de principios del XIX, merced a los innumerables tomos deteriorados y borrosos, de todos los tamaños y clases: Spectator, Tatler, Guardian, Idles, Rambler, Dryden, Pope, Thomson, Young, Tichell, el Hesíodo de Cooke, Ovidio tratado por varios, el Horacio y el Fedro de Francis, etc… tesoros dorados de los que, gracias a los dioses, aún tengo los *principales* ejemplares en mi modesta colección.

Desde muy pequeño, Lovecraft manifestó una precoz habilidad para recordar poesías, y a los seis años empezó a componer aleluyas. Eran tan malas, contaba después, que aún recordaba sus faltas; y se propuso mejorar. Aprendió las reglas de versificación en el *Reader* de Abner Alden, de 1797, que su bisabuelo había utilizado como libro de texto y que él encontró en el ático, en 1897. Dice Lovecraft que se le ocurrió

> … la infantil extravagancia de trasladarme totalmente al pasado; así, empecé a escoger sólo libros que fueran muy antiguos: que tuvieran la «f larga»… y fechar todos mis escritos 200 años más atrás: 1697, en vez de 1897, y así… Antes de que me diese cuenta, el siglo XVIII me había apresado más completamente de lo que fuera jamás el héroe de «Berkeley Square», de manera que solía pasarme las horas en el ático hojeando los librotes desterrados de la biblioteca de abajo, y asimilando inconscientemente el estilo de Pope y del doctor Johnson como un modo de expresión natural[41].

A Lovecraft le disgustaban las obscenidades de Fielding; aunque

conocedor de ese aspecto de la vida del siglo XVIII, lo deploraba y lo ignoraba en lo que podía. Por otra parte, abrazó el racionalismo del siglo XVIII, que le confirmó en su materialismo ateo.

Semejante huida al pasado no es rara. Louise Guiney y Arthur Machen idealizaban los siglos XVII y anteriores. Pocos son, sin embargo, los que, fuera de los sanatorios mentales, han llevado la charada con el rigor de Lovecraft. Cuando asumía su pose dieciochesca, utilizaba vocablos arcaicos, como *me* en vez de «my», o *sarvent* en vez de «servant». Trataba de depurar su lengua de vocablos y expresiones postcoloniales. En consecuencia, pudo decir:

> Creo que soy, probablemente, la única persona para quien la lengua antigua del siglo XVIII es realmente lengua madre en prosa y en poesía… norma naturalmente aceptada, y lengua básica de la realidad a la cual instintivamente me retrotraigo, pese a todas las argucias objetivamente aprendidas… Realmente me sentiría más a gusto con una casaca con botones de plata, calzones de terciopelo, sombrero de tres picos, zapatos de hebilla, peluca ramillie, chorrera y todo cuanto forma parte del atuendo, desde la espada al estuche de rapé, que con la simple ropa moderna que el sentido común me manda llevar en esta era prosaica. Siempre he abrigado el sentimiento subconsciente de que, a partir del siglo XVIII, todo es irreal o ilusorio, una especie de grotesca pesadilla o caricatura. Las gentes me parecen, más o menos, irónicas sombras o fantasmas… como si fuese capaz de disolverlas en el éter (junto con todas sus casas e invenciones y perspectivas modernas) con sólo pellizcarme y despertar y gritarles: «¡Eh, malditos, ni siquiera habéis nacido, ni lo haréis hasta dentro de siglo y medio! Dios salve al Rey, y a su colonia de Rhode Island y a sus plantaciones de Providence».

Durante el resto de su vida, la Inglaterra dieciochesca y la Roma republicana siguieron siendo sus períodos históricos favoritos. Aunque admiraba la arquitectura gótica, la Edad Media le producía «dolor de garganta». Amaba el barroco, decía, porque era el último período

premaquinista, la última época, antes de la Revolución Industrial, y, por tanto, a su modo de ver, la más auténticamente «civilizada» de todas.

Dominado por esta obsesión barroca, Lovecraft empezó a pulir pareados pseudogeorgianos, imitando a Addison, a Dryden, a Pope y a los colegas de éstos. A los once años encuadernó un libro manuscrito con el erudito título de *Poemata Minora*, y dedicado «A los dioses. Héroes e Ideales de los Antiguos». Un poema, *Oda a Selene o Diana*, empezaba

> *Escucha, Diana, mi súplica humilde;*
> *Transpórtame a donde pueda durar mi dicha …*
> *Arrástrame en contra del flujo áspero del tiempo,*
> *Y deja que mi espíritu descanse en el pasado*[42].

Aunque esta estancia expresa ciertamente el pensamiento de Lovecraft, la pérdida de estos poemas en un almacén, años más tarde, no parece una tragedia irreparable.

Cuando se casó su tía mayor con Franklin Chase Clark, Lovecraft encontró un compañero de entusiasmo por este tipo de poesía. El doctor Clark era un médico erudito que hacía traducciones en verso de Homero, Virgilio, Lucrecio y Estacio, sin pretensión de publicarlas, y corregía y alentaba los intentos de Lovecraft en la prosa y poesía georgianas.

Los dioses paganos de Lovecraft no habían terminado aún de pertrecharle de ideas extravagantes. Los Phillips eran abstemios. Decía Lovecraft: «En mi familia, el vino ha estado desterrado durante tres generaciones; y sólo una cuarta parte de los hogares conservadores de esta región hacen algún uso de él».

En enero de 1896 murió la abuela de Lovecraft, aquella «dama serena y tranquila» que era Robie Place Phillips. Como el luto era una cosa que se tomaba en serio en aquellos tiempos, las Phillips se pusieron unos vestidos negros «que aterraban y repugnaban a Lovecraft, al extremo de que,

disimuladamente, prendía trozos de tela brillante o de papel en sus faldas con el solo deseo de animarlas. ¡Tenían que revisar cuidadosamente sus vestidos antes de recibir visitas o de salir a la calle!»[43].

Durante el período siguiente al luto cayó en manos de Lovecraft, que tenía por entonces cinco años, un libro titulado *Sol y Sombra*, de John B. Gough, cruzado de los abstemios. El libro estaba plagado de sentencias ejemplares, como «No hay comercio más dañino para la comunidad, más peligroso para el pueblo, y más endurecedor para el comerciante, que el de los licores que embriagan… si no fuese por la maldición de la bebida, el número de criminales sería tan pequeño que al menos dos tercios de las prisiones estarían vacías…». La cerveza «alimenta la naturaleza sensual y bestial. Más que ninguna otra bebida, capacita para el crimen deliberado y no provocado».

Gough defendía asimismo la estricta observancia del sabbath, y denunciaba hasta pegar fotografías en los álbumes. Sus exhortaciones prohibicionistas encontraron un seguidor fácil en el joven Lovecraft que se convirtió en un abstemio ardoroso y perseverante… Se jactaba de no haber probado jamás el alcohol, y treinta años después de su conversión por Gough, aseguraba a sus corresponsales que la existencia de las bebidas alcohólicas era ciertamente un mal casi irremediable, desde el punto de vista de una civilización ordenada y delicadamente cultivada; «pues no veo que haga otra cosa que embrutecer, bestializar y degradar». Asimismo, dijo: «Me asquea incluso la pestilencia lejana de cualquier bebida alcohólica»[44]. Pero dado que asistía a muchas reuniones donde se servían bebidas sin manifestar ninguna molestia, esta declaración era probablemente mera retórica defensiva, más que literal.

# 3. LAS ALIMAÑAS DESCARNADAS

*Out of what crypt they crawl, I cannot tell.*
*But every night I see the rubbery things.*
*Black, horned, and slender, with membraneous wings,*
*And tails that bear the bifid barb of hell.*
*They come in legions on the north wind's swell*
*With obscene clutch that titillates and stings,*
*Snatching me off on monstruous voyagings*
*To grey worlds hidden deep in nightmare's well*[45].

LOVECRAFT

Comprendiendo que Howard Lovecraft era un niño un poco raro, Susie Lovecraft abrevió su propio luto. El fúnebre vestido parecía poner nervioso al niño.

El joven Lovecraft tuvo poco contacto con los chicos de la vecindad, aunque algunos de ellos le recordaban más tarde espiando desde detrás de los matorrales y saltando sobre ellos para arañarlos. Le desagradaban los juegos, porque le parecían sin sentido. «Entre mis pocos compañeros de juego, yo era muy impopular, ya que insistía en jugar a hechos de la historia, o a actuar con un argumento coherente… Yo sabía que caía mal a los niños, y ellos me caían mal a mí… Sus saltos y gritos me molestaban. Detestaba el mero juego y el danzar de aquí para allá; en mis distracciones

deseaba siempre que hubiera argumento».

Cuando tenía siete años, su madre trató de apuntarle a una clase de baile. Él se resistió y, como ya había adquirido algunos rudimentos de latín, citó una frase de Cicerón en original: «*Nemo fere saltat sobrius nisiforte insanit* [Casi nadie baila sobrio a menos que esté loco]»[46]. Así que Susie renunció a la idea.

Un día, una vecina, la señora Winslow Church, vio con alarma un extenso fuego en la hierba de un prado vecino. Salió y descubrió que era el joven Lovecraft quien la había prendido. Cuando se le regañó por haber puesto en peligro la propiedad de otros, replicó: «No estaba haciendo un fuego grande. Sólo quería que fuese de un pie cuadrado». Así se prefiguraba su pasión de adulto por la exactitud.

A veces traían de Foster a la prima segunda de Lovecraft, Ethel Phillips, dos años mayor que él, para que le hiciese compañía. Ella le encontraba deseoso de jugar, de una manera vaga, aunque sorprendentemente inepto. Había un columpio en la propiedad, pero Lovecraft no sabía siquiera columpiarse, hasta que ella le enseñó[47].

Durante estos años preescolares, Lovecraft arrastró a su madre a dar largos paseos. Aunque pasear fue lo más parecido que hizo al atletismo, tuvo el normal entusiasmo juvenil por los ferrocarriles, y jugaba al tren en el patio con vagones, carretillas y embalajes.

Dentro de la casa, construía maquetas de pueblos sobre las mesas, con casitas de madera o de cartón, árboles y setos. Los edificios públicos más grandes los hacía con tarugos de madera, y poblaba estas ciudades modelo con soldaditos de juguete.

A menudo intentaba reconstruir, ayudado de un mapa histórico de la época, la historia de un lugar real, romano, barroco o moderno. Al cabo de una semana más o menos se cansaba de la maqueta y hacía otra. A veces construía un ferrocarril de juguete al que sus complacientes mayores aportaban abundancia de trenes, vías y accesorios.

A los cinco o seis años escribió uno de sus primeros relatos: «La botellita de cristal». Esta pequeñez juvenil, de menos de doscientas palabras, empieza: «“Mirad, algo flota a estribor”, el que hablaba era un hombre bajo, rechoncho, llamado Williams Jones. Era capitán de un

pequeño laúd…». El objeto flotante resulta ser una botella que contiene una nota en la que se lee: «Es John Jones quien escribe esta nota, mi barca se hunde rápidamente con un tesoro a bordo, estoy donde se indica en la carta que incluyo».

El capitán y su tripulación navegan por el Este de Australia, por el lugar que señala la carta. Un buzo saca otra nota: «“Querido buscador, perdona la pesada broma que te he gastado, pero te la mereces…”. El capitán Jones, inexplicablemente enojado, exclama: “¡Me habría gustado arrancarle la cabeza de una patada!”».

Aunque no es ninguna obra de arte, la historia muestra, con su mera existencia, que ya estaba iniciándose en el oficio de narrador. Otro intento primerizo, que ya no existe, fue «El noble escuchador», sobre «un niño que oyó casualmente en una cueva un horrible cónclave de seres subterráneos»[48].

Si Lovecraft era un niño raro, su madre daba muestras de volverse más rara aún. De hecho, dio pruebas de que las rarezas de Lovecraft eran en gran medida obra suya. Tenía la idea de que su hijo, a pesar de su genio, era feo. Incluso decía a sus vecinos que «era tan horrible que se ocultaba de todos y no le gustaba andar por las calles donde la gente le miraba… porque no podía soportar que viesen su horrible cara»[49].

La verdad es que el joven Lovecraft tenía un aspecto completamente normal. Al hacerse mayor, desarrolló de forma exagerada la prominente nariz de su madre, así como el mentón. A pesar de su «mandíbula de linterna», era más bien de buena presencia, aunque huesudo.

El niño, sin embargo, estaba enterado de la opinión de su madre, y el saberlo fomentó sin duda sus hábitos nocturnos. También contribuyó a su timidez y reserva respecto a las mujeres. Antes de convertirse Sonia Greene en su prometida, le dijo: «¿Cómo podría una mujer enamorarse de una cara como la mía?».

Más tarde escribiría: «Ninguno de mis progenitores fue tan deplorablemente desgalichado como yo… soy una especie de parodia o caricatura facial de mi madre y mi tío materno».

Según Lovecraft, en su niñez sufrió cierta propensión al baile de San Vito, que se manifestaba en una serie de tics y muecas irreprimibles. Como

suele ocurrir en los casos de corea menor, estos trastornos nerviosos desaparecieron con el tiempo; pero puede que fuesen el fundamento de la obsesión de Susie[50]. Además, la corea menor se considera hoy una consecuencia de las fiebres reumáticas que a menudo reaparecen periódicamente. De modo que es muy probable que Lovecraft sufriera uno o más ataques de fiebre reumática.

Susie no descuidó la cultura de su hijo. Le llevó a ver su primera obra teatral a los seis años. El niño adquirió un teatro de juguete al que añadió decorados de cartón y personajes hechos por él. Y dibujó programas, como el titulado:

DRURY-LANE THEATRE
Nov. de 1779
La compañía presenta una comedia de
*Mr*. Sheridan titulada
EL CRÍTICO;
O, UNA TRAGEDIA ENSAYADA

Durante las Navidades de 1897, en que Lovecraft acababa de cumplir los siete años, vio una matinée en la que dieron el Cymbelino de Shakespeare, en el Opera House de Providence. Entusiasmado, añadió inmediatamente obras shakesperianas a su repertorio.

Susie llevaba también a su hijo a conciertos sinfónicos. Cuando pareció mostrar algún interés por la música, contrató a una profesora de violín, *Mrs*. Wilhelm Nauck. Los resultados fueron al principio prometedores: el discípulo tenía un excelente sentido del tiempo y el tono. Durante dos años, de 1897 a 1899, frotó asiduamente su violín de tamaño juvenil y llegó a estar lo bastante iniciado como para interpretar un solo de Mozart ante un auditorio de amigos y vecinos.

No siendo de los que se someten fácilmente a una disciplina tediosa, Lovecraft llegó a odiar cada vez más la monótona práctica del violín. A pesar de su orientación clásica, fue indiferente a Bach, Beethoven y

Brahms. La única música que realmente le gustaba eran las tonadas populares corrientes, como *In the Shade of the Old Apple Tree, Sweet Adeline* y *Bedelía*, o la música de operetas como las de Gilbert y Sullivan.

Cuando, a los nueve años, se le manifestó un estado nervioso que le obligó a abandonar el colegio, el médico de la familia recomendó que dejase las lecciones de violín. Lovecraft no volvió a tocar el violín. La música clásica, salvo alguna excepción como la Cabalgata de las Valkirias de Wagner y la Danza Macabra de Saint Saens, que le gustaban por sus asociaciones, fue una laguna. A veces deseó poder apreciar este tipo de música. Resulta curiosa esta indiferencia si se tiene en cuenta su fijación por el siglo XVIII, ya que la música fue, de todas las artes, la que hizo más asombrosos progresos durante ese siglo.

También llevaron al chico a ver obras teatrales de Wilde y de Pinero. En cambio, no le llevaron al circo, porque la familia consideraba que sus nervios no podrían soportar la multitud, los olores y el bullicio[51]. Años más tarde, unos trastornos nasales embotaron su hipersensibilidad a los olores, y gradualmente venció su temor al bullicio. Pero jamás se libró del terror a las multitudes.

En 1897 su tía Annie se casó con Edward Francis Gamwell (1869-1936), quien había sido profesor de inglés en la Brown y luego director del semanario Atlantic Medical de Providence. En la época de su matrimonio, Gamwell era director del Chronicle de Cambridge, Massachusetts. Vivió el resto de su vida en Cambridge y en Boston, donde trabajó como director, agente publicitario y escritor.

En 1898 Annie dio a luz un hijo, Phillips Gamwell, y en 1900 una niña que sólo vivió unos días. En 1916 su hijo, joven amable y prometedor, murió de tuberculosis. Entretanto, Edward Gamwell se había convertido en un alcohólico. Annie le abandonó y regresó a Providence, donde trabajó en diversos oficios, entre ellos de bibliotecaria.

En la década de 1890, tía Lillian (que durante un tiempo enseñó en la escuela) se prometió en matrimonio con el doctor Franklin Chase Clark (1847-1915), el cual había sido discípulo de Oliver Wendell Holmes. Clark,

sin embargo, no pudo casarse mientras tuvo que mantener a sus ancianos padres. Él y Lillian Phillips no se unieron hasta 1902, cuando ella tenía cuarenta y cinco años y él cincuenta y cuatro. No es de sorprender que no tuvieran descendencia.

El 19 de julio de 1898, Winfield Scott Lovecraft, de cuarenta y cuatro años, falleció en el Butler Hospital. Tras un funeral privado, fue enterrado en el cementerio de Swan Point, cerca del parque del Butler Hospital. Su muerte afectó poco a Howard Lovecraft, para quien su padre fue siempre una figura oscura.

Winfield dejó una herencia de 10.000 dólares: legado respetable para aquella época. También dejó a su hijo elegantes trajes: sus chaquetas negras y chalecos, sus pantalones a rayas, sus corbatas de lazo y su bastón con puño de plata. H. P. Lovecraft no sólo conservó estas ropas, sino que cuando le vinieron bien se las puso, aunque para entonces hacía tiempo que estaban pasadas de moda.

En el otoño de 1898, Lovecraft, que andaba por los ocho años, ingresó en la Escuela Primaria de Slater Avenue, al norte de Angell Street[52]. Como era algo corto de vista, empezó a usar gafas, y continuó haciéndolo alternativamente a lo largo de toda su vida. En 1925, viendo que las gafas le irritaban la nariz y las orejas, decidió ir sin ellas casi todo el tiempo, poniéndoselas sólo cuando quería ver con claridad alguna cosa distante, como una obra teatral o una conferencia.

Durante el curso 1899-1900, Susie Lovecraft sacó a su hijo de la escuela de Slater Avenue, al parecer por enfermedad. Hablando de esto, Cook, amigo de Lovecraft, dijo: «Siempre creeré que era su madre y no él quien estaba enferma… enferma de miedo de perder el único vínculo que le quedaba con la vida y la felicidad».

Parece que fue algo más que el miedo neurótico de Susie a que su hijo fuera demasiado nervioso y sensible para soportar los rigores de una escuela pública. Quizá fue la época de sus fiebres reumáticas. Un cuarto de siglo más tarde escribiría Lovecraft:

> … mis nervios hipersensibles influían sobre mis funciones corporales hasta el extremo de aparentar muchas enfermedades físicas muy distintas. Así, tenía un funcionamiento irregular del corazón —muy afectado por el esfuerzo físico— y un agudo trastorno de riñón por el que un médico de la localidad me habría operado de piedra en la vejiga, de no dar un especialista de Boston un diagnóstico más fiel y atribuirlo al sistema nervioso… Luego tuve también terribles trastornos digestivos: todo ello ocasionado probablemente por un mal funcionamiento de los nervios, además de atroces dolores de cabeza que me tenían postrado tres o cuatro días a la semana. Aún tengo dolores de cabeza de cuando en cuando —del tipo inexplicable conocido como jaqueca—, aunque no se pueden comparar con los que solía tener.

Sufría también terribles sueños que él describiría (los corchetes son de Lovecraft) así:

> Cuando tenía seis o siete años, solía sentirme constantemente atormentado por un extraño tipo de pesadilla intermitente en la que una monstruosa especie de entidades (a las que yo llamaba «Alimañas Descarnadas», no sé de dónde me saqué el nombre) solían agarrarme con los dientes por el estómago [¿mala digestión?] y llevarme a través de infinitas leguas de negrura por encima de torres de ciudades horribles y de muertos. Finalmente, me llevaban a un vacío gris donde podía ver los pináculos afilados de enormes montañas, millas más abajo. Entonces me dejaban caer… y al cobrar velocidad en mi caída picaresca, empezaba a despertar, en tal estado de pánico que odiaba la idea de dormirme otra vez. Las «alimañas descarnadas» eran unos seres negros, flacos, gomosos, con cuernos, colas espinosas, alas de murciélago y sin rostro de ningún género. Indudablemente, la imagen la había sacado de una mezcla de recuerdos de dibujos de Doré (mayormente de ilustraciones del «Paraíso Perdido») que me fascinaban en mis horas de vigilia. No tenían voz y su única forma de tortura real era su costumbre de

> hacerme cosquillas en el estómago [la digestión otra vez] antes de agarrarme y huir conmigo. De alguna manera, yo tenía la vaga idea de que vivían en los negros huecos que acribillaban el pináculo de una montaña increíblemente alta. Parecían llegar en bandadas de 25 o 50, y a veces me lanzaban de una a otra. Noche tras noche soñaba el mismo horror con pequeñas variantes… pero jamás contra aquella espantosa montaña antes de despertar[53].

En casi todos los aspectos, el joven Lovecraft parecía físicamente normal, pero evidentemente sufría lo que ahora se llaman enfermedades psicosomáticas agravadas por los nerviosos temores y aprensiones de su madre. El mismo arroja una luz oblicua sobre las circunstancias de su niñez en un relato posterior, donde habla de un personaje de ficción muy semejante a sí mismo:

> Era el escolar más fenomenal que he conocido, y a los siete años escribía una clase de poesía tétrica, fantástica, casi morbosa que asombraba a los preceptores que le rodeaban… Quizá su educación privada y su mimada reclusión tuvieron algo que ver con este florecimiento prematuro. Hijo único, tenía una debilidad orgánica que asustaba a sus padres, demasiado pendientes de él, y les decidió a tenerle sujeto. Jamás le dejaron salir sin su niñera, y casi nunca tenía posibilidad de jugar libremente con otros niños. Todo esto fomentó sin duda una vida interior extrañamente reservada, con la imaginación como única apertura de libertad[54].

Sea cual fuese la razón —enfermedad neurótica, presunción, ansia frenética de superprotección de su madre o una combinación de todo esto —, el caso es que le sacaron de la escuela. Al principio se encargaron de darle clase, en casa de su madre, su abuela y su tía Lillian. Luego contrataron a profesores particulares.

Lovecraft estuvo sin ir a la escuela más de dos años. Durante este tiempo, además de sus lecciones particulares, leyó de manera voraz. Leyó

novelas juveniles de aventuras de autores como George A. Henty, Edward S. Ellis y Kirk Munroe. Devoró las aventuras de un par de detectives de ficción, Oíd King Brandy y Young King Brandy, en Secret Service, y otras novelas baratas.

«Luego —recuerda él— ¡¡descubrí a EDGAR ALLAN POE!!». «Fue mi caída, y a la edad de ocho años vi oscurecerse el firmamento azul de Argos y Sicilia, ¡a causa de las emanaciones corrompidas de la tumba!». Siguió entusiasmándole Poe toda la vida y ejerciendo la más grande influencia sobre él. También aprendió sobre el sexo:

> En lo que se refiere a los justamente celebrados «hechos de la vida», no esperé a que me dieran información oral, sino que agoté el tema en la sección médica de la biblioteca familiar… cuando tenía ocho años de edad: en la Anatomía de Quain (profusamente ilustrada y esquematizada), la Fisiología de Dunglinson, etc. Esto se debió a la curiosidad y perplejidad relativas a las extrañas reticencias y embarazos en las conversaciones de los adultos y a las inexplicables alusiones y situaciones en la literatura clásica. El resultado fue exactamente opuesto al que los padres temen generalmente; pues en vez de producirme interés anormal y precoz por el sexo (como lo habría producido una curiosidad insatisfecha), prácticamente mató mi interés por el tema. Todo el asunto se redujo a un prosaico mecanismo: un mecanismo que despreciaba, o al menos no me parecía fascinante debido a su naturaleza puramente animal y separada de cosas tales como el intelecto y la belleza… y perdió todo el drama[55].

Seguía leyendo aún a los escritores de los siglos XVII y XVIII y sus traducciones de los clásicos grecolatinos. Estos le inspiraron e indujeron a escribir un poema épico en el mismo estilo. Lo llamó El Poema de Ulises, o la Nueva Odisea, y empezaba:

> *La noche era oscura, ¡oh, lector; escucha!, y mira la huida de*

*Ulises;*

*Camino de su patria, coronado con la Victoria, espera saludar a su esposa;*

*Mucho ha luchado, ha rendido a Troya, y ha arrasado sus murallas*

*Pero la ira de Neptuno obstruye su camino, y le hace caer en sus trampas …*[56]

Lovecraft reanudó también sus experimentos en prosa. Uno de estos esfuerzos es «El Sótano secreto o la aventura de John Lee» (1898), que empieza:

> «Ahora sed buenos, niños», dijo la señora Lee, «mientras estoy fuera y no hagáis ninguna trastada». El señor y la señora Lee iban a estar ausentes durante todo el día y a dejar a los dos niños, John, de diez años, y Alice, de dos. «Sí», replicó John …

Abreviando esta breve historia, John y Alice exploran el sótano. Un muro cede, revelando un túnel. Entran en el túnel y descubren una cajita. Cuando John intenta cavar en el fondo del túnel, empieza a brotar agua, ahogándose la hermana. John escapa con el cadáver y la caja. Cuando la abre, «… descubre que tiene un pedazo de oro macizo, que vale 10.000 dólares, lo bastante para comprar lo que sea, menos la muerte de su hermana. Fin»[57].

En 1898 o 1899 escribió El misterio del cementerio o La venganza de un muerto. La técnica narrativa de H. P. L. se había desarrollado hasta el punto de dividir el relato en doce capítulos; pero éstos constaban sólo de unas cincuenta a cien palabras. Sin embargo, la historia, de unas quinientas palabras, revela una fuerza más sostenida por parte del autor:

> Eran las doce en el pueblecito de Mainville, y un afligido grupo de personas se encontraba alrededor de la tumba de Burns. Joseph Burns había muerto. (Al morir había dado la extraña orden

siguiente: «Antes de que pongáis mi cuerpo en la tumba arrojad esta bola al suelo, en un lugar marcado con una “A”». Entonces tendió una pequeña bola de oro al rector)…

El rector, el señor Dobson, sigue las instrucciones, pero desaparece. La hija de Dobson telefonea a la policía y exclama: «“¡Envíen a King John!” King John era un famoso detective del oeste». El raptor huye, pero él y sus esbirros son arrestados cuando están a punto de embarcar para África. En el juicio, Dobson reaparece, y habla de su prisión en una cripta bajo la tumba. Era un complot del muerto y su hermano contra Dobson[58].

Subterráneos, criptas, sótanos y túneles perfilaron la literatura de Lovecraft toda su vida. Aún subsiste una historia más de este período juvenil: «El Barco misterioso», subtitulada «The Royal Press 1902». Lovecraft empezaba a pensar en la mecánica de la publicación.

Este relato, que comprende menos de quinientas palabras, está dividido en nueve capítulos. Algunos de ellos, sin embargo, son de una frase o dos. Cuenta el secuestro de tres hombres por un perverso latino, el cual se los lleva al Ártico en un submarino. «En el Polo Norte existe un vasto continente compuesto de material volcánico, una de cuyas partes está abierta a los exploradores. Se llama “la Tierra de Ningún-Hombre”»[59]. Las regiones polares, al igual que las cámaras subterráneas y pasadizos, ejercen una constante fascinación sobre Lovecraft.

El joven autor imprimió a mano con toda limpieza estas historias y encuadernó las páginas. Escribió otras historias también, pero a los dieciocho las volvió a leer y le parecieron tan malas que las destruyó todas, salvo las pocas que logró rescatar su madre. Los relatos no eran peores, en realidad, que la mayoría de los cuentos infantiles, pero los autores suelen adoptar una actitud hipercrítica con respecto a sus producciones juveniles.

Antes de que Lovecraft siguiese adelante con su aprendizaje literario se sintió atraído por un nuevo interés. La biblioteca de los Phillips incluía un diccionario Webster de 1864. En aquel tiempo, el Webster’s Unabridged tenía una sección al final en la que se repetían las ilustraciones que

aparecían en el cuerpo del texto, agrupadas en categorías. En 1898 Lovecraft contemplaba estas ilustraciones.

La sección mitológica fue lo primero que le atrajo, y su interés por la astronomía se vio estimulado primero por los mitos clásicos relacionados con las constelaciones. Luego se sumergió en las «antigüedades, ropajes y armaduras medievales, pájaros, animales, reptiles, peces, banderas de todas las naciones, heráldica, etc.». Se sintió fascinado por la sección sobre «Instrumentos filosóficos y científicos» y estudió con avidez los grabados de «retortas, alambiques, colípilos, crióforos, cuadrantes, anemómetros, crisoles, telescopios, microscopios y qué sé yo». Para el chico, estos instrumentos tenían un significado mágico, porque se había tropezado con ilustraciones parecidas en los cuentos de alquimistas y astrólogos.

Los instrumentos químicos le sedujeron tanto que decidió tener su propio laboratorio. En marzo de 1899 pudo disponer de una habitación en el sótano. Su tía Lillian le compró algunos aparatos sencillos y un ejemplar del Young Chemist, del profesor John Howard Appleton, de la Universidad Brown, y amigo de la familia. Lovecraft se sintió feliz en su cripta, haciendo humos, olores y alguna que otra pequeña explosión, y dibujando símbolos alquímicos en las paredes[60].

En el otoño de 1902, a la edad de doce años, se consideró que Lovecraft estaba lo bastante recuperado como para volver al colegio. Ingresó en el sexto grado de la escuela de Slater Avenue. Aquí continuó durante dos años, con períodos en que dejaba de asistir por «nervios», supliendo el tiempo perdido con ayuda de preceptores.

Fue cuando consiguió ser más sociable que en casi ninguna otra época de su vida. Al parecer soportó alguna pelea y molestia, y para evitarlas adoptó una actitud de «duro». Los chicos le apodaron «Lovey», cosa que él odiaba incomprensiblemente. Después rememoraría:

> Tuve algunas peleas bastante acaloradas (de las que no retrocedía, pero en las que casi siempre me llevaba la peor parte, salvo cuando me las arreglaba para asustar a mis enemigos con alguna expresión y voz dramáticamente asesinas). Hasta que cumplí los dieciséis o diecisiete años… tenía siempre en la boca: «¡Por Dios

que te mataré!».

Sin embargo, hizo algunos amigos, incluidos los hermanos Chester Pierce Munroe (1889-1943) y Harold Bateman Munroe (1891-1966); y los tres hermanos Banigan, cuya familia le dio dos pequeñas estatuillas verdes de la antigüedad irlandesa. Convenció a sus amigos para que le ayudaran a construir una maqueta de pueblo en un solar vacío de la vecindad. Los chicos formaron un «Ejército de Slater Avenue», «cuyas guerras se entablaban en los bosques de la vecindad, y aunque no siempre eran aceptadas con perfecta tolerancia mis sugerencias dramáticas, me las arreglaba para manejar a mis "camaradas-soldados" bastante bien…». Él y Chester Munroe reclamaban el título conjunto de los peores niños de la escuela de Slater Avenue, «no tanto por ser activamente destructivos como por mostrarnos herejes de una manera arrogante y sardónica… y proclamar la individualidad frente a una autoridad caprichosa, arbitraria y excesivamente detallista»[61].

Habiéndose convertido en un ávido lector de Sherlock Holmes, Lovecraft formó con sus amigos una «Agencia de Detectives de Providence».

> Nuestra agencia tenía normas muy rígidas y cada uno llevaba en los bolsillos un equipo reglamentario de investigador, consistente en un silbato de policía, una lupa, una linterna, unas esposas (a veces un simple cordel, ¡pero «esposas», de todos modos!), un distintivo de chapa (¡¡¡aún conservo el mío!!!), una cinta métrica (para las huellas), revólver (el mío era de verdad, pero el inspector Munroe —doce años— llevaba una pistola de agua, mientras que el inspector Upham —de diez— cargaba con una pistola de pistones), y cantidad de reseñas de todos los acontecimientos del periódico sobre criminales… más un periódico llamado El Detective, que traía retratos y descripciones de conocidos malhechores «reclamados». ¿Abultarían y colgarían nuestros bolsillos con este equipo? ¡¡Te aseguro que sí!! También habíamos preparado cuidadosamente «credenciales»: certificados que atestiguaban nuestra buena

> reputación en la agencia. Despreciábamos los meros escándalos. Ningún atracador de bancos y asesino era lo bastante bueno para nosotros. Seguíamos a muchos individuos de aspecto desesperado y comparábamos diligentemente sus fisonomías con los «retratos» de El Detective… Nuestro cuartel general estaba en una casa deshabitada más allá de la zona densamente poblada, y allí representábamos y «resolvíamos» muchas tragedias horripilantes. ¡¡¡Aún recuerdo mis esfuerzos para fabricar manchas artificiales de sangre en el suelo!!![62]

Lovecraft creó también la sección de percusión de otro grupo de chicos, la Banda Militar de Blackstone. Él batía el tambor con las manos, al tiempo que hacía sonar los platillos con un pie y el triángulo con el otro, y soplaba el zobo, pequeño cuerno de bronce que sostenía con los dientes.

Celebraba con sus amigos secretas orgías de tabaco. Una vez probada su hombría, a los catorce años, lo abandonó. Más tarde declaró que había encontrado el tabaco repelente; «para mí, el último horror sobre la tierra es un coche echando humo».

En 1900 le regalaron una bicicleta, la primera de las tres que tuvo. En 1913, durante una carrera con otro chico, tuvo una grave caída y se rompió la nariz. Posteriormente se le quedó sensibilizado el adminículo, aunque sus fotografías no muestran ninguna señal visible en él. También tuvo un gato negro, Nigger-Man, al que tenía mucho cariño. Toda su vida recordó estos años como la época más feliz de su vida.

En medio de estas normales actividades juveniles, Lovecraft continuó sus progresos intelectuales. Se leyó todas las novelas de Julio Verne que cayeron en sus manos. Su interés por la química se amplió para incluir la geografía y la astronomía. Se inició en la astronomía con los anticuados libros de texto sobre la materia de su tía Lillian. A los doce años empezó a añadir sus propios libros actualizados a la colección. La biblioteca incluía también libros heredados de varias familias de antepasados que se remontaban hasta el siglo XVIII, cuando los impresores utilizaban la «f

larga».

En 1899, Lovecraft empezó un periódico a mano, la Scientific Gazette, de la que hacía un original y (normalmente) cuatro copias a carbón para la familia y los amigos. No tardó en «descubrir las miríadas de soles y mundos del espacio infinito». Luego, a la Scientific Gazette añadió el Rhode Island Journal of Astronomy. Ambos los publicó intermitentemente hasta 1909. La Scientific Gazette estaba dedicada mayormente a la química, y consistía casi toda en paráfrasis de pasajes de los libros de texto de Lovecraft. La otra publicación contenía datos sobre las posiciones de los cuerpos celestes, noticias de las propias observaciones astronómicas de Lovecraft, y resúmenes de crónicas periodísticas sobre acontecimientos, tales como el descubrimiento del octavo satélite de Júpiter en 1908.

En febrero de 1903 Lovecraft recibió su primer telescopio. Era un instrumento de tubos de papier-máché adquirido por correo. El siguiente mes de julio su madre le regaló otro mejor de 2,25 pulgadas, con oculares de 50 y 100 aumentos, que valía 16,50 dólares. Por 8 dólares compró un trípode, hecho por un artesano de la localidad. En 1906 adquirió su tercer telescopio, un refractor de tres pulgadas, de Montgomery Ward, por 50 dólares. Más de treinta años después, aún conservaba este artilugio, abollado y corroído.

A partir de 1903 Lovecraft pasó muchas noches contemplando las estrellas. Otro amigo académico de la familia, el profesor Winslow Upton de la Universidad Brown, le dio permiso para frecuentar el Observatorio de Ladd, situado en uno de los puntos más altos de College Hill, a una milla de la casa de los Phillips. Aquí le dejaron que mirase por un refractor de doce pulgadas. También consiguió un microscopio, dos espectroscopios y un espindariscopio para observar los efectos de la radioactividad.

A partir de 1900, los Phillips empezaron a sufrir crecientes apuros económicos. El fracaso de la presa del río Snake de Idaho puso en peligro a la Compañía Owyhee Land & Irrigation, de Whipple Phillips. Bajo la enérgica dirección de Phillips, se emprendió una segunda presa. Esta fracasó también, lo que llevó a la compañía Owyhee al borde de la ruina.

Whipple Phillips, su presidente y tesorero, implantó resueltamente drásticas economías en casa.

Al principio, el joven Lovecraft, cuidadosamente protegido de toda tensión, apenas lo notó. Cuando despidieron al palafrenero y se vendieron los caballos y el coche, se alegró de disponer del cobertizo para él solo, utilizándolo como cuarto de juego y como club:

> Mi legión de juguetes, libros y demás placeres juveniles eran prácticamente ilimitados; y creo que no se me ocurrió pensar en cosas tales como contingencia de la prosperidad o la inestabilidad de la fortuna. Los pobres eran simplemente animales curiosos sobre los que uno hablaba insinceramente y a los que se les daba dinero, alimento, ropa… como los «paganos» de los que siempre estaban hablando las gentes de iglesia. El dinero como cosa concreta estaba enteramente ausente de mi horizonte.

Pero a Lovecraft le gustaban los caballos, y más tarde sintió que se hubieran vendido antes de tener ocasión de aprender a montar. Al despedir a más criados, llegaron al fin indicios de la inminente fatalidad a la despegada conciencia de H. P. L.: «Se me enfrió el humor con una vaga sensación de inminente calamidad». Tía Lillian se había casado con el doctor Clark el 10 de abril de 1902, dejando la enorme casa a Whipple Phillips, a su hija viuda y a su nieto.

El día 27 de marzo de 1904, domingo por la tarde, Whipple Phillips visitó a un camarada político, Alderman Gray. Allí sufrió un «ataque de parálisis»[63]. Al día siguiente, poco después de las doce de la noche, falleció, a la edad de setenta años, en su casa.

Dejó 5.000 dólares a cada una de sus tres hijas y 2.500 a cada uno de sus dos nietos, Howard Phillips Lovecraft y Phillips Gamwell. H. P. L. heredó también la colección de armas de su abuelo. El resto de la herencia de Whipple Phillips debió de repartirse igualmente entre sus cuatro hijos, pero aparte de algunos derechos en las canteras de Rhode Island, no había mucho que repartir.

Sin la fuerza impetuosa de Phillips que la mantuviese en marcha, la

Compañía Owyhee Land & Irrigation no tardó en quedar liquidada, y hubo que vender la mansión del 454 de Angell Street, que se convirtió en un nido de despachos médicos, siendo demolida en 1961 para construir un edificio de apartamentos.

# 4. GENIO MALOGRADO

*O'er the midnight moorlands crying.*
*Through the cypress forests sighing.*
*In the night-wind madly flying.*
*Hellish forms with streaming hair;*
*In the barren branches creaking.*
*By the stagnant swamp-pools speaking.*
*Past the shore-cliffs ever shrieking;*
*Damn'd demons of despair*[64].

LOVECRAFT

SUSIE LOVECRAFT y su hijo adolescente se mudaron a una casa tres manzanas al Este de la mansión de los Phillips: al número 598-600 de Angelí Street. Alquilaron un piso bajo que tenía el número 598. Aunque la nueva vivienda contaba con cinco habitaciones, además de disponer del ático y el sótano, el cambio supuso un tremendo golpe para el joven Lovecraft:

> Por primera vez supe lo que era una casa congestionada, sin servidumbre —con otra familia en el mismo edificio—. Había un solar vacío al lado… que no tardé en explotar como jardín y adornar con un pueblo de casitas, pero ni siquiera esto borraba mi nostalgia.

> Sentía que había perdido mi completo ajustamiento en el cosmos; porque efectivamente, ¿qué era H. P. L. sin el recuerdo de las habitaciones y vestíbulos o tapices y escaleras y estatuas y pinturas… y patios y paseos y cerezos y fuente y arcos de hiedra y el establo y jardines y todo lo demás? ¿Cómo podría un viejo de catorce años (porque efectivamente me sentía así) ajustar de nuevo su existencia a un piso reducido y a un programa doméstico nuevo y a un marco exterior inferior en el que no quedaba casi nada familiar? Parecía condenadamente inútil seguir viviendo… Mi casa había sido mi ideal de Paraíso y mi fuente de inspiración; pero iba a ser profanada por otras manos. La vida desde aquel día no ha tenido para mí más que una sola ambición: recobrar la vieja casa y restablecer su gloria, cosa que me temo jamás podré cumplir[65].

Para colmar el dolor de Lovecraft, por este tiempo, su gato, su amado gato Nigger-Man, desapareció.

> ¡Qué chiquillo era! De una diminuta bolita negra le vi convertirse en una de las criaturas más fascinantes e inteligentes que jamás he visto. Solía hablar en un verdadero lenguaje de entonaciones variadas, con un tono especial para cada significado diferente. Había incluso un «prr’p» especial para el olor a castañas asadas, que le encantaban. Solía jugar a la pelota conmigo: le daba a una gran esfera de goma, devolviéndomela desde el centro de la habitación con sus cuatro patas, tumbado en el suelo. Y en las tardes de verano, en el crepúsculo, mostraba su parentesco con los duendes de la sombra corriendo por el prado en misiones ignoradas, perdiéndose veloz en la oscuridad de los arbustos, de cuando en cuando, para saltar sobre mí por sorpresa y huir otra vez a lo invisible antes de que pudiese cogerle[66].

Con su intenso sentido del territorio, Lovecraft era también gatuno; una vez dijo: «Tengo un interés y una devoción verdaderamente gatunos por los

lugares». Quizá a Nigger-Man le desagradaba mudarse tanto como a su amo, y lo que hizo fue negarse a vivir en la nueva vivienda. En cualquier caso, Lovecraft no volvió a tener nunca más otra mascota.

Para la mayoría de los jóvenes, la adolescencia es una etapa de tensión en la que son corrientes los pensamientos suicidas. Al superprotegido Lovecraft le afectó con fuerza devastadora:

> Se acabaron los preceptores: la escuela secundaria, el próximo septiembre, sería probablemente un espantoso aburrimiento, ya que no se puede ser tan libre ni estar tan a gusto como durante las breves temporadas de la vecina escuela de Slater Ave… ¡Maldita sea! ¿Por qué no anularé la conciencia enteramente? La vida toda del hombre y del planeta no es más que un segundo cósmico, así que no perdería demasiado. *El método* es la única dificultad. No me gustan los finales sucios, y los dignos son difíciles de encontrar. Los venenos realmente buenos son difíciles de conseguir… Los de mi laboratorio químico (restablecí esta institución en el sótano de la nueva casa) eran indigestos y dolorosos. Las balas eran ruidosas e inseguras… Bien, lo que más me tentaba era el cálido, poco profundo y rojizo río Barrington, en la parte oriental de la bahía. Solía ir allí en bicicleta… por el deseo de alejarme lo más posible de casa, ya que me recordaba el hogar que había perdido. Qué fácil habría sido vadear entre los rápidos y dejarme caer boca abajo en las cálidas aguas hasta hundirme en el olvido. Habría sufrido un gorgoteo y ahogo desagradables al principio; pero habría terminado en seguida. Luego, la larga y apacible noche de la no-existencia… de la que había disfrutado desde el mítico comienzo de la eternidad hasta el 20 de agosto de 1890.

Lo que anuló este plan no fue tanto el normal impulso de la autoconservación como otra tendencia de la naturaleza de Lovecraft: la curiosidad intelectual. Del mismo modo que la mayoría de la gente anhela los placeres físicos de la comida, la bebida y el sexo, Lovecraft ansiaba saber:

Y no obstante, ciertos elementos —particularmente la curiosidad científica y un sentido del drama del mundo— me lo impedían, había muchas cosas en el universo que me engañaban, pero sabía que podía encontrar las respuestas en los libros si vivía y estudiaba más. Por ejemplo, la geología. ¿*Cómo* cristalizaron y emergieron exactamente estos antiguos sedimentos y estratificaciones en montañas de granito? La geografía ¿*qué* encontrarían exactamente Scott y Shackleton y Bordigrevingk en el gran Antártico blanco, en sus próximas expediciones… que yo llegaría —si quería vivir— a ver descrito? En cuanto a la historia, si pensaba en mi desaparición sin aprender nada más, me sentía incómodamente preocupado por lo que no sabía. Había lagunas tentadoras en todas partes. ¿Cuándo dejó la gente de hablar en latín y empezó a hablar en italiano y en español y en francés? ¿Qué sucedió durante la oscura Edad Media en aquellas regiones del mundo distintas de Inglaterra y Francia (cuyas historias conocía)? ¿Qué, en los inmensos abismos del espacio más allá de todas las tierras familiares: las regiones desérticas a que aludieron *Sir* John Mandeville y Marco Polo… Tartaria, el Tibet?… ¿Qué en la desconocida África? Yo sabía que muchas cosas que eran misterios para mí no lo eran para otros. No me sabía mal mi falta de respuestas porque esperaba saber algún día… pero ahora que se presentaba la idea de *no saber nunca*, la circunstancia de la curiosidad frustrada se me hacía mortificante. Y lo mismo en matemáticas. ¿Podría morir propiamente un caballero sin haber demostrado sobre el papel por qué el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo equivale a la suma de los cuadrados de sus catetos? Así que, por último, decidí posponer mi final hasta el verano siguiente.

La escuela secundaria, sin embargo, resultó una sorpresa agradable.

Bueno: aquel otoño descubrí que la escuela secundaria era un placer y un estímulo, en vez de un aburrimiento, y en la primavera siguiente reanudé la publicación del *R. I. Journal of Astronomy* que

> había dejado en suspenso… Los profesores de Hope Street *comprendieron* rápidamente mi disposición, a pesar de que «Abbie» [Hathaway, director de la Escuela de Slater Avenue] jamás la había comprendido; y dejando *toda contención*, me consideraron aparentemente su camarada e igual; de manera que dejé de pensar en la disciplina y me comporté simplemente como un caballero entre caballeros. No tuve otra cosa que relaciones agradables con la facultad de Hope Street durante mis cuatro años de estancia allí.

Aunque Lovecraft no tomó parte en los deportes y demás actividades extracurriculares, se llevaba bastante bien con sus compañeros de estudio. En primer lugar, descubrió que, al tratar con los matones, las caras feroces y las amenazas sedientas de sangre eran menos efectivas, para el que es torpe en la lucha, que una fachada de blanda, serena imperturbabilidad. Practicó esta pose objetiva y hierática tan cabalmente que de adulto se creyó un hombre prácticamente sin emociones: una máquina pensante o una inteligencia desencarnada. Algunos de sus compañeros decían más tarde que trataron de intimar con él, pero que les echaba para atrás su aire de fría indiferencia. Otros le recordaban «fatuo como una chinche».

De hecho, Lovecraft no era en absoluto frío e insensible. Sus emociones —sus amores y odios, sus entusiasmos y aversiones— eran tan vehementes como los de los demás. Pero había mantenido una postura inexpresiva tanto tiempo que le resultaba difícil manifestar sus emociones abiertamente.

> Durante su primer año en la escuela secundaria (1904-05), Lovecraft cumplió bien académicamente, con una nota media de 81. Su mejor materia fue el latín (87), y la peor el álgebra (74[67]). Después recordaría esta etapa como de estímulos y descubrimientos intelectuales.
>
> La *física* de primero descubría problemas relacionados con la naturaleza de los fenómenos visibles y el funcionamiento del universo que mi anterior química y mi astronomía ni siquiera habían sugerido… ¿era posible que hombres instruidos supiesen cosas acerca de la estructura fundamental del cosmos que invalidaban

> todas mis nociones secretamente guardadas? ¡Y, dios!, ¡qué sorpresa resultaba la *historia*! Todo el fausto del *Imperio Bizantino* y su hostil relación con el espléndido Islam que mis juveniles Mil y una Noches y mis posteriores estudios astronómicos… me habían hecho tan entrañables, desaparecieron calladamente de mi vista, y por primera vez oí hablar de la desaparecida cultura minoica que *Sir* Arthur Evans aún estaba ocupado en excavar en Creta. Asiria y Babilonia, también, se mostraron más impresionantemente que nunca; y en fin, oí hablar del eterno enigma de la *Isla de Pascua*. ¡Qué mundo!, ¡buen dios!, un hombre podía seguir ocupado toda su vida, aún en un ambiente adverso, aprendiendo cosas nuevas …

Durante este año, Lovecraft faltó a clase dieciocho días y llegó tarde para entrar diecisiete. Se han hecho conjeturas sobre sus continuos retrasos en la llegada a clase. Se ha supuesto, por ejemplo, que se demoraba en el camino para evitar las peleas o debido a una misantropía general[68]. Pero tales suposiciones no son realmente necesarias. A lo largo de toda la primera etapa de su vida tuvo poco sentido del tiempo y jamás podía confiarse en que llegara a su hora a una cita.

En la primavera de 1905, el Lovecraft de catorce años hizo otro intento en literatura. El relato lo tituló «La bestia de la Cueva»; poco más de dos mil palabras en total. Se trataba de un cuento bastante maduro, con un argumento simple y un estilo florido, latinista, derivado de Poe. Si bien no alcanza un nivel comercial, está a millas de distancia de sus esfuerzos juveniles. Empieza:

«La horrible conclusión que se había ido imponiendo gradualmente a mi espíritu confundido y renuente era ahora una espantosa certidumbre. Estaba perdido; completa, desesperadamente perdido en los inmensos y laberínticos corredores de la Cueva Gigantesca». El narrador cuenta su *impresión* de que va a morir, y se alegra por el espíritu estoico con que se dispone a afrontar su destino. «De repente, sin embargo, mi atención reparó con un sobresalto en el ruido de unas pisadas apagadas que se acercaban por

el suelo rocoso de la caverna… un instante después mi alegría se convirtió en horror al escuchar; pues mi oído, siempre muy atento, y aguzado aún más por el completo silencio de la caverna, llevó a mi embotado entendimiento la inesperada y sobrecogedora conciencia de que estas pisadas *no eran como las de un hombre mortal* … Al escuchar atentamente, me pareció distinguir el rumor de *cuatro* pies en vez de *dos*».

La antorcha del narrador se apaga. Durante varias páginas, las misteriosas pisadas le siguen solapadas. Por último, arroja una piedra, que derriba a la criatura. No tarda en tropezar con el grupo del que se había separado. Descubren a un cuadrúpedo moribundo, que al principio toman por un mono, escasamente cubierto de pelo desordenado y blanco. Un examen más detenido, les revela que «la criatura que yo había matado, la extraña bestia de la insondable caverna, era, o había sido en algún tiempo, ¡¡¡un hombre!!!»[69].

El relato (fechado el 1 de abril de 1905) muestra varias características literarias del Lovecraft adulto. Hay tensión en el ambiente y la atmósfera, más que en la acción. Hay un denso influjo de Poe, incluido uno de los peores vicios literarios de Poe: el abundante uso de excentricidades tipográficas (mayúsculas, itálicas y múltiples signos de exclamación) para dar fuerza a su relato.

Finalmente, la historia muestra la perenne fascinación de Lovecraft por las cavernas y lugares parecidos. De chico, tenía un sentido muy precario del equilibrio, y una moderada acrofobia, pero venció este miedo caminando por encima de paredes y andamios. Más tarde dijo que no padecía claustrofobia ni agorafobia, pero:

> Tengo, sin embargo, *un cruce de las dos*, en forma de un claro temor a los *espacios cerrados muy grandes*. La oscura cochera de un establo, el sombrío interior de un depósito de gas abandonado, un local o un teatro desiertos, una caverna muy grande, pueden dar esa idea. No es que tales recintos me provoquen visibles e incontrolables espasmos y palpitaciones, sino que me producen una profunda y solapada sensación de lo siniestro… aún a mis años [cuarenta y seis[70]].)

En «El Cuadro» de 1907, Lovecraft emprende definitivamente su trayectoria hacia lo fantástico; en esta época, dice, su gusto literario se inclinó por «la fantasía o nada»:

> Un hombre, en una buhardilla de París, había pintado un misterioso lienzo que reflejaba la quintaesencia del horror. Una mañana le encuentran arañado y desfigurado ante su caballete. El cuadro está destruido como en una lucha titánica… pero en una esquina del bastidor queda un trozo de tela… y en él encuentra el forense, para su horror, la imagen pintada de la especie de garra que evidentemente ha matado al artista.

«El Alquimista», de 1908, comprende unas 2.700 palabras. Un aristócrata francés, heredero de un antiguo castillo, hereda también una vieja maldición. Un conde anterior había asesinado a un brujo de la localidad, Michael Mauvais, sospechando erróneamente que había matado a su hijo. El hijo del brujo, Charles Le Sorcier, pronunció esta maldición:

> *¡Jamás noble alguno de su estirpe homicida*
> *Alcanzará una edad superior a la tuya!*

A continuación arrojó veneno a la cara del entonces conde, quien murió en el acto, y huyó. A partir de ese momento, el heredero del título moría siempre de una u otra manera a la edad de treinta y dos años.

Llega el tiempo de nuestro héroe —narrador: el conde Antoine de C—. Este poco heroico protagonista es el típico héroe de ficción del período romántico de principios del siglo XIX: una criatura sensible, incapaz, que se desmaya de emoción. Huérfano a temprana edad, Antoine es atendido por un viejo criado, Pierre, en quien un crítico ha visto una semejanza con Whipple Phillips[71].

Explorando una parte deshabitada del castillo, el héroe descubre una trampa que conduce a una cripta. En la cripta encuentra a un misterioso desconocido:

> … un hombre ataviado con un gorro en forma de calavera, y una larga túnica medieval de color oscuro. Su largo cabello y abundante barba eran de un negro intenso y terrible, y de increíble espesor. Su frente, mucho más alta de lo normal; sus mejillas, hundidas y surcadas de profundas arrugas …

Mientras esta aparición se jacta de cómo había matado a los antepasados del narrador uno tras otro, el héroe le arroja la antorcha y se desmaya. Cuando vuelve en sí, su adversario moribundo revela el hecho que cualquier lector atento habría adivinado ya:

> «Loco», exclama, «¿es que no has adivinado mi secreto?… ¿No te he hablado del gran elixir de la eterna vida? ¿No sabes cómo se resolvió el secreto de la Alquimia? ¡Te lo diré, soy yo! ¡Yo! ¡Yo! quien ha vivido durante seiscientos años para mantener mi venganza, ¡PORQUE YO SOY CHARLES LE SORCIER!»[72].

La historia —versales, negritas y demás— es todavía un pastiche rudimentario a lo Poe. Pero el autor va ensanchando su dominio literario… Lovecraft escribió también otros relatos en su primera adolescencia; pero, con pocas excepciones dignas de mención, todos ellos perecieron en la purga literaria de 1908.

Al finalizar el curso escolar 1904-05, Lovecraft abandonó la escuela secundaria, y no asistió en todo el año siguiente. No se conoce el motivo, aunque años después habló de un «desmoronamiento» nervioso en 1906.

Durante este año no permaneció inactivo. De hecho, 1906 vio su primera aparición en letra impresa. El 3 de junio apareció en el *Providence Journal* una carta de Lovecraft, en la que, como materialista científico, denunciaba la astrología. Dos meses más tarde, el *Scientific American* publicó una carta suya, instando a los observatorios astronómicos a que emprendiesen un programa de cooperación en la búsqueda de un planeta

extraneptuniano.

No tardaron en seguir regularmente otros artículos astronómicos. Una serie apareció en un semanario local, el *Pawtuxet Valley Gleaner*, que se publicaba en West Warwick, Rhode Island. Lovecraft confesó que esta publicación aceptaba sus artículos porque Whipple V. Phillips había sido un hombre importante en esa región.

La otra serie, que salió simultáneamente con la anterior, consistió en una columna mensual en el *Providence Evening Tribune*. El profesor Upton colaboraba con artículos astronómicos en el rival *Providence Journal* desde 1893, y el *Tribune* se alegró evidentemente de lanzar esta forma de competencia; sobre todo, como seguramente era el caso, si Lovecraft no reclamaba pago alguno.

Cuando Lovecraft volvió a la escuela, sus columnas le proporcionaron algún pequeño triunfo. En primer lugar, los chicos dejaron de llamarle «Lovey» y empezaron a tratarle de «Profesor». Las columnas también le brindaron una deliciosa ocasión para desquitarse de una de sus profesoras:

> Mi profesora de inglés era una vieja llamada señora Blake, que poseía un talento agradable aunque un tanto cínico. Me molestaba con ciertas dudas acerca de la *originalidad* de mis composiciones. Un día me llamó a su mesa y me preguntó si cierto ensayo mío… no estaba copiado de un artículo de revista; a lo que repliqué que lo había tomado *literalmente* ¡de un periódico rural! Ante su creciente cólera, le mostré el recorte, en cuya cabecera ponía con letras prominentes: «¡¡¡Por H. P. Lovecraft!!!».

Las colaboraciones para el *Tribune* eran mayormente efemérides; es decir, simples tablas de los principales hechos astronómicos para el mes siguiente: la hora del orto y el ocaso, las fases de la luna, las posiciones de los planetas y demás. Las contribuciones en el *Gleaner*, en cambio, eran más extensas. Llevaban títulos tales como «¿Es Marte un mundo habitado?», «¿Hay vida en la luna?», «¿Hay planetas no descubiertos?» y «¿Puede el hombre llegar a la luna?». Lovecraft declaraba proféticamente que «no» a las dos primeras cuestiones, y «sí» a las demás. En lo que se

refiere al viaje a la luna, sin embargo, no previo el empleo de la fuerza del cohete para llegar. Los métodos que proponía eran el impulso de un disparo de cañón, la antigravedad y alguna clase de «repulsión eléctrica», estas dos últimas aún por descubrir.

En su artículo sobre la vida en Marte, Lovecraft atacaba las teorías del eminente astrónomo bostoniano Percival Lowell, hermano del presidente Abbot L. Lowell de la Universidad de Harvard. Percival Lowell había popularizado la idea de que las débiles franjas de la superficie de Marte, que él y algunos otros astrónomos vieron con sus telescopios, eran canales (o al menos fajas de vegetación que bordeaban los canales) excavados por marcianos inteligentes para conducir el agua de los casquetes polares al resto del planeta árido. La teoría se incorporó a muchos relatos de ciencia-ficción, incluidas las novelas marcianas de Edgar Rice Burroughs.

En 1907, Percival Lowell dio una conferencia en el Sayles Hall, de Providence. Antes de la conferencia, el profesor Upton vio a Lovecraft entre la multitud y, para embarazo de H. P. L., le presentó a Lowell como un activo articulista de temas astronómicos:

> Con el egoísmo de mis diecisiete años, ¡temí que Lowell hubiera leído lo que yo había escrito! ¡Traté de ser lo más reservado posible hablando, y afortunadamente descubrí que el eminente observador estaba más dispuesto a preguntarme sobre mi telescopio, mis estudios, etc., que a discutir sobre Marte[73]!

El *Gleaner* dejó de publicarse a finales de 1906. Lovecraft continuó en el *Tribune* hasta mediados de 1908, en que cesaron también estas columnas.

Al mismo tiempo, siguió sacando la *Scientific Gazette* y el *Rhode Island Journal of Astronomy* para amigos y parientes. Ahora tiraba sus publicaciones a multicopista, y sacaba ediciones de veinticinco ejemplares.

Durante un tiempo, en 1905, sus amigos Chester y Harold Munroe publicaron periódicos rivales. Los chicos se reunían para representar funciones teatrales, conferencias con proyecciones y sesiones de ilusionismo. A finales de 1905, Lovecraft convenció a su madre para que le comprase una pequeña imprenta manual. Durante medio año se anunció a sí

mismo en sus publicaciones a multicopia, como impresor de tarjetas a cinco centavos la docena. La crónica no dice si tuvo algún encargo.

En la primavera de 1906 Lovecraft puso en venta la prensa. Estaba tratando de organizar una Asociación Astronómica de Providence, lo que no le dejaba tiempo para imprimir; el 25 de enero de 1907 pronunció una conferencia en el Club Juvenil de la Iglesia anabaptista sobre astronomía. También necesitaba el dinero para comprar más instrumentos astronómicos. En cualquier caso, jamás tuvo habilidad para las máquinas.

Esta vez, también, Lovecraft tuvo un ataque de prematura conciencia social:

> Yo era entonces un gran reformador (en mi propia mente) y tenía grandes ideas sobre cómo elevar a las masas. Conocí a un chico sueco superficialmente brillante en la Biblioteca Pública —trabajaba en el «depósito» donde se guardaban los libros— y le invité a casa para ensanchar su mentalidad (yo tenía quince años y él tendría la misma edad, aunque era más bajo y parecía más joven). Yo creía que había descubierto a un Milton mudo y vergonzoso (él manifestaba un gran interés por mi trabajo), y a pesar de las protestas maternales, le hospedé frecuentemente en mi biblioteca. Yo creía en la igualdad, entonces, y le censuré cuando llamaba a mi madre «*Ma'am*»: ¡le dije que un futuro científico no debía hablar como un criado! Pero no tardó en revelar cualidades poco atrayentes para mí, y me vi obligado a abandonarle a su destino plebeyo.

A Lovecraft le gustaban las armas. Tenía cariño a una colección de rifles y pistolas que había heredado, a la que añadió una serie de 22 rifles, que sacaba al campo para disparar. Las leyes contra la tenencia y manejo de armas de fuego eran más escasas y benignas que hoy. Más tarde Lovecraft dijo que había llegado a ser un buen tirador hasta que, en 1910, el debilitamiento de la vista le obligó a abandonar. «La ciencia de la caza me fascinaba, y el contacto de un rifle era un bálsamo para mi alma; pero después de dar muerte a una ardilla cogí aversión a matar seres inofensivos, y a partir de entonces recurrí a las dianas…».

Más tarde, Lovecraft vendió o regaló la colección entera, pieza a pieza, salvo un mosquete de chispa, que conservó como una antigüedad.

El 6 de julio de 1906 Lovecraft adquirió una máquina de escribir Remington usada. Sin embargo, jamás dio el lógico paso siguiente: aprender a escribir al tacto… Toda su vida escribió con los dos dedos índices, al igual que muchos escritores de su generación, como H. L. Mencken.

Lo que, con una madre poco práctica y su propio complejo de caballero aficionado, nunca llegó realmente a comprender es que hay maneras de hacer las cosas bien y mal; y que uno se ahorra muchos problemas aprendiendo a hacerlas bien. Un escritor moderno que no sabe escribir a máquina con todos los dedos es como el vaquero que no sabe montar a caballo. Pero el obstinadamente arcaizante Lovecraft persistió en los hábitos de escribir propios de otro tiempo, como el escriba babilonio del período helenístico seguía con sus tabletas de arcilla y su estilo, y despreciaba el recién inventado sistema de la pluma y el papiro.

Esta Remington de 1906 la conservó Lovecraft toda su vida. Cuando se estropeaba, la mandaba reconstruir. Pero esto ocurría muy de tarde en tarde, ya que raramente podía costear tan caros arreglos. A sus veintitantos años escribía sus cartas a máquina durante el día, pero por la noche lo hacía a mano para no molestar a los demás con el ruido.

Llegó a odiar la máquina cada vez más; y decía: «creo que soy constitutivamente perezoso, pues la actividad mecánica me aburre y me cansa lo indecible». A lo largo de toda su vida, mostró (por citar a un moderno científico) «la curiosa aversión general a las máquinas que descubrimos en algunos modernos intelectuales, que añoran nostálgicamente la crueldad, la fatiga y la miseria de un mundo sin maquinaria»[74].

Gradualmente, Lovecraft volvió a la pluma estilográfica para todo, salvo para la redacción definitiva de los manuscritos. Algunos de sus relatos no fueron pasados durante su vida porque tenía prevención a la penosa experiencia de la máquina, y jamás pudo contratar a una mecanógrafa.

Lovecraft escribía muy de prisa y se preocupaba de buscar plumas estilográficas que corriesen con fluidez a la más ligera presión. Su letra era

bastante buena en su juventud, pero a medida que se hizo mayor se le fue haciendo más pequeña, más desgarbada y más difícil de leer; sin embargo, como es regular, uno puede acostumbrarse a ella. De ahí que uno de sus últimos corresponsales tomara la palabra «hermit» (ermitaño) en una carta por «haircut» (corte de pelo). Otro no sabía qué eran «orianfolots»; Lovecraft había querido escribir «orientalists». La madre de un corresponsal, al echar una mirada a una carta de H. P. L., preguntó con toda seriedad si estaba escrita en árabe.

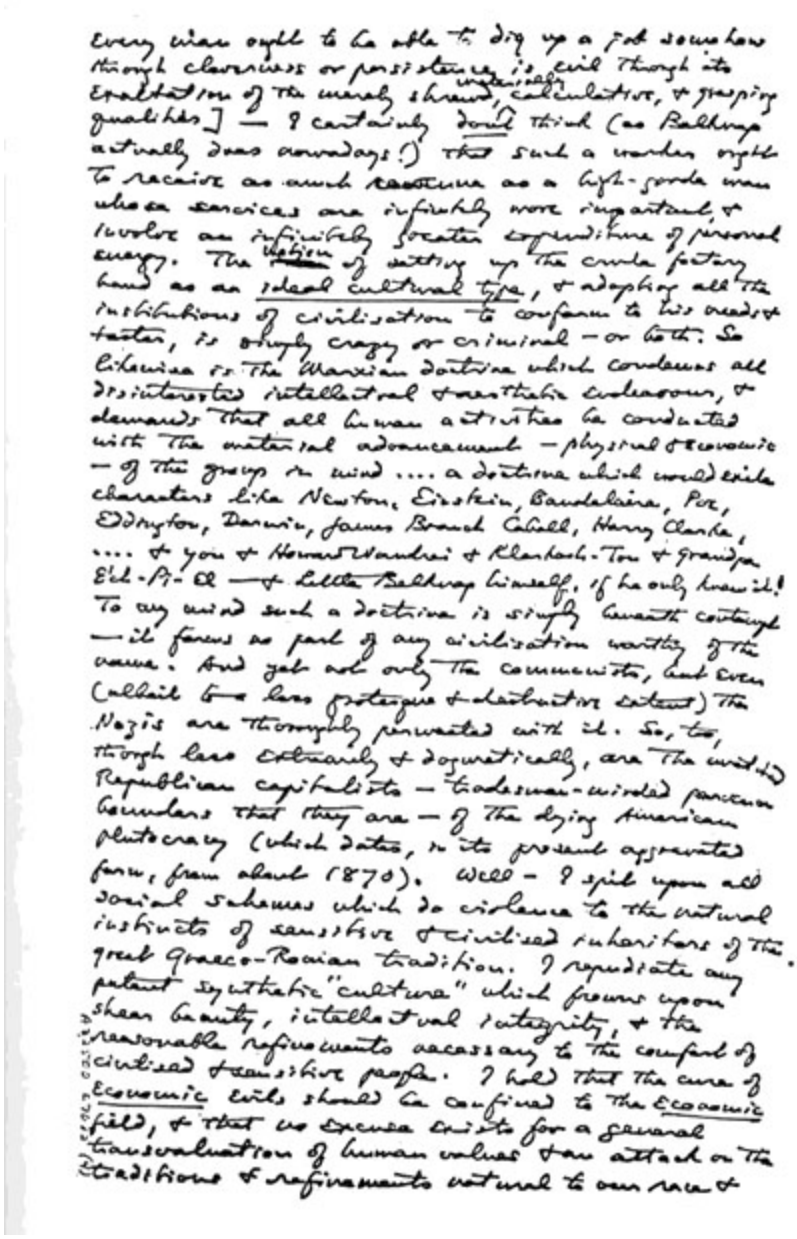
Cuando sus corresponsales se quejaban, él defendía su letra ilegible como un caso «de orgulloso desprecio por lo evidente, que ha sido siempre la obra de los talentos superiores». Si se entretuviese en escribir de forma legible, «no podría escribir todos mis manuscritos y cartas». Además, la gente podía leer toda clase de letras, antes de que la máquina de escribir viniera a estropear la situación.

(En 1907 Lovecraft adquirió su primera cámara fotográfica una Brownic núm. 2 de dos dólares. Era una sencilla cámara de cajón, con un foco fijo y obturador de una sola velocidad. Aunque conservó esta cámara toda su vida y tomó algunas fotografías con ella, y con la Kodak de bolsillo que después llegó a poseer, nunca probó formas más perfeccionadas de fotografía)[75]. Ni siquiera llevaba cámara en sus últimas excursiones arqueológicas. Como toda la moderna maquinaria, miraba la cámara con recelo, con desprecio, y admitía de mala gana su utilidad.

En septiembre de 1906, en que cumplió los dieciséis años, Lovecraft volvió a la Escuela Secundaria de Hope Street, asistiendo todo el curso. Durante el primer período, sus notas fueron buenas: inglés, 90; álgebra, 75; dibujo, 85; gramática latina, 85; geometría plana, 92, y física, 95.

Como antes, el álgebra le resultó la materia más difícil para él. Este hecho arrojaba una sombra sobre sus planes para el futuro. Había pensado graduarse en la Secundaria de Hope Street, ingresar en la Universidad Brown, especializarse en astronomía y llegar a ser profesor como Upton. Ahora empezó a temer que su flojedad en álgebra malograse sus objetivos, ya que un astrónomo en ejercicio necesita dominar las principales ramas de la matemática. Como muchos jóvenes, se había sentido atraído hacia una profesión por su encanto, sin darse cuenta del tedioso trabajo que requería

su práctica.



Every man ought to be able to dig up a job somehow through cleverness or persistence is evil through its exaltation of the merely shrewd, [materially] calculative, & grasping qualities] — I certainly don't think (as Belknap actually does nowadays!) that such a worker ought to receive as much recognition as a high-grade man whose services are infinitely more important, & involve an infinitely greater expenditure of personal energy. The notion of setting up the crude factory hand as an ideal cultural type, & adapting all the institutions of civilisation to conform to his needs & tastes, is simply crazy or criminal — or both. So likewise is the Marxian doctrine which condemns all disinterested intellectual & aesthetic endeavour, & demands that all human activities be conducted with the material advancement — physical & economic — of the group in mind .... a doctrine which would exile characters like Newton, Einstein, Baudelaire, Poe, Eddington, Darwin, James Branch Cabell, Harry Clarke, .... & you & Howard Wandrei & Klarkash-Ton & Grandpa E'ch-Pi-El — & Little Belknap himself, if he only knew it! To my mind such a doctrine is simply beneath contempt — it forms no part of any civilisation worthy of the name. And yet not only the communists, but even (albeit to a less grotesque & destructive extent) the Nazis are thoroughly permeated with it. So, too, though less extremely & dogmatically, are the unstated Republican capitalists — tradesman-minded parvenu bounders that they are — of the dying American plutocracy (which dates, in its present aggravated form, from about 1870). Well — I spit upon all social schemes which do violence to the natural instincts of sensitive & civilised inheritors of the great Graeco-Roman tradition. I repudiate any patent synthetic "culture" which frowns upon sheer beauty, intellectual integrity, & the reasonable refinements necessary to the comfort of civilised & sensitive people. I hold that the cure of economic evils should be confined to the economic field, & that no excuse exists for a general transvaluation of human values & an attack on the traditions & refinements natural to our race &

Durante el año escolar de 1907-08, Lovecraft siguió un curso reducido, consistente en química, álgebra media y física. Aunque obtuvo buenas notas incluso en álgebra, dejó esa materia después del primer cuatrimestre. Al final del año, habiendo completado tan sólo dos cursos y medio de escuela secundaria, abandonó definitivamente.

En sus cartas posteriores, Lovecraft habló varias veces de su graduación

en la escuela secundaria; por ejemplo: («Me gustaba [la escuela secundaria], pero el esfuerzo era excesivo para mi salud, y sufrí un colapso nervioso inmediatamente después de mi graduación, lo que me impidió totalmente asistir a la Universidad»)[76]. Puede que el «colapso nervioso» fuera real, pero no fue la causa principal de que dejase de asistir a la Universidad. Jamás se graduó en la escuela secundaria, y sólo habría podido hacerlo con un año y medio más de estudio. Con su expediente, no habría podido entrar en la Universidad Brown aunque hubiese gozado de buena salud y su familia se lo hubiese podido permitir.

Años después, Lovecraft quitaba importancia a este fracaso escolar: «Al fin y al cabo, una familia cultivada es la mejor escuela, y yo me siento particularmente satisfecho con el aprendizaje que este joven no recibió». Esto era una fanfarronada; en un momento más sincero escribió: «Jamás he dejado de sentirme avergonzado de mi educación no-universitaria; pero sé, al menos, que no podía haber sido de otra manera»[77].

Este fracaso fue lo que más influyó en la determinación de su futuro. En varias cartas, Lovecraft habla de su «colapso nervioso». Por ejemplo:

> En aquellos años medios, el pobre diablo era tan catastróficamente nervioso que odiaba hablar con ningún ser humano, y aun ver o ser visto por alguien; y cada vez que iba a la ciudad, le suponía una prueba difícil… En aquellos tiempos no podía soportar el ver o hablar con nadie, y me gustaba aislarme del mundo bajando las persianas y utilizando luz artificial… Odiaba pensar en la cantidad de conocimientos de la escuela secundaria que se me fueron de la cabeza durante los cinco años siguientes a 1908. Mi salud no me permitía ir a la universidad; efectivamente, la constante aplicación en la escuela secundaria me había producido una especie de desmoronamiento[78].

Hablaba de dolores de cabeza, indigestión, flojedad, cansancio, depresión o incapacidad para concentrarse. Síntomas de este género pueden estar ocasionados por múltiples dolencias, como la hipotensión (tensión

baja de la sangre), la hipoglucemia (escasez de azúcar en la sangre), hipotiroidismo (baja función de la glándula tiroides) y diversas infecciones de microorganismos. Algunos médicos dicen que una existencia perezosa, inútil, como la que Lovecraft llevó durante la siguiente década, es suficiente por sí misma para provocar los síntomas de los que él se quejaba. La ciencia médica de 1908 no llegó a enfrentarse con la enfermedad de Lovecraft, fuera la que fuese.

Puede que Lovecraft sufriera alguna forma de hiperinsulinismo, o excesiva producción de insulina de la glándula pancreática, llamada hipoglucemia. Aunque es, en cierto modo, lo contrario de la diabetes, el enfermo debe evitar tomar azúcar, igual que el diabético. Si toma azúcar en dosis masivas, como al comer dulces, su páncreas superactivo inunda la sangre con demasiada insulina. Entonces sufre un *shock* de insulina, con los síntomas que Lovecraft describe.

Ahora bien, Lovecraft era notoriamente aficionado a los dulces. Consumía enormes cantidades de chocolate y helados; saturaba de tal manera su café con azúcar que le quedaba una pasta pegajosa en la taza. Si era hiperinsulínico, es seguro que semejante práctica le ocasionó un colapso como el que describe.

Además, según sus cartas, Lovecraft siempre había sido sensible al frío. No podemos estar seguros sobre cómo se desenvolvió a este respecto durante su niñez y su adolescencia. En cualquier caso, esta condición apareció después o se agravó enormemente con su desmoronamiento de 1908.

Parece que desarrolló una afección rara, poco conocida, llamada poikilotermismo. El paciente pierde la normal capacidad mamífera de conservar constante la temperatura de su cuerpo, independientemente de los cambios térmicos en el ambiente. Su cuerpo adopta la temperatura de su entorno, como si fuese un reptil o un pez.

Durante el resto de su vida, Lovecraft sólo se sintió a gusto a temperaturas por encima de los 26 grados. Cuando el ambiente se encontraba por los 32 grados, y los demás se asaban de calor, él se mostraba ocurrente y lleno de energía. Por debajo de 26 grados, se sentía cada vez peor. A los 21 grados estaba aterido y no paraba de sorber. A los 15 grados

se sentía miserable.

En las pocas ocasiones en que le cogió fuera de casa una temperatura por debajo de 6 grados, sufrió un desvanecimiento y fue recogido por los transeúntes. Esta debilidad le confinaba en su casa prácticamente todo el invierno, salvo durante los raros momentos de calor. Para agravar la situación, no le gustaba llevar ropa de invierno; la encontraba agobiante.

El poikilotermismo, según me han dicho, puede ser causado por anomalías tales como un tumor en la región hipotalámica de la base del cerebro, o por el hipotiroidismo, que también produce flojedad, cansancio y depresión. De hecho, una combinación de hipoglucemia e hipotiroidismo explicaría todos los síntomas físicos más señalados de Lovecraft. Es interesante considerar que, posiblemente, unas dosis de extracto de tiroides y una dieta sin azúcar hubieran podido devolverle a la vida normal durante los años críticos comprendidos entre los diecisiete y los veintinueve.

Otra pista de los trastornos de Lovecraft la proporcionaba su extraordinaria memoria. Parece que tenía un recuerdo total de casi todo desde sus tres años. Si le preguntaban sobre una reunión que había tenido años antes, era capaz de identificar el sitio, la fecha exacta y los nombres de los que habían estado presentes, y contar lo que se había dicho, quién lo había dicho y a quién. Un psiquiatra me dice: «Se han observado casos de memoria asociados a una considerable limitación de libertad emocional, capacidad para afligirse, etc., lo que a su vez acentúa la dificultad para enfrentarse con las ordinarias tensiones y contratiempos. La adolescencia es una tensión considerable *per se*».

(Hay también una historia según la cual, a los quince años, Lovecraft sufrió una grave caída en un edificio en construcción. Pero yo no conozco detalles suficientes para inferir si esa caída tuvo relación o no con sus dolencias posteriores)[79].

Un conjunto cada vez mayor de opiniones médicas considera el tipo de crisis como las de Lovecraft consecuencia de defectos congénitos en la organización bioquímica del paciente. Se cree que estas debilidades son hereditarias y predisponen al individuo a disfunciones cuando se disparan por alguna tensión o estímulo ambiental. Tales tensiones las proporcionaban la peculiaridad del hogar, la familia y los estudios de Lovecraft.

Cuál es la verdad, la exacta conexión entre el supuesto poikilotermismo de H. P. L., su voraz apetito de dulces, sus síntomas hipoglucémicos, su memoria cidética, sus probables fiebres reumáticas y su colapso de 1908, es cosa que probablemente jamás sabremos. El enigma se complica aún más por el hecho de que, cuando Lovecraft habla de periodos de mala salud en su juventud, no estamos seguros de si le pasaba algo de verdad o se lo había hecho creer así su madre neurótica.

Desde 1909 a 1914 se convirtió de adolescente en adulto; pero su vida durante este período está casi absolutamente en blanco. Al parecer, permanecía en casa día tras día, sentado la mayor parte de la noche y en la cama toda la mañana, leyendo vorazmente, escribiendo mazos de poesía georgiana y sin hacer casi nada más.

Su comportamiento no es raro. Un joven tímido, vergonzoso, altamente inteligente y precozmente intelectual, que abandona los estudios, vuelve la espalda al mundo y se mete en un agujero. Es menos un colapso de nervios que de voluntad, de motivación. Si se la deja, la víctima puede andar vagando sin rumbo toda la vida. Si se la hace trabajar, se acomoda a algún pequeño oficio muy por debajo de sus capacidades. Aunque la dolencia es familiar a los psiquiatras, la causa y la curación no se conocen con certeza.

Susie Lovecraft, sin embargo, creía evidentemente que el genio poético que ella atribuía a su hijo le excusaba de tenerse que ganar la vida. Aunque la preparación para este menester era de la más urgente necesidad, ella no le apremió nunca para que hiciese lo necesario para desenvolverse.

Un factor que contribuyó a la larga ociosidad de Lovecraft fue el adoctrinamiento por su madre en «los ideales y las inquebrantables tradiciones como base para un adecuado respeto de sí y una actitud de caballero, de delicadeza y discreción…»[80]; en otras palabras, cómo ser un caballero. Qué clase de caballero le instaba ella a ser, es cosa que puede inferirse de las cualidades de que dio muestra él más tarde. Encarnaba el ideal Victoriano de caballero: cortés, digno, equilibrado, imperturbable, con buen gusto, desdeñoso, obsequioso, honesto, veraz, casto, caballeroso, justo y consciente de su superioridad de clase.

La mayoría de estas cualidades aún se consideran virtudes; pero la educación que Susie le inculcaba no incluía la idea del aprendizaje para vivir. A un caballero Victoriano, hablar de dinero y de trabajo le parecía vulgar; igual que fisgar en los asuntos de los demás o emplear palabras fuertes en presencia de una dama.

Se dice que la madre del Rey Jorge III le dijo a éste: «¡Jorge, sé rey!», y que muchos de los problemas de este honrado pero poco dotado monarca surgieron por intentar obedecerla. Del mismo modo, Susie Lovecraft dijo efectivamente a su hijo: «¡Sé un caballero!». Y desde luego consiguió hacerle un *snob* toda la vida, adornando sus cartas con insolentes burlas a la «plebe ignorante» o la «chusma vulgar».

Lovecraft trató de vivir según la idea que tenía su madre de lo que era un caballero, y de este modo se calificaba a sí mismo abiertamente: «… un caballero respeta al gato por su independencia», o «… va contra el talante de un caballero pedir dinero por un favor prestado a un amigo». Quienes no daban esta medida eran rechazados orgullosámente: Oscar Wilde jamás fue «lo que uno acostumbra llamar un caballero», y «siempre hubo algo de burgués y comerciante en el sabio frugal…»: Benjamín Franklin. A su madre se le olvidó decirle, al parecer, que un caballero no se alaba a sí mismo y que por consiguiente, quien dice «soy un caballero», indica al hacerlo que no es tal cosa.

En sus últimos años Lovecraft trató de cambiar estas actitudes. Durante los últimos meses, no obstante, todavía escribió: «Desprecio el comercio y el regateo y la competencia»[81]. Cuando se es inepto en el comercio, y un mal competidor, siempre se encuentra algún consuelo afectando «despreciar» el comercio y la competencia.

Ha habido dos interpretaciones del concepto de «caballero». Una es la persona que posee virtudes —cortesía y demás— consideradas superiores. El otro significado, más antiguo, y que circulaba en el barroco y en épocas anteriores, es el que pertenece a una clase social hereditaria, por debajo de la nobleza pero por encima de los mercaderes, agricultores y obreros. Aunque a los miembros de esta clase les gustaba naturalmente considerarse en posesión de todas las virtudes enumeradas, el principal título para saberse en esta categoría era haber heredado las suficientes propiedades

como para no tener que trabajar. Muchos de estos caballeros se dedicaban a profesiones distinguidas tales como el derecho, la medicina, la política, el ejército, la ciencia o la religión. Pero el ganarse la vida en un trabajo que no estuviese en la lista de las ocupaciones permitidas le excluía a uno de esta sociedad escogida.

Con la desintegración del sistema medieval de clases en la Revolución Industrial, «caballero» designó cada vez menos al miembro de esta clase hereditaria, y cada vez más al hombre de cortesía, dignidad y demás. Pero Lovecraft jamás distinguió —al menos hasta el último año de su vida— entre los dos significados. No sólo trató de practicar las virtudes caballerescas, sino de vivir también como si poseyese una renta segura y señorial.

El ideal lovecraftiano de caballero era pasivo, estático, carente de ambiciones, desconectado del espíritu dinámico y competitivo de la mayor parte de la América del siglo XX. La auténtica función del caballero, según el anticuado punto de vista de Lovecraft, no era hacer algo —realizar o cumplir un objetivo—, sino simplemente ser: exhibir las actitudes, ostentar las poses y obedecer las reglas de su condición. Para tal caballero, la pregunta: «¿Y qué hace usted?», carecería de significado. Lovecraft escribió: «… mi ideal consiste en ser espectador absolutamente pasivo y no-partícipe…» y:

> Puede obtenerse una satisfacción muchísimo mayor de la vida mediante el repudio del atropellado ideal moderno, y el retorno a los sanos principios clásicos antiguos que reconocen la superioridad del *ser* sobre el *hacer*, y acentúan la necesidad del *ocio civilizado* y de una reflexiva economía y gusto, si uno quiere extraer cualquier satisfacción sólida o duradera de los acontecimientos de la existencia. El siglo XVIII tenía la idea justa …[82]

Esta elegante ociosidad, sin embargo, requiere independencia económica. Los caballeros de otro tiempo la tenían por definición. Dice un escritor moderno:

> … hacia el cambio de siglo había en Inglaterra un cuarto de millón de personas sin ocupación definida, ociosas, no en paro… Entre mis amigos de Londres, hay dos caballeros mayores, grandes trabajadores, cuyos padres Victorianos jamás dieron golpe en la vida. Se levantaban tarde, se iban a la barbería, luego al club, jugaban al billar por la tarde y a las cartas por la noche. Eran bastante felices dejando que los demás hicieran su trabajo mientras ellos vivían de las fortunas de sus familias[83].

Esta gente era ampliamente tolerada y a menudo admirada. En Europa, tal tipo de caballero era calificado de *flaneur*, de *boulevardier*, o de *bon vivant*. P. G. Wodehouse satirizó cariñosamente a esta clase. Los escritores de historias de detectives tomaban a sus miembros como modelos para sus detectives aficionados, como Lord Peter Wimsey o (en América) Philo Vanee. En su obra teatral *Loyalties*{ 1922), Galsworthy pide a su auditorio que simpatice con un joven caballero que, al perder su dinero, se ve obligado a robar, y se mata al ser cogido; el dedicarse a trabajar es una cuestión que ni se menciona de pasada.

En Estados Unidos, el caballero no trabajador no fue nunca popular. Sin duda se le aplicaba los términos poco halagadores de «lounge-lizard» o «playboy».

Durante este siglo, semejante vida de ociosidad se ha ido considerando cada vez más como indigna, despreciable y, lo peor de todo, aburrida. Quienes la practicaban se han sentido progresivamente culpables. Ahora el tabú aristocrático de mostrar un interés por el dinero ha desaparecido ampliamente. Así que tenemos acaudalados pretendientes a tronos extintos que venden aviones o llevan las riendas de la industria del motor. Un lord angloirlandés dedica un castillo en ruinas a la atracción turística; el hijo de una maharajá representa a una asociación industrial americana en la India.

En los últimos años, Lovecraft trabajó mucho en realidad; pero daba la impresión de ociosidad por cómo hablaba de sí mismo como un «caballero diletante», y por su pobreza. Su conversación, sin embargo, era vacía, y su pobreza se debía menos a la indolencia que a la ineptitud para ocupar su tiempo en una actividad lucrativa. Se esforzaba en hacer de la ineptitud una

virtud.

A decir verdad, el ideal lovecraftiano de caballero no-comercial jamás ha sido práctico. Ni aun en los tiempos de las espadas y las pelucas, podía un caballero ser tan altivamente despegado de las cuestiones financieras. Si no se ocupaba de su propiedad, podía encontrarse al despertar como el héroe de Galsworthy, con que ya no la tenía.

Así que la pose de Lovecraft de pertenecer a la caballería de los tiempos pretéritos no sólo fingía un estilo de vida muy lejos de sus medios, sino que, aun cuando hubiese podido mantenerlo, habría sido en su propio perjuicio. Su empeño por revivir las glorias de la caballería fue, por tanto, tan vano como el del *ingenioso hidalgo*, Don Quijote de la Mancha.

El esfuerzo que Lovecraft llevó a cabo para llegar a ser un ser humano maduro, normal, aunque negligente e imperfecto, lo realizó él solo. Mucho después se dio cuenta lamentablemente de lo que el excéntrico régimen familiar le había hecho:

> Si fuese joven otra vez, tomaría alguna enseñanza oficinesca que me capacitase para un trabajo lucrativo… Mi equivocación ha sido que jamás he pensado en el dinero cuando era joven. Entonces no me apremiaba ninguna necesidad inmediata, y siempre pensé que sería fácil meterme en algún nicho de paga modesta cuando surgiese la necesidad… Hoy [1936] me abalanzaría sobre cualquier *puesto regular*, en el que cobrase diez dólares a la semana o más …[84]

Pero como Lovecraft añadió tristemente, «46 son 46». Las corrientes de los tiempos no sólo le fastidiaron con su fuerza irresistible, sino que también le arrastraron hacia abajo, de mejor a peor, de más rico a más pobre, de la vida de hijo feliz y consentido a la de adulto con talento pero infeliz y frustrado. De ahí que uno de sus deseos de adulto fuese en cierto modo vencer el tiempo o hacerlo retroceder. Quiso mejorar su suerte bogando contra la corriente del tiempo, hacia la niñez que él recordaba tan feliz.

Pero el tiempo es una corriente que fluye estrictamente en una dirección. La mujer que escribió

*¡Atrás, vuelve atrás, oh Tiempo,*
*y en tu vuelo hazme niña otra vez por esta noche*[85]*!*

jamás pretendió que el Tiempo la obedeciera. Marchar contra la corriente del tiempo es cosa que sólo puede hacerse en los relatos de ciencia-ficción. Lovecraft descubrió también ese método de viajar en el tiempo.

# 5. LA CASA ENCANTADA

*Miniver loved the days of old*
*When swords were bright and steeds were prancing;*
*The visión of a warrior bold*
*Would set him dancing.*

*Miniver sighed for what was not,*
*And dreamed, and rested from his labors;*
*He dreamed of Thebes and Camelot.*
*And Priam's neighbors*[86].

EDWIN A. ROBINSON

VARIOS escritores han tachado a Lovecraft de «recluso excéntrico». Aunque, durante la última década de su vida, no fue ni más excéntrico ni más recluso que la mayoría de los escritores profesionales. Lejos del centro de Nueva York y de lugares selectos como Taos y Carmel, la mayoría de los escritores llevan una vida más bien retirada, porque hay muy pocos otros escritores que vivan cerca con quienes puedan charlar. La vida diaria de estos hombres consiste en permanecer en casa, vestidos con ropas viejas, tecleando en sus máquinas de escribir, observando a menudo horarios extraños, ignorando muchos convencionalismos propios de las gentes de negocios y sin estar nunca seguros de sus ingresos. De ahí que a sus vecinos

burgueses les parezcan excéntricas.

Durante los cinco años subsiguientes a su abandono de la escuela secundaria, sin embargo, Lovecraft fue efectivamente un recluso excéntrico. A una edad en que la mayoría de los jóvenes aprenden un oficio o profesión, o buscan empleo, él permanecía en casa, no hacía nada útil y raramente hablaba con nadie, salvo con su madre. Muchos años después comentaba: «En mis tiempos jóvenes solía superar las crisis retirándome enteramente de los contactos externos y vegetando durante una temporada; me demoraba largamente en la cama o en una butaca, con bata y zapatillas».

Cuando se aventuraba a salir, caminaba con paso vivo, saltarín, con la cabeza inclinada, los hombros encorvados y los ojos fijos en el suelo ante sí. Rara vez reconocía a las personas con las que se cruzaba. Una vecina le recordaba así:

> Cuando yo era niña le tenía un miedo mortal, porque solía pasear muy deprisa por Angelí Street, de noche, cuando nosotros jugábamos a la liebre y los perros en el cruce de Angelí Street. Su aparición me asustaba siempre. Desde luego, era el misterio del barrio. Jamás nos hablaba a ninguno de nosotros, y pasaba de largo con la cabeza inclinada. A veces me cruzaba con él de día, pero nunca llegó a dirigirme un saludo …

Lovecraft siguió sufriendo la misteriosa postración que le había abatido en 1908:

> … el cansancio y letargo mortales que acompañan a un estado de salud como aquel bajo el cual me he estado debatiendo durante diez años o más [escribió en 1918]. A veces el mismo esfuerzo de incorporarme me resulta insoportable; el menor esfuerzo adicional me produce una especie de pesado agotamiento que se traduce en una falta de brillantez y en una incoherencia en mi producción literaria y epistolar… Sólo estoy medio vivo; gran parte de mi fuerza la consumo permaneciendo sentado o paseando. Mi sistema

> nervioso es un despojo de naufragio, y me siento absolutamente aburrido e indiferente, salvo cuando me encuentro con algo que me interesa de manera especial[87].

Durante este período de embotamiento, Lovecraft no permaneció tan inactivo como sus palabras dan a entender:

> Me dediqué en casa a la química, la literatura y demás; ¡y compuse algunos de los relatos más horripilantes y tenebrosos jamás escritos por el hombre!… Evité todo trato humano, juzgándome un fracaso demasiado grande en la vida para dejarme ver socialmente por aquellos que me conocieron de joven, y esperaban neciamente grandes cosas de mí.

Lovecraft no abandonó del todo sus esfuerzos para seguir una formación convencional. Siguió un curso de química por correspondencia. Había continuado trabajando en su laboratorio químico, y en 1908 sufrió una grave quemadura de fósforo en un dedo. El doctor Clark le salvó el dedo, pero se le quedó un poco rígido, y con una acusada cicatriz por el lado de la palma.

Después del curso de química, no obstante, su interés por la química decayó. Él explica:

> Entre 1909 y 1912 traté de perfeccionarme como químico, dominando la química inorgánica y el análisis cualitativo con soltura, ya que habían sido los pasatiempos favoritos de mi juventud. Pero con la química *orgánica*, con sus problemas teóricos espantosamente aburridos y complicados casos de isomerismo de radicales de hidrocarbono —el anillo de benceno—, etc., me sentía tan desdichadamente abrumado que de hecho no podía estudiar más de quince minutos seguidos sin que me produjese un agudo dolor de cabeza que me dejaba postrado para el resto del día.

Obedeciendo al creciente nerviosismo de su madre sobre sus experimentos con sustancias explosivas y venenosas, Lovecraft desmanteló su laboratorio del sótano. De este modo, la química se unió a la astronomía, entre las posibles carreras de las que le excluyeron su intolerancia al fastidio y su carencia patológica de voluntad. Mucho después confesó: «Yo quería el encanto y el misterio y lo impresionante de las ciencias sin su duro trabajo».

Hizo una incursión en las artes pictóricas, dibujando bocetos de paisajes a tinta y pintando motivos marinos con acuarelas. Luego lo dejó también. Durante el resto de su vida declaró vehementemente que aunque le habría gustado muchísimo dibujar y pintar, carecía completamente de aptitud para ello:

> Del lado materno he heredado el amor al arte. Mi madre es paisajista de no poca habilidad, mientras que mi tía mayor es más experta en este sentido, y ha colgado lienzos en exposiciones del Art Club de Providence… aunque a pesar de *su* talento, yo no sé dibujar otra cosa que los garabatos que tan a menudo has visto en mis cartas. He intentado hacerlo lo mejor posible, pero *carezco absolutamente* de ese don …[88]

De hecho, los pequeños y vigorosos bocetos a pluma de sí mismo, de casas viejas y de gatos con los que decoraba sus cartas, y sus mapas y apuntes de su tratado sobre Quebec, muestran un verdadero talento pictórico. De habérselo propuesto y haber emprendido un aprendizaje metódico, podría haber llegado a ser al menos un ilustrador pasable. Pero era enemigo de las incomodidades de un aprendizaje serio y jamás comprendió su necesidad para cualquier ocupación práctica. Lo que le faltaba no era talento sino voluntad. Él mismo lo confesó en una carta:

> Mi debilidad consiste en que no puedo acomodarme muy bien a las reglas y limitaciones. Tengo que aprender a hacer las cosas a mi manera, como dictado por mis intereses especiales y mis aptitudes…

o dejarlo estar.

Es fácil ver cómo un niño mimado, consentido y aislado como fue Lovecraft, encontró después muy difícil aceptar el hecho de que soportar algún fastidio y trabajo pesado es una condición normal de la vida. Ejemplifica la afirmación de un psiquiatra: «Un alto grado de inteligencia va acompañado a menudo de una aversión temperamental al trabajo continuado por falta de tenacidad y perseverancia». Quizá Lovecraft abrigaba la ilusión de románticos como Poe, de que el verdadero genio artístico era demasiado puro de alma y de sensibilidad demasiado delicada para necesitar, o incluso tolerar, la disciplina de aprender mera técnica.

Dijo también: «Con las *lenguas* he fracasado igualmente[89]», aunque fue un lingüista autodidacta pasable. En la escuela había adquirido buenos conocimientos de latín y rudimentos de griego, y más tarde llegó a poder leer en francés y español. Probablemente salvaba su ego decir que no hacía algo porque le era completamente imposible, en vez de decir que le faltaba determinación.

Coleccionaba sellos, pero en 1915 le regaló la colección a su primo Phillips Gamwell, más joven que él. También fue profesor del joven Gamwell en álgebra y geometría. Descubrió que había olvidado casi todo lo que había aprendido de estas materias, y las tuvo que repasar para ir por delante de su alumno. Intentó escribir relatos detectivescos, pero no perseveró en el género. Además:

> El escribir sobre química —más un poco de investigación histórica y arqueológica— llenaron mis años de postración hasta 1911, en que tuve una reacción hacia la literatura. Entonces realicé la mayor revisión del estilo de mi prosa que he hecho jamás: depurándola de ramplonerías periodísticas y de johnsonismo absurdo[90].

Esta revisión de estilo fue sólo parcialmente efectiva, como muestran sus pedantescos y latinizantes ensayos primerizos, publicados en revistas de

aficionado. Aun en las garras de sus obsesiones anglofilas y barrocas, persistió en sus *britanicismos* literarios («colour» por «color», «Shew» por «show», «connexion» por «conecction») y arcaísmos («smoak» por «smoke», «ask'd» por «asked»).

Su principal ocupación durante ese período de ociosidad fue leer. Se leyó la Biblia. Se leyó las novelas de H. G. Wells y de Julio Verne; el *Viaje al centro de la Tierra* le despertó un interés por Islandia que le duró toda la vida. Leyó a Shakespeare en voz alta a su madre, recitando algunas escenas dramáticas con tal *brío* que los vecinos creyeron que los Lovecraft se estaban peleando.

Su amor por Poe le movió a leer a los precursores de éste, los escritores góticos de finales del siglo XVIII y del XIX: Walpole, Maturin, Beckford y Radcliffe. Pero Poe siguió siendo su ideal.

Se dedicó a leer revistas, entre ellas tres de la cadena publicada por Frank A. Munsey: *The Argosy, All-Story Magazine* y *The Cavalier* (esta última combinada con *All-Story*)… todas ellas precursoras de las llamadas *pulp magazines*, revistas de papel barato que proliferaron en las décadas de 1920 y 1930. Como sus imitadoras, las revistas de Munsey eran publicaciones periódicas que proporcionaban una literatura de evasión, principalmente a un público masculino. De cuando en cuando, estas revistas sacaban algo de ciencia-ficción o fantasía.

En 1911 un individuo del oeste de treinta y tantos años, que había intentado ser tenedor de libros, vaquero y detective de ferrocarril con poco éxito, se sintió tan disgustado con un relato que había leído que juró que hasta él podía hacerlo mejor. El resultado fue que escribió una novela de aventuras sobre Marte. El autor, Edgar Rice Burroughs (1875-1950) envió el relato *a All-Story Weekly* (como entonces se llamaba) bajo el pseudónimo de «Normal Bean», una pequeña broma de Burroughs. En 1912 la historia apareció con el título de *Bajo las Lunas de Marte*, por «Norman Bean» (un error tipográfico) en forma de serial en seis partes.

El relato, que fue un gran éxito, se publicó como libro con el título de *Una princesa de Marte*, en 1917. Era la primera de las diez novelas

marcianas de Burroughs sobre el valiente, caballeresco e invencible John Cárter de Virginia y su compañera, la princesa marciana de piel roja y ovípara Deja Thoris.

Burroughs siguió esta novela con otra, en *All-Story: Tarzán de los monos*, el éxito más resonante de sus sesenta y tantos libros. Ávido lector de los relatos de Burroughs cuando aparecían en las revistas de Munsey, Lovecraft los elogió muchísimo. Cuando se hizo mayor y más sofisticado, cambió de opinión, tachando a la obra de Burroughs de «literatura barata».

A partir del número publicado el 1 de enero de 1916, *All-Story Weekly* sacó un serial de Víctor Rousseau (pseudónimo de Víctor Rousseau Enmanuel), que probablemente influyó en Lovecraft. Se llamaba «Los demonios del mar», sobre una raza de criaturas anfibias, semihumanas, que salían del mar para invadir Inglaterra. Cuando estaban vivos eran completamente transparentes, salvo los globos de los ojos, y, por tanto, eran prácticamente invisibles. Los esbirros de Cthulhu, de ojos saltones, cubiertos de escamas y dedos palmeados, de las últimas historias de Lovecraft, pueden derivarse de esta chusma marina y gelatinosa de Rousseau.

Durante su largo embotamiento, Lovecraft no se consideró mal tratado: «Mi familia es todo lo agradable y amable que puede ser una familia; mi madre es una verdadera maravilla de consideración, pero no obstante, no se me tiene ninguna confianza especial socialmente. Soy zafio y molesto». Se culpaba a sí mismo de sus defectos. Las primeras cartas abundan en declaraciones tales como: «Siempre he tenido una especie de sensación de impopularidad… teniendo en cuenta lo especial y absolutamente aburrido que soy»[91].

Leyendo estas declaraciones de Lovecraft sobre su propia inutilidad y falta de mérito, uno debe tener en cuenta un dicho psiquiátrico: «Ser excesivamente modesto es ser egocéntrico». Winfield Townleg Scott describió a Lovecraft como «el niño de mamá» y un «joven medroso y egoísta». Tímido y superenmadrado lo era evidentemente, pero «egoísta» no es la palabra correcta. Introvertido, concentrado en sí mismo, sí; pero

cuando salía de su trance perpetuo se mostraba siempre amable, servicial, todo lo generoso que podía, y dispuesto a culparse a sí mismo antes que a los demás.

Sin embargo, como muchos otros intelectuales introvertidos, estaba tan pendiente de sus propios pensamientos que no conocía a muchos de los que vivían a su alrededor. Pensaba sobre sí mismo y sus emociones, sobre su entorno físico, sobre el mundo y el universo, y sobre cuestiones abstractas. En cuanto a los seres humanos individuales, no era su intención tratarlos mal; lo que ocurría era que no pensaba en ellos. Como él decía: «Siempre he sido tremendamente sensible al *escenario visual general*… y relativamente indiferente respecto a la gente».

Del que es tan despegado e indiferente sobre los asuntos mundanos, y tan extraordinariamente incapaz de adaptarse de forma realista a su entorno, dicen muchos psicólogos que posee una personalidad «esquizoide» (que no debe confundirse con la forma de demencia denominada esquizofrenia). Este tipo psicológico no es infrecuente, y a él han pertenecido muchos grandes hombres. A menudo, una persona así es tímida, retraída, hipersensible, evita las relaciones humanas estrechas o competitivas, y es individualista hasta la excentricidad. Todo esto encaja con Lovecraft.

Durante varias décadas, los psicólogos y los psiquiatras han discutido sobre si había conexión entre la personalidad esquizoide por un lado y la posesión de una mentalidad creadora, como la de los científicos, inventores, artistas, escritores y demás intelectuales, por otro. Aunque la cuestión aún no puede considerarse aclarada, algunos creen que tal conexión existe; que las personas de mentalidad creadora propenden a tener personalidades esquizoides; o viceversa, que los esquizoides son más aptos para la creación que la gran mayoría de la humanidad.

El hogar de los Lovecraft se volvió cada vez más raro, Susie era una hipersensible para quien la más mínima incomodidad se convertía en una crisis grave. Un dolor de muelas la hacía dar chillidos. Aunque lamentaba, de una manera vaga e ineficaz, la extrema parcialidad del desarrollo de su hijo («… mi madre me considera un rústico bárbaro…») ella misma agravó

su tendencia animándole a permanecer en casa y a dejar al resto del mundo fuera[92]. Uno de los últimos corresponsales de Lovecraft ha escrito:

> En mi correspondencia con Lovecraft, cité una vez una obra teatral de George Kelly, *Craig' sWife*, como ejemplo de mala psicología, por el hecho de que la señora Craig, aunque apasionadamente interesada por su hogar hasta el punto de excluir todo lo demás, incluso a su marido, sin embargo, no permite que entren visitas en la casa; este artificio me parecía poco natural, pues pensaba que para una mujer es muy femenino querer dar importancia a sus posesiones. Pero Lovecraft apoyó el carácter que da Kelly a la señora Craig, diciéndome que él había conocido este tipo de mujeres. Yo no comprendí entonces que se refería a su madre. Pues la señora Lovecraft, en vez de desear mostrar a su brillante hijo, desanimaba también a las visitas.

Otra vecina, Clara L. Hess, fue invitada a entrar en la casa, pero no encontró el ambiente acogedor:

> Aunque yo era de una generación posterior, conocí más a la madre de Howard que a Howard, quien aun de joven era raro y más bien retraído; siempre estaba solo, y se ocultaba de los demás chicos porque, como decía su madre, no soportaba que los otros le mirasen su fea cara. Decía que su aspecto (que parecía ser una obsesión para ella) no habría llamado especialmente la atención, si hubiese sido normal, como lo eran tantos chicos de la comunidad. Ellos, debido a la rareza de su personalidad, se mantenían alejados, y tenían poco que decirle.
>
> La primera vez que recuerdo haber visto a la señora Lovecraft fue siendo yo muy pequeña, en casa de los difuntos señor y señora Theodore [o sea, Whipple] Phillips, en Angelí Street, adonde solía ir a menudo de visita. En aquella época la señora Lovecraft [entonces Susie Phillips] vivía en la esquina de Angelí Street con Elmgrove

Avenue [en Angelí Street 454]. Era muy guapa y atractiva, de una tez excepcionalmente blanca… Era una persona enormemente nerviosa.

Más tarde, cuando se trasladó a un pequeño apartamento de la casa de Angelí Street, cerca de la esquina con Butler Avenue, me la encontraba a menudo en el tranvía; y un día, después de insistentes invitaciones, fui a verla. Entonces se la tenía por una persona cada vez más chiflada. Mi visita fue bastante agradable, pero la casa tenía una atmósfera extraña y cerrada, y el ambiente parecía espectral; la señora Lovecraft hablaba continuamente de su infortunado hijo, que era tan feo que se ocultaba de todo el mundo y no le gustaba andar por las calles porque la gente podía mirarle. Cuando le dije que exageraba y que no debía pensar eso, me miró con lástima, como si yo no comprendiese… Sin duda era un ambiente apropiado para escribir relatos de horror, aunque perjudicial para un joven que, en una atmósfera más saludable, podría haber llegado a ser un ciudadano más normal.

Howard solía salir al campo por detrás de mi casa a estudiar las estrellas. Una noche de primeros de otoño varios niños de la vecindad se reunieron para espiarle desde cierta distancia. Conmovida por su soledad, me acerqué a él y le pregunté sobre su telescopio, y me dejó mirar por él. Pero su lenguaje era tan técnico que no le comprendí…

Algún tiempo después se hizo más raro ver a la señora Lovecraft por la calle… A veces cuando daba la vuelta a la esquina para echar alguna carta al buzón, en las noches de principios de verano, solía ver una oscura figura deambulando entre los arbustos de su casa, y descubría que se trataba de la señora Lovecraft… Recuerdo a las tías que visitaban a menudo la casita de Angelí Street como unas mujeres tranquilas y decididas de Nueva Inglaterra, totalmente diferentes de la señora Lovecraft, aunque la señora Lovecraft era una persona muy decidida también. Recuerdo que la señora Lovecraft me hablaba de misteriosas y fantásticas criaturas que surgían de detrás de los edificios y de las esquinas, por la noche, y

temblaba y miraba en torno suyo con aprensión, mientras me lo contaba[93].

No es de extrañar que H. P. L. escribiese sobre «casas apartadas» de ambiente fantasmal, habiendo vivido en una de ellas durante tanto tiempo. No hace falta que vayamos más allá de las alucinaciones de Susie Lovecraft sobre «misteriosas y fantásticas criaturas» para buscar la fuente de las entidades malignas y extrañas de Lovecraft, acechando para arrebatar la tierra al gobierno del hombre.

La atmósfera de encantamiento de la casa no había cambiado unos años más tarde, cuando Lovecraft empezó a salir de su concha. En septiembre de 1917, su colega de periodismo aficionado, W. Paul Cook, fue a visitarle por primera vez. Cook, impresor, contó después:

> Yo tenía que ir de Nueva York a Boston, y me detuve en Providence expresamente para ver a Lovecraft… Al llegar a la dirección de Angelí Street, que más tarde debía ser la más conocida del periodismo aficionado, me encontré en la puerta con la madre y la tía de Howard. Howard había estado estudiando y escribiendo toda la noche, y acababa de acostarse, y no debía molestársele bajo ninguna circunstancia. Si quería ir al hotel Crown, registrarme, tomar una habitación y esperar, telefonearían cuando Howard se despertara… Yo tenía que estar en Boston indefectiblemente esa misma tarde, lo que me permitía estar tres horas en Providence; pero había un tren que iba a salir media hora después y que podía coger si me daba prisa. ¡Me veía a mí mismo deambulando por Providence hasta que su majestad se dignara en recibirme!… Volví a la acera, y ya casi se había cerrado la puerta, cuando apareció Howard en bata y zapatillas. ¿Era W. Paul Cook y no tenía dicho que se le recibiese tan pronto como llegara? Los dos guardianes de la entrada me subieron casi a la fuerza al estudio de Howard. Aun entonces Howard creyó aconsejable asegurarse de que sus deseos eran cumplidos, aunque se le permitía el contacto con el mundo desagradable de muy mala gana. Pero el contradecirle minaría su

> fuerza (en realidad no debería utilizar la palabra «contacto» aquí. Howard la odiaba. «Espero», dije, «que me excusará usted por utilizar esa palabra». «Pues no», dijo Howard. No admitía ninguna elasticidad ni incremento natural de nuestra lengua…).

Posteriormente, Lovecraft llegó a admitir que el uso —al menos, el uso de escritores remilgados como Cabell y Wharton— era la autoridad definitiva en corrección del inglés. Cook prosigue:

> Aquel día escuché durante hora y media un monólogo… más propiamente una conferencia. Howard había oído hablar recientemente del periodismo aficionado… Como recién llegado, sabía todo cuanto concernía al tema… Cada pocos minutos la madre de Howard, o su tía, o las dos, se asomaba a la habitación para ver si se había desmayado o mostraba signos de cansancio …[94]

Bajo este régimen, Lovecraft se convirtió en un hipocondríaco para toda la vida, aunque no hacía caso de su salud y prescindía de la atención médica. Prisionero voluntario de su madre alucinada, Lovecraft comprendió mucho más tarde lo que le habían hecho. Él y su amigo Price discutían por carta sobre un relato del joven colega Derleth. Lovecraft dijo:

> No creo que el hecho de que no huya la hija rebelde sea en absoluto inverosímil. Las gentes se quedan confinadas y paralizadas de ese modo, imposibilitadas ante un sentir de la familia que anula todo lo demás. Eso puede verse entre la gente de la antigua Nueva Inglaterra. Por supuesto, es algo deplorablemente pernicioso, y podemos dar gracias a los tiempos modernos de que hayan eliminado gran parte del fundamento de este tipo de psicosis.

Es evidente a quién se refiere.

Sin embargo, Lovecraft no estaba completamente aislado. Siguió conservando amigos íntimos como Chester Munroe, y visitó a menudo la

casa de los Munroe. El padre de éstos, Addison P. Munroe, recordaba:

> Howard era un personaje de lo más raro, un recluso con una mente brillante, aunque con muchas ideas extrañas. Permanecía invariablemente levantado toda la noche y dormía todo el día. En la época en que le veía con frecuencia, probablemente no había fuerza en la tierra que pudiera inducirle a dormir en otra cama que en la suya. Era vergonzoso y tímido, y aunque no me atrevería a decir que tenía complejo de inferioridad, sí diría que carecía de confianza en sí mismo. Como no salía durante el día, veía a poca gente y su círculo de amigos era reducido. No se sentía a gusto con el otro sexo, y como mejor estaba era entre un reducido número de amigos íntimos.
>
> Vivía a pocas manzanas de distancia de nuestra casa, y solía venir muy a menudo a ver a nuestros hijos. Recuerdo que teníamos una habitación en el sótano que los chicos empleaban como club, la cual era muy visitada por Howard. El tal club lo formaban un grupo de una media docena de chicos del vecindario, de unos veinte años, y cuando celebraban lo que ellos llamaban un «banquete», improvisado y normalmente preparado por ellos, Howard era siempre el orador esa noche, y mis hijos decían que pronunciaba unos discursos que eran joyas.
>
> A veces tenía ocasión de hablar con él, y siempre me sorprendía la madurez y la lógica de su conversación. Recuerdo una vez en que, siendo yo miembro del Senado de R. I., 1911-1914, teníamos varios proyectos importantes que abordar; estando Howard aquí, una noche empezó a discutir algunos de estos proyectos, y me dejó asombrado por el conocimiento que demostró tener sobre cuestiones que ordinariamente carecen de interés para un muchacho de veinte años[95].

En 1916 Chester Munroe se mudó al sur, se metió en negocios hoteleros y no regresó a Providence hasta bastantes años después. Su hermano Harold se hizo ayudante de *Sheriffy* finalmente vigilante de libertad condicional. Los demás miembros del círculo

se alejaron de Lovecraft, de forma que los vio muy raramente.

No obstante, Lovecraft no se quedó completamente solo. Pues cuando andaba por los veinticinco años mejoró su salud y desarrolló nuevos intereses.

En la primera mitad de su veintena, Lovecraft adquirió el aspecto que tuvo después toda su vida. Tenía cinco pies once pulgadas de alto, hombros anchos aunque caídos, y (salvo en los primeros años de la década de 1920) propensión a la delgadez, con un cuello de talla catorce que parecía demasiado flaco para sostener su ancha cabeza. Tenía los ojos y el pelo oscuro (más tarde se volvería gris rata), cara larga y nariz aguileña. Su rasgo más destacado era la barbilla, muy larga —«mandíbula de linterna»—, debajo de una boca pequeña con las comisuras hacia abajo que le daban un aspecto afectado.

Llevaba la raya a la izquierda y el pelo muy corto, casi al cepillo. Justificaba ese corte diciendo que los caballeros del siglo XVIII lo llevaban así bajo sus pelucas.

El pelo de la cara le molestó toda su vida, pues crecía hacia adentro. El único remedio era dejarse barba; pero, devoto de la cara limpia de la época barroca, Lovecraft odiaba cualquier clase de pelo en la cara; decía: «Antes llevaría anillo en la nariz que dejarme bigote…». Más tarde, cuando algunos de sus jóvenes *protégés* literarios se dejaron bigote (o peor aún, perilla), les criticaba carta tras carta, instándoles a que se quitasen esos molestos aditamentos.

Tenía la piel pálida por sus hábitos nocturnos. Cook contaba que «jamás le gustó ponerse moreno, y el menor vestigio de color en sus mejillas parecía causarle, en cierto modo, fastidio. Era la única persona que he conocido que se avergonzase de ponerse morena». Tal vez esto formaba parte de su pose arcaizante. Antes de la Revolución Industrial, la palidez se consideraba aristocrática. Puesto que la mayoría de los proletarios trabajaba al aire libre, el color moreno era estigma de una ocupación plebeya. En cualquier caso,

Lovecraft venció éste prejuicio más tarde, cuando descubrió lo bien que le sentaba el sol de Florida.

Tenía las manos largas, pálidas, delgadas, y los pies pequeños. Debido a su poikilotermismo, sus manos eran más frías de lo que le gente esperaba. Estrecharle la mano era un poco como estrechársela a un cadáver.

En la ropa era limpio y aseado, aunque de gusto ultraconservador. A sus veintitantos años, adoptaba un aspecto agresivamente anticuado: «Un cuidadoso cultivo de prematura madurez y antigüedad en el vestir se manifestaba en su pechera, sus puños redondos, su chaqueta negra y chaleco, su pantalón gris a rayas, cuello duro, lazo negro, etc., acompañados de modales austeros y reservados»[96], También llevaba una corbata negra de lazo y zapatos de alta botonadura; llevaba además un anticuado monedero. Se puso los elegantes trajes decimonónicos de su padre hasta que los gastó.

Aunque más tarde abandonó esta afectación, sin embargo, siguió siendo conservador en el vestir. Prefería los trajes oscuros, sin moda, y las corbatas negras o azul marino, lisas o con diminutos lunares. Cualquier moda o color brillante era rechazada por él por «demasiado juvenil».

Para Lovecraft, cuando tenía veintitantos años, era impensable aparecer en sociedad sin chaqueta o salir sin sombrero. Sobre ese deshabillé opinaba lo mismo que el hombre de la novela de Marquand:

«Una mañana en que Tim, el cochero, apareció con el carruaje… mi padre, que no había bajado a su temprana hora de siempre, salió con nosotros a la escalinata. Yo no debía de tener más de siete años, pero recuerdo la exclamación que profirió al ver los peldaños de brown stone del otro lado de la calle.

»—Condenación —dijo mi padre—, hay un hombre en mangas de camisa en aquella escalinata. —Al día siguiente vendió la casa por lo mismo que la había comprado, y nos mudamos a Beacon

Street».

La voz de Lovecraft era chillona, con una sosa calidad nasal frecuente en Nueva Inglaterra. Cuando cantaba, era un tenor claro, suave. Hacia 1907 poseyó una máquina grabadora Edison, en la que cantó solos de tenor. Incluso llegó a pensar en estudiar la carrera de canto, pero la grabación «me recordaba tanto el lamento de un foxterrier moribundo que la tiré sin más, poco después de grabarla».

Cuando hablaba, sobre todo si lo hacía con énfasis, su voz se hacía áspera. Cuando oía en el fonógrafo su propia voz, la describía como un «graznido ronco». Sonreía con facilidad pero reía raramente, y su risa ha sido descrita como un «áspero cacareo»[97].

Cuando se acaloraba, tendía a tartamudear. Su pronunciación normal era la de la culta Rhode Island, rimando «farce» con «grass»; «Scarf» con «laugh» y «half» y «aren't», «aunt» y «can't». Su conversación normal, al igual que su escritura, tendía a ser pedantemente polisílaba; era de los que en vez de decir: «Voy a tomar un trago», decía: «Voy a procurarme un poco de refresco líquido».

Con los extraños, su actitud era retraída, rígida y exageradamente formal; pero cuando conocía a las personas lo bastante como para explayarse con ellas, se revelaba como un conversador agradable. Su famosa pose de caballero dieciochesco la adoptaba con un espíritu alegre, caprichoso, sin tomarla en serio.

A finales de 1909, un ataque de sarampión «casi acaba conmigo». Desde entonces, quitando su debilidad psiconeurótica, gozó de bastante buena salud, especialmente teniendo en cuenta sus extraños horarios, su dieta poco equilibrada y su falta de ejercicio regular. Le desagradaban las atenciones de los médicos y dentistas, y los visitaba sólo de tarde en tarde. Parecía normal, y los médicos no pudieron encontrar en él ninguna anomalía concreta.

A los treinta años un periodista aficionado, colega suyo, abogado de Brooklyn, llamado George Julián Houtain, fue a visitarle a su casa y, poco después le vio en una convención de periodistas aficionados. Houtain informó en su revista:

Lovecraft está convencido de que no es fuerte, que padece una nerviosidad congénita y que el cansancio se ceba en él. Uno no sospecharía nunca, por su figura sólida y su cuerpo bien constituido, que pudiese padecer ninguna dolencia… He llegado a la conclusión de que desea vencer esto, pero que no se lo permitirían porque en su casa no le consienten olvidar esta nerviosidad congénita. Así que Lovecraft es un gigante mental y físico, no debido a, sino a pesar de, estas condiciones.

En una carta, Lovecraft defendió quejumbrosamente su invalidez:

Si recibe el *Zenith*, de G. J. Houtain, verá la extraña impresión que ha sacado de mí: seco, mimado, hipocondríaco, confinado a la indolencia por parientes indulgentes y falsas ideas hereditarias. Si Houtain supiese cuán constantes son mis luchas contra los devastadores dolores de cabeza, mareos y períodos de escaso poder de concentración que me asaltan por todas partes, y cuán febrilmente trato de emplear cualquier momento disponible para trabajar, estaría menos seguro de poder calificar mis dolencias de imaginarias.

El término «enfermedad psicosomática» aún no se había generalizado, pero Lovecraft había captado la idea. Mucho más tarde escribió:

Cuanto más psicología sabemos, menos distinción podemos establecer entre los trastornos funcionales conocidos como «mentales» y los denominados «físicos». Nada hay tan desafortunado como un neurótico temperamental, y yo me siento precisamente bastante inclinado, en este sentido, a simpatizar profundamente con cualquiera que sufra oscuras depresiones. Muchas veces, en mi juventud, me he sentido tan agotado por el peso de la conciencia y la actividad mental y física, que he tenido que abandonar la escuela durante un período más o menos largo y

tomar un descanso completo, libre de responsabilidades …

Los gustos peculiares de Lovecraft en cuanto a comida no contribuían ciertamente a favorecer su salud. Sobre el alimento en general era indiferente, despreciaba la *gourmanderie* y se vanagloriaba de observar una dieta frugal. Creía que su cerebro trabajaba mejor cuando pasaba ligera hambre.

A pesar de los esfuerzos de su madre por atiborrarle, vigilaba su peso, y procuraba mantenerlo por debajo de 150 libras. La delgadez, pensaba, era aristocrática. Reconvino seriamente a su amigo Cook, hombre bajo pero de mucho apetito, cuando vio que aumentaba de peso. El día de Acción de Gracias de 1911, su madre no pudo despertarle para asistir a la fiesta a la que ambos habían sido invitados en casa de los Clarck. A cambio, le escribió a Susie una aleluya:

> *Si al salir hacia el festivo banquete de Lillies,*
> *me encuentras roncando en la cama,*
> *no me despiertes, quiero descansar a gusto,*
> *y dormir tranquilo el día entero.*
> *Pero déjame alimento, no muera yo de hambre,*
> *déjame un plato de trigo cocido cuáquero*
> *o un bollo pequeño, que eso no importa,*
> *y rompa el ayuno al saltar de la cama.*
> *Y si por azar te quedases también a la cena,*
> *completando así un día glorioso y festivo,*
> *anúnciame por teléfono*
> *que mientras comes, puedo yo prepararme comida*[98].

No le gustaban la leche y la manteca, aborrecía el pescado, era melindroso en cuanto a verduras, y las judías verdes y los espárragos. Tenía pasión por el queso («¿Cómo puede el *queso* no gustarle a alguien?», escribió), los helados, el café. Un visitante encontró una vez la bañera de Lovecraft llena de cajas de dulces vacías. En 1917 él y sus amigos Donald

Wandrei y James Morton se detuvieron en la heladería de la señora Julia A. Maxfield de Warren, Rhode Island, que anunciaba treinta y dos sabores de helado.

—¿Los tiene todos? —preguntó Lovecraft.

—No —dijo el camarero—; hoy sólo tengo veintiocho, señor.

—¡Ah, es la decadencia de las instituciones comerciales modernas! —suspiró Lovecraft.

Cada uno de los tres pidió una ración doble de sabores diferentes y se intercambiaron porciones unos con otros, de forma que todos probaron de las tres raciones. Wandrei desistió de seguir tomando, pero Morton y Lovecraft continuaron triunfalmente hasta probar los veintiocho sabores, consumiendo cada uno más de dos cuartos de galón de helado de una sentada.

Lovecraft tenía verdadero horror al pescado. Cualquier intento de hacérselo probar, decía, le producía instantáneamente vómitos. Cuando alguien le ponía delante una ensalada que contuviera pescado, la retiraba inmediatamente, convencido, por su olor, de que fuera de la clase que fuera, se había estropeado.

Cuando Edgar Hoffman Price visitó a Lovecraft en 1933, éste llevó a su invitado a Pawtuxet para que Price pudiese probar su famoso plato de marisco al vapor. Lovecraft pidió para Price, y dijo: «Mientras te comes esa condenada bazofia, saldré a la calle a traerme un emparedado; disculpa un momento». Lovecraft juraba muy raramente, se guardaba sus «maldita sea» para ocasiones solemnes, una de las cuales era la visión de una persona comiendo esa «horrible bazofia»: No es coincidencia que los monstruos de sus historias posteriores se asemejen a combinaciones de los diversos moradores de un acuario, dotados de colosal tamaño e inteligencia maligna.

El odio de Lovecraft al pescado ha sido relacionado con un supuesto miedo y aversión al mar. Utilizó frecuentemente el mar, junto con el frío, la humedad y la oscuridad, como símbolo del mal en sus relatos. Una vez le contó a Donald Wandrei: «Odio el pescado y le tengo miedo al mar y a todo lo relacionado con él, desde que tenía dos años»[99]. Tales aversiones pueden deberse a que uno haya caído dolorosamente enfermo justo después de haber tomado el alimento en cuestión —ya fuera o no la causa dicho

alimento—; quizá fuera éste el caso de Lovecraft.

En cuanto al mar, su actitud era más teatral. Lovecraft pasó la mayor parte de su vida en ciudades portuarias. Casi todos sus viajes fueron a puertos de mar, y disfrutó en los pocos viajes en barco que hizo en alta mar.

Aunque jamás poseyó una mascota después de la desaparición de Nigger-Man, Lovecraft sentía cariño por los gatos. Decía: «No tengo una aversión declarada a los perros, como tampoco a los monos, a los seres humanos, a los comerciantes, a las vacas, a las ovejas o a los pterodáctilos». Otros comentarios sobre los perros, sin embargo, como «escandalosos, malolientes, desmañados, babosos, sucios» y «jadeantes, ruidosos, manoseadores, babeantes» implican una positiva aversión. Los términos de babosos y sucios suponen una aversión al contacto físico con otros seres, que Lovecraft tomó probablemente de su madre.

Se hizo amigo de todos los gatos del vecindario donde vivía y les acostumbró a ir a visitarle guardándoles ratones de catnip para jugar. Prodigaba alabanzas a su belleza, su gracia, su autosuficiencia y demás cualidades supuestamente aristocráticas: «Los perros son patanes y mascotas de patanes; los gatos, caballeros y mascotas de caballeros»[100]. Cuando visitaba a Cook, y se le subía un gatito a dormitar en su regazo, él permanecía sentado toda la noche para no molestar al animal.

Otros atributos físicos de Howard Phillips Lovecraft eran su inmunidad a la hiedra venenosa y su capacidad para estar sin dormir durante largos períodos. Cuando conoció a Price en Nueva Orleans, en 1932, se pasaron veintiocho horas hablando, visitando lugares y entrevistándose con gente. Al final, Price se sintió feliz de poderse tumbar en la cama. Cuando despertó, ocho horas más tarde, fue para ver a Lovecraft, que aún no se había retirado a descansar, ocupado en escribir notas sobre la excursión.

Además de las explicaciones psicológicas que se han dado de los hábitos nocturnos de Lovecraft —que la noche estimula la imaginación, o que se había tomado muy en serio la pretensión de su madre de que era «espantoso»—, puede que se debieran a un factor metabólico. Sus visitas contaban que parecía pálido y cansado durante el día, pero se volvía brillantemente vivo en cuanto anochecía. La mayor parte de sus escritos los produjo durante la noche. Cuando trabajaba de día, simulaba la noche

bajando las persianas y encendiendo la luz. Starrett escribió:

> … él era su creación más fantástica; un Roderick Usher o un C. Auguste Dupin nacido un siglo demasiado tarde. Como los héroes de la gigantesca pesadilla de Poe, se imaginó a sí mismo como una figura misteriosa y cadavérica de la noche —un pálido y erudito necrólogo—, y cultivó este parecido natural, hasta que por último resultó casi real, aunque era de pies a cabeza un sujeto literario.

Uno de sus amigos inveterados, Alfred Galpin, recordaba de este modo las primeras impresiones que le produjo Lovecraft:

> Todo el que conocía a Howard, que yo sepa, por muy raro que le hubiera encontrado al principio, simpatizaba con él espontánea y cordialmente. Era una de esas personas cuyos modales insociables —si es que se comportaba de manera insociable— se debían a un sentido de aislamiento respecto de la gente entre las que podía encontrarse casualmente, sin ningún sentido de comunión; pero cuando se sentía en una compañía con la que congeniaba, tenía un encanto y entusiasmo juveniles que eclipsaban completamente sus bien conocidas rarezas físicas; la extraña cabeza semiabrumada, semiarrogante, le colgaba hacia abajo con su enorme mandíbula, y sus ojos de pez desmentían su animada y amistosa actitud cuando empezaba a hablar… ¡pero qué voz más extraña y chillona!

Profundamente tímido, Lovecraft practicó una reserva y una imperturbabilidad caballerosas, hasta que llegaron a hacerse naturales en él. Cuando se enfadaba se volvía más fríamente cortés. Este ideal de completo autodominio emocional pudo contribuir a su aversión hacia la gente de origen mediterráneo, con su tradición cultural más extrovertida y vivaz.

Se consideraba a sí mismo una especie de intelecto desencarnado, inasequible a las pasiones humanas: «Jamás me sentiré demasiado alegre ni demasiado triste, pues tengo más tendencia a analizar que a sentir. La

alegría que puedo experimentar se deriva siempre del principio satírico, y mi tristeza no es tanto personal como una inmensa y terrible melancolía ante el dolor y la futilidad de toda existencia…»[101].

Más tarde mostró que por dentro el viejo Lovecraft había sido algo completamente distinto que había estado pugnando por salir: social, locuaz, encantador, afable y bastante activo físicamente. Lovecraft consiguió manifestar estas cosas, pero sólo en parte, y demasiado tarde para que afectara en algo a la norma general de conducta de su vida. Entonces confesó con tristeza: «Siento enormemente la falta de actividades tradicionales: esgrima, equitación, servicio militar, etc., debido a mi temprana falta de salud y de apreciación de la cualidad de lo bien acabado».

En su período de abandono, decía Lovecraft, había sido derrochador: «Hasta 1910 o 1915 no había nadie más descuidadamente indiferente a los gastos que yo… a pesar de que el gran desmoronamiento de la fortuna de la familia se remontaba a 1904. Mi madre solía decir que yo era absolutamente ruinoso como administrador de dinero, y totalmente inútil para soportar la pobreza».

Aunque puede que Susie dijera estas cosas, resulta difícil imaginar que Lovecraft gastara mucho dinero, en… unos cuantos aparatos astronómicos e instrumentos químicos antes de 1912, y libros y revistas después. No tenía automóvil, no viajaba y jamás poseyó mucha ropa. Los vicios usuales de la glotonería, la bebida, el juego y la fornicación no eran suyos. Desde los últimos años de su veintena en adelante, desde luego, llevó una vida de rigurosa economía, aprovechando sus viejas cuchillas de afeitar y afilándolas con un aparato[102].

De haber continuado Lovecraft por la senda que se había marcado durante sus años de embotamiento, habría vivido como uno de los mortales más oscuros, y probablemente habría muerto, como sus padres, en un hospital para enfermos mentales. Sin embargo, durante los años 1913-17 despertó gradualmente y empezó el lento, doloroso y proceso de

reconciliación con el género humano.

Durante este tiempo reanudó sus artículos periodísticos sobre astronomía. Empezó a formar un círculo de corresponsales. Entró en el movimiento del periodismo *amateur* y adquirió amigos personales que sustituyesen a los desperdigados camaradas de su adolescencia. Y leyó cierto libro. El libro que le desvió hacia una tangente pseudo-científica que tardó veinte años en corregir y que ha suscitado sus más amargas críticas desde entonces.

# 6. SUPERHOMBRE AMATEUR

*Why are base foreign boors allow'd to dwell,*
*Amongst the hills where Saxon greatness fell;*
*Live their low lives, themselves in filth degrade*
*As monkeys haunt a place long decay'd?…*
*The village rings with ribald foreign cries;*
*Around the wine-shops loaf with bleary eyes*
*A vicious crew, that mock the name of «man»,*
*Y et daré call themselves «American»*[103].

LOVECRAFT

EN 1913 la salud de Lovecraft, de veintidós años, mejoró, aunque continuó durante mucho tiempo describiéndose a sí mismo como «prácticamente un despojo de nervios, incapaz de asistir regularmente a nada, ni mantener obligaciones concretas». Se quejaba de cansancio y de flojedad y de sentirse viejo. «La madurez», decía, «es un infierno»[104].

No obstante, comenzó a salir de su reclusión, como el insecto hibernado que comprueba el aire de la primavera con sus antenas cautelosas. El primer signo de este resurgir fue una carta de 1.300 palabras que él mismo calificó de «anticuada prosa de la reina Ana» a *The Argosy*. La carta denunciaba las obras del popular autor Fred Jackson. El pecado de este hombre había sido escribir relatos amorosos.

> Si bien no deseo ser indebidamente severo con ningún autor, debo confesar que el estilo jacksoniano me inspira menos interés que desagrado, y debo expresar mi admiración ante el extraordinario favor que los editores de *The Argosy* y *The Cavalier* conceden a su autor… Hay un nutrido grupo de personas cuya principal fruición literaria la obtienen siguiendo a imaginarias ninfas y pastores a través de los laberínticos senderos de la aventura amorosa, las cuales juzgan la historia de un afecto ganado o perdido tan interesante y entretenida como la de un reino salvado o destruido. Para éstas los relatos de Jackson están bien; pero no son, me parece, los lectores corrientes de *The Argosy*. Estos otros prefieren, estoy seguro, una clase de relato más vivo, en el que se insista más en los actos de valor que en los asuntos de Venus. Por mi parte, siempre he preferido la Eneida de Virgilio al Ars Amatoria de Ovidio.
>
> Aparte de la mera elección del tema, permítaseme aventurarme a describir el género jacksoniano como trivial, afeminado y en algunos pasajes, ordinario.
>
> El autor subraya los vestidos de sus heroínas con el minucioso detalle de un modisto y describe el mobiliario y los adornos de sus aposentos como un ama de casa o una doncella[105].

Y así sucesivamente durante dos columnas enteras. En cuanto a la «ordinariez» de la «literatura erótica» de Jackson, comparada con la de hoy, toda literatura de revista de aquel entonces resulta tan tierna como un brindis de leche. Pero era tan fuerte la inhibición sexual de Lovecraft que cualquier tratamiento de esta división fundamental de los géneros le producía incomodidad.

La carta ocasionó una riada de réplicas. El hecho de que Lovecraft se hubiese lamentado de las «palabras extranjeras» utilizadas por Jackson dio un primer motivo a sus críticos.

> Si hubiese utilizado menos adjetivos, y más palabras familiares al público, en vez de laberíntico, laureado, luminaria, lucubración y muchas otras… Siento que haya gente como H. P. L. Yo pagaré sus

quince centavos al mes si deja él de leer *Argosy*. Jackson es grande… Soy vaquero; y ciertamente me gustaría descargar mi 44 sobre el tal Lovecraft. Un saludo. Perdón por el lápiz; la tinta anda escasa en el Rancho Bijou[106].

Sin embargo, contestó con un poema de cuarenta y seis versos, *Ad Críticos*:

*¿Qué vigorosas protestas ahora asaltan mis ojos?*
*¡Ved alzarse con ira los satélites de Jackson!*
*Sus ardientes lectores, henchidos de relatos de amor*
*muestran sincera devoción a su guía;*
*en valerosa defensa de malsano galanteo*
*maldicen la crítica y me asedian …*
*Sigue, pues, dulce Jackson, alza la mirada amante;*
*ya que halagas el oído del público trastornado.*
*Como una vez, en la época trivial de Carlos II,*
*Cross Wycherly y Dryden ensuciaron la escena,*
*así impera el tema erótico otra vez,*
*por muy fuerte que el alma austera se lamente …*[107]

La guerra de palabras continuó a lo largo de 1914. Inspirados por *Ad Críticos*, algunos lectores pusieron en verso sus comentarios. John Russell, un escocés que vivía en Tampa, Florida, escribió:

*Lovecraft ha pasado de la prosa a la rima*
*para mostrar lo que sabía, lo que sabe,*
*y digo que a mi modo de ver*
*no es mucho lo que él sabía …*
*Dice que una novela escribirá,*
*que ilumine nuestras ardientes pasiones.*
*Así que cada lector tendrá que comprarse*
*el último diccionario publicado*[108].

En el número de octubre de 1914, el director creó una sección del «Diario de a bordo» con el subtítulo: «Fred Jackson, Pro y Contra», y la llenó con cartas en favor y en contra de Jackson y de Lovecraft. Entre tanto, Lovecraft, divertido con las respuestas rimadas de Russell, le había escrito y entablado amistad. Enviaron un par de poemas conjuntos. El de Russell se llamaba *El fin de la Guerra Jackson*:

*Indulgente señor, ruego conceda una pulgada o dos*
*e imprima el adieu conjunto de los críticos capciosos.*
*Ha pasado tanto tiempo desde que empezamos la disputa*
*que los lectores juran que hemos robado el Diario.*
*Perdón pedimos los pecadores que osamos*
*llenar con envenenado verso tan precioso espacio …*
*Pero las más fieras disputas tienen su fin.*
*Y los antes enemigos vienen a terminar como amigos:*
*así nosotros, unidos en firme paz,*
*dejamos la pluma, cesamos la mutua calumnia.*
*¿Qué ruido es este? No es más que el grito gozoso*
*de los agradecidos, al oír nuestro adiós.*

*Lovecraft compuso* Nuestra disculpa a E. M. W.:

*Es la voz del que llama,*
*escuchad su lamento:*
*«Aquí están Lovecraft y Russell*
*con versos otra vez.*
*Creo realmente*
*que es desgracia*
*el modo de consumir*
*su valioso espacio.*
*El Diario de a bordo*
*es tan sólo para uso crítico*
*y no, como ellos creen,*

*para abuso sarcástico.*
*Conque, por favor, Sr. Director,*
*dígales que acaben*
*o ambos terminarán*
*creyendo ser el diario».*

*No se preocupe más,*
*mi querido E. M. W.,*
*pues no volveremos ya*
*con nuestro verso a molestar*[109].

La controversia concluyó, pero Lovecraft siguió escribiendo en *Argosy* y *All-Story*. En una carta publicada en esta última revista manifiesta sus preferencias literarias: «En la presente época de gusto vulgar y realismo sórdido, es un alivio leer una publicación como la de *All-Story*, que siempre ha estado, y sigue estando, bajo la influencia de las escuelas imaginativas de Poe y Verne…».

Sus últimas cartas a las revistas de Munsey, entre 1919 y 1920, alaban al escritor de relatos de aventuras Francis Stevens, uno de sus favoritos, junto a Zane Grey y Edgar Rice Burroughs. También les dirigió alguna crítica:

> ¿Por qué no nos ha dado ninguno de sus hábiles escritores un relato bueno de verdad, sin final de abrazos y besos? Tal cosa ha estado alimentando el negocio amoroso[110].

¡Pobre Lovecraft, que jamás tuvo una cita con una chica, ni llegó a estar a solas con ella, ni besó a nadie, ni siquiera a su madre, desde su niñez! Las dos últimas cartas en la *Argosy* iban firmadas con el seudónimo de «Augustus T. Swift», pues Lovecraft se había aficionado al empleo abundante de seudónimos. Este nombre combinaba el término «Augustus Age», aplicado al reinado de la reina Ana (1704-14), con el apellido de una de sus lumbreras. Lovecraft era entonces asiduo colaborador del periodismo aficionado. Dado que sacaba dos o más artículos en una misma edición, utilizaba seudónimos para evitar que pareciese monopolizar el espacio.

Además de Augustus T. Swift, también apareció como Lawrence Appleton, John J. Jones, Humphrey Littlewit, Archibald Mainwaring. Henry Paget-Lowe, Ward Phillips, Richard Raleigh, Ames Dorance Rowley, Edward Softly, Lewis Theobald Jr., Albert Frederic Willie y Zoilus. Casi todos son nombres de viejos americanos, algunos del árbol genealógico de Lovecraft. Este empleo de seudónimos ha planteado a los bibliógrafos de Lovecraft intrincados problemas. De ahí que no puedan llegar a ser identificados completamente todos los escritos de Lovecraft[111].

Durante el período más enconado de la «guerra» Jackson, Lovecraft, que había conservado sus cuadernos astronómicos, revivió su publicación periodística. A partir del 1 de enero de 1914, el *Providence Evening News* publicó su columna astronómica mensual. Esta colaboración siguió sin interrupción hasta mayo de 1918. Entonces, como declaró Lovecraft, «el periódico se vendió a los demócratas» y «el cambio de dirección provocó una exigencia de cambio de estilo que me negué a aceptar»[112]. Otra serie de dieciocho artículos astronómicos apareció en 1915 en el *Gazette-News* de Asheville, Carolina del Norte. La conexión de Lovecraft con este periódico se efectuó probablemente por medio de su amigo de la infancia Chester Munroe, que entonces vivía en Asheville.

Los artículos en el *Gazette News* constaban de 1.400 a 1.800 palabras. Normalmente aparecían el primer día de mes, pero a veces unos días más tarde. Informaban de hechos astronómicos escuetos —las fases de la luna y las posiciones de las constelaciones y los planetas—, pero también de muchas otras cosas. Lovecraft contaba los viejos mitos sobre los planetas y las constelaciones, citando antiguos poemas de Arato, Manilio y Ovidio, traducidos por Aryden, Addison y otros escritores barrocos. También incluyó unos cuantos poemas suyos. Narraba elocuentemente a sus lectores historias de astronomía y filosofía de la ciencia:

> Por encima del horizonte sudeste, con fiera magnificencia, avanza el Escorpión, con su esplendoroso astro de fuego rojo, Antares; digno presagio de escenas llameantes que esperan a

nuestros guerreros en las llanuras de Francia infestadas de Hunos. Escorpión es el más espectacular y característico de los grupos de verano, y brillará en los meses venideros. Al oeste de Escorpión y alcanzando completamente el mediodía, las partes más altas de Centauro delinean el horizonte. El grupo entero, incluidas sus estrellas más brillantes, nunca es visible en estas latitudes. Alfa Centauro, la estrella más brillante de esta constelación, es la más próxima de nuestras estrellas vecinas, a una distancia de 25.000.000.000.000 de millas del sistema solar. El hecho de que esta inmensa distancia en términos terrestres resulte infinitamente pequeña en términos de espacio sidéreo es testimonio elocuente de la ilimitada magnitud del universo visible, por no hablar de la prodigiosa concepción del infinito absoluto. La consideración del espacio y el tiempo ilimitados es efectivamente el rasgo más provocador de la ciencia astronómica. La humanidad, con sus pomposas pretensiones, se hunde en la completa nihilidad cuando se la contempla en relación con los impenetrables abismos de infinitud y eternidad que se abren a su alrededor. El período entero de existencia de la humanidad, o del sol y el sistema solar, o del mismo universo visible, no son sino un instante efímero en la historia de las esferas orbitantes y las corrientes del éter que componen toda creación, en una historia que no tiene ni principio ni fin. El hombre, lejos de ser el objeto central y supremo de la Naturaleza, está claramente demostrado que no es más que un mero incidente, quizá un accidente, de un esquema natural cuyo ilimitado alcance le relega a una total insignificancia… Un reciente escritor ha intentado plasmar la infinitud astronómica en verso blanco, describiendo un sueño o visión de esta manera:

*Sólo, en el espacio, vi una débil mancha*
*de plateada luz, marcando el estrecho alcance*
*que los mortales llaman universo ilimitado.*
*En todas partes, cada estrella diminuta,*
*alumbra creaciones más grandes que la nuestra.*

*Como en una noche sin luna, la Vía Láctea*
*en sólido resplandor despliega sus orbes incontables*
*ante los débiles ojos terrenos, cada orbe un sol;*
*así centelleaba el escenario sobre mi alma asombrada;*
*un estrellado velo, rico en gemas radiantes.*
*Sin embargo, cada poderoso universo de soles…*
*y cosmos que abarca mi mirada*
*no es sino un átomo en la infinitud.*

El «escritor reciente» es el propio Lovecraft. En otra ocasión, insiste, con sombría complacencia, en la extinción final del universo:

> Es principio fundamental de la ciencia de la física, el que ni la materia ni la energía pueden crearse ni destruirse. Dado que los astros y las nebulosas están constantemente distribuyendo energía en forma de luz y calor, y dado que no pueden crear otra que reemplace a la que están perdiendo, se sigue que algún día su actividad deberá dispersarse toda en la infinitud como ondas invariables de calor irradiado, demasiado débiles para producir ningún efecto perceptible. La escena resultante de desolación será verdaderamente terrible. Un vasto universo sepulcral de ininterrumpida y perpetua frialdad ártica, en medio del cual rodarán, oscuros y fríos, los soles con sus hordas de planetas muertos y helados, sobre los que yacerá el polvo de aquellos desdichados mortales que habrán perecido al apagarse en los cielos sus astros dominantes.

Mientras escribía estas columnas, Lovecraft se enfrentó con otro colaborador del *News*, el astrólogo Hartmann. En una de sus primeras columnas, Lovecraft había declarado:

> El escritor observa con pesar, en los tiempos presentes, una epidemia un tanto virulenta de charlatanismo astrológico en esta ciudad. La creencia en el poder de predicción de los astros y

> planetas es naturalmente una superstición de la más grosera categoría, y el rasgo más incongruente de esta época ilustrada; sin embargo, la astrología es una plaga que ha demostrado ser muy difícil de erradicar, y son muchas las personas de formación mediocre que se hacen víctimas de estas absurdas supercherías.
>
> Dado que es prácticamente imposible, con nuestra actual legislación, perseguir y castigar a los astrólogos para que no utilicen el correo para desarrollar su nefasto negocio, debemos atacar el mal desde otro ángulo, y tratar de socavar la astrología difundiendo la verdad astronómica, elevando así al público por encima del nivel de los charlatanes que hoy prosperan debido al estado de ignorancia general[113].

Lovecraft publicó también artículos titulados «Ciencia versus Charlatanismo» y «La falsedad de la Astrología». Como Hartmann continuara publicando su pseudociencia babilónica, Lovecraft recordó la campaña del Deán Jonathan Swift contra el astrólogo Partridge. En 1708 Swift publicó un panfleto bajo el seudónimo de «Isaac Bickerstaff», en el que predecía astrológicamente la muerte de Partridge entre otros. Al pasar la fecha, Swift publicó otro folleto, anunciando que Partridge había muerto tal como se había pronosticado. El folleto convenció a mucha gente, y Partridge pasó una etapa terrible, demostrando que aún vivía.

Parodiando a Hartmann, Lovecraft escribió artículos con el pseudónimo de «Isaac Bickerstaffe, Jr.», en los que hacía las más fantásticas predicciones, como que la tierra estallaría en el año 4952, pero que la humanidad se salvaría, saltando a un cometa que pasaría camino de Venus. Pero eran vanas las esperanzas de Lovecraft de enseñar al público a abandonar la creencia en la astrología. Los hombres razonables lo han estado intentando desde Marco Tulio Cicerón, y sin embargo, aún perdura la vetusta superstición.

Lovecraft enarboló el estandarte del materialismo científico toda su

vida. En 1917 un «corresponsal pretendía tener sueños paralelos a unos míos que yo había mencionado», aduciendo así una especie de simpatía telepática entre Lovecraft y el corresponsal. Lovecraft fingió sueños de los que envió a su corresponsal descripciones espléndidamente detalladas. Efectivamente, el corresponsal le remitió detalles igualmente impresionantes de los que había tenido él, paralelos a los que Lovecraft había fingido, pero que no había soñado en absoluto.

Como resultado de la batalla verbal sobre Fred Jackson, Lovecraft descubrió el periodismo aficionado, que desde un siglo antes se mantenía como *hobby* organizado. Muchas personas famosas, entre las que se incluye a Benjamín Franklin, Robert Louis Stevenson y Thomas Edison han impreso revistas y periódicos escritos por ellos y sus amigos, por diversión más que por ganar dinero.

El *hobby*, sin embargo, se extendió mucho con la invención en la década de 1860 de varios tipos de imprenta pequeñas y baratas. Los editores aficionados empezaron a intercambiar sus publicaciones, como hicieron los entusiastas de la ciencia-ficción a partir de la década de 1930.

Los americanos son los más ávidos organizadores del mundo. Echad a unos cuantos en un desierto, y el primer acto será redactar una constitución, elegir funcionarios y designar comisiones. De ahí que los periodistas aficionados, como los entusiastas de otras aficiones en la nación, se unieran y organizaran. En 1870-71 se fundó una National Amateur Press Association; aunque murió en 1874 por falta de interés. En 1876 se constituyó un segundo club con el mismo nombre, que creció constantemente.

Muchos periodistas aficionados eran escritores frustrados, o impresores frustrados, o políticos frustrados. Se peleaban e intrigaban con el ardor y la pericia de los candidatos a un cargo público. Reclutaban nuevos miembros diciéndoles que sus escritos eran demasiado buenos para darles una salida comercial. Como afirmaba Lovecraft:

> El periodismo aficionado es un pasatiempo, pero es más que un

> pasatiempo corriente. En el fondo, es un esfuerzo espontáneo por una preocupación artística sin trabas por parte de quienes no son capaces de hablar como quieren a través de los cauces literarios reconocidos; y como tal, posee los fundamentos que contribuyen a una perseverancia constante[114].

Las publicaciones aficionadas variaban enormemente en cuanto a formato y calidad. Muchas no lograron pasar del vol. I, número 1. A menudo exasperan al investigador omitiendo detalles tales como la fecha o el número de páginas. Muchas han sido impresas en un papel de tan mala calidad que hoy, medio siglo o más después, se deshace y se convierte en polvo.

Para muchos, el periodismo aficionado era un *hobby* agradable e inocente, no demasiado costoso, y no del todo inútil. Como en otras aficiones, sin embargo, algunos se tomaban el entretenimiento más seriamente que su profesión. Acababan inmersos en el periodismo aficionado con exclusión de los demás intereses. Durante varios años, Lovecraft estuvo incluido en esta clase.

En la década de 1890, los escritores de cartas a las columnas de lectores de las revistas juveniles formaron la United Amateur Press Association. No estaba concebida como una rival de la NAPA porque los fundadores no conocían la antigua organización. Las relaciones entre los dos grupos fueron habitualmente amistosas, aunque surgía la hostilidad cada vez que alguien proponía la fusión de las dos asociaciones.

Ambas asociaciones sufrieron sus tormentas, con acusaciones de fraude en las elecciones e ilegales acciones oficiales. Se desposeyeron cargos; se expulsaron miembros, y las asociaciones se fragmentaron como amebas. La UAPA se escindió en dos bandos en 1900 y, después de volverse a agrupar, en tres en el año 1905.

En 1912, tras una disputada elección de la UAPA, el ganador, Harry Shepherd, expulsó de la asociación a Hellene E. Hoffman, que había quedado en segundo lugar, so pretexto de insurrección. La señorita Hoffman se proclamó entonces presidenta verdadera y legal, y fundó su propio bando como organización rival, con Edward F. Daas como director

oficial, y Maurice Winter Moe, un maestro de escuela de Wisconsin, como crítico oficial. La labor de crítico consistía en leerse todos los periódicos aficionados que enviaban los miembros, y escribir artículos para el órgano oficial criticándolos con tacto.

Así, en 1914, había dos grupos, cada uno de los cuales se autodenominaba United Amateur Press Association. Ambos bandos siguieron publicando dos órganos oficiales con el mismo título: *The United Amateur*.

Entonces Daas observó el intercambio de cartas entre Lovecraft y John Russell en *The Argosy*. Considerando que semejante incentivo literario no debía desperdiciarse, se puso en contacto con los dos. Fue a ver a Lovecraft, camino de Nueva York, cuando acudía a una asamblea del Blue Pencil Club, la asociación neoryorkina de periodismo aficionado. Instó a Lovecraft y a Russell a unirse a su bando de la UAPA. Edward H. Colé de Somerville, Massachusetts, activo colaborador de la NAPA y la UAPA, envió a Lovecraft un paquete de periódicos aficionados para que los criticase. Lovecraft replicó:

> No es probable que mis primeros esfuerzos en la labor crítica alcancen la altura normal que usted exige, aunque espero no ganarme su absoluta condena. Mi objetivo será la exactitud, la sencillez y la claridad, más que la brillantez o la ostentación de los logros literarios, y consideraré sus propias reseñas más como modelos que como motivo de rivalidad. Aunque no espero que mi trabajada prosa y mis pesados dísticos heroicos merezcan la aprobación de alguien tan correcto en sus gustos, esperaré con impaciencia los veredictos imparciales del crítico sobre mis diversos intentos literarios que en breve aparecerán en distintas publicaciones aficionadas. Mi ideal en inglés es la restauración de la dignidad del siglo XVIII y la regularidad tanto en prosa como en verso, ideal que muy pocos comparten conmigo y que probablemente provocarán numerosos sarcasmos …

Tras alguna experiencia como crítico oficial de publicaciones

aficionadas, Maurice W. Moe llegó a la cínica conclusión de que esta crítica era «vana, ineficaz y superflua» porque «la mente ordinaria jamás puede ser influida por el mero consejo, más o menos mezclado de adulación; y por otra parte, la verdadera crítica despierta tanto antagonismo por parte del sujeto que su objetivo queda enteramente malogrado». Lovecraft, sin embargo, siguió trabajando para la crítica, y escribiendo columnas de crítica aficionada durante el resto de su vida, con la esperanza de elevarse a un plano nacional en literatura.

Aunque Lovecraft alcanzó gran influencia en el periodismo aficionado, jamás consiguió convertir a sus compañeros de hobby a las normas del siglo XVIII. Sin embargo, inundaba los periódicos aficionados con ensayos y poemas barrocos.

Puesto que estas publicaciones no pagan las colaboraciones, y siempre tienen dificultades para llenar su espacio con material literario, los editores aficionados estaban encantados con publicar los poemas, aunque el propio Lovecraft había empezado a dudar de su valor.

Estos poemas incluían elogios a sus nuevos amigos en el periodismo aficionado, alabanzas a Inglaterra y al Imperio Británico, acusaciones a Alemania e insípidas églogas georgianas como *A la Primavera*:

> *¡Levantad, enamorados!, pues la clara luz de Aurora*
> *muestra a los patos salvajes en su fugaz vuelo matinal:*
> *en filas ágiles su silente curso toman,*
> *y por el valle pantanoso el lago abandonan…*
> *aunque vuelan sin orden, haciendo figuras varias,*
> *sus miradas son firmes, y su mente invariable …*[115]

Y así durante página y media. Al parecer, Lovecraft no había oído nunca a una bandada de patos salvajes en vuelo. Sus poemas encontraron fácil aceptación porque, aunque los más largos sean el mejor remedio contra el insomnio que se conoce, aun parecían buenos comparados con los de la competencia. Uno no tiene idea de la cantidad de mala poesía que se ha

escrito hasta que echa mano de las retahilas de publicaciones aficionadas. Además, en algunas de sus composiciones más cortas, cuando abandonó a sus empelucados modelos, Lovecraft mostró tener vivo ingenio:

> LA RÉPLICA DE LA NINFA AL NEGOCIANTE MODERNO
>
> *Si todo el mundo y el amor fueran jóvenes*
> *y nunca hubiese sido yo «asediada»,*
> *podría, bastante tonta,*
> *vivir contigo y ser tu amor.*
>
> *Pero los «autos» prometidos, recompensas de Amor,*
> *se vuelven a menudo Fords;*
> *y aunque alardeas de tu espléndido yate,*
> *¡no es más que un bote como una nuez!*
>
> *Tus sedas y zafiros excitan mi corazón,*
> *pero puedo penetrar tu astucia:*
> *mi séptimo marido defraudó mi gusto*
> *¡con seda artificial y piedras imitadas!…*
>
> *Así, querido, si prometes la verdad,*
> *debería gozar estando a tu lado;*
> *pero no debo, como viuda errante,*
> *¡ni vivir contigo, ni ser tu amor*[116]*!*

Poco después de unirse a la UAPA le hablaron a Lovecraft de una sociedad local de aficionados, la Providence Amateur Press Club. Le contó a Colé:

> Como sin duda te ha informado la señorita Hoffman, los miembros son reclutados de la escuela secundaria nocturna, y apenas son representativos de la vida intelectual de Providence. Su ambiente ha sido claramente plebeyo, y sus producciones literarias

no deberían ser, de momento, criticadas con demasiado rigor…

Su presidente, Victor L. Basinet, es un socialista extremado, cuyas opiniones se han formado a través del contacto con los más peligrosos agitadores laborales del país. Es, sin embargo, un hombre de inteligencia innata, y espero fervientemente que la influencia de la Press Association contribuya a modificar su concepción de la sociedad. El director oficial, John T. Dunn, es un irlandés salvaje con las habituales opiniones papistas y antibritánicas; pero tiene una formación bastante buena, y está inflamado de una ambición literaria real. Por supuesto, hay mucha frivolidad en algunos de sus miembros, que resta valor a las reuniones …[117]

A principios de 1915, Lovecraft trabajó en dos proyectos: el primer número del órgano oficial del PAPC, *The Providence Amateur*, y el primer número de su propia publicación aficionada, *The Conservative*. Para *The Providence Amateur* aportó un largo poema, describiendo a los miembros del club con términos más aduladores que en su carta a Colé:

A LOS MIEMBROS DE LA UNITED AMATEUR PRESS ASS'N
DEL PROVIDENCE AMATEUR PRESS CLUB

*Ante vosotros todos, con temor están*
*los tímidos miembros de un grupo reciente.*
*Con pluma torpe, y ávidos de éxito*
*nuestras faltas aquí debemos confesar;*
*que los críticos nos traten con benevolencia,*
*y no frunzan el ceño ante nuestra inexperiencia.*
*Ved de presidente de este grupo,*
*firme en su regla, al dotado Basinet;*
*por su brillante genio todo el club le ha votado;*
*en cada acto su prudencia brilla*
*y con su mayor simpatía, quiere prestar*
*oído a todos, y a todos amparar;*

*con ademán intrépido desdeña las leyes opresivas,*
*y se alza defensor de la causa del pueblo …*

Tras describir a otros siete miembros, Lovecraft termina con decorosa modestia:

*Mirad por último a HPL, de erudito discurso,*
*cómo aburre a los oyentes que trata de enseñar:*
*con áridos versos molesta los oídos:*
*sus polisílabos destruyen nuestra paz.*
*El altisonante pedante no puede hacerlo peor,*
*¡pues él es quien escribe este verso desdichado*[118]*!*

Aunque aterrado por el desaliñado inglés de los miembros cuyos escritos corregía, Lovecraft continuó en el *Providence Amateur Press Club* durante dos años. Sus miembros irlando-americanos le incomodaban con invectivas antibritánicas. El ver a los irlandeses «utilizando los Estados Unidos… como arma contra su Rey y su Imperio legales» enfurecía al anglofilo Lovecraft, quien se negaba por principio a vestir ninguna prenda verde el Día de San Patricio. El hecho de que, en el siglo XII, el papa Adriano IV hubiese entregado Irlanda a Enrique 11 de Inglaterra —como si fuese suya para darla— no confería ninguna simpatía a los irlandeses, a ojos de H. P. L. En 1918, escribió:

> Mi último intento [de ayudarles] fue en 1914-16, cuando trabajé para un club «literario» de irlandeses situado en el sucio «Nord End» de la ciudad. El más grande de los socios era un individuo singularmente fanático llamado Dunn, dos años mayor que yo. Odiaba Inglaterra y era violentamente pro germano, y yo era lo bastante estúpido como para desperdiciar el tiempo en convertirle, ¡¡como si un irlandés pudiese razonar!!

«Individuo fanático» era uno de los peyorativos étnicos más corrientes

en Lovecraft, el cual hace referencia al viejo tópico de las sartenes y los cazos. Sin embargo, Lovecraft escribió un largo poema a Dunn para que su hermana lo recitase el día de su graduación en la escuela de Enfermeras del Rhode Island Hospital.

El club publicó un número más que el *Providence Amateur*, con fecha de febrero de 1916, con un editorial y dos poemas de Lovecraft. En 1917, Dunn fue a parar a la cárcel por objetor de conciencia, y negarse a entrar en filas, y el club se quedó inactivo. Finalmente, Dunn recibió las sagradas órdenes. Mucho después, el padre Dunn, M. F. rememoraba a Lovecraft: «Me dijo que pensaría una obra de teatro y que permanecería en pie hasta terminarla, aunque fuese hasta las seis de la mañana. Tenía una renta y no necesitaba levantarse como nosotros para ir al trabajo»[119].

Entretanto, Lovecraft se concentró en su propio periódico que mantuvo de manera intermitente durante ocho años. El primer número del *Conservative* (abril 1915), del que imprimió 210 ejemplares, pone de manifiesto la inexperiencia del editor (o del impresor), pero los números posteriores estaban bien diseñados.

La primera página de este número llevaba un largo poema ridiculizando la ortografía simplificada. La reforma ortográfica era la queja favorita de Lovecraft. Su única defensa de la ortografía inglesa —la más irregular, caótica y difícil de todas las lenguas europeas— consistía en afirmar que era un uso establecido que no había por qué menear.

La segunda página del este *Conservative* empieza con un editorial asombroso: «El crimen del siglo». Esta composición arroja una luz sobre la más polémica de todas las actitudes de Lovecraft:

> La presente guerra europea, al ocurrir en una época de sentimentalismo histérico y de corrompidas doctrinas políticas, ha inspirado a los simpatizantes de cada bando de beligerantes un inesperado torrente de acusaciones y denuncias indiscriminadas …
>
> Es tan indiscutiblemente cierto como vigorosamente discutido que el peso de la civilización descansa hoy en esa magnífica estirpe

teutónica que está igualmente representada por los dos enconados contendientes rivales, Inglaterra y Alemania, así como por Austria, Escandinavia, Suiza, Holanda y Bélgica. El teutón es la cima de la evolución. Para poder considerar inteligentemente su lugar en la historia debemos dejar a un lado la popular nomenclatura que confunde los nombres de «teutón» y «germano», y considerarlo no nacionalmente sino racialmente …

Aunque algunos etnólogos han afirmado que el teutón es el único ario auténtico y que las lenguas y las instituciones de otras razas nominalmente arias derivaron sólo de su habla y sus costumbres superiores, sin embargo no nos es preciso aceptar esta atrevida teoría para apreciar su inmensa superioridad sobre el resto de los hombres.

Al rastrear la trayectoria del teutón a lo largo de la historia medieval y moderna, no encontramos excusa posible para negar su real supremacía biológica. En localidades enormemente separadas y bajo condiciones ampliamente diversas, sus innatas cualidades raciales le han elevado a las preeminencia. No hay rama de civilización moderna que no sea obra suya. Al declinar el poderío del Imperio Romano, el teutón llevó a Italia, Galia y España los elementos vivificadores que salvaron a estos países de la completa destrucción. Aunque ahora ampliamente perdidos en la mezcla de la población, los teutones son los verdaderos fundadores de todos los estados llamados latinos. La vitalidad política y social había desaparecido de los viejos habitantes; sólo el teutón era creador y constructor. Al ser absorbidos los elementos nativos por los invasores teutónicos, las civilizaciones latinas declinaron tremendamente, de forma que la Francia, Italia y España de hoy muestran la huella de la degeneración nacional.

En los países cuya población entera es principalmente teutónica, contemplamos una prueba sorprendente de las cualidades de la… raza. Inglaterra y Alemania son los supremos imperios del mundo… La historia de los Estados Unidos es un largo panegírico al teutón, y seguirá siéndolo si logra atajar a tiempo la inmigración degenerada

y preservar el carácter primitivo de la población.

La mentalidad teutónica es dominante, sobria, justa. Ninguna otra raza ha mostrado una capacidad igual para el autogobierno… La división de tan espléndida estirpe contra sí misma, en la que cada facción representativa se alia con extraños inferiores, es un crimen monstruoso ante el cual el mundo puede sentirse horrorizado. Alemania, es cierto, tiene cierta conciencia de la misión civilizadora del teutón; pero ha permitido que sus celos de Inglaterra se impongan sobre su ardor intelectual y destruyan la raza en una guerra vergonzosa e innecesaria.

Los ingleses y los alemanes son hermanos de sangre, descendientes de los mismos duros antepasados adoradores de Wotan, dotados de las mismas toscas virtudes, e inflamados con las mismas nobles ambiciones. En un mundo de razas diversas y hostiles, la misión conjunta de estos hombres viriles es la de la unión y cooperación con sus camaradas teutones en defensa de la civilización contra las arremetidas de todos los demás. Hay tarea que hacer para el teutón. Como unidad, debe aplastar el poder creciente de eslavos y mongoles, preservando para Europa y América el glorioso futuro que él ha desarrollado …[120]

Como revela esta explosión, Lovecraft se había convertido al mito de superhombre ario nórdico de ojos azules, puesto de manifiesto más tarde por Adolfo Hitler.

Ahora, permítaseme puntualizar varias cosas. Ante todo, esta opinión, lejos de ser extravagante, estaba muy extendida, y era popular y respetable en los Estados Unidos de aquella época, especialmente entre los americanos viejos de clase superior, y más especialmente entre los de Nueva Inglaterra. En segundo lugar, Lovecraft llegó a ella naturalmente, ya que encajaba con la concepción de su tiempo, lugar y clase; su anglosajonismo no le hace más monstruoso de lo que sería la creencia de un cristiano medieval en la brujería. En tercer lugar, esta opinión era sustentada por no pocos eruditos de su tiempo. Así, Herbert Spencer, el sociólogo británico cuyas ideas tuvieron enorme influencia en la década de 1890, era arianista; y lo mismo

Henry Cabot Lodge, uno de los más hábiles políticos intelectuales de aquella época, especialmente entre la clase más elevada de los viejos nacionalistas americanos. En último lugar, Lovecraft abandonó más tarde esta postura, aunque tardó muchos años.

Vivimos en una época en que el racista está considerado, entre los pensadores avanzados, peor que el homicida. «Racista» se ha convertido en peyorativo total, como lo han sido también «rojo» y «fascista». Sin embargo, el etnocentrismo (para darle al racismo su nombre técnico) es uno de los rasgos humanos más antiguos y más universales. La gente ha tendido siempre a confiar y simpatizar con aquellos que más se le parecen. Sólo en las décadas recientes se ha generalizado la desaprobación del etnocentrismo, y dicha desaprobación es todo menos universal.

Para dar algún ejemplo, el nombre con que los primitivos designan a los miembros de su propia tribu significa a menudo algo así como «seres humanos verdaderos». Heródoto observó que los antiguos persas

> … honraban más a sus vecinos cercanos, a los que estimaban más próximos a ellos; y a los que viven más allá de éstos los honran en segundo grado; y así con el resto; y cuanto más alejados están, en menos estima les tienen. La razón está en que se consideran a sí mismos muy superiores en todos los aspectos al resto de la humanidad, teniendo otros la excelencia en proporción, según lo cerca que viven de ellos …

Aristóteles explicaba que, dado que los europeos eran valientes pero estúpidos y los asiáticos inteligentes pero cobardes, era justo que los griegos, únicos de la humanidad que combinaban el valor con la inteligencia, conquistasen y sometiesen a los demás. No hace mucho, un pastor Kirguiz de las estepas del Asia Central le dijo a un antropólogo que el Kirguiz es el mejor de todos los hombres; tenían los mejores corazones, y «el corazón es lo único importante»[121].

Ahora el péndulo ha alcanzado el otro extremo, sobre todo por influencia del marxismo, el cual, por motivos políticos, no científicos, es dogmáticamente igualitario y ambientalista. Persigue al científico que

pretende averiguar si las razas difieren de hecho en habilidad, el cual recibe amenazas anónimas y es abucheado en sus clases. Tal vez los abucheadores son étnicos que temen que sus pruebas les perjudiquen, o marxistas para quienes la absoluta igualdad de las razas es artículo de fe.

Es evidente que las razas difieren físicamente. Unas son más grandes y más fuertes que otras. Los negros nilóticos son los mejores saltadores de altura del mundo debido a su gran estatura. Los esquimales y los indios fueguinos pueden resistir el frío, y los tibetanos y quechuas la altura, mejor que los demás hombres. Asimismo, las razas difieren en propensión a determinadas enfermedades.

Nadie, sin embargo, sabe todavía si las razas se diferencian también en cuanto a capacidad mental. Tal vez sí, tal vez no. Las pruebas son contradictorias y poco concluyentes. Puede que existan algunas diferencias mentales innatas entre las razas, así como entre los sexos; pero nadie sabe aún a ciencia cierta cuáles son.

Dado que las diferencias, si existen, se hallan sumamente enmascaradas por profundas variaciones entre individuos y por efecto de los ambientes sociales, y dado que ninguna prueba conocida hasta ahora puede distinguir entre diferencias hereditarias y diferencias ambientales entre poblaciones, no existe en la actualidad un medio de zanjar la cuestión. De ahí que todo el mundo se sienta con derecho a formular dogmas a su gusto sobre dicho asunto.

Antes de (digamos) 1915, la mayoría de los americanos viejos eran lo que hoy llamamos «racistas». En el siglo XIX se les conocía con el nombre de «nativistas». Eran hostiles a todo el que no fuese de origen protestante anglosajón. Para ellos, era evidente que la raza blanca era superior a todas las demás y que el más elevado tipo de blanco era el anglosajón. En aquella época, el poderío mundial de los pueblos anglo-hablantes prestaba color a esta tesis. Los nativistas o anglosajonistas consideraban muy natural que hubiese una jerarquía social y económica fija, con ellos mismos a la cabeza. Temían ser ahogados por los inmigrantes de ascendencia inferior, no anglosajona:

> El influjo de una gran población inmigrante, difícil de asimilar

debido a sus hábitos rústicos y a sus barreras lingüísticas, dieron verosimilitud a la idea de que la inmigración estaba haciendo bajar el nivel de inteligencia americano; al menos eso les parecía a los nativistas que consideraron que un dominio locuaz del inglés era criterio natural de la capacidad intelectual.

De ahí que el novelista George Apley aconseje a su hijo estudiante:

> Me ha preocupado mucho tu referencia a ese compañero de estudios llamado Alger. Está muy bien ser democrático y amable con un conocido que se sienta a tu lado en clase por casualidad alfabética. No tengo ningún deseo de limitar tu círculo de conocidos, dado que los conocidos son valiosos e instructivos; pero debes aprender cuanto antes que la amistad es otra cuestión. Los amigos debes sacarlos de tu propia esfera, o es probable que el resultado sean dificultades y situaciones embarazosas[122].

La tía de Lovecraft, Annie Gramwell, aunque persona de excelentes cualidades, era socialmente esnob y económicamente ultraconservadora. Ella y su madre habían comprendido totalmente al Nathaniel Alden de Santayana, su contemporáneo bostoniano de ficción (en su novela El último puritano), cuando Alden reprende a su hermano menor:

> Creo que debo decirte, Peter, que no apruebo tu intimidad con personas de inferior educación y posición en la vida. Naturalmente, todos creemos en la democracia, y deseo que todas las clases gocen de las mayores ventajas; pero jamás ayudaremos a los menos afortunados a elevarse a nuestro nivel, si con ello nos hundimos nosotros. Tus indeseables amistades han influido ya en tu lenguaje y tus costumbres… La misma influencia podría afectar, con el tiempo, a tu moral, por no hablar de tu futuro …

Entonces los prejuicios étnicos eran tan abundantes que parecían ser el

natural orden de las cosas. Los chistes sobre gente barbada de otras razas, generalmente negros, judíos e irlandeses, eran materia prima de revistas humorísticas, escenas de vaudeville y tertulias. El tópico del étnico era moneda corriente de casi todos los autores populares. Los escritores y sus lectores daban por supuesto que los escoceses eran tacaños, los irlandeses cómicos, los alemanes arrogantes, los negros infantiles, los judíos avaros, los latinos lujuriosos y los orientales siniestros. Escritores populares como John Buchan y Cutcliffe Hyne dirigían sus pullas sarcásticas contra los judíos con la mayor naturalidad.

La estática, jerárquica concepción usual entre la «gente bien» decimonónica desentona con el espíritu de hoy. Quien la mantenga será calificado probablemente de esnob, racista o pretencioso. El difunto Winfield Townlwy Scott, que estudió a Lovecraft, escribe también: «Cosa inimaginable en cualquier ser humano, el esnobismo es pernicioso en un artista».

Sin embargo, semejante concepción tenía, en su tiempo, sus ventajas para quienes la aceptaban. Tal individuo no tenía nunca una «crisis de identidad». Cuando la gente estaba más íntimamente unida a su tierra natal, a su linaje, y a los medios sociales en los que había nacido, uno podía ser pobre o infortunado u oprimido, pero al menos podía decir: «Soy ciudadano romano», o «soy de la casta nayyar», o «soy un MacDonald de las islas», o «soy un Cárter de Virginia». Sabía quién era y cómo se esperaba que se comportase en el papel al que el destino le había situado.

Aunque la pose de «caballero anglosajón» de Lovecraft puede parecer desde cierto punto de vista no sólo orgullosa, sino también detestable, le dio fuerza para resistir los golpes y dardos del mundo. Sabía perfectamente quién era y cómo debía comportarse.

El tiempo y la experiencia, sin embargo, le enseñaron muchas lecciones. En una de sus últimas cartas dijo: «¡Yuggoth, me dejaría chantajear con tal que algunos de mis ensayos editoriales de hace veinte años o más no se exhumasen y volviesen a imprimirse!»[123]. Tengo poca duda de que en ese momento pensaba en «El crimen del siglo», entre otras extravagancias juveniles.

En la generación de Lovecraft, los sentimientos para con los negros alcanzaron un grado que pocos pueden apreciar hoy en día. En 1913, *All-Story Cavalier Weekly* publicó un relato de un clérigo liberal del Sur: «Un caballero del Nuevo Sur», con un héroe negro. Vassar Hamilton de Birmingham, Alabama, escribió:

> Ha publicado usted algo que es una ofensa para el pueblo del Sur, y quiero corregirlo ahora mismo:
>
> Nosotros, los del Sur, no decimos «señoras» y «caballeros» negros, sino coons y shins. No nos enamoramos de las shins y nos casamos con ellas, como los yanquis… ¿Cree usted que la gente del Sur comprará una sola de sus revistas después de haber ofendido a su país de la forma que lo ha hecho?… Sé que no publicará esto en su próximo número, porque no quiere que los lectores del Sur sepan que alguien ha reparado en su ofensa a nuestro Sur y a nuestros bienamados veteranos confederados.

En la década de 1920 tan sólo, los sudistas aún escribían cartas a los editores protestando de que se antepusiera el tratamiento de «*Mr*.» a los nombres de los negros, o que la palabra negro se escribiese con mayúscula. Este sentimiento era en el norte sólo relativamente menos fuerte; Theodore Roosevelt fue amplia y furiosamente acusado en 1901 por haber invitado a Booker T. Washington a comer en la casa Blanca. Lovecraft compartía estos sentimientos, como muestra esta copla de julio de 1905:

DE TRIUMPHO NATURAE

El triunfo de la Naturaleza sobre la ignorancia del Norte

*La intolerancia norteña, de falso celo inflamada,*
*las virtudes de la raza africana proclamó;*
*declaró a los negros sus hermanos y sus pares,*

*derramó por su esclavitud fraternales lágrimas;*
*falseó por su causa el Sagrado Mundo,*
*y se consideró a sí mismo enviado por Dios*
*para sacar su espada, costara lo que costase,*
*y liberar a los hijos de Etiopía …*

Y así sucesivamente durante dos estrofas más. Ocho años más tarde, Lovecraft todavía aireaba los mismos sentimientos:

SOBRE LA CREACIÓN DE LOS NEGROS

*Cuando, muy atrás, los dioses crearon la Tierra,*
*formaron al Hombre según la imagen de Júpiter.*
*Las bestias, inferiores, fueron trazadas después,*
*aunque estaban muy lejos de la humanidad.*
*Para llenar el vacío, y unir el resto al Hombre*
*la hueste moradora del Olimpo ideó un sabio plan,*
*creó una bestia de forma semihumana,*
*la llenó de vicio y la llamó* NEGRO[124].

Lovecraft defendió también la película *El Nacimiento de una Nación*, producida por David Wark Griffith en 1914. El film hizo historia por su alcance y técnicas avanzadas; pero Griffith, sudista irreconciliable, presentaba al Ku Klux Klan como un grupo de héroes desinteresados que defendían a sus mujeres contra los negros bestiales.

Además del etnocentrismo general de los americanos viejos de esa época, Lovecraft cayó bajo la influencia de un libro que le desvió hacia una vertiente pseudocientífica. Se trata del *Grundlagen des Neunzehnten Jahrhunderts*, tratado de 1.200 páginas publicado en 1912, cuya traducción inglesa apareció con el título de *Foundations of the Nineteenth Century*, de donde sacó Lovecraft su creencia en el superhombre ario.

El mito ario surgió de la siguiente manera. A principios del siglo XIX, los eruditos descubrieron que la mayoría de las lenguas de Europa pertenecían a la misma familia que las de Irán, Afganistán, y casi todas las de la India.

Durante los cien años siguientes, la historia, la lingüística y la arqueología, han revelado que 2000 años a. de C., un pueblo pastor seminómada de Polonia o Ucrania domesticó el caballo. Este pueblo y sus descendientes se pusieron en marcha en sus traqueteantes carromatos y, con esta nueva arma terrible, conquistaron a sus vecinos, se convirtieron en clase dominante, impusieron su lengua y algunas de sus costumbres a sus subditos, y finalmente, se mezclaron con ellos. Sus descendientes conquistaron más tribus adyacentes, y así sucesivamente, hasta que propagaron su lengua, sus caballos, sus espadas de bronce y sus dioses celestes desde Portugal a Ceilán. La lengua original se fragmentó en múltiples idiomas que, no obstante, conservaron similitudes de vocablos y gramática.

Los conquistadores del Irán y la India, hacia 1500 a. de C., se denominaron a sí mismos *árya*, «nobles». Cuando los eruditos se dieron cuenta del parentesco de lenguas tan alejadas como la islandesa, la armenia y la bengalí, las agruparon en una familia que llamaron aria. Posteriormente, sin embargo, los lingüistas prefirieron el término «indoeuropeo».

No conocemos el tipo físico de los arios originales, si bien podemos llamar domadores de caballos a sus descendientes inmediatos. Puesto que el tipo alpino —fornido, de cabeza ancha, y color tostado— predomina hoy donde probablemente tuvo lugar la doma, es de adivinar que eran alpinos. En todo caso, los arios no crearon ninguna civilización, sino que destruyeron varias a su paso. Por lo que la ciencia puede decir, no hay, y probablemente no ha habido nunca, una «raza aria». Y, fuera cual fuese el tipo racial original de los arios, desapareció muy pronto al mezclarse con los pueblos conquistados, más numerosos.

El más grande de los eruditos que resolvió el problema lingüístico indoeuropeo fue el filólogo alemán Max Müller. En un momento de descuido, Müller aludió a la «raza aria». Posteriormente se corrigió,

diciendo: «Para mí, un etnólogo que habla de raza aria, de sangre aria, de ojos y cabellos arios, peca tanto como el lingüista que habla de un diccionario dolicocéfalo o de una gramática braquicéfala… Si digo arios, no me refiero a la sangre, ni a los huesos, ni al pelo, ni a la cultura. Me refiero simplemente a aquellos que hablan una lengua aria».

Pero el daño ya estaba hecho. El concepto de «raza aria» fue recogido por un diplomático y escritor francés, el Conde Arthur Joseph de Gobineau. En la década de 1850, Gobineau escribió un libro, *Essai sur l'égaüté des races humaines* [Ensayo sobre la igualdad de las razas humanas]. Trataba de probar que la raza blanca era la única con capacidad creadora, y que la aria, que Gobineau identificaba con el tipo nórdico alto, de cabeza alargada, rubio, ojos azules, del norte de Europa, era la mejor clase de blanco[125].

Naturalmente, Gobineau se consideraba a sí mismo ario, ya que los franco-germanos habían conquistado la Galia hacia el año 500 y se habían erigido en la aristocracia francesa. Francia se había arruinado, decía, al destruir a este «pueblo excelente» en la Revolución Francesa. No era una coincidencia que Gobineau perteneciese a la aristocracia francesa.

Aunque la antropología de Gobineau era predarwiniana, y hacía arrancar a todos los hombres de Adán, no tardaron otros en adaptar las tesis de Gobineau a la teoría evolucionista. Todos se juzgaban arios, ya que nadie ha escrito jamás un libro que pruebe que su propio etnos es inferior[126]. Algunos franceses coincidían con la idea de los arios civilizadores, pero afirmaban que los arios habían sido, no nórdicos, sino robustos alpinos como la mayoría de los franceses. En Italia, Sergi dijo que ambos estaban equivocados; los arios habían sido mediterráneos inteligentes como Sergi.

Seguidor de Gobineau fue Houston Stewart Chamberlain. Hijo de un almirante británico, Chamberlain se educó en Suiza y Alemania, y se convirtió en ciudadano alemán. Pequeño, endeble, neurótico, con alucinaciones de que era acosado por los demonios, se convirtió también en yerno de Richard Wagner y amigo del Kaiser Guillermo 11[127].

Los *Fundamentos* de Chamberlain son un fárrago espantoso de vanas, peregrinas y tendenciosas tonterías verbales. El autor trata de demostrar la superioridad del «ario teutónico» mediante un argumento circular. Toda figura que le resulta atrayente, como Julio César (moreno) o Jesús (de cuyo

aspecto nada se sabe) resulta ser ario teutónico por sus virtudes, y las virtudes de todos estos teutones demuestran la superioridad aria. Y mientras las «mezclas» como los alemanes son buenas, los «mestizajes» como los judíos son malos, y se descubre la diferencia por «adivinación espiritual». Las niñas teutónicas perciben la diferencia instintivamente, y lloran cuando un judío entra en la habitación. Si la ciencia no está de acuerdo, peor para la ciencia:

> Lo que es claro para los ojos, es suficiente, si no para la ciencia, sí al menos para la vida… Uno de los errores fatales de nuestro tiempo es aquel que nos impulsa a conceder demasiado peso en nuestros juicios a los llamados «resultados» de la ciencia[128].

Estos desvaríos fueron popularizados en los Estados Unidos por Madison Grant (*The Passing ofthe Great Race*, 1916), y Lothrop Stoddard (*The Rising Tide of Color Against White World Supremacy*, 1920). Estos escritores aceptaban la división de los europeos, elaborada por Ripley y otros, en nórdicos, alpinos y mediterráneos. Los nórdicos —altos, de cabeza alargada, rubios y ojos azules— habitaban en el norte; los alpinos —de cabeza ancha, estatura mediana y constitución robusta, y color oscuro medio— en las regiones central y oriental; y los mediterráneos —bajos, delgados, de cabeza alargada y ojos y pelo oscuros— en el sur.

Luego Grant y Stoddard argüyeron que los alpinos eran patanes, zafios, estúpidos y cobardes. Los mediterráneos eran artísticos e intelectuales, pero frivolos e indignos de confianza. Sólo los nórdicos eran valientes, inteligentes y leales. Había que evitar que la sangre de los arios nórdicos se mezclase con castas inferiores, no fuera que la civilización, cuyo generador y primer motor era el nórdico, desapareciese de la tierra.

Estos libros alcanzaron una enorme difusión. Aunque totalmente acientíficos, influyeron en la ley de inmigración de 1924. Una Liga Antiinmigración procuró que sus pretensiones recibiesen amplia circulación.

La historia y la antropología, tal como ahora se entienden, se pronuncian de modo completamente distinto. La Europa del Norte, cuna de

los nórdicos, fue una región atrasada, bárbara, hace un millar de años. Todos los principales adelantos de la civilización habían sido hechos por atezados meridionales y orientales de piel amarilla. Sólo en los últimos siglos las circunstancias temporales han permitido a los europeos del norte alcanzar y a veces sobrepasar a sus vecinos del Sur y del Este en cultura y poder. Y no hay razón para creer que la reciente preeminencia nórdico-europea vaya a revelarse más duradera que el anterior dominio de los árabes o los mongoles.

El mito de los arios nórdicos había sido ya desenmascarado por el economista americano William Z. Ripley en *Las Razas de Europa* (1899). Ripley dividió la raza blanca o caucasoide en las subrazas o tipos nórdico, alpino y mediterráneo. La clasificación de Ripley aún es válida si recordamos que los tres tipos aparecen en diferentes proporciones en toda Europa, que la mayoría de los europeos no se ajustan a un tipo ideal, sino que muestran una mezcla de rasgos, y que cada cuál puede dividir la población de Europa en distintas ramas igualmente plausibles.

Lovecraft dijo una vez: «¡Ser miembro de una raza de sangre pura debe suponer el mayor privilegio de la vida!». Esta es una de sus afirmaciones más estúpidas. Según se sabe, jamás ha habido una raza de sangre «verdaderamente pura» en la tierra. Las diferentes ramas de la humanidad, aparte alguna pequeña excepción como los habitantes de la isla de Pascua, no han estado nunca completamente aisladas unas de otras durante muchos siglos. Siempre ha habido alguna clase de mezcla.

Por tanto, no hay razón para creer que las grandes subdivisiones de la raza caucasoide hayan existido jamás en forma pura; ni ha habido una raza rubia pura. Todo lo que ha sucedido es que el color rubio —una adaptación evolutiva al clima sin sol de la Europa nórdica—, se hizo mucho más corriente allí donde, bajo primitivas condiciones, la pálida coloración que la acompaña favoreció la supervivencia, más que en otros sitios donde era perjudicial. Si uno traza el mapa de Europa según la frecuencia de los rasgos corpóreos de los habitantes, tales como estatura, color, forma del cráneo, y tipos de sangre, obtiene un tapiz incoherente, sin ninguna indicación clara de distinciones raciales anteriores.

Al parecer, Lovecraft no leyó nunca a Ripley. Es prácticamente seguro

que había leído a Chamberlain, por las semejanzas terminológicas entre sus escritos sobre las razas y los de Chamberlain. «El Crimen del siglo», de hecho, suena a una paráfrasis de partes de Chamberlain. Se sabe que Lovecraft había leído a Grant y probablemente también a Stoddard; pero los libros de éstos aparecieron sólo después del primer *Conservative*.

El arianismo de Lovecraft ha producido un gran daño a su reputación. Sin embargo, Lovecraft sólo mostró una debilidad humana común. La mayoría de la gente abraza creencias, no por razones convincentes, o por una lógica rigurosa, sino porque las creencias le reconfortan y le hacen sentirse superior. La debilidad de Lovecraft por las tonterías de Chamberlain muestra, no que fuera un malvado, sino que era dado a los principios nativistas de su época, lugar y clase, y que era mucho menos objetivo, sagaz y sensato de lo que él se creía.

Lovecraft, que no terminó sus estudios secundarios ni ganó nunca lo necesario para vivir, sentía agudamente su fracaso como estudiante y como adulto independiente. Dejó de frecuentar el Observatorio de Ladd porque no podía soportar el ir allí como un intruso, y no como el estudiante y después profesor de astronomía que había soñado ser[129]. De modo que el culto ario vino a restablecer el orden para él. Si no podía destacar como individuo, al menos podía pertenecer a una casta superior. Aprendió que no era así, pero le costó mucho tiempo.

# 7. GUERRERO MALOGRADO

*With our swords we have contended!*
*When the Vístula we enter'd*
*With our ships in battle order*
*We unto the hall of Woden*
*Sent the bold Helsingian foemen.*
*Then our sword-points bit in fury;*
*All the billows turned to life-blood*
*Earth with streaming gore was crimson'd;*
*Reeking sword with ringing note*
*Shields divided; armour smote*[130].

ANONIMO (trad. por Lovecraft)

EN 1915, Lovecraft sobrevivió a un ataque de viruela y perdió el único pariente varón adulto que podía haberle servido de modelo. Era el marido de su tía mayor, el Dr. Franklin Chase Clark, que murió a los sesenta y ocho años de un ataque de apoplejía el 26 de abril.

Desaparecido el erudito doctor, no hubo nadie que contrarrestase el afecto asfixiante que sobre Lovecraft proyectaba su madre. Aunque probablemente, por entonces no habría representado mucho. A los veinticuatro años, el carácter de Lovecraft se había establecido de forma definitiva.

El segundo número del *Conservative* de Lovecraft (julio 1915) empezaba con el poema, *Sueño de la Edad Dorada*, de uno de sus camaradas de pluma, un vaquero poeta de Kansas de escasa formación, pero algún talento natural, llamado Ira Albert Colé. La principal contribución de Lovecraft fue «Regularidad Métrica»: un ataque al verso libre, que por entonces empezaba a desbancar al verso rimado como medio poético preferido:

> Lo más divertido de todas las pretensiones del radical es la afirmación de que el auténtico fervor poético jamás puede encerrarse en el metro regular; que el jinete de Pegaso de ojos salvajes y larga cabellera debe infligir a un público paciente de forma inalterable las vagas concepciones que infunde el caos innoble en su alma exaltada …[131]

Despojado de su retórica, el texto de Lovecraft tenía sentido, considerando lo que ha acontecido a la poesía desde entonces. A este artículo seguía un editorial en el que Lovecraft enarbolaba su pabellón en lo alto del mástil.

> Al *Conservative* se le verá siempre como defensor entusiasta de la total abstinencia y prohibición, del militarismo moderado y saludable, en contraste con los peligrosos y antipatriotas predicadores de la paz; del pansajonismo, o dominación por los ingleses y razas afines de las divisiones inferiores de la humanidad; y del gobierno constitucional o representativo, en oposición a los falsos sistemas perniciosos y despreciables de la anarquía y el socialismo[132].

Lovecraft también se lamentaba de un colega aficionado, Charles D. Isaacson de Brooklyn. Nueva York, editor de *In a Minor Key*. Isaacson era lo que podríamos llamar un liberal de izquierdas, lleno de benevolencia y altruismo elevados hasta un extremo candoroso. Su pacifismo era de lo más

puro e irresistible. Estaba convencido de que «la guerra la promovían tan sólo un puñado de renegados» y que si «el pueblo» de una de las naciones en conflicto dejase las armas y se negase a luchar, los «pueblos» de todos los demás beligerantes harían lo mismo, y prevalecería la paz.

Isaacson ensalzaba el pacifismo, el socialismo, y la poesía de Walt Whitman; denunciaba el militarismo, el reclutamiento, los prejuicios raciales, y la película *El Nacimiento de una Nación*, cuyos «defensores», decía, «debían ser azotados». Era firme partidario de la libertad de expresión, salvo en periódicos como el *Life* (no la revista gráfica, sino su predecesora humorística) y *The Menace*, que difamaban a los judíos. Él habría suprimido estos diarios.

La réplica de Lovecraft, «En Tono Mayor», alababa los méritos literarios de Isaacson, pero seguía diciendo:

> Charles D. Isaacson, esencia animadora de la publicación, es persona de notable calidad. Descendiente de una raza que ha dado un Mendelssohn, es, él mismo, músico de talento nada común, aunque como literato merece ser comparado con sus correligionarios Moisés Méndez o Isaac D'Israeli. Pero la misma espiritualidad que eleva la mente semítica, la incapacita parcialmente para la consideración de los gustos y tendencias de la literatura y el pensamiento arios, por lo que no es de sorprender que sea un radical de lo más extremado.

En 1915, pocos americanos viejos habrían juzgado de mal gusto o un golpe bajo el utilizar el fondo racial de un hombre como argumento contra sus ideas. Lovecraft seguía machacando sobre Whitman, una *béte noire* porque no sólo había popularizado el verso libre, sino que había aludido explícitamente a la copulación. En mitad de su ensayo, Lovecraft metió un poema de dieciocho versos que empezaba:

> *Ved al gran Whitman, cuyo verso licencioso*
> *deleita al libertino y conmueve las almas de cerdo.*

*Su calenturienta fantasía evita el paso medido*
*y copia sin gracia la inmundicia de Ovidio …*

Y seguía en el mismo tono arrogante:

Las ideas del señor Isaacson sobre el prejuicio racial, tal como se bosquejan en su «Tono menor», son demasiado subjetivas para ser imparciales. Quizá haya sentido la más o menos abierta aversión que siempre abrigó la cristiandad hacia los hijos de Israel, aunque un hombre de su perspicacia debería ser capaz de distinguir este sentimiento mezquino… del sentimiento natural y científicamente justo que se resiste a que los negros africanos contaminen a la población caucásica de los Estados Unidos. El negro es fundamentalmente inferior biológicamente a todas las razas blancas y hasta mongólicas, y el pueblo nórdico debe recordar el peligro que corre al concederle demasiado generosamente los privilegios de la sociedad y el gobierno… el Ku-Klux-Klan, ese grupo noble aunque difamado de sudistas que salvó de la destrucción a la mitad de nuestro país… El prejuicio de raza es un don de la naturaleza, tendente a conservar en su pureza las diversas divisiones de la humanidad que los siglos han desarrollado …

El *Conservative* rechaza el lenguaje fuerte, pero entiende que no sobrepasa los límites de la corrección al afirmar que la publicación del artículo titulado «El valor más grande» es un crimen que en un americano de nacimiento, de sangre aria, merecería un severo castigo legal. Esta llamada al pueblo para que rechace el servicio militar al ser llamado a defender su bandera es un ataque ignominioso a los altos principios del patriotismo que han sacado a este país del estado de salvajismo, convirtiéndolo en un poderoso grupo de estados …[133]

En una réplica templada, Isaacson defendió a Whitman, así como la paz,

la tolerancia racial, y la democracia. También utilizó el argumento *ad hominen*, con más puntería que su joven adversario:

> Noto un tufillo como a libros viejos en la lectura del *Conservative*; la imaginación se dispara inconscientemente hacia los tiempos de Raleigh, Isabel y Lovelace …
>
> Como he dicho, los escritos del señor Lovecraft huelen a biblioteca. Son literarios. Pertenecen al mundo de la ficción. Todo es irreal bajo todos los aspectos, en los artículos del *Conservative*[134].

Isaacson había puesto el dedo en el punto más débil de Lovecraft como pensador. Aunque erudito, Lovecraft solía pontificar sobre cuestiones de las que tenía un levísimo barniz literario, sin los correctivos de un conocimiento de primera mano ni experiencia mundana. Los amigos a los que exponía sus nociones inmaduras se sentían normalmente demasiado atemorizados ante sus conocimientos para contradecirle. Su larga reclusión le había infundido (según palabras de mi colega Fletcher Pratt) «esa precipitación en formarse juicios y esa falta de sentido crítico para comprobarlos, cosas ambas que son a menudo resultado de un autodidactismo a base de lecturas masivas y desordenadas».

Por casualidad, habían ido a parar a manos de Lovecraft escritos que defendían el arianismo, la ley seca y el nacionalismo militante. Como inspirado por un ángel, abrazó inmediata y fervientemente estas doctrinas, sin tener la menor idea de lo débiles, cojos y discutibles que eran en realidad los argumentos sobre tales cuestiones.

Además, uno no puede siempre estar seguro de hasta dónde se pueden tomar en serio las opiniones más ofensivas de Lovecraft. Él confesaba que, con tal de discutir, solía adoptar «cualquier opinión que me divierte o se opone a la de la persona o personas presentes». Sus cartas, dijo más tarde, eran meramente «descargas verbales… sobre temas que nadie más que un especialista puede manejar correctamente».

El tercer *Conservative* incluía un artículo de Lovecraft, «La rima admisible», en el que observaba que las reglas se habían vuelto estrictas desde que Alexandre Pope rimó «shy» con «company» y «join» con «line[135]». El resto del número traía dos explosiones más. El «renacer de la humanidad» empieza:

> Tras el degradante desorden de cobarde pacifismo en el que nuestro corrompido y afeminado público se ha revolcado recientemente, parece que empieza a apuntar un ligero sentido de vergüenza, y los gritos de los maníacos de la paz-a-cualquier-precio son menos violentos que hace algunos meses… Cómo puede creer un ser humano en su sano juicio en la posibilidad de la paz universal, es más de lo que el conservative puede explicar.

En esta época, mucha gente aún concebía la guerra de manera romántica. Imaginaba batallas entabladas con música y banderas y la caballería cargando con lanzas y sables. La completa desilusión que siguió a la Primera Guerra Mundial no hizo efecto hasta la década de 1920, cuando comenzaron a circular relatos realistas sobre las espantosas carnicerías de la guerra de trincheras.

El otro artículo del *Conservative*, «El alcohol y sus amigos», comienza:

> Una prensa cínica, disgustada por los actos políticos del señor William J. Bryan, aplaude con servil regocijo cada movimiento de su sucesor, Robert Lansing, primer ministro de los Estados Unidos [*sic*], y hombre presumiblemente deseoso de mejorar nuestro país, el cual acaba de restaurar la desagradable presencia del alcohol en las comidas del estado americano[136].

Lovecraft tenía mucho que aprender.

Pese a su creciente desilusión respecto al verso barroco, Lovecraft

continuó trabajándolo. Excusaba sus poemas diciendo que los hacía lo mejor que podía:

> Algunos de mis chirriantes pareados han aparecido hoy en «The Pinfeather»… Cuando los miro con ojo crítico, me resulta difícil evitar esa severidad que normalmente deploro en los críticos. Alguien podría preguntarse por qué me meto en números cuando no puedo conseguir mejor resultado que éste, pero supongo que un impulso de perversidad innata es el responsable de tan vana persecución del Nueve.
>
> Desde luego, soy una reliquia del siglo XVIII, tanto en prosa como en verso. Mi gusto en poesía es realmente defectuoso, dado que nada me gusta tanto como los pareados de Dryden y de Pope …
>
> El verso improvisado, o «poesía» de encargo, sólo son fáciles cuando se abordan con espíritu fríamente *prosaico*. Teniendo algo concreto que decir, una *mecánica métrica* como la mía puede fácilmente batir la materia hasta meterla en versos técnicamente perfectos …[137]

Para probar esta teoría, Lovecraft tardó diez minutos en hilvanar un poema de diez versos, *Al recibir un cuadro de cisnes*, inspirado en una postal:

> *Con gracia pensativa, el melancólico cisne*
> *llora sobre la tumba del malogrado Faetón …*

al que siguió otro de treinta y dos versos: *A Charlie de los cómicos*, homenaje a las primeras películas de Charlie Chaplin:

> *Tropiezas y trastabillas sobre la película*
> *que sostiene tu imagen viva.*
> *Arrastras tus pies prodigiosos*
> *por la escena de amor, de acoso o de refriega …*

Aunque decía que en 1916 había sufrido otro «colapso nervioso[138]», a lo largo de 1916-17 empezó Lovecraft a llevar una vida más activa. Se convirtió en asiduo de los cines, aun cuando decía que, debido a lo caros que eran, las películas «contribuían al envilecimiento del gusto de la plebe necia y promiscua». Aunque admiraba mucho a Charlie Chaplin, «la atmósfera de mugre nublaba demasiado a menudo el mérito de las obras de Chaplin. Al cabo de algún tiempo, el fastidiado ojo se cansa de tanto andrajo y suciedad» y prefiere «a los saltimbanquis refrescantes y cautivadores de Douglas Fairbanks», que al menos tenían «pinta más saludable[139]». Cuando en enero de 1917, el Fay's Theatre de Providence convocó un certamen de críticas de la película *The Image-Maker of Thebes*, Lovecraft ganó el premio de 25 dólares, a pesar de que su revista era una castaña.

A mediados de 1917, Lovecraft publicó el *Conservative* de manera trimestral. El número cuatro del volumen I y los cuatro del volumen II contienen más material de los colegas de Lovecraft, ya que otros aficionados habían empezado a enviarle poemas, ensayos y relatos.

Los ensayos alaban el Imperio británico y apoyan al bando *tory* de la Revolución americana. Acusan a Alemania y a los americanos irlandeses progermanos. Lovecraft contribuye con textos parecidos, atacando el arte moderno, la poesía de T. S. Elliot, y la idea de un sindicato de escritores.

En sus cartas, Lovecraft aún se hacía eco de los delirios arios de Chamberlain:

> La ciencia nos muestra la infinita superioridad de los arios teutónicos sobre todos los demás y, por tanto, nos hace ver que su ascendencia permanecerá indiscutible. Cualquier mezcla racial no puede sino degradar el resultado. La raza teutónica, ya esté en Escandinavia, en otras partes del continente, en Inglaterra o en América, es la crema de la humanidad …[140]

Tras su explosión en el primer *Conservative*, sin embargo, Lovecraft publicó una invectiva arianista. Fue *Canción de guerra del teutón* en *The*

*United Amateur*:

> *El poderoso Wotan ríe en su trono*
> *y una vez más proclama suyos a sus hijos.*
> *La voz de Thor resuena nuevamente arriba*
> *y las armadas valquirias cabalgan en el cielo.*
> *Los Dioses de Asgard liberan sus poderes*
> *para despertar al inepto de su sueño apacible …*

Y así sucesivamente a lo largo de sesenta versos. Y añadía una «Nota del Autor»:

> Aquí el escritor intenta plasmar la cruel ferocidad e increíble valentía del moderno soldado teutón debido a la influencia hereditaria de los antiguos dioses y héroes nórdicos… Aunque lamentamos con justicia el excesivo militarismo del Kaiser Guillermo y sus seguidores, no podemos justamente convenir con aquellos afeminados predicadores de la fraternidad universal que niegan la virtud de esa fuerza viril que mantiene a nuestra gran familia nordeuropea en su posición de indiscutida superioridad sobre el resto de los humanos, y que en su forma más pura es hoy el baluarte de la Vieja Inglaterra[141].

Después de esto, Lovecraft no publicó nada más sobre las glorias del ario teutónico. Quizá le pareció embarazoso ser pro-teutón y anti-germano al mismo tiempo.

Tras el volumen II del *Conservative,* vinieron otros intereses a disputar cada vez más el tiempo de Lovecraft. De ahí que los vols. III, IV y V consten de un solo número cada uno, apareciendo en julio de 1917,1918 y 1919 respectivamente. El *Conservative* de 1918 contenía tres ensayos de Lovecraft, que han sido reeditados. «Lo Pastoril menospreciado», en que defiende ese género de poesía. «Tiempo y espacio», en que acentúa la insignificancia del hombre y el universo. Y «Merlín redivivo», donde

lamenta el auge del espiritismo y demás prácticas ocultistas, las cuales acompañan a toda gran guerra.

Aunque el número de 1919 estaba formado principalmente por contribuciones de compañeros de afición de Lovecraft, un par de editoriales de éste revelaban que aún mantenía sus ideas patrioteras y ultracapitalistas. «La liga» es un burlesco ataque al nuevo intento de Sociedad de Naciones:

> Infinita es la credulidad del espíritu humano. Acabado de atravesar un período de indescriptible devastación ocasionada por la rapacidad y perfidia de una nación en la que se ha confiado imprudentemente, y que ha cogido a la civilización desarmada y desprevenida, el mundo se propone una vez más adoptar una política de dulce confianza, y depositar su fe nuevamente en esos imponentes «pedazos de papel» conocidos como pactos y tratados… La guerra, cuya reducción es el declarado objeto de la pretendida liga, es algo que no puede abolirse jamás enteramente. Debe contarse siempre con la manifestación natural de instintos inherentes tales como el odio, la codicia y la combatividad…

Para hacer justicia a Lovecraft, la Sociedad de Naciones resultó tan ineficaz como él predijo. El otro artículo de Lovecraft, «Bolchevismo», adopta un tono agorero:

> (La tendencia más alarmante observada en estos tiempos es el creciente desprecio por las fuerzas establecidas de la ley y el orden. Ya se halle o no estimulado por el pernicioso ejemplo de la chusma rusa subhumana, el elemento menos inteligente del mundo parece animado por un vicio especial, y muestra síntomas como los de una manada al borde de la estampida. Mientras los pesados políticos predican la paz universal, los anarquistas de pelo largo predican un levantamiento que pretende nada más y nada menos que un retorno al salvajismo o a la barbarie medieval…)[142].

Si no conociéramos más que esto de él, podríamos imaginarnos al autor de estas palabras como un magnate anciano y robusto, de pie ante la ventana de su club, observando a la multitud de la calle y lamentando la falta de radicalismo de todos los presidentes de los Estados Unidos desde William Mckinley.

El periodismo aficionado enseñó muy poco a Lovecraft sobre el arte de escribir, ya que estaba muy por encima de la mayoría de los aficionados en lo que respecta a literatura. Sí le dio, en cambio, algo que necesitaba desesperadamente: un círculo de amigos. Los periodistas aficionados le escribían para enviarle colaboraciones para su periódico o para discutir cuestiones sobre sus actividades de aficionados. Muchos de estos corresponsales llegaron a ser colegas; algunos como Colé, Cook, Daas, Houtain y Kleiner visitaron al recluso de Providence.

Cuando Cook apareció por casa de Lovecraft, en otoño de 1917, éste se quedó sorprendido al principio ante «el anticuado sombrero hongo, ropas holgadas, espantosa corbata, cuello amarillento, pelo desgreñado y manos no demasiado inmaculadas» de su visitante. Pero pronto decidió que la enciclopédica conversación de Cook suplía con mucho su falta de esmero. Lovecraft le dio permiso para imprimir su *Conservative*.

A Susie Lovecraft no le gustó Cook, pero le tomó afecto a otro visitante: Rheinhart Kleiner (1829-1949), un brooklinés larguirucho y peludo que trabajaba de tenedor de libros en la Compañía Fairbanks Scale, entre otros oficios, y que más tarde hizo de juez de paz. Kleiner conoció a Lovecraft en 1916, cuando él y otros aficionados se dirigían a Boston para asistir a una convención. Cogieron el barco hasta Providence y de allí siguieron en tren. Alguien telefoneó a Lovecraft, y éste acudió a la estación a recibirles. Kleiner contaba:

«Tenía aún el aspecto joven, y, según me pareció, causaba buena impresión. Lo que me sorprendió fue su extremada formalidad en los modales, y la manera tan cumplida de dirigirse a nosotros…».

Al año siguiente, Kleiner visitó a Lovecraft:

> Fui recibido en la puerta del 598 de Angelí Street por su madre, que era una mujer de estatura ligeramente por debajo de la media, con el cabello un poco gris… Se mostró muy cordial y hasta alegre, y un momento después me condujo a la habitación de Lovecraft. En aquella época él aún no había superado cierta rigidez de modales …
>
> Observé que a cada hora más o menos aparecía su madre por la puerta con un vaso de leche, que Lovecraft se bebía. Me preguntaron si quería una taza de té, pero llevaba un rato notando demasiado calor en la habitación, y me pareció oportuno sugerir que saliésemos a dar una vuelta. Baste decir que la habitación en la que nos encontrábamos era muy pequeña y tres de sus paredes estaban tapizadas de libros, viejos en su mayoría.

Aunque Lovecraft decía que no le interesaban los libros raros en sí mismos, había heredado una impresionante colección ancestral de periódicos encuadernados del siglo XVIII; tenía unos cien libros publicados antes de 1800, incluidos varios del siglo XVII y uno de 1567. Su ejemplar más valioso, decía, era una edición del *Magnalia Christi Americana* de 1702, de Cotton Matheer.

> En la pared próxima a su mesa había pequeños retratos de Robert E. Lee, Jefferson Davis y uno o dos más. Un calendario colgaba en la pared, directamente sobre su mesa; era el *Farmer's Almanac*, con el que estuvo familiarizado durante muchos años.

Coleccionar el *Farmer's Almanac* fue una de las inveteradas aficiones de Lovecraft, quien llevó a Kleiner a una de las excursiones de interés arqueológico por las que llegó a ser conocido. Caminaron durante millas por Providence, mientras Lovecraft le iba mostrando edificios y contándole su historia y arquitectura.

> De regreso a su casa, y cuando aún estábamos en las afueras,

> sugerí que nos detuviésemos en una cafetería a tomar un café. Accedió, pero él tomó leche, y me miró mientras yo pedía café con un bollo, o posiblemente pastel, con cierta curiosidad. Se me ocurrió que esta visita al bar —que era de lo más modesto— podía representar una clara infracción de sus hábitos usuales …
>
> (Siempre me ha parecido que los instintos fundamentales de Lovecraft eran enteramente normales. Alejado de la atmósfera represiva y morbosa de su casa y de los cuidados de su madre y sus tías, revivía asombrosamente. Además, tenía una gracia especial para hacerse querer)[143].

Años después, Lovecraft decía que no le gustaba la leche, a menos que fuese con café o cacao. Asimismo bebía grandes cantidades de café, aunque también tomaba Postum y demás sucedáneos con igual satisfacción.

En 1914, Daas, que había reclutado a Lovecraft para el periodismo aficionado, le puso en contacto con Maurice Winter Moe (1882-1940). Moe enseñaba inglés en la escuela secundaria, primero en Appleton y, a partir de 1920, en Milwaukee. Era un hombre culto, un semitista que leía la escritura cuneiforme, y también devoto presbiteriano y anciano de su iglesia.

Moe presentó a H. P. L. por carta a dos amigos más. Uno fue Ira A. Colé, el vaquero poeta de Kansas. El otro era uno de los antiguos alumnos de Moe, un joven alto, seco, arrugado, intelectual, llamado Alfred Galpin (n. 1901).

Otro amigo era James Ferdinald Morton (1870-1941). Morton, natural de Littletown, Massachusetts, era, como Lovecraft, de vieja familia de Nueva Inglaterra, nieto del Rev. Samuel Francis Smith, compositor de la letra de «América». Morton era bajo, fornido, con un pelo espeso y rojizo, tirando a gris, y llevaba bigote. Entre sus pequeñas excentricidades estaba el llevar sombrero de fieltro corriente con la copa levantada, como el sombrero hongo. Graduado en Harvard, Morton había trabajado como reportero y luego se había convertido en conferenciante profesional. La Junta de Educación de Nueva York le había contratado recientemente para

dar clases, y daba genealogía profesional en ese sentido.

(Como Lovecraft, Morton era un hombre de erudición prodigiosa, de costumbres sobrias, y con muchas aficiones y entusiasmos. Entre éstos estaban el periodismo aficionado, la genealogía, la mineralogía, los acertijos, los derechos de los negros, y el movimiento proimpuesto Simple de Henry George. Los dos últimos indujeron al ultraconservador Lovecraft a describir a Morton como alguien que «ha desperdiciado un magnífico cerebro en estupideces extremistas»)[144].

Finalmente, estaba Sam Loveman, joven librero de Cleveland que había sido activo en el periodismo aficionado hacia 1907, pero lo había abandonado. Un poco mayor que Lovecraft, Loveman era bien parecido, pese a sus orejas grandes y su calvicie prematura. Originalmente preparado para tenedor de libros, sirvió en el ejército de los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, en el curso de la cual su esposa murió de parto. Tenía un considerable talento poético, con una inclinación por los temas clásicos griegos. Su verso colorista y musical, que Lovecraft admiraba desde 1915, tiende hacia lo sensible y sentimental, lleno de mariposas, flores y lágrimas. El poema *Bacchanalia* (dedicado a Lovecraft, el mayor enemigo de las bacanales), empieza:

> *Llena la botella el vendimiador,*
> *que estruja las uvas en el borde;*
> *el joven lord se afloja el chaleco señorial,*
> *las violetas ornan sus sienes y su pecho*
> *y el festín es todo suyo,*
> *es todo suyo.*

Desde que le trató por primera vez, Lovecraft encontró a Loveman simpático. Loveman había dejado caducar su pertenencia a la uapa, y Lovecraft escribió a Kleiner:

«Loveman se ha reinscrito en la United por mí. Judío o no, me siento orgulloso de ser su fiador… Sus dotes poéticas son del más alto grado… Su variedad de ideas, facilidad de expresión, y su cantidad de conocimientos clásicos e históricos le sitúan en primera línea». (En otro momento, llamaba

a Loveman «glorioso pagano… y judío de raza»)[145].

Esta amistad fue una de las cosas más contradictorias de la paradójica vida de Lovecraft. Cuando conoció a Loveman en Nueva York en 1922, escribió: «Loveman es absolutamente encantador: refinado, delicado, sensible y estético; aunque hace lo posible por ocultar sus predilecciones artísticas bajo un exterior modesto de vulgar camaradería… Su modestia es increíblemente extrema… Loveman convierte el lenguaje en música, línea, color[146]».

De todos sus amigos, Lovecraft mostró el mayor afecto hacia Loveman. Al mismo tiempo, como reveló en su fricción con Isaacson, alimentó la judeofobia, común entre los americanos viejos de su generación, igual que el gran Henry Adams. Durante su veintena y treintena (pese a los esfuerzos de August Derleth por disimularle los defectos) esta fobia se convirtió en odio declarado. Escribía alabando profusamente la inteligencia, el honor y demás virtudes de Loveman, y al mismo tiempo difamaba a los judíos en general. Hay una carta en la que invierte los habituales argumentos en pro de la tolerancia étnica:

> Nada hay tan estúpido como la afectada trivialidad del obrero idealista social que nos dice que deberíamos excusar la repulsiva psicología del judío porque nosotros, al perseguirle, somos en cierto modo responsables de ella. Eso es una tontería… Despreciamos al judío no sólo por los estigmas que nuestra persecución ha producido, ¡sino porque su deficiente fuerza vital, por su parte, nos ha permitido perseguirle! ¿Imagina alguien por un momento que una raza nórdica pudiese ser derrotada durante dos milenios por sus vecinos? ¡Dios! ¡O moriría luchando hasta el último hombre, o se alzaría en armas y barrería a sus supuestos perseguidores de la faz de la tierra! Y es porque los judíos se han dejado asignar un papel futbolístico por lo que les odiamos instintivamente. Observad cuánto mayor es nuestro respeto por sus parientes semitas los árabes, que *tienen* tanto ánimo y lo manifiestan con coraje…, cosa que emocionalmente comprendemos y aprobamos.

De haber vivido Lovecraft lo bastante para presenciar las guerras árabe-israelíes del último cuarto de siglo, habría encontrado la experiencia aleccionadora. Echaba mano de un pretexto insólito para justificar el odio a los judíos: que eran responsables del cristianismo —como herejía judaica —, y que el cristianismo había destruido el paganismo clásico, que Lovecraft admiraba.

Hoy semejantes opiniones situarían a un hombre en el bando lunático de la derecha, aunque la Nueva Izquierda ha armado alboroto recientemente en relación con el «sionismo imperialista». En las décadas de 1910 y 20, sin embargo, tales concepciones eran corrientes entre los gentiles americanos. Entonces no tenían la siniestra connotación que ahora tienen, después de lo de Auschwitz y Dachau.

A pesar de su autoimagen de pensador objetivo, fríamente analítico, Lovecraft jamás aprendió a distinguir el hecho objetivo de la reacción subjetiva. Si uno dice que X es «bueno, justo, hermoso, noble», o «malo, perverso, feo, ruin», no dice nada significativo sobre X. Se limita a exponer sus propias actitudes respecto a X. Cuando Lovecraft calificaba la cultura judía (de la que no sabía prácticamente nada) de «repulsiva[147]», no estaba haciendo una declaración real sobre los judíos. Simplemente expresaba sus emociones con respecto a lo que imaginaba que era la cultura judía. Al parecer, no cayó en la cuenta de que algunos rasgos de esta cultura, como la sobriedad, el puritanismo sexual, la pedantería, y un humor retorcido que se burla de sí mismo, eran precisamente cualidades suyas.

Cuando Lovecraft trabó íntima amistad con Sonia Greene, le preguntaba a veces, sorprendido, cómo podía mostrar nadie las excepcionales virtudes de Loveman, y sin embargo, ser judío. Hacía lo que suelen hacer frecuentemente los que abrigan fuertes prejuicios raciales para justificar su parcialidad. Habiendo decidido rechazar a un grupo étnico, cuando encuentran a un miembro odioso de dicho grupo dicen que es «representativo» de todo el grupo. Y cuando encuentran a otro al que no pueden por menos de admirar y querer, dicen que debe de ser una rara excepción.

La mayoría de los escritores son, creo, menos etnocéntricos que el hombre corriente, debido a que sus lecturas les han aportado muchos puntos

de vista. Esto es especialmente cierto en los escritores de ciencia-ficción. Después de afrontar el problema de los hombres-arañas de Sirio, ningún ser humano parece extraño. Sin embargo, Lovecraft siguió escribiendo con este talante xenofóbico durante casi veinte años, mucho después de que la mayoría de los intelectuales americanos abandonaran tales actitudes. Hasta su última década, no modificó significativamente sus opiniones.

Como resultado de su creciente número de conocidos, la correspondencia de Lovecraft aumentó fantásticamente. Se ha calculado que escribió por lo menos 100.000 cartas, lo que totaliza como mínimo diez millones de palabras. Sólo sus cartas a Clark Ashton Smith representan unas 40.000 palabras al año. Normalmente mantenía correspondencia al mismo tiempo con un número de personas que oscilaba entre cincuenta y cien; ésta incluía cierto número de señoras mayores para quienes su personificación de filósofo omnisciente era de lo más cabal. Escribía de ocho a diez cartas diarias; cuando se rezagaba, elevaba la cifra a quince. La mayoría de las cartas tenían de cuatro a ocho páginas, pero algunas alcanzaban las sesenta o setenta páginas.

Lovecraft trataba de contestar a todas las cartas que recibía en el mismo día; una demora de más de una semana o dos en contestar provocaba en él abundantes excusas. De ahí que la mitad de su tiempo de trabajo lo emplease en cartas. Se daba cuenta de que esta inmensa correspondencia le absorbía un tiempo que podía emplear más provechosamente. A menudo trató de reducir este volumen, pero jamás lo logró. Un caballero, se lamentaba, *no podía* sencillamente ser tan grosero como para contestar brevemente, tarde, o dejar sin respuesta una carta amistosa.

Lovecraft daba otros pretextos para escribir cartas: no tenía amigos en Providence, decía, de modo que las cartas eran su sustitutivo de vida social. Escribió: «… el trato epistolar sustituye para mí ampliamente a la conversación, ya que mi estado de postración nerviosa se hace cada vez más agudo. No puedo soportar hablar mucho ahora…» «… una persona aislada necesita la correspondencia para saber cómo ven sus ideas los demás, y precaverse así contra los dogmatismos y extravagancias de la especulación

solitaria y no corregida…». Decía que, por muchas veces que viese a un hombre, jamás consideraba que le conocía realmente hasta que se había escrito con él[148]. Pero cuando vivía en Nueva York, y tenía un grupo de buenos amigos allí, siguió manteniendo su obligada correspondencia.

Posteriormente, Lovecraft tuvo un discreto número de amigos íntimos, de cuya compañía gozó, hasta cierto punto al menos. Con la gente en general, sin embargo, prefería la correspondencia al contacto personal. Durante años se escribió con Bertrand K. Hart, director literario del *Providence Journal*; pero cada vez que Hart trataba de hablar con él, Lovecraft encontraba algún pretexto para no verle. Al parecer, su timidez le hacía temer encontrarse incluso con el más afable desconocido, mientras que no mostraba inhibición de ningún género escribiendo.

El hecho es que a Lovecraft le gustaba escribir cartas y no se imponía ninguna disciplina en relación con el tiempo. A pesar de su admiración por la época barroca, jamás tomó en serio las palabras de uno de los grandes cultivadores del género epistolar, el cuarto conde de Chesterfield:

> No hay nada que más desee que conozcáis, y que muy poca gente sabe, que el auténtico empleo y valor del tiempo… nadie malgasta su tiempo, sin oír y ver, diariamente, cuán necesario es emplearlo bien, y cuán irrecuperable es si se pierde… Conocí a un caballero que era tan buen administrador de su tiempo, que no desperdiciaba ni esa pequeña parte que la llamada de la naturaleza le obligaba a pasar en el excusado; sino que gradualmente fue conociendo a todos los poetas latinos en estos momentos[149].

Cuando Lovecraft se volvió viajero, siguió manteniendo su correspondencia. Escribía postales con una letra diminuta, casi ilegible, que cubría no sólo toda la zona de escritura de la cara posterior de la postal, sino casi toda la sección reservada a las señas, dejando apenas sitio suficiente para la dirección. Los exasperados empleados de correos imponían la tarifa de carta, añadiendo los correspondientes sellos, a las postales de Lovecraft.

De papelería, solía utilizar cualquier cosa a mano. Cuando visitaba un hotel, se servía del papel con su membrete. Empleaba incluso el dorso de

las cartas que recibía, que él raramente guardaba o conservaba.

En las señas cuidaba siempre de poner el «Esq», en vez del simple «*Mr*.». En el encabezamiento, Lovecraft saludaba al principio formalmente a su corresponsal; como «Dear *Mr*. Bloch». Cuando conocía mejor al hombre, a veces se dirigía a él por el apellido tan sólo, a la manera británica: «Querido Bloch» o por sus iniciales: «Querido A. W.», por August W. Derleth. Más tarde podía utilizar una trascripción fonética del nombre o iniciales del destinatario: «BhoBlók» por Robert Bloch. El sólido nombre anglosajón de Clark Asthon Smith se convirtió en «Klarkash-Ton», lo que parece propio del planeta Yuggoth.

Lovecraft ideó apodos fantásticos para sus amigos. A veces se limitaba a latinizar los nombres: «Mortonius» para Morton, y «Belknapius» por Frank Belknap Long. Otros eran «Bob Dos Pistolas» para Robert E. Howard de Texas; «Malik Tawus» o «el Sultán Peacock» para E. Hoffman Price, escritor de relatos orientales; «M. le Comte d'Erlette» para Derleth; «Jonckeer» para Wilfred B. Taiman, de ascendencia holandesa; y «Sátrapa Pharnabazus» (gobernador persa de los tiempos de la Grecia clásica) para Farnsworth Wright, editor de *Weird Tales*.

Con los compañeros colaboradores de *Weird Tales*, Lovecraft utilizaba títulos imaginarios en vez de los usuales remites y fechas. Así encontramos fechas que empiezan: «Tumba 66: Necrópolis de Thun. Hora de la agitación de los chirridos Inferiores»; o «Ruinas Innominadas de Lah; hora del Resplandor Vacilante en torno a la Torre Sellada»; o «Kadath de la Inmensidad Fría: Hora de las Alimañas Descarnadas». Esto complica el trabajo del biógrafo de fechar las cartas.

Cuando Lovecraft terminaba una carta, podía firmarla con «Muy cordial y sinceramente suyo, H. P. Lovecraft». Con los íntimos, utilizaba el dieciochesco «Yr. Obt. Servt., H. P. L.», o alguna firma en broma, como «Hache-Pe-Ele» o «Abuelo Theobald». En algunas de sus primeras cartas, adoptaba el estilo del siglo XVIII con asombrosa fidelidad:

> E. Shernian Colé, Efq.,
> Eaft Dedham. Mafs.

My dear *Sir*:

I beg to aknowledge with gratitude y$^{r}$ favour of the 14th ult., & to exprefs muy regret at y$^{e}$ tardinefs of my reply …

Otras están llenas de *slang*, juegos de palabras, y demás *jeuxd' esprit*. Estas cartas son cultas, encantadoras (salvo cuando desvariaba), fascinantes, y —especialmente para un hombre que se preciaba de una reticencia aristocrática— muy autorreveladoras. Se pueden seguir sus triunfos y desastres casi día a día. Diserta sobre antropología, arquitectura, astronomía, cosmología, estética, literatura, religión, ciencia, sociología y viajes. Siempre se encuentra uno con disquisiciones eruditas sobre cuestiones insólitas: ¿cuál era la lengua de los pueblos de Inglaterra después de la retirada de las legiones romanas? ¿Por qué los relojes tienen «IIII» por «cuatro», en vez de «IV»? ¿Cuándo dejaron de llevar peluca los hombres del siglo XVIII?

En 1916, Moe propuso que él, Ira Colé, Lovecraft y otro más, formasen un círculo corresponsal por turno. Lovecraft instó a Kleiner para que entrase como cuarto miembro y lo llamó el club Kleicomolo, con las primeras sílabas de los nombres de los miembros. La carta colectiva iba: Cole-a-Moe-a-Kleiner-a-Lovecraft-a-Cole. Como cada uno recibía por turno el envío, él quitaba su carta anterior y añadía una nueva antes de enviar el paquete al siguiente.

El Kleicomolo floreció durante dos años. Luego Colé fue convertido por un predicador Evangelista, oyó voces, se hizo predicador Holy Roller[150], y abandonó el periodismo aficionado. Al dejarlo Colé, Lovecraft reclutó a Galpin en su lugar, y el club se llamó el Gallomo. Kleiner y Moe, sin embargo, lo dejaron muy pronto.

En 1918, hablaron a Lovecraft de un resurgimiento de la actividad de la prensa aficionada británica. A través de un aficionado británico llamado McKeag, se adscribió al British Amateur Press Club. En 1921 se había organizado un círculo corresponsal anglo-americano entre periodistas aficionados, llamado Transatlantic Circulator. Utilizó a este grupo como

caja de resonancia para sus primeros relatos, enviando sus manuscritos al círculo pidiendo que los criticasen.

Cuando algunos miembros se metían con uno de los relatos de Lovecraft, él enviaba una larga carta con el siguiente, defendiendo su género. Proclamaba que no escribía sobre gente ordinaria porque no le interesaba. No escribía para las masas, y se sentía satisfecho con que sus obras gustasen a unos cuantos lectores escogidos. En septiembre de 1921, se despidió del grupo.

De este modo, adoptó la costumbre, que perduraría en él toda su vida, de enviar sus trabajos a los amigos para que los comentasen, antes de venderlos. Para un escritor novel, es un procedimiento perfecto, si encuentra a un amigo Cándido, entendido, y que también esté haciendo su aprendizaje literario.

Un escritor que somete de este modo un manuscrito debe aceptar la crítica gallardamente y no consentir que ésta le perturbe indebidamente. Lovecraft aprendió a no rebatir, pero jamás aprendió a no consentir que la crítica lo desanimase. Cada relato lo enviaba a una docena de amigos; luego, si no gustaba a uno de ellos, se hundía en letárgica desesperación y hablaba de abandonar por completo la literatura.

Para soportar estas decepciones del oficio, el escritor necesita tenacidad, alegría, y un aceptable grado de egocentrismo. Lovecraft carecía de todo esto. Era tonto seguir enseñando sus manuscritos, ya que en plena madurez sabía él más sobre técnicas literarias que sus amigos; pero H. P. L. no aprendió nunca. A pesar de que decía que era una insensible máquina pensadora, seguía siendo un hombre impresionable e hipersensible, con un ego frágil, puerilmente deseoso de que le alabasen y a quien apabullaba completamente la censura.

Las cartas de Lovecraft durante 1915-21 contienen los mismos argumentos de nacionalismo, militarismo, arianismo, y prohibición del alcohol que aparecían en sus editoriales, y las mismas invectivas contra los gentiles: «… los extranjerizados suburbios donde impera la mugre hebrea, italiana y franco-canadiense». Las cartas también exponen la concepción

filosófica de Lovecraft. Jamás se desvió del ateísmo que había abrazado desde su niñez:

> Me temo que todo el teísmo consiste mayormente en un razonar en círculo, y adivinar o inventar lo que no sabemos. Si Dios es omnipotente, entonces ¡¿por qué escogió este pequeño período y mundo para su experimento con la humanidad?![151]

Sin embargo, Lovecraft no condenaba completamente la religión organizada. Como el geógrafo Estrabón y Nicolás Maquiavelo, creía que la religión, aun siendo falsa, desempeña una función útil al confortar y dirigir a los Cándidos. Era uno de «los pequeños e inofensivos fingimientos por el que podemos llegar a convencernos de que somos felices…». «Sean cuales sean los defectos de la iglesia, hasta ahora jamás ha sobrepasado ni se ha aproximado a la categoría de agente promotor de virtud». «El honrado agnóstico mira la iglesia con respeto por lo que ha hecho en la dirección de la virtud. Incluso la defiende si es magnánimo… No niego ni subestimo los efectos beneficiosos del cristianismo, aunque reconozco cándidamente que son supravalorados[152]».

Carente de toda creencia sobrenatural, la filosofía de Lovecraft era un inutilitarismo urbano y materialista, incongruentemente combinado con un ascetismo austero de conducta personal. Defendía este puritanismo ateo como «artístico». Dado que «nuestra raza humana es sólo un trivial incidente en la historia de la creación», y «dentro de unos cuantos millones de años desaparecerá totalmente el género humano», no deberían tomarse en serio los asuntos de los hombres. «Con Nietzsche, me he visto obligado a confesar que la humanidad en su conjunto carece de objeto o finalidad… Lo que el hombre debería buscar es el placer de la imaginación no-emocional: los placeres de la pura razón, tal como se encuentran en la percepción de las verdades».

Mantenía la ficción de que él mismo estaba exento de emociones: «Estoy seguro de que yo, que apenas sé qué es una emoción… me siento mucho menos turbado que el que busca constantemente nuevas

sensaciones…»[153]. Hamlet, decía, no estaba loco ni era neurótico. Lo que pasaba con Hamlet era simplemente que se había dado cuenta de la superfluidad de todos los asuntos humanos y por tanto ya no se sentía motivado para emprender ninguna acción, buena o mala.

Pocos aspectos del pensamiento Lovecraftiano proporcionan un blanco más claro para el ridículo que su militarismo de sillón. Desde la seguridad de su madriguera de Providence, lanzaba ferozmente bravatas y amenazas sedientas de sangre:

> … la decadente cobardía es responsable de la propagación de las ideas pacifistas. La paz es el ideal de una nación moribunda, de una raza quebrantada …
>
> … ¿seremos alguna vez como las mujeres, que prefieren el castrado silbato de un árbitro al vigoroso grito de guerra de un guerrero de ojos azules y rubia barba? ¡El único poder sano en el mundo es el poder de un brazo derecho velludo y musculoso!
>
> Soy naturalmente nórdico: un homicida pálido y fornido de los bosques escandinavos o germánicos del norte, un vikingo, un frenético asesino, un ladrón depredador de la sangre de Hengist y Horsa, un conquistador de celtas y mestizos y fundador de imperios, un hijo del trueno y de los vientos árticos, hermano de los hielos y la aurora, un bebedor de sangre de enemigos en los cráneos recién arrancados …[154]

Entretanto, este hombre inepto, incapaz, y muy poco atlético, llevaba la vida más retirada, inactiva, morigerada y pacífica imaginable (dejó de despreciar a los celtas cuando se enteró de que uno de sus propios antepasados se había llamado Casey). La inactividad no era, sin embargo, de su entera responsabilidad.

Agobiado por su inutilidad, Lovecraft hizo un serio esfuerzo por escapar de los mimos de su madre. El 6 de abril de 1917, los Estados Unidos declararon la guerra al Imperio Alemán. Al mes siguiente, Lovecraft acudió

a alistarse en la Guardia Nacional. Pasó el reconocimiento médico callándose su historial médico y fue aceptado como soldado de artillería de la costa.

Cuando Susie se enteró, «la noticia casi acaba con ella». Hubo escenas; y entre ella y el médico de la familia persuadieron al Ejército para que se anulase su alistamiento. Cuando fueron apareciendo las quintas, Lovecraft escribió: «Mi madre ha amenazado con llegar a donde sea, legalmente o no, si no revelo todos los males que me incapacitan para el ejército».

Cuando llegó el interrogatorio, Lovecraft lo discutió con el jefe de reclutamiento local. Conocedor del historial de Lovecraft, este médico, amigo de la familia y pariente lejano, dijo que se le clasificase como V. G.: inútil total. Cuando Lovecraft protestó, el médico dijo que no creían que pudiese soportar la vida militar; de manera que el consejo no le aprobó. Lovecraft escribió con tristeza:

> Si mi salud me hubiese respondido, creo que habría llegado al menos a oficial no comisionado, pues me proponía estudiar lo que fuese necesario. Medio creía que si podía resistir lo suficiente, llegaría a obtener alguna misión… Pero supongo que, como dijo el doctor, no tengo una idea real de lo que debe soportar físicamente un soldado aun en la tienda más cómoda o en el cuartel. En cualquier caso, decidí que un hombre que no puede permanecer en pie todo el día como civil no tiene exactamente madera de general[155].

No se sabe cómo le habría sentado un verdadero alistamiento. Como decía Lovecraft: «O me habría muerto, o me habría curado». Evidentemente, padecía enfermedades psicosomáticas; y en las dos guerras mundiales, el ejército proporcionó descargas medicinales a miles de reclutas con afecciones parecidas. Por otra parte, los buenos soldados están hechos de un material igualmente inverosímil; y Lovecraft, como decía Kleiner, florecía asombrosamente cuando se libraba del dominio de su madre y de sus tías.

De este modo, mientras dos millones de americanos vistieron uniforme hasta el final de la Guerra, el pobre Lovecraft se quedó, sintiéndose más

«inútil» y «desolado» que nunca. Habría intentado ingresar en el cuerpo sanitario, cuyas condiciones físicas requeridas eran inferiores, «de no ser por la casi frenética actitud de mi madre, ¡qué me hace prometer cada vez que salgo de casa que no volveré a intentar alistarme!»[156]. Por lo visto no se le ocurrió que, puesto que era mayor de edad, su madre no tenía poder para «obligarle» a hacer nada. Y así terminó la carrera de Lovecraft como guerrero, nórdico o no.

# 8. CABALLERO CORRECTOR

*In fact, Penniless Edgar [Poe] lived his life in one rôle especially bitter in a country like ours, where despite the magnitude of the star under which we are born, status is thought to be achieved rather than prescribed. That rôle is the Disinherited Aristocrat. Especially bitter, yet especially attractive too. How many Americans have found, in the face of their personal failures (in business, in love, in life) a great consolation in the knowledge that, were truth and justice seen to, they would be acknowledged as —the Lost Dauphin of France; or Napoleon; or the true Earl of Renwick; or the rightful McLeod of Skye*[157]

DANIEL HOFFMAN

TRAS ser rechazado por el ejército, Lovecraft descubrió que, efectivamente, le quedaba algo por qué vivir: su periodismo aficionado. Se tomó la afición en serio, ya que le brindaba la posibilidad de ejercitar su inclinación literaria de manera distinguida, y no comercial.

Desde 1915 a 1925, publicó más de cien ensayos y artículos en periódicos aficionados, incluido su propio *Conservative*. Un verso típicamente anglofilo, *Britannia Victoria*, empieza:

*Cuando la Justicia, desde la bóveda del cielo,*

*contempló la caída de la noche romana,*
*mandó erigir un reino más noble*
*que gobernase el mundo y guardase el derecho:*
*habló ella, ¡y todo el mar rumoroso*
*saludó con júbilo el reino de Britannia!*

Cuando apareció este poema en *The Inspirator*, en abril de 1917, los ingleses, que sufrían una situación apurada en Francia, necesitaban todo el aliento que se les pudiera prestar. Lovecraft compuso también una «Canción a la Sobriedad», cuya primera estrofa dice:

*Somos un grupo de hermanos*
*que hostiga al demonio del Ron*
*con fuerza, para que al fin*
*venga otro tiempo mejor.*

*(coro).*
*¡Hurra! ¡Hurra a la sobriedad!, ¡hurra!*
*¡Es dulce pensar que la bebida mortal*
*un día desaparecerá*[158]*!*

Este verso no sonaba en la década de 1910 tan estúpido, como sonaría después, cuando «el experimento de noble motivo» se reveló desastroso. Los partidarios de la prohibición hacían promesas lisonjeras aunque plausibles de que, si se suprimían nacionalmente las bebidas alcohólicas, nos volveríamos todos sanos, ricos y sensatos de la noche a la mañana.

Si Lovecraft no cobraba estas colaboraciones de aficionado, al menos se las imprimían, y se daba a conocer así fuera del círculo de su propia familia. Por lo demás, parece que nunca pensó en que se las pagaran. Cuando alguien sugería que lo que él buscaba eran salidas comerciales para sus escritos, Lovecraft se sentía aristocráticamente ofendido. Cómo, ¿un caballero pedir *dinero* por el producto de su arte recreativo? «Yo escribo sólo por placer», decía, y «si algunos de mis amigos disfrutan con mis efusiones, con eso me siento recompensado».

Como resultado de sus trabajos de periodismo aficionado, Lovecraft se convirtió muy pronto en una de las figuras más conocidas de este reducido campo. En julio de 1917, la uapa (o más bien la facción de Cole-Hoffman) celebró su convención en Chicago. Allí eligieron a Lovecraft, que había sido ya vicepresidente, para la presidencia. Lovecraft no estaba allí; de hecho, jamás había asistido a una asamblea.

Lovecraft debió de alegrarse, evidentemente. Sin embargo, una vez asumido el cargo, sufrió la desilusión que acompaña a la mayoría de estos puestos: el torrente de trabajo periodístico, las quejas a las que hay que contestar, los ataques entre las facciones, la interminable recogida de datos.

Por ejemplo, el presidente tenía que escoger a un jurado entre los miembros. Este jurado concedía anualmente el título de «laureado» a los aficionados que, a su juicio, habían publicado las mejores revistas o habían escrito los mejores artículos, relatos y poemas. Tal disposición fomentaba el politiqueo y las acusaciones de partidismo y favoritismo.

No tardó en sentirse Lovecraft «cansado y aburrido» de sus nuevas obligaciones, pero no abandonó. También decidió unirse a la rival napa, aunque sabía que sentaría mal a algunos de los miembros más partidarios de la uapa.

Lovecraft se alegró cuando, en 1918, le sucedió Kleiner, mientras que él se convertía en presidente del equipo de directores. Durante los cinco años subsiguientes a la muerte de Helene Hoffman Colé, ocurrida el 25 de marzo de 1919, Lovecraft siguió siendo el principal espíritu motor de su facción de la uapa.

En 1919, cansado de política bizantina y tempestades de té, declaró que estaba «harto del periodismo aficionado», que sólo le había reportado «desaires e insultos». Repitió esta amenaza varias veces durante la siguiente década, pero —al igual que sus promesas de cortar su correspondencia— no la llevó a efecto. De hecho, cuando el presidente de la napa para 1922-23, William B. Dowdell, dimitió de su cargo a mitad del período, Lovecraft se dejó elegir presidente de la napa para completar la etapa de Dowdell.

En 1920, siendo Alfred Galpin presidente de la facción de Lovecraft de la uapa, Lovecraft se convirtió en director oficial de ese grupo y conservó el puesto durante cinco años. Al dejar su activo trabajo para la facción, en

1925, el grupo murió en seguida de muerte natural.

Ahora Lovecraft empezó a experimentar con otras clases de literatura. No abandonó del todo sus pareados georgianos; uno de sus últimos esfuerzos fue un poema narrativo de diez páginas, *Psychopompos*, que compuso en 1917-18. Es un cuento de hombre-lobo convencional, y empieza:

> *En la antigua Auvernia,*
> *cuando eran pobres y escasas las escuelas,*
> *y el campesino imaginaba lo que apenas conocía,*
> *cuando señores y nobles evitaban la corte*
> *y se encerraban en sus castillos solitarios,*
> *vivía un hombre de rango, cuya fortaleza se alzaba*
> *en la luz crepuscular de un bosque venerable…*

No obstante, llegó a estimar cada vez menos su labor en este género. Al registrar los setenta y siete poemas publicados hasta abril de 1918, comentó: «Qué mezcolanza de basura mediocre y miserable»[159].

Esta desilusión le impulsó finalmente a abandonar los convencionalismos dieciochescos. Kleiner le animó a probar un verso ligero. El resultado fue el divertido poema, *El Poeta de Pasión*:

> *Observad al dulce poeta con amorosa pluma*
> *gastar media hoja en vaga inspiración.*
> *No le creáis ebrio ni le imaginéis enfermo*
> *si llora la hora desolada de su corazón:*
> *es parte de su oficio enloquecer por una joven*
> *en cuyo bello rostro jamás puso los ojos;*
> *y la pasión ardiente que tanto suena,*
> *mañana le dará en Grub Street dos o tres libras*[160].

Esta burla de la poesía amorosa habría tenido más gracia si viniera de alguien que hubiese mostrado intereses sexuales normales.

Dado que hasta entonces Lovecraft jamás había estado enamorado, el poema parece más bien una racionalización de sus propias debilidades; en otras palabras, un caso de uvas verdes.

Unos años más tarde, sin embargo, publicó un inequívoco poema amoroso (si bien levemente humorístico). Apareció en *The Tryout*, en enero de 1920, bajo seudónimo: *A Filis* «con la más humilde excusa a Randolph St. John, Gent.», de «L. Theobald, Jun»:

> ¡Ah, Filis!, si yo gastase el arte
> de mis versos, que en vano entrego
> a locos fines y designios, en ganar tu corazón
> y las prendas que me hacen tu esclavo;
> si ese fervor que abundante derramo
> suplicase a tus pies en humilde rima,
> y el blando calor con que mi alma adora
> se conservase en números para el aplauso del Tiempo,
> si todo el afecto, dedicado a ti sola,
> lanzase mi imaginación a poéticos vuelos:
> llenando mi cerebro de pasiones extrañas,
> y haciéndome flotar en líricas alturas;
> los escasos laureles de esta débil pluma,
> créeme, criatura, ¡serían más escasos todavía!

Esta pequeñez da que pensar: ¿era un mero ejercicio literario, como lo fue anteriormente *Laeta: un lamento*? ¿O había mirado con ojos de besugo a alguna joven, y le había faltado valor para acercarse a ella abiertamente? ¿Sería su colega periodista y cliente Winifred Virginia Jackson, con quien tuvo —según él— una estrecha amistad? Pero quién fuera «Filis», o si llegó a existir en realidad, es cosa que probablemente nunca sabremos.

Tratando de escapar de su poética prisión dieciochesca, Lovecraft escribió también bastantes versos a imitación de Poe. Los únicos poetas del diecinueve de algún valor para él eran Poe y Swinburne, y al que más

altamente consideraba era a Poe. Uno de sus pastiches poescos fue *Némesis*, que empezaba:

> *Por las puertas del sueño que los gules custodian,*
> *más allá de los abismos nocturnos bañados de luna*
> *he vivido mis vidas sin número,*
> *he sondado las cosas con mis ojos;*
> *y lucho y grito cuando va a llegar el alba,*
> *y me siento arrastrar con horror a la locura*[161].

Pese a su buen ritmo y cadencia, *Némesis* (probablemente inspirado en el *Ulalume* de Poe) no es sólo un penoso derivado, sino que encima utiliza el galopante anapesto. Este metro va bien al «*Boot, saddle, to horse and away*!», de Browning, pero no encajaba con el tétrico tema de Lovecraft.

Le salió mejor *Desesperación*, cuya primera estrofa se cita en la cabecera del capítulo IV. En su progresiva libertad de restricciones poéticas, llegó incluso a utilizar el verso blanco, como en el poema titulado *Nathicana*:

> *Fue en el pálido jardín de Zais;*
> *en los jardines neblinosos de Zais,*
> *donde florece el blanco nefalot,*
> *fragante heraldo de la medianoche.*
> *Allí dormitan los quietos lagos de cristal,*
> *y manan sin murmullo los arroyos,*
> *arroyos suaves de las cavernas de Kathos*
> *donde moran los serenos espíritus del crepúsculo.*

El narrador cuenta cómo amó allí a «la blanca Nathicana, cubierta de guirnaldas; la esbelta Nathicana, de negra cabellera»; hasta que llegó «la maldita estación de Dzannin», y todo se volvió rojo, haciendo enloquecer al narrador. Tras perder a su amada, prepara

Una poción que borre el color rojo;
el coma horrible de la vida.
Pronto, pronto, si no tardo en prepararlo,
la rojez y la locura desaparecerán,
y en la negra oscuridad poblada de gusanos
se pudrirá la cadena que me ata …[162]

Este esfuerzo (que es un eco del *Para Annie*, de Poe) adolece de los mismos defectos que *Némesis*, pero al menos intentó algo nuevo. Cualquier cosa era mejor que los plúmbeos pareados georgianos en los que había malgastado tanto tiempo de su juventud.

En cualquier caso, no tardó en dejar de escribir poesía original. A lo largo de una década, no produjo casi ningún verso.

Durante algunos años, Lovecraft se sintió convencido de que no tenía disposiciones para la ficción. Decía: «Me gustaría escribir, pero me parece casi una imposibilidad»[163].

Hacia 1915 sus amigos W. Paul Cook y George W. Macanley le instaron a hacer otra incursión en este campo. En 1917 empezó a trabajar en el género que iba a darle la fama: la ficción macabra. Su relato «La tumba» se imprimió en marzo de 1922, en *The Vagrant*, la revista aficionada que publicaba Cook en New Hampshire. De poco más de 4.000 palabras, es un relato competente aunque de escasa inspiración, del estilo de los que publicó *Weird Tales* a lo largo de toda su existencia. Puede que se lo sugiriera *El Retorno*, de Walter de la Mare. El encabezamiento es el cliché típico de este género:

Al relatar las circunstancias que me han traído a este asilo para dementes, me doy cuenta de que mi situación actual suscitará la natural duda sobre la autenticidad de mi relato.

El narrador, Dudley, cuenta cómo, cuando era un chico solitario y soñador, se sintió fascinado por el descubrimiento de la cripta de una familia extinguida de Nueva Inglaterra, en el bosque próximo a su casa.

Obsesionado por el deseo de entrar en la tumba, encuentra la llave que la abre y adopta la costumbre de pasar noches en la cripta. Los espíritus de los aristócratas americanos desaparecidos invaden su mente, hasta que llega a hablar una especie de inglés arcaico. Cuando finalmente se le ingresa en un sanatorio, le dicen que nunca llegó a entrar en la tumba, sino que sufría alucinaciones en las que creía hacer tal cosa. Los ecos del propio pasado de Lovecraft son evidentes.

A «La tumba» le siguió «Dagon», publicado antes que el otro en *The Vagrant* el mes de noviembre de 1919. Más original que el anterior, este relato de 2.300 palabras aporta el esquema de la mayoría de sus relatos posteriores. Tiene el mismo pausado talante narrativo en primera persona del hombre —normalmente solitario, intelectual y soltero como Lovecraft — que topa con alguna anomalía, alguna aparente violación de las leyes de la naturaleza.

Sigue un largo, lento, extravagante desarrollo, con escaso o ningún diálogo. Por último, el narrador —que normalmente adopta una actitud pasiva ante el inminente desastre— realiza el tremendo descubrimiento de que la anomalía es, en definitiva, real.

«Dagon» habla del apresamiento del narrador por un corsario alemán en la Primera Guerra Mundial. Escapa en un bote salvavidas, pero luego desembarca en un área de fondo marino que súbitamente ha emergido debido a una convulsión sísmica. Vagando por el barro y el limo, el narrador descubre estatuas de unos hombres-peces gigantescos, uno de los cuales surge vivo de las aguas. El narrador escapa y regresa a la civilización, pero sigue obsesionado por el horror. El Ser, está seguro, se propone seguirle y destruirle …[164]

Durante los años subsiguientes, Lovecraft empezó su carrera como caballero aficionado a la literatura de ficción. Conservó un cuaderno en el que anotaba ideas para relatos. He aquí algunas de estas notas:

> Un coloso muy antiguo en un desierto muy antiguo. Sin rostro —nadie le ha visto.
>
> Un castillo junto a un estanque o río —reflejo inmóvil a lo largo de los siglos— castillo destruido —el reflejo cobra vida para

vengarse horriblemente de los destructores.

Las ratas se multiplican y destruyen primero una simple ciudad y luego a toda la humanidad. Aumentan en tamaño e inteligencia. Antigua catedral. Una górgola horrenda. Un hombre trata de robar —se le encuentra muerto—. La garra de la górgola está ensangrentada. Una región subterránea bajo un pueblo apacible de Nueva Inglaterra, habitada por criaturas (vivas o no) de prehistórica antigüedad y rareza[165].

Hacía 1920, los resultados de su narrativa le gustaron lo bastante como para escribir:

Me alegro de que te parezcan meritorios mis intentos en la literatura de ficción, y me habría gustado no haber dejado este género entre 1908 y 1917… En la actualidad me encuentro lleno de ideas, incluida una novela que puede titularse *El Club de los Siete Soñadores*.

*El Club de los Siete Soñadores*, que no llegó a escribir, fue uno de los falsos principios de Lovecraft. En 1918, Lovecraft proyectó una nueva revista aficionada, *Hesperia*, dedicada a la ficción; pero no llegó a cristalizar. En 1919, él y Moe discutieron un plan para colaborar en una serie de relatos bajo el pseudónimo conjunto de «Horace Philter Moeraft» que tampoco fructificó. En 1922 hizo otro esfuerzo con una novela, *Azathoth*. Lovecraft consiguió hilvanar sólo quinientas y pico palabras, y empezaba:

Cuando el mundo se sintió cargado de años, y el asombro abandonó la mente de los hombres; cuando las ciudades grises alzaron a los cielos negros de humo elevadas, adustas y feas torres, a cuya sombra nadie podía soñar con el sol y los prados floridos de primavera; cuando la tierra quedó despojada de su manto de belleza, y los poetas no cantaron ya sino a los retorcidos fantasmas que veían

> sus ojos legañosos e introspectivos; cuando ocurrieron todas estas cosas, surgió un hombre que emprendió un viaje más allá de la vida, en busca de los espacios adonde habían huido los sueños de este mundo[166].

Este fragmento lleva la marca del hombre que, después de Poe, más influyó sobre la narrativa de Lovecraft: Lord Dunsany. Aunque Lovecraft no terminó nunca *Azathoth,* utilizó este mismo nombre en algunos de sus relatos posteriores, de manera que el mundo no se perdió nada con que Lovecraft no terminara este rudimento.

A lo largo de 1918, Lovecraft hizo algo. Su columna astronómica en el *Providence Evening News* concluyó en mayo. Leyó a Fenimore Cooper y releyó las historias de Nathaniel Hawthorne. Asistió a conferencias en la Universidad Brown. Y vendió un poema: *Los Marjales de Ipswich,* a la *National Magazine*; es el primer dinero que, según se sabe, ganó en su vida.

Escribió un artículo erudito, «La literatura de Roma», para *The United Amateur* (noviembre de 1918) y un relato de 1.500 palabras, «Polaris», que apareció en diciembre de 1920, publicado en el *Philosopher de* Galpin, «Polaris» empieza:

> En la ventana norte de mi habitación brilla la Estrella Polar con pavoroso esplendor. Allí centellea durante las infernales horas de negrura. Y en otoño, cuando los vientos del norte maldicen y gimen, y los árboles de hojas herrumbrosas del pantano se susurran unos a otros, en las primeras horas de la madrugada, bajo el cornudo menguante de la luna, me siento junto a la ventana y contemplo la estrella. La parpadeante Casiopea fluctúa en lo alto, a medida que discurren las horas, mientras la Osa Mayor avanza pesada por detrás de los árboles del pantano vaporoso y se balancea en el viento de la noche…
>
> Y bajo la luna cornuda y menguante vi la ciudad por primera vez. Se extendía tranquila y soñolienta, sobre una extraña meseta,

> entre extraños picos. De un mármol espectral eran sus murallas y sus torres, sus columnas, cúpulas y pavimentos …

El narrador sufre un recuerdo ancestral. Imagina ser un ciudadano de «Olathoe, situada en la meseta de Sarkia, entre los picos Noton y Kadephonek,» en el país de Lomar. La ciudad está amenazada por «los inutos: demonios achaparrados, infernales, amarillos que hace cinco años surgieron del occidente desconocido para asolar los confines de nuestro reino…».

Dado que el narrador, estudioso de los misteriosos manuscritos pnakóticos, es «débil y propenso a extraños mareos cuando se somete a tensiones y fatigas», no se le considera en condiciones para luchar cuerpo a cuerpo contra estos protoesquimales. Sin embargo, su amigo el General Alos lo sitúa en la vital torre vigía de Thappen, para prevenir al ejército del acercamiento de los inutos. Pero el sueño le vence, y despierta en su encarnación moderna.

> Y mientras me retuerzo en mi culpable agonía, frenético por salvar la ciudad cuyo peligro aumenta a cada instante, y trato en vano de sacudirme este sueño artificial en una casa de piedra y ladrillo junto a un siniestro pantano y un cementerio sobre una loma, la Estrella Polar, perversa y monstruosa, mira desde la negra bóveda, parpadeando espantosamente como un ojo demente y vigilante que intenta transmitir algún mensaje, aunque no recuerda nada, salvo que una vez tuvo un mensaje que transmitir[167].

Como en muchas de las historias de Lovecraft, este pequeño relato es de gran impacto en su primera lectura, si bien tras una reflexión ulterior, resulta insostenible. Por ejemplo: ¿qué comandante pondría a un solo vigía en un punto vital? ¿En qué se diferencia el «mármol espectral» de cualquier otro? ¿Cómo parpadea una estrella «pavorosamente»? El peor vicio literario de Lovecraft consistía en atiborrar los relatos de adjetivos y adverbios como «pavoroso», «infernal», «horrible», «espectral» y «siniestro». Semejante

extravagancia retórica puede impresionar al lector ingenuo y reducirle a una actitud receptiva, pero puede irritar a otro más avisado.

Todos estos adjetivos denotan, no hechos físicos, sino la reacción emocional del narrador ante los hechos. No todos son censurables, una moderada utilización confiere color al relato. Pero adjetivos como «horrible» y «espectral», que expresan meramente el estado mental del autor o de su narrador ficticio, hacen más pesada la historia sin elevar su valor. Como dice mi colega Lin Cárter al criticar el relato de Lovecraft, «La ciudad sin nombre»:

> El relato está demasiado trabajado, resulta excesivamente dramático, y el clima de creciente horror está aplicado de manera muy artificial. Más que crear en el lector un ánimo de terror, Lovecraft *describe* ese ánimo de terror; la emoción está aplicada a base de adjetivos: el valle donde se halla la ciudad es «terrible»; las mismas ruinas son de una antigüedad «malsana»; algunos de los altares y piedras «sugerían prohibidos ritos de terrible, repugnante e inexplicable naturaleza». Como es de suponer, si uno se para a pensarlo, tales términos carecen de significado. Una piedra es una piedra, un valle es un valle y unas ruinas son meramente ruinas. El adornarlos con tal variedad de adjetivos estremecedores no los hace intrínsicamente estremecedores.

Este exceso de modificadores es simplemente un defecto de principiante. Poe cometió muchos de estos errores, a pesar de que en sus tiempos se consideró «prosa elegante»; pero las normas han cambiado. Para el joven Lovecraft, sin embargo, Poe no podía hacer nada mal. Así que Lovecraft ignoró los cambios en las técnicas narrativas desde los tiempos de Poe, del mismo modo que ignoró durante mucho tiempo las poéticas desde Dryden y Pope.

Con todo, el objetivo primario de un relato no es someterse a la disección de una crítica reflexiva, sino absorber y distraer al lector al primer contacto. Desde este punto de vista, «Polaris» puede considerarse un modesto éxito.

Algunos lovecraftianos han clasificado «Polaris» entre las fantasías «dunsanianas» de Lovecraft: los escritos durante los años en que Lovecraft estuvo más completamente impregnado del hechizo de Dunsany. Lovecraft, sin embargo, escribió «Polaris» antes de haber leído nada de Dunsany.

En 1918, Lovecraft se enteró de que algunos colegas aficionados estaban dispuestos a pagarle por revisar sus escritos. Sus amigos le instaron a que se dedicase a la revisión, y escribió a Galpin:

> A propósito, esa buena señora [una tal señora Arnold] me ha enviado recientemente dos trabajos para su revisión, a tarifa profesional, los mejores que he visto hasta ahora de su pluma… Hablando de clientes: tú y la señorita Aurr quedaréis definitivamente satisfechos. ¡Soy un auténtico trabajador! En otras palabras, me he propuesto realizar una completa y exhaustiva revisión del libro del reverendo D. V. Bush, ahora titulado «Pike's Peak or Bust»… No comprendo cómo se las arregla este individuo para salir adelante. ¡Literalmente, es un zote completo!

De este modo, Lovecraft se convirtió en escritor para otros. En adelante, el escribir para otros fue su principal ocupación remunerativa; su propia producción literaria fue tan sólo accesoria. Durante su última década, estimo que las tres cuartas partes de sus ingresos le vinieron de este tipo de trabajo.

La mayor parte de su trabajo de «revisión» consistía meramente en corregir errores de máquina, de puntuación y de ortografía, con alguna mejora de estilo. Pero a veces, cuando un relato despertaba su imaginación, reescribía el texto entero, utilizando sus propias ideas. Dado que despreciaba el mercantilismo y tenía poca conciencia de su propio valor, cobraba menos de lo que el mercado podía haber pagado.

Sus tarifas al principio solían ser más o menos de un octavo de centavo por palabra. Posteriormente, pidió bastante más. En 1933 anotó sus tarifas normales de la siguiente manera:

# HP Lovecraft - Tarifas de revisión de prosa

## Lectura sólo - correcciones de tipo general

| | |
|---|---|
| 1000 palabras o menos | 0.50 |
| 1.000-2.000 | 0,65 |
| 2.000-4.000 | 1,00 |
| 4.000−5.000 | 1,25 |
| más de 5000 | 20 cent, cada 1.000 |

## Crítica sólo - estimación analítica en detalle, sin revisión

| | |
|---|---|
| 1000 palabras o menos | 1.50 |
| 1.000-2.000 | 2,00 |
| 2.000-4.000 | 3,00 |
| 4.000−5.000 | 3,75 |
| más de 5000 pal. | 60 cent, cada 1.000 |

## Revisión y Copia - por pág de 330 pal.

| | |
|---|---|
| a) A máquina: doble espacio, 1 copia. Sin revisión salvo ortografía, puntuación y gramática. | 0,25 |
| b) Ligera revisión, sin copia (mejora de prosa - sin aportación de nuevas ideas). | 0,25 |
| c) Ligera revisión mecanografiada, a doble espacio con 1 copia al carbón. | 0,50 |
| d) Revisión extensa, sin copia (completa mejora, incluido cambio estructural, transposición, adición o depuración - posible introducción de nuevas ideas o elementos de trama. Necesidad de nuevo texto o manuscr. separado). Redacción completa a mano. | 0,75 |
| e) Revisión extensa, como antes, mecanografiada a doble espacio, 1 copia. | 1,00 |

| | |
|---|---|
| f) Nueva redacción del viejo manuscr., sinopsis, notas de trama, idea germen, o mera sugerencia: es decir, escribir para el cliente. Texto completo del revisor - lenguaje y desarrollo. Redacción en sucio, a mano. | 2,25 |
| g) Nueva redacción, como antes, mecanografiada a doble espacio, 1 copia carbón. | 2,50 |

Tarifas a convenir, para trabajos especiales, según estimación de tiempo y dedicación empleados.

El último apartado, para el que Lovecraft estipulaba 2,50 dólares la página, es completamente escribir para otro. Lovecraft pedía unos tres cuartos de centavo por palabra para semejante trabajo, pero en la práctica, parece que aceptaba precios mucho más bajos.

En algunos encargos conseguía un cuarto de centavo por palabra. La novela corta de Adolphe de Castro de 18.500, «El último Verdugo», sin embargo, que Lovecraft reescribió por 16 dólares, fue vendida a *Weird Tales* por 175 dólares. Lovecraft sacó menos de una décima parte de centavo por palabra por este trabajo. En 1933 reescribió una novela de 80.000 palabras por 100 dólares; o sea, una octava parte de centavo por palabra[168].

Puesto que Lovecraft era un trabajador cuidadoso, estos precios resultaban míseros para el tiempo que empleaba. No es extraño que no pudiera ganarse la vida con la revisión.

Además, a menudo tenía dificultades en cobrar incluso sus modestos honorarios. Habría podido conseguir más si hubiese regateado e insistido a sus clientes, pero eso habría sido comportarse de manera «impropia en un caballero». A veces incluso devolvía cheques que consideraba no haberse ganado. Cuando una de sus últimas clientes le preguntó cuánto le cobraría por un encargo de importancia, él le contestó que lo que ella quisiera. Para un trabajo así, concebido de manera tan poco mercenaria, sus clientes no eran demasiado generosos.

Con todo, el escribir para otros le proporcionó sus primeros ingresos. Más tarde, dijo que él podía vivir con 15 dólares a la semana, y que lo único que quería era poder contar siempre con eso. En realidad, después ganaba

más, pero ahorraba lo que le sobraba para viajes y sellos. Aunque siempre pobre, jamás pasó hambre, ya que sus tías, con quienes vivía desde la muerte de su madre, siempre le ayudaron a superar las malas rachas.

David Van Bush, uno de los primeros clientes para quien escribió Lovecraft, fue su principal fuente de ingresos durante casi una década. Bush daba conferencias para el movimiento del Nuevo Pensamiento de Nueva York. Este movimiento había sido fundado a finales del siglo XIX por los seguidores de Phineas P. Quimby, que murió en 1866 tras una carrera de «sanador magnético». El paciente más célebre de Quimby fue Mary Baker Eddy, antes de entregarse ella misma a una doctrina similar, la Ciencia Cristiana.

Autor de libritos con títulos del estilo de *Psicología aplicada y vida científica, Psicología práctica y vida sexual* y *Análisis del Carácter (Cómo leer el interior de la persona)*, Bush, rechoncho, fornido, de ojos azules y nariz afilada, medio calvo, tenía un ademán agresivo, profesionalmente «magnético», y ambiciones poéticas, aunque sin talento. Un pasaje de un poema de su libro *Firmeza y sentido común* puede mostrar por qué Lovecraft le trataba de «condenado estúpido literario»:

> El genio consiste en poner uno de manifiesto su pimienta. Todo el mundo tiene cierta cantidad de pimienta en el organismo. Si usted no tiene pimienta en su constitución es que tiene lombrices. Aun cuando usted crea que no tiene pimienta y tenga lombrices, hay una posibilidad de poner de manifiesto la pimienta que le queda …

*Y el poema*, Levántalo y hazle andar:

> *No pongas cara larga y contrariada,*
> *pareces un babuino,*
> *sino mantén el gesto en tu barbilla*
> *como el que hay sobre la luna.*
> *Recibe con una sonrisa a tu enemigo.*
> *¡Levántalo y hazle andar*[169]*!*

Bush publicaba sus inspirados folletos y viajaba dando conferencias. En junio de 1922, Lovecraft asistió a una de sus conferencias en Boston. El orador ofreció una representación dramática de un hombre en *delirium tremens*, completado con picaduras de serpientes.

Con el tiempo, Lovecraft le fue cogiendo cada vez más antipatía a Bush. En 1921, cuando ya llevaba tres años escribiendo para él, se quejó de sentirse «hastiado de las necedades de esa indescriptible monstruosidad de Bush».

Bush era todo cuanto Lovecraft despreciaba: charlatán, agresivo, vulgar, venal, chantajista espiritual, y fomentaba las debilidades de los simples y sensibles bramando perogrulladas y semiverdades psicológicas desde la tarima de orador. Pero Bush, a diferencia de muchos otros clientes, pagaba bien y pronto; así que Lovecraft siguió con él.

Durante esta época Lovecraft escribió dos relatos para una poetisa aficionada, Winifred Virginia Jackson… o quizá debería decir que colaboró con ella, ya que es poco probable que recibiese dinero alguno. Ambos cuentos aparecieron en revistas aficionadas bajo el doble seudónimo de «Lewis Theobald Jr. y Elizabeth Neville Berkeley». Los dos son de estilo tan lovecraftiano que han sido reeditados en colecciones de relatos de Lovecraft.

La señorita Jackson, decía Lovecraft, carecía de talento para la prosa. Ella proporcionaba las ideas, y de acuerdo con éstas escribía Lovecraft los relatos… o más bien los borradores. Estos dos cuentos son meramente pequeños relatos de sueños sin estructura formal, de 3.000 y 2.500 palabras respectivamente.

En «El Caos reptante» el narrador cuenta cómo un médico, al tratarle de la peste, le administra una sobredosis de opio. Cuando recobra la conciencia,

> Por un momento todo lo que me rodeaba pareció confuso, como una imagen desesperadamente desenfocada; pero gradualmente me di cuenta de mi solitaria presencia en una extraña y hermosa

habitación, iluminada por múltiples ventanas…

El narrador sale y descubre que la casa en la que ha despertado se halla en una punta de tierra estrecha y elevada:

> A uno y otro lado de la casa se abría un precipicio de tierra roja recientemente desprendida, en tanto que delante de mí las olas espantosas aún se agitaban estremecedoramente, adentrándose con espantosa monotonía y deliberación.

El narrador huye tierra adentro, con su carga de adjetivos. Al internarse en una zona de bosque, se encuentra con un grupo de jóvenes de ambos sexos, de aspecto divino, los cuales, en un lenguaje dunsaniano, le invitan a ir con ellos:

> En Teloe, más allá de la Vía Láctea y los ríos arinurios, hay ciudades todas de ámbar y calcedonia. Y sobre sus cúpulas de múltiples caras se reflejan las imágenes de hermosas y extrañas estrellas[170]…

En compañía de estos seres luminosos, el narrador se eleva hacia el firmamento. Al mirar hacia atrás ve cómo la tierra experimenta una vasta convulsión.

«El Prado verde» es aún más onírico. Un meteoro cae en Maine. Se descubre en él un libro hecho de un material desconocido, el cual contiene un relato griego clásico. El narrador cuenta que se encontraba en una isla flotante y herbosa frente a una costa de un océano, con un bosque siniestro en tierra y una gran masa flotante, el Prado Verde al otro lado. Su isla es arrastrada por una corriente que se precipita en un abismo. Al acercarse al Prado Verde, oye un cántico que entonan invisibles cantores:

> Y entonces, al avanzar mi isla a la deriva y aumentar el rumor de la catarata, vi claramente la *fuente* del cántico, y en ese horrible

> instante lo recordé todo. No puedo, no me atrevo a hablar de estas cosas, pues son las que me revelaron la espantosa solución de todo lo que me había tenido confundido; y esa solución os haría enloquecer, como casi me ha hecho enloquecer a mí[171]…

Lovecraft realizó otra colaboración, publicada en el *United Amateur* (septiembre de 1920) como «La poesía y los dioses», de «Anna Helen Crofts y Henry Paget-Lowe». Dado que en éste se nota a Lovecraft bastante menos que en los otros dos, podemos inferir que la señorita Crofts (si efectivamente era ese su nombre verdadero) había colaborado más en el texto. La prosa tiene un tono femenino ajeno a Lovecraft.

El relato es una floja y pequeña fantasía en la que Marcia, «ataviada sencillamente con un vestido de noche, negro», lee un poema en verso libre y es visitada súbitamente por Hermes, con sus sandalias aladas y todo. El dios se lleva a Marcia al Olimpo. Allí le dice Zeus lo pobre chica que es, y le aconseja que esté atenta al nuevo mensajero que pronto mandará él a la tierra.

Durante la Primera Guerra Mundial, el estado mental de Susie Lovecraft empeoró. Su vecina Clara Hess escribió:

> La última vez que vi a la señora Lovecraft íbamos «calle abajo» en el tranvía de la Butles Avenue. Se la notaba excitada, y al parecer no sabía dónde estaba. Llamaba la atención de todo el mundo. Un señor de edad parecía como querer saltar del tranvía a cada momento. Yo me sentía enormemente turbada, ya que ella no hacía más que mirarme[172].

Los accesos de histeria y depresión se hicieron cada vez más agudos. En enero de 1919, Susie fue a visitar a su hermana mayor, Lillian Clark, dejando a la más pequeña, Annie Gamwell, a cargo de la casa. Annie había dejado a su marido y había vuelto a Providence. La enfermedad y ausencia

de Susie apenaron al Lovecraft de veintiocho años hasta el punto de no poder comer; ni escribir, salvo a lápiz. Visitaba a Susie todos los días; de otro modo, decía, se sentía incapaz para hacer nada.

El 13 de marzo Susie ingresó en el Butler Hospital para Enfermos mentales, donde había muerto su marido veintiún años antes. Aquí hablaba a todo el que quería escucharla sobre su maravilloso hijo, «poeta de primer orden». Pero el hijo no se encontraba en forma; escribía:

> Mi tensión nerviosa parece manifestárseme ahora en la vista: siento frecuentes mareos y no puedo leer ni escribir sin que se me emborrone la vista o sufra un fuerte dolor de cabeza. La existencia parece tener escaso valor y quisiera haber terminado[173].

Susie duró dos años. Lovecraft visitó frecuentemente a su madre. Cuando no la veía le escribía largas cartas. Ella le enviaba regalos: «… pequeñas prímulas —que aún adornan este apartamento—, la Revista Semanal, el plátano, y ese retrato tan encantador de un gato…»[174].

Parece la imagen normal del hijo afectuoso y la madre inválida; pero parece ser que no la visitó nunca *dentro* del hospital. La veía en el parque, habitualmente en un lugar llamado «la Gruta». Paseaban por Buttler Woods, que dominaba el Río Seekonk, pero los archivos del hospital no registran visita alguna en el interior del edificio. Este hecho está confirmado por una carta que él escribió en 1925, cuando su esposa estuvo en el hospital de Brooklyn, y él la visitaba diariamente. Escribió que, hasta entonces, «nunca había visto el interior de una institución de éstas, ni grande ni pequeña».

El que Lovecraft soslayase el hospital ha sido motivo de especulaciones. Winfield Townley Scott tachó a Lovecraft de «joven medroso y egoísta», pero parece poco probable que sea ésta toda la explicación. Lovecraft visitaba frecuentemente a su madre. Además, la reacción de Lovecraft ante la muerte de su madre fue ciertamente la de un hijo abnegado. Atribuirlo a simple egoísmo parece poco adecuado; pero carecemos de otra clave. La verdadera razón se la ha tragado el tiempo inexorable.

Durante la hospitalización de su madre, Lovecraft amplió sus intereses. Apenas hubo renunciado al periodismo aficionado cuando se encontró con que era director oficial de la facción Cole-Hoffman de la uapa. Tras la muerte de Helene Hoffman Colé, este grupo se llamó el «Lovecraft uapa».

Lovecraft sacó el *Conservative*, vol. v, núm. 1 (julio 1919), que, sin embargo, resultó ser la última edición durante casi cuatro años. Escribió para otras publicaciones aficionadas, especialmente para *The United Amateur y The National Amateur*.

Un artículo en el *Silver Clarion* se titulaba, con exagerada modestia, «Breve autobiografía de un escritorzuelo inconsecuente». Empieza con la socarrona declaración de que tiene mucho que contar: «Puesto que la carrera mundana de un individuo endeble y retirado de la sociedad raramente está repleta de acontecimientos emocionantes, mis lectores no deben esperar que la siguiente crónica contenga algo que atraiga la atención o despierte su interés…». Habla de su niñez y juventud, de su filiación a la UAPA. «Me he esforzado por mantener los elementos más puramente literarios y progresivos en el mundo aficionado, y contribuir al restablecimiento de ese conservadurismo y clasicismo que la moderna literatura parece tan peligrosamente dispuesta a rechazar»[175].

Un artículo, «Idealismo y Materialismo: una reflexión», pone de manifiesto su actitud maquiavélica ante lo sobrenatural. Empieza con una de sus ampulosas e irritantes poses de superioridad: «El pensamiento humano, con sus infinitas variedades, tensiones, aspectos y colisiones, es quizá el espectáculo más divertido y, sin embargo, más desalentador de nuestro globo terráqueo…». Luego el escritor hace una relación antropológica convencional de cómo el hombre primitivo personificó las fuerzas naturales, inventando así los dioses.

Lovecraft divide a los idealistas en «dos clases, teológicos y racionalistas». Los primeros son los seguidores de las religiones; los segundos, ateos idealistas que, creyendo en la perfectibilidad del hombre, atacan la religión con la esperanza de que su desaparición conduzca a tal perfección. «Así como el teísta olvida que su fe puede ser ilusoria aunque

sus efectos sean buenos, del mismo modo el idealista ateo olvida que su doctrina puede tener efectos perniciosos aunque sea verdadera».

El materialista, por otro lado, «ve la infinitud, eternidad, automatismo y carencia de finalidad de la creación, y la total, abismal insignificancia del hombre y del mundo en el que se inscribe… Mirando más allá de la realidad escueta del ateísmo, reconstruye el alba de la mente humana y percibe que su evolución necesita absolutamente un período religioso e idealista…»[176]. En cuanto a gente que sabe la verdad de su dogma particular, Lovecraft cita su propia niñez, cuando él *sabía* que los dioses de la mitología clásica existían.

Lovecraft leyó a Schopenhauer, cuyo pesimismo concordaba con el suyo propio, a Nietzsche y a Freud. Admiraba la reducción nietzscheana de la moral humana a un fundamento materialista antropológico, pero no se tomaba muy en serio al gran charlatán alemán. «… permitidme decir claramente que no me lo trago entero. Su sistema ético es de chiste…»[177]. Freud, pensaba, estaba en lo cierto, aunque tenía sus reservas sobre algunas de las teorías freudianas.

También empezó a escribir más relatos. A principios de 1919 escribió «Más allá del muro del Sueño», que empieza retóricamente:

> Me he preguntado a menudo si la mayoría de la humanidad se ha detenido alguna vez a reflexionar sobre la titánica significación que ocasionalmente tienen los sueños, y sobre el mundo oscuro al que pertenecen. Aunque la mayor parte de nuestras visiones nocturnas no son quizá más que débiles y fantásticos reflejos de nuestras experiencias vigiles —en oposición a Freud con su simbolismo pueril—, aún queda un cierto remanente cuyo carácter extramundano y etéreo no permite ninguna interpretación ordinaria, y cuyo efecto vagamente inquietante sugiere posibles atisbos fugaces de una esfera de existencia mental no menos importante que la vida física, aunque separada de ésta por una barrera infranqueable.

El narrador cuenta cómo es médico interno de un sanatorio psiquiátrico.

Un paciente, Joe Slater, es enviado allí tras ser absuelto de homicidio al alegarse enajenación mental. Slater es un degenerado y babeante alcohólico procedente de una región apartada y boscosa, el cual se comporta a veces como si estuviera poseído por una personalidad distinta y mucho más inteligente. Murmura cosas sobre «verdes edificios de luz, océanos de espacio, extraña música y oscuras montañas y valles[178]».

Convencido de que Slater está experimentando la vida en otro plano, el narrador monta un aparato que le sintoniza psíquicamente con Slater. Cuando duermen los dos, el narrador, también, vive en esa otra dimensión. Se encuentra con el *alter ego* de Slater, su «hermano de luz». Este ser gaseoso explica que debe ir a Algol, «la estrella demoníaca», para destruir a un enemigo. Muere Slater, y una nova resplandece en lo alto, cerca de Algol.

Lovecraft escribió también «poemas en prosa». Se trata de esbozos o borradores de unos cientos de palabras que suplen la falta de trama con un lenguaje fresco, poético. El poema en prosa fue popular entre los franceses Decadentes del siglo XIX, a quienes gustaba aludir a pecados demasiado espantosos para hablar de ellos abiertamente. Lovecraft había leído a Huysmans y quizá a otros Decadentes. Su primer poema en prosa, «Memoria», muestra la influencia de algunas de las fantasías cortas de Poe, como «La Conversación de Eiros y Charmion», y empieza:

> En el valle de Nis, el maligno menguante de la luna brilla débilmente, abriendo su sendero de luz con afilados cuernos entre el follaje letal de un inmenso árbol upas. Y en las profundidades del valle donde la luz no alcanza, se mueven formas que no quieren ser sorprendidas. Espesa es la hierba de cada ladera, donde las vidas perversas y las plantas rastreras trepan por la piedra de ruinosos palacios, enroscándose en rotas columnas y extraños monolitos, levantando los marmóreos pavimentos trazados por desconocidas manos. Y en los árboles gigantescos de los patios abandonados saltan unos monos pequeños …

El Genio de los rayos de luna pregunta al Demonio del Valle: ¿quién

construyó estas ruinas? Y el Demonio contesta:

> Soy la Memoria, y conozco el saber del pasado, pero soy muy vieja también. Estos seres eran como las aguas del río Than, que no se entienden. No recuerdo sus hazañas, pues no existieron más que un momento. Confusamente recuerdo cómo eran: algo así como los pequeños monos de los árboles. Su nombre sí, lo recuerdo claramente, porque era parecido al del río. Esos seres de ayer se llamaban Hombres[179].

Lovecraft escribió otros tres poemas en prosa para publicaciones aficionadas: «Nyarlathotep» (1920), «Ex Oblivione» (1921), y «Qué trae la luna» (1923). Como muchos relatos de Lovecraft, «Nyarlathotep» tuvo su origen en un sueño. Empieza:

> Nyarlathotep… el caos reptante… soy el último… Contaré el vacío oyente… No recuerdo con claridad cuándo empezó, pero fue hace meses. La tensión general era horrible. A una sesión de confusión política y social se añadió una extraña y sorda aprensión de espantosa amenaza física… Y fue entonces cuando Nyarlathotep salió de Egipto. Nadie sabía quién era, sino que tenía antigua sangre nativa, y parecía un faraón… Y llegó Nyarlathotep a los países de la civilización, tostado, flaco, siniestro, siempre comprando extraños instrumentos de cristal y de metal, y combinándolos para construir instrumentos aún más extraños …

Nyarlathotep llega a la ciudad del narrador con un espectáculo eléctrico que también incluye una película, en la que muestra «unas formas encapuchadas en medio de unas ruinas, y unos rostros amarillos y perversos que atisban desde detrás de los monumentos». Al final, el auditorio se dispersa por el campo como en una estampida. Todo se desintegra en un caos:

> Y en medio de este horrible cementerio del universo, el sordo, enloquecido batir de tambores, y el tenue y monótono gemido de unas flautas blasfemas en inconcebibles cámaras tenebrosas más allá del Tiempo; el detestable golpear y tañer a cuyo son danzan lentos, torpes y absurdos los enormes y siniestros dioses últimos: las ciegas, mudas, estúpidas gárgolas cuya alma es Nyarlathotep.

Esta última frase (que Lovecraft parafrasea en «The Dream-Quest of Unknown Kadath») me ha recordado siempre a los ruidosos clubs nocturnos. La obra tuvo su origen en un sueño, en torno al cual Lovecraft recibió de Sam Loveman una carta, en la que le decía:

> No dejes de ver a Nyarlathotep si va a Providence. Es horrible —horrible más allá de cuanto puedas imaginar— pero maravilloso.

El relato seguía el sueño hasta el momento en que Lovecraft «era arrojado al negro abismo que se abría entre las nieves[180]», momento en el que gritaba en sueños, y despertaba. El nombre de «Nyarlathotep» es un compuesto. *Hotep* es egipcio antiguo y significa «contento» o «satisfecho»; *nyarlat* es probablemente eco de algún toponímico africano, como Nyasalandia[181].

En septiembre de 1919 Lovecraft leyó *El tiempo y los Dioses* de Lord Dunsany. «El primer párrafo me paralizó como una sacudida eléctrica…». Fascinado, empezó a leer otros libros de Dunsany, y sintió una gran alegría al enterarse de que el propio Dunsany iba a dar una conferencia en el hotel Copley-Plaza de Boston a primeros de noviembre.

Junto con otros tres periodistas aficionados, Lovecraft asistió, llegando lo bastante pronto para ocupar un asiento en primera fila. Luego contó:

> Dunsany entró tarde, acompañado y presentado por el profesor George Baker de Harvard. Es de constitución galpiniana: seis pies y dos pulgadas de alto y muy delgado. Tiene la cara serena y agradable, aunque desfigurada por un ligero bigote. Su ademán es

> juvenil y una pizca desmañado; y su sonrisa es cautivadora y contagiosa. Tiene el pelo ligeramente moreno. Su voz es suave y cultivada y muy claramente británica… Primero habló de sus ideales y métodos; luego acercó una silla a su mesa de lectura, se sentó y comenzó a leer su breve obra teatral *Los enemigos de la reina*.

Para Lovecraft, cualquier bigote «desfiguraba» la cara de quien lo llevaba. Edward John Moreton Drax Plunkett, decimoctavo barón Dunsany (1878-1957), era llamado a veces el hombre peor vestido de Irlanda. Su indumentaria habitual para dar conferencias era un traje de *tweed* informe, holgado, en cuyos bolsillos se metía unas cuantas notas a lápiz. Hablaba con fluidez, con poca teatralidad, aunque con un levísimo acento irlandés en su inglés de escuela pública británica.

Temperamental, vigoroso, versátil, deportivo y poéticamente sensible, Dunsany era par angloirlandés, escritor, soldado, poeta, deportista y viajero: la clase de *lord* que a muchos les gustaría ser, si pudiesen. Además de vagar por el mundo, cazar zorros en las Islas Británicas y cabras salvajes en el Sahara, ganar los campeonatos de ajedrez y de pistola en Irlanda, servir como oficial británico en la guerra de los *boers* y en la Primera Guerra Mundial, asociarse con William Butler Yeats y el Abbey Theatre en el renacer irlandés, y realizar un malogrado intento de entrar en política, Dunsany escribió también sesenta y tantos libros de relatos, obras de teatro, poesía y autobiografía… la mayoría con pluma de oca.

Dunsany alternaba entre una casa de estilo regencia en Kent y su castillo normando en Meath, a una hora a caballo de Dublín. El castillo había sido modernizado hacía un par de siglos. Como dijo *Lady* Dunsany una vez: «Si vas a modernizar un castillo, el mejor momento para hacerlo es el siglo XVIII». Detrás de las estanterías de la gran biblioteca hay una habitación y una escalera secretas de los tiempos de la persecución de los católicos, antes de que los Dunsany se convirtieran al protestantismo.

Dunsany ha influido poderosamente en los escritores fantásticos del siglo XX. Adaptó la fantasía heroica, revivida por William Morris en la década de 1880, a la forma de relato corto… aunque escribió también novelas cortas. Escéptico religioso, inventó panteones enteros de deidades

para que reinasen sobre sus mundos imaginarios. Estos no eran dioses de tipo abstracto y perfeccionista, como los defendidos por los teólogos, sino de ese otro tipo en el que creyeron los hombres durante la infancia de la humanidad, dotados de vanidad, envidia, extravagancia, crueldad y ansias humanas de venganza. Lovecraft calificó la literatura de Dunsany de «insuperable, por el hechizo de su prosa cristalina y musical, y suprema, por la creación de un mundo espléndido y lánguido de exótica visión iridiscente», lo que es una prosa bastante iridiscente en sí misma.

Después de la conferencia, el par del monóculo «fue asediado por los cazadores de autógrafos. Incitada por su tía, la señorita Hamlet casi se sintió con valor suficiente para pedirle un autógrafo, pero flaqueó en el último momento… Por mi parte, no me interesaban las firmas; detesto adular a los grandes». Esta última frase es, probablemente, una racionalización de su propia timidez.

Alice Hamlet, camarada de afición de Lovecraft, «no pudo renunciar a la idea de obtener el autógrafo[182]» y escribió a Dunsany una nota en la que incluyó algunos presentes, entre ellos una carta autógrafa de Lincoln. Dunsany le contestó muy cortésmente. Lovecraft escribió un poema de sesenta y cuatro versos, *A Edward John Moreton Drax Plunkett, Décimo Barón Dunsany*. Compuesto en su peor estilo dieciochesco, apareció en el *Tryout*, de C. W. Smith:

> *Igual que el sol por encima del sombrío mundo*
> *surge y convierte en oro la tiniebla,*
> *ilumina con mágicos destellos el rocío de las parras*
> *y despierta a la vida a la flor agradecida;*
> *así ahora, sobre el reino donde reina la gris monotonía*
> *con solar magnificencia ¡vemos a PLUNKETT elevarse!…*

La señorita Hamlet envió un ejemplar del *Tryout* a Dunsany, quien contestó:

1 de dic., 1919

Mi querida señorita Hamlet:

Le agradezco muchísimo el envío de tan magnífico tributo, y —tanto si lo merezco como si no— debo dar las gracias al autor de ese poema por su cálido y generoso entusiasmo, cristalizado en verso. Tales tributos me hacen modesto, pues empiezo a preguntarme si puedo haberlos merecido. Y siento que debo a esta clase de amigos mis mayores esfuerzos futuros, para tratar de justificar el ocupar el sitio en que ellos me colocan. Me alegra mucho saber que «cuentos de un soñador» cumple el objetivo para el que fueron escritos. Muchísimas gracias por escribirme.

Suyo afectísimo,
Dunsany

Felicitaciones al señor Lovecraft

Dame Gossip[183]

Tanto la persona como el escritor produjeron un impacto extraordinario en Lovecraft. Durante un tiempo oscureció incluso a Poe, ídolo inveterado de H.P.L. Dunsany encarnaba todo lo que a Lovecraft le habría gustado ser. El atractivo de un auténtico par británico, que no sólo escribía fantasía, sino que era también una persona elegante, agraciada y simpática, era irresistible.

El episodio lanzó a Lovecraft a escribir una riada de relatos dunsanianos. Fue el período literario más fecundo de su vida. Entre 1917 y 1921 produjo lo menos diecisiete relatos, sin contar las colaboraciones.

El primero —o uno de los primeros— de sus cuentos dunsanianos fue «La nave blanca», escrito poco después de la conferencia. De poco menos de 3.000 palabras, este relato onírico empieza: «Soy Basil Elton, torrero del faro de North Point, que mi padre y mi abuelo guardaron antes que yo…». El narrador habla de «bajeles de blancas velas» que solían pasar frente a su faro, aunque ahora cruzan rara vez. Y cuenta que:

> La Nave Blanca solía venir del sur, cuando estaba la luna llena y en lo alto del cielo. Del sur surgía, y se deslizaba en silencio sobre el mar …

Por último, Elton embarca en esa nave, que recorre fantásticas tierras. Se detiene en la paradisíaca Sona-Nyl, donde «no existe ni el tiempo ni el espacio, ni el sufrimiento ni la muerte; y donde me quedé a vivir muchos evos».

Cansado de perfección, Elton insta al capitán a seguir hasta Cathuria, que ningún hombre ha visto, aunque todos creen que se encuentra más allá de los pilares de basalto del Oeste. Cuando cruzan los Pilares, se ven arrastrados impetuosamente hacia una catarata, «donde los océanos del mundo se precipitan en una abismal nihilidad». Caen por ella, y Elton se despierta y descubre que su faro se ha apagado y un barco se ha estrellado contra las rocas.

Años después, a Lovecraft le desagradaba «La Nave Blanca», del que decía que «¡me pone enfermo cada vez que pienso en él!». Era, decía, «empalagoso e insulso[184]». Este juicio resulta excesivamente severo. «La Nave Blanca» está lejos de ser su mejor relato; pero tiene otros que poseen aún más acusados esos defectos de los que se queja.

«Arthur Jermyn» (1920) es una historia de horror y ciencia-ficción que empieza con una tremebunda afirmación: «La vida es una cosa espantosa, y desde ese fondo que subyace más allá de cuanto sabemos de ella, asoman demoníacos atisbos de verdad que la hacen mil veces más espantosa».

Arthur Jermyn, que combina una naturaleza sensible y poética con un aspecto simiesco, es heredero de una baronía, con un historial de anormalidad. Su antepasado, *sir* Wade Jermyn, había explorado el Congo en el siglo XVIII. *Sir* Wade había regresado con fantásticos relatos sobre una ciudad en ruinas habitada por una raza blanca en trance de desaparición. También se trajo una esposa blanca, a quien mantenía recluida. La volvió a llevar a África con ocasión de otros viajes, del último de los cuales regresó sin ella. Poco después le encerraron en el manicomio.

Arthur Jermyn va a África y busca la ciudad perdida, descubriendo tan sólo escasos restos. Oye historias sobre una hinchada diosa que había sido

fetiche de los desaparecidos habitantes. Tras su regreso a Inglaterra, un conocido le envía la diosa. Cuando Jermyn abre el cesto, encuentra la momia de una mujer-simio, que es su propia tatarabuela, la misteriosa esposa de *sir* Wade.

El relato pertenece al subgénero de la raza perdida, muy popular cuando se escribió «Arthur Jermyn». H. Rider Haggard y Edgar Rice Burroughs utilizaron la idea una y otra vez. Pero ¡ay!, el avión se ha perfeccionado tanto ahora que no queda ya ni un cuarto de milla de superficie terrestre sin explorar desde el aire. Así que los temas de la raza perdida y la ciudad olvidada han desaparecido de la literatura de ficción, dado que ya no queda un sitio donde puedan ocultarse de manera plausible.

Por lo demás, Lovecraft cuenta su historia con una prosa simple, directa, sin acompañamiento de adjetivos del estilo de «lúgubre y horrible». Cuando unos años más tarde, Edwin F. Baird compró «Arthur Jermyn» para *Weird Tales*, Lovecraft se puso furioso porque Baird cambió el título por «El Mono Blanco». Esto, dijo Lovecraft, destrozaba el desenlace. La verdad es que dudo que muchos lectores se hayan sorprendido por el climax, cualquiera que fuese el título.

Uno se puede preguntar: ¿por qué a la gente le gusta leer relatos de horror, de terror, de desastres, de ruina y de desesperación? Es evidente que los leen muchos. Si se lee literatura de ficción por el placer de experimentar emociones artificiales, sustitutivas, las emociones de horror y demás son tan legítimas como esas otras más agradables de simpatía, compasión, triunfo, amor y risa. Joseph Addison, uno de los ídolos de Lovecraft del siglo XVIII pensaba sobre este asunto, hace dos siglos y medio:

> Las dos Pasiones principales que las partes más serias de la poesía se esfuerzan en despertar en nosotros son el Terror y la Piedad. Y aquí, a propósito, uno podría preguntarse cómo es que tales Pasiones, que son muy desagradables en todo otro tiempo, son muy agradables cuando las excitan apropiadas descripciones…
>
> Si consideramos, por tanto, la Naturaleza de este placer, descubriremos que no proviene tanto de la Descripción de lo que es Terrible, cuanto de la Reflexión que hacemos sobre nosotros mismos

en el momento de leerla.

> Cuando reflexionamos en tan espantosos Objetos, no nos complace poco el pensar que no suponen Amenaza alguna para nosotros. Los consideramos, al mismo tiempo, Terribles e Inofensivos; de suerte que cuanto más espantoso es el Aspecto que asumen, mayor es el placer que recibimos de la Sensación de nuestra propia Seguridad. En resumen, miramos los terrores de una descripción con la misma Curiosidad y Satisfacción con que examinamos a un Monstruo muerto.

A «Arthur Jermyn» le siguió «Los gatos de Ulthar». En esta breve y encantadora fábula, Lovecraft combinó su estilo dunsaniano con su amor por los gatos:

> Se dice que en Ulthar, situada más allá del río Skai, ningún hombre puede matar un gato; cosa que puedo creer sinceramente cuando contemplo al que ronronea tumbado delante del fuego. Pues el gato es enigmático, y se halla vinculado a las cosas extrañas que los hombres no alcanzan a ver. Es el alma del antiguo Egipto, depositario de la historia de las ciudades olvidadas de Meroe y Ophir. Es pariente de los señores de la selva y conocedor de los secretos del África vetusta y siniestra[185].

En esa ciudad vive un viejo matrimonio que gusta de cazar y matar a sus vecinos los gatos. Un día pasa por el pueblo una caravana de oscuros gitanos extranjeros. Con ellos va un chiquillo huérfano, Menes, cuyo único compañero es un gatito negro. Este pequeño cachorrillo desaparece.

Menes reza a sus propios dioses, y la caravana se marcha. Esa noche desaparecen todos los gatos de Ulthar. Al día siguiente regresan, plácidos y saciados. Del viejo matrimonio, lo único que queda es un par de esqueletos.

«La maldición que cayó sobre Sarnath», escrito por la misma época, es una pequeña fantasía dunsaniana de excelente calidad:

> Existe en el país de Mnar un enorme lago de aguas tranquilas, al que no desemboca río alguno, ni sale de él ninguna corriente. Hace diez mil años, se alzaba junto a su orilla la poderosa ciudad de Sarnath; pero Sarnath no se encuentra ya allí.

Antes de Sarnath estuvo la pétrea ciudad de Ib, «habitada por seres de aspecto nada agradable». Los sarnathianos exterminaron a los ibitas, a los que odiaban. En la celebración del milenario de la destrucción de Ib. el Rey Zokkar de Sarnath dispone un gran festín, al que invita a otros príncipes. Pero a las doce de la noche… Lovecraft se quedó sorprendido al enterarse más tarde de que en la India existe una ciudad llamada Sarnath, ya que creía que se había inventado el nombre.

Por entonces escribió también un relato de horror de 2.500 palabras: «La declaración de Randolph Cárter». Lovecraft había estado discutiendo con Loveman por correspondencia sobre los relatos de horror, y a primeros de diciembre recibió una carta de Loveman sobre el tema.

La noche después de recibir dicha carta, Lovecraft tuvo una pesadilla en la que él y Loveman efectuaban una misión nocturna. Poco después, escribió la historia.

El narrador se llama «Randolph Cárter», mientras que el Loveman del sueño se convierte en «Harley Warren». La historia empieza:

> Les repito, señores, que sus investigaciones son inútiles. Deténganme para siempre, si quieren; encarcélenme o mándenme ejecutar, si es que necesitan una víctima para aplacar esa ilusión que ustedes llaman justicia; pero no puedo añadir más a lo que he dicho ya.

Los «señores» están investigando la desaparición de Harley Warren. Warren, se infiere, es un estudioso de las ciencias ocultas. La noche en cuestión, Cárter va con Warren, que lleva una linterna, un aparato de teléfono portátil y un libro escrito en caracteres desconocidos. Cárter carga con una linterna y dos palas. Se dirigen a «un antiguo cementerio; tan

antiguo que me estremecí ante los múltiples vestigios de años inmemoriales».

Levantan una losa de granito, descubriendo un negro agujero, por el que Warren se dispone a bajar. Pese a una discusión, se niega a permitir que Cárter baje con él, diciendo: «… No puedo arrastrar a un manojo de nervios como tú a una muerte probable, o a la locura». Desciende a continuación, desenrollando el cable del teléfono. Tras un presagioso silencio, Warren habla por el teléfono:

«¡Dios! ¡Si pudieses ver lo que estoy viendo!… ¡es terrible, monstruoso, increíble!».

Tras unas cuantas exclamaciones más, Warren grita: «¡Cárter!, ¡por el amor de Dios, vuelve a poner la losa y huye, si puedes! ¡Rápido!…, déjalo todo y vete, ¡es tu única oportunidad! ¡Haz lo que digo y no me preguntes!».

Warren profiere varias advertencias similares, con creciente excitación. Y termina con el alarido de «*¡Huye!*». Luego, silencio …[186]

El relato (publicado por primera vez en el *Tryout* de Smith) es un corto intento de mucho efecto. «Randolph Cárter», que reaparece en varias historias posteriores, es una idealización literaria del propio Lovecraft, igual que Conan de Cimeria, el valiente aventurero bárbaro, es idealización de su amigo Robert E. Howard.

Cárter es un solterón bostoniano, soñador, erudito, aristocrático y un tanto inútil. Posee dos cosas que Lovecraft ansió en vano: dinero suficiente para vivir como un caballero y un pasado militar: ha servido en la Legión Extranjera francesa. Siente interés por el saber prohibido pero, cuando llega el momento de decidirse por una acción drástica, se queda paralizado de miedo: «inmovilizado por las cadenas de un insuperable horror». La Legión Extranjera debió de sentirse orgullosa al conocer su final. Indudablemente, Lovecraft, que jamás había experimentado tales trances, imaginaba que una persona nerviosa como él se sentiría paralizada. La gente que le conocía, sin embargo, me asegura que Lovecraft habría afrontado un peligro grave de manera más digna.

En 1920 Lovecraft tuvo otro arranque de creatividad. El primer relato fue «El árbol»: pequeño esfuerzo en el que utiliza sus conocimientos clásicos. Dos escultores, Kalós y Musides, son amigos íntimos hasta que el tirano de Siracusa les pide que compitan en realizar una escultura suya. Entonces Musides envenena a Kalós. Más tarde, Kalós se venga cuando una rama de un árbol enorme que crece en su tumba se derrumba sobre la casa de Musides.

Por esta época, Lovecraft escribió «Celephais», más conocido. Como «La Nave Blanca», «Celephais» es un relato onírico; el mundo soñado de Lovecraft estaba adquiriendo una forma más definida. La historia combina la calidad dunsaniana, la geografía de «Los gatos de Ulthar» y la concepción del mundo de Lovecraft:

> En un sueño, vio Kuranes la ciudad del valle, y la costa al otro lado, y la costa que se extendía más allá, y el nevado pico que dominaba el mar, y las galeras de alegres colores que zarpaban del puerto rumbo a lejanas regiones donde el mar se junta con el cielo. Fue en un sueño, también, donde recibió el nombre de Kuranes, ya que despierto se llamaba de otra manera. Quizá le resultó natural soñar un nuevo nombre; pues era el último de su familia, y estaba solo entre los indiferentes millones de londinenses, de manera que no eran muchos los que hablaban con él y recordaban quién había sido. Había perdido su riqueza y sus tierras, y le tenía sin cuidado la vida de la gente de su alrededor, porque prefería soñar y escribir sus sueños. Sus escritos hacían reír a quienes los enseñaba, por lo que algún tiempo después los guardó para sí, y finalmente dejó de escribir.

El paraje onírico favorito de Kuranes es la ciudad de Celephais, en el valle de Ooth-Nargai. Tras aventurarse en este mundo soñado, Kuranes es incapaz de volver a Celephais. Recurre a los narcóticos para soñar más intensamente, hasta que, *in extremis*, vuelve a descubrir su ciudad:

> Y Kuranes reinó en adelante en Ooth-Nargai y todas las regiones vecinas del sueño, y tuvo su corte alternativamente en Celephais y en la brumosa Serennian. Aún reina allí, y seguirá reinando siempre; aunque al pie de los acantilados de Innsmouth las corrientes del canal, en la pleamar, jugaban con el cuerpo de un vagabundo que había pasado de madrugada por el pueblo medio desierto; jugaban burlonamente, y lo estrellaban contra las rocas al pie de las Torres de Trevor cubiertas de hiedra, donde un cervecero obeso y millonario, especialmente desagradable, goza del ambiente comprado de nobleza extinguida[187].

Artísticamente, la historia es digna de elogio; pero las notas de autocompasión y los pensamientos ávidos pueden estropear el placer del lector. No obstante, todos los escritores de ficción se introducen a sí mismos de una manera o de otra. ¿A quién conoce uno la mitad de bien de lo que se conoce a sí mismo?

«Del más allá» (1920) es un relato de horror o ciencia-ficción convencional sobre un científico loco que idea una máquina que le permite asomarse a otra dimensión. Convence al narrador para que se una a él en un experimento que invoca a una Entidad del Exterior.

«El Templo» (1920), de más de 5.000 palabras, está en forma de un diario, metido en una botella, escrito por el comandante de un submarino alemán. El Graf von Altberg-Ehrenstein cuenta cómo hundió un carguero británico. Un marinero muerto de la tripulación del barco hundido emerge sobre el submarino. En un bolsillo se le encuentra una cabeza de joven tallada en marfil, que ejerce una influencia maligna.

Una explosión inutiliza al submarino. La embarcación es asediada por manadas de misteriosos delfines. La tripulación muere, o enloquece, o se amotina y se mata, hasta que sólo queda el comandante. El submarino encalla en medio de las ruinas del Atlantis, y el Graf decide terminar su

vida explorando estas ruinas con una escafandra.

La historia es mediocre; los diversos fenómenos misteriosos no llegan a adoptar una pauta coherente. Es interesante el retrato que hace Lovecraft del oficial alemán, que habla de «mi férrea voluntad alemana», «soy alemán, y no se me escapa nada», «soy prusiano, y hombre de sentido común». Es, naturalmente, una caricatura hostil, aunque no al extremo de forzar la credulidad, porque ha habido muchos alemanes así. La ironía está en que Lovecraft no veía que, cuando hablaba de la superioridad de los arios anglosajones, se colocaba en el mismo plano.

«El anciano terrible» (hacia finales de 1920) es una pequeña fantasía, bastante buena, de unas mil palabras: se trata de un relato convencional sobre cómo tres ladrones van a robar a un viejo capitán de mar de singulares poderes, y cómo los tres encuentran un fin violento.

La historia es notable por tres cosas. Primero, se trata de una reminiscencia de «La probable Aventura de los Tres literatos» y «Cómo Nuth había practicado su Arte con los Gnoles» y la obra teatral «Una noche en la Posada», de Dunsany, de las que probablemente es imitación. Segundo, se sitúa en el pueblo lovecraftiano de Kingsport, en Nueva Inglaterra. Se trata de un duplicado imaginario de Marblehead, Massachusetts; Lovecraft lo utilizó en relatos posteriores.

Finalmente, la historia posee una de esas implicaciones con «extraños» que, durante la década siguiente, constituyeron el *leitmotiv* de la ficción lovecraftiana. Sus tres ladrones son Angelo Ricci, Joe Czanek y Manuel Silva, ninguno de los cuales tenía «sangre de Kingsport; eran de esa extraña estirpe nueva y heterogénea que habita más allá del círculo encantador de la vida y las tradiciones de Nueva Inglaterra…».

«La música de Erich Zann» (1921) se ha considerado con frecuencia el mejor de los relatos de Lovecraft. El narrador nos cuenta cómo, cuando era un estudiante pobre en una ciudad francesa, tomó una habitación barata en una de las casas viejas y decrépitas de la *rué d'Anseil*. Su vecino de la

buhardilla de arriba es un viejo alemán, mudo y músico, cuyas melodías espectrales oye el narrador. Cuando éste traba amistad con él, el mudo le deja escuchar; pero le detiene cuando quiere asomarse a la ventana de postigos cerrados y cortina corrida, desde la que se debe dominar la ciudad. Zann se niega también, con muestras de terror, a tocar las espectrales melodías que el narrador ha oído desde abajo.

Una noche el narrador oye un estrépito en la habitación del músico y sube a prestarle ayuda. Zann trata de escribir una explicación de su secreto. Entonces se oyen unos acordes ultraterrenos a través de la ventana. Zann agarra violentamente su violín y empieza a tocar con furor. Una tormenta rompe la ventana, apaga las velas y arrebata el manuscrito de Zann. Cuando el narrador se asoma no ve más que negrura …

Cuando alguien preguntó a Lovecraft, que jamás había salido al extranjero, cómo había logrado describir tan bien el ambiente de París, dijo que efectivamente había estado allí… en un sueño, en compañía de Poe.

«La Ciudad sin nombre» (1921) es el primer relato de lo que más tarde se llamaría el grupo de los Mitos de Cthulhu. El narrador habla de una ciudad en ruinas en el desierto de Arabia:

> No hay leyendas tan antiguas que recojan su nombre, o la recuerden con vida; pero se habla de ella en voz baja, en torno a las fogatas de campamento, y de ella murmuran las abuelas en las tiendas de los jeques, de forma que todas las tribus la evitan sin saber muy bien por qué. Esta fue la ciudad con la que el poeta árabe loco, Abdul Alhazred, soñó la noche antes de cantar su dístico inexplicable:
>
> *«Que no está muerto lo que yace eternamente,*
> *y con el paso de los evos, aún la muerte puede morir».*

De este modo pasó a utiliza, su mote infantil de «Abdul Alhazred». Explorando las ruinas, el narrador descubre esculturas y momias de una raza de pequeños dinosaurios civilizados. Cuando sale de un túnel, es

empujado hacia atrás por un viento aullador, en el que cree oír voces de los espíritus de los antiguos moradores. Al abrirse paso hacia la superficie, ve «una horda pesadillesca de seres que se precipitaban; odiosamente deformes, grotescamente armados, demonios semitransparentes de una raza que ningún hombre habría podido confundir: los reptiles de la ciudad sin nombre[188]».

Aunque no se publicó profesionalmente hasta después de la muerte de Lovecraft, la historia es bastante buena en su género. Como muchos de los cuentos de Lovecraft, estaba basada en un sueño.

«Los otros dioses» (1921), breve fantasía de gran impacto, se retrotrae al país de los sueños de «Los Gatos de Ulthar». Empieza: «Sobre los más altos picos de la tierra habitan los dioses terrenos, y no toleran que hombre alguno diga jamás que los ha visto». Pero:

> En Ulthar, más allá del río Skai, vivía una vez un anciano que ansiaba contemplar a los dioses de la tierra; era un hombre profundamente versado en los siete libros crípticos de la tierra y conocedor de los manuscritos pnakóticos de la lejana y helada Lomar. Se llamaba Barzai el Sabio, y los lugareños contaban cómo subió a la montaña la noche del extraño eclipse.

Parece que Lomar no está, como se supone en «Polaris», en el remoto pasado del mundo vigil, sino que es parte del mundo onírico. Barzai y el joven sacerdote Atal suben al prohibido Hatheg-Kla. Cerca de la cima, Barzai echa a correr hacia arriba. Al ascender un poco más, Atal siente que la gravedad le impulsa aún más, en vez de tirar de él hacia abajo. Ya arriba, Barzai grita:

> «¡Los otros diosas! ¡Los otros dioses! ¡Los dioses de los infiernos exteriores que protegen a los dioses terrenos!… ¡Aparta los ojos… Retrocede… No mires! ¡No mires! La venganza de los

abismos infinitos… Ese maldito, ese condenado precipicio… ¡Misericordiosos dioses de la tierra, estoy cayendo al cielo!»[189].

«La búsqueda de Iranon» es una débil fábula del mundo onírico de Lovecraft. Coronado con hojas de parra y vestido con un manto rojo andrajoso, Iranon vaga cantando para ganarse una comida, buscando, aunque sin encontrar jamás, la ciudad mágica de Aira. La historia se estropea por la misma nota de autoconmiseración que observamos en «Celephais». Lovecraft sostiene en ella, efectivamente, que personas con su sensibilidad exquisita y artística deberían tener el privilegio de poderse pasar la vida en ociosa ensoñación, y que se las debería mantener para que viviesen así.

«El extraño» (1921) se ha considerado frecuentemente una de las mejores historias de Lovecraft, aunque a mí personalmente no me gusta. En esto, creo que coincido con el autor, que la calificaba de «demasiado volublemente *mecánica* en su efecto de gradación, y casi cómica por la pomposa altisonancia de su lenguaje… Representa mi literal aunque inconsciente imitación de Poe en su punto más elevado». La historia es, de hecho, tan poesca que hay quien cree que podía haber pasado por un relato de Poe descubierto recientemente. Sus párrafos iniciales son casi una paráfrasis de los del «Berenice» de Poe.

El narrador cuenta cómo creció completamente solo: «No sé dónde he nacido, salvo que el castillo era infinitamente viejo e infinitamente horrible, estaba lleno de corredores oscuros y altos techos donde la vista sólo alcanzaba a divisar telarañas y sombras». Rodeado por un espeso bosque, este castillo está lleno de murciélagos, ratas, libros mohosos y esqueletos consumidos. No se dice de qué vivía el pobre muchacho. Finalmente, el narrador sube por una alta y oscura torre del castillo para asomarse al paisaje. Al llegar arriba se queda asombrado al descubrir que, en vez de alcanzar una elevada perspectiva, lo que ha hecho es llegar meramente a la superficie de la tierra.

Sale, vaga por el campo, y descubre otro castillo. En el interior la gente,

vistosamente ataviada, celebra una fiesta; pero todos empiezan a gritar y a correr al verle. En lo que parece ser una entrada, ve una espantosa monstruosidad, «la imagen pútrida goteante de una revelación nauseabunda». Cuando intenta tocar aquel ser, descubre que es su propia imagen en un espejo, y que el monstruo es él.

Las fuentes de este relato parecen evidentes. Una de ellas es «La Máscara de la Muerte Roja», de Poe. Otra es *El Diario de un solitario* de Hawthorne. En esta obra, Hawthorne apuntaba una idea para un relato en el que pasea por Nueva York. Se queda asombrado cuando la gente grita y echa a correr al verle, hasta que se mira en un espejo y se entera de que «¡me he estado paseando por Broadway envuelto en mi mortaja!».

El título de «El extraño» es significativo. Lovecraft se había hecho a sí mismo, según admitía, un extraño. Ahora bien, el extraño —el ermitaño, el profeta, el visionario, el excéntrico— tiene una vida difícil. Sólo goza de ella en la medida en que puede renunciar a los ordinarios placeres mundanos sin echarlos de menos.

Con su vida ascética y sin vicios, Lovecraft llegó a suprimir bastante bien sus deseos; pero nunca alcanzó una completa y total supresión búdica del deseo. Deseaba apasionadamente cosas que le estaban negadas: recuperar la casa de su abuelo; hacer un viaje al Oeste y al Mundo Antiguo; ser una caballero hacendado con rentas suficientes como para sostener ese papel. De modo que su vida como extraño nunca fue feliz, y tuvo bandazos de franca miseria.

«El Pantano de la luna» (1921) es una historia mediocre de horror sobrenatural. Habla de un americano irlandés que compra una propiedad en Irlanda y proyecta desecar un pantano encantado. Pero los espíritus del pantano convierten al propietario y a todos sus obreros importados en ranas, o se deshacen de ellos.

Debido a la reclusión de su madre en marzo, 1919 fue un año de inactividad para Lovecraft. Aun cuando sus tías trataron de ocupar el lugar de su madre mimándole, encontraba difícil habituarse a la ausencia de Susie.

En 1920 se animó más. Se preguntó si podría enseñar en una escuela nocturna; sus horas de vigilia, decía, descartaban la enseñanza diurna. Descubrió que los clientes para quienes escribía le pagaban por corregirle sus escritos.

En la primavera le visitaron los periodistas aficionados Daas, Houtain y Kleiner. Luego, los aficionados de Boston, incluido el Hub Club, organizaron una convención del 3 al 10 de julio. Lovecraft acudió.

Hasta entonces Lovecraft se había movido poco de su casa. No había salido de Rhode Island en los tres años previos a la conferencia de Dunsany, y no había pasado una noche fuera desde octubre de 1901, cuando tenía once años. En aquella ocasión su madre le había llevado de vacaciones a un lugar de veraneo; pero la «nostalgia nerviosa del niño la obligó a regresar rápidamente[190]».

En Boston, Lovecraft pasó una época agradable. Allí estaban sus colegas aficionados Cook, Kleiner y otros. Incluso bromeó un poco, asumiendo de manera burlona su pose dieciochesca y diciendo a los demás que «tenía ganas de ser un *Hooligan* completo… por un día». Pese a su aparente solemnidad, Lovecraft tenía un vivo sentido del humor, del estilo del impasible o cara de *poker*.

La primera noche, Lovecraft regresó a Providence para volver al día siguiente. Luego los otros le convencieron para que se quedase a dormir en Boston. El día 6 salió con Alice Hamlet, «escoltados por la señora Thompson [tía de la señorita Hamlet, como si Lovecraft hubiese necesitado alguna vez esa clase de escolta], y acompañados por el señor White, a dar una vuelta por la zona metropolitana de Boston». Después, la señora Thompson y Alice Hamlet llevaron a Lovecraft a casa de ellas, en Dorchester, a pasar la noche, ya que el ruido de la casa de la convención le resultaba una dura prueba, y «tenía que tener una habitación tranquila para él».

El 7 de agosto volvió a Boston con motivo de una excursión organizada por el Hub Club. Había sido invitado por Edith Dowe Miniter, jefa desde la década de 1880 del periodismo aficionado de Massachusetts. Entretanto, había recibido tres distinciones de la UAPA a la vez: una por «La Nave Blanca», y las otras por un ensayo y un editorial.

La lluvia obligó a los excursionistas a comer bajo cubierto, pero el tiempo se despejó lo bastante como para permitir que se celebrase una misa de campaña en la Reserva de Middlesex Fells. La señora Miniter reunió suficiente laurel para trenzar una corona a Lovecraft.

El 5 de septiembre estaba otra vez de vuelta con motivo de una conferencia en el Hub Club, donde conoció a James F. Morton. H. P. L. leyó un «largo y tedioso» discurso que él calificó de «aburrido y monótono» y de «estilo pomposo[191]», y le convencieron para que cantase.

Las visitas a Boston se volvieron habituales. El 22 de febrero de 1921, con un traje nuevo comprado en el almacén de una fábrica, desafió el invierno de Nueva Inglaterra para asistir a una conferencia en Quincy House. El tema de la tarde era «Qué has hecho tú por el periodismo *amateur* y qué ha hecho el periodismo *amateur* por ti». Lovecraft leyó una hoja «Lo que el amateurismo y yo hemos hecho el uno por el otro». Habló de su ingreso en este campo y de su objetivo como presidente del Departamento de la Crítica Pública.

> Lo que yo he hecho por el periodismo aficionado es probablemente muy poco, pero al menos puedo declarar que representa mis mejores esfuerzos para… ayudar al que aspira a escritor… Lo que yo he hecho ha sido iniciar una campaña para elevar el nivel literario… He emprendido una crítica privada aceptablemente extensa y he ofrecido mis servicios a toda persona que desease la revisión de manuscritos para revistas… Cuando entré en el amateurismo, tenía desgraciadamente la ilusión de que podía escribir poesía; ilusión que me llevó a irritar a mis lectores con abundantes y largas peroratas métricas execrablemente aburridas …
>
> Afortunadamente, puedo ser menos reservado sobre lo que el amateurismo ha hecho por mí… El periodismo aficionado me ha proporcionado el mismísimo mundo en que vivo. De un temperamento nervioso y reservado, y maldito por una aspiración que excede con mucho a mi propia capacidad, soy el típico desajustado en el ancho mundo del esfuerzo… En 1914, cuando se me tendió por primera vez la mano amable del amateurismo, me

> hallaba en un estado tan próximo al de la vegetación como puede estarlo cualquier animal; quizá podría comparárseme, todo lo más, a la humilde patata… Lo que me ha aportado el amateurismo es un círculo de personas entre quienes no soy completamente extraño; personas que poseen una formación académica, aunque no son tan arrogantes con sus títulos como para despreciar al que abandonó sus estudios… Lo que yo he aportado al Periodismo aficionado es lamentablemente poco; lo que el Periodismo aficionado me ha dado es: la vida misma.

Lovecraft contó a su madre: «Mis manifestaciones han sido recibidas con una sorprendente cantidad de aplausos, que naturalmente, me han complacido inmensamente».

Entre los muchos aficionados que Lovecraft conoció estaba una mujer alta, sorprendentemente hermosa, de vigorosa personalidad: Sonia Haft Greene. Kleiner les presentó en la cubierta de una embarcación del puerto que les llevaba a la playa. La señora Greene esperaba publicar su propio periódico aficionado. De Lovecraft escribió más tarde: «Admiraba su personalidad, pero, francamente, al principio, no su persona».

Lovecraft le hizo la propaganda de los méritos de la UAPA. Prometió escribirle y enviarle ejemplares de su propia obra y de otros periodistas aficionados.

Lovecraft había preparado otro discurso para la noche, sobre «El mejor poeta». Cuando le tocó el turno, dejó a un lado lo que tenía preparado y, ante su propia sorpresa, habló fluidamente *ex tempore*, con chistes y digresiones. La charla «despertó aplausos atronadores[192]».

Lovecraft asistió a otra asamblea de aficionados a mediados de marzo, en la que cada uno debía preparar un acto de cierto sabor irlandés, en honor al Día de San Patricio. Lovecraft escribió «El pantano de la luna» para esta ocasión y lo leyó en voz alta.

Poco después, Susie Lovecraft, que contaba entonces sesenta y tres años, necesitó una operación de cálculo en la vejiga. La operación pareció ser satisfactoria. Cinco días más tarde, sin embargo, decía que quería morirse, porque «sólo viviré para sufrir». Al día siguiente, 24 de mayo de

1921, moría de «cholecystitis chalangitis», inflamación de la vesícula y conducto biliar[193]

Durante su última enfermedad, la estuvo visitando su hermana Lillian Clark, pero parece ser que su hijo no. Dado que ignoramos cuánto tiempo estuvo Susie postrada en cama antes de la operación, no sabemos si se abstuvo de verla a propósito o no; puede que estuviera en casa con colapso nervioso.

La muerte de Susie podría haber beneficiado a Lovecraft, obligándole a la independencia y a la autosuficiencia. Pero no fue así, porque tenía a dos tías cariñosas, dispuestas, complacientes y deseosas de asumir la carga de Susie. De este modo, Lovecraft perdió toda posibilidad de escapar de su papel de niño de mamá, y se convirtió simplemente en niño de sus tías.

# 9. JORNALERO FANTASISTA

*Be eloquent in praise of the very dull old days*
*which have long since passed away,*
*And convince' em, if you can, that the reign of Good Queen Anne*
*was Culture's palmiest day.*
*Of course, you will pooh-pooh whatever's fresh and new,*
*and declare it's crude and mean,*
*For Art stopped short in the cultivated court*
*of the Empress Josephine*[194].

W. S. GILBERT

LA muerte de Susie fue un duro golpe para Lovecraft:

> Psicológicamente, siento que han aumentado inmensamente mi falta de objetivo y mi incapacidad para interesarme por las cosas, debido en parte a que casi todo mi antiguo interés por las cosas residía en discutirlas con mi madre y conseguir su punto de vista y aprobación.
>
> … Me desprecio a mí mismo por seguir viviendo sin la menor excusa válida para prolongar esta farsa deplorable. Rara vez me despierto sin disgusto ante la necesidad de permanecer consciente otras 16 o 17 horas, antes de regresar al olvido de nuevo; y más

tarde o más temprano me encontraré lo bastante persuadido como para decidirme por un sueño más piadosamente duradero.

Tachó también al resto de la humanidad de «lobos, hienas, cerdos, necios y locos[195]».

Winfield Scott Lovecraft había dejado una herencia de 10.000 dólares. El abuelo de Howard Phillips Lovecraft, Whipple Van Burén Phillips había legado 5.000 dólares a su hija Susie y 2.500 a su nieto. Una hermana de Winfield Scott Lovecraft, Mary Louisa Lovecraft Mellon, había muerto en 1916, dejando a su sobrino Howard Phillips Lovecraft 2.000 dólares.

Dado que Howard era el único heredero de su madre, el capital que recibió ascendía al menos a 19.000 dólares, ya directamente, ya a través de su madre. De éste, 12.000 dólares provenían de su padre y su tía paterna, y 7.500 de su abuelo materno. Su madre había recibido probablemente algún dinero más de la venta de los bienes de los Phillips.

Parte de este capital lo emplearon Lovecraft y su madre en gastos necesarios. Otro poco se perdió en un negocio de ganado, en el que Susie fue engañada por su hermano,

Edwin Phillips, en 1911. Y gran cantidad, sin duda, se fue en los dos años de hospitalización de Susie.

A principios de la década de 1920, Lovecraft solía decir que el capital con que contaban él y sus tías ascendía a 20.000 dólares, y que esta suma tenía que durar lo que ellos tres vivieran. Aunque 20.000 dólares en 1921 tenían varias veces el poder adquisitivo de hoy —quizá equivalían a 60.000 o 70.000 dólares—, la cantidad no significaba la abundancia para tres personas incapaces de ganarse la vida y obligadas a vivir de los intereses y a veces a echar mano del capital. Además, cuando Lovecraft mencionó estos 20.000 dólares, se refería a los bienes de los Phillips; puede que no incluyera los legados de su padre en esta estimación del capital de la familia.

En cualquier caso, el sobrino y las tías vivían con estrechez. Sobre los ingresos de Lovecraft escribió Sonia, cuando vivía con ella en Nueva York: «Sus tías, se supone que le mandan 15 dólares a la semana, de su parte de la herencia de los Phillips; pero mientras le proporcioné yo dinero, le

mandaron sólo 5 dólares, y no siempre». A 15 dólares por semana, los ingresos de Lovecraft procedentes de las rentas debían de ser unos 750 a 780 dólares anuales; suponiendo que el tipo de interés probable en aquella época fuera del 6 por ciento, el capital personal de Lovecraft en 1921 sería de unos 12.500 a 13.000 dólares.

Conciliando estas cifras, podemos inferir o bien que el valor total del capital de Lovecraft y sus tías era superior a 20.000 dólares, porque no había incluido su propio dinero de los Lovecraft, o bien que él recibía dos tercios del total, quedándoles a sus dos tías menos de 10.000. Creo que la primera suposición es la correcta.

La mejor estimación que puedo hacer de estas escasas referencias es que el capital total de los tres ascendía a unos 25.000 dólares; y que, de éste, Lovecraft recibió la mitad. Además de los 5.000 dólares que había recibido cada uno de Whipple Phillips, las tías recibieron probablemente legados de otras fuentes: Lillian Clark de su marido y Annie Gamwell de su hijo, quien, como Howard Phillips Lovecraft, había recibido 2.500 del testamento de Whipple Phillips. También participaron del producto de la venta del número 454 de Angelí Street.

El principal —y quizá único— capital de Lovecraft consistía en pagarés que databan de 1911, respaldados por una hipoteca sobre una cantera que explotaba un italo-americano, Mario de Magistris. Parece que de Magistris pagaba sus intereses con regularidad. En la década de 1920 a Lovecraft le gustaba aludir a su fuente de ingresos, ya que así se hacía la ilusión de que era un caballero hacendado.

Aunque es posible que a principios de la década de 1920 tuviera Lovecraft más dinero que sus tías, nunca ganó lo bastante como para hacer frente a sus modestos gastos. De ahí que, salvo en los dos años que le mantuvo su esposa en Nueva York, siguiera gastando pequeñas cantidades de su capital. Que estaba enterado de esta siniestra pendiente lo prueba la nota de presentimientos financieros de sus últimas cartas. Cuando murió, su capital se reducía a tres pagarés de 500 dólares, por lo que sus beneficios serían probablemente de unos 30 dólares al año[196]. Se le había acabado casi completamente el dinero. Los otros pagarés habían sido canjeados o vendidos, y se había gastado el dinero.

Cuando Lovecraft hablaba del capital de sus tías y del suyo, parece que —de manera fatalista o realista— daba por supuesto que nunca llegaría a ganar mucho dinero.

Trabajó, a menudo bastante, y ganó algún dinero. Hizo esfuerzos espasmódicos por encontrar trabajo.

Estos esfuerzos, no obstante, se veían frenados fatalmente, primero por la falta de preparación en su adolescencia, y de referencias profesionales en su mayoría de edad; y segundo, por su complejo de caballero. Este tabú limitaba su elección de ocupaciones a las «distinguidas», y le llevaba a considerar vulgar la idea de ganar dinero.

Thorstein Veblen, señala, en *The Theory of the Leisure Class* (1899), que la indiferencia ostentosa hacia el dinero es parte de la pose del viejo aristocrático. Este la adoptaba para demostrar que pertenecía a la clase propietaria, y que no necesitaba preocuparse de tales cosas. Sin embargo, mientras se proclamaba aristócrata, en realidad era pobre:

> Allí donde el canon del ocio evidente tiene una libre posibilidad de desarrollar su tendencia, emergerá igualmente una clase ociosa secundaria, en cierto modo espúrea, abyectamente pobre y con una vida precaria, llena de estrecheces y mortalmente incapaz de rebajarse a adoptar ocupaciones provechosas. El caballero venido a menos y la dama que ha visto tiempos mejores, no son de ningún modo fenómenos insólitos aun hoy día. Esta penetrante sensación de indignidad de la más ligera ocupación manual es familiar a todos los pueblos civilizados… En personas de sensibilidad delicada, largamente habituadas a maneras de buena crianza, el sentimiento de vergüenza por el trabajo manual puede llegar a ser tan fuerte que, en un momento crítico, puede anular el instinto de conservación.

Cuando murió Susie, la tía mayor de Lovecraft, Lillian Phillips Clark, se mudó al 598 de Angelí Street. Durante los tres años subsiguientes, Lovecraft vivió con sus tías, normalmente con las dos, salvo cuando Annie Gamwell se marchaba de vacaciones o por algún trabajo temporal.

Tras la muerte de su madre, Lovecraft vegetó, vestido con albornoz y

zapatillas, sin hacer otra cosa que escribir cartas. Tres semanas después, incluso sus indulgentes tías le instaron a que hiciese algo. Aludieron a que durante la última enfermedad de Susie, Lovecraft había recibido una invitación para que visitara a una prometedora miembro de la UAPA. Se trataba de una profesora jubilada, M. A. Little, de Haverhill, Massachusetts.

El 9 de junio Lovecraft fue a ver a la señorita Little. Visitó también al eminente editor aficionado Charle W. Smith, otro residente de Haverhill. Smith era un hombre bajito, de barba gris que contaba por entonces sesenta y nueve años. Llevaba publicando desde 1888, y sacando el *Tryout* desde 1914, y siguió publicando durante casi tres décadas más.

La señorita Little decidió ir con Lovecraft a ver a Smith, quien les acogió cordialmente en una «ruinosa casa de campo» repleta de recuerdos y porquerías acumuladas durante años y años. Estaba componiendo, precisamente, el relato de Lovecraft «El Viejo Terrible» para sacarlo en el próximo *Tryout*.

El 4 de julio Lovecraft asistió a la convención anual de la NAPA en Boston. Allí, W. Paul Cook recibió una afectuosa copa. Designado Lovecraft para responder al presentador, se limitó a contestar con talante levemente humorístico: «Puesto que no tengo nada que decir, procuraré decirlo con el mayor tacto posible…».

Lovecraft también escribía para Bush. El 8 de agosto Lovecraft recibió una llamada telefónica de su amigo de la infancia Harold Bateman Munroe, ahora ayudante de *sheriff*. Bateman invitó a Lovecraft a una excursión en automóvil para visitar algunos lugares próximos a Taunton, Massachusetts, que habían frecuentado cuando eran chicos. Salieron en el nuevo modelo T de Munroe. En Great Meadow Hill, Lovecraft se alegró de encontrar intacto el viejo club. Más tarde comentó que Munroe:

> … no ha perdido su juventud como yo. Para él, la aburrida rutina de la vida adulta es perfectamente adecuada; sin embargo, yo cambiaría cualquiera de mis dos «juergas» adulta e intelectual de Boston de hoy por una breve hora de chico de 17 o 18 años, con la vieja «pandilla». …[197]

Lovecraft recibió el encargo de su colega aficionado G. J. Houtain de escribir una serie de seis historias de horror conectadas, para sacarlas en su nueva revista profesional, *Home Brew*. Houtain prometió pagar 5 dólares por cada una, o 30 dólares por todas. Esto salía a un cuarto de centavo por palabra; un precio ínfimo, pero por algún sitio tenía que empezar.

Lovecraft encontró tediosa la disciplina de escribir una serie de relatos conectados, de una longitud determinada. Renegó de «la pesadez del trabajo mercenario» y la «árida inutilidad del comercialismo mediocre». Pero escribió los relatos.

Houtain llamó a la serie «Cuentos espeluznantes», pero más tarde fue reeditada bajo el nombre colectivo de «Herbert West, reanimador». La primera entrega, «Desde la Oscuridad», apareció en el primer número de *Home Brew*, en enero de 1922. El Herbert West de las historias está constantemente reviviendo cadáveres y metiéndose en los consiguientes problemas. En el último cuento, «Las legiones de la tumba»,

> fue West el primero en observar el yeso caído de aquella parte de la pared donde había sido tapada la albañilería de la antigua tumba… Entonces vi una abertura pequeña y oscura, sentí una corriente helada y horrible que hedía a entrañas de tierra putrescente… en ese instante se apagó la luz eléctrica y vi recortarse sobre cierta fosforescencia del mundo inferior una horda de seres atareados y mudos… Estaban quitando las piedras una a una, en silencio, del muro secular. Y entonces, cuando el boquete fue lo suficientemente grande, irrumpieron en el laboratorio en fila india; guiados por una criatura hierática con una hermosa cabeza hecha de cera. Una especie de monstruosidad de ojos tristes agarró a Herbert West. West no se resistió ni gritó. Luego todos se abalanzaron sobre él y lo despedazaron ante mis ojos, llevándose sus trozos a la cripta subterránea de fabulosas abominaciones[198].

De todas las historias de Lovecraft, las comprendidas en «Herbert West, reanimador», son quizá las más flojas. Sin embargo, jugaron su papel en la carrera profesional de Lovecraft. Houtain le pagó en seguida las dos

primeras, pero tuvo a Lovecraft esperando meses para cobrar el resto del dinero.

Durante 1921 Lovecraft siguió escribiéndose con Sonia Greene, a quien había conocido en la convención de Boston, en febrero.

Sonia había nacido el 16 de marzo de 1883, de un joven matrimonio judío, Simyon y Racille Shifirkin, en Itchno, cerca de Konotop, provincia de Chernígov, Ucrania. Simyon Shiñrkin abrió un almacén en Itchno, sin mucho éxito por el odio de los campesinos a los judíos. Un día los de la localidad, haciendo circular rumores de que iba a haber una matanza de judíos, convencieron a los Shifirkin para que huyesen a Konotop, y a continuación le saquearon el almacén.

Cuando Simyon fue llamado a filas, los oficiales del zar les sacaban sus pagas a los reclutas a patadas. Les obligaban a escribir a sus familiares pidiéndoles dinero, que después se quedaban ellos. Los soldados que se mostraban tercos eran golpeados y encarcelados hasta que se volvían razonables.

Después del servicio militar, Simyon Shifirkin insistió en que la joven pareja se divorciara, y Racille propuso buscar fortuna en el oeste de Europa. El padre de Racille se quedó en casa. Simyon se marchó, prometiendo llamarlas, a ella y a la niña, en cuanto se estableciese. Pero sus cartas fueron haciéndose cada vez menos frecuentes, y al final dejaron de llegar. Racille volvió a adoptar el nombre de Haft.

Los hermanos de Racille emigraron a Inglaterra y les fue bien, como contador uno y como vendedor otro, en Liverpool. Llamaron a Racille, que fue con Sonia y abrió una mercería. Cuando algunos amigos que habían conocido en Rusia pasaron a visitarla camino de América, se unió a ellos, dejando a Sonia en la Barón de Hirsh School, cerca de Liverpool.

En Estados Unidos, Racille se casó —y enviudó— con un comerciante de Elmira, Nueva York, llamado Solomon Moseson, quien se hacía llamar Samuel Morris. En 1892, a la edad de nueve años, trajeron a Sonia de Inglaterra y la ingresaron en la escuela de Elmira.

Morris se reveló un tacaño desagradable con una madre tiránica.

Cuando Sonia tuvo trece años, éste mandó que la pusieran a trabajar, ya que estaba cansado de mantener a la hija de otro hombre. Así que Sonia entró de aprendiza de modista.

Dos años más tarde, cuando Sonia trabajaba de modista en Nueva York, conoció a un vendedor de veinticinco años, también de origen ruso-judío, que había cambiado su nombre por el de Stanley Greene. Se prometieron; pero Greene también resultó ser una ganga dudosa: mandón, violento y frenéticamente celoso. Sonia trató de romper el compromiso. Pero llorando y suplicando de rodillas, Greene convenció a la chica de dieciséis años para que se casaran.

Sonia tuvo dos hijos, un niño, que murió muy pequeño, y una niña, Florence Carol. Greene galanteaba y haraganeaba, permitiendo que fuese Sonia quien le sustentase, hasta que se divorció de él; dijo que era un «caso de paz mental». Sonia se estableció en Nueva York con su hija Florence, su madre Racille, y los dos niños que Racille había tenido con Morris, antes de dejarle.

Durante el compromiso de Sonia, para elevar su espíritu, Greene la animaba a conocer ampliamente la literatura europea. El resultado fue que se despertaron en Sonia grandes anhelos de superación. En 1917 conoció a James F. Morton, quien la introdujo en el Sunrise Club de Walker. Este era un club de cenas y conferencias, del que se hizo asidua. Mientras progresaba en el mundo del trabajo como vendedora y diseñadora de sombreros de señora, asistía a una escuela nocturna para perfeccionar su inglés.

Hacia 1920 Morton le preguntó si podía utilizar su apartamento para una reunión del Blue Pencil Club, la asociación neoyorkina de periodistas aficionados. Así fue como entró Sonia en el periodismo aficionado. Poco después, asistía a la convención de Boston en la que conoció a H. P. Lovecraft.

Por esta época ganaba alrededor de 10.000 dólares al año como vendedora y directora de taller de la tienda de confecciones de Ferie Heller, en Manhattan. Era un salario principesco para un hombre en 1921, y fabuloso para una mujer. Desde su ruptura con Greene, Sonia había tenido otros pretendientes, entre ellos a Morton.

Entonces Sonia se inscribió en la uapa. En un arranque de generosidad, donó 50 dólares a la tesorería del órgano oficial, *The United Amateur*. Como director, Lovecraft se sintió extasiado ante esta inesperada aportación. «La señora G.», escribió, «tiene un agudo, receptivo, y bien provisto espíritu, de singular alcance y actividad, y una excepcional cultura continental[199]».

Alta, proporcionada, elegante, morena y de regia presencia —«junoesca», decían algunos—, Sonia aparentaba ser mucho más joven. Sam Loveman la recordaba como «una de las mujeres más hermosas que he conocido, y la más amable».

Aunque vivía en los Estados Unidos desde que tenía nueva años, Sonia manifestaba toda la extraversión, volubilidad, impulsivilidad y generosidad impremeditada que se atribuía a los rusos prerrevolucionarios. Era vigorosa, emprendedora, agresiva, voluntariosa, y no podía «permanecer inactiva dos segundos seguidos». Su cultura no tenía nada que ver con su «cultura continental», sino que la había conquistado mediante un estudio tenaz, constante, incluyendo cursos en Columbia. Cuando, durante un viaje de negocios, pasó a saludar a su colega aficionado Alfred Galpin, en Madison, Wisconsin, e instarle con apasionado fervor «a Escribir, Hacer, Crear», éste «se sintió como un gorrión fascinado por una cobra».

La volubilidad de Sonia impulsó a Lovecraft a describirla como «ese inteligente aunque excéntrico fonógrafo humano». Por otra parte, prodigaba sus alabanzas de ella:

> Mme. G. es ciertamente una persona de muy admirables cualidades, cuyo generoso y amable talante espiritual no es en modo alguno ficticio, y cuya inteligencia y devoción al arte merecen el más sincero aplauso. La volubilidad consiguiente a la herencia continental y no-aria no debe impedir al observador analítico ver el sólido valor y verdadero cultivo que subyace en ella[200]

Al enterarse de que Sonia tenía una hija adolescente, Lovecraft preguntó discretamente si a esta hija le gustaría salir con uno de sus amigos más jóvenes. Sonia le aseguró que Florence no sentía el menor interés por

intelectuales como Kleiner.

De hecho, Sonia y su hija no se llevaban bien. Lovecraft describió una vez a Florence como «una avecilla… petulante, consentida y ultraindependiente… demasiado exaltada…», pero por lo demás la ignoró. Sonia insistía en una vida de tenaz autosuperación, y la hija se resistía. Unos meses después de casarse Sonia con Lovecraft, Florence abandonó el hogar, trabajó de taquígrafa, se marchó a Paris, y se casó con un joven americano. Se divorció poco después, pero, como «Carol Weld», permaneció en París siete años como corresponsal para Heart. No volvió a ver a su madre hasta que Sonia alcanzó los ochenta años.

Derleth describió a Sonia como «una mujer de gran encanto y atractivo personal»; Colé, como «auténticamente fascinante, con un poderoso atractivo femenino». Sería difícil encontrar un contraste más grande entre la extrovertida Sonia y el afectadamente inhibido Lovecraft.

Sin embargo, poseían cosas en común, además del periodismo aficionado. Sonia tenía ambiciones literarias, aunque éstas nunca llegaron muy lejos; sus escritos eran demasiados efusivos. Como Lovecraft, sentía desprecio por el «comercialismo». Como Lovecraft, tenía un concepto elevado, rígido, de la moral y las costumbres. Algunas de sus ideas eran un poco raras; por ejemplo, consideraba que ningún caballero debía llevar navaja.

En el verano de 1921 Sonia luchó por sacar el primer número de su periódico aficionado *The Rainbow*, que apareció en octubre. Lovecraft le envió una larga carta filosófica, que ella publicó como artículo: «Nietzscheismo y Realismo».

Este artículo habla poco de Nietzsche y mucho de la política de Lovecraft. A diferencia de Nietzsche, no creía en la posibilidad de un buen gobierno permanente «entre estos gusanos rastreros y miserables llamados seres humanos». Como Aristóteles, Lovecraft creía que todas las formas de gobierno —monarquía, aristocracia, democracia y oclocracia (gobierno de la plebe)— contenían el germen de su propia destrucción. Era partidario de una aristocracia moderada, porque tal régimen hacía posible la creación de obras de arte, que eran lo único por lo que la vida valía la pena ser vivida. No era partidario de regímenes absolutistas, como el de los zares o káiseres:

> Una tolerable cantidad de libertad política es absolutamente esencial para el libre desarrollo del espíritu, de forma que, al hablar de las virtudes de un sistema aristocrático, el filósofo se pronuncia menos por un gobierno despótico que por una disposición de clases sociales tradicionales bien definidas, como en Inglaterra o en Francia[201].

Sin embargo, Lovecraft no era tan estratificacionista como sugiere este pasaje. No mucho antes había escrito un ensayo, «Americanismo», para el *United Amateur*. En él, junto con la glorificación anglosajona, las advertencias contra la inmigración no-nórdica, y un ataque a los «criminales políticos como Edward, alias Eamon, de Valera», afirmaba:

> Pero no deben minimizarse los rasgos propios del americanismo de este continente. Con la abolición de las fronteras fijas y rígidas entre las clases se ha hecho un avance sociológico evidente que permite un constante y progresivo reclutamiento por parte de los estratos superiores del nuevo y vigoroso cuerpo del pueblo inferior.

Si esto parece contradecir la anterior declaración sobre «las clases sociales tradicionales», es únicamente una prueba más de la habilidad del espíritu humano para sostener dos ideas mutuamente excluyentes a un mismo tiempo.

Sonia convenció a otros aficionados para que colaborasen también en su revista. Galpin proporcionó un artículo: «Nietzsche como profeta práctico», mientras que Morton, Kleiner y Loveman le enviaron poemas.

El domingo 4 de septiembre de 1921, Sonia se detuvo en Providence en un viaje de negocios, y telefoneó a Lovecraft. Este la llevó a dar un largo paseo turístico por la ciudad, y subieron por College Hill, hasta su casa. Allí le presentó a su tía Lillian Clark. La presentación estuvo bien:

> Las dos parecieron mutuamente encantadas, y desde ese momento no ha dejado mi tía de prodigar las alabanzas de Mm. G., cuyas ideas, conversación, modales, aspecto y hasta modo de vestir, la impresionaron de la manera más favorable. A decir verdad, esta visita ha elevado materialmente el respeto de mi tía por el amateurismo: institución cuya extremada democracia y ocasional heterogeneidad han hecho necesario a veces que la defendiera ante ella.

Habiéndola invitado Lovecraft y su tía a comer en el Crown Hotel, Sonia sugirió invitar a su vez a varios aficionados importantes, incluidos Lovecraft y Loveman, a Nueva York.

Esta fue la primera de varias visitas entre Sonia y Lovecraft durante los pocos meses subsiguientes. En una de ellas, Lovecraft la llevó a ver la exposición de flores de cristal del Museo de Zoología Comparada de Harvard. Cuando se veían en Boston o en otro lugar fuera de Providence, Lovecraft tenía el prurito de que se alojasen en hoteles distintos. En varias ocasiones cenaron en un restaurante griego de Boston, que a Lovecraft le gustaba por las decoraciones murales de escenas clásicas.

El mes de junio siguiente, Sonia se detuvo en Providence cuando las dos tías estaban en casa con Lovecraft. Después contó él que a Annie Gamwell «le ha gustado mucho, a pesar del abismo racial y social, que ella no suele contribuir a salvar[202]». El encanto de Sonia podía ablandar incluso a aquel monumento de orgullo clasista de americana vieja que era Annie Emeline Phillips Gamwell.

Durante los trece meses que van de diciembre de 1921 a diciembre de 1922, Lovecraft escribió el resto de los relatos de «Herbert West», el poema en prosa «Nyarlathotep» y el inconcluso «Azathoth». Colaboró con editoriales y artículos en la prensa aficionada, incluyendo el artículo «Una confesión de incredulidad», en *The Liberal* de febrero de 1922.

Este artículo habla del desarrollo mental del propio Lovecraft: su pérdida de fe en el cristianismo, sus coqueteos con el Islam y el paganismo

clásico, y su progreso hacia un ateísmo materialista. Describe su concepción como:

> … un cinismo atemperado por una inmensa piedad por la eterna tragedia del hombre debida a sus aspiraciones imposibles de colmar. La guerra ha confirmado todas las opiniones que yo había empezado a sostener… Para mí, la democracia es una cuestión secundaria; mi irritación se debe en primer lugar al atrevimiento de desafiar la supremacía anglosajona… Soy… un ferviente defensor de la opinión de que la división de una sola cultura en dos unidades nacionales es ruinosa y a menudo peligrosa. En este caso, mi opinión es doblemente fuerte porque creo que la civilización entera existente depende del predominio anglosajón[203].

Escribió otros relatos. A finales 1921 compuso «El cuadro de la casa», un sencillo cuento de horror sin aditamentos fantásticos. Empieza presagiosamente:

> Los amantes del horror frecuentan parajes extraños y apartados. De ellos son las catacumbas de los Ptolomeo y los esculpidos mausoleos de regiones de pesadilla. Escalan a la luz de la luna las torres de los ruinosos castillos del Rhin, y bajan vacilantes los negros peldaños cubiertos de telarañas que descienden bajo los dispersos sillares de olvidadas ciudades asiáticas… El bosque encantado y la desolada montaña son sus altares, y se demoran junto a los siniestros monolitos de las islas deshabitadas. Pero el verdadero epicúreo de lo terrible, para quien un nuevo estremecimiento de horror inexplicable es el fin principal y la justificación de la existencia, estima más que nada las antiguas y solitarias casas de campo de las regiones boscosas de Nueva Inglaterra; pues en ellas se combinan los elementos de poder, soledad, ignorancia y primitivismo para constituir la perfección de lo espantoso.

El narrador cuenta cómo iba en bicicleta a efectuar una misión de investigación genealógica por el valle Miskatonic. Este valle se llama así por un río imaginario, en el que Lovecraft sitúa su horrible ciudad de Arkham. Al cogerle una tormenta, el narrador busca refugio en una granja vieja y decrépita. En el interior encuentra a un anciano robusto, de barba blanca, harapiento, que habla un arcaico dialecto:

> «Le ha cogido la lluvia, ¿no?», saludó. «Celebro que se encontrara cerca de la casa, y haya tenido la sensatez de venir. Creo que me he dormido, si no, le habría oído llegar…»[204].

Sobre la mesa hay un ejemplar del *Regnum Congo* (1598) de Francesco Antonio Pigafetta, uno de los que acompañaron a Magallanes en la primera vuelta al mundo. Lovecraft dice que el libro estaba «escrito en latín, tomado de las notas del marinero López[205]».

El anciano está mirando una ilustración de una carnicería congoleña, con el carnicero cortando alegremente un cadáver humano en porciones para la venta. En ese momento, una gota de sangre, desprendida del techo de la estancia, cae sobre la página. El narrador cae presa de una lovecraftiana parálisis de terror, hasta que un rayo destruye la casa, «trayendo el olvido que salvó mi cordura». No está claro cómo el rayo demolió la casa sin demoler al narrador.

«El Sabueso» (1922) es un relato eficaz, aunque recargado de adjetivos, que forma parte del conjunto perteneciente al canon de los Mitos de Cthulhu, que ahora empezaba a adquirir forma definida.

El narrador cuenta cómo, buscando sensaciones nuevas, él y su amigo St. John, salieron en busca de ruinas. En una cripta bajo la vieja mansión inglesa donde vivían solos, instalaron un museo de horrores, decorado con lo que robaban de las tumbas: cadáveres momificados, embalsamados o conservados de alguna manera; cráneos, esqueletos, lápidas y otros artículos igual de alegres.

Al saquear la tumba de un gul en los Países Bajos, cogen un amuleto

que lleva el símbolo de un sabueso alado: «Aquello aludía al prohibido *Necronomicon*, del árabe loco Abdul Alhazred: el horrendo símbolo-espíritu del prohibido culto de los devoradores de cadáveres de la inaccesible Leng, en el Asia Central». Más tarde son visitados por el sabueso, o el gul, o por ambos, hasta que St. John es despedazado …

El ficticio *Necronomicon*, libro de portentosos encantos para invocar entidades horrendas de otros mundos y dimensiones, se convirtió en elemento capital de los posteriores relatos de Lovecraft pertenecientes a los Mitos de Cthulhu. El nombre se lo sugirió probablemente la *Astronómica* de Manili, poema astrológico del siglo I citado por Lovecraft en sus columnas periodísticas.

Las historias de Lovecraft están animadas con referencias a numerosos libros sobre saberes científicos, históricos y ocultistas. Algunos de estos libros existen; otros son meramente legendarios, y otros, como el *Necronomicon*, son pura invención de Lovecraft. En «Polaris» y «Los otros dioses», Lovecraft creó los *Manuscritos pnakóticos (o fragmentos)*, que pasaron a formar parte de los libros canónicos imaginarios de los Mitos de Cthulhu. En el segundo relato, habla de los *Siete libros crípticos de la tierra*, que en «En busca de la Ciudad del Sol Poniente» adquieren el más impresionante título de los *Siete libros crípticos de Hsan*.

Entre los libros auténticos se encuentra *The Story of Atlantis and the lost Lemuria* (1896, 1930), de Scott-Elliot; el *Sadducismus Triumphatus* (1681) de Joseph Glanvil, y muchos otros. Entre los legendarios incluye el *Libro de Thoth* y el *Libro de Dzyan*. El *Libro de Thoth* aparece por primera vez en un antiguo cuento egipcio, *La historia de Setnau Khaemuast*, conocida merced a un papiro ptolemeico, aunque probablemente muy posterior. Según dicha novela, este libro de poderosas fórmulas encantatorias fue escrito originalmente por el dios egipcio de la sabiduría, de cabeza de ibis, Tehuti o Thoth. Cuando se publicó el papiro, a primeros de siglo, los escritores de relatos fantásticos echaron mano del *Libro de Thoth* como de un puntal para sus obras. Y así, le vemos desempeñar su papel en el *Brood ofthe Witch Queen* (1924) de Sax Rohmer.

El *Libro de Dzyan* fue inventado por Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Teosofía, en su *Doctrina Secreta* (1888). Este tratado, un

montón de falsedades y plagios, consiste principalmente en citas de *Dzyan* (que se pronuncia algo así como «John»), entremezcladas con sus propios comentarios y diatribas. Aunque Mme. Blavatsky decía que *Dzyan* había sido escrito originalmente en Atlantis, en la perdida lengua de Senzar, es en realidad una paráfrasis sin garantía de una traducción inglesa del antiguo *Rig-Veda* sánscrito.

En «Hypnos» (1922) el narrador está viviendo otra vez en una vieja mansión inglesa con un amigo, con quien investiga el mundo de los sueños valiéndose de las drogas. El amigo va más allá que el narrador y regresa atemorizado por lo que ha visto. A partir de entonces tiene miedo de la constelación Corona Boreal. Algún tiempo después, un rayo de luz roja de esa parte del firmamento ilumina al amigo mientras duerme. Al día siguiente todo lo que queda del amigo —de quien dicen las autoridades que nunca ha existido— es una cabeza esculpida, con las facciones del narrador en su juventud.

A finales de 1922, Houtain persuadió a Lovecraft para que escribiese otro serial, en cuatro partes independientes. Se llamó «El Miedo que acecha», y empezó en el *Home Brew* de enero, saliendo mensualmente, con entregas de unas 2.000 palabras cada una.

«El Miedo que acecha», al igual que «Herbert West», es tan sólo un competente trabajo comercial. El narrador investiga ciertas desapariciones y devastaciones misteriosas entre los campesinos vecinos de la deshabitada mansión de los Martense, en la Montaña del Trueno, probablemente en el Estado de Nueva York. Los Martense habían sido una excéntrica familia holandesa que se había marchado de Nieuw Amsterdam tras la toma de la ciudad por los ingleses en 1664, a la que rebautizaron con el nombre de Nueva York.

Las gentes de la localidad, «población advenediza y degenerada» de «mestizos», sólo da confusas informaciones sobre ataques efectuados por demonios. El narrador y dos ayudantes pasan una noche en la mansión. Durante la noche, los asistentes son secuestrados. El narrador lo intenta otra vez con un amigo periodista llamado Munroe, que muere.

El narrador se revela un investigador de lo más incompetente: se queda siempre dormido cuando vigila, o se queda paralizado de horror, o grita, o pierde la cabeza. «Creo que tenía la mente casi desquiciada por los acontecimientos…» «… aunque ninguna persona en su sano juicio lo habría intentado en aquella ocasión, me olvidé del peligro, la razón y la limpieza en mi febril ingenuidad…». «Después, recuerdo que huí, con el azadón en la mano… saltando, gritando, jadeando, dando brincos…» «… comprendí, y me sentí presa del delirio…»[206]. La persona que uno menos desearía tener por compañero en un apuro.

Sonia instó a Loveman para que fuese a Nueva York a buscar un trabajo mejor. El 1 de abril de 1922 fue Loveman. Sonia le cedió su apartamento y ella se alojó en casa de una vecina. El 5, Sonia, Loveman, Morton y Kleiner pusieron una conferencia a Lovecraft, que estaba en Providence, instándole a que se uniese a ellos. El 6, Lovecraft cogió el tren para Nueva York, que es lo más lejos que había estado jamás de su casa. Allí compartió el apartamento de Sonia con Loveman.

Tuvieron una semana memorable. Lovecraft se reunió con Morton, Kleiner y Houtain. Conoció a Frank Belknap Long, joven aspirante a escritor de relatos de miedo. Long había ganado un disputado premio en una revista juvenil y, respaldado por su historia ganadora, se había inscrito en la uapa. Cuando publicó otro cuento en *The United Amateur*, Lovecraft le escribió.

Long resultó ser un joven de veinte años, bajo, el pelo oscuro, estudiante de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Nueva York, hijo de un dentista de renombre. Como Loveman y Lovecraft, tenía ambiciones literarias y poéticas. Un soplo en el corazón movió a sus padres a mimarle de manera no muy distinta a como lo había sido Lovecraft en su anterior vida hogareña. Sensible, esteticista e ingenuo, era propenso a los entusiasmos arrebatados aunque pasajeros por aficiones, intereses y creencias.

Lovecraft provocaba dolor de pies a sus amigos, con sus visitas turísticas por Nueva York: al Woolworth Building, al distrito financiero y a

Brooklyn. Lovecraft se sintió maravillado ante la visión de los rascacielos de Manhattan en el anochecer:

> Surgía de las aguas en el crepúsculo: fría, soberbia, hermosa; una ciudad oriental y mágica, hermana de los montes. No se parecía a ninguna ciudad de la tierra, pues por encima de las brumas purpúreas se erguían las torres, espiras y pirámides que uno sólo puede soñar en los países del opio que se extienden al otro lado del Oxus …

Los míseros barrios de East Side, sin embargo, despertaron la xenofobia de Lovecraft:

> … estos cerdos tienen movimientos instintivos gregarios… una mezcolanza bastarda de carne mestiza sin intelecto, repulsiva para la vista, el olfato y la imaginación; ¡ojalá que una bendita bocanada de cianógeno asfixiase todo ese gigantesco aborto, eliminase la miseria y limpiase el lugar!

Aunque semejante descripción de los pobres inmigrantes suena espantosa hoy, no era rara entre los americanos viejos, en la niñez de Lovecraft. El nativismo, con su odio a los extranjeros e inmigrantes, fue un factor capital en la política y el pensamiento americanos durante la última mitad del siglo XIX y primeros años del XX. Los oradores nativistas se expresaban con la misma virulencia que Lovecraft, utilizando incluso su peyorativo favorito: *mongrel*, «mestizo». Desde la década de 1850 a la del 90, a los irlandeses se les calificaba de «un amasijo mestizo de ignorancia, crimen y superstición»; los checos eran «bestias depravadas, arpías arruinadas física y espiritualmente». De modo que los sentimientos racistas de Lovecraft no eran originales… aunque estaban pasados de moda.

Lovecraft conoció a la vecina que había hospedado a Sonia, y se acercó a su gato. Riendo, Sonia dijo: «¡Cuánto afecto cariñoso desperdiciado en un mero gato… cuando una mujer podría apreciarlo muchísimo!».

«¿Cómo podría una mujer querer una cara como la mía?», preguntó Lovecraft.

«Una madre puede, y algunas que no son madres podrían no encontrarlo difícil».

Se echaron a reír, y Lovecraft siguió acariciando al gato. Al parecer, Sonia le miraba ya como a su hombre.

El momento crítico llegó en una cena en un restaurante italiano de la calle 49. Era la primera experiencia de Lovecraft en restaurantes italianos, e hizo los honores a la minestrone, los *spaguetti* con albóndigas y el queso parmesano. Solamente se abstuvo en el vino, diciendo que nunca había probado el alcohol, y que no tenía intención de empezar ahora. Sin embargo, saboreó ampliamente la comida italiana, sobre todo los *spaghetti*. Después de cenar fueron a la revista teatral de Nikita Balieff, *Chauve Souris*, con su célebre *March ofthe Wooden Soldiers*.

A la mañana siguiente, 13 de abril, Loveman y Lovecraft se despidieron de Sonia en la Grand Central: Loveman para coger el tren para Cleveland, y Lovecraft el de Providence.

Durante los meses siguientes, Lovecraft continuó hablando en sus cartas de «la inutilidad de todo esfuerzo», y diciendo que «hoy en día trabajo sólo para matar el aburrimiento». Sin embargo, estaba bastante animado.

Sonia se detuvo en su viaje a una feria que se celebraba en Magnolia, Massachusetts, pequeño mercado entre Gloucester y Salem, en el que debía representar a la casa en que trabajaba. A invitación suya, Lovecraft fue a Magnolia a visitarla. Mientras paseaban por la explanada a la luz de la luna, oyeron un «extraño ruido, un resoplido o gruñido alto, a lo lejos». Sonia dijo:

«¡Oh, Howard!, ahí tienes una idea para una historia realmente extraña y misteriosa».

«Adelante, escríbela», replicó él.

«¡Oh, no; yo no podría hacerle justicia!».

«Inténtalo. Cuéntame qué escena representa tu imaginación[207]».

Sonia veló esa noche y escribió el borrador de una historia. Cuando

Lovecraft lo vio al día siguiente se entusiasmó tanto que Sonia le besó impulsivamente.

Completamente desconcertado, Lovecraft se ruborizó, y luego palideció. Cuando Sonia le comentó bromeando que se había puesto colorado, él explicó que no le habían besado desde la infancia.

No obstante, se empeñó en revisar la historia. «El horror en Martin's Beach», competente, aunque gris, apareció bajo el nombre de Sonia en *Weird Tales*, el mes de noviembre de 1923. Como con «Arthur Jermyn», el director cambió el título, esta vez por el de «El Monstruo invisible», que estropeaba la trama. El relato recuerda al «¿Qué era?» de Fitz-James O'Brien, y a «El maldito engendro», de Ambrose Bierce; pero la amenaza no es humanoide, sino un monstruo marino de poderes sobrenaturales.

A finales de julio, Lovecraft efectuó una visita que les había prometido a Galpin y a Loveman, en Cleveland. Cuando Galpin le insistió al principio, Lovecraft vaciló, creyendo que sus tías se opondrían: «… cualquier intento serio provocaría en 598 una guerra civil».

Pero fue de todos modos, haciendo acrobacias para cambiarse de ropa en un auto Pullman. No le gustó el paisaje de Ohio. Los pueblos, dijo, eran «insoportablemente tristes», exactamente del estilo de *Calle Mayor* de Sinclair Lewis.

Cuando bajó en la Estación 105, Galpin corrió hacia él. Lovecraft exclamó:

«¡Conque este es mi hijo Alfredus!».

«Pues claro», dijo Galpin, estrechándole vigorosamente la mano.

La casa de Galpin estaba al doblar la esquina de la de Loveman. Los tres pasaron un fin de semana agradable y literario, con cierto regocijo y alboroto juvenil, mientras la familia de Galpin estaba fuera. Galpin, que tenía ambiciones de compositor, hizo inútiles esfuerzos para convertir a Lovecraft a la música clásica, llevándole a un concierto y dándole un disco con el *Nocturno en Sol* de Chopin.

Como solía ocurrir cuando se hallaba lejos de las mujeres de su familia, Lovecraft floreció: «No tengo dolores de cabeza ni sufro depresiones; en una palabra, de momento me siento realmente vivo y con buena salud y animado». Incluso modificó sus anticuadas normas de vestir para comprarse

un cinturón y cuellos blandos, y salir sin sombrero y sin chaleco. «¿Podéis imaginarme sin chaleco, sin sombrero, con cuello blando y con cinturón, andando por ahí como un chico de veinte años, como si no fuese mayor?…». (Estaba a punto de dejar atrás los treinta y dos).

Loveman presentó a Lovecraft a los miembros de su círculo literario. Uno era (Harold) Hart Crane (1899-1932), que en su breve existencia alcanzó fama de poeta de primera talla. Como Lovecraft, Crane tuvo una madre-monstruo: sexualmente frígida, necia, posesiva, vagabunda e imprevisible. Cuando estaba sobrio, Crane era un hombre de gran encanto: un conversador fascinante y un cuentista nato.

Sin embargo, Crane era alcohólico y homosexual activo, recorría los bares para irse con marineros y a veces recibir alguna paliza. Dado su encanto, las personas le invitaban constantemente a sus casas. Pero cuando se emborrachaba se convertía en un invitado espantoso. Corría por la casa desnudo, gritando amenazas y obscenidades; acosaba a la anfitriona con un boomerang, tratando de saltarle la tapa de los sesos. O rompía los muebles que encontraba, o los arrojaba por la ventana. Durante la visita de Lovecraft a Cleveland, sin embargo, Crane se portó bien.

Otro miembro del círculo era Gordon Hatfield, con quien Crane estaba enemistado; los dos se pasaron la noche pinchándose el uno al otro. A diferencia de Crane, Hatfield proclamaba su desviación con amaneramientos ostentosamente afeminados. Lovecraft escribió más tarde: «¡Si llegas a ver al precioso marica que conocí en Cleveland… no sabía si darle un beso o matarlo!»[208].

Lovecraft oyó hablar también del camarada de pluma de Loveman, Clark Ashton Smith (1893-1961), algunas de cuyas cartas y dibujos le enseñó Loveman. Smith llevaba una vida casi tan retirada, en la California rural nord-central, como la que llevaba Lovecraft en Providence. Salvo unas cuantas visitas a San Francisco y a Carmel, donde era *protégé* del poeta bohemio George Sterling, Smith pasó casi toda su vida cerca de Auburn, California.

El padre de Smith, inglés, había comprado un trozo de terreno

montañoso poblado de árboles, a una milla de Auburn, y se dedicaba allí a la cría de pollos con escaso éxito. Los padres de Smith tenían alrededor de cuarenta años cuando éste nació.

Smith decidió muy joven ser poeta. Dejó la escuela en el octavo grado y se instruyó a sí mismo con tan heroicas medidas como leerse la enciclopedia entera y el diccionario completo. Como Lovecraft, sufría largas temporadas de dolencias no identificadas.

Durante sus primeras décadas, Smith odió Auburn, llamándolo «agujero infernal y pestilente». Tuvo una larga serie de asuntos amorosos con mujeres casadas del pueblo. De los Tres Mosqueteros de *Weird Tales* —Lovecraft, Smith y Howard—, Smith fue el único cuya sexualidad masculina normal nadie puso en duda jamás. Al mejorar su salud, Smith comprendió que, en la América del siglo XX, no se puede vivir de la poesía. Así que aceptaba el trabajo que le salía: leñador, recolector de fruta, minero, mecanógrafo y editor nocturno de un periódico local.

La poesía de Smith empezó a aparecer en 1910 en periódicos, revistas y pequeños volúmenes como *The Star-Treader* (1912), *Odes and Sonnets* (1918) y *Ehony and Crystal* (1922). En 1920 compuso un celebrado poema, *The Hashish Eater*:

> *Inclinaos: soy el emperador de los sueños;*
> *Yo me corono con el sol multicolor*
> *De mundos increíbles y secretos, y tengo*
> *Sus surcados cielos por manto, cuando asciendo,*
> *Y entronizado en el cénit, ilumino*
> *El infinito recorrido de horizontes espaciales …*[209]

Como Lovecraft, Smith describía a veces los efectos de los narcóticos, pero negaba enérgicamente haber probado ninguno. Los dos decían que tenían las pesadillas que querían sin necesidad de drogas.

Cuando aparecieron por primera vez las poesías de Smith, las publicaciones occidentales le saludaron como a un joven de genio, compañero de Milton, Byron, Keats y Swinburne. Sus colegas mayores, Bierce, Sterling y De Casseres le consideraron el poeta americano más

importante de hoy. Uno se pregunta: «¿Qué ha pasado con las poesías de Smith, tan profusamente alabadas cuando aparecieron?». Se podría pensar que fueron enterradas todas con su autor, como se ha dicho de la música de Rubinstein.

No tiene nada malo el verso de Smith, la mayoría de cuyos poemas son o bien de fantasía siniestra o bien amorosa. Es vivo, inquieto, evocador, colorista, de una jugosa forma *fin-de-siécle*, superimaginativo, y técnicamente pulido. Pero el gusto de la gente cambia siempre de manera imprevisible, de suerte que en realidad no existe un progreso en las artes. Durante las recientes décadas, la poesía americana, bajo la influencia de Eliot, Pound y otros ha derivado hacia una dirección completamente distinta de la de Smith. La mayor parte de la poesía de Smith está fijada en formas como el soneto, cuando casi toda la poesía (así llamada) americana está en verso libre.

La ventaja de este «verso» amorfo está en que es fácil. Es la poesía del perezoso, o poesía de boceto. Cualquiera, incluso un niño pequeño o un computador, puede escribirla, y de hecho la ha escrito. Esto la hace popular, ya que en el clima de superigualitarismo de hoy en día —en que un orangután del parque de Topeka gana un disputado premio de pintura— se considera que, si una empresa no puede realizarla cualquiera, no debe realizarse en absoluto. Hacer o admirar lo que supone un talento relevante, un arduo esfuerzo y una austera autodisciplina es elitismo, y eso está considerado como algo muy malo.

Hacia 1922, Smith se había hecho famoso en California como poeta, y había recitado en los clubs de damas; no empezó a escribir relatos de horror, por los que hoy se le recuerda principalmente, hasta varios años más tarde. También practicó el dibujo, la pintura y la escultura.

Smith se equivocó al perseguir las artes gráficas y plásticas sin un aprendizaje tradicional. En estas artes, como en boxeo, la distancia entre el aficionado y el profesional es enorme; y el autodidacta tiene pocas posibilidades. De ahí que las tallas y dibujos de Smith hayan quedado como obras de talento primitivo.

Lovecraft escribió a Smith desde Cleveland, expresando su entusiasmo por sus versos, sus dibujos y sus acuarelas. Así empezó una

correspondencia que duró toda la vida de Lovecraft.

Lovecraft pasó más de catorce días en Cleveland. De regreso a casa se detuvo en Nueva York, donde Sonia le acogió otra vez. Excelente cocinera, hizo un pastel de manzana para sus tías. Sonia y él instaron a sus tías a hacerle una visita, y Annie Gamwell fue a pasar parte del mes de octubre.

Lovecraft visitó instituciones como el gran Museo Americano de Historia Natural. Buscó restos de arquitectura colonial, como la mansión Jumel en Whashington Heights. Morton compartía su entusiasmo por estas excursiones, pero aburrían a Long. Lovecraft y Long compusieron un poema que empezaba:

A ZARA ¡Por Edgar Allan Poe! (?)

Dedicado a *Miss* Sarah Longhurst - Junio 1829

*Anoche te miré*
*Bajo las gotas de luz amarillenta*
*Que caían de una luna amapola*
*Como notas de un aire lejano de opio …*

Inventaron la historia de que un ermitaño de Maine de ciento veinticinco años había estado en posesión de un poema desconocido de Poe. Galpin, a quien enviaron esta falsificación, no se creyó que el poema fuese realmente de Poe. Sin embargo, lo alabó mucho, como de uno de los mejores imitadores de Poe, hasta que se enteró de quiénes lo habían compuesto realmente. Entonces empezó a encontrarle defectos.

Lovecraft escribía para Bush, quien ahora le había triplicado la paga, elevándola a un dólar los ocho versos de execrable poesía que Lovecraft revisaba. Conoció a un amigo de Morton: Everett McNeil, el cual había triunfado como escritor de novelas de aventuras para jóvenes pero que en otra época había atravesado tiempos difíciles.

De regreso a Providence, Lovecraft volvió a la rutina. A principios de enero fue a Boston, invitado por Edward H. Colé, y pronunció una conferencia en una asamblea del Hub Club, sobre Dunsany. Visitó Salem y Marblehead, y escribió rapsodias sobre sus antiguas bellezas.

Lovecraft se estaba convirtiendo en un entendido en arquitectura colonial. Escribió que la arquitectura es la más grande de las artes; otras aspiraciones humanas e ideales carecían de sentido. «He dejado de admirar el carácter; todo lo que valoro en un hombre son sus costumbres, sus realizaciones y la elección de sus corbatas».

Hablaba en favor del fascismo, en el sentido original de la dictadura italiana de Mussolini: «… no hay razón en este mundo por la que las masas no deban someterse en beneficio del fuerte… ¿Qué importa la condición de la chusma?». Puesto que Lovecraft sabía que difícilmente podía contarse entre los «fuertes», estas afirmaciones no deben tomarse demasiado al pie de la letra. Probablemente no eran sino una explosión más de opinión provocadora, adoptada en un momento dado para atacar una actitud o suscitar una discusión.

Lovecraft se enteró de que Ernest Dench, del Blue Pencil Club, estaba organizando un viaje de periodistas aficionados a Inglaterra. Dijo: «La única razón por la que no me apunto al viaje de Dench es, sencillamente, que ya no podría volver, una vez que contemplara las antiguas glorias y monumentos de mi raza[210]». Estoy seguro de que era una excusa; la verdadera razón de que no se apuntara es que no tenía dinero.

Después de que Cervantes matara, hacia 1600, la novela de aventuras medieval, burlándose de ella en *Don Quijote*, la literatura imaginativa fue impopular durante siglo y medio. Unos pocos escritores del siglo XVII, como Cyrano de Bergerac, Swift y Fontenelle, compusieron alguna historia esporádica sobre un viaje maravilloso, una excursión a la luna, o sobre visitantes extraterrestres, todo lo cual se clasifica hoy en día dentro de la ciencia-ficción.

Durante el siglo XVIII la fantasía, largamente moribunda, se reincorporó a la corriente de literatura europea a través de tres canales: la fantasía

narrativa oriental, que apareció primero en forma de la traducción de Galland al francés de *Las Mil y Una Noches*; la novela gótica, llevada de Alemania a Inglaterra por Horace Walpole con su *Castillo de Otranto* (1764); y el cuento de hadas infantil, originalmente basado en relatos campesinos tradicionales, muchos de los cuales coleccionaron y publicaron a principios del siglo XIX los hermanos Grimm y otros.

Al mismo tiempo, Walter Scott inició la moderna novela histórica con su *Waverly* (1814) y otras muchas. Aunque hacía tiempo que se habían escrito relatos de los tiempos pasados —la *Íliada* de Homero, por ejemplo —, Scott fue el primero en darse cuenta de que el pasado difería en muchos aspectos del presente y que estas diferencias entre unas y otras usanzas podían explotarse por su valor como entretenimiento.

Muchos escritores del siglo XIX escribieron algún ocasional relato imaginativo, como *Canción de Navidad*, de Dickens, en el que introduce el viaje en el tiempo. Edgar Alian Poe cultivó abundantemente el campo imaginativo. Además de sus cuentos de horror góticos y sus historias detectivescas, alude a desplazamientos maravillosos, vuelos aéreos, viajes a la luna, reanimaciones de momias, alquimia y demás temas fantásticos.

Traducidos al francés en la década de 1850 por Baudelaire, los relatos de Poe llegaron a conocimiento de Julio Verne, entonces joven abogado parisiense sin éxito, corredor de bolsa y autor teatral.

Inspirado, Verne se convirtió en el primer escritor de ciencia-ficción de todos los tiempos, componiendo cerca de un centenar de novelas. A Verne le siguió, en la década de 1890, el inglés H. G. Wells. Así como Verne se había mantenido pegado a la tecnología existente, Wells inventó libremente todo aquello que pudiera proporcionarle una base para una historia emocionante: invisibilidad, antigravedad, plantas devoradoras de hombres e invasores de Marte.

En la década de 1880, William Morris, el versátil artista, decorador, poeta, reformador, editor y novelista británico, creó la moderna fantasía heroica. En sus novelas pseudomedievales, como *El Pozo del Fin del Mundo*, Morris combina el romanticismo histórico de Scott y sus imitadores con el supernaturalismo de Walpole y *sus* imitadores. Después de Morris, Dunsany adaptó la fantasía heroica a la forma del relato corto.

Hacia el paso del siglo XIX al XX, muchas revistas de gran difusión en Inglaterra y América publicaron relatos de ciencia-ficción o fantasía. De 1890 a 1920 las historias imaginativas de H. G. Wells y Arthur Conan Doyle aparecieron habitualmente en estas publicaciones, antes de editarse en forma de libro. Antes de 1919, no obstante, no apareció ninguna publicación periódica dedicada a la literatura imaginativa.

En 1919 Street & Smith Publications lanzaron una revista pionera de fantasía y ciencia-ficción: *Thrill Book*. Esta revista apareció bimensualmente, empezando con la edición del 1 de marzo de 1919, y continuó durante dieciséis números, hasta el 15 de octubre de 1919. Entonces, una combinación de inexperiencia editorial y huelga de impresores acabó con *Thrill Book*.

Después, la idea de una revista sobre literatura imaginativa se le ocurrió a Jacob Clark Henneberger, editor de la conocida *College Humor*. Admirador de Poe desde hacía mucho tiempo, Henneberger se inspiró, para iniciar la *Weird Tales*, en los versos de Poe:

> *De un clima espectral y desolado*
> *que se halla, sublime*
> *Más allá del espacio*
> *—más allá del tiempo*

Henneberger contrató a Edwin F. Baird, escritor de novelas policiacas, para que dirigiese *Weird Tales* y su compañera *Detective Tales* de Chicago. El primer número de *Weird Tales*, con una ilustración en la cubierta de un hombre y una mujer retorciéndose en poder de un pulpo gigantesco, apareció con fecha de marzo de 1923. Aunque la revista abarcaba la ciencia-ficción y la fantasía, sacaba más relatos de fantasía.

Henneberger leyó también los seriales de Lovecraft en la *Home Brew*. Considerándolos buenos al lado de los que les acompañaban, hizo indagaciones. No tardó Lovecraft en sentirse presionado por sus amigos para que ofreciese los relatos a este nuevo mercado. Pero, contaba Cook, «se puso realmente irritado. ¿Quién había dicho que quisiera tener mercado?». Para Lovecraft, escribir era todavía algo que un caballero hacía

para recreo de sí mismo y de sus amigos, sin pensar siquiera en el dinero.

Hacia el mes de abril, Lovecraft se dejó convencer para enviarle a Baird cinco manuscritos. Sería difícil encontrar una carta de presentación más negativa desde el punto de vista comercial:

> Muy señor mío:
>
> Teniendo el hábito de escribir relatos sobrenaturales, macabros y fantásticos para mi propia distracción, me he visto recientemente acosado por casi una docena de amigos bien intencionados, los cuales insisten para que me decida a enviar unos cuantos horrores góticos a su recién fundado periódico… De éstos, los dos primeros son probablemente los mejores. Si no los encuentra satisfactorios, no hace falta que lea los demás… No tengo idea de si estas cosas están bien, dado que no me preocupan las demandas de literatura comercial. Mi objetivo es el placer que puede proporcionarme la creación de determinadas escenas, situaciones y efectos ambientales extraños; y en el único lector en quien pienso es en mí mismo. Mis modelos son invariablemente los escritores del pasado, especialmente Poe, que ha sido mi figura literaria favorita desde mi niñez. Si algún milagro le impulsara a Vd. a publicar mis cuentos, sólo tengo una condición que presentar; y es que no deben hacérseles recortes. Si el cuento no puede imprimirse tal como está escrito, hasta en su última coma, le ruego que acepte mi negativa… Pero probablemente no habrá necesidad, ya que mis manuscritos no conseguirán la consideración de Vd. «Dagon» ha sido rechazado por [el nombre, probablemente *Black Mask*, fue tachado por Baird], a la cual lo he enviado a instancias de otros, del mismo modo que ahora se lo adjunto a Vd.

Lovecraft había hecho todo lo posible para asegurarse el rechazo de sus historias: el tono altivo, la pose de *el arte por el arte*, la depreciación de su propia obra y la mención de que ha sido rechazada anteriormente. Todos los editores saben que gran cantidad de material que reciben ha sido enviado ya

a otros, pero es una falta de tacto insistir en ello. Además, es una mala estrategia el ofrecer más de una obra a la vez a un editor.

Esto habla en favor de la objetividad y sentido del humor de Baird, que compró las cinco historias y varias más que Lovecraft le envió. Publicó también la carta de Lovecraft con una nota: «Pese a lo que antecede, o precisamente por ello, utilizamos algunas de las historias del señor Lovecraft, y encontrarán su "Dagon" en el próximo número de weird tales[211]».

De los once números de *Weird Tales* que van de octubre de 1923 a febrero de 1925, Lovecraft apareció en nueve, una de las veces con un poema y las demás con relatos (varios números aparecieron con un mes de retraso). Este hecho ha dado la impresión de que el período de 1923-25 fue muy fecundo para Lovecraft. En realidad, su mayor producción había tenido lugar antes, en 1918-22; pero desde 1923 a 1925 *Weird Tales* imprimió sus anteriores relatos en rápida sucesión. De las historias publicadas, la mitad habían salido ya en revistas aficionadas sin derechos. Baird se las pagó de todos modos generosamente.

Lovecraft se desmayó al enterarse de que, aunque a Baird le gustaban todas las historias, «no podía considerar su aceptación hasta que no se las enviase mecanografiadas a doble espacio. No estoy seguro de si me molestaré en pasarlas a máquina o no. Necesito el dinero condenadamente, pero ¡uf!; ¡cómo odio la máquina! A lo mejor le paso sólo *Dagon*; luego, en caso de que lo acepte definitivamente, pasaré los otros. Detesto el trabajo[212]».

Evidentemente, además de su inocencia sobre las costumbres del mundo editorial, Lovecraft no se había enfrentado aún a la necesidad de ganarse la vida. En ciertos aspectos, no llegó a enfrentarse jamás.

# 10. AMANTE VERGONZOSO

*And every one will say*
*As you make your flowery way,*
*«If he's content with a vegetable love which*
*Would certainly not suit me,*
*Why, what a most particulary puré young man,*
*this puré young man mustí be!»*[213].

W. S. GILBERT

DURANTE 1923, a pesar de renovar sus promesas de abandonar el periodismo aficionado, Lovecraft asistió a las reuniones de periodistas aficionados. Recibió con alegría las visitas de Morton y Moe, con quienes efectuó recorridos turísticos. Cuando enseñaba Providence a los visitantes, Lovecraft se paraba a cada momento ante algún vestigio colonial o algún escenario silvestre y exclamaba: «¡Dónde sino en Providence podrías ver…!» aquello que quería que admirase su amigo.

Tenía periodos de dolor de cabeza, depresión y misantropía, que le hacían escribir: «Sólo muy pocos ejemplares de selecta herencia y crianza son capaces de vencer el natural carácter odioso y aborrecible de la bestia humana…»[214]. Entregándose a su fantasía aristocrática, hablaba con su más afectado, altanero y arrogante humor de dejar de escribir:

> Estoy completamente decidido a no escribir más cuentos, sino a soñar meramente cuando me apetezca, sin detenerme a hacer una vulgaridad como la de consignar el sueño para un Público cerril. He llegado a la conclusión de que la literatura no es objetivo apropiado para un caballero, y que escribir no debería ser considerado jamás sino como una elegante actividad.

La actitud de Lovecraft respecto a ganarse la vida recuerda la de Arthur Machen (rima con «blacken», denigrar, manchar), quien, después de Poe y Dunsany, fue quien más influyó sobre Lovecraft. Machen escribió que «esa maldición de ganarse la vida es profundamente antinatural en el hombre…».

Oriundo de la frontera del país de Gales, Machen fue un hombre soñador, sin el menor sentido práctico, y un escritor lento y trabajoso. Jamás sacó un beneficio decente de su literatura ni de ninguna otra cosa, aunque trató de ser oficinista, profesor, periodista y actor.

Pese a algunos irritantes amaneramientos, y a la vaga ambigüedad de muchas historias, la obra de Machen es obligada para todo conocedor de la fantasía. Su tema favorito es la pervivencia en Inglaterra, en cuevas, cultos y conventículos, de la magia pagana y el culto a la fertilidad, y de los espíritus a los que estos ritos iban dirigidos.

Lovecraft ignoró el buen consejo dieciochesco de Samuel Johnson: «Ningún hombre, de no ser un necio, ha escrito jamás sino por dinero». Cuando un autor de revista barata, colega de Lovecraft, Hugh B. Cave, le hizo observar el proverbio, él lo tachó de «filisteo». Pero Lovecraft escribió también: «Supongo que es absurdo que intente escribir… aunque… si me propusiera tal cosa, no podría dejar de garabatear[215]».

Lovecraft sacó dos números más del *Conservative*, en marzo y julio de 1923. Fueron los últimos, y no formaban volumen; eran simplemente el 12 y el 13. Contenían poemas de Lovecraft y de Morton, artículos de Galpin y Long, y editoriales de Lovecraft.

Estos editoriales trataban principalmente de crítica literaria. El tono de Lovecraft era blando, salvo al describir el «dislocado e incoherente “poema” llamado *The Waste Land*», de T. S. Eliot, como «una colección de

frases prácticamente sin sentido, alusiones eruditas, citas, argot y fragmentos en general; ofrecía al público (engaño o no) algo que justifica nuestro espíritu moderno con su reciente comprensión de la propia trivialidad y desorganización caóticas». Quizá otros han pensado lo mismo sobre *The Waste Land*, pero no se han atrevido a decirlo por el prestigio de Eliot.

En agosto, Lovecraft visitó a una familia de Providence llamada Eddy, con la que había estado en contacto por carta desde hacía mucho tiempo. Hacia 1918-19 Susie Lovecraft había asistido a una asamblea sufragista. Allí conoció a una tal señora Clifford Martin Eddy, cuyo hijo, C. M. Eddy Jr., tenía ambiciones literarias. Al enterarse de que Lovecraft hacía trabajos para otros, la señora Eddy puso a su hijo y su reciente esposa, Muriel Gammons, en contacto telefónico con los Lovecraft.

Al contestar por teléfono, Susie ensalzó exageradamente a su superdotado hijo. Dijo que se alegraría de escribirse con los Eddy, pero que detestaba el teléfono al igual que el maquinismo moderno.

Los Eddy conocieron personalmente a Lovecraft un caluroso domingo de agosto de 1923, por la tarde. En respuesta a su invitación, se presentó ante la puerta «con traje gris, camisa blanca y corbata negra; llevaba un sombrero panamá…»[216]. Estrecharon su fría mano y escucharon incrédulos que había disfrutado de un paseo de tres millas desde su casa, con una temperatura de casi 37º. Se hizo amigo del gato de los Eddy, y aceptó gustoso una taza de café caliente, con crema y cuatro cucharadas de azúcar.

Los Eddy se convirtieron en los únicos amigos reales, aparte de sus tías, que Lovecraft tuvo durante muchos años en Providence. En visitas subsiguientes aparecía avanzada ya la noche, y se quedaba hasta primeras horas de la madrugada. Les leía sus historias en voz alta. A veces llevaba para los tres hijos de los Eddy una caja de barras rotas de chocolate, o de galletas rotas, que le costaban muy poco dinero.

En noviembre de 1923, Clifford Eddy y Lovecraft fueron a inspeccionar una ciénaga oscura que se decía que existía cerca de Chepachet, Rhode

Island. Lovecraft esperaba obtener un fondo para una historia de horror. Aunque recorrieron diecisiete millas, no dieron con la ciénaga; pero Lovecraft tomó notas sobre el dialecto de las gentes del campo, que más tarde utilizó (Cook, sin embargo, dice que los «dialectos yanquis» de Lovecraft eran fundamentalmente producto de su imaginación; si existieron alguna vez, desaparecieron en tiempos del propio Lovecraft. Una carta suya alude a que los obtuvo de los *Bigelow Papers* de James Russell Lowell).

La ciénaga oscura existía al norte de Foster Town, en la parte noroeste del Estado. Pocos años después de la búsqueda de Lovecraft y Eddy, esta ciénaga quedó parcialmente sumergida bajo el embalse de Ponaganset.

Lovecraft pasó algunos de sus encargos literarios de corrección a Eddy. Revisó varias historias de Eddy, que más tarde éste vendió a *Weird Tales*. En correspondencia, Muriel Eddy le mecanografió algunos de sus manuscritos. De los cuentos revisados por Lovecraft, «El Devorador de espectros» (*Weird Tales*, abril, 1924) empieza con el trillado principio del viajero sorprendido por una tormenta que descubre una extraña casa en el bosque. Los autores imprimen un sesgo hacia el tema del hombre lobo.

«Los amados muertos» (*Weird Tales*, mayo-junio-julio 1924), aunque firmado por Eddy, es casi todo obra de Lovecraft. Es un cuento no fantástico, sino macabro, de necrofilia, cuyo narrador se divierte acomodándose entre los cadáveres. Empieza con una escasamente disfrazada relación de la juventud de Lovecraft:

> Mi temprana niñez transcurrió en una larga, prosaica y monótona apatía. Rigurosamente ascético, pálido, descolorido, desmedrado y sometido a prolongados períodos de morboso mal humor, me vi aislado de los chicos sanos y normales de mi edad. Me motejaban de aguafiestas y de «vieja», porque no me atraían sus juegos infantiles y groseros, ni tenía fuerzas para participar en ellos, de haberlo deseado[217].

Como el amor a la muerte del narrador no se ve saciado con su trabajo como empresario de pompas fúnebres, se convierte en asesino para satisfacer sus ansias. La historia horrorizó de tal modo a los lectores de

algunos pueblos que una acción legal hizo retirar la *Weird Tales* de los kioscos. Atemorizados, el director y el editor tuvieron cuidado en adelante de que los relatos tuviesen tan sólo un ligero matiz de horror.

Durante 1923, Lovecraft siguió su amistad con Sonia Greene. Esta amistad floreció en un noviazgo, en el que Sonia admitió más tarde ser «la agresora». Según ella, «fue después de aquellas vacaciones en Magnolia cuando nuestra correspondencia, más íntima, empezó a orientarse hacia el matrimonio. H. P. me escribía contándome todo lo que hacía y adonde iba: a veces llenaba 30, 40 y hasta 50 páginas de letra apretada. Entonces decidió marcharse de Providence[218]».

Fuera quien fuese el que sugirió el matrimonio, el tema de vivir casados en Nueva York apareció entre ambos. Sonia escribió, después de regresar Lovecraft y la señora Gamwell a casa, tras su visita en 1922:

> … no me avergonzaba escribirle contándole lo mucho que le echaba de menos. Su apreciación de esto nos llevó a los dos a un terreno más serio… Entretanto, sus cartas indicaban un deseo de abandonar Providence y establecerse en Nueva York. Cada uno de nosotros meditó las posibilidades de emprender una vida juntos. Algunos de nuestros amigos sospechaban algo.
>
> Yo admitía ante los amigos que apreciaba mucho a Howard y que si me lo pidiese me alegraría mucho de ser su esposa. Pero no había nada concreto.

Al ver algo del mundo exterior, Lovecraft empezó a cansarse incluso de su amada Providence. Había descubierto que Cleveland «está mucho más viva intelectualmente que Providence, donde todas las manifestaciones artísticas están confinadas en unos grupos de sociedad artificial y cuasi-victoriana». Escribió a Clark Ashton Smith: «Como tú, no conozco a nadie con quien congenie aquí; y creo que emigraré a Nueva York al final[219]».

A principio de 1924, Lovecraft y Sonia acordaron casarse en cuanto fuera posible. Lovecraft no quiso comunicar a sus tías el compromiso,

diciendo que prefería darles una sorpresa. La razón probable era que temía desencadenar una escena dolorosa.

A lo largo de 1923, Lovecraft escribió tres historias. La primera fue «La festividad», un breve relato del grupo de Cthulhu. Como en «La ciudad sin nombre», no hay diálogo, sino una lenta gradación hacia un momento culminante de horror.

El narrador va a Kingsport, ciudad ficticia de Nueva Inglaterra, obedeciendo a la tradición de celebrar la Pascua de Navidad con los suyos. Se suma a una multitud silenciosa, encapuchada, que acude en riada a una oscura iglesia y la sigue en su descenso a una cripta. Allí tienen lugar extraños ritos. Aparece una horda de seres con alas de murciélago y miembros palmeados, y las gentes emprenden el vuelo cabalgando sobre ellos… No sólo menciona aquí a Abdul Alzahred, sino que habla también de un ejemplar del *chef d'oeuvre* de Abdul, el maldito *Necronomicon*, existente en la biblioteca de la Universidad de Miskatonic, en la ficticia ciudad de Arkham.

«Las ratas de las paredes», cuento de horror, es una de las historias más conocidas de Lovecraft. El narrador, De la Poer, es un americano de ascendencia inglesa. A pesar de los rumores de que existe una maldición sobre el lugar, compra y restaura la ruinosa mansión inglesa de sus antepasados. Se instala en ella con siete criados y nueve gatos, de los cuales el más viejo se llama «Nigger-Man», como la mascota de su niñez.

La maldición adopta la forma de numerosas carreras de un ejército de ratas invisibles, que sólo De la Poer y los gatos pueden oír. De la Poer y sus compañeros descubren un altar en el sótano. Al moverlo, aparece un pasadizo que conduce a una enorme caverna. Aquí encuentran la prueba —incluido un ejército de esqueletos humanos en jaulas— de un culto caníbal que utilizaba el lugar desde tiempos prehumanos. El narrador enloquece:

> Ahora han dinamitado el Priorato de Exham, me han quitado a Nigger-Man, y me han encerrado en esta habitación enrejada de Hanwell, en donde corren temerosos rumores sobre mi condición hereditaria y mis experiencias… Están tratando también de ocultar la mayor parte de los hechos ocurridos en el priorato. Cuando hablo

> del pobre Norrys me acusan de algo espantoso, pero deben saber que no soy yo quien lo ha hecho. Deberían saber que han sido las ratas; las furtivas y escurridizas ratas cuyas precipitadas carreras jamás me dejarán ya dormir; las endemoniadas ratas que se escabullen tras el acolchado de esta habitación y me atraen hacia horrores inferiores que yo no había sospechado jamás; las ratas que ellos no pueden oír; las ratas, las ratas de las paredes[220].

Sin contar las series de «Herbert West, reanimador» y «El Miedo que acecha», «Las ratas de las paredes», de 8.000 palabras, era el cuento más largo de Lovecraft hasta entonces. Esta vez lo vendió a *Weird Tales* sin ofrecerlo primero a las revistas aficionadas.

El siguiente cuento, «El Innombrable», se lo dio a Cook para que lo publicase en el último número de *The Vagrant*. Pero Cook atravesaba momentos de dificultades financieras y de mala salud; padecía de apendicitis crónica, pero un miedo morboso a las operaciones le impedía decidirse. De ahí que su último *Vagrant*, largamente proyectado, no saliera hasta 1927. Entretanto Lovecraft vendió la historia a *Weird Tales*, donde apareció en 1925.

«El Innombrable» es un breve cuento, de poco efecto, de mas de 3.000 palabras, sugerido por un pasaje del libro de Cotton Mather sobre las maravillas sobrenaturales, *Magnolia*. El narrador, Randolph Cárter, habla de una disputa con un amigo carente de imaginación sobre un monstruo proteico que una leyenda supone que se oculta en una casa deshabitada. Descubren la casa y, en la oscuridad, son atacados por el monstruo.

El 3 de febrero de 1924, Lovecraft escribió una larga carta a Edwin F. Baird, quien le había exhortado a escribir más historias para *Weird Tales*. Además de quejarse de que Henneberger aún le debía algunos relatos que *Weird Tales* le había *comprado*, le hizo una relación autobiográfica de sí mismo. De su concepción del mundo decía:

> Mi vida diaria es una especie de letargo desdeñoso, exento de

> virtudes y de vicios. No pertenezco al mundo, sino que soy un divertido y a veces disgustado espectador suyo. Detesto al género humano y sus fingimientos y suciedades… Resulta muy extraño que yo, tipo nórdico de casi seis pies de alto y tez pálida —el tipo de conquistador y hombre de acción— tenga tendencia al análisis pasivo y al estudio de las impresiones como un mediterráneo de ojos grandes, bajito y moreno… Desde luego, preferiría ser general a ser poeta… caso de poder elegir, porque jamás seré ninguna de las dos cosas. Mis características dominantes son la inutilidad y la ineficacia. Jamás llegaré a nada, porque no me importa lo bastante la vida y el mundo como para intentar …[221]

El retrato que daba con esta mezcla de candor y afectación, de esnobismo y desesperación, de agudo conocimiento de sí y fantasía racial, no es prometedor en un hombre a punto de establecer el requerido vínculo matrimonial.

No obstante, a pesar de su archinutilitarismo, Lovecraft tenía esperanzas de ganarse la vida. A sugerencia de Baird, Sonia llevó ejemplares de la obra de Lovecraft a las oficinas de una revista llamada *The Reading Lamp*, para ver si dicha publicación quería contratar a Lovecraft como colaborador. La editora, la señorita Tucker, pareció entusiasmada.

En la *Weird Tales* se avecinaban cambios, ya que la revista había hecho perder a Henneberger miles de dólares. Este buscaba un nuevo director, porque el trabajo para *Weird Tales* y *Detective Tales* a la vez era demasiado para Baird.

Henneberger se había puesto en contacto también con Harry Houdini (seudónimo de Ehirch Weiss), el famoso conjurador, escapista y denunciador de médiums espiritistas. Houdini aportó la trama de dos historias, le escribieron los relatos y se los publicó la *Weird Tales*. Henneberger instó a Houdini a que escribiese una columna regular para su revista. Como Houdini sabía muy poco del oficio de escribir, propuso a Lovecraft que colaborase.

Anunciada en el número de marzo de 1924, la columna «Pregunte a Houdini», apareció sólo en el número siguiente, en ese año. Pero Lovecraft

compuso su cuento, «Prisionero con los faraones», basándose en sugerencias de Houdini. La historia, ostensiblemente contada en primera persona por Houdini, narra en un estilo espeluznante cómo fue apresado por una banda de árabes durante la noche, cerca de la esfinge de Gizeh, y fue bajado a un túnel de enterramiento. En el fondo descubre una horda de indescriptibles monstruosidades ejecutando obscenidades execrables.

Lovecraft escribió un extenso borrador de «Encerrado con los faraones», y mecanografió la versión final. Luego, el día 2 de marzo de 1924, domingo, cogió el tren de las 11,09 para Nueva York, para buscar a Sonia y casarse con ella. Aún no había dicho a sus tías lo que pensaba hacer.

Mientras esperaba el tren se adormiló, y al subir al tren se dio cuenta de que había perdido la copia mecanografiada en la estación. Afortunadamente tenía consigo el manuscrito original.

En Nueva York, se pasó la noche en el apartamento de Sonia, en el 259 de Parkside Avenue, Brooklyn, con la señorita Tucker de la *Reading Lamp* de carabina. A la mañana siguiente fue a las oficinas de la *Reading Lamp*, donde Tucker le prestó una de sus mecanógrafas, para tratar de reescribir el «Prisionero». Antes de tener pasada la mitad del trabajo, tuvo que marcharse corriendo a reunirse con Sonia para recoger la licencia matrimonial y comprar el anillo. Según Sonia:

> En los detalles —obtener la licencia, comprar el anillo, etc.— parecía jovial. Decía que la gente podía creer que se casaba por enésima vez, por la manera tan metódica en que lo hacía todo.
>
> El señor de la oficina matrimonial creyó que yo era más joven. Tenía 7 años más que Howard, y él dijo que nada podía agradarle más: que Sarah Helen Whitman era mayor que Poe, y que Poe podía haber tenido mejor suerte de haberse casado con ella[222].

Acudieron a la Capilla de St. Paul, entre las calles de Broadway y Vesey, en el distrito comercial. Lovecraft insistió en celebrar la ceremonia en aquella iglesia, no porque se hubiese convertido a la teología episcopalista, sino porque el edificio databa de 1776, y el Almirante Lord

Howe, George Washington y otros notables barrocos habían orado allí. Y allí, la tarde del 3 de marzo de 1924, el Rev. George Benson Cox declaró a Howard Phillips Lovecraft y a Sonia Haft Shifirkin Greene marido y mujer.

Los autores que han abordado el tema de Lovecraft especulan sobre las razones de la unión de esta extrañamente encajada pareja. Muriel Eddy creía que Sonia se lo había propuesto a Lovecraft y que éste había sido demasiado caballero para decir que «no». James Warren Thomas supone que el principal motivo de Lovecraft era tener una cocinera y un ama de llaves, y una segura fuente de ingresos, a un mismo tiempo. El doctor Keller suponía que Lovecraft quería escapar del dominio de sus tías y su atmósfera de clase elevada en decadencia, mientras que Sonia quería a un escritor con talento para que la ayudase a realizar sus ambiciones literarias. El profesor St. Armand cree que Lovecraft se sintió afectado por los paralelos entre él y Sonia por un lado, y Poe y la señora Whitman por otro. August Derleth sugiere que Sonia tenía la idea de que, como en la vieja historia de George Bernard Shaw e Isadora Duncan, ella y Lovecraft podían engendrar un hijo combinando la belleza de ella con la inteligencia de él[223].

Por lo que podemos juzgar, Lovecraft y Sonia estaban sencillamente enamorados. El amor ha vuelto necios a los sabios, y la gente se ha enamorado de parejas inadecuadas desde que Helena se fugó con París de Troya, y probablemente desde mucho antes.

Al menos, Sonia había sido advertida. Al principio de su romance, Lovecraft le dio un ejemplar de la novela autobiográfica de George Gissing, *Los papeles privados de Henry Rycroft* (1903), diciéndole que la leyese si deseaba saber con qué clase de hombre se iba a prometer.

Esta historia adopta la forma de una memoria dispersa de un escritor y periodista inglés, que se ha retirado con un pequeño legado y vive en la ociosidad el resto de sus años, solo en el campo. Cuenta cómo odiaba el periodismo. Se casa, pero el silencio que guarda respecto a su esposa sugiere que odia el estado de casado también. Finalmente, se analiza a sí mismo:

> No soy amigo de la gente. Como fuerza a la que está

condicionado el tenor de los tiempos, me inspiran desconfianza y miedo; como multitud visible, me hacen retraerme y frecuentemente me inspiran aversión. Durante la mayor parte de mi vida, la gente ha sido para mí la multitud de Londres, y ninguna frase moderada podría expresar mis pensamientos… [Un hombre puede ser excelente como individuo, pero] juntadlos con sus semejantes en el organismo social, y diez por cada uno se convertirá en un ser chillón, sin ideas propias, dispuesto a cualquier mal a que le impulse el contagio.

Yo tenía en mí la actitud del erudito. Con sosiego y tranquilidad de espíritu, tuve que acumular conocimientos. Viví feliz, protegido, entre los muros del colegio, con la imaginación siempre ocupada en el mundo de la antigüedad… Ése, ahora me doy cuenta, era mi verdadero ideal; en medio de todas mis luchas y miserias, he vivido siempre más en el pasado que en el presente.

Dejadme que diga la verdad. ¿Creo de veras que he sido alguna vez en la vida la clase de hombre que merece algún afecto? Me parece que no. Siempre he estado demasiado sumergido en mí mismo; he sido demasiado crítico en todo lo referente a mí; demasiado irrazonablemente orgulloso. Los hombres como yo viven y mueren solos, por mucho que parezcan estar acompañados.

De mí podría decirse que cualquier estupidez que haya cometido un hombre sin dinero, la he cometido yo alguna vez. En mi naturaleza parecía no haber facultad alguna de autocontrol. De chico y de mayor, he tropezado siempre en toda zanja y charco que he encontrado en el camino… «Inexperto» me llamaban los que emplean un lenguaje suave; «idiota» —estoy seguro— los de lengua más agria. E idiota me veo cada vez que miro hacia atrás, hacia el largo camino tortuoso. Evidentemente, algo me ha faltado desde el principio, algún principio de equilibrio concedido a la mayoría de los hombres en mayor o menor grado. Tenía cerebro, pero no me servía de nada en las comunes circunstancias de la vida.

… en todas las cuestiones prácticas, soy un haragán y un inepto[224].

El parecido con Lovecraft es extraordinario. Dado que él mismo reconocía esta semejanza, parece como si, a pesar de presumir de su sangre nórdica, su cultura aria y su distinción anglosajona, conociese en realidad dolorosamente bien sus defectos.

La cuestión de la sexualidad de Lovecraft ha despertado mucho interés. Algunos escritores le han calificado de «asexual». Otros han supuesto que pudo ser homosexual, al menos en sentido latente. Han citado su indiferencia hacia las relaciones heterosexuales, la ausencia de mujeres en sus relatos, cuyos personajes principales son mayormente un solitario narrador masculino y un amigo íntimo, y sus muchas amistades con hombres más jóvenes, algunos de los cuales o bien eran abiertamente homosexuales o bien tenían tendencias en ese sentido.

Sin embargo, el término «homosexualidad latente» es vago y resbaladizo. Además, la acusación de «tendencias homosexuales latentes» se ha vuelto tan brumosa que se ha atribuido a casi todo personaje notable cuya vida amorosa se aparta de lo normal.

Según he leído, muchos o la mayoría de los varones atraviesan una fase de la adolescencia en la que, si se les somete a influencias homosexuales, pueden ser arrastrados a experiencias homosexuales. La mayoría de ellos llegan a ser heterosexualmente normales; pero algunos, según la fuerza de las influencias sufridas, se vuelven homosexuales o bisexuales. En este sentido, muchos o la mayoría de los varones son homosexuales latentes. No podemos decir cómo habría reaccionado Lovecraft ante influencias homosexuales durante su adolescencia. Prácticamente hablando, no estuvo sometido a influencias sexuales hasta que conoció a Sonia. E insistía en que:

> De hecho —aunque naturalmente siempre he sabido que la pederastía era una desagradable costumbre de muchas naciones antiguas—, jamás había oído hablar de homosexualidad como instinto real hasta cumplidos los treinta años…
>
> Cuando los chicos hablaban o se comportaban de manera sucia,

> podía haberles enseñado más de lo que ellos querían decirme a mí, aunque (tal era el estado de la formal medicina victoriana) mis conocimientos se limitaban enteramente al *sexo normal*. Fui de edad madura y hombre casado, antes de oír hablar por vez primera de la existencia de una homosexualidad *instintiva* …[225]

En una carta, explica con claridad sus sentimientos respecto a la homosexualidad:

> Por lo que se refiere al homosexualismo, la primera y fatal objeción contra él es que es naturalmente… repugnante a la abrumadora mayoría de la humanidad… Por ejemplo, yo odio tanto el adulterio físicamente normal (que es una traición ruin y despreciable) como la pederastía; pero mientras puedo gozar (físicamente) o ser tentado hacia el adulterio, decididamente *no* puedo pensar en el estado anormal sin que me produzca náuseas.

Que esta era la sincera opinión de Lovecraft lo confirma la carta que escribió a Robert Barlow el último año de su vida. Como varios de los jóvenes *protégés* de Lovecraft, Barlow era homosexual activo. Lovecraft parece que no llegó a enterarse nunca de la desviación de su joven amigo.

En la carta en cuestión, Lovecraft criticaba un relato que Barlow había escrito sobre un artista que cobra gran afecto hacia un púgil. Lovecraft encontraba esto inverosímil:

> No existe el más mínimo motivo por el que un artista sano y maduro pueda desear ver o hablar con un pugilista barato y mediocre. Y si alguna trágica enfermedad o malformación confiriese al artista un interés anormal, se pasaría naturalmente la vida luchando por extirpar tal enfermedad… no exhibiéndola o alentándola como podría hacer un sujeto de grado inferior.

Como era típico, Lovecraft pontificaba sobre algo de lo que sabía poco.

Muchos artistas considerados «grandes» han hecho cosas que Lovecraft habría condenado. Las artes gráficas y plásticas, especialmente, parecen ejercer una atracción por encima de lo normal sobre los homosexuales. Lovecraft proseguía:

> Y si uno llega a volverse completamente idiota por las mujeres… ¡demonio! ¡Compáralo con los millones de hombres excelentes que no, junto al número relativamente insignificante de los que *sí*… Esta mezquina sonrisa y desprecio es meramente licencia barata: perfectamente normal, pero estéticamente ignominiosa. A todos *nos gustaría* besar chicas bonitas hasta el día de nuestra muerte; pero todos sabemos de sobra que sería una burla repulsiva y sórdida, salvo si se tratase de las poquísimas mujeres que verdaderamente han sentido afecto por nosotros cuando éramos jóvenes.

No hace falta que refutemos los errores de lógica de Lovecraft; pero es increíble que Lovecraft hubiese escrito esta carta, confesando un deseo de besar a las chicas bonitas, de haber sido homosexual o de haber sabido que Barlow lo era.

No son raras entre los escritores las dificultades sexuales, como la represión, la insuficiencia, la impotencia y la inversión. Podría citarse a Carlyle, Dostoiesvky, E. T. A. Hoffman, D. H. Lawrence, T. E. Lawrence, Nietzsche, Strachey y T. H. White. No sabemos si tales anomalías son más corrientes entre los autores que entre la gente en general.

Sin embargo, puede haber una conexión entre estas rarezas sexuales de los escritores y el hecho de que, como Lovecraft, varios de ellos predicaban el autoritarismo, el militarismo, el racismo, el superhombrismo y demás doctrinas calificadas por el escritor Eric Bentley como «vitalismo heroico[226]». Este era notoriamente el caso de Carlyle, D. H. Lawrence y Nietzsche. Este intento de heroísmo sustitutivo parece ser una forma socorrida de compensación para los tipos enfermizos, frágiles y nerviosamente inestables, como el acosado por los demonios Hoyston Stewart Chamberlain, que glorificó al «ario teutónico».

Desde luego, Lovecraft sufría cierta represión sexual que explica su comportamiento erótico. No podemos probar ahora si su vida se complicaba con una o más tendencias de las citadas arriba. Pero no sería un razonamiento correcto traer por los pelos una causa desconocida cuando existe una causa conocida que basta por sí misma para explicar el fenómeno.

Por lo que sabemos, la homosexualidad en Lovecraft, como la sífilis hereditaria, parece ser tan improbable que, aunque no completamente refutable, sí puede ignorarse sin más. Lo notable es el hecho de que, considerando su singular educación y los intentos de su madre por feminizarle, *no* se convirtiese en abierto homosexual.

El factor principal en la sexualidad de Lovecraft fue un intenso prejuicio e inhibición antisexuales que casi con seguridad se debieron a su madre. Fueron una consecuencia de las actitudes generales de ella, su negativa a tocarle desde su infancia y la descripción que hacía de él diciendo que era «espantoso».

Además, su impulso sexual parece que era bajo. Seguramente hablaba de sí mismo cuando, en su madurez, al tratar de los problemas de un período de transición en la moral sexual, decía: «en tiempos de transición, las personas más afortunadas son las que poseen un erotismo flojo, ya que pueden desechar todo el turbio asunto y contemplar las contorsiones de la mayoría primitiva desde fuera con irónico distanciamiento[227]». En cuanto a qué factor —la influencia de la madre o alguna insuficiencia física— contribuyó más a su inercia sexual, no se sabe; pero la combinación fue evidentemente demasiado para su sexualidad masculina.

En todo caso, creció con tan fuerte inhibición que durante la mayor parte de su vida ahogó toda propensión sexual, normal o no. Llevó su puritanismo antisexual a extremos ridículos. Cuando Cook publicó un relato inofensivo sobre la modelo de un artista que posaba desnuda, Lovecraft escribió una carta larga y acalorada, atacando a Cook por este «horrible ejemplo de decadencia del pensamiento y la moral». Escribió también: «El erotismo pertenece a un orden inferior de los instintos y es una cualidad más animal que noblemente humana». «En cuanto a las inhibiciones puritanas, las admiro cada día más. Son intentos de hacer de la vida una

obra de arte». …[228]

Sin embargo, si examinamos las actitudes de la época y el lugar de Lovecraft, no parece ya tan extravagante. Henry David Thoreau fue tan antisexual como Lovecraft:

> Tenemos conciencia del animal que hay en nosotros, que despierta en la medida en que se adormece nuestra naturaleza superior. Es reptil y sensual, y quizá no puede ser expulsado totalmente… La castidad es el florecimiento del hombre; y lo que se llama Genio, Heroísmo, Santidad y demás, no son sino los varios frutos que ella produce. El hombre fluye inmediatamente hacia Dios cuando se abre el canal de la pureza …

O veamos el personaje George Apley, de Marquand, cuando entabla una conversación de hombre a hombre con su hijo sobre el sexo:

> Tú sabes como yo que todas estas ideas del sexo son en su mayoría «necedades». Puedo decir francamente que el sexo no ha desempeñado un papel dominante en mi vida, y confío que en la tuya tampoco. Ningún hombre de pensamiento recto permite que su mente se demore en tales cosas, y lo mismo debe ocurrir en las mujeres. Y ya basta de hablar sobre este tema desagradable[229].

No podemos por menos de preguntarnos cómo se las arreglaría un Apley para tener descendencia. Aunque Lovecraft mantuvo su propia vida sexual dentro de unos límites estrechos y rígidos, descartó muy pronto toda idea de imponer su moral a los demás. En 1921 escribió a Kleiner:

> Meditando sobre el origen de mis opiniones, me preguntaba a mí mismo hace poco si no serán demasiado apresuradas mis ideas antieróticas; debido a un mero prejuicio subjetivo, más que a una observación exacta o impersonal… De modo que cada vez estoy más convencido de que el instinto erótico es en la mayor parte de la

> humanidad mucho más fuerte de lo que yo habría podido sospechar, de no ser por una dilatada lectura e imaginación, el cual atenaza implacablemente a la persona normal —aun de las clases pensadoras — hasta el punto de que la imposibilita para intereses superiores… El único remedio parece que podría estar en la gradual evolución de la sociedad, por la que se alejase de la fase puritana, y sancionase una moral más laxa de hetairanismo.

Lovecraft se daba cuenta de que la procreación podía ser un deber cívico, pero que el placer no tenía nada que ver.

> Siempre corresponde al ciudadano ejemplar asegurar con ecuanimidad su parte en la producción de la generación venidera; responsabilidad tan censurablemente soslayada por algunos que, seguramente, los extranjeros nos anegarán en pocos años, a no ser que los contengan la legislación y el Ku Klux Klan.

Años después, algunos de los jóvenes literatos *protégés* de Lovecraft, como Long y Derleth solían escribirle jactándose de sus éxitos con las chicas. El resultado era con frecuencia una carta predicando pacientemente una estricta moralidad sexual. Por ejemplo, Lovecraft argüía que la tolerancia en la fornicación conduciría lógicamente a exigir una libertad similar en la sodomía, el incesto y la bestialidad, que se tendrían por «honestos y progresivos[230]». Las naciones y culturas que han permitido tales libertades, pensaba, estaban en la pendiente de la decadencia y la destrucción. Las actuales tendencias sociales sugieren que quizá Lovecraft no estaba equivocado del todo.

Cuando Lovecraft conoció a Sonia, ella le escribió preguntándole qué pensaba sobre el amor. La respuesta fue un largo sermón, como el que un filósofo célibe podía haber dirigido a un joven discípulo sobre el matrimonio:

> El amor mutuo de hombre y mujer es una experiencia

> imaginativa que consiste en tener por objeto una determinada relación especial con la vida estético-emocional de su poseedor…
>
> La juventud comporta ciertos estímulos erógenos e imaginativos unidos a fenómenos táctiles de cuerpos delicados de virginal postura y a imágenes visuales de contornos estéticos clásicos que simbolizan una especie de frescura y primaveral inmadurez que es muy hermosa, pero que no tiene nada que ver con el amor doméstico.
>
> Ningún hombre o mujer conservador espera esa extraordinaria exaltación física, salvo durante un breve período de extrema juventud; y toda persona de elevado grado puede transferir en seguida sus necesidades físicas a otros campos cuando alcanza la madurez; otras formas de estimulación importan mucho más que la mera expresión sexual para tales personas, de manera que apenas conceden a éstas algo más que un pensamiento pasajero …

Esto no es sino una racionalización más de las propias cualidades, deseos y limitaciones de Lovecraft. Uno puede preguntarse cómo un hombre con esta concepción tibia, abstracta, indolente del amor llegó a casarse.

Casualmente, tenemos alguna idea. Sonia escribió a Derleth: «Como hombre casado [Lovecraft] fue un amante excelente en todos los sentidos, aunque se negaba a manifestar sus sentimientos en presencia de los demás». Y confió a la madre de Frank Long que Lovecraft (que previsoramente había leído algunos libros sobre el sexo) podía efectivamente «cumplir».

En otra ocasión, dijo ella también que Lovecraft era sexualmente «adecuado, pero poco más». Cuando Derleth la visitó en 1953, ella le contó: «Howard era completamente adecuado sexualmente, pero siempre se acercaba al sexo como si no le gustase del todo[231]». Cada vez, tenía que tomar ella la iniciativa.

Supongo que, durante los meses siguientes al matrimonio, Lovecraft cumplió con sus deberes conyugales normalmente, aunque sin mucho entusiasmo. A uno le viene a la memoria aquel inglés Victoriano que antes de consumar el matrimonio le dijo a su esposa: «Ahora tengo un deber muy desagradable que cumplir[232]».

Verosímilmente, Lovecraft estaba sexualmente dotado de manera normal o casi. Por otro lado, ya sea por su tabú maternal, o por su bajo impulso sexual, o por ambas cosas a la vez, se alegró de reanudar su vida de célibe. Después de separarse él y Sonia, parece que no echó de menos sus relaciones maritales. De hecho, declinó una ocasión que tuvo de volver a empezar, cuando ella hizo un último esfuerzo por reconquistarlo. ¡Pobre Lovecraft; pobre Sonia!

# 11. QUIJOTE EN BABILONIA

*Had I not been thus prolix, you might either have misunderstood me altogether, or, with the rabble, have thought me mad. As it is, you will easily perceive that I am one of the many uncounted victims of the Imp of the Perverse*[233].

POE

CUANDO POE escribió «El duende de la Perversidad» se refería al impulso que a veces acomete a los hombres más juiciosos a hacer algo estúpido que les perjudica, que es contraproducente y autodestructivo, aun cuando ellos mismos lo sepan. Es el duende que nos insta a armar escándalos, a pelearnos con los que más nos quieren, a apostar cuanto tenemos o a jugar a la ruleta rusa. Cuando nos encontramos en el borde de un barranco o en la ventana de un rascacielos, el Duende nos susurra: «¡Vamos, salta!». Es lo que nos hace llamar a un hombre como Lovecraft «su peor enemigo». Poe, que luchó con ese Duende toda su vida, explica cómo actúa:

Tenemos ante nosotros una empresa que debe realizarse rápidamente. Sabemos que será catastrófico demorarla… Ardemos, nos consumimos en deseos de comenzar la obra, con la anticipación de cuyo resultado vibran todas nuestras almas. Debe hacerse, tiene

> que hacerse hoy; y sin embargo la posponemos hasta mañana, ¿y por qué? No hay respuesta, salvo que nos sentimos *perversos*, para utilizar el término sin ninguna comprensión del principio. Llega el día de mañana, y con él una ansiedad más impaciente de cumplir nuestro deber, pero con esta misma premura viene, también, un deseo vehemente, desconocido, positivamente terrible porque es insondable, de demorarla… Suena el reloj, y es el tañido de nuestro bienestar. Al mismo tiempo, es el quiquiriquí para el espectro que durante tanto tiempo nos ha tenido sobrecogidos. Alza el vuelo, desaparece, estamos libres. Retoma la antigua energía. Ahora *trabajaremos*. ¡Ah, pero es *demasiado tarde*!

Lovecraft, también, se sintió asediado por este Duende. Pero dejo su naturaleza a los psiquiatras, que poseen explicaciones plausibles. Sin embargo, más de una vez descubriremos su oscura figura tras el hombro de Lovecraft.

Los recién casados Lovecraft habían decidido marcharse inmediatamente a pasar un día de luna de miel, pero se encontraban demasiado cansados. A la tarde siguiente, «después de cambiar el nombre de la puerta de Parkside y notificar a los tenderos el nuevo apellido», tomaron el tren para Filadelfia y se alojaron en el Robert Morris. Lovecraft contó jovialmente que resultó muy fácil «¡firmar en el libro "*Mr*. y *Mrs*", a pesar de la total inexperiencia!».

Para empezar la colaboración con Houdini dentro de plazo tuvieron que terminar de pasar a máquina el manuscrito. Encontraron una oficina pública de mecanografía en el Hotel Vending y alquilaron una máquina por un dólar. Sonia se sentó a dictar el borrador mientras Lovecraft escribía con dos dedos.

Luego, contaba Sonia, «nos sentimos demasiado cansados para lunas de miel y para nada[234]». Sonia se debió de sentir desconcertada al descubrir que Lovecraft, cuando la mayoría de los hombres habían adoptado el pijama, seguía firmemente adscrito al decimonónico camisón.

Al día siguiente cogieron el autobús de Filadelfia que hacía la ruta turística. Terminaron de pasar a máquina «Prisionero de los faraones» y lo mandaron por correo a las oficinas de *Weird Tales*. A las tres semanas, Lovecraft recibió 100 dólares por su trabajo. Insistió en gastarse todo el dinero en un anillo de boda con un círculo de diamantes, asegurándole a la indecisa Sonia «que vendría más de donde venía éste».

De vuelta a Brooklyn, Sonia se reincorporó a su tienda de ropa, mientras Lovecraft meditaba sobre el medio de conseguir ese «más de donde venía éste». Poco antes, el anterior jefe de Sonia, Ferie Heller, había abandonado el negocio. Sonia y otras dos compañeras alquilaron una tienda en la calle 57 de Manhattan para poner una sombrerería. Con el fin de emprender este proyecto, Sonia vendió algunos muebles y se financió un viaje a París. Allí compró sombreros y género para copiarlos. La tienda, sin embargo, no produjo beneficios porque la clientela no se acomodaba a los elevados precios.

Durante las primeras semanas de matrimonio, las cartas de Lovecraft rebosaban de buen humor. Daba la impresión del casado feliz que ha apresado a su amor, ha demostrado su virilidad y está a punto de conquistar el mundo:

> Dos son uno. Otra persona lleva el apellido de Lovecraft. ¡Hemos fundado una nueva familia!
>
> En otras palabras, el Viejo Theobald está sentando una base de compañerismo, debido en sus nueve décimas partes a la ninfa cuyo anterior nombre acaba de ser suprimido, en favor del mío, del rótulo de la puerta. Quisiera que vieses al Abuelo esta semana, levantándose regularmente por la mañana, y andando ocupado… ¡Y todo con la perspectiva de un trabajo literario regular —mi primer trabajo verdadero— en lontananza! Mi salud general es ideal. La comida de S. H. [Sonia]… es la última palabra en perfección… ¡Hace *comestibles* incluso los panecillos de salvado!… ¡Y —*mirabile dictu*—, al menos intenta hacerme devoto de los ejercicios de Walter Camp conocidos como la «Docena Diaria»!… Por ahora no he tenido un solo dolor de cabeza, desde que se me fue el que me

produjeron las prisas de Houdini-Henneberger. ¡Decididamente, el Viejo Theobald está activo como no lo había estado en la vida[235]!.

El «trabajo literario regular» era la oferta de la señorita Tucker de contratarle como redactor fijo para la *Reading Lamp*: mientras lo pensaba, la señorita Tucker le sugirió que empezase un libro, no de ficción, sobre pervivencias de elementos preternaturales, como brujería y casas encantadas, en América. Ella intentaría venderlo como agente literario suyo. Lovecraft empezó a reunir material.

Lovecraft colmaba de alabanzas a su esposa. Decía que le había rescatado de un eventual suicidio:

> Una vida más activa para alguien de mi temperamento, requiere muchas cosas, de las que yo podría prescindir vagando soñolienta e indolentemente, evitando un mundo que me agotaba y me repugnaba, y careciendo de todo objeto, salvo de una redoma de cianuro, para cuando se me terminase el dinero. Al principio me había propuesto seguir este último camino, y estaba completamente preparado para buscar el olvido en cuanto me quedase a cero o el tedio se hiciese demasiado pesado para mí; pero de repente, hace tres años, nuestro benévolo ángel S. H. G. se introdujo en mi círculo de conciencia y empezó a luchar contra esa idea con la opuesta del esfuerzo, y el gozo de la vida con las recompensas que dicho esfuerzo reportaría.

Contó cómo Sonia le había infundido «la necesidad de levantarse y… ¡conquistar Nueva York! ¡Por supuesto! ¿En qué otro lugar puede uno estar vivo cuando carece de vitalidad propia y necesita la espuela mágica de la atracción externa hacia la vida activa y el esfuerzo eficaz?»

Habían decidido no permitir que los prejuicios burgueses sobre el dinero se interpusiesen en su camino. El apartamento de Sonia no costaría más si Lovecraft vivía en él, y por otra parte él esperaba poder pagar pronto la parte que le correspondía. Se disculpó por no haber contado a sus tías sus

planes matrimoniales, dando como excusa su «odio a las efusiones sentimentales, y esa agónicamente inútil “discusión” que siempre suscitan las decisiones radicales de los mortales…».

Es lastimoso que tan grandes esperanzas fracasaran completamente, sobre todo cuando parece que Lovecraft *casi* llegó a salir airoso. Puede que tomara decisiones equivocadas o que fuera una combinación de defectos personales; pero la mala suerte conspiró para hacerle fracasar. Pese a la abnegación de Sonia, no eran fáciles de cambiar los hábitos y actitudes de treinta y tres años.

No tardaron las complicaciones en acosar al matrimonio Lovecraft-Greene. La situación económica de Sonia empeoró. Como la tienda de la calle 57 no marchaba bien, la dejó y abrió una sombrerería por su cuenta, en una pequeña tienda de Brooklyn que previamente había alquilado y equipado. Pero, ¡ay!, las clientas aquí aún podían permitirse menos el capricho de un sombrero.

Luego, Lovecraft continuaba con su infantil dependencia de sus tías. En vez de abrirse una cuenta en un Banco de Nueva York, seguía dejando que sus tías manejasen su dinero y le enviasen los intereses de sus acciones. Cada vez que recibía un cheque de *Weird Tales* o de quien fuera, lo enviaba a sus tías para que ellas lo hiciesen efectivo y le mandasen el dinero. Cuando sus zapatos o alguna otra prenda necesitaba una reparación, los enviaba por correo a sus tías para que los llevasen a arreglar en Providence, y se los remitieran después.

Durante dos años escribió largas cartas a Lillian Clark, con un promedio de una carta semanal y a veces más, además de las menos frecuentes a Annie Gamwell. Las cartas a la señora Clark solían referirse a los tediosos detalles de la vida cotidiana. Le hablaba de su comida, su ropa, sus visitas turísticas y sus reuniones con amigos. Aunque intelectualmente menos estimulantes que sus otras cartas, daban cuenta casi diaria de sus andanzas por Nueva York.

A cambio, Lillian Clark enviaba a su sobrino periódicos de Providence y puñados de recortes, manteniendo así incólume el cordón umbilical.

Lovecraft jamás se tomó en serio esa frase de la ceremonia matrimonial «renunciando a todos los demás». En su primera carta a la señora Clark después de su matrimonio, instaba a sus dos tías a irse a vivir con él:

> ¡Ahora únete a la celebración! Porque vas a vivir aquí —y ésta es la irrevocable sentencia del Destino— permanentemente. No se aceptará ninguna decisión negativa; y si no vienes voluntariamente ¡te secuestrarán! Y eso vapor A. E. P. G. [Annie Gamwell] también …[236]

Las tías no aceptaron el ofrecimiento. Esa primavera, sin embargo, Annie Gamwell fue a visitarle, ya que también quería ver a unos amigos de Nueva Jersey. Sonia escribió a Annie una carta desbordante de cordialidad:

> Querida,
>
> … ¡Qué contenta estoy de que pueda venir!… ¡Espero que pueda quedarse con nosotros mucho tiempo!… Estoy impaciente por verla ya aquí…
>
> Cariñosamente suya, SONIA

Lovecraft añadió una nota prometiendo visitas turísticas y pidiendo que le enviase más ropa suya. También hizo que le facturasen muchos muebles de Providence, declarando que «no puedo vivir en ningún sitio sin mis objetos caseros a mi alrededor: los muebles que conocieron mi niñez, los libros que leyeron mis mayores, los cuadros que pintaron mi madre y mi abuela». Los amigos se sorprendían de los extremos a los que llegaba para llevarse Providence consigo a Brooklyn. Regaló a los Eddy unos cuantos muebles de Providence que no quería —una cama plegable, un buró y un infiernillo de gas—, y abandonó su globo celeste.

Sin embargo, Lovecraft gozaba de la vida. Compró reproducciones de *souvenir* del Woolworth Building y de la Estatua de la Libertad, explicando: «Me gusta tanto N. Y. que voy a meter un trocito en casa[237]».

Otra tensión en el matrimonio, para Sonia, la ocasionaron los inveterados hábitos y manera de ser de su marido. Aunque ella pusiese la mejor cara ante tales cosas, él era un amante tibio. Jamás empleó la palabra «amor»; su forma de expresar el amor era decir: «Querida, no sabes cuánto te aprecio». Sus esfuerzos por establecer un afectuoso contacto físico consistían en enganchar su dedo meñique con el de ella y gruñir: «¡Unh!».

Lovecraft trató de cambiar sus hábitos nocturnos. En mayo, cuando Morton le invitó a la reunión de un club literario, Lovecraft dijo que no podría asistir a menos que Sonia estuviese dispuesta a asistir también, y añadió: «Ella generalmente tiene que acostarse temprano, y yo debo regresar a casa a una hora adecuada, ya que no puede dormirse hasta que me acuesto yo…».

Poco a poco, no obstante, Lovecraft volvió a su antigua costumbre «de permanecer levantado casi toda la noche como cuando él y Sam Loveman venían a verme [Sonia], y cuando su tía, la señora Gamwell, venía a visitarnos, mientras que yo tenía que despertarme temprano, preparar comida para ellos y marcharme a trabajar[238]».

Hay sobrados motivos para que el escritor trabaje durante la noche. La mayoría necesitan que no se les interrumpa durante muchas horas. Interrumpid a un escritor, y veréis cómo tarda un cuarto de hora o media hora en volver a coger el hilo.

A altas horas de la noche no suena el teléfono ni el timbre de la puerta. No aparecen en el umbral ni vecinos, ni vendedores, ni cuestadores de causas meritorias. Los niños, si los hay, están en la cama, en vez de pedir a papá que juegue con ellos o que les saque a ver una película. Por otro lado, si el escritor pertenece a una familia corriente, tales horas representan un esfuerzo para los demás miembros, obligados por sus quehaceres, el colegio, la compra y demás necesidades, a observar un horario convencional.

La vaguedad de Lovecraft era como para hacer enloquecer a cualquier persona viva, despierta y eficiente. Sonia escribió:

> A veces le pedía que me recogiera después del trabajo para ir a cenar a algún restaurante de moda y luego marcharnos a ver algún

> espectáculo o película, y a veces alguna ópera cómica. No tenía noción del tiempo. Frecuentemente me tocaba esperarle en algún portal o esquina, cuando hacía dos grados de temperatura y a veces menos; sin exagerar, con frecuencia me tenía más de tres cuartos de hora esperándole.

Su xenofobia afloró también. Le decía a Sonia que «cuando tenemos compañía, la aprecio si los arios están en mayoría[239]». Cuando soltaba salvajes exabruptos contra los judíos, Sonia le recordaba que, al fin y al cabo, ella procedía de las «hordas extranjeras» a las que injuriaba. Entonces decía él afablemente: «Ahora eres la señora H. P. Lovecraft de Angelí Street 598, Providence, Rhode Island[240]», como si eso borrase de alguna manera el estigma.

A Lovecraft le gustaban los vestigios coloniales de Nueva York, pero no sus multitudes presurosas, heterogéneas, de modales ordinarios. Cuanto más vivía allí, más intensa se volvía su xenofobia. Sonia trataba de hacerle razonar, haciéndole ver que cada etnos contenía gente de todas clases, y que todos poseían su porción de santos y bribones.

> Más tarde H. P. me aseguró que estaba completamente «curado». Pero… cada vez que nos encontrábamos metidos en una multitud racialmente mezclada, tan característica de Nueva York, Howard perdía la cabeza. Y para decir la verdad, fue esta actitud hacia las minorías, y su deseo de escapar de ellas, lo que finalmente aceleró su regreso a Providence… Aludía principalmente a las gentes semíticas: «asiáticos de ojillos de abalorio y hocico de rata», los llamaba. En general, todos los extranjeros eran «mestizos[241]».

Cuando leemos en letra impresa los defectos de Lovecraft como hombre y como marido, su figura no resulta agradable. Sin embargo, tenemos la palabra de muchos que le conocían, de que lo era. En sus relaciones personales se mostraba siempre amable, cortés y servicial; era también un fascinante conversador, con ideas interesantes sobre casi todos los temas.

Años más tarde, Sonia le recordaba como «una persona maravillosa. Era "sagaz como una serpiente y dócil como una paloma", cuando las circunstancias o la ocasión lo requerían; sin embargo, no era de mente calculadora, y jamás iba a sacar tajada[242]».

A pesar de estas tensiones, el matrimonio siguió tirando durante medio año. Sonia daba a Lovecraft dinero para gastar, y aplacaba su orgullo diciéndole: «Me lo devolverás con intereses, por supuesto».

El dinero que le daba Sonia, y el de los envíos ocasionales de sus tías, de sus trabajos literarios para clientes, o de *Weird Tales*, lo gastaba frugalmente. De cuando en cuando compraba libros, a veces para regalárselos a Sonia o a sus amigos. También daba dinero a otros periodistas aficionados —«amables salteadores», los llamaba Sonia— que le escribían cartas mendicantes, aun cuando él tenía que privarse para poderles enviar algo.

A sugerencia de Sonia, se llamaban el uno al otro «Sócrates» y «Jantipa». Sonia lo sobrealimentaba:

> Cuando nos casamos, era alto y flaco y «de aspecto famélico». A mí casualmente me gusta el tipo aparentemente ascético; pero H. P. lo era demasiado para mi gusto, de modo que solía prepararle todas las noches una comida bien equilibrada, para que tomase un desayuno sustancioso (le encantaba el *soufflé* de queso, plato algo inadecuado para el desayuno) y le dejaba unos cuantos (casi gigantescos) emparedados, un trozo de tarta y alguna fruta para el desayuno (le encantaban los dulces) y le hacía prometerme que se haría té o café. Todo esto, naturalmente, mientras atendía yo a mis ventas en Nueva York …

El resultado fue que el peso de Lovecraft, que en los últimos años no había sobrepasado los sesenta y tres kilos y medio, aumentó casi a noventa. Sonia creía que él «se sentía maravillosamente bien» con ese peso.

Esperando aún llegar a ser hombre de sólidas costumbres domésticas, convino con Sonia en comprar dos solares en Yonkers. Proyectaban construir algún día, en el solar más grande, una casa lo bastante espaciosa

para ellos y las tías de Lovecraft, mientras que el otro, más pequeño, lo conservarían para venderlo a mayor precio. A finales de julio, Lovecraft escribió a la Homeland Company de Yonkers, alegando incapacidad para afrontar el pago de 100 dólares semanales. Parece ser que la compañía accedió a reservárselos a los Lovecraft, pues varios años más tarde Sonia aún tenía derecho a los solares y arregló las cosas para que su hermanastro los vendiese en su nombre.

Lovecraft llevaba a Sonia a dar largos paseos de interés histórico y frecuentaba con ella los grandes museos de Nueva York. Él decía: «¿De qué sirve vivir en una gran ciudad si no aprovechas sus ventajas?»[243].

Durante este tiempo, Lovecraft y Sonia sentían que cada uno trataba de complacer al otro en todo lo posible: fenómeno nada raro entre las parejas de casados. Sonia escribió:

> Me borré enteramente y le antepuse a todas las cuestiones y problemas domésticos, sin tener en cuenta de qué se trataban, a fin de eliminar o reducir en lo posible los complejos que él pudiera tener. Incluso a la hora de gastar el dinero que yo había ganado, no sólo le consultaba a él, sino que trataba de hacerle sentirse el «cabeza de familia».

En cambio, Lovecraft describía su propia situación así:

> Me veo reducido a un estado de la más completa obediencia; y jamás respondo a una admonición conyugal sino de la manera más doméstica imaginable: «¡Sí, cariño!».

Apenas había iniciado Lovecraft su vida de casado en Brooklyn cuando se produjeron trastornos en *Weird Tales*. Henneberger se encontraba bastante endeudado: debía lo menos 43.000 dólares, y quizá hasta 60.000. Henneberger y Baird, su director, se separaron ásperamente. Los números de mayo y junio de 1924 no aparecieron ya.

Asumiendo el puesto de director, Henneberger se las arregló (con la

ayuda editorial de Otis Adelbert Kline, un joven escritor de revistas baratas y agente literario) para sacar un volumen doble de «aniversario» para mayo, junio y julio de 1924. Este podía haber sido el último número de no haberle dado la notoriedad del relato de Eddy-Lovecraft «Los amados muertos», y los subsiguientes esfuerzos por proscribir la revista, un nuevo impulso de vida a *Weird Tales*.

Al pensar en un nuevo editor, Henneberger se acordó de Lovecraft. En marzo le escribió desde Chicago, sondeándole sobre esta posibilidad. En vez de entusiasmarse, Lovecraft se sintió aterrado, y escribió a Frank Long:

> El abuelo se propone establecerse aquí y ganar dinero en quehaceres locales, a menos que… un rayo destruya las oficinas de *Weird Tales* y me haga aterrizar en el feo, moderno y groseramente repelente chicago… ¡Hay una maldita posibilidad!… El honrado pero tosco Henry me escribe diciendo que va a efectuar un cambio radical en la dirección de *Weird Tales*, y que tienen pensada una nueva revista que cubra el campo de horror Poe-Machen. Esta revista, dice, estará «cabalmente en mi línea», y quiere saber ¡si yo estaría dispuesto a irme a chicago para dirigirla! ¡Oh, Dios, oh Montreal! Puede ser una nonada, pero tu abuela insiste en que acepte, si definitivamente me hace en firme la petición y la acompaña de las debidas garantías. No puedo pensar en ello sin un estremecimiento: ¡figúrate la tragedia de semejante cambio para un viejo aficionado a las antigüedades que acaba de detenerse a gozar de las reliquias de la venerable Nueva-Amsterdam! A SH no le importaría en absoluto vivir en Chicago; pero es la atmósfera colonial lo que me proporciona el verdadero aliento de la vida. No podría pensar en semejante cambio, por ventajosa que fuera la proposición, sin agotar previamente toda clase de retórica en un esfuerzo por persuadir a Henneberger de que me dejase dirigir a distancia. El problema está en que el dichoso asunto puede venirse abajo al cabo de unos números, dejándome encallado en un desagradable paraje del Oeste… ¡Puedes apostar a que Abuelo estudiará sesudamente toda clase de posibilidades, antes de tomarse

ésa en serio. Pero puede que todo quede en agua de borrajas[244]!.

Así que Lovecraft envió a Henneberger una respuesta evasiva. Aunque Henneberger ha escrito: «Le ofrecí la dirección de *Weird Tales*», no he encontrado ninguna otra prueba de que se le ofreciese a Lovecraft tal dirección, ni de que se negase a ir a vivir a Chicago, o rechazase ningún ofrecimiento serio de dicho puesto de director. Henneberger, no obstante, hizo muchos viajes a Nueva York, en el curso de los cuales tuvo varias entrevistas con Lovecraft; y Henneberger era un gran conversador. De modo que es posible que le hiciese la proposición en el curso de esas entrevistas. En cualquier caso, en las fechas en que Henneberger pudo hacerle una propuesta en firme, ya no controlaba *Weird Tales*, que por entonces tenía un nuevo director.

Otro hombre en el que había pensado Henneberger para sustituir a Baird era Farnsworth Wright, que había pertenecido a la facción Lovecraft de la uapa. Natural de San Francisco y residente entonces en Chicago, Wright había vendido varios relatos a *Weird Tales*. Era alto, flaco, especialista en Shakespeare, y padecía la enfermedad de Parkinson. Esta dolencia hacía que sus dedos temblaran tan incontrolablemente que tenía que firmar las cartas a máquina.

Para satisfacer las pretensiones de Henneberger, su administrador John Lansinger, Edwin Baird, y otro empleado llamado William Sprenger, se llevó a cabo un complicado acuerdo. Hacia finales de septiembre, Lansinger y Baird, asociándose como la Collegiate Publishing Company, tomaron posesión de *Detective Tales*. Sprenger y Wright se erigieron en copropietarios de la popular Fiction Publishing Company, que publicaba *Weird Tales*, con Sprenger como administrador y Wright como director. Henneberger siguió siendo el director nominal pero no iba a sacar ningún beneficio hasta que la deuda quedase saldada. Tras otro período de tres meses, *Weird Tales* volvió a recobrar su publicación regular con el número de noviembre de 1924.

En septiembre, Henneberger fue a Nueva York, deseoso de hablar de un proyecto de nueva revista, a la que pensaba llamar *Ghost Stories*: aseguró a Lovecraft que estaba definitivamente contratado como director exclusivo de

la nueva publicación. Su salario iba a ser de 40 dólares semanales, para subírselo después a 100.

Henneberger prometió efectuar el primer pago el 26 de septiembre. Pero pasó esa fecha sin que llegase el dinero. Durante dos meses, Henneberger mantuvo a Lovecraft con promesas y promesas. Le dio algún trabajo de poca importancia, como la edición de una colección de chistes.

Por último, en noviembre, Henneberger abandonó el proyecto por falta de apoyo financiero. Su propuesta resultó, en última instancia, «agua de borrajas». Como adeudaba a Lovecraft sus pequeños trabajos, Henneberger saldó la cuenta con un crédito de librería por valor de 60 dólares. El 9 de julio Lovecraft fue con Long al almacén y escogió dieciocho libros, más otro como regalo a Long. Los que Lovecraft eligió para sí eran principalmente de Dunsany y Machen, juntamente con otros varios sobre la América colonial, uno sobre Roma y un ejemplar de la vieja novela gótico-oriental de Beckford, *Vathek*.

Hay dos rasgos de Lovecraft que requieren explicación. Uno era su neofobia: su miedo y odio al cambio. El otro era su fanático apego a determinadas cosas materiales y físicas.

Sonia decía: «Odiaba todo lo nuevo y desconocido; ya fuese una prenda de vestir, una ciudad o una cara. Sin embargo, cuando se acostumbraba a la novedad de algo, al principio la aceptaba cautelosamente, luego se aferraba a ella… Odiaba hacer nuevos amigos, pero cuando los había hecho les era leal». (Un poco exagerado, quizá, aunque cierto en términos generales). Se acaloraba ante la destrucción de cualquier edificio viejo. Una de sus quejas contra los extranjeros era que habían ocupado las viejas zonas de Providence e introducían cambios en ellas.

No es difícil de explicar esta manía. Lovecraft había empezado a vivir como niño rico y mimado. Pero luego, su vida en la época de su matrimonio fue una larga pendiente cuesta abajo, a medida que el dinero disminuía y, en lo que se refiere a logros mundanos, cada vez se quedaba más atrás respecto a los hombres que él había conocido de pequeño. Mientras los demás seguían hacia la gloria, él se encontraba encenagado en un pantano de

neurosis paralizadora y de decadencia señorial. Admiraba a los que habían triunfado y deseaba ansiosamente haber podido hacer lo mismo.

Por tanto, todo parecía ir mejor cuando retrocedía en el tiempo; dado que Lovecraft no creía en un alma inmortal destinada a ir a un cielo que le confortase, todo empeoraba evidentemente, a medida que avanzaba.

Como ha señalado el psiquiatra Harold. F. Searles, para todo el que posee agradables recuerdos de niñez, «el país de su juventud es un país dorado…». La felicidad, por tanto, reside en tratar de contener la corriente del tiempo conservando todas las cosas —casa, costumbres, vestidos e instituciones— que quedan de los días pasados.

Además, Lovecraft se aferraba a sus muebles familiares (la mayoría de los cuales no eran coloniales, sino Victorianos), con lo que su esposa denominaba «una tenacidad morbosa[245]». Puede decirse que la pasión de Lovecraft por sus muebles era meramente un derivado de su neofobia, aunque fuera algo más. Harold F. Searles, el psiquiatra al que acabo de citar, explica el apego de los niños a los osos de trapo y objetos similares. Los denomina «objetos transicionales» porque ayudan al niño a efectuar la transición de una completa dependencia de sus padres a una relación normal, con seguridad en sí mismo, respecto de sus iguales: compañeros de clase, novias o novios, vecinos, amigos y camaradas en el trabajo adulto y en el juego.

Un niño sin tales objetos tiende a permanecer excesivamente apegado a sus padres. El objeto transicional le libera de semejante dependencia. Luego:

> El carácter concreto del pensamiento del niño sugiere que para él, como para el miembro de la llamada cultura primitiva y para el esquizoide adulto, la riqueza de objetos no humanos que le rodean es esencial para su ser psíquico en un sentido más íntimo de lo que lo son para el adulto de nuestra cultura …

En la persona normal, según el doctor Searles, el amor a las cosas madura gradualmente en un amor a las personas, y la fuerza motora para este cambio es el desarrollo de la sexualidad en la adolescencia. No es que

un adulto maduro deje de interesarse por sus padres o se vuelva indiferente a los muebles y recuerdos de su juventud. Pero considerar que la vida no merece la pena de ser vivida sin tales reliquias, como decía Lovecraft, significa que el proceso de maduración se ha detenido en el estadio del oso de trapo. Teniendo en cuenta la intensa represión sexual bajo la cual se crió Lovecraft, la teoría del doctor Searles, de que la sexualidad es el medio de salir del estadio del objeto-transicional, tiene sentido:

> Las personas que… no llegan a pasar esta fase final de la adolescencia normal siguen identificándose aparentemente, a lo largo de sus vidas, más con la Naturaleza que con la humanidad. Experimentan con la Naturaleza una afinidad apasionadamente estrecha, en tanto que respecto a la humanidad adoptan una actitud de misantropía; sus semejantes les parecen seres extraños[246].

Si definimos la «Naturaleza» como «el escenario de Nueva Inglaterra, especialmente Providence», tenemos la esencia de Lovecraft, quien, a pesar de lo íntimos que eran sus muchos amigos personales, «odiaba a la humanidad en abstracto» e insistía en que su interés real por la vida residía en «el escenario visual en general».

La señorita Tucker, directora de la *Reading Lamp*, decidió no contratar a Lovecraft, y el libro no-literario que le había pedido que escribiese se quedó en nada. La nueva revista de Henneberger abortó, de manera que a Lovecraft no le quedó otro remedio que buscar trabajo. Empezando a finales de julio de 1924, recorrió las agencias de empleo de Nueva York y visitó a los patronos a quienes éstas le enviaban.

Era una tortura permanecer sentado durante horas en las oficinas para luego ser interrogado. Lovecraft era reacio a ponerse delante de caras nuevas, y creía que ningún caballero debía hacer gala de sus aptitudes ni tratar de «venderse». Tras pasarse las mañanas en entrevistas de este tipo, agotado física y psíquicamente, pasaba las tardes deambulando por los parques o visitando museos «para quitarse el mal sabor de boca». Además,

tropezó con un obstáculo montañoso justo al principio:

> La falta de experiencia comercial es un obstáculo tremendo: todo el mundo es muy amable y cortés, ¡pero el trabajo tenaz les lleva a adoptar un trato mercantil!

Lovecraft tenía muchas cosas en su contra: su aspecto anticuado, ligeramente de persona distinguida venida a menos; su actitud reservada y rígida ante desconocidos; su modo pedante de hablar; incluso el timbre alto de su voz. Los patronos podían pasar por alto todas estas cosas, pero no podían ignorar el hecho de que un hombre de casi treinta y cuatro años no había tenido un solo empleo. Al pedírsele informes profesionales, no podía presentar ninguno. De haber sido quince años más joven, su falta de experiencia no le habría pesado tanto, ya que nadie espera que un mozalbete tenga amplia experiencia. Así que más de un jefe de personal debió de preguntarse si semejante individuo no se habría pasado sus últimos quince años en un sanatorio psiquiátrico.

Escribió cartas de autorrecomendación para enviar a los editores. He aquí el borrador de una:

> Muy señor mío:
>
> Si una solicitud espontánea de trabajo parece algo inusitado en estos tiempos de organizaciones, agencias y anuncios, confío en que las circunstancias que concurren en este caso puedan contribuir a paliar lo que de otro modo sería inoportuno atrevimiento. Se trata de un caso en el que ciertas aptitudes decididamente comerciales deben darse a conocer de manera poco convencional, saltándonos el corriente fetichismo que exige una experiencia comercial y da lugar a que los posibles empleadores rechacen sin escuchar la petición del solicitante incapaz de poseer un oficio profesional específico en una línea dada.
>
> La idea de que un hombre cultivado y con buena inteligencia pueda posiblemente adquirir una rápida eficacia en un campo

ligeramente ajeno a su actividad habitual, puede parecer ingenua; sin embargo, recientes acontecimientos me han demostrado de la manera más palmaria que ésta es una superstición ampliamente difundida. Desde hace dos meses, inicié una búsqueda de trabajo para el que estoy natural e intelectualmente bien preparado, contestando a cerca de un centenar de anuncios, sin lograr siquiera la posibilidad de que se me escuche una vez; y todo, al parecer, porque no puedo aducir un empleo anterior en la precisa subdivisión industrial representada por las diversas casas. Visto este resultado a través de los canales habituales, estoy adoptando de manera experimental este otro más agresivo.

El puesto que busco, y que creo puede proporcionarme su establecimiento es aquel en el que se requieran los servicios de un autor, revisor, redactor, crítico, articulista, corresponsal, corrector de pruebas, mecanógrafo, lo que sea, hasta lo más remoto. En esta línea, estoy preparado para demostrar una madura y efectiva competencia, a pesar del hecho de no haberme empleado nadie sistemáticamente hasta ahora; sin embargo, deseo, como deferencia a la costumbre y la necesidad, empezar lo más modestamente, y con la pequeña remuneración que los principiantes habitualmente reciben. Lo que yo necesito es un apoyo inicial; después confío en que mi trabajo hablará por mí.

Soy por vocación escritor y revisor: escribo literatura, crítica, y verso, y cuento con excepcional experiencia en la preparación correcta y fluida de textos sobre los temas indicados, y en afrontar los problemas más difíciles e intrincados de nueva redacción de textos y revisión constructiva, en prosa y en verso. Durante más de siete años he estado manejando los escritos de un autor, editor y conferenciante americano muy prominente; incluidos varios libros y muchos poemas que han gozado después de no poca popularidad al recorrer los círculos periodísticos. He preparado y revisado igualmente libros para otros, y puedo presentar, caso de que se requiera, ejemplares de estos trabajos, así como de mis obras menos extensas: relatos publicados, revistas, órganos de publicación de

asociaciones que he dirigido y demás.

Esta industria aficionada, sin embargo, es evidentemente irregular e incierta; y me siento ahora —casado e instalado en Nueva York— muy deseoso de cambiarla por una vinculación salarial permanente y regular con cualquier empresa responsable de no muy distinta naturaleza. Tengo la seguridad de que puedo cubrir adecuadamente cualquier puesto normal en el que se requiera composición inglesa y creación retórica y literaria, y familiaridad con las formas y prácticas tipográficas. Puede que carezca de experiencia en los detalles de una empresa comercial, pero creo que tengo méritos al menos de igual valor en capacidad para componer con rapidez, fluidez y corrección a partir de esquemas, notas o sugerencias y con cualidades tales como percepción rápida y minuciosa, cuidado ortográfico, esmero de estilo, y un sentido altamente desarrollado de las sutilezas del uso del inglés. En lo que se refiere a estas cualidades, deseo se me someta a cualquier examen práctico, como puede ser componer un texto continuo a partir de sugerencias o esquemas dados, o pruebas de lectura bajo la supervisión de Vd., relativas a velocidad y carencia de errores.

Tengo treinta y cuatro años, y provengo de una cultivada ascendencia autóctona. Mi formación, aunque no incluye la universidad ni un conocimiento profesional de la traducción de lenguas modernas, es la propia de un caballero, y comprende todos los elementos esenciales de una cultura liberal, técnica literaria, observación disciplinada, y un conservadurismo equilibrado. Con este bagaje —ordinario como es—, no dudo de que estoy capacitado para cubrir cualquier puesto que pueda ofrecerme una empresa como la de Vd., aun cuando la falta de empleos anteriores parece constituir una barrera ficticia. Las clavijas redondas encajan en agujeros redondos y las cuadradas en agujeros cuadrados. Y por la misma razón, aunque con un poco más de dificultad, estoy seguro de que debe de haber en alguna parte un agujero en el que encaje esta clavija ¡aunque la metáfora proverbial la pretenda trapezoédrica!

Confiando —fundadamente o no— en recibir noticias suyas y

tener una oportunidad en la que poder dar prueba de mis aptitudes, queda de Vd.

suyo afectísimo H. P. L.[247]

Difícilmente cabría imaginar manera peor de dirigirse a un posible empleador. No es de sorprender que esta extraordinaria carta no le proporcionase ninguna colocación.

Lovecraft tenía aptitudes para un adecuado *résumé* profesional, de haberlo sabido redactar sin la verbosidad, retórica, pedantería y redundancias de este modelo. En otra carta parecida decía a su hipotético patrono impresor que no temiese que él, debido a su pura ascendencia anglosajona, adoptase una actitud esnob respecto de los demás empleados no tan afortunados. Y publicó un anuncio en la sección de anuncios del *New York Times*:

ESCRITOR Y REVISOR, horas libres, desea vinculación salarial regular y permanente con cualquier empresa responsable que necesite servicios literarios; experiencia excepcionalmente completa en preparar, corregir y elaborar textos fluidos sobre los temas que se precisen, y resolver los más difíciles, complicados y extensos problemas de nueva redacción y revisión sintáctica, prosa o verso; también estudiaría situación relativa a corrección de pruebas con exigencia de percepción rápida y minuciosa, ortografía cuidada, esmero estilístico y acusado sentido de las peculiaridades del uso del inglés; buena mecanografía; edad 34, casado; ha preparado durante siete años toda la prosa y verso de un famoso orador y director americano. Y 2292 Times Annex.

Evidentemente, Lovecraft no sabía qué era ser un buen mecanógrafo. El «famoso orador americano» era David V. Busch, para quien aún seguía escribiendo. Los esfuerzos de Lovecraft dieron al fin con una colocación, pero para la que estaba todo lo mal preparado que pueda estar un hombre. Contestó a un anuncio de ofertas de una compañía de Newark. Se presentó

el 23 de julio y se encontró con que el puesto era de «vendedor-visitador para introducir el servicio de la Cámara de Compensación Creditors National, firma de Boston con una filial en Newark, cuya especialidad… era la adquisición de cuentas ligeramente pasadas de plazo, antes de haberse convertido en problema». Lovecraft tenía que vender los servicios de esta agencia de cobros sobre la base de una comisión fija.

Lovecraft fue contratado, tomó posesión y rellenó un puñado de formularios; asistió a una reunión de visitadores y se sintió animado cuando el jefe de ventas anunció que la filial adoptaría la versión revisada de Lovecraft del modelo de oferta al cliente. También conoció «al director de la filial de Newark, un hombre crudo pero bienintencionado llamado William J. Bristol, que parece mostrar rasgos de herencia levantina».

A la semana siguiente, Lovecraft pasó dos agotadores e infructuosos días, pateando las calles del Gran Nueva York y visitando posibles clientes. Los mejores futuros clientes, descubrió, eran los del ramo del vestido, que estaba en manos de «la más insoportable clase de personas». Luego Bristol llevó a Lovecraft a un recorrido de readiestramiento:

> No había dado muchos pasos cuando mi guía se puso a hablarme con toda sinceridad sobre el tono de los negocios, y admitió que un hombre que ha nacido y ha sido educado como un caballero tiene muy pocas posibilidades de éxito en esta modalidad de ofertas a domicilio… donde hay que ser milagrosamente magnético y cautivador, o tan grosero e insensible que pueda saltarse todas las reglas de buen gusto e insistir sobre las aburridas, hostiles y poco dispuestas víctimas[248].

Lovecraft se sintió aliviado cuando le dejaron renunciar sin dar un informe de la semana. Cautivado por Lovecraft, el «honrado Bristol» le abrió su corazón. Su verdadera ambición, le confió, era volver a los seguros. Para esto, consciente de su propia crudeza, necesitaba la ayuda de un caballero como H. P. L. Entretanto, contrató a Lovecraft para que le escribiese una carta solicitando la dirección de alguna compañía de seguros. Parecía como si los dioses estuviesen decididos a que Lovecraft escribiese

eternamente para otros.

Aún no había desistido. Siguió recorriendo tenazmente las agencias de colocaciones y editoriales. Sus amigos trataron de ayudarle. Loveman, que llegó a Nueva York en busca de otro trabajo en agosto, pensó que podía conseguirle la edición de catálogos de las Anderson Galleries, pero alguien se lo pisó. Lovecraft pensó durante un tiempo que tenía probabilidades como redactor en un periódico, el *Haberdasher*, pero éstas se esfumaron también.

Harry Houdini, a quien Lovecraft conocía ya, le dio una carta para Brett Page, director de un sindicato de periódicos. Page se mostró cordial, pero no tenía nada. Los únicos trabajos para los que Lovecraft estaba preparado, dijo, eran los de corrector de pruebas para una casa editorial o director auxiliar de una revista financiera. Esto era lo que el propio Lovecraft había sacado en conclusión; pero ninguno de los editores a los que se dirigió le consideró apto para contratarle.

Hacia finales de año, Lovecraft hizo agotadores aunque inadecuados esfuerzos por encontrar trabajo. A pesar del hecho de que con el presidente Coolidge, el país se hallaba en la prosperidad y no era difícil encontrar colocación, Lovecraft no obtuvo otro resultado que el de unos cuantos clientes más a quienes escribirles sus obras. Para un hombre retraído, inexperto en cuanto a relaciones mundanas, que había pasado gran parte de su vida en enfermiza, recluida e indulgente ociosidad, el esfuerzo de Lovecraft resultaba hercúleo. Su amigo Kleiner pensaba

> … que Lovecraft no tenía nada que hacer en una relación comercial. Su oficio era escribir relatos, y debería habérsele dejado continuar en lo que estaba haciendo. Pero la situación en que se encontró tras su desafortunado matrimonio parecía exigir de él un esfuerzo por encontrar una colocación estable con un salario regular. Algunas cartas suyas solicitando trabajo llegaron a manos de personas de quienes podía haberse esperado un poco más de comprensión; creo que estoy en lo cierto al decir que eran la clase de cartas que un caballero inglés temporalmente en apuros podía haber escrito, en un esfuerzo por conseguir una conexión provechosa con

el mundo de los negocios de anteayer. Su tono, naturalmente, era equivocado.

La descripción de Kleiner de las cartas de Lovecraft solicitando empleo es aceptable, pero no estoy de acuerdo en que Lovecraft no tenía nada que hacer en un trabajo salarial. En primer lugar, trabajar a sueldo es como enamorarse, o servir en las Fuerzas Armadas, o encontrarse en medio de una tormenta en alta mar, o sufrir una operación quirúrgica. Uno puede aprender mucho sobre el particular leyendo, pero ningún libro puede contarle a uno cómo es tan bien como cuando lo sufre realmente. Como una colocación es parte de la experiencia de casi todos los hombres y la mayoría de las mujeres en la América actual, jamás el haber trabajado a sueldo le deja a uno una concepción deformada y fragmentaria del mundo. Ni habría interferido necesariamente un empleo en la labor de Lovecraft como escritor, puesto que a ésta dedicaba tan sólo una parte de la noche.

Sin embargo, tenía aptitudes de redactor y cierta experiencia práctica en la dirección de publicaciones aficionadas. Con un poco de hábito, habría podido ser un excelente redactor jefe. Un modesto éxito en esa función le habría evitado tener que escribir para otros, así como gran parte del afanoso trabajo con que llenaba sus días.

Además, la ficción de Lovecraft aparece, en conjunto, mermada por la falta de personajes convincentes y de diálogos verosímiles. Ambas cosas son consecuencia de su falta de contactos humanos: de su aislamiento del resto del mundo, salvo del reducido círculo de amigos afines y de los mismos gustos. En la literatura de terror, la caracterización y el diálogo no son de primera importancia; pero un relato en el que los personajes y el diálogo están bien ejecutados es mejor que otro igual, pero en el que están mal o no lo están en absoluto.

Otro rasgo de la ficción de Lovecraft es cierta fría impersonalidad. Muestra poco interés o simpatía por sus personajes. Prácticamente hablando, sus personajes principales no comen ni beben. En la rara ocasión en que tienen algún contacto con las mujeres, normalmente salen malparados. Aquí, también, le habría ayudado el haber tenido más experiencia mundana. Dado que no queria tratar con gente de ambiente y

opiniones marcadamente diferentes de las suyas, habría tenido que verse obligado a hacerlo por exigencia del trabajo.

Es verdad que, de haber llegado a ser redactor jefe, Lovecraft jamás habría alcanzado una posición como la del difunto John W. Campbell. Pero ese puesto le podría haber proporcionado la posición, confianza en sí mismo y experiencia mundana que tanto necesitaba, así como unos ingresos.

Durante los cursos de 1923-24 y 1924-25, Sonia había sido elegida presidenta, y Lovecraft director de la United Amateur Press Association. Al final del curso 1924-25, él no quiso seguir en su cargo. Continuó asistiendo a las asambleas del Blue Pencil Club y quejándose del torrente de correspondencia de otros aficionados; pero en adelante dedicó menos tiempo al periodismo *amateur*.

Habiéndose negado otros miembros de la «uapa Lovecraft» a asumir ese puesto, persuadieron a Edgar J. Davis para que aceptase ser presidente y a Víctor E. Bacon director. Pero, carentes de la fuerza de atracción de Lovecraft para con los otros escritores aficionados, no tardó en extinguirse esta facción. Lovecraft jamás se reconcilió con la otra facción de la uapa, a la que llamaba la «pseudo-United Erford[249]», por uno de sus dirigentes, J. F. Roy Erford.

Lovecraft siguió interesándose por la política de la National Amateur Press Association, y enviando de vez en cuando algún ensayo a revistas aficionadas; pero nunca más desempeñó un cargo electivo en la prensa *amateur*. Cuando le pidieron, en el verano de 1925, que fuera presidente de la Sección de Crítica de la napa, se negó, ya que atravesaba un periodo de gran neurosis. En los años 1930, no obstante, trabajó a veces en esta sección.

Durante los últimos años de su vida, Lovecraft aún hacía de «juez ejecutivo» de la napa y reclutaba a nuevos miembros. Todavía gruñía por la perversidad de los aficionados que gastaban sus energías en discusiones e intrigas, en vez de perfeccionar sus estilos literarios, sin comprender jamás que tales organizaciones atraen a gente para quienes las discusiones y las

intrigas son el mayor placer de la vida.

Por lo que se refiere a su trabajo más relevante —los relatos—, el tiempo que dedicó en esos años al periodismo aficionado fue tiempo malgastado en una actividad que otros habían perdido de vista ya, o que habían relegado a los momentos de ocio. Pero Lovecraft nunca pudo dedicarse por entero a su carrera profesional, debido a su cuidada pose de «caballero diletante».

Mientras vivió con Sonia en Brooklyn, la mayor parte de sus trabajos fueron encargos. Además del interminable torrente de textos para Bush y algún que otro trabajo de otros supuestos escritores, recibía también encargos de Houdini, quien el 15 de enero de 1925 regaló a los Lovecraft entradas para su espectáculo en el viejo Hipódromo.

El artista de la fuga, cruzado contra el espiritismo mediúmnico, denunciaba los trucos de innumerables médiums. Entre otros encargos, Houdini sugirió una colaboración entre él, Lovecraft y Eddy, para escribir un libro titulado *El cáncer de la superstición*. Para matar de una vez por todas al dragón de la falsedad solapada, Houdini aportaría las ideas fundamentales. Lovecraft prepararía el esquema de los capítulos y Eddy escribiría el libro realmente, con la ayuda y dirección de Lovecraft.

Lovecraft preparó los guiones de doce capítulos, Eddy escribió un capítulo y Lovecraft lo corrigió. Luego Houdini cayó enfermo de cáncer y murió, el 31 de octubre de 1926. Lovecraft consideraba a Houdini «uno de los peores casos de inteligencia mal orientada»; porque aunque era «un hombre cabal, con talento e inteligencia», se conformaba con ser «meramente un hábil exhibicionista del espectáculo».

Lovecraft y Eddy trabajaron con dos capítulos más; pero no encontraron editor, y abandonaron el proyecto. Habían descubierto, como otros, que el público paga cantidades de dinero para que le engañen, pero no pagan un céntimo para que le desengañen.

Lovecraft escribió un relato en 1924: «La casa apartada». De poco más

de 10.000 palabras, mostraba su creciente propensión a escribir los cuentos más largos. Es una buena narración, aunque —como se lamentó Wright, cuando Lovecraft la envió a *Weird Tales*— demasiado lenta y recargada de palabras al comienzo. También emplea demasiados adjetivos subjetivos lovecraftianos, como «horrible» y «obsceno». Lovecraft pensaba que eran imprescindibles la construcción lenta y los adjetivos para crear una atmósfera fantasmagórica, que él consideraba el factor más importante de un relato preternatural. En esta historia, sin embargo, Lovecraft hace un hábil uso del color local que él conocía mejor.

Lovecraft basó «La casa apartada» en una casa real y una leyenda. La casa era la mansión de Stephan Harris, en Benefit Street 135, Providence, donde Lillian Clark había vivido antes de morir Susie Lovecraft. Era un edificio grande, cuadrado, de madera amarilla, situado al este o parte superior de Benefit Street, un par de manzanas al norte de Angelí Street. Hay un solar vacío a un lado y una fila de viejas casas de madera, todas parecidas, al otro.

La casa de Stephen Harris tiene dos plantas principales y un ático bajo un tejado poco inclinado. Además, debido a la pendiente de la cuesta, el sótano se abre en Benefit Street a nivel de la acera. El acceso a la parte destinada a vivienda tiene una escalinata al lado sur. Dos inmensos olmos de Benefit Street protegen la casa del sol de la tarde, y cuando están con hoja, ocultan prácticamente la fachada occidental. En tiempos de Lovecraft, la casa había estado vacía durante años y había adquirido un aspecto deteriorado y casi ruinoso. Después, ha sido reparada y ocupada.

La casa fue construida en 1764, y en 1866 recibió el número que ostenta todavía. El terreno que ocupa había sido cementerio, de donde los restos humanos fueron trasladados al Cementerio Norte. Había una historia sobre los huesos de un difunto matrimonio francés que se habían quedado inadvertidamente sin trasladar, y que aún descansan debajo de la casa. La mujer de Stephen Harris, se decía, enloqueció al morir sus hijos, y gritaba en francés desde una ventana superior.

La leyenda utilizada por Lovecraft era «El cuadro verde», de *Mitos y Leyendas de Nuestra Tierra* (1896), de M. Skinner. Este breve cuento habla de una casa de Schenectady, Nueva York, donde aparecía una silueta

humana formada por el moho en el suelo de un sótano, y que volvía a aparecer por mucho que se frotase. Alguien dijo que un vampiro enterrado en el sótano trataba de abandonar su sepultura, pero que se lo impedía un sortilegio.

«La casa apartada» empieza con unas sentencias vagas y filosóficas de Lovecraft:

> Rara vez está exenta la ironía de los horrores más tremendos. Unas veces forma parte de los acontecimientos, mientras que otras se encuentra en una posición fortuita entre las personas y los lugares.

El narrador continúa hablando de la «casa de William Harris» de Benefit Street:

> En mi infancia, la casa apartada estaba vacía, con viejos árboles nudosos, retorcidos y terribles, una hierba alargada, extrañamente pálida, y una maleza pesadillescamente deforme en el elevado patio donde jamás se demoraban los pájaros… Los pequeños cristales de las ventanas estaban rotos en su mayoría, y un indescriptible aire de desolación se adhería al precario enmaderado, a los temblequeantes postigos interiores, al papel medio arrancado de las paredes, al yeso suelto, a las estanterías desvencijadas, y a los muebles desencolados que aún subsistían[250].

El narrador tiene un tío, Elihn Whipple, médico, sin duda inspirado en el doctor Franklin Chase Clark. Como anticuario, Whipple ha acumulado un archivo de datos sobre la casa. El narrador explora este archivo.

Luego siguen miles de palabras sobre la historia de Providence, de la casa, y de los Harry que vivían en ella. En su cuento, Lovecraft introduce hábilmente acontecimientos históricos, como el huracán de 1815. Todo el que vive en la casa se vuelve anémico y enfermizo; y muere pronto, a menos que se marche de ella. Hay una loca que grita en francés y, antes de

esa época, un ocultista francés había sido enterrado debajo de la casa.

El narrador y su tío pasan una noche en el sótano con un aparato para destruir a la maligna entidad que, según creen, causa estas desgracias. La entidad se revela como un ser gelatinoso que despide una emanación gaseosa. Esta emanación puede envolver y absorber a cualquiera en cuerpo y alma, de forma que la conciencia de la víctima sigue viviendo de alguna manera como parte de la entidad. Este destino maligno sobreviene al tío …

Wright, al frente de *Weird Tales*, rechazó «La casa apartada» so pretexto de que su principio era lento y verboso. Pero Lovecraft se negó a abreviarlo como Wright le pedía.

Wright siguió de director de *Weird Tales* durante quince años. A pesar de su trastorno nervioso y de un bajo presupuesto que le obligaba a aceptar manuscritos muy inferiores, logró tan señalados resultados que aún hoy hablamos de una escuela literaria de *Weird Tales*.

Wright publicó muchos cuentos convencionales de fantasmas, hombres-lobos y vampiros, elaborados mediante fórmulas vulgares y trilladas. Lo hacía así en parte por falta de dinero y en parte porque consideraba que debía sacar alguna porquería para atraer a los escritores inmaduros. Por la misma razón, utilizaba cubiertas llamativas que mostraban a heroínas desnudas retorciéndose en las garras lascivas de hechiceros, gules y demás amenazas. A pesar de las cubiertas, la revista era tan sexualmente pura en su interior como el puritano Lovecraft hubiera podido desear.

*Weird Tales* publicó gran variedad de ficción imaginativa, alguna de excelente calidad. Incluyó ciencia-ficción y fantasía heroica, como relatos de Robert E. Howard sobre Conan, el poderoso bárbaro y aventurero prehistórico. Aquí apareció la obra primeriza de varios escritores como Robert Bloch, Tennesse Williams y Ray Bradbury, que alcanzaron fama literaria y fortuna. Wright pagaba a la mayoría de los escritores medio centavo por palabra (la tarifa mínima de las revistas baratas), pero a los más destacados les daba centavo y medio. Lovecraft consiguió la tarifa máxima después de 1927.

Durante la década de 1920, cuando Lovecraft estaba adquiriendo fama,

el escritor más popular de *Weird Tales* no era él, sino Seabury Quinn, quien colaboró voluminosamente en la revista durante toda su vida. Sus historias eran competentes, aunque reiterativas y formularias; el término «escritor mercenario» le cuadra a la perfección.

Muy apropiados para un hombre que escribía sobre espectros y gules, los negocios de Quinn se relacionaban con las funerarias. Dirigía un periódico del ramo en campaña, y otras veces trabajó como representante de material funerario. En un viaje de negocios a Nueva Orleans, sus contactos de allí, deseando enseñarle la ciudad, le llevaron a un elegante burdel. Cuando las chicas averiguaron que se trataba de Seabury Quinn de *Weird Tales*, su revista favorita, se sintieron tan honradas con su presencia que le ofrecieron a una de la casa.

La revista oscilaba entre las ganancias y las pérdidas, pero Henneberger, Wright y Sprenger siguieron adelante. En 1930, lanzaron una revista compañera, *Oriental Stories*, que duró poco más de tres años. Al cambiarle el nombre por el de *Magic Carpet* dejó de dar beneficios.

Las revistas que pretendieron hacerle la competencia a *Weird Tales* son *Tales of Magic & Mistery* (1927), *Strange Tales* (1931-33) y *Strange Stories* (1929-41). Normalmente sacaron pocos números y ninguna se aproximó a *Weird Tales* en viabilidad.

Estas publicaciones formaban parte de la multitud de revistas baratas que proliferaron en Estados Unidos durante las décadas de 1920 y 30. Estaban todas impresas en un papel hecho de pasta barata (*pulp*), en un tamaño de 6 ½ por 10 pulgadas. Los anuncios de las últimas páginas de *Weird Tales* rezaban: DENTADURAS POSTIZAS. ALMORRANAS: NO SUFRA INNECESARIAMENTE. APORTA UN SUAVE CALOR A LA GLANDULA VITAL EN LOS HOMBRES QUE HAN PASADO LOS 40. EL HOMBRE PUEDE AHORA HABLAR CON DIOS.

Lovecraft y otros críticos utilizaron a menudo el término «*pulp*» (pasta de papel) para designar a una literatura barata, con tiradas en gran escala, destinada a mentalidades poco literatas. A veces, tal descripción resultaba generosa. Por otro lado, la mayoría de las historias *pulp* poseen características que parecen escasear hoy. Están escritas decididamente para distraer y no para expresar el alma del autor o demostrar su habilidad, o convertir al lector a alguna causa. Están bien organizadas, son inteligibles y

de acción rápida. Están escritas en un inglés claro y directo. De ahí que puedan leerse todavía con placer.

De 1933 a 1938, la señora Margaret Brundage gozó casi de un monopolio para diseñar las ilustraciones de las cubiertas de *Weird Tales*. Para sus docenas de dibujos de heroínas desnudas amenazadas por demonios y monstruos, utilizó como modelos a sus propias hijas. Wright jamás designó uno de los relatos de Lovecraft como tema para una ilustración de cubierta, quizá porque no había prácticamente mujeres en sus cuentos que pudieran ser personificadas por las bien formadas hijas de la señora Brundage.

La casi desaparición de las revistas *pulp* en la Segunda Guerra Mundial redujo drásticamente el mercado americano. De hecho, las actuales revistas de ciencia-ficción son casi el último estadio de esta forma de ficción. Después de 1945, la novela de bolsillo usurpó el lugar en la literatura popular que antes ocupaban las revistas *pulp*.

En 1938, necesitados de dinero, Henneberger, Wright y Sprenger vendieron el control de su Popular Fiction Publishing Company a William J. Delaney y T. Raymond Foley, editores de *ShortStories*, que en su día fue la principal competidora *de Adventure Magazine*. Las oficinas editoriales se trasladaron a Nueva York. Dos años más tarde, cuando la salud de Wright empeoró, sus nuevos jefes le echaron sin contemplaciones, y al poco tiempo murió.

Asignaron la dirección de *Weird Tales* a una escocesa de mediana edad, Dorothy Mcllwraith, que había estado dirigiendo *Short Stories* y que siguió haciéndolo. Aunque directora de experiencia, no mostró nunca la sensibilidad de Wright para lo fantástico. Compró relatos «extraordinarios» sólo en el sentido literal y estricto de la palabra, de manera que la revista perdió su variante atractiva. Y así, la revista pervivió durante otra década, pero feneció en 1954. Aunque los antólogos no han parado de minar sus páginas deshechas desde entonces, durante los últimos veinte años no ha habido un mercado para los escritores de fantasía como *Weird Tales*.

A pesar de todas sus innegables cualidades, la actitud de Wright para con Lovecraft era errática. Cauto ante cualquier idea nueva y estremecedora, solía rechazar una historia en su primera lectura; más tarde

pedía que se la dejasen leer otra vez, y la compraba. Los escritores aprendieron que, cuando Wright rechazaba un relato, lo que había que hacer era guardarlo durante un tiempo y enviárselo después intacto, con una nota diciendo que lo habían revisado de acuerdo con las sugerencias de Wright. Como había olvidado los detalles de la primera lectura, Wright lo compraba casi con seguridad. A Lovecraft le compró muchos relatos después de haberlos rechazado una o más veces.

Después de la muerte de Lovecraft, *Weird Tales* compró varios relatos suyos rechazados anteriormente. Esa fue la suerte de «La casa apartada».

Antes de que Lovecraft se fuera a vivir a Nueva York, Kleiner, Long y McNeil habían adoptado la costumbre de reunirse todas las semanas en sus respectivas casas, por rotación. Cuando llegó Lovecraft, se enroló en seguida en el grupo. Y lo mismo Sam Loveman, que apareció en agosto de 1924 en busca de otro trabajo y encontró colocación como vendedor de libros raros. Otros reclutamientos fueron los de George Willard Kirk, librero; Hermán C. Koening, ingeniero electricista; Arthur Leeds, columnista y escritor de relatos de aventuras, y James Ferdinand Morton.

Morton fue uno de los primeros que organizaron campañas en pro de los derechos de los negros, y sus discursos en este sentido enfurecían a Lovecraft, defensor de la supremacía del blanco. Una vez Morton defendió las relaciones íntimas con las negras en términos que sugerían que él había gozado de tales relaciones. Lovecraft estalló: «Cualquier hombre blanco que hiciese semejante cosa debería llevar marcada la palabra negro en la frente».

Al observar que los nombres de los miembros originales empezaban por K, L y M, alguien sugirió que el grupo se llamase el Kalem Club. Así lo hicieron; pero Lovecraft lo llamaba simplemente «la Banda». Miembros posteriores (a pesar de sus nombres) fueron Vrest Orton, un tal Vermonter del equipo de la *American Mercury* de Mencken, y Wilfred Blanch Taiman, periodista, escritor y director, interesado en su ascendencia holandesa y activo colaborador de la Sociedad Holandesa de Nueva York. En otoño de 1924, Taiman entró en la Brown University como estudiante de primero;

dos años después se trasladó a Columbia y se graduó con la clase de 1928.

El club continuó reuniéndose normalmente los viernes por la noche en las casas de los diferentes miembros, aunque un número desproporcionado de reuniones tenían lugar en casa de Long debido a la generosa hospitalidad de los Long. Los componentes del club se pasaban casi toda la noche discutiendo de arte, ciencia, política, literatura, estética, filosofía y cualquier cosa que saliese a colación. Los miembros literarios leían a menudo sus manuscritos en voz alta. Lovecraft convencía a veces a Morton para que le leyese sus relatos porque admiraba la entrega profesional de Morton.

Estos grupos de intelectuales que discuten sobre cuestiones más o menos programadas han proliferado siempre allí donde se han dado personas de esta clase. Por ejemplo, en la década de 1930, tres grandes escritores fantásticos británicos —C. S. Lewis, J. R. R. Tolkien y Charles Williams— pertenecieron a los Inkling de Oxford, debido a la especial orientación de sus miembros hacia la ficción imaginativa y fantástica. Sin embargo, el Kalem Club puede considerarse la primera asociación *fan* de ciencia-ficción en el mundo.

Estas reuniones fueron la mayor satisfacción de Lovecraft en Nueva York. Rara vez se perdía una. No dominaba él la conversación; pero cuando hablaba, decía Kirk, era como «una enciclopedia abierta y parlante[251]».

Aunque Lovecraft no ejerció nunca un poder de atracción excesivo, ni fue tan hospitalario como los Long, aglutinó a los demás miembros del club con ese mismo misterioso magnetismo que mostró en la uapa. Era incansablemente considerado. Los demás miembros, que encontraban a McNeil aburrido, tendían a eludir las reuniones en su casa; pero Lovecraft acudía siempre para no herir los sentimientos de McNeil.

Cuando Lovecraft se fue de Nueva York, el club cayó en desuso. Se reunía raramente, sólo una o dos veces al año por lo general, cuando Lovecraft visitaba la ciudad.

Lovecraft vio varias veces a Hart Crane, que entonces trabajaba para agencias de anuncios de Nueva York. Amigo de Loveman, Crane había alcanzado cierta fama poética y trabajaba ahora en un poema largo. *El Puente*. Esta obra, que apareció en gala de técnicas poéticas deslumbrantes,

aunque está lleno de metáforas que exigen un detenido estudio para captar el mensaje del poeta, y Lovecraft se toleraban mutuamente, pero no llegaron a intimar. El 14 de septiembre de 1924, Crane escribió a su madre:

> He sido saludado por su protector [Loveman], tan ocupado está Sambo desde que ha llegado con sus numerosos amigos; la señorita Sonia Green [*sic*] y su aflautado marido, Howard Lovecraft (el que visitó a Sam en Cleveland el verano que Galpin estuvo allí también), siguen paseando a Sam por los barrios y calles portuarios hasta las cuatro de la madrugada, buscando vestigios de arquitectura colonial, ¡y hasta Sam dice que se quejaba de cansancio y suplicaba que tomaran el metro!

Lovecraft contaba a su tía Lillian que Loveman se «cansaba demasiado pronto para ser un buen explorador». Lovecraft estaba enterado de la homosexualidad y el alcoholismo de Crane, pero adoptaba una actitud de conmiseración por el hecho de que un hombre de su talento sufriera tan ruinosas debilidades:

> ¡Pobre Crane! Un auténtico poeta y hombre de gusto, descendiente de una antigua familia de Connecticut y caballero hasta la coronilla, pero esclavo de hábitos disipados que no tardarán en arruinar su constitución y su aún sorprendente donaire[252].

En 1931, Crane fue a Méjico con una beca de Guggenhein, bajo cuyos auspicios se supone que iba a producir una obra maestra sobre temas latinoamericanos. No escribió nada, sino que siguió con juergas espectaculares. También tuvo su primer asunto amoroso heterosexual con una amiga que tramitaba el divorcio. En 1932 regresaban en barco a los Estados Unidos cuando Crane, que había hecho y roto innumerables buenos propósitos, siguió con sus borracheras, se dio por vencido y saltó por la borda.

Como siempre, Lovecraft leía vorazmente. Sus autores favoritos

seguían siendo Poe, Dunsany y Machen; pero también admiraba los primeros relatos de Robert W. Chambers y muchos de Algernon Blackwood y M. P. Shiel. Consideraba la obra de éstos desigual, y escribió: «Blackwood carece por completo de estilo, salvo, de vez en cuando, de manera accidental».

Lovecraft tenía algún conocimiento de los novelistas del moderno realismo, a los que leía como por obligación más que por placer. De *La Jungla*, de Upton Sinclair, decía: «Estas exaltadas arengas sociológicas no son arte: la propaganda nunca es arte —No obstante, Sinclair es fluido, y podría ser un artista si se preocupase menos del pobre y oprimido perdedor y demás». Asimismo consideraba a Sinclair Lewis «un ensayista didáctico, no un artista…»[253].

Hablaba elogiosamente de dos libros recientes que no eran de ficción: *El libro de los Condenados* (1919) de Charles Fort, y *El Culto de las brujas en la Europa Occidental* (1921), de Margaret Alice Murray. Su apreciación, sin embargo, no es la que estos autores habrían esperado. Admiraba los libros como estímulo para escribir narraciones de horror, no como investigaciones de hechos. Desde un punto de vista científico, consideraba las excéntricas ideas cosmológicas de Fort como tonterías.

La teoría de Margaret Murray era que el gran pánico europeo de las brujas en los siglos XVI y XVII fue la lucha entre el cristianismo y un inmenso culto pagano que sobrevivía clandestinamente desde los tiempos precristianos. Lovecraft pensaba que tales cultos podían haber existido, pero que la señorita Murray había exagerado groseramente sus dimensiones e importancia.

Además de leer, visitar museos y reunirse con los amigos, Lovecraft disfrutaba paseando. Exploró Prospect Park de Brooklyn, el New York Zoological Park en el Bronx, Flushing, Jamaica, y en Nueva Jersey el Elizabeth. Visitó la casa de Poe y la mansión de Van Cottland.

Una noche, él y Kirk se propusieron ir a casa de Kleiner, es decir, de Morningside Heights, en Manhattan, donde estaban, a Bushwick, en Brooklyn —una distancia de alrededor de quince kilómetros—. Habían llegado a tres manzanas de la casa de Kleiner, cuando Lovecraft juzgó que era demasiado incluso para su resistencia de hierro. Así que Kirk y él

tomaron un transporte rápido y se volvieron.

También exploró Greenwich Village de noche, en los años en que la zona estaba llena de lugares donde se vendían ilegalmente bebidas alcohólicas, y eran cosa corriente los tiroteos entre contrabandistas y salteadores. Kleiner recordaba:

> … una vez al menos, mientras andaba entre barriles y cuévanos viejos de algún rincón oscuro de esa zona, encontró Lovecraft una puerta súbitamente iluminada, y en ella, a un extranjero excitado, con un delantal que era casi el signo infalible de cantinero vendedor ilegal de alcohol, el cual le preguntó acaloradamente qué quería. Loveman y Kirk entraron tras Lovecraft y lo sacaron sin que le pasara nada[254].

Como muchos otros, Lovecraft encontró Nueva York a la vez fascinante y repelente. En septiembre de 1924, aun pudo escribir de la silueta de rascacielos de Manhattan: «¡Cómo quisiera poder expresar la magia de la escena!».

En adelante, sin embargo, se hicieron más frecuentes sus comentarios hostiles. Se quejaba de la «cruda y extranjera hostilidad», del «sucio cosmopolitismo», de «la plaga de extranjeros» y del «espíritu comercial y vulgar y la plebeya aglomeración de NYC», así como de «la canalla humana que bulle en el metro». Sus desprecios e invectivas contra los extranjeros y otras razas en general, y contra los judios en particular, se fueron haciendo cada vez más intensos.

En una de sus explosiones, Lovecraft fue a meterse en un sector de judíos ortodoxos de Brooklyn, situado en Rivington Street:

> Este lugar fue una revelación para mí, porque jamás había visto otro barrio igual. Aquí existen judíos de todas clases en estado puro, con sus barbas ancestrales, sus gorros y sus costumbres generales… lo que les hace muy pintorescos, y no tan ofensivos como los molestos y estridentes judíos que fingen afeitándose y adoptando

indumentaria americana[255].

Al intentar explicar por qué encontraba a esta gente menos repugnante que los tipos más asimilados, Lovecraft aireó una teoría errónea entonces corriente entre los gentiles angloamericanos. Esta teoría afirma que la mayoría de los judíos de origen ruso y polaco no eran judíos «auténticos» sino descendientes de los khazares, nación tártara que dominó en otro tiempo un imperio en la Rusia sudoriental, entre el Volga y el Dnieper. En el siglo XVII, el *Khagan* de los khazares y la mayoría de sus subditos se convirtieron al judaismo. Basado en el comercio, su imperio fue relativamente ilustrado. De hecho, los khazares se volvieron demasiado civilizados para su propio bien porque, en el siglo X, los derrotaron los rusos más atrasados.

En la década de 1920, pocos angloamericanos habían visto un tártaro en su vida, así que les resultaba fácil imaginarlos como gente horrible. Los gentiles angloamericanos se decían ser mucho peores. A estos «asiáticos tártaro-mongoloides[256]» se los culpaba de la Revolución Bolchevique y de otros acontecimientos desventurados. Se predecía que, cuando se lograra arrancar de Rusia la garra de los «judíos tártaros», los rusos adoptarían un régimen democrático moderado.

En realidad, los khazares han dejado un pequeño número de descendientes: los krym-saghyz, que combinan el judaismo con la raza mongólica y una lengua turco-tártara. Habitan en Crimea, a menos que las guerras y las deportaciones de Stalin los hayan desplazado o hecho desaparecer, y se han mezclado poco, si es que se han mezclado algo, con el resto de los judíos rusos.

La creciente aversión de Lovecraft a Nueva York no era extraña en absoluto. La dificultad de Nueva York para ser una morada duradera es un cliché americano desde hace lo menos un siglo. Cuando el personaje de Marquand, George Apley, llega a Nueva York hacia 1909, escribe a su esposa:

> Aunque somos americanos, parecemos extraños en una ciudad extranjera. No me gusta pensar que éste es el estilo del futuro. De

ser así, creo que el mundo se está volviendo loco, que estamos llegando al final de una era[257].

Desde julio de 1924 en adelante, los problemas se acumularon sobre los Lovecraft. Primero, la sombrerería de Sonia fracasó. Por esa misma época, una quiebra bancaria le costó a ella sus valores, de manera que al saldar las deudas, su capital quedó reducido a unos cientos de dólares[258]. La indomable mujer consiguió rápidamente un trabajo provisional, pero en septiembre tuvo que vender su piano. El reverendo George T. Baker de la iglesia de San Gabriel se lo compró por 350 dólares.

El 20 de octubre, tras un día de sentirse abatida, mientras descansaba echada en la cama, Sonia sufrió «repentinos espasmos gástricos». Lovecraft la llevó al hospital y le trajo sus cosas al día siguiente. Durante los diez días que estuvo allí la visitó diariamente, le leyó en voz alta y jugó al ajedrez con ella. Sonia era una entusiasta jugadora de ajedrez, y normalmente ganaba a su marido, que mostraba poco interés por el juego. Durante su enfermedad, Lovecraft escribió «La casa apartada».

El 30 de octubre, Sonia regresó al apartamento. Su trastorno fue diagnosticado como una «crisis nerviosa». Esto es comprensible teniendo en cuenta el hecho de que, en medio de los desastres profesionales y financieros, había tratado no sólo de mantener una jornada entera de trabajo, sino al mismo tiempo sostener, cuidar y llevar la casa para su dotado pero inactivo marido.

Acordaron que Sonia pasase su convalecencia en una granja próxima a Somerville, Nueva Jersey. Lovecraft fue a visitarla el 10 de noviembre y luego siguió viaje a Filadelfia. Allí salió con los ymca y pasó dos días extáticos de exploración arqueológica. «¡Filadelfia es maravillosa! ¡Me siento extasiado más allá de las palabras!», escribió.

Puesto que no parecía que los Lovecraft pudiesen mantener el costoso apartamento del 259 de Parkside Avenue, pensaron mudarse. No era seguro adonde irían a vivir, ni si seguirían juntos. Sonia, que era capaz de echar mano de lo que fuera, consideraba la posibilidad de conseguir «un alojamiento aceptable a cambio de algún servicio».

Durante la ausencia de Sonia, Lovecraft empezó a aprender a llevar las

cosas de la casa. Hasta entonces había tenido siempre a una mujer que lo hiciera por él. En aquel tiempo aún se observaba una estricta división de las obligaciones entre los sexos en las familias americanas, aunque esa distinción empezaba a desdibujarse. Un varón americano ordinario tenía que vencer un malestar psíquico nada pequeño para decidirse a hacer «tareas de mujer», como guisar, limpiar, fregar y hacer la cama.

Fuera lo que fuese lo que pasó en su interior durante ese desmoronamiento, Lovecraft dio la impresión de adoptar una actitud fatalista con respecto a la desintegración de su casa. Como uno de sus propios héroes narradores, veía con desesperación aproximarse su destino. Hablaba en sus cartas de «la inminente disolución de este establecimiento en un laberinto de pobreza e incertidumbre», y «comamos, bebamos y divirtámonos… ¡pues mañana nos desintegraremos!». Y suspiraba: «… a mi edad [¡treinta y cuatro años!] uno tiene muy pocos intereses, y éstos están anclados en el pasado… en el pasado de uno mismo, o en el de su raza y civilización[259]».

Annie Gamwell visitó a los Lovecraft en agosto. Más tarde, al enterarse de su inminente cambio de domicilio, Lillian Clark fue a Brooklyn en diciembre y les ayudó a buscar casa.

Entretanto, a Sonia le habían ofrecido un puesto en un establecimiento de Cincinnati. Lovecraft pensó que si se marchaban de Nueva York, lo mejor era irse a Providence. Pero Sonia señaló realistamente que, para vivir, debían tener un trabajo, y el único trabajo en perspectiva era el de Cincinnati:

> Yo quería que Howard residiese aquí conmigo, pero él decía que odiaba vivir en una ciudad del medio-oeste, que prefería quedarse en Nueva York donde al menos tenía algunos amigos. Le sugerí que convenciese a uno de ellos para que se viniese a vivir con él a nuestro apartamento, pero sus tías consideraron más conveniente para mí que almacenase y vendiese mis muebles, y buscase un estudio lo bastante grande como para que Howard guardase los viejos (y deteriorados) muebles que se había traído de Providence …

> Él estimaba muchísimo esos viejos muebles de su casa de R. I. Como no había bastante sitio para mis muebles modernos y los suyos viejos… a los que se aferraba con morbosa tenacidad, me deshice para complacerle de algunos de mucho valor. Los malvendí para que él pudiese rodearse en lo posible de la atmósfera de su propia casa …[260]

Sonia manifestó cierta comprensible amargura, tanto por la pérdida de sus muebles como por la presteza con que Lovecraft dejó que sus tías pensasen por él. Incluso Lillian Clark parece que consideró que Howard llevaba hasta el máximo su fetichismo por el mobiliario de sus antepasados. Al año siguiente, sintiéndose desesperado, le escribió defendiendo su fijación:

> Sí; sobre el papel es fácil decir que «las posesiones son una carga», y que lo más prudente es no tener nada, y vivir con una maleta o un baúl tan sólo, etc., … ¡buena teoría, en efecto! Pero en realidad, todo depende de la persona. La razón de cada individuo para vivir es diferente… es decir, para cada individuo existe una cosa o grupo de cosas que constituyen el centro de todos sus intereses y el núcleo de todas sus emociones; y sin las cuales el mero proceso de la supervivencia no sólo no significa nada en absoluto sino que es a menudo una intolerable carga de angustia. Aquellos para quienes las viejas asociaciones y posesiones no constituyen este simple interés y necesidad vital, pueden sermonear muy bien sobre la tontería de «la esclavitud respecto de los bienes terrenos»… mientras no traten de obligar a aceptar sus doctrinas a otros. Son afortunados: ¡la suerte ha sido amable con ellos! Pero para los que están constituidos de tal modo que necesitan vínculos tangibles con su pasado, es inútil predicar tales ideales e hipótesis. La naturaleza les ha dado a sus sistemas nerviosos otras necesidades; y aconsejarles que quemen sus bienes en nombre de la libertad es tan estúpido como aconsejarles que se corten las piernas a fin de eliminar el problema de comprarse pantalones. Sucede

también que soy incapaz de sentir placer o interés por otra cosa que no sea la recreación mental de otros y mejores tiempos —pues en realidad, no veo posibilidad de encontrar un medio que verdaderamente vaya conmigo ni de vivir entre personas civilizadas con recuerdos históricos yanquis otra vez—, de modo que a fin de evitar esta locura que conduce a la violencia y al suicidio debo aferrarme a los pocos retazos de los viejos tiempos y costumbres que me quedan. Así que nadie debe esperar que me desprenda de los pesados muebles, cuadros, relojes y libros que me ayudan a conservar el 454 [Angelí Street] en mis sueños. Cuando se vayan ellos, me iré yo también, pues son todo lo que hace posible que yo abra los ojos por la mañana o espere otro día lúcidamente sin gritar de desesperación y golpear las paredes y el suelo en frenético clamor para despertar de esta pesadilla de «realidad», en mi propia habitación de Providence. Sí: semejante sensibilidad de temperamento es muy incómoda cuando uno no tiene dinero; pero es más fácil criticarla que curarla. Cuando el pobre loco que la posee se deja conducir al exilio y *desviar* por temporales y falsas *perspectivas* e *ignorancia del* mundo, lo único que puede hacerse es aferrarse a sus patéticos recortes durante el tiempo que los pueda retener. Son la vida para él[261]

A juzgar por esta carta frenética, Lovecraft no sólo seguía en el estadio de maduración del oso de trapo, sino que no tenía intención de abandonarlo. Cuando se enfrentaba con un problema, en vez de atacarlo resueltamente, tendía a alegar que era una persona especial —un «viejo aficionado sensible»— y, por tanto, completamente incapaz de lidiar con el problema.

Después de buscar durante un tiempo, los Lovecraft encontraron un amplio estudio del gusto de Lovecraft, en Clinton Street 169, Brooklyn, a unas manzanas de Borough Hall. Tuvieron que dormir en un sofá, ya que Lovecraft no toleraba que hubiese una cama en la habitación donde trabajaba. Luego, el último día de 1924, Sonia se marchó a Cincinnati.

# 12. GUNNAR EN EL FOSO DE LA SERPIENTE

*It was the city I had known before;*
*The ancient, leprous town where mongrel throngs*
*Chant to strange gods, and beat unhallowed gongs*
*In crypts beneath foul alleys near the shore.*
*The rotting, fish-eyed houses leered at me*
*From where they leaned; drunk and half-animate,*
*As edging through the filth I passed the gate*
*To the black courtyard where the man would be*[262]

LOVECRAFT

EL año y cuarto siguiente a la marcha de Sonia fue el punto más bajo de la vida de Lovecraft. Su depresión y misantropía llegaron a un grado de intensidad próximos al suicidio, mientras que su comportamiento le mostraba de la peor manera. Sus períodos de pasividad e insociabilidad y su costumbre de desperdiciar el tiempo y el talento fueron entonces mayores que nunca. Sus fobias, prejuicios y nostalgias alcanzaron una intensidad maníaca.

A pesar de todo, Lovecraft mantuvo una actitud reservada, caballeresca, y una serenidad que engañó a la mayoría de sus amistades, Frank Long, que

era quien mejor le conocía en aquella época, me contó que no había visto ningún síntoma neurótico o psicótico. Lovecraft fue siempre el mismo; en sus mayores depresiones, recaía en su filosofía despegada y materialista, según la cual nada tenía importancia realmente, a escala cósmica. Una vez en que viajaba en metro con Sam Loveman y «se le insinuó» una joven, le dijo a Loveman:

> «Mi único deseo es pasar inadvertido. Si pudiese volverme invisible, lo haría encantado. Evito a la gente vulgar y me siento impregnado de la filosofía del buen obispo Berkeley, quien negaba la existencia de la materia y hasta la realidad de la vida misma. Nada existe realmente para mí. Los sueños me proporcionan la solución a la ambigüedad fantástica que nos da por llamar vida… Hacerte impersonal e impermeable a la chusma. Negarte no sólo al contacto con ella, sino con su existencia. Los libros y las viejas casas coloniales son lo único seguro; sólo estas dos cosas conservan sus secretos siniestros y misteriosos. Desconfía de todo, salvo del pasado y la antigüedad».

Me han dicho que es característica de la personalidad esquizoide soportar experiencias turbadoras con una frialdad aparentemente objetiva. Para captar los sentimientos más recónditos de Lovecraft, detrás de su fachada de orgulloso indiferentismo, debemos recurrir a las cartas a sus tías.

El trabajo de Sonia en Cincinnati no resultó. Según ella, los otros empleados estaban resentidos por haber contratado a una forastera y se le pusieron en contra. Al cabo de unas semanas, sus nervios se desmoronaron, y tuvo que ingresaren un sanatorio particular. Descansó allí y luego se reincorporó a su trabajo, pero no tardó en ingresar otra vez en el sanatorio. Esta vez, a mediados de febrero de 1925. dejó el trabajo y regresó a Brooklyn.

Tras ocupar una plaza provisional de diseñadora de sombreros durante un mes, Sonia se marchó a Saratoga Springs para tomarse un largo

descanso. Allí se alojó en la casa de una doctora, de cuyo hijo pasó a ser institutriz.

A principios de junio Sonia volvió otra vez a Brooklyn. Ella, también, había empezado a cansarse de la vida de Nueva York. Lovecraft escribió:

> El estrépito y el gentío de Nueva York la deprimen como han empezado a deprimirme a mí, y con el tiempo esperamos abandonar esta villa babilónica para siempre. La encuentro cargante, una vez pasada la novedad de sus museos, la impresión de sus atrevimientos arquitectónicos y su silueta urbanística, y espero regresar a Nueva Inglaterra para el resto de mi vida: al distrito de Boston primero, y luego a Providence; eso, si consigo ganar dinero para vivir allí como corresponde a un miembro de mi familia[263].

Nadie podía tener sujeta a Sonia durante mucho tiempo, y a mediados de julio tenía en perspectiva otro trabajo. Sin embargo, era en una tienda de Cleveland, hacia donde salió el 20 de agosto. Lovecraft se negó otra vez a ir con ella a meterse en el aullante gentío de Ohio.

Durante ese año, Lovecraft siguió su vida individualista. No teniendo a Sonia a su alrededor —salvo una breve visita cada dos semanas o así— que le atiborrase con platos expertamente preparados, empezó a pasar hambre volviendo a su primitiva delgadez. En junio anunció triunfalmente que había bajado a 65,5 kilos de peso.

Su comida diaria consistía en un cuarto de pan, la cuarta parte de una lata de judías cocidas (que se comía en frío) y un buen trozo de queso. Precio: ocho centavos. La pesadilla de un *gourmet*, aunque suficiente para conservar la vida. Cuando sus tías se angustiaron por su desnutrición, él les aseguró que con la austera dieta y los largos paseos, su salud era excelente. Y así parece que fue su salud física durante todo el año 1925.

Salía a menudo a los restaurantes cuando le invitaban los miembros de la Banda. Le encantaba la comida italiana, pero daba una razón insólita para esta preferencia: que los dueños de los restaurantes italianos eran amables

con los gatos. Dejaba también que sus amigos le llevasen a restaurantes españoles y árabes. Contaba orgulloso que vivía con cinco dólares a la semana, gastando quince centavos al día en comida.

Antes de marcharse a Cincinnati, el último día de 1924, Sonia había llevado a Lovecraft a comprarle ropa. Le compró un traje nuevo, un abrigo, un sombrero y guantes. Exasperada por su anticuado monedero, le compró un billetero.

Lovecraft se sintió indeciso al principio. Al mirarse en el espejo, dijo: «Pero querida, esto es demasiado elegante para el Abuelo Theobald; no parezco yo. ¡Parezco un señorito engomado!»[264].

Unos ladrones alquilaron la habitación contigua a la suya de Clinton Street 169. El domingo 24 de marzo, en que Lovecraft dormía fuera, abrieron la cerradura entre la habitación contigua y su cuarto de vestir. Le robaron el traje nuevo de verano que Sonia le había comprado, y los dos viejos de invierno. Le robaron también el abrigo nuevo, una maleta de mimbre que pertenecía a Sonia, y una radio de Loveman. Le dejaron un traje viejo, dos gabanes viejos (uno ligero y otro grueso), una chaqueta y un par de pantalones en su último grado de decrepitud.

Lovecraft se sintió anonadado, y luego furioso; especialmente porque acababa de pagar un arreglo para que le viniesen bien, ahora que había adelgazado.

Sonia dijo: «En realidad, creo que se alegró cuando le robaron el traje nuevo y el abrigo; tuvo que volver a los viejos». Pero a juzgar por los múltiples párrafos furiosos de sus cartas, no creo que fuera así. Diez meses después, cuando ya se había comprado ropa nueva, aún gruñía por el incidente:

> ¡Y si algún ____ ____ toca *esta* ropa, bueno, por… ____, que le aplastaré ____ ____ ____ con un puño y le trituraré ____ ____ ____ ____ con el otro, y le patearé después con ambos tacones la punta de los pies[265]!

En otra carta a su tía Lillian revela que no era en absoluto indiferente en cuanto a la ropa:

> Creo que he desarrollado una capacidad para percibir la diferencia entre la ropa que lleva un caballero y la que no. Lo que me ha agudizado este sentido es la constante visión de esa maldita chusma inmunda que infesta las calles de N. Y., y cuya indumentaria presenta diferencias tan sistemáticas respecto de la ropa normal de las personas corrientes de Angelí St. y de Butler Av. o Elmgrove Av. que la vista llega a sentir una tremenda añoranza y a prenderse en cualquier caballero vestido con ropa decorosa y elegante y que sugiera el Bulevar Blackstone, más que el Borough Hall o la cocina del Infierno. Belknap viste adecuadamente, y lo mismo Kirk y Loveman, aunque el gusto de éste no es perfecto. Pero Morton, Kleiner, Leeds y McNeil son francamente imposibles. De modo que, añorando el espectáculo de un tranvía de Swan Point lleno de hombres normales, he decidido vestirme como en Butler Av. o no vestirme. Maldita sea. ¡¡O me visto con el buen gusto de Providence, o me quedo en albornoz!! Algunos cortes de solapa, tejidos y modelos son reveladores. Me divierte ver cómo algunos de estos llamativos señoritingos y extranjeros gastan fortunas en diversas clases de ropas costosas que consideran una prueba de sus gustos meritorios, pero que en realidad son su absoluta condenación social y estética… como si se pusieran un cartelito que proclamase con letras chillonas: «*Soy un patán ignorante*», «*Soy una rata de alcantarilla*», o «*Soy un palurdo romo y sin gusto*»… Vale más llevar los restos andrajosos y gastados de una ropa de gusto que lucir el traje más nuevo y flamante cuyo corte y tejido revelan los estigmas indelebles de la ordinariez y la decadencia[266].

Aparte del esnobismo y provincianismo de esta carta, revela un vivo interés por la apariencia. Aun cuando prefiriese llevar ropas viejas y gastadas de buen gusto a llevarlas nuevas pero de mal tono, le habría gustado mucho ser un «atildado» —de estilo conservador— si se lo hubiera podido permitir.

El declarar, tras perder la ropa, que no le importaba no fue sino hacer de la necesidad virtud. Lo cual no tiene nada de extraordinario. La mayoría de

la gente, al descubrir que apenas puede cambiar su propia manera de ser y sus circunstancias, se esfuerza en reconciliarse con sus defectos, proclamando que todo lo que es o tiene es bueno. Si uno tiene inteligencia, la inteligencia es la mayor virtud; si tiene músculos fuertes, el poder físico es mejor que el intelectual. Si uno tiene antepasados eminentes, lo que vale es el linaje distinguido; si ha salido de la nada, al que hay que admirar es al que se ha hecho a sí mismo. Si tiene gran energía, el ideal será la actividad y el vigor; y como Lovecraft, si se es lento e indolente, la ociosidad es de caballeros. Si se es americano viejo, los americanos viejos son la sal de la tierra. Y lo mismo hacen los miembros de otros grupos: «Somos el pueblo escogido de Dios». «El negro es hermano». Racionalización a pedir de boca.

Pero no se quedó sin vestuario. El 1 de julio de 1925 Sonia había regresado de Saratoga, si bien aún no se había mudado a Cleveland. Al salir a cenar, los Lovecraft vieron un escaparate de ropa al otro lado de la calle. Después de cenar, Sonia le compró Un traje de verano de 25 dólares, con el que Lovecraft se sintió entusiasmado.

Al enfriar el tiempo en octubre, Lovecraft salió por su cuenta a comprarse un traje. Dando inesperadas muestras de habilidad para economizar, compró un traje gris oscuro de dos botones, que valía 34,50 dólares, por 25. Renegó y gruñó por el hecho de que fuera del «despreciado y flamante tipo de dos botones», en vez de los de tres, que era a los que estaba acostumbrado, en el que el botón de arriba quedaba desabrochado, y oculto por el doblez de la solapa. Estaba convencido de que iría incómodo con la falta de ese botón invisible. Pero al enterarse de que ese año sólo se confeccionaban trajes con dos botones, dejó por una vez que prevaleciera el sentido común.

Aún no equipado del todo, salió a la semana siguiente a comprarse un traje más barato para todo uso. Después de mirar en muchas tiendas de Brooklyn, fue a una sección de ropa barata de la Cuarta Avenida y Séptima Avenida de Manhattan. Aquí encontró

> … una escoria indescriptible que le metía a uno a rastras en un agujero de la pared, donde unas extravagantes monstruosidades

> aullaban la imposibilidad de rebajar los precios de 4.95,6.50,10.00… 18.00 dólares… miserables de rostro hinchado de rata, que insultan cuando uno no les compra, y airean su malhumor en dialectos tan piadosamente toscos que los hombres blancos no los pueden comprender… una locura de ropa cuelga en actitudes futuristas …[267]

Por último, una tienda de restos de fábrica le vendió un traje marrón decoroso, con un pantalón extra, por 11,95 dólares. Arthur Leeds le había enseñado muchas argucias, como recurrir a tiendas de restos de fábrica, o comprar un sombrero de paja a final de temporada, por casi nada.

Lovecraft se sintió encantado de que la patrona del 169 de Clinton Street, la señora Burns, fuera inglesa. Le gustó menos cuando se enteró de que tenía la británica costumbre de tener baja la calefacción de la casa. También solía apagar el calentador del agua durante las horas en que muy poca gente se baña o se afeita. Y cuando Lovecraft se compró una estufa eléctrica, le prohibió utilizar el aparato porque subían los recibos de la luz.

Así que el tiritante Lovecraft se dispuso a comprar una estufa de petróleo. Por la actividad que desplegó en la elección, compra e instalación de la estufa, se habría podido creer que estaba construyendo una nave espacial. Cuando tuvo ya la estufa, no obstante, le sirvió al menos para calentarse las latas de judías, de estofado y de espagueti. También le sirvió para calentar agua para afeitarse a horas no usuales.

En el otoño se averió la luz del vestidor de Lovecraft. Este no podía hacer nada, pero la señora Burns prometía constantemente que mandaría arreglarla, aunque no lo hacía nunca. Por último, Sonia, en una de sus visitas a Nueva York el siguiente mes de enero, avisó a un electricista que la arregló.

De abril hasta julio, Lovecraft estuvo preocupado con los ratones. Puso cepos y cogió varios. Cuando cogía uno, lo arrojaba con cepo y todo:

> Desde que te escribí he cogido *dos* invasores más, en cada caso me he deshecho del cepo también. Total cuestan cinco centavos los dos y no tienes que ocuparte de los detalles repulsivos, ¡cuándo

puedes ahorrártelos a 2 ½ centavos por cada experiencia[268]!

Tirar los cepos antes que tocar los diminutos cadáveres era privilegio de Lovecraft, aun cuando, para su tren de vida, cada centavo tenía importancia. Pero su excusa no encaja muy bien con «el bebedor de sangre enemiga en cráneos recién arrancados». Pocos años más tarde, sin embargo, admitía:

> … no pretendo en absoluto aproximarme siquiera al tipo que yo admiro… Tienes perfecta razón al decir que es el débil quien tiende a adorar al fuerte. Ése es mi caso exactamente… Sin duda doy un valor emocional exageradamente alto a aquellas cualidades que yo no poseo …[269]

Llevaba bastante tiempo viviendo en Clinton Street cuando descubrió, con una mezcla de horror y fascinación, que en la casa había inquilinos orientales. Un escritor más decidido se habría salido de sus hábitos y habría trabado amistad con estas personas. Lovecraft prefirió mantenerse tímidamente apartado y soñar fantasías en las que desempeñaban papeles siniestros, propios de los orientales de ficción:

> … una vez un *sirio* alquiló una habitación y tocaba unos aires monótonos, horribles y quejumbrosos con una extraña gaita que me hacían soñar con seres indescriptibles, vampirescos, que habitaban debajo de Bagdad, en interminables corredores de Eblis, bajo las malditas ruinas de Istakhar bañadas por la luna. No vi jamás a ese hombre, y el privilegio de imaginarle a mi gusto confería atractivo a sus fantasmales cacofonías neumáticas. En mi visión siempre llevaba un turbante y un largo atuendo de pálida seda adornada con figuras, y le faltaba el ojo derecho… porque había mirado algo en una tumba que ningún ojo podía contemplar y seguir viviendo. En realidad, no veía a la mayoría de mis compañeros de pensión. Sólo les *oía* con repugnancia, y a veces vislumbraba fugazmente sus rostros de siniestra decadencia en el vestíbulo. Debajo de mí vivía

un viejo turco que recibía cartas con sellos rarísimos de Levante. Alexander D. Messayeh… Messayeh… ¡qué hombre de las *Mil y una noches*[270]!

Lovecraft prosiguió sus visitas a lugares de interés histórico. Recorría los parques y frecuentaba los museos. Exploraba las librerías en busca de libros rebajados; se alegró mucho al comprar un libro con bastantes obras de Bulwer-Lytton por diez centavos.

El 24 de enero de 1925 fue con Morton, Leeds, Kirk y Ernest Dench del Blue Pencil Club, a Yonkers, a ver un eclipse total de sol, que empezaba a las 9,12 horas. Pudieron ver perfectamente la corona, pero Lovecraft casi se muere de frío. «¡Dios!», escribió, «Jamás olvidaré esa expedición a ver el eclipse… me quedé completamente agotado para el resto del invierno, cuando regresé tambaleante…».

Hacia el mes de marzo, Lovecraft y algunos de sus amigos bajaron a la librería Capítol, de Broadway, donde se dejaron recortar la silueta por un siluetista negro que firmaba «Perry». Lovecraft, cuya silueta aparece en este libro, alabó la habilidad, pero recompensó al artista con uno de sus escarnios raciales: «… ¡ciertamente, está muy bien, viniendo de un negro gordinflón!».

Comenzó a ampliar el campo de exploración. En abril, él y Kirk efectuaron una excursión a Washington, donde uno de los corresponsales de Lovecraft les sirvió de guía. Se trataba de Edward Lloyd Sechrist, antropólogo de la Institución Smithsoniana. El transporte en automóvil lo proporcionó la señora Anne Tillery Renshaw, unas de las clientes para quienes revisaba Lovecraft, que dirigía la Renshaw School de lenguaje.

Visitaron los lugares habituales: la Casa Blanca, el Capitolio, el Monumento a Washington, el Monte Vernon, la Fairfax Court House, Arlington y demás. A Lovecraft le agradó descubrir que la gente tenía menos pinta «repulsiva y mestiza[271]» que la de Nueva York. Se dejó absorber tanto por las variedades locales de la arquitectura colonial que estuvo a punto de perder el tren de regreso.

En julio, Lovecraft siguió a través de la prensa el famoso «Proceso del Mono»: el proceso a la evolución que tuvo lugar en Dayton, Tennessee.

William Jennings Bryan, que ejerció voluntariamente de fiscal en el caso, murió pocos días después del proceso. A pesar del abismo que separaba sus opiniones de las de Bryan, Lovecraft compadeció a Bryan, quien, igual que él, había nacido en una época poco grata.

> ¡Pobre hombre! Tenía buena intención, a pesar de su espesa ignorancia; y no tengo duda de que su alarma ante la propagación del pensamiento humano era una pasión profunda, altruista y verdaderamente frenética. Su mente densa y pequeña se condensó en cierto tipo primitivo de psicología del pionero americano, y no pudo soportar la tensión del desarrollo cultural nacional. La vida debió de ser un infierno para él cuando todas las seguridades de su mundo artificial se fueron resquebrajando una a una bajo la presión del tiempo y los descubrimientos científicos; fue un hombre sin un mundo donde vivir, y la tensión resultó excesiva para poderla soportar el cuerpo perecedero. Ahora descansa en el eterno olvido que habría sido el primero en negar de la manera más contundente. ¡Descanse en paz!

El 9 de septiembre, con 2 dólares que le envió Lillian Clark, Lovecraft efectuó un paseo en bote con Loveman y los Long, desde Hudson a Newborg, Nueva York. El mismo mes emprendió una caminata a las Palisades con el club excursionista de Morton, los *Ramblers*. Lovecraft notó divertido que mientras él marchaba con sus ropas corrientes de reserva, los *ramblers* iban al estilo de los Grandes Bosques del Norte: con pantalón bombacho, botas y mochila.

En otra ocasión, una de sus tías le pagó el pasaje para un viaje en vapor por el Hudson hasta Albany. A veces, tenía que rechazar invitaciones para visitar a los amigos de fuera, como Morton, que vivía en Nueva Jersey, por falta de dinero para el pasaje.

El día siguiente al viaje a Newburgh, Arthur Leeds invitó a Lovecraft a ver una película muda alemana, *Siegfried*, con un acompañamiento orquestal wagneriano. El nordicismo descarado de la película encantó a Lovecraft:

> En cuanto al film, ¡fue una maravilla y una delicia inolvidable! Era el espíritu más profundo del inmortal e invencible rubio nórdico, encarnado en el espléndido guerrero de la luz, el gran Sigfrido, exterminador de monstruos y esclavizador de reyes… La música, también, era de una inefable inspiración. A pesar de lo insensible que soy para la música en general, no puedo sustraerme a la magia de Wagner, cuyo genio ha captado el más profundo espíritu de aquellos ancestrales dioses de barba amarilla, señores de la guerra y el poderío, ante quienes mi propia alma se inclina como ante ningún otro —Wotan, Thor, Freyr y el inmenso Alfadur— ¡gigantes de ojos azules y fríos dignos de la adoración de un pueblo conquistador[272]!

Lovecraft asistió a las asambleas del Kalem Club y del Blue Pencil Club. Un actor era miembro marginal del Kalem Club, «el elegante Wheeler Dryden». Dryden era uno de los dos hermanastros ingleses de Charlie Chaplin, y, según Lovecraft, «un buen sujeto, aunque un poco simple». Dryden y Lovecraft discutían de religión, Dryden defendiendo a Dios de los ataques de Lovecraft. Fuera de su terreno, el pobre Dryden no sabía más que gimotear: «¡Pero repito que yo no pretendo que Dios sea un anciano de largas barbas!»[273].

Lovecraft empezaba ahora a darse cuenta de uno de los azares de la vida de escritor. He dicho ya que los escritores que viven lejos de Nueva York y de centros culturales como Taos o Carmel, tienden a vivir una vida solitaria y recluida, porque hay pocos colegas con quienes puedan hablar de lo suyo.

Por otro lado, en Nueva York, o en una colonia de artistas, hay demasiados colegas con quienes alternar. Hay también merodeadores que, con el mínimo estímulo, frecuentan el reducto de los escritores, se beben su cerveza, cuentan la historia de sus vidas, hablan de las grandes obras que algún día crearán y generalmente les hacen perder el tiempo. Y el tiempo, para los autónomos y los estudiosos, es lo más precioso que existe.

Lovecraft trató de escapar de esta situación. Kirk (que también vivió durante un tiempo en el 169 de Clinton Street) y Loveman estaban siempre

deseosos de pasar la tarde haraganeando por los quioscos de libros y las cafeterías, y de organizar una noche de tertulia.

Lovecraft utilizaba estratagemas «para librarse de las diarias visitas casuales y zanganear en las cafeterías». Fingía haber salido, incluso leyendo en su alcoba con las cortinas corridas, de forma que no se viese ni una rayita de luz desde la calle. Recibía a los amigos en albornoz y zapatillas, explicando que iba a irse a la cama. Y consiguió el resultado:

> Ahora que dispongo de mis noches para mí mismo, para leer o hacer lo que me apetezca, estoy encontrando un sentido del equilibrio, de la libertad, y recobrando una personalidad individual de la que durante tanto tiempo he carecido. Me habían pedido que pasara esa noche dando vueltas por los barrios de la Cuarta Avenida y Downing Street con los amigos; hace dos meses, me habría sentido obligado a acceder por cortesía. Ahora, en cambio, soy rigurosa e implacablemente dueño de mí mismo; y rechazo la bien intencionada invitación cortésmente, confesando que mis asuntos me lo impiden de todo punto, muy a pesar mío, etcétera.

Declinó una invitación de Loveman para ir a Washington otra vez, aunque estaba deseando «ver una ciudad blanca de verdad»[274], porque si dejaba que Loveman le pagara el billete (él no podía permitírselo), no podría honradamente evitar la constante compañía de Loveman.

Decidió reducir, no sólo su vida social, sino también su correspondencia:

> … creo que velaré esta noche con el fin de recuperar el tiempo perdido en distracciones… Puede que tenga que desatender la correspondencia y dejar que se acumulen las cartas un poco; pero esto no me preocupa ahora …
>
> Espero escribir en breve algunas historias más; pero debo librarme de mi correspondencia con los aficionados superfluos. Todos los íncubos y responsabilidades me apartan desastrosamente

de la imaginación creadora …

> ¡Es difícil disponer de mis días para mí! ¡Kirk me ha telefoneado y me ha invitado tan insistentemente para el sábado por la noche, que no he podido encontrar la forma de rechazar cortésmente la invitación[275]!

Al tratar de sustraerse a los amigos, Lovecraft chocaba con dificultades. Sus hábitos de dormir mientras los demás trabajaban, y trabajar durante el tiempo de descanso de los demás, le hacían blanco de frecuentes interrupciones. Su magnetismo personal seguía atrayendo a las visitas, ya que encontraban en él una compañía encantadora, y su norma de cortesía-por-encima-de-todo le impedía rechazar a quien se acercaba a él. Finalmente, un hombre solitario y aislado se encontraba por primera vez con que era el centro de un círculo de amigos admiradores y fieles que congeniaban con él.

Lo mismo sucedía con su enorme correspondencia. Paul Cook cuenta:

> Le dije muchas veces que esto sólo significaba un perjuicio para su obra literaria. Reconoció que era así y decidió suprimir de su lista a varios corresponsales, o al menos espaciar sus cartas. Pero una casual observación en una carta ponía en marcha la cadena de pensamientos, cuyo resultado era un abultado manuscrito… Todos sus corresponsales, como yo, disfrutábamos al recibir sus cartas, pero algunos de nosotros nos lamentábamos de ver cómo este hombre desperdiciaba su energía, que en definitiva era muy poca, cuando podía haberla empleado en obras de creación que le habrían dado el lugar que se merecía en literatura.

Lovecraft jamás redujo sus cartas semanales a Lillian Clark, algunas de las cuales comprendían más de cuarenta páginas. A finales de 1925 se quejaba más sonoramente que nunca de estar harto de correspondencia.

Después de marcharse Sonia, Lovecraft siguió su búsqueda de trabajo, aunque sin convicción y de manera irregular. Al fin y al cabo, había acudido inútilmente a todos los sitios que se le habían podido ocurrir.

En mayo de 1925, Arthur Leeds y un asociado llamado Yesley proyectaron un plan para vender pequeños artículos periodísticos en publicaciones financieras, algunos de los cuales —principalmente los que se referían a bienes raíces— debía escribir Lovecraft. Escribió seis, y al menos lograron colocar uno, por el que debieron de pagarle 3,50 dólares. Pero luego el proyecto fracasó.

Lovecraft contestó inútilmente al menos a dos anuncios clasificados del New York Times que solicitaban escritores comerciales. De cuando en cuando ganaba algunos dólares haciendo trabajos secundarios para sus amigos, como mecanografiar o rellenar sobres para los catálogos de libros de Kirk. Venció su aversión a la mecanografía lo suficiente como para pasar de nuevo varios de sus viejos relatos para *Weird Tales*. Algunos, como «El extraño» y «El viejo terrible», los vendió esta vez.

Contándole a su tía Lillian los esfuerzos de Loveman para lograr publicar un libro de poesía, decía: «Yo soy demasiado viejo y cínico, y estoy demasiado cansado del mundo para interesarme en libros de mi propia cosecha. Sería incapaz de molestarme en mecanografiar mis trabajos, a menos que supiera que iba a tener su compensación económica». Esto no era más que una defensa. Hay toda clase de razones para creer que le habría entusiasmado publicar profesionalmente un libro de relatos —cosa que discutió a menudo, pero que jamás realizó.

En diciembre recibió el ofrecimiento de una agencia literaria británica para que fuese su representante americano. Después de pedirles opinión a sus amigos y advertirle éstos que era un trabajo conflictivo, declinó el ofrecimiento.

Durante un año entero, Morton mantuvo en pie una oferta de colocación para Lovecraft. Morton se había prometido con una dama de edad madura, PearI K. Merrit. Necesitando más dinero, oyó decir que la ciudad de Paterson, Nueva Jersey, estaba proyectando montar un museo municipal.

Morton fue inmediatamente a Nueva Jersey, aprobó un examen y obtuvo el cargo de conservador. Se casó con la señorita Merrit y se fue a vivir a Paterson.

Aún no existía el museo. La Corporación de la Biblioteca de Paterson había comprado un viejo edificio y un granero, con un contrato que permitía al viejo propietario vivir en la casa durante el resto de su vida. Entretanto, las colecciones debían almacenarse en el granero remozado. Finalmente, la ciudad esperaba construir un edificio adecuado.

En la primavera de 1925 Morton previo que podía necesitar un ayudante y pensó en Lovecraft. Lovecraft era hombre responsable y conservador de museo nato, si ha habido alguno. Pero organizar esta institución no corría ninguna prisa. A lo largo de 1925 Lovecraft comentaba que la colocación en el museo aún estaba en suspenso.

Lovecraft creyó al principio que tal vez le gustaría Paterson, una ciudad bien provista de antigüedades coloniales. Una inspección más detenida de sus sucias zonas industriales le desilusionó, pues se había vuelto alérgico a la mera visión de los odiosos «extranjeros». Dijo que «las fisonomías de la chusma repulsiva delataban un elemento de mestizaje entre italiano y eslavo». Acusaba a los insaciables industriales de «importar hordas deprimentes de sirios, judíos, polacos e italianos meridionales, todos gente inferior, cuyas mentes perezonas y espíritus acobardados les hacen trabajar por un salario famélico hasta que les soliviantan los agitadores»[276].

Lentamente, el museo adquirió forma. En abril de 1926, cuando Lovecraft regresó a Providence, el puesto de conservador auxiliar aún era una buena posibilidad. De haberse quedado más tiempo en Nueva York, probablemente el puesto habría sido suyo.

Morton dirigió su museo durante quince años, completando una preciosa colección de minerales. En 1941, cuando tenía setenta años, los Morton compraron una casa en New Hampshire para retirarse. Luego, el 7 de octubre, Morton murió atropellado por un coche.

En marzo de 1926 Lovecraft consiguió un empleo temporal, de 17,50 dólares a la semana, de los patronos de Loveman, los libreros Dauber &

Pine. Lovecraft rellenó los sobres de los 10.000 catálogos de libros que debían enviarse por correo. La colocación le duró unas tres semanas. Lovecraft odiaba el trabajo, pero al menos no puede decirse que jamás se *ganara* un cheque.

En el verano de 1925 Lovecraft produjo tres relatos: «El horror en Red Hook», «Él» y «En la Cripta». Pertenecen a la línea media de sus historias, y todos arrojan una luz sobre él. «El horror en Red Hook», de 7.500 palabras, lo escribió a finales de julio de 1925.

En un pueblo de Rhode Island «un transeúnte alto, recio y de aspecto sano» sufre un ataque de nervios y echa a correr gritando, hasta que tropieza y se cae. Es Thomas F. Malone, detective del Departamento de Policía de Nueva York, que tomaba una cura de descanso tras una experiencia desquiciante. Malone es irlandés de nacimiento, licenciado por la Universidad de Dublín y poeta en su tiempo de ocio, con «la clarividencia celta para las cosas ocultas y preternaturales, pero con sentido de la lógica para lo que no convencía externamente…».

Lovecraft había cambiado desde que tachara a todos los irlandeses de fanáticos irracionales. Thomas Malone es no sólo el héroe del relato: es también uno de los poquísimos héroes *heroicos* de Lovecraft.

Malone es destinado al distrito de Red Hook de Brooklyn, que Lovecraft describe con conocimiento personal. Según Sonia, le impulsó a escribir este relato la rabia que sintió ante los desagradables modales de una multitud de rufianes que invadieron un restaurante donde estaba comiendo:

> Red Hook es un laberinto de híbrida inmundicia próximo al barrio marinero frente a la Isla del Gobernador, con sucios callejones que suben cuesta arriba de los muelles a esa parte elevada donde los ruinosos espacios de Clinton Street y Court Street se desvían hacia Borough Hall… La población es una confusión y un enigma: los elementos sirios, españoles, italianos y negros se mezclan entre sí a no mucha distancia de los cinturones escandinavo y americano. Es una babel de ruidos e inmundicia que profiere extraños gritos al contestar a las mansas olas oleaginosas que lamen los sucios espigones, y a las monstruosas letanías que compone el

órgano de los silbidos portuarios[277]…

Un erudito viejo y gordo, Robert Suyndam, que vive solo en una casa ruinosa, se convierte en motor de un culto de siniestros orientales de ojos rasgados, y Malone identifica a estos torvos orientales como yedizíes kurdos, o adoradores del diablo, que han entrado clandestinamente en el país.

(Los verdaderos kurdos, descendientes de los antiguos medos, son grandes, rubios, enteramente caucasoides, y los yedizíes son una secta pacífica, de amable conducta, a pesar de su peculiar teología. Pero Lovecraft no había visto jamás a un kurdo, y en 1925 un escritor aún podía sacar partido de la siniestra idea del «culto al demonio»).

Suyndam se casa con una joven de buena familia y se marchan de viaje de luna de miel en un barco de la compañía Cunard. Suyndam y su esposa son misteriosamente asesinados. Una banda de «oscuros e insolentes rufianes» de un carguero abordan el barco y se les permite inexplicablemente llevarse el cadáver de Suyndam. Los rumores de una vasta ceremonia demoníaca dan lugar a una incursión de la policía en Red Hook. En la acción, Malone es arrastrado hacia regiones inferiores por una «fuerza succionante que no parecía provenir de la tierra ni del cielo». Descubre un aquelarre, con todos los demonios de la mitología universal —Satanás, Lilith, Moloch, sátiros y demás espantos— ejecutando cabriolas. En el momento culminante del horror…

La historia tiene acción y color; su principal defecto está en que Lovecraft no elaboró la trama lógicamente. Los incidentes se amontonan unos sobre otros sin la debida conexión.

En los relatos posteriores, Lovecraft construye sus fantasías más cuidadosamente. Poco después de componer esta historia, escribió a Clark Ashton Smith: «Siempre he pensado que la literatura de miedo es más eficaz si evita las supersticiones vulgares y las fórmulas de culto popular». Sin embargo, «El horror en Red Hook», con sus convencionales demonios medievales invocados por las fórmulas encantatorias de sus adoradores, contiene gran cantidad de «superstición vulgar». Pero en adelante, Lovecraft se alejó de estos elementaos trillados y se orientó hacia ideas más

originales.

A primeros de agosto, sintiéndose aburrido y enclaustrado, emprendió un largo viaje en transbordador y autobús a Elizabethtown, Nueva Jersey, para admirar sus reliquias coloniales. Sentado en Scott Park, escribió su siguiente historia: «Él». Este relato corto, de 4.000 palabras, no descuella entre las obras de Lovecraft, ya que padece uno de sus peores casos de adjetivitis. Sin embargo, se citan a menudo sus párrafos iniciales por su carácter autobiográfico. En ellos vierte sus sentimientos sobre Nueva York:

> Mi traslado a Nueva York ha sido un error; pues cuando yo buscaba el portento y la inspiración en los numerosos laberintos de antiguas calles que se retuercen interminablemente desde olvidados patios y plazas, y barrios portuarios igualmente olvidados, y en las ciclópeas torres modernas y pináculos que se yerguen sombríamente babilónicos bajo descoloridas lunas, encontré tan sólo una sensación de horror y opresión que amenazaba con dominarme, paralizarme y aniquilarme …
>
> Pero no debía alcanzar el éxito y la felicidad. La deslumbrante luz del día sólo revelaba inmundicia y extranjeros y malsana elefantiasis de piedra que crece y se desparrama, donde la luna había insinuado belleza y magia primitivas; y las muchedumbres de gentes que bullen por las calles en riadas eran extranjeros achaparrados, morenos de rostro duro y ojos estrechos, extranjeros astutos sin sueños ni relación alguna con aquello que les rodea, que jamás podrían decir nada a un hombre de ojos azules del viejo pueblo, con el amor de los claros y verdes callejones y de los blancos campanarios de los pueblos de Nueva Inglaterra en su corazón.
>
> Así que en vez de los poemas que yo esperaba, sólo me encontré con una estremecedora negrura y una inefable soledad; y vi por último la espantosa verdad a la que nadie se ha atrevido jamás a dar expresión —el indecible secreto de los secretos—, el hecho de que esta ciudad de piedra y estridencia no es una perpetuación sensible

> del Viejo Nueva York como Londres lo es del Viejo Londres y París del Viejo París, sino que, de hecho, está completamente muerta; y su cuerpo, cada vez más extendido, imperfectamente embalsamado, está infestado de seres extrañamente animados que no tienen nada que ver con ella como cuando estaba viva. Al hacer este descubrimiento, dejé de dormir confortablemente; aunque me volvió cierta resignada tranquilidad, al adquirir el hábito, gradualmente, de evitar las calles durante el día y aventurarme a salir sólo de noche… Con esta especie de alivio escribí incluso unos pocos poemas, y me contuve aún de regresar con los míos para no dar la impresión de que volvía ignominiosamente fracasado.

Luego empieza el cuento propiamente dicho. En uno de sus vagabundeos nocturnos, el narrador conoce a un desconocido con sombrero de ala ancha y capa negra, como el «hombre misterioso» que era figura obligada de los seriales de cine mudo.

El misterioso desconocido, el «él» de la historia, lleva al narrador a su casa. Resulta ser un hombre de edad madura, vestido con indumentaria dieciochesca, que habla de un antepasado que obtuvo mágicos secretos de los indios y les pagó a cambio con ron envenenado. Este hombre enseña al narrador, desde una ventana, la visión de un paisaje de tiempos primitivos, luego otro de la época colonial, y luego del futuro:

> Durante tres segundos enteros pude asomarme a esta visión pandemónica, y en esos segundos vi un escenario que en adelante me atormentará siempre en sueños. Vi los cielos infestados de extrañas criaturas voladoras, y debajo de ellas, una ciudad infernal y negra de gigantescas terrazas de piedra con impías pirámides erguidas salvajemente hacia la luna, y unas luces demoníacas que iluminaban incontables ventanas; y bullendo como un enjambre repugnante en aéreas galerías, vi a las gentes amarillas de ojos bizcos que habitaban esa ciudad, ataviadas con horribles ropas de color rojo y naranja, danzando insensatamente al son de febriles tambores, del obsceno repiqueteo de los crótalos, y del gemido

> maníaco de sordos cuernos cuyos incesantes cánticos se elevaban y descendían ondulantes como las olas de un profano océano de betún[278].

La visión de este festival de *rock* futurista hace gritar de horror al narrador. Sus gritos atraen a los espíritus de los indios, a quienes el antepasado del misterioso desconocido había envenenado, y acuden para vengarse. El «antepasado» es el propio desconocido, que sigue vivo por medios mágicos …

En septiembre, Lovecraft escribió «En la cripta». De poco más de 3.000 palabras, posee una sólida estructura lógica. De este modo, supone un progreso sobre las tramas amorfas, fortuitas, de sus anteriores relatos. Lovecraft dijo que había sacado la idea de «un viejo interesante de Massachusetts[279]», refiriéndose al editor aficionado Charles W. Smith.

Este sencillo pero bien tramado cuento de fantasmas se refiere a un empresario de pompas fúnebres de un pueblo yanqui, duro e insensible, llamado George Birch. Encontrándose con que debía adaptar un cadáver largo a un ataúd demasiado pequeño, y no deseando afrontar el gasto y la molestia de hacer otro ataúd, Birch le corta los pies al muerto para que quepa. El cuento relata la venganza del cadáver.

En agosto, a Lovecraft se le ocurrió una idea para otro relato, que provisionalmente tituló «La llamada de Cthulhu». Escribió el guión pero lo dejó. El relato verdadero no lo redactó hasta el año siguiente, al regresar a Providence.

Wright compró «El horror en Red Hook» y «Él» para *Weird Tales*\ pero temiendo otra conmoción como la que provocó «Los amados muertos», encontró «En la cripta» demasiado horrendo. Seis años más tarde, sin embargo, Wright compró «En la cripta» por 55 dólares y lo sacó sin problemas en el número de abril de 1932.

Durante los meses siguientes, Lovecraft mencionó otras historias que esperaba escribir, pero que nunca escribió:

… Tengo intención de dar a varias de mis proyectadas fantasías un ambiente oriental, probablemente de Bagdad.

También me siento «atraído» por una de las antiguas lucernas de barro cuyo bajo precio se debe a las ilimitadas cantidades que han sido desenterradas recientemente: es un artilugio griego del año 500 a. J. más o menos. Lo tengo ahora delante de mí; lo encuentro de un encantador atractivo, y ya ha sugerido al menos la trama de un relato espectral a mi imaginación; trama en la que figurará como un resto *atlanteo*, más que helénico.

Mi tema favorito ha sido siempre los mundos perdidos, y trataré de abordarlo más de una vez, antes de dejar mi pluma literaria para siempre… quiero escribir algún relato interplanetario; pero mis relatos no violarán ningún hecho o ley conocidos de la ciencia celeste, tal como es conocida en los tiempos presentes.

Foto familiar de los Lovecraft. Susan, Howard and Winfield Lovecraft, 1891

The Phillips home at 454 Angell Street Providence

H.P. Lovecraft a los 20 años

Sonia Haft Greene, 1921

Frank Belknap Long y H.P. Lovecraft, 1931

H.P. Lovecraft a los 40 años

H.P. Lovecraft, 1934

Pensión de Lovecraft en 169 Clinton Street Brooklin

10 Barnes Street, Providence

Lago Quinsnicket, con el saliente favorito de Lovecraft

66 College Street, Providence

Robert E. Howard

Annie E.P. Gamwell

Robert H. Barlow

Clark Ashton Smith a los 50 años

Silueta de H.P Lovecraft de Perry

H.P. Lovecraft dibujado por Virgil Finlay

> Me gustaría escribir un cuento sobre las obras del metro en Westminster Street —o de un metro subterráneo Providence-Pawtucket—, y el casual descubrimiento de columnas corintias rotas, vestigio del foro de una desconocida ciudad romana en el interior de la bahía de Narragansett. Un trirreme de Pomponio Falco, durante la guerra contra los piratas mediterráneos en tiempos de Cicerón, sale de entre las columnas de Hércules y es arrastrado hacia el inmenso Atlántico. Por último, llega a una plácida bahía habitada por bárbaros de piel cobriza; y tras concertar un tratado, se construye una ciudad junto a la colina y es bautizada musosicum… según interpretan los colonizadores el nombre de *Mooshassuck*, que oyen decir a los bárbaros[280].

Cuando se puso a escribir, no obstante, Lovecraft viró en otra dirección. En noviembre W. Paul Cook pidió a Lovecraft que le escribiese «un artículo… sobre el elemento de terror sobrenatural en la literatura, pero yo

(H. P. L.) me voy a tomar tiempo para prepararlo. Entretanto, espero estar lo bastante retirado y tranquilo para escribir algo que se me ocurra».

Cook era un hombre pequeño, tranquilo, con tendencia a autoexcluirse, aún más aficionado al periodismo *amateur* que Lovecraft. Había sido presidente de la NAPA y de la UAPA, y editor de esta última. Desde sus casas de New Hampshire y Massachusetts había publicado distinguidas revistas aficionadas, primero la *Monadnock Magazine* y luego *The Vagrant*.

En 1925 Cook estaba terminando su *Vagrant*, y quería el ensayo de Lovecraft para el primer número de un periódico nuevo y ambicioso, *The Recluse*. Lovecraft tituló su trabajo «El horror sobrenatural en la literatura», y empezó a investigar. Encontró que había importantes relatos del género, de los que había oído hablar aunque no había llegado a leer. Se dispuso a llenar ese vacío en sus conocimientos. A pesar de sus valerosas palabras sobre dar prioridad a su creación literaria, dejó que el artículo de Cook absorbiera por completo su tiempo y su atención.

El artículo resultó un trabajo más voluminoso de lo que él había pensado. En enero escribió cartas justificando la tarea como «una excelente disciplina mental» y «una admirable excusa para eludir compromisos». Pronosticó que terminaría el trabajo «en dos o tres semanas», pero aún andaba en él cuando se marchó de Nueva York, en abril. En julio terminó de mecanografiar el texto definitivo, aunque «casi me mata esta parte de la empresa[281]».

«El horror sobrenatural» le había acaparado prácticamente todas las horas de trabajo durante ocho meses. ¿Y para qué? Para que Cook pudiese imprimirlo, de balde, en una revista *amateur* que iba a leer otro centenar de aficionados. Lejos de constituir una «disciplina mental», fue un gusto que quiso darse Lovecraft.

En 1927 Cook sacó *The Recluse*. El número estaba tan marcadamente inclinado hacia la ficción imaginativa que puede tenerse por la primera revista *jan* de ciencia-ficción. Cook quería sacar otro, pero el proyecto se malogró porque murió su mujer y él se marchó de Nueva Inglaterra.

Para un escritor profesional, dedicar dos tercios del año a un trabajo aficionado gratis parece una locura. Pero Lovecraft jamás llegó a ser realmente un profesional. Pertenecía a un medio y a una tradición en los

que el término «aficionado» era elogioso. En vez de «principiante», «novato» o «chapucero», significa «caballero que hace algo por gusto, no por vulgar dinero». Cook, que tenía mucho de esta actitud, describía a Lovecraft admirativamente:

> Y Lovecraft *era* un *amateur*. Jamás escribió una letra pensando en el editor o en el público. Se había negado a alterar un relato cuando, cambiando lo que convenía al editor, éste lo habría aceptado y se lo habría comprado. Si podía vender su trabajo hecho según sus propias inclinaciones, bien estaba. Si no, se daba el gusto de negarse a subordinar su arte a la codicia. Si hubiese querido retocar sus relatos para que fuesen cortos, podía haber vendido todo lo que escribía. Pero su arte crecía, o las ideas de su obra se dilataban, y necesitaba lienzos cada vez más grandes, hasta que fue prácticamente imposible encontrar mercado para sus últimos trabajos[282].

El ideal amateurista de Lovecraft pertenecía a una tradición languideciente de países del otro lado del mar. Por otra parte, en un mundo de hombres de organización, con personalidad plástica, hay mucho que decir de un individualista impenitente que se aferra con obstinación al proverbio maquiavélico: «Sigue tu propio camino, y deja a los demás que hablen». Hay algo de Don Quijote oculto en muchos de nosotros.

Sin embargo, si uno insiste en hacer de Caballero de la Triste Figura en la vida real, no debe quejarse cuando le derriben las aspas del molino. El quijotismo es un juego caro, y el que lo juega tiene que estar preparado para pagar el precio.

Con cerca de 30.000 palabras, «El horror sobrenatural en la literatura» era el trabajo más largo que Lovecraft había escrito. Empieza con esta retumbante afirmación, que tiene algo de verdad psicológica: «La más antigua y más fuerte emoción de la humanidad es el miedo, y la más antigua y fuerte clase de miedo es el miedo a lo desconocido[283]». Desde luego, era

verdad en el caso de Lovecraft, cuyo miedo a lo desconocido le hizo perder numerosas oportunidades. Hizo que se retrajera de conocer nuevos lugares, de tener nuevos contactos, nuevas clases de trabajo.

Lovecraft rastrea el horror literario desde autores antiguos, como Plinio el Joven y Apuleyo a la novela gótica, y de aquí a los contemporáneos de Lovecraft, como Machen, Blackwood, Dunsany y M. R. James. El artículo, que abarca un área considerable, es un trabajo bueno y acabado, que en otras manos habría podido servir de tesis doctoral.

Según el fallecido Thomas O. Mabbott, Lovecraft, en «El horror sobrenatural», resuelve un problema relativo a la interpretación de Poe. En «La caída de la casa Usher» Lovecraft explica que Roderick Usher, su hermana Madeleine y la casa comparten un alma común.

En uno de sus últimos relatos, «En las montañas de la locura», Lovecraft resuelve otro problema de Poe. Se trata de la identidad, en el poema *Ulalume*, del «Monte Yaanek». Los lectores se habían sentido confundidos durante mucho tiempo en cuanto a la localización de esta montaña «de los reinos del polo boreal». Por «polo boreal», dice Lovecraft, Poe entendía el polo magnético *sur*, hacia el cual sopla el viento Bóreas. De ahí que el Monte Yaanek fuese el volcán Erebus de la Antártida[284]

Sin embargo, «El horror sobrenatural en la literatura» es una mera recopilación que cualquier profesor de literatura podría haber hecho. Yo hubiera preferido que Lovecraft hubiese empleado su tiempo en escribir esa historia de la lámpara de Atlantis. Muchos estudiosos podrían haber escrito «El horror sobrenatural», pero sólo Lovecraft podía escribir una historia lovecraftiana.

El factor dominante del último año de Lovecraft en Nueva York fue su estado de deterioro mental. Las pasiones y prejuicios que se había traído de Providence, en vez de disiparse, como le ocurre a la mayoría de la gente al sumergirse en un mundo más amplio, aumentaron hasta una intensidad maníaca. Providence, en vez de volverse un recuerdo de juventud, se convirtió en una obsesión. Lovecraft se volvió tan nostálgico como el muchacho más inexperto de un internado, en su primera noche fuera de

casa. Cook contaba:

> Sólo vi a Lovecraft una vez, durante su experiencia de Nueva York. Yo sólo disponía de una hora en la ciudad, en aquella ocasión, y hablamos muy poco. Había percibido su confusión mental en sus cartas, y cuando le vi, su infelicidad era dolorosamente manifiesta.

Lovecraft se convirtió en un obseso de las trivialidades. En sus cartas a Lillian Clark, divagaba a lo largo de páginas y páginas sobre su lucha con las estufas de petróleo, instalaciones eléctricas, despertadores, cepos para ratones y botones de chaqueta.

Insistía a sus tías para que no dejasen expirar su suscripción en el *Providence Eveninf Bulletin*: «Cuanto más leo los demás periódicos, más me gusta el *Bulletin*». Al contestar a un anuncio de oferta de trabajo, escribía: «Aquí espero ganar pronto bastante dinero, que emplearé en comprar el 454 [Angelí Street] y el granero, derribaré el Angelí Court y pondré otra vez el muro de piedra…».

Sus tías le sugirieron que, puesto que estaba tan deseoso de ver Providence, por qué no iba a visitarlas. Lovecraft contestó:

> En cuanto a ir, como le he dicho a AEPG, no podría soportar ver Providence otra vez, mientras no pueda quedarme allí para siempre… Una breve ojeada sería como el marinero que ve fugazmente su propio puerto al ser arrastrado por el temporal, y luego se ve impelido hacia la ilimitada negrura de un mar extraño[285].

Su esnobismo se agravó. Admiraba a la esposa de Galpin, a la que conoció en una ocasión en que estuvo de paso por Nueva York, en agosto, no sólo por su encanto personal, sino porque «descendía de la más antigua nobleza normanda establecida en Irlanda». Asimismo, cobró afecto a Wilfred Taiman porque era «alto, delgado, rubio y perfectamente aristocrático». Estimaba a Kleiner porque, aparte de su oficio, «es

absolutamente el caballero diletante», jamás comercializaba sus poemas ni sus cartas ficticias, que eran su *hobby*.

Se sorprendió cuando un conocido llamado Hancock reveló el hábito de pedir cosas prestadas y no devolverlas, a pesar del hecho de que «¡viene de una de las familias más aristocráticas de Inglaterra!». Pero cuando los mineros del carbón se declararon en huelga en septiembre, escribió: «… es una desgracia que la sociedad se haya vuelto tan interdependiente que tiene que depender de los caprichos de una cuadrilla de sucios patanes[286]».

Se refugió en sus poses y sueños georgianos y en su filosofía de indiferencia e inutilidad:

> En cuanto a mí, me he retirado definitivamente de la edad presente. En un mundo de caos sin sentido y en un planeta de utilidad y ruina, nada sino la imaginación tiene importancia. El tiempo y el espacio son los más puros accidentes; y cuando se ha vivido en una edad decadente y desilusionada que no tiene nada importante que decir, es de hombres sensatos dejar de malgastar el tiempo en contemporáneas tribulaciones sin sentido y volverse hacia un período cuyas expresiones tienen algo en sí que se corresponde con la propia psicología… Pertenezco a la época georgiana en punto al tiempo, y en punto al espacio simpatizo de buen grado con las regiones rurales inglesas o neoinglesas: el prado, el bosque, la granja y el pueblo, cuando no vagabundeo por el universo en busca de horrores extraordinarios[287]

Sentía que le fallaban las fuerzas:

> Hay muchas cosas que quiero escribir, pero de cuando en cuando tengo la sensación de que quizá mi mano ha perdido un poco de esa habilidad que siempre ha poseído. Cuando mis trabajos están terminados, siempre me decepcionan, nunca ofrecen la plenitud del cuadro que tengo en la cabeza; pero puesto que una fijación imperfecta de la imagen es mejor que nada, me esfuerzo y lo intento

lo mejor que puedo.

Sus sentimientos respecto a Nueva York se convirtieron en un odio feroz. Hablaba de la «mestiza modernidad» de ese «desierto extranjero», y de su necesidad de huir de «las pesadillescas madrigueras de esta metrópoli babilónica» poblada de «extranjeros mal encarados[288]».

Sus fobias étnicas llegaron al furor genocida. Un nuevo depósito suburbano para abastecer el suministro de agua de Nueva York provocó su indignación contra la ciudad, a la que calificó de «¡cruel por secar pueblos enteros de personas de verdad, para mantener viva a la miseria mestiza y hedionda de este caótico revoltijo metropolitano!». La inmigración, drásticamente cortada en 1924, no era lo bastante restringida:

> Desde luego, espero ver pronto totalmente suprimida esa promiscua inmigración. Dios sabe cuánto daño ha hecho ya la admisión de ilimitadas hordas de escoria ignorante, supersticiosa y biológicamente inferior, del sur de Europa y del Asia occidental[289].

Resulta difícil mostrarse paciente con alguien que injuria a los demás llamándoles «escoria biológicamente inferior», cuando la mayor parte de esa escoria hace frente al menos a la realidad, asume las obligaciones y se sostienen unos a otros y a sus familias, nada de lo cual estaba haciendo Lovecraft. De sus invectivas raciales, los negros eran los que salían peor parados:

> Naturalmente que no se puede permitir que los negros utilicen la playa en un balneario del sur; ¿podéis imaginar a personas sensibles bañándose cerca de un hatajo de chimpancés grasientos? Lo único que hace soportable la vida donde abundan los negros es el principio de Jim Crow, y me gustaría que lo aplicasen en N. Y.; a los negros y a los tipos más asiáticos de judíos hinchados y con cara de rata. O se retiran de la vista o se les mata: ¡cualquier cosa, con tal de que el hombre blanco pueda andar por la calle sin estremecerse y sentir

asco[290]!

Incluso el negro más digno de alabanza se convertía en objeto de las burlas de Lovecraft. Cuando Lillian Clark alababa a su doncella Delilah, Lovecraft replicaba que «ciertamente es una negra valiosa, y podría valer de 900 a 1.000 dólares en cualquier mercado al norte de Savannah… Me gustaría poder ofrecerte una escritura de venta para tan excelente propiedad, estas Navidades, pero esos cargantes abolicionistas han arruinado el mercado…»[291]. La mención de una abogada de color le provocó el sarcasmo:

> En cuanto a la abogada negra L. Marian Poe, bueno, puesto que no se entromete con la gente blanca, reconozco que ningún daño hace… Ahora supongo que Delilah intentará ingresar en alguna actividad profesional: posiblemente, en la medicina o la teología o la política

A millones de blancos americanos de la generación de Lovecraft, la mera visión de un negro desempeñando un papel tradicionalmente perteneciente a los blancos de clase superior —ejerciendo la autoridad sobre hombres blancos, practicando una actividad intelectual, disfrutando de un deporte o pasatiempo distinguido, o incluso mostrando una inteligencia y ambición fuera de lo corriente— les ocasionaba un profundo malestar psíquico y les despertaba el resentimiento y la rabia.

Al hacer tales distinciones verbales como «personas de verdad» frente a «canalla mestiza y hedionda», o «personas, polacos y negros[292]», Lovecraft procedía exactamente igual que el primitivo de la tribu que llama «seres humanos verdaderos» a sus compañeros de tribu. Lo que indica que cualquiera ajeno a la tribu no es realmente humano y está bien que se le robe, se le mate o se le coma con toda impunidad.

Para nosotros, en la década de 1970, es extraño que un hombre, emocionalmente poco equilibrado, amable y generoso en exceso con los amigos y conocidos, interesado por lo antiguo y lo exótico, y que se jactaba

de poseer un criterio objetivo y desapasionado, desarrollara un odio tan venenoso hacia personas que jamás le habían hecho daño, sólo porque le desagradaba su aspecto, su acento y otros detalles superficiales. En cuestiones más científicas, además, Lovecraft era un sagaz y escéptico materialista que rechazaba sin contemplaciones la Atlántida de Charles Fort, la teoría heliocéntrica de

Elliot Smith y todos los ocultismos. Sin embargo, se dejó engañar por el anzuelo, el sedal y el plomo del seudocientífico culto ario, y lo empleó para racionalizar sus odios raciales.

August Derleth ha tratado de librar a Lovecraft de la acusación de tener prejuicios raciales. No era realmente *racista* ni antisemita, decía Derleth; simplemente, tenía algunas reticencias con los extranjeros porque habían introducido cambios en su amada Providence[293]. Esto es tan sólo un esfuerzo de Derleth por exonerar a su ídolo.

No es sorprendente que Lovecraft mantuviese al principio este punto de vista, ya que antes de la Primera Guerra Mundial estaba muy difundido entre los americanos viejos. Era algo en cuya creencia se educaba a los niños americanos viejos, junto con el cristianismo protestante, el nacionalismo, el capitalismo y la redondez de la tierra. Si no universal, este chauvinismo de americano viejo era al menos considerable. A nadie se le ocurría ocultarlo por vergonzoso. El biógrafo de Henry Adams, Ernest Samuels, explica:

> La educación antisemita de la cloaca nacionalista y clerical de la Alemania de Bismark, junto con la de Rusia y Europa oriental, inundó Francia y finalmente los Estados Unidos cuando las acosadas oleadas de refugiados de tumultuosa violencia aparecieron con rústica barba, melena y gabardina raída. Cuando los recién llegados triunfaron en la jungla del oro, su éxito pareció a los desdeñosos moralistas puritanos como una vulgar parodia de la sociedad capitalista hecha por Henry James. Indudablemente lo era con frecuencia, pues carecía de los graciosos ropajes de unos vínculos familiares apropiados, de religión discretamente compartida, de lazos de vieja escuela, y de costumbres discretas.

> Todo el latente antiextranjerismo y racismo de la época contra los inmigrantes del sur de Europa y los orientales culminaba en el judío como imagen dominante del enemigo de la supremacía anglosajona… hacia 1894, los que lideraban a las familias más viejas de Nueva Inglaterra organizaron discretamente la nueva Liga para la Restricción de Inmigraciones, de Boston, cuya misión era salvar del mestizaje a la nación.

En cuanto a las «costumbres discretas», las personas que pasan de un modelo cultural a otro, como es irse a vivir a un país extranjero, dan a menudo la impresión de mala educación, porque no saben aún cómo se espera que se comporten en su nuevo ambiente. Puede que necesiten dos o tres generaciones para dominar todas las sutilezas del gesto y el lenguaje, de manera que los recién llegados han de hacer lo posible por esmerarse.

El anglosajonismo militante declinó poco a poco durante las décadas de 1920, 30 y 40. Aún abundaba en 1920, y todavía no ha desaparecido por completo. Entre las dos guerras mundiales, escritores e intelectuales, ayudados por las extravagancias de Hitler, contribuyeron a recaer en el chauvinismo del americano viejo. El hecho de que Lovecraft se aferrase con tanta tenacidad a estas ideas, cuando otros intelectuales americanos las abandonaban, requiere su explicación.

El psicoanálisis póstumo es, todo lo más, conjetural. Sin embargo, hay pruebas de las presiones inconscientes que confirieron a Lovecraft esta actitud beligerantemente tribal. De niño, fue rechazado por sus iguales; y de adulto, tuvo muchos fracasos. Su época de residencia en Nueva York fue una catastrófica acumulación de fracasos. Intentó casándose lejos de su ambiente americano viejo y mudándose a la metrópoli, convertirse en un cosmopolita urbano, pero fracasó. Intentó adaptarse a un ambiente extraño, y fracasó. Quiso ser un trabajador y fracasó. Y fracasó también como marido y como cabeza de familia. Evidentemente, había tratado de llevar a cabo demasiados cambios en su vida al mismo tiempo.

Ahora bien, la xenofobia —temor y odio a los extranjeros— es una

defensa corriente contra los fracasos y defectos de uno mismo. El xenófobo se consuela pensando que al menos él es mejor que *esos* bastardos.

Además, al igual que la mayoría de los introvertidos intelectuales, Lovecraft era un extranjero en su propio mundo. Él mismo dijo: «He sido siempre un extraño[294]». Lamentaba su propia incomodidad, en sus contactos con americanos corrientes, cuando había entre ellos extranjeros y gentes de otra raza. Defendía su ego vulnerable injuriando a los «extranjeros» y diciendo: «Odio toda influencia extranjera»; pero el hecho es que era *él* el extranjero. Sólo se habría sentido en casa en un medio enteramente poblado de H. P. Lovecrafts, y una sociedad así no existe.

Así manifestó sus sentimientos xenófobos:

> Como he dicho siempre, los misioneros son molestias infernales que deberían permanecer en casa: asnos pesados y solemnes, sin perspicacia científica ni perspectiva histórica, y condenados a una eterna ceguera para el hecho evidente de que las distintas tierras, razas y condiciones se desarrollan de manera natural y exigen diferentes modelos culturales y costumbres y códigos éticos y sociales diferentes[295].

En otras palabras, los extranjeros estaban muy bien en sus países de origen, y deberían dejarles que vivieran a su manera exótica. El ideal de Lovecraft parece que fue un mundo limpio y permanentemente dividido, mediante compartimientos estancos, en razas, culturas y naciones. Cualquier mezcla le alteraba, puesto que para él se trataba de grupos inmiscibles, como el aceite y el agua. La fusión de dos grupos manifiestamente diferentes le parecía una violación de las leyes de la naturaleza; y para él, una violación de las leyes naturales era el último horror. La idea de amalgamiento le ponía furioso. Su actitud era un poco parecida a la de la madre del héroe de *El último puritano*, de Santayana:

> La señora Alden… se quedaba helada al contacto con la diferencia. No soportaba la distinción y el poder superior: si no

> podía imitarlos, entonces los negaba. Y el más mínimo grado de tosquedad o simpleza por debajo de ella le ofendía también… Al margen de la sociedad no podía haber nada salvo las tinieblas exteriores… Y suponía que si alguna vez ese espantoso mundo exterior se volvía molesto, sería necesario declararle la guerra a fin de darle una lección: pero lo mejor, con mucho, era ignorarlo totalmente[296].

A pesar de todas las peligrosas estupideces que Lovecraft escribía y decía sobre la raza, no debemos olvidar el contraste entre estas fulminaciones teóricas y sus actitudes hacia los individuos reales. Frank Long, que cree que exagero el egocentrismo de Lovecraft, me escribe:

> Puede que te resulte difícil de creer. Pero durante el período entero de N. Y., en todas las reuniones y conversaciones en que estuve con él, jamás manifestó hostilidad alguna hacia los «no-nórdicos» —para utilizar el término que más le gustaba— en mi presencia, ni en el metro ni fuera de él… Si uno de ellos se encontraba en apuros, lo primero que hacía era correr en su ayuda. Emocionalmente era la amabilidad personificada. Todo era retórica, del tipo de *exterminación* verbal a la que tanto escritor *hippie* de la prensa *underground* se dedicó en los años sesenta. Para él era una enfermedad, si quieres —la parte de verbalización—, pero no era una característica profunda, fundamental… En todas las conversaciones que sostuve con Howard, jamás utilizó términos tales como «marrano», «moreno», «chicano»… o «*Nigger*». Casi siempre decía «*Negro*». Y parece ser que sólo en las cartas a la señora Clark los calificaba de *monstruosos*, por malos que fueran los comentarios que hacía a otros corresponsales.

Wilfred Taiman insiste también en que no tiene «el menor recuerdo de que [Lovecraft] hubiera hecho jamás un comentario antisemita de palabra o por escrito. Ni recuerdo tampoco que dijera nunca nada con idea de herir a

un posible oyente». La probable explicación es que Lovecraft, aunque aún abrigaba sus viejas actitudes nativistas, había llegado a darse cuenta de que, entre los americanos cultos, semejantes posturas iban cayendo cada vez más en el descrédito por anticuadas e inhumanas. De modo que se las callaba, salvo cuando hablaba con sus tías o unos pocos amigos íntimos.

A consecuencia de las presiones sufridas, Lovecraft se acercó a un grave desmoronamiento nervioso. En enero de 1926, escribió a su tía Lillian:

> La masa de judíos contemporáneos es desesperante por lo que se refiere a América. Son producto de una sangre extraña, y heredadas emociones, ideales e impulsos extraños que impiden siempre la posibilidad de una sana asimilación… El resultado es que una rama asiática rota y hundida en el cieno durante innumerables siglos no puede unirse en igualdad emocional a una raza nórdica belicosa, amante del juego, orgullosa. Tal vez lo quieran, pero no pueden: sus más recónditos sentimientos y concepciones son lo más opuesto. Una estirpe no puede sentirse a gusto cuando se enfrenta con otra… Oriente y Occidente pueden estar hablándose durante miles y miles de años sin que llegue jamás a enterarse el uno de lo que dice realmente el otro. Por nuestra parte, hay una estremecedora repugnancia física hacia los tipos más semíticos, y cuando tratamos de ser tolerantes, significa simplemente que estamos ciegos o que somos hipócritas. Dos elementos tan discordes jamás pueden constituir una sociedad —ningún sentimiento de verdadera unión puede nacer donde existe tal disparidad de reminiscencias ancestrales—, de forma que allá donde vague el Judío Errante tendrá que contentarse con su propia sociedad hasta que desaparezca, o lo exterminemos merced a una explosión de repugnancia física por nuestra parte. Yo mismo me he sentido muy capaz de asesinar una docena de veces o dos, al sentirme apretujado en el metro de N. Y…, La línea divisoria está claramente trazada, y en Nueva York

puede convertirse en una frontera social, pues el problema adopta su forma más espantosa debido a que las repugnantes hordas asiáticas arrastran sus sucias carcasas por calles donde un día pasearon hombres blancos, y airean su odiosa presencia y sus rostros retorcidos y cuerpos achaparrados, hasta que nos impulsen a asesinarles o a emigrar, o hasta que nos encierren, gritando, en el manicomio. Efectivamente, puede decirse que el problema no existe más que en Nueva York, pues sólo allí está tan infernalmente marcado el desplazamiento de las personas normales. No es bueno que un nórdico orgulloso y de piel blanca se sienta inmerso entre parloteadores achaparrados de ojos bizcos, modales groseros y emociones extrañas, a los que odia en lo más profundo de su ser y aborrece como el mamífero aborrece al reptil, con un instinto tan viejo como la historia; y la extinción de Nueva York como ciudad americana será la inexorable consecuencia. Entretanto, todo lo que puede hacer uno es evitar el contacto personal con ese material intruso: ¡uf! a uno le produce malestar, como si le apretasen los zapatos, o como si llevase una ropa interior que le picara. La experiencia ha enseñado al resto de las personas americanas lo que jamás habían pensado cuando al principio, idealistas, abrieron las puertas a esta escoria: que no existe una asimilación de razas cuya relación con nuestra propia historia es tan tenue, cuyas emociones fundamentales son tan antitéticas a las nuestras, cuyo aspecto físico es tan desagradable para los miembros normales de nuestra especie. Tal es la enfermedad de Nueva York. El problema de nuestra Nueva Inglaterra, aunque menos violentamente repugnante en la superficie, es sin embargo de una magnitud desalentadora; pues si Nueva York está inundado de asiáticos, nuestra propias calles lo están por los escasamente menos indeseables latinos: despreciables italianos del sur y portugueses, y esa plaga escandalosa de franco-canadienses. Estos elementos formarán una cultura católico-romana separada, hostil a la nuestra, juntamente con los irlandeses, a quienes en un estado altamente aislado, son la peste de Boston. Puede que se asimilen muchas de esas razas —como los irlandeses de Irlanda

oriental y los franco-canadienses de extracción normanda—, pero el proceso va a ser lento. Entretanto, debe continuar la separación y la mutua hostilidad; si bien es mucho menor que esa estremecedora, enloquecedora aversión física que hace de Nueva York un infierno para un nórdico sensible. Fuera del cinturón de N. Y. y N. I., se plantean otros problemas raciales y culturales. Los horrendos patanes polacos de Nueva Jersey y Pennsylvania son absolutamente inasimilables, aunque representan una cantidad infinitamente pequeña, mientras que los mejicanos —indios en su mitad o sus tres cuartas partes— constituyen una porción considerable en el sudoeste… En general, América ha confeccionado un bonito revoltijo de población, y lo pagará con lágrimas en medio de su prematura putrefacción, a menos que se haga algo muy pronto… para expulsar a la chusma despreciable de mediterráneos y asiáticos que ahora se arrastra rezumando lodo por todo el paisaje, cuando podíamos habernos evitado casi toda esta sensación de insoportable repugnancia que los nombres extranjeros despiertan ahora en nosotros… En las naciones, como en la sociedad, la *coincidencia de sentimientos* es el principio más importante. En cuanto a mí, me ponen enfermo los bohemios, las gentes heteróclitas, extravagantes y plebeyas C. M. Eddys y satélites y mezclas, etc. Divierten un rato, pero al cabo de un tiempo empiezan a crisparte los nervios. La gente irrita cuando abriga diferentes clases de recuerdos y vive de distinta manera y anhela fines e ideales de diferente clase. La única compañía para un americano conservador normal es la constituida por americanos conservadores normales, de buena familia, acomodadamente educados en la vieja tradición. Es por lo que Belknap [Long] es el único de la banda que no me irrita a veces. Es *normal*: conecta con recuerdos innatos y experiencias de Providence hasta tal extremo que parece una persona real, en vez de una sombra bidimensional en un sueño, como ocurre con la mayoría de las personalidades bohemias. Pero mi reciente campaña de emancipación es ahora un éxito, y en adelante no tendré a mi alrededor a nadie más que a los que se comprometan en una única

> prosecución de la tradición anglosajona conservadora. Afortunadamente; porque en la caótica heterogeneidad no habría habido paz para mí. Todos los esfuerzos por mi parte se habrían paralizado, ya que ningún esfuerzo habría parecido merecer mi empeño, si no me hubiese podido ganar un sitio entre los de mi propio tipo mental, libre de los comunes o extraños contactos sociales e influencias. Y si uno no puede encontrar un hueco en la sociedad acorde con él, al menos puede estar *solo*, y eso es suficiente para mí. La cuestión está en verme libre del irritante y hostil material social; pues de lo contrario, el único modo de terminar con una vida de exilio en un caos odioso es una bala en la cabeza[297]

De este discurso frenético y campanudo pueden entresacarse varios puntos. En primer lugar, Lovecraft habla de «nosotros» o «uno» o «el americano conservador normal», quienes supone que experimentan un «estremecedor rechazo físico» hacia las «repugnantes hordas asiáticas» y «los horrendos patanes polacos» y demás grupos extraños, y de la «insoportable repugnancia» al oír pronunciar nombres extranjeros. Daba por supuesto que hablaba en nombre del resto de los americanos viejos. De hecho, sólo una escasa minoría de americanos compartía entonces ese sentimiento; el resto se mezclaba con los inmigrantes y gentes de otras razas, sin ningún sentimiento especial en pro o en contra de ellos. De manera que en realidad Lovecraft hablaba sólo por sí mismo.

Sus dogmatismos sobre la implacable hostilidad entre el Oriente y Occidente, el insalvable abismo cultural que separa a Europa de Asia, la imposibilidad de asimilación de los no-europeos y demás, no son más que necedades. Ha habido montones de asimilaciones. Los sirios, por ejemplo, formaban la principal clase comercial en la Europa occidental durante la época en que cayó el Imperio romano en Occidente, pero pocos siglos después habían desaparecido por asimilación.

Finalmente, su insistencia en que los «no-arios» no tienen nada en común con los arios, abrigan ideas e ideales absolutamente diferentes, y jamás pueden congeniar con ellos, es una estupidez propia del hombre que

ha viajado muy poco y conoce a muy pocos «no-arios» a fondo. El que conoce pueblos de diferentes culturas y colores sabe que, una vez superadas las barreras del lenguaje y la etiqueta, la compatibilidad es más cuestión de intereses comunes que de recuerdos ancestrales.

Lovecraft estaba llegando a un punto en que no sólo las gentes de color, sino casi todo el mundo, le crispaba los nervios. Long constituía la excepción, al parecer porque

Long, como él mismo, era americano viejo, un poco fantasioso, y con ideas similares sobre las normas de conducta de un caballero… aunque Long jamás compartió las fobias raciales de Lovecraft, y con el tiempo adoptó una opinión más realista de las cosas.

Alarmada por la explosión de Lovecraft, Lillian Clark le reprendió. Él la tranquilizó sobre su comportamiento con los amigos:

> A propósito, no creo que mi reacción nerviosa contra los tipos advenedizos de N. Y. adopte la forma de una conversación que ofenda a ningún individuo. Uno sabe cuándo y dónde discutir cuestiones con una casta étnica o social, y nuestro grupo no se caracteriza por los *faux pas* o desconsideradas repeticiones de opinión. No creo que deje de apreciar el genio y buenas cualidades del grupo entero, pues a cada miembro le tributo un sincero respeto[298]

Durante el invierno de 1925-26, Lovecraft empezó a manifestar que le gustaría que se le pidiera que regresase a Providence:

> En cuanto al asunto de residir permanentemente en un sitio, ¡bendito sea Dios!; SH estaría contentísima en ayudarme a establecerme allí donde mi mente estuviera más tranquila y fuera más eficaz. A lo que me refiero al hablar de «una amenaza de tener que regresar a N. Y.» es a la cuestión de oportunidad laboral, tal como está ejemplificada en la posibilidad de Paterson; pues en mi flaco estado financiero una colocación remunerada constituiría algo

> que no podría, con un mínimo grado de sentido común o propiedad, rechazar. Ahora, si estuviese aún en N. Y., quizá podría soportar tal cosa con resignación filosófica; pero si estuviera de nuevo en Casa, probablemente no podría contemplar la posibilidad de volverme a marchar de allí. Una vez en Nueva Inglaterra, debo hacer lo posible por permanecer allí…

Durante toda su estancia en Nueva York, Lovecraft empleó la palabra «casa» para referirse a Providence. Morton le aseguró que el museo se abriría pronto y tendría el puesto. «Pero», dijo Lovecraft, «si viera yo Nueva Inglaterra de nuevo, con sus empinadas calles que bajan hasta el mar, y sus avenidas de añosos olmos, y sus apiñadas techumbres puntiagudas, y sus blancos campanarios irguiéndose por encima de cementerios seculares, no podría nunca decidirme a traspasar sus confines[299]».

Si uno se pregunta por qué no regresó sin más a Providence, quizá tenga la respuesta en la frase de «Él», en la que el narrador reprime su «deseo de volver a casa con los míos, no fuera a dar la impresión de que volvía arrastrándome en ignominiosa derrota». El regreso a Providence habría sido esa derrota, y en dos años Lovecraft había sufrido suficientes derrotas en la vida.

Por entonces, según Sam Loveman, Lovecraft llevaba encima un frasco de veneno. Cuando hablaba de suicidio, probablemente no fanfarroneaba. La madre de Frank Long escribió a sus tías adivirtiéndoles que podía sucederle cualquier cosa si no hacían algo en relación con el estado mental de Lovecraft.

En marzo, Lillian Clark escribió a Lovecraft instándole a visitar Providence, donde podía encontrar un pequeño apartamento en Waterman Street. Lovecraft contestó con ilimitado entusiasmo:

> ¡¡¡Bien!!! Todas tus epístolas han llegado y han sido recibidas con agradecida alegría, ¡¡pero la tercera ha alcanzado un grado que

relega a las demás a gran distancia!! ¡Hurra! ¡Viva!

Y ahora, sobre tu invitación, ¡¡viva!! ¡¡¡Viva el Estado de Rhode Island y Providence-Plantations!!! Pero necesito algo más que una visita. Aun cuando mi físico florezca, mis nervios están trastornados; y *no podría embarcar en un tren para volverme de Providence a Nueva York otra vez*… No estoy ansioso de regresos ignominiosos vía el orificio más estrecho de la trompeta; pero si tú y AEPG consideráis perfectamente digno para mí regresar a la civilización y a Waterman St., estoy seguro de que no podría haber nada mejor para uno que es parte integrante de la Tierra de Rhode Island. Anoche precisamente soñé con Foster… Pero en cuanto a los detalles: estoy completamente dispuesto a dejaros a ti y a AEPG que hagáis *todos* los planes, si no os importa, y enviéis mis cosas por delante de mí. En cuanto a la emigración: no implica desilusión alguna. No espero vivir en el séptimo cielo en ninguna parte, y sólo quiero pasar mis últimos días en algún remanso tranquilo donde el ambiente general no sea demasiado repugnante. En lo que respecta a Providence, no me voy a ilusionar ni a desilusionar: sé cómo es, y jamás he vivido mentalmente en otro sitio. Cuando levanto los ojos de mi trabajo, es Angelí Street lo que veo a través de la ventana, y cuando pienso en salir a comprar algo, es Westminster St. lo que acude a mis ojos… No tengo ninguna emoción, aparte de la convicción intelectual de que no estoy en Providence en este momento; a decir verdad, psicológicamente hablando, *estoy* y estaré siempre ahí… Pero como ya he dicho antes, si todos los marineros consideran que Boston o Cambridge son un puerto más apropiado, no estoy dispuesto a esgrimir contra dicho criterio la opinión de una mente cuya espantosa irreflexión e idiotez de 1924 dio lugar a mudarse a Nueva York… Soy esencialmente un recluso que tiene muy poco que ver con la mayoría de la gente allí donde esté. Creo que la mayoría de la gente me pone nervioso, que sólo por accidente y en cantidades extremadamente pequeñas, hablaría con gente con la que no quisiera hacerlo… Mi vida no está entre la *gente* sino entre el *entorno* físico. Mis afectos locales no son personales sino

topográficos y arquitectónicos… Soy dogmático sólo en la medida en que digo que *debo* tener a Nueva Inglaterra, de una manera o de otra. Providence es parte mía: *Soy* Providence …[300]

Esta combinación de suave retorcer de brazo y de gritos de auxilio dio resultado. A finales de marzo, Lillian Clark escribió a Lovecraft que la mitad de una casa doble de Barnes Street 10 tenía el cartel de que se alquilaba. Si le gustaba, podían vivir allí él y ella. Lovecraft contestó inmediatamente:

¡Hurra! ¡Bravo! ¡Viva! ¡¡Por Dios que saltaré sobre esa casa sin perder un segundo!! No me lo puedo creer… ¡Es demasiado bonito para ser cierto!

Sonia había cambiado de trabajo, pero este otro era en Cleveland también. Ahora fue a Brooklyn y se encargó eficientemente de empaquetar las cosas de su marido y facturarlas para Providence. Él se daba cuenta de que se había aprovechado tremendamente de Sonia, y de que le había dado muy poco a cambio. Le remordía la conciencia, y no negaba la abyección por su parte:

Jamás he visto actitud de atención desinteresada y solícita más admirable, en la que cada necesidad financiera es aceptada y perdonada tan pronto como se revela inevitable, y en la que la aquiescencia se extiende incluso a mis declaraciones (según he podido apreciar por la observación del efecto de las diversas situaciones sobre mis nervios) de que un ingrediente *esencial* en mi vida es cierta cantidad de tranquilidad y libertad, para dedicarme a la composición literaria creadora… Una devoción que puede aceptar esta combinación de incompetencia y egoísmo esteticista sin una queja, por contraria que sea a todas las esperanzas abrigadas al principio, es sin duda un fenómeno tan raro y tan afín a la cualidad histórica de la santidad que nadie que tenga un ápice de sentido de la

> proporción artística podría acogerla de otro modo que con la más vehemente estima, respeto, admiración y afecto, en reciprocidad: como fue, efectivamente, al principio, cuando la manifestó bajo circunstancias menos difíciles y con mucha menos comprensión de la crónica del fracaso que iba a sobrevenir. SH aprueba plenamente mi propósito de realizar un último retorno a Nueva Inglaterra, y tiene intención de buscar oportunidades industriales en el distrito de Boston dentro de algún tiempo[301]

Pese a esta alabanza, hay motivos para creer que los sentimientos de Lovecraft hacia Sonia eran ambivalentes. En los años subsiguientes apenas habló de ella, ni de ninguna otra mujer. En una de las pocas ocasiones en que mencionó a Sonia se quejó de que le había «manejado».

De hecho, Sonia había asumido en la familia los papeles de marido, esposa y madre, mientras que él había sido una nulidad marital: un «mantenido» y un hijo difícil. Estos hechos difícilmente podían haber dejado de herir su tierna autoestima. Cuanto más emprendedora, eficiente, generosa y sacrificada era Sonia, más grave debió de ser el contraste entre los dos.

El 15 de abril todo quedó embalado y embarcado. La Banda celebró una despedida de Lovecraft; dos de ellos le regalaron libros. El 17 partió para Providence.

Sonia tenía el propósito de ir con él, pero una entrevista para discutir la posibilidad de una nueva colocación la retuvo en Nueva York. De modo que siguió a Lovecraft a Providence más tarde.

# 13. CTHULHU VIVO

*I never can be tied to raw, new things,*
*For I first saw the light in an old town,*
*Where from my window huddled roofs sloped down*
*To a quaint barbour rich with visionings.*
*Streets with carved doorways where the sunset beams*
*Flooded old fanlights and small window-panes,*
*And Georgian steeples topped with gilded vanes*
*These were the sights that shaped my childhood dreams*[302]

LOVECRAFT

LOVECRAFT se llevó consigo una novela para leer en el tren, camino de Providence, pero se sintió tan fascinado al contemplar Nueva Inglaterra desde la ventana que no pudo leer.

Al llegar, tarde ya, el 17 de abril de 1926, se instaló en su nueva casa. Era un gran edificio Victoriano de madera, con doble numeración, el 10-12 de Barnes Street, tres manzanas al norte del campus de la Universidad Brown. Lovecraft y su tía ocuparían parte de la mitad de la casa correspondiente al 10. Lovecraft se quedó con el piso inferior, y Lillian Clark, que aún no se había mudado, con el superior. Annie Gamwell vivía entonces en otra parte de Providence como acompañante de una mujer ciega.

Unos días más tarde, Lovecraft aún estaba desempaquetando y ordenando cosas, ayudado por Delilah, la doncella de Lillian Clark. W. Paul Cook pasó casualmente por allí y encontró que Lovecraft

> … era sin la menor sombra de duda el hombre más feliz que he visto en mi vida. Sus manos eran acariciadoras al colocar las cosas en su sitio. Una auténtica luz amorosa brillaba en sus ojos cuando miraba hacia la ventana. Estaba tan contento que canturreaba; si llega a tener el aparato necesario, habría ronroneado[303].

Las referencias de Lovecraft a su llegada a casa están llenas de entusiasmo:

> … el tren corría veloz, y yo experimentaba mudas convulsiones de gozo mientras regresaba paso a paso a una vida vigil y tridimensional… New Haven, New London, y luego la pintoresca Mystic con su ladera colonial y su cala cerrada. Luego, finalmente, una magia más tenue llenó el aire, los nobles tejados y los campanarios, mientras el tren corría aéreo por encima, al cruzar el viaducto —hacia el oeste— entre la provincia de Su Majestad, rhode-island ¡y providence-plantations! ¡¡dios salve al rey!!… Manoteo las bolsas y la ropa, en un desesperado esfuerzo por parecer tranquilo; entonces: una delirante cúpula de mármol al otro lado de la ventanilla… un chirrido de frenos… una disminución de velocidad… oleadas de éxtasis y desaparición de las nubes de mis ojos y mi mente: estoy en casa, en unión station: ¡¡¡¡providence!!!! Algo estalló, disipando todo lo irreal. No hubo ya excitación; ninguna sensación de extrañeza, ninguna conciencia del tiempo transcurrido desde la última vez que pisé este sagrado suelo… Lo que había visto en sueños todas las noches desde que me había ido se alzaba ahora ante mí con prosaica realidad: rigurosamente idéntico, línea por línea, detalle por detalle, proporción por proporción. Sencillamente, estaba en casa, y mi casa estaba igual

que ha estado siempre desde que nací, hacía ya treinta y seis años. *No existe* otro lugar para mí. Mi mundo es Providence.

Añadía que «mi esposa residirá aquí de manera estable o a temporadas, según lo permitan las disposiciones del trabajo ahora en marcha[304]». Pasó por la casa de los Eddy:

> La primera noticia que tuvimos fue cuando sonó el timbre de la puerta una noche, ¡y allí estaba Lovecraft! ¡Con su aspecto delgado y famélico!… ¡y sus manos frías como el hielo, cuando las extendió para estrechar amistosamente las nuestras!

El traslado de Lillian Clark se demoró varias semanas debido a una neuralgia. Después de mudarse, llegó Sonia para llegar a algún arreglo permanente. Sonia recordaba:

> Entonces tuvimos una conferencia con las tías. Yo sugerí que podía alquilar una casa grande, contratar a una buena doncella, pagar todos los gastos y acoger con nosotros a las dos tías sin que ellas contribuyeran; si lo hacían, al menos vivirían mejor por el mismo precio. HP y yo negociamos efectivamente el alquiler de esa casa con opción a comprarla si nos gustaba. HP utilizaría una parte como estudio y biblioteca, y yo la otra para mi posible negocio. Entonces sus tías me informaron amable pero firmemente que ni ellas ni Howard podían permitir que la esposa de Howard trabajase para vivir en Providence. Eso fue todo. Ahora sabía yo a qué atenerme. El orgullo prefería sufrir en silencio; el de ellos y el mío[305].

A Lovecraft no le importaba vivir de lo que su esposa ganaba en Nueva York; pero en Providence, donde eran conocidos y tenían una posición social que mantener, no lo consent iría jamás. A este respecto, una mujer casada decentemente, con un marido sano, no debía trabajar en absoluto

para ganar dinero.

Habría sido interesante conocer los sentimientos de Lovecraft, mientras estas mujeres se enzarzaban en una lucha por él. Pero todas sus cartas de este período guardan discreto silencio sobre dicha cuestión. Evidentemente, aunque al principio se inclinaba por secundar los planes de Sonia, luego se echó atrás y aceptó —aunque guardando silencio— el punto de vista de sus tías. En Nueva York, había derramado bendiciones sobre Sonia por su actitud «maravillosamente magnánima». Había proclamado que, después de lo que había hecho por él, jamás la dejaría:

> Espero que no considere el traslado con una luz demasiado melancólica, o como un acto criticable desde el punto de vista de la lealtad y el buen gusto.
>
> La actitud de SH en todas estas cuestiones es tan amable y magnánima que cualquier propósito de aislamiento por mi parte parecería contrario a los principios del gusto que impulsan a uno a reconocer y venerar una entrega de la más generosa y excepcional intensidad[306].

Es más, le había insistido a Sonia para que fuera a Providence. Sin embargo, a la hora de la verdad, la dejó. Loveman dijo: «El trato que recibió de H. P. L., consciente o inconscientemente, fue cruel». Se comprende por qué Lovecraft no hizo comentario alguno sobre este episodio.

Quizá el que Lovecraft cediera a los designios de sus tías no fue una simple debilidad, sino el resultado de un deseo por su parte. Su observación, un año antes, acerca de vivir en Providence («si alguna vez tengo dinero para vivir allí como corresponde a un miembro de mi familia»), significa que compartía los sentimientos de sus tías sobre el modo apropiado de residir un Phillips en ese suelo sagrado.

Un hombre así podía o bien soportar a una esposa, o bien vivir sin ella. Ser un mantenido deshonraría el apellido de la familia. Dado que Lovecraft no podía mantener a Sonia, ni pagar siquiera su parte de los gastos, permitió tranquilamente que sus tías la ahuyentaran. De este modo eludió las

responsabilidades del matrimonio y todo sentimiento de culpa por no haberlas hecho frente.

Por parte de Lovecraft, la posición no era cómoda. Esto ocurría mucho antes del Movimiento de Liberación de la Mujer. El sentir popular de que un hombre debe aportar todos los ingresos de la familia, o al menos casi todos, era mucho más fuerte que hoy.

Lovecraft jamás pretendió ser para Sonia distinto de como era. Sonia había tomado la iniciativa en el noviazgo, aunque él había tratado de advertirla dónde se metía. Y si el episodio le dejaba a él en una posición poco heroica, su figura no habría quedado mejor parada si hubiese consentido que Sonia le mantuviera.

Cinco años más tarde, Lovecraft escribió a Derleth: «Mi única aventura matrimonial finalizó en el tribunal de divorcio por razones financieras en un 98 por 100». Esta apreciación omite otros factores importantes como su topomanía (su fantástico apego a un lugar particular) su xenofobia y su represión sexual. No obstante, es muy posible que hubiera podido vencer estos otros obstáculos, si hubiese sido capaz de ganar un sueldo decente. En el último año de su vida, dio una explicación más ecuánime:

> Estoy muy a favor de un armonioso estado de casado, pero tomé lo superficial por una cuestión fundamental o de compatibilidad. Las pequeñas afinidades no se hacen mayores, ni las pequeñas diferencias desaparecen, como también solemos esperar. Al contrario, en ambos casos el proceso fue a la inversa… favorecido evidentemente por mi inseguridad económica, que es siempre el adversario de la armonía doméstica; las aspiraciones y las preferencias ambientales divergían cada vez más, hasta que al final —aunque sin culpa alguna ni amargura por ninguna de las dos partes—, el Tribunal
>
> Supremo del Condado de Providence hizo uso de sus funciones correctivas y nos separó, y el Viejo Caballero se entronizó de nuevo en la severa dignidad de célibe[307].

Sonia explicó su lado del desastre en un artículo para un periódico de

Providence, después de la muerte de Lovecraft:

> Creo que me quería todo lo que permitía un temperamento como el suyo. Jamás mencionó la palabra «amor». Decía: «Cariño, no sabes cuánto te aprecio». Yo trataba de comprenderle y agradecía cualquier migaja de sus labios que caía en mi camino… Veía en Howard una sabiduría y un genio socráticos. Esperaba que con el tiempo se humanizase más, emergiese de sus abismales profundidades de soledad y de complejos psíquicos gracias a un amor auténtico y conyugal. Me temo que mi optimismo y excesiva seguridad en mí misma nos extravió a los dos (su amor por los espectral y misterioso nació, creo, de su pura soledad).
>
> En otras palabras, yo había esperado que mi amor hubiera hecho de él no sólo un gran genio sino también un amante y un marido. Mientras que el genio se desarrolló e irrumpió de la crisálida, el amante y marido se retrajo hacia el fondo hasta convertirse en una sombra que al final se desvaneció[308].

Pobre activa, generosa, administradora y amante Sonia. La moraleja parece que debería ser: chicas, no os caséis con un hombre con idea de cambiar radicalmente su naturaleza, no resulta. Tomadlo como es, o dejadlo.

Una vez instalado en Providence, Lovecraft volvió a su vieja rutina. Comía frugalmente, permanecía en vela casi toda la noche y dormía casi siempre por las mañanas. Pasaba el tiempo leyendo, escribiendo y paseando. Y salvo sus últimos viajes, así es esencialmente como transcurrió el resto de su vida.

Decía: «Si consiguiera bastante revisión buena que hacer, no volvería a escribir un cuento más para esos proveedores de mercancía barata. Estropea el estilo eso de estar pensando en un público gregario de pocas luces mientras se escribe». Suponía que el estilo era algo raro y precioso que podía «estropearse» si se adaptaba a las exigencias comerciales. En realidad, su estilo, según las pautas de hoy día, deja mucho que desear. Enormemente influido por Poe, su estilo es en gran medida del tipo que hoy

día se considera ampuloso, prolijo y elaborado, con multitud de frases de una longitud teutónica. En los últimos años mejoró algo.

Lovecraft pasaba algunos de sus encargos de revisión a Clifford Eddy, que había trabajado como secretario de Houdini. Houdini había ocupado el lugar de David Bush, como el más asiduo y generoso cliente de Lovecraft. Cuando Houdini actuó en Providence, a principios de octubre de 1926, invitó a Lovecraft y a los Eddy a su espectáculo, y después les llevó a cenar con su esposa Beatrice.

Houdini le pagó a Lovecraft 75 dólares por un artículo en el que denunciaba los engaños de la astrología. Quería que le escribiese también sobre brujería y que se fuese con él a Detroit, y colaborar juntos. Temeroso de otro exilio, Lovecraft dejó a Houdini. La siguiente vez que supo de él fue cuando contrajo la enfermedad que le mató.

Uno de los nuevos corresponsales de Lovecraft era un joven rubio y fornido de Sauk City, Wisconsin: August William Derleth (1909-71). Recién salido de la Universidad de Wisconsin, Derleth era de remota ascendencia alemana y, decía, descendiente de un noble francés emigrado, el Conde d'Erlette. Dotado de ambiciones literarias, escribió a Lovecraft en julio de 1926. En adelante, los dos mantuvieron una correspondencia semanal durante la década siguiente.

Otros corresponsales contaron a Lovecraft que el Kalem Club había celebrado una reunión para honrar a su miembro ausente. Lovecraft se sintió halagado de que le echaran de menos, pero rechazó modestamente sus alabanzas:

> La verdad es que soy decididamente no-intelectual, si no positivamente antiintelectual. Detesto las matemáticas, me tienen sin cuidado las proezas de brillantez mental, no poseo una capacidad especial de comprensión, y no me distingo precisamente por sostener en mi cabeza los muchos hilos simultáneos de una materia compleja.
>
> … Es cierto que admiro y respeto enormemente el intelecto, pero no es verdad que lo posea.

Escribió que Nueva York era una «pesadilla» y que «América ha entregado Nueva York a los mestizos, pero el sol sigue igual de esplendoroso sobre Providence y Portsmouth y Salem y Marblehead; he perdido 1924 y 1925, ¡pero el alba vernal de 1926 es tan hermosa como la presencio desde las ventanas rhodinsulares!»[309].

En sus largos paseos, comprobó que no conocía Providence tan bien como había supuesto. Descubrió «barrios infernales, jamás imaginados por la humanidad», habitados por «seres miserables que se arrastran y resuellan en el humo acre que brota de los trenes al pasar… o de secretos altares inferiores[310]».

Exploró el Mount Pleasant, el Davis Park y Federal Hill, y se quedó asombrado ante «las grandes iglesias italianas». El Monumento Benedict, a la música, en Roger Williams Park, le elevó al éxtasis:

> Todos los objetos visibles —el prado deshabitado y silencioso, el penetrante azul del cielo y del agua, la resplandeciente y semirruborosa blancura del enorme templo—, combinados con el fondo del bosque translacustre, y el calor y la magia de mediados de primavera, crean una atmósfera de indudable fascinación, e incluso una especie de pagana *santidad*[311].

A pesar de su promesa de no volver a abandonar nunca más Rhode Island, en septiembre estuvo de nuevo en Nueva York, quedándose en el apartamento de Kirk. Asistió a una asamblea del resucitado Kalem Club y tuvo una breve entrevista con Sonia, que había ido desde Cleveland. A pesar de sus protestas, ella insistió en pagarle el billete a Filadelfia, en viaje de interés arqueológico.

En octubre, él y Annie Gamwell hicieron un recorrido turístico en autobús por las zonas ancestrales de Rhode Island occidental, los Fosters y el Valle del Moosup. Visitaron casas ancestrales y parientes lejanos:

> El único defecto del escenario es étnico-social y reciente: ¡pues los finn, a quienes Dios confunda eternamente, han comprado el

viejo edificio de Job

Place! Esta plaga *fínnica* ha afectado al Foster Norte para una década, pero apenas ha puesto verdaderos cimientos en Moosup Valley, casándose sólo dos familias hasta entonces de sólido colonialismo. Rara vez se les ve o se les oye… pero se me ponen los pelos de punta cuando pienso en esos palurdos andando por la casa donde nació la mujer de mi tío abuelo… ¡y pisando el antiguo cementerio del Lugar[312]!

El hecho de que los Finn, aunque hablasen una lengua no-indoeuropea, fueran mayormente del tipo racial nórdico, no les salvaba.

La carta que Lovecraft escribió a Long en agosto contiene, de hecho, una de sus más atroces explosiones contra gentes de otras razas, diatriba a la que Hitler le habría puesto muy poca objeción:

Y naturalmente, es imposible referirse con serenidad al problema mongoloide de Nueva York. La ciudad está sucia y maldita: vengo de ella con la sensación de haberme manchado a su contacto, y ansio algún detergente de olvido que me limpie del todo… ¡Cómo, en nombre del cielo, los sensibles y dignos hombres blancos pueden seguir viviendo en ese potaje de inmundicia asiática en que se ha convertido la región —con señales y vestigios de plagas de langosta por todas partes—, es algo que escapa absolutamente a mi comprensión!… Hay aquí un grave y serio problema, comparado con el cual el de los negros es una nadería: pues en este caso tenemos que enfrentarnos no con infantiles semigorilas, sino con enemigos amarillos y desalmados cuyas repulsivas carcasas cobijan máquinas mentales peligrosas, incultamente desviadas en la sola dirección del beneficio material a cualquier precio. Espero que el fin *sea* la guerra, pero no hasta que hayamos liberado nuestras propias mentes del estorbo del humanitarismo que la superstición siria nos impuso a través de Constantino …

… En Nueva Inglaterra tenemos nuestras maldiciones locales…

> en forma de los simiescos *portugueses*, los execrables *italianos meridionales* y los farfullantes *franco-canadienses* con su algarabía. Hablando en términos generales, nuestra maldición es *latina* en la misma medida que la vuestra es *semítico-mongoloide*, la del Mississipi *africana*, la de Pittsburgh *eslava*, la de Arizona *mejicana*, y la de California *chino-japonesa*[313].

Al menos, Lovecraft era imparcial con los no-anglosajones. Los odiaba a todos. Conviene señalar que acusar a una lengua extranjera de «algarabía» —uno de los peyorativos predilectos de Lovecraft— es una mera forma de decir el acusador que no entiende esa lengua. Ignorar una lengua extranjera, por perdonable que sea, difícilmente constituye motivo de orgullo.

Pero Lovecraft hablaba ahora menos de la superioridad del nórdico sobre las demás razas caucasoides, y más sobre la incompatibilidad de los modelos culturales. Se aferraba a sus fobias, cuando la mayoría de los intelectuales americanos las había abandonado; algo así como Cotton Mather, en otro tiempo, protestando de que nadie pareciera tomar ya en serio la brujería.

Lovecraft contó a Clark Ashton Smith que no había leído *El garañón de plata* de James Branch Cabell, añadiendo:

> La ironía *solía* interesarme cuando era más joven y me impresionaba por la vaciedad de las cosas que reprueba… prefiero infinitamente Dunsany a Cabell; tiene una verdadera magia y frescura que al aburrido sofisticado parecen faltarle.

Incluso Dunsany, pensaba, «no escribe ahora como escribía hace veinte años». De los relatos de Dunsany, prefería los primeros: Los de *Los Dioses de Pe gana* (1905) y siete volúmenes más que aparecieron hasta 1919. La objeción fundamental de Lovecraft a la obra posterior de Dunsany es que propende al humor. Aunque no carecía de humor, ni mucho menos, en sus

cartas y su conversación, Lovecraft lo lamentaba en literatura. Creía que estropeaba cualquier efecto de misterio que pudiera contener el relato, y el efecto sobrenatural era lo que él más valoraba.

Los relatos que Lovecraft admiraba más eran los que le producían *frisson* por su efecto de sobrenaturalidad. Dicho efecto, sostenía, se conseguía mejor mediante «una fuerte impresión de suspensión de las leyes naturales y de la presencia de mundos invisibles o fuerzas muy cercanas». Ya no disfrutaba con la ciencia-ficción de H.G. Wells, porque su «fantasía es demasiado calculada y científica y la corriente oculta de sátira social merma su poder de convicción».

Entre las obras de Poe, no apreciaba excesivamente «El pozo y el péndulo» porque sus horrores eran «demasiado evidentemente físicos[314]». Consideraba «La caída de la casa Usther» como la mayor obra de Poe.

No desconocía la moderna literatura realista; de hecho, calificó a Theodore Dreiser de «gran artista», pese a la tosquedad de su prosa. Pero las cosas sobre las que Dreiser escribía no interesaban a Lovecraft. No podía sumergirse en «el sentimentalismo de Dickens, el heroísmo altisonante de Dumas, o el empalago de Víctor Hugo». La verdadera fantasía, como la de Dunsany y Clark Ashton Smith, decía, «posee veracidad y dignidad y un lugar de preferencia en la estética de que carece… el romance mundano y sentimental[315]».

De Machen, su relato favorito era *La colina de los sueños* (1907). Esta novela corta habla de un joven campesino inglés, hijo de un pastor religioso. El héroe, que tiene inclinaciones poéticas, va a la ciudad, lucha y lucha, se convierte en drogadicto, enloquece, y se mata. El relato, popular en el siglo XIX y principios del XX, trata sobre el artista hipersensible odiado y perseguido por los filisteos de un mundo cruel y rudo… *La colina de los sueños* contiene elementos autobiográficos; aunque el propio Machen, si bien tuvo que luchar, vivió hasta una edad muy provecta.

La parte que a Lovecraft más le gustaba era la relativa a un sueño, en la que el protagonista de Machen se imagina en la Britannia romana. A Lovecraft le encantaba la atmósfera, aunque fuera muy petrificada en este caso, y *La colina de los sueños* está empapada de esa atmósfera. Pero no es para aquellos a quienes gusta que ocurra algo en su ficción. Para Lovecraft,

no obstante, la ficción de acción pertenecía al «submundo». literario[316].

Lovecraft reconocía a otro maestro de la fantasía: Walter de la Mare, cuya novela *El regreso* (1911) le fascinaba. Esta habla de un hombre a quien el espíritu de un hechicero francés, muerto desde hacía tiempo, trata de poseerle. Pero el espíritu tiene éxito sólo en parte: remodela las facciones del hombre de modo que se parece al brujo, pero no logra dominar su mente. Así que el hombre despierta para descubrir que tiene el rostro de otro, para comprensible consternación de su mujer.

Lovecraft sentía que su propia obra se deterioraba:

> Mi *technique*, creo, es mejor de lo que era en mi juventud; pero uno siempre tiene la sospecha de que junto a la mejora *mecánica* puede haber una debilitación paralela de la tensión y vitalidad de la obra, cuando se desliza de la intensa y maravillosa juventud a la madurez impasible y cínica[317]

En respuesta a una columna titulada «Por qué me gusta Providence» en el *Providence Sunday Journal*, Lovecraft escribió una larga carta al periódico, defendiendo la conservación de los edificios coloniales, la rehabilitación de las viejas construcciones, y la condena de los rascacielos:

> Estas observaciones están motivadas por la ola de sustitución de edificios que nuestra ciudad está sufriendo en estos momentos… Nadie, es cierto, lamentará ver el fin anticipado de adefesios Victorianos como el Butler Exchange, el Infantry Hall y el horrendo Superior Court House; pero cuando derriben un equilibrado edificio georgiano como la mansión Oíd Butler, próxima a la Arcade, parecerá llegado el momento de preguntarse si el cambio se debe a una necesidad cívica real o es mera expresión del crudo e inquieto aventurismo comercial…
>
> Tesoros como ese son demasiado preciosos para perderlos sin luchar por ellos, y merecen todos los esfuerzos y apoyos financieros que se puedan aportar contra los abusos del «chabacanismo» en

> expansión. Cualquier centro petrolero puede tener luces brillantes, rascacielos y bloques de apartamentos; pero sólo un lugar amado durante siglos, de gusto depurado y vida amable, puede conservar los muros coronados de urnas y cubiertos de hiedra, las perspectivas de hastiales puntiagudos, los inesperados recodos de callejones y patios empedrados, y la multitud de detalles antiguos que ofrece Providence a sus ciudadanos de verdad, que han nacido y se han criado en ella, y que aman su talante y su aspecto, en verano como en invierno, con lluvia o con sol[318]

Cuando Lovecraft escribió esto, la arquitectura y los muebles Victorianos estaban considerados de pésimo gusto; «monstruosidad victoriana» era una expresión típica. Desde entonces, los edificios Victorianos han ganado en la estima del público. Se están conservando los ejemplares más sobresalientes. Con el tiempo, quizá, las reliquias victorianas llegarán a ser consideradas tan preciosas como las coloniales en tiempos de Lovecraft. Pero Lovecraft jamás adoptó una actitud objetiva frente a estas corrientes de gusto. Como el siglo XVIII era *su* siglo, sus obras eran superiores por definición.

En mayo, Henneberger propuso a Lovecraft tratar de venderle una colección de relatos. Esta fue la primera de una serie de proposiciones; pero ninguna fructificó.

En la década de 1920 no existían los pequeños editores semiprofesionales, especialistas en libros de ciencia-ficción, ni tampoco las ediciones de bolsillo. Las novelas sin valor publicadas en *paperback* se hicieron populares, entre los lectores juveniles de América, antes de la Primera Guerra Mundial; pero cayeron en desuso en

Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial, con sus restricciones de papel y limitaciones de embarque, hizo revivir las ediciones de bolsillo.

En tiempos de Lovecraft, el único mercado del libro que ofrecían los editores era el de encuademación en tela. Entonces y ahora, tales editores sólo suelen tener en cuenta las colecciones de relatos cortos de autores

reconocidos. Publicar una colección así de un escritor desconocido significaba una probable pérdida de dinero. Un escritor oscuro que hace una buena novela puede venderla casualmente, pero es raro que venda una colección de relatos cortos.

Durante el verano de 1926, Lovecraft se embarcó en una de sus más grandes producciones literarias. En el período que va de septiembre de 1926 a julio de 1927, dio a luz seis relatos, incluidos algunos de sus trabajos más importantes.

En septiembre y octubre escribió «La llamada de Cthulhu», que había bosquejado antes de marcharse de Nueva York. Novela corta de 12.000 palabras, su trama representa un progreso en la ficción de Lovecraft.

En sus primeros relatos, Lovecraft había utilizado elementos que posteriormente formaron parte de los llamados Mitos de Cthulhu. El término denota el fondo ficcional de una docena de relatos, construidos en torno a un esquema simple y un conjunto de supuestos.

Los relatos de los Mitos de Cthulhu no forman un todo coherente, porque Lovecraft jamás manejó con detalle dichos supuestos. Cada historia es una unidad independiente que comparte con otras determinados elementos, aunque no de manera totalmente coherente.

En «Nyarlathotep» (escrito en 1920), Lovecraft introdujo al propio Nyarlathotep. En la «Ciudad sin nombre» (1921) hace aparecer a Abdul Alhazred y su dístico misterioso. En «El sabueso» (1922) menciona el *chef d'oeuvre* Abdul, el maldito *Necronomicon*. En «La festividad» (1922) saca a escena el *Necronomicon* y deja que su narrador cite algo de su prosa nietzscheana. «La festividad» introduce también Kingsport y Arkham, ciudades imaginarias de Nueva Inglaterra, réplicas de Marblehead y Salem respectivamente, y la Universidad de Miskatonic.

Los relatos de Lovecraft utilizan ideas de los Mitos de Cthulhu en diverso grado. Unas veces son centrales en la historia, otras se mencionan de pasada. Hay, por tanto, desacuerdo sobre cuáles son los relatos que pueden clasificarse como pertenecientes a los Mitos (el nombre de «Mitos de Cthulhu» jamás fue utilizado por Lovecraft; se inventó después de su

muerte. A veces, aludía en broma a estos relatos como su «cthulhuismo o yog-sothotheria»).

«La llamada de Cthulhu» es un relato importante dentro del grupo. Fue el primero en que utilizó plenamente la idea que Lovecraft, según Derleth, describió una vez así:

> Todos mis relatos, por inconexos que puedan parecer, se basan en la leyenda o tradición de que este mundo estuvo habitado en tiempos por otra raza que, al practicar la magia negra, perdió pie y fue expulsada, pero que sigue viviendo en el exterior dispuesta siempre a tomar nuevamente posesión de esta tierra[319]

Los relatos suponen que una raza dotada de poderes sobrenaturales —o al menos sobrehumanos—, los Dioses Primordiales o Antiguos, gobernaron la tierra en otro tiempo. En algunos relatos, son seres trascendentes de poderes cuasi-divinos; en otros, son visitantes o invasores de otro planeta. En algunos casos, han sido paralizados por fuerzas cósmicas impersonales; en otros, han sido derrotados, contenidos o expulsados en sus luchas con otros seres extraterrestres. Los *Primordiales*, sin embargo, pugnan por recobrar su dominio terrestre. Los irreflexivos mortales se entrometen con los Primordiales, quienes en respuesta comienzan a manifestarse de manera terrible. Una veces los Primordiales son vulnerables a los encantos mágicos, otras a armas materiales, y otras no lo son a nada que el hombre mortal pueda esgrimir en contra de ellos.

Como la mayoría de los cuentos de Lovecraft, «La llamada de Cthulhu» está contado en primera persona. Empieza así:

> Lo más piadoso del mundo, creo, es la incapacidad de la mente humana para relacionar todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de negros mares de infinitud, y no estamos hechos para emprender largos viajes. Las ciencias, esforzándose cada una en su propia dirección, nos han causado hasta ahora poco daño; pero algún día el ensamblaje de todos los

> conocimientos disociados abrirá tan terribles perspectivas de la realidad y de nuestra espantosa situación en ella, que o bien enloqueceremos ante tal revelación, o bien huiremos de esa luz mortal y buscaremos la paz y la seguridad en una nueva edad de tinieblas.

Después de hablar bastante sobre los «extraños vestigios» de «olvidados milenios», el relato comienza:

> Empecé a enterarme del asunto en el invierno de 1926-27 con la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angelí, profesor jubilado de lenguas semíticas de la Universidad Brown, Providence, Rhode Island[320]

El tío abuelo de viejo nombre rhodeislandés muere súbitamente a los noventa y dos años al ser asaltado por un negro con pinta de marinero, en las calles de Providence. Como heredero y testamentario de Angelí, el narrador examina sus efectos. Entre ellos hay una tablilla de barro cocido, del tamaño de un libro pequeño, con una escritura desconocida y el bajorrelieve de una figura grotesca. Aunque toscamente humanoide, la figura tiene un cuerpo escamoso, largas garras, y una cabeza con rostro cubierto de tentáculos como de pulpo.

Dos años antes, un nervioso y joven artista llamado Wilcox había entregado este objeto al profesor, que él había ejecutado basándose en cosas que había visto en sueños. Había hablado a Angelí de unos sueños en que aparecían «grandes ciudades ciclópeas de bloques inmensos, y monolitos que se elevaban hacia el cielo rezumando un limo verdoso e irradiaban un aura siniestra de latente horror». En estos sueños, Wilcox oye una voz que habla en una lengua extraña, de la que puede distinguir sólo las palabras «*Cthulhu fhtagn*».

Lovecraft explicó este galimatías de letras diciendo que eran un intento de plasmar el sonido de órganos vocales no-humanos, el cual no podía transcribirse con precisión.

Dijo que «Cthulhu» podía transcribirse también «Khlül-hloo» (u de «culpa») o «tluhluh[321]».

En 1908, un inspector de policía de Nueva Orleans, Johd R. Legrasse, presenta en una conferencia antropológica una estatuilla de otra monstruosidad con cabeza de calamar, parecida a la imagen que utilizaba un degenerado culto esquimal. Legrasse había irrumpido en la sesión de un culto similar, en la que se realizó un sacrificio humano. Se llevó detenido a un orador llamado Castro, quien explica:

> Hace milenios, la Tierra estuvo gobernada por otros Seres que habitaban en inmensas ciudades de piedra. Sus vestigios… aún se encontraban en forma de sillares ciclópeos en las islas del Pacífico. Habían muerto miles y miles de años antes de la aparición del hombre, pero había artes que podían hacerlos revivir, cuando los astros volvieran a la correcta posición en el cielo de la eternidad. Habían venido, efectivamente, de las estrellas, y habían traído sus imágenes con Ellos.
>
> Estos Primordiales, prosiguió Castro, no eran de carne y hueso. Tenían forma —¿no lo probaba acaso esta imagen de silueta estrellada?—, pero esa forma no era material. Cuando los astros se hallaban en la posición adecuada, Ellos podían precipitarse de mundo en mundo a través del firmamento; pero cuando los astros estaban en posición adversa, no podían vivir. Pero aunque ya no viviesen, tampoco morían definitivamente. Reposaban en las moradas de R’lyeh, protegidos por los sortilegios del Poderoso Cthulhu, y aguardaban su gloriosa resurrección, el día en que los astros y la Tierra estuviesen una vez más preparados para Ellos.

Puesto que necesitaban ayuda externa para revivir, hablaron telepáticamente a los seres humanos susceptibles y organizaron un culto que pusiera en práctica los rituales apropiados cuando llegase el momento.

La pieza final del rompecabezas es la noticia periodística del hallazgo de un barco con un marinero vivo a bordo. Este marinero, Johansen, es el único superviviente de un grupo que había desembarcado en una isla

desconocida surgida del mar.

El narrador viaja hasta Noruega para visitar a Johansen, pero se encuentra con que acaba de morir. Johansen había dejado un diario, que su viuda entrega al narrador. En la isla, el grupo había sido atacado por el propio Cthulhu, ser colosal y gelatinoso. Johansen había escapado. El narrador está seguro de que Angelí y Johansen han muerto porque «sabían demasiado», y teme encontrar el mismo destino.

«La llamada de Cthulhu» es un excelente relato en su género, en su mayor parte contado con una prosa directa y periodística. Además, Lovecraft reúne por primera vez sus ideas en un todo coherente.

La primera vez que Farnsworth Wright recibió «La llamada de Cthulhu» —como era su costumbre ante nuevas ideas de espanto—, lo rechazó. Al verano siguiente, sin embargo, pidió verlo otra vez. Lovecraft se lo envió junto con otros dos relatos y una de sus cartas derrotistas. Atacaba los relatos interplanetarios convencionales como los cuentos de Burroghs sobre John Cárter (que tanto le habían gustado en su juventud), con su héroe humano y fuerte, enamorado de una hermosa princesa extraterrestre:

> Si yo escribiese un cuento «interplanetario» se referiría a seres organizados de manera muy distinta de los mamíferos mundanos, y que obedecieran a motivos enteramente ajenos a cuanto conocemos en la Tierra: el grado exacto de extraftez dependería, naturalmente, del escenario del relato; ya se desarrollase en el sistema solar, o en los abismos *totalmente insondables* que se abren más allá… Sólo he alcanzado esto en *Cthulhu*, donde he tenido el cuidado de evitar el terrestralismo en los pocos casos de nomenclatura y lingüística del Exterior que presento. Claro que todo eso está muy bien, pero ¿lo aceptaría el público? Es todo lo que los lectores pueden esperar de mí en el futuro —salvo cuando deba recurrir a situaciones definidamente terrestres—, y soy el último en recabar la aceptación de un material de dudoso valor para el particular objeto de la revista.

A pesar de la falta de vista comercial de Lovecraft, Wright compró la historia por 165 dólares. Apareció en *Weird Tales* en febrero de 1928.

Según la lista que Lovecraft incluía en una carta posterior, el cuento que seguía a «La llamada de Cthulhu» era «Aire frío» (3.500 palabras). Este pequeño relato es de horror puro con un poco de ciencia-ficción, y evidente imitación de «La verdad en el caso del Sr. Valdemar» de Poe.

El narrador cuenta cómo viviendo en una pensión de Nueva York conoce a otro pensionista, el doctor Muñoz. Este médico español, de edad madura, vive en una habitación en la que mantiene un ambiente frío con ayuda de una máquina refrigeradora. Andando el tiempo, la máquina se estropea. Muñoz muere y se desintegra inmediatamente en lo que Poe, en su relato similar, llama «una masa líquida de repugnante y detestable putrescencia». En realidad, Muñoz llevaba muerto dieciocho años, pero se había conservado mediante avanzadas técnicas médicas y aire frío.

En una visita a Boston, Lovecraft había visto un barrio de casas muy viejas en el extremo norte. Oyó hablar de túneles que comunicaban sus sótanos, probablemente para uso de contrabandistas en los tiempos coloniales, y esta historia le proporcionó el germen de «El modelo de Pickman», de 5.000 palabras.

«El modelo de Pickman» es un relato tipo *Weird Tales*, más convencional que la mayoría de la obra de Lovecraft. El narrador habla a su amigo Elliot del excéntrico artista bostoniano, Richard Upton Pickman. Su experiencia con Pickman le ha dejado los nervios tan desquiciados que es incapaz de entrar en el metro de Boston. Ahora Pickman ha desaparecido.

El artista, dice el narrador, instala su estudio en un sótano, bajo una de las viejas casas de North End. Allí pinta cuadros horribles de gules en pleno banquete. Uno de los cuadros, especialmente horrendo, tiene pegada una fotografía en la que aparece el monstruoso tema del cuadro. Esta foto hace que el narrador (como tantos de los héroes lovecraftianos) exclame al tiempo que echa a correr: «… ¡Por Dios, Elliot, *era una fotografía tomada del natural*!»[322].

El relato se encuentra en la línea media de las obras de Lovecraft, o quizá un poco más abajo, ya que adelanta su impacto demasiado pronto. En su siguiente visita a Boston, Lovecraft se llevó un gran desencanto al

descubrir que las antiguas casas sobre las que había basado su historia habían sido demolidas para dar paso a un plan de urbanización.

Más tarde, en 1926, Lovecraft escribió otros dos relatos cortos: «La llave de plata» y «La extraña casa de la niebla». «La llave de plata» (5.000 palabras) es otra historia situada en el mundo onírico y dunsaniano de Lovecraft; o más bien, es la historia de Randolph Cárter cuando ya no puede ir en sueños a dicho mundo:

> Cuando Randolph Cárter cumplió treinta años, perdió la llave de la puerta de los sueños. Anteriormente había compaginado la insulsez de la vida cotidiana con excursiones nocturnas a extrañas y antiguas ciudades situadas más allá del espacio, y a hermosas e increíbles regiones de unas tierras a las que se llega cruzando mares etéreos. Pero al alcanzar la edad madura, sintió que iba perdiendo poco a poco esta capacidad de evasión, hasta que finalmente le desapareció por completo. Ya no pudieron hacerse a la mar sus galeras para remontar el río Oukranos, hasta más allá de las doradas agujas de campanario de Thran, ni vagar sus caravanas de elefantes a través de las fragantes selvas de Kled donde duermen, bajo la luna, hermosos e inalterables palacios de veteadas columnas de marfil.

Era típico de Lovecraft situar el inicio de la madurez en los treinta años. Los amigos de Cárter tratan de convencerle de la importancia del mundo real:

> Así que Cárter había intentado hacer lo que los demás, esforzándose en convencerse de que los sucesos y las emociones de la vida ordinaria eran más importantes que las fantasías de los espíritus exquisitos y delicados[323]

Meditando sobre «cuán triviales, veleidosas y carentes de sentido son

todas las aspiraciones humanas», Cárter recurre a la religión, a la ciencia, al ocultismo, a los viajes y a la literatura, sin resultado. Sólo encuentra «dolor, fealdad y desequilibrio… pobreza y esterilidad». Lovecraft sigue contando durante páginas cómo Cárter sufre a causa de la falsedad y el artificio de las cosas reales.

Por último, Cárter recuerda una vieja reliquia familiar en forma de una gran llave de plata. Regresa a una guarida de su niñez, cerca de Arkham y, por medio de la llave, se convierte en niño otra vez y desaparece del mundo real. El narrador cree que Cárter ha utilizado la llave para regresar a su mundo onírico:

> Se lo preguntaré cuando le vea, porque espero encontrarle en cierta ciudad soñada que ambos solíamos frecuentar. Se dice que en Ulthar, al otro lado del río Skai, un nuevo rey ocupa el trono de ópalo de llek-Vad, la ciudad fabulosa de infinitos torreones que se asienta en lo alto de los acantilados de cristal que dominan ese mar crepuscular donde los Gnorri, seres barbudos con aletas natatorias, construyen sus singulares laberintos …

Como en la mayoría de las historias posteriores de Lovecraft, su trama se ha hecho más hábil. Pero Randolph Cárter es el *alter ego* de Lovecraft, y el autor se ha entregado a una orgía de narcisismo autocompasivo. Imagina que el hecho de poseer un «espíritu exquisito y delicado» le da derecho a una vida en perpetuo arrobamiento estético, lejos de las necesidades de los vulgares patanes.

Lovecraft tachó una vez su relato «La nave blanca» de «absolutamente soso y empalagoso». A mí me parece que esa crítica le va más a «La llave de plata», que no gustó a muchos de los lectores de *Weird Tales*.

«La extraña casa de la niebla» (3.800 palabras), fábula pequeña y encantadora, se sitúa en Kingsport, escenario de «El Viejo terrible». A Lovecraft se le ocurrió la idea de los acantilados del relato en una visita con Sonia a Magnolia. En uno de estos despeñaderos que dominan el mar hay

una casa inaccesible, a menos que uno pueda volar. La única puerta está precisamente de cara al mar, y esa fachada de la casa está a ras con la pared del acantilado.

Un filósofo, Thomas Olney, pasa un verano en Kingsport «con una esposa robusta y unos hijos inquietos». Curioso respecto a la extraña casa, Olney se abre paso lentamente en el bosque que hay detrás y llama a sus ventanas. Un viejo de barba negra vestido a la antigua usanza le ayuda a trepar por el antepecho de la ventana y le acoge con hospitalidad. El hombre cuenta a Olney historias de la Atlántida. de los otros Dioses y demás maravillas.

Suena una extraña llamada en la puerta que da al mar. Entra Neptuno, con un séquito de tritones y nereidas y «la figura espantosa y gris del original Nodens, Señor del Gran Abismo[324]». Este es un Dios Anterior al que se alude en otros lugares de los Mitos de Cthulhu. Nodens ayuda a Olney a subir a una concha gigantesca en la que cabalga, y se lo lleva a dar una vuelta. Olney regresa a casa al día siguiente, pero ha dejado una parte de su alma en la extraña casa de lo alto, de manera que ya no vuelve a ser el mismo nunca más. Esta fábula encantadora conjuga las series dunsaniana y cthulhiana.

Envió los dos cuentos a Wright junto con «La llamada de Cthulhu» que le remitía por segunda vez, pero los rechazó. Como antes, más tarde se lo pensó mejor y los compró. Por «La extraña casa de la niebla» le pagó 55 dólares.

En noviembre de 1926 Lovecraft comenzó una fantasía onírica en su estilo dunsaniano. Escribió a Derleth:

> He destruido muchos cuentos por considerarlos por debajo de mi nivel más tolerable, y estoy seguro de que ése es el destino que aguarda a la larga fantasía que estoy preparando en este momento.

A medida que avanzaba en la historia, se sentía más pesimista con respecto a ella:

> Está por ver el éxito que puede tener esta extravagancia cuando alcance la extensión de una novela. Voy por la página 72 de mi fantasía onírica, y temo mucho que las aventuras de Randolph Cárter consigan aburrir al lector; o que la misma abundancia de espectral imaginería destruya el poder de cualquier imagen para producir la deseada impresión de extrañeza… Seguramente alcanzará las 100 páginas —un librito— en total, y es poco probable que vea la luz en letra impresa[325].

Su pluma corrió veloz, y terminó la historia hacia finales de enero de 1927. Con sus 38.000 palabras, «En busca de la Ciudad del sol poniente» era lo más largo que había escrito.

Lovecraft creía que «no es demasiado buena; pero constituye un útil ejercicio para nuevos y más auténticos intentos en el género de la novela». Frank Long quiso ir a Providence para verla, porque «el mecanografiar manuscritos de esas proporciones está absolutamente fuera de la capacidad de un viejo caballero que pierde todo interés por un relato en el momento en que lo termina[326]».

Lovecraft no llegó a pasar a máquina esta novela. Por fortuna, su actitud amateurista hacia sus propios escritos no nos ha privado de esta notable aunque imperfecta narración. Después de morir Lovecraft, Barlow envió el manuscrito a Derleth, quien lo publicó.

La historia, tal como la poseemos, es un borrador que no llegó a ser revisado. No sabemos si Wright la hubiera comprado o no para *Weird Tales*. Si Lovecraft hubiera vivido cuando apareció la revista *Unknown* en 1939, quizá «En busca de la ciudad del sol poniente» habría encontrado en ella, puliéndolo, su cauce natural.

La historia narra las aventuras de Randolph Cárter, el bostoniano erudito y soltero de Lovecraft, en el país de los sueños de sus primeras historias dunsanianas. Este país de los sueños existe en otra dimensión, más o menos coextensiva con el mundo vigil. El relato comienza:

> Por tres veces soñó Randolph Cárter la maravillosa ciudad y por tres veces fue súbitamente arrebatado cuando se hallaba en una

elevada terraza que la dominaba. Brillaba toda con los dorados fulgores del sol poniente: las murallas, los templos, las columnatas y los puentes de veteado mármol, las fuentes de tazas plateadas y prismáticos surtidores que adornaban las grandes plazas y los perfumados jardines, las amplias avenidas bordeadas de árboles delicados, de jarrones atestados de flores, y de estatuas de marfil dispuestas en filas resplandecientes; mientras que por las empinadas laderas del norte ascendían filas y filas de rojos tejados y viejos hastiales puntiagudos, entre los que quedaban protegidos los pequeños callejones empedrados, invadidos de yerba…

Cuando despertó por tercera vez sin haber descendido por aquellos peldaños, sin haber recorrido aquellas apacibles calles en el atardecer, suplicó larga y fervientemente a los ocultos dioses del sueño que meditan ceñudos sobre las nubes que envuelven a la desconocida Kadath, ciudad situada en la inmensidad fría jamás hollada por el hombre. Pero los dioses no contestaron, ni se conmovieron, ni manifestaron ningún signo favorable cuando les ofreció sacrificios por medio de los sacerdotes Nasht y Kamar-Thah, de larga barba, cuyo templo subterráneo con su columna de llama se encuentra no lejos de las puertas del mundo vigil…

Finalmente, cansado de tanto suspirar por las avenidas esplendorosas y los callejones de la colina, ocultos entre antiguos tejados… Cárter decidió llegar hasta donde ningún otro ser humano había osado antes, y cruzar los tenebrosos desiertos helados donde la desconocida Kadath, cubierta de nubes y coronada de estrellas ignotas, guarda el nocturno y secreto castillo de ónice donde habitan los Grandes Dioses.

En uno de sus sueños ligeros descendió los setenta peldaños que conducen a la caverna de fuego y habló de su propósito a los barbados sacerdotes Nasht y Kamar-Thah. Y los sacerdotes movieron negativamente sus cabezas, cubiertas con sus tiaras, y aseguraron que sería la muerte de su alma… En tales viajes había incalculables e imprevisibles peligros, así como una terrible amenaza final: el ser que aúlla abominablemente más allá de los

límites del cosmos ordenado, allí donde ningún sueño puede llegar. Esta última entidad maligna y amorfa del caos inferior, que blasfema y babea en el centro de toda infinitud, no es sino el ilimitado Azathoth, sultán de los demonios, cuyo nombre jamás se atrevieron labios humanos a pronunciar en voz alta, el que roe hambriento en inconcebibles cámaras oscuras, más allá de los tiempos, entre los fúnebres redobles de unos tambores de locura y el agudo, monótono gemido de unas flautas execrables, a cuyas percusiones y silbos danzan lentos y pesados los gigantescos Dioses Finales, ciegos, mudos, tenebrosos, estúpidos; y los Dioses Otros, cuyo espíritu y emisario es el caos reptante Nyarlathotep[327]

Inconmovible ante las advertencias de los sacerdotes, Cárter «descendió los setecientos peldaños hasta la Puerta del Sueño más Profundo y se adentró en el Bosque Encantado». Aquí celebra una conferencia con sus viejos amigos los pequeños zoogs de espeso pelaje. Sigue hasta Ulthar y consulta al viejo sacerdote Atal, quien acompañó a Barzai el Sabio en su fatal ascenso al Hatheg-Kla. Cuando comprueba que ni Atal ni los manuscritos pnakóticos ni los Siete Libros Crípticos de Hsan le dicen cómo llegar a Kadath, emborracha a Atal, y este le encamina al Monte Ngranek, en la isla meridional de Oriat. (Si el mapa aquí incluido no es completamente coherente con los relatos, tampoco lo son éstos entre sí).

Cárter tiene muchas aventuras más, con alimañas descarnadas, monstruos lunares, dholes, gules, gugos y lívidos (los nombres como «zoogs» y «gugos», confieren al relato un sabor juvenil; quizá Lovecraft los habría cambiado, al revisar el relato). Escala el Monte Ngranek y penetra en la inaccesible meseta de Leng… que, al parecer, no forma parte del mundo vigil como en «El Sabueso», sino que es una versión onírica del Tibet. Por último, Cárter llega ante el propio Nyarlathotep, en el castillo que corona Kadath. Nyarlathotep le dice:

«Pues sabe que tu dorada y marmórea ciudad de ensueño no es sino la suma de todo lo que has visto y amado en tu infancia. Está hecha con el esplendor de los puntiagudos tejados de Boston y con

> las ventanas de poniente encendidas por los últimos rayos del sol; con la fragancia de las flores de Common, la inmensa cúpula erguida en lo alto de la cuesta, y el laberinto de buhardillas y chimeneas que se alzan en el valle violáceo donde el Charles discurre perezoso por debajo de los innumerables puentes. Son las cosas que viste, Randolph Cárter, cuando tu nodriza te sacó por primera vez, en primavera, y que serán lo último que veas con los ojos del recuerdo y el amor».

Nyarlathotep ordena a Cárter que siga su viaje a su mágica ciudad a lomos de un shantak, monstruo volador. Nyarlathotep trata de engañar doblemente al viajero, pero Cárter vuelve las cosas a su favor y despierta en su propia casa de Boston.

Mapa del mundo onírico de H.P. Lovecraft (de Jack Gaughan)

Hay diversas opiniones respecto a esta historia. Algunos, como el Profesor St. Armand, consideran que es la mejor obra de Lovecraft; otros, como James Blish, afirman que es la peor. El propio Lovecraft decía que era de «un dunsanianismo pálido, de segunda mano[328]». La historia carece de trama y de caracterización de personajes, y manifiesta su estado bruto.

Sin embargo, confieso que este relato onírico, terrible y surrealista me fascina por la fuerza inventiva del autor. Lovecraft es pródigo en conceptos originales, coloristas y divertidos. Este cuento pertenece a un género de relatos oníricos que incluye también el *Phantastes* y el *Lilith*, de George MacDonald, y los libros de *Alicia* de Lewis Carroll.

El paralelo entre la búsqueda de Randolph Cárter de la ciudad mágica y su despertar en Boston, y el exilio de Lovecraft de Providence y su regreso a ella, es conmovedor. Lovecraft, también, había estado «enfermo de añoranza» por su ciudad natal, aunque puede que algunos encuentren incomprensible tal sentimiento.

Después de «En busca de la ciudad del sol poniente», Lovecraft escribió «El color que cayó del cielo», novela corta de 12.000 palabras, y una de las mejores del grupo de Cthulhu. El relato empieza:

> Al oeste de Arkham los montes se elevan agrestes, y allí se abren los valles de espesos bosques donde jamás ha entrado el hacha. Corren las cañadas donde los árboles se escalonan fantásticamente, y los pequeños arroyos discurren sin haber recibido nunca un destello de sol… Las gentes antiguas se han marchado, y a los extranjeros no les gusta establecerse aquí. Los franco-canadienses lo han intentado, y los italianos; y han ido los polacos, y se han marchado también. No porque hayan visto o encontrado nada, sino por algo que imaginan. No es buen lugar para la imaginación, y no trae sueños sosegados cuando llega la noche … [329]

El narrador explica que esta zona contiene un «erial maldito», un área circular estéril que se va ensanchando. Con ayuda de uno de los pocos habitantes antiguos, averigua la historia. En 1882, cayó un meteorito en el centro de esa zona. Se trataba de un meteorito de lo más extraño, formado por una sustancia coriácea que llenó de confusión a los laboratorios de la Universidad Miskatonic, y que se contrajo y desapareció.

A partir de entonces, misteriosas enfermedades empiezan a azotar toda forma de vida de las proximidades. Las plantas y los animales se vuelven deformes y mueren. Los miembros de la granja más próxima enloquecen uno tras otro, y mueren. El visitante extraterrestre que llegó con el meteorito, según se trasluce, es un ser gaseoso de color extramundano …

La historia está contada en un estilo directo, llano, sin sanguinolencias. Pero el lector puede imaginarse fácilmente en una de esas zonas montañosas de la Nueva Inglaterra sudoriental, donde todo, salvo unas cuantas granjas, ha sido arrasado, y la vegetación ha vuelto a posesionarse por segunda vez.

En 1904 llegó a la ciudad de Nueva York un joven inventor llamado Hugo Gernsback. Nacido en Luxemburgo y educado en Alemania, formó la Electro Importing Company, y cuatro años más tarde sacó una revista titulada *Modern Electrics*. Era la primera de una serie de revistas que fundó Gernsback, como la *Electrical Experimenter* y la *Science and Invention*. En algunas de estas revistas, Gernsback publicó relatos de ciencia-ficción, escritos por él mismo o por escritores de esa época. Gernsback creía que la ciencia-ficción debía interesar a la juventud y formarla en la ciencia. Para él, los relatos de ciencia-ficción deben pronosticar artilugios que el día de mañana pueden tener una aplicación real. Gernsback inventó la palabra «televisión» mucho antes de que el aparato de ese nombre se convirtiese en una realidad.

En 1926 Gernsback inició la primera revista exclusivamente dedicada a la ciencia-ficción: *Amazing Stories*. Dos años más tarde, Gernsback fracasó, perdió el control de *Amazing*, pero no tardó en volver con otra revista, *Wonder Stories*. Unos años más tarde, perdió el control de esta otra también.

Durante esos años, como muchos editores que operaban con un capital

muy ajustado, Gernsback se mostraba liberal con sus promesas a los colaboradores, pero se olvidaba a menudo de pagar lo que les había prometido. Fletcher Pratt, que trabajó para Gernsback en *Wonder*, solía traducir novelas de ciencia-ficción europeas para publicarlas en forma de seriales. Cuando ya llevaba publicadas varias entregas de una novela, Pratt obligó a Gernsback a pagarle lo que le debía amenazándole con no terminar la traducción.

Dudando que a Farnsworth Wright le gustase «El color que cayó del cielo», Lovecraft envió dicho relato a *Amazing Stories*. En junio de 1927, se enteró de que se lo habían aceptado. El relato apareció en el número de septiembre.

El cobro, sin embargo, resultó un problema. Después de escribir numerosas cartas insistiendo, la revista le envió un cheque por valor de 25 dólares el mes de mayo siguiente. Esto representaba un quinto de centavo por palabra: un precio ridículo.

En adelante, Lovecraft llamó a Gernsback «la rata Hugo». Generalmente, se negaba a enviar historias a otras revistas que no fuera *Weird Tales*, aunque algunas pagaban mejor, porque, decía, las consideraba demasiado «comerciales». Probablemente había quedado escarmentado con la experiencia sufrida con Gernsback.

Durante 1927, Lovecraft habló de otras historias que tenía intención de escribir. Una era una novela elaborada «en un ambiente más naturalista, en la que algunos hilos espantosos de brujería retrotraen a siglos atrás, hacia un pasado sombrío y obsesionante de la antigua Salem». En abril escribió:

> Ahora precisamente estoy realizando un detenido estudio de *Londres* por medio de planos, libros y grabados, con el fin de obtener un fondo para cuentos que requieren antigüedades más ricas que las que puede proporcionar América… un seguimiento minucioso del crecimiento histórico de la ciudad desde el poblado de celtas melenudos sobre estacas. Lo que escriba empezará probablemente en los tiempos romanos …[330]

La noche del 31 de octubre, Lovecraft tuvo un sueño sobre la antigua Roma. Había estado leyendo una traducción de la *Eneida* y ésta, combinada con la víspera de Todos los Santos, produjo el siguiente sueño:

> Era un crepúsculo inflamado en el provinciano pueblecito de Pompelo, al pie de los Pirineos, en la Hispania Citerior. El año podía ser de la última república, pues la provincia aún estaba gobernada por un procónsul senatorial, en vez de un legado pretoriano de Augusto, y era el día primero antes de las calendas de noviembre. Los montes se alzaban oro y escarlata al norte de la pequeña llanura, y el sol poniente brillaba rojo y místico sobre los toscos y nuevos edificios de piedra y yeso del polvoriento foro y las paredes de madera del circo, un poco hacia el este. Grupos de ciudadanos «colonos romanos de cejas anchas y nativos romanizados de pelo crespo, junto con otros claramente híbridos de las dos sangres vestidos por igual con toscas togas de lana, grupos de legionarios con sus cascos, e indígenas con la barba negra y el tosco manto de los vecinos vascones… se apretujaban en las pocas calles pavimentadas y en el foro, movidos por una vaga e indefinida inquietud». Yo mismo acababa de descender de una litera que los porteadores ilirios parecían haber traído apresuradamente desde Calagurris, cruzando el Iberus en dirección Sur. Al parecer, yo era un cuestor provincial llamado L. Caelius Rufus, y había sido llamado por el procónsul P. Scribonius Libo, que había llegado de Tarraco unos días antes. Los soldados formaban la quinta cohorte de la XII legión bajo el mando del tribuno militar Sexto Asellius…

La conferencia gira en torno al Pueblo Viejísimo de los montes, gentes «pequeñas y amarillas y bizcas[331]» que anualmente secuestran a alguno de la localidad para utilizarle en sus siniestras ceremonias. Ese año no ha desaparecido ningún aldeano, lo que da pie a la creencia de que el Pueblo Viejísimo trama algo especialmente infernal.

Tras muchos debates, Scribonius Libo envía una cohorte, con el narrador, a impedir el inminente *aquelarre*. Hay un siniestro batir de

tambores en las montañas. Se apagan las luces, el aire se enfría, surgen unas formas inquietas y colosales, los legionarios enloquecen de terror…

Durante más de un año, Lovecraft acarició la idea de escribir una historia a partir de este sueño. Por último, en febrero de 1929, dijo a Frank Long que le dejaba que la utilizase él, ya que había perdido todo interés por ella. Así que Long escribió una novela corta, «El horror de las colinas». Situó el sueño de Lovecraft en un escenario moderno e hizo intervenir a una entidad cuatridimensional, Chaugnar Faugn, como uno de los Primordiales, responsable de la destrucción de la cohorte romana y de horrendas acciones en el mundo moderno. Long escribió un trabajo competente, pero uno no puede por menos de lamentar que Lovecraft no llevara a cabo su plan original.

En 1927 Lovecraft se sintió animado al enterarse de que «El horror de Red Hook» sería reimpreso en una antología: *¡No de noche!* Preparó un libro de verso mediocre, *Fuego Blanco*, del colega *amateur* John Ravenor Bullen, y escribió el prefacio. La obra era una «pesadilla», pero la pagaba un admirador de Bullen.

Por fin Cook sacó *The Recluse*, con el tratado de Lovecraft sobre «El horror sobrenatural en la literatura». Lovecraft pensaba ampliar la obra y darle las dimensiones de un libro, pero no llegó a hacerlo.

Farnsworth Wright habló de publicar una colección de historias de Lovecraft. En 1927, sin embargo, Wright publicó un libro que contenía una novela corta de oculta amenaza oriental. *El terror en la Luna*, de A. G. Bird, engrosado superfinamente con relatos cortos de Wright y otros. Tuvo una acogida desastrosa, y años más tarde aún seguía anunciando *El terror en la Luna*. El mal resultado de *El terror en la Luna* mató el plan para una colección de Lovecraft.

Los trabajos de corrección mantenían ocupado a Lovecraft. Consiguió dos nuevos clientes, uno de los cuales era un antiguo dentista, periodista, y cónsul de los Estados Unidos llamado Adolphe de Castro. De Castro (nacido en Danzig) había sido colaborador de Ambrose Bierce y había estado explotando esta circunstancia desde la desaparición de Bierce en

Méjico, en 1913 (existe, sin embargo, la historia de que, en su última entrevista, Bierce aceleró la marcha de de Castro rompiéndole su bastón en la cabeza). Se decía que de Castro era un tipo cordial, con cierto encanto y erudición, pero un tanto embaucador. Es probable que no sea coincidencia el hecho de que el locuaz cautivo de «La llamada de Cthulhu» se llame Castro.

El otro cliente era la señora Zealia. B. Reed, una atractiva viuda en los primeros años de la treintena; ella y su hijo, que estaba en el Medio Oeste, se mantenían con el periodismo y los relatos. Tanto de Castro como la señora Reed, dieron a Lovecraft abundante trabajo, aunque ambos resultaron difíciles a la hora de pagar.

Cuando las críticas de Lovecraft a la señora Reed sobre su modesto talento literario la desanimaban, él le escribía largas y abundantes cartas de aliento. Le hablaba de sus fases fantásticas, científicas y poéticas: «… Ahora, a los treinta y siete años, me siento gradualmente orientado por la pura historia y la arquitectura, ¡y lejos de la literatura en su totalidad!».

Los seudónimos, decía, eran cuestión de gusto. Uno podía sentir celos de su propio seudónimo, al que tenía que aferrarse una vez establecido:

> Mi única objeción general a los seudónimos es que tienden a implicar una especie de autosatisfacción o de afectación por parte de quien lo utiliza, cosa que es extraña al proceso de creación artística impersonal y desinteresada. Implica que quien los utiliza se mira desde fuera y se considera como autor, en vez de sentirse tan inmerso en su visión estética que no llega a verse en absoluto como persona[332]

Viniendo de un hombre que en su juventud había utilizado una docena de seudónimos, el consejo resulta significativo.

Lovecraft repetía también a la señora Reed su concepción anticomercial del arte por el arte de la literatura. Nadie, decía, podía escribir nada «valioso» ni alcanzar «hondura» por motivos comerciales. El único motivo

válido para escribir

> … es una especie de visión elevada que confiere extraños colores al universo, y que reviste el espectáculo de la vida con un esplendor místico y una significación velada tan penetrantes y poderosos que ningún ojo puede contemplarlo sin un irresistible deseo de captar y conservar su esencia, retenerlos en las horas futuras y compartirlo con aquellos que pueden llegar a verlo con parecida perspectiva.

Uno podría tener esa sensación con la visión de «tejados y agujas de campanarios, arboledas y jardines, prados y terrazas, césped y ondulaciones de lagos de lirios». En otras palabras, si uno reacciona emocionalmente como reaccionaba Lovecraft ante un precioso escenario, y pretende escribir como lo hacían Poe, Dunsany y Machen, muy bien; pero si no, mejor que lo olvide.

Para un genio que podía superar todos los obstáculos, o para el que gozase de independencia económica, éste podía haber sido un buen consejo. Para una mujer joven con un talento modesto, que trataba de ganarse la vida con su máquina de escribir, era un consejo terrible. Lovecraft andaba siempre diciéndole a Zealia «que escribiese una *literatura* opuesta a esa gacha tediosa y forraje burgués del *best-selling* de los novelistas populares[333]», cuando, de hecho, un talento como el de ella no era otra cosa que «forraje burgués».

Los amigos de Lovecraft recibían consejos similares. Les decía que él escribía «para mi propio cultivo exclusivamente, ya que mejora y cristaliza mis sueños al trasladarlos al papel». «Un autor debería ser en realidad económicamente independiente», decía, y añadía: «Tengo más respeto por el honrado fontanero o camionero que escriben por entretenerse en sus ratos de ocio, que por un mercenario de la pluma que mata su propia personalidad en una servil aquiescencia a las exigencias pueriles y artificiales de una manada de ignorantes». Derleth «debería olvidar por completo la moda y escribir lo que tiene dentro». El entusiasmo por el sexo en literatura durante la década de 1920 era «una fase transitoria de

decadencia cultural[334]» (¡Lovecraft tenía que haber vivido en los años setenta!).

Las observaciones de Lovecraft sobre literatura reflejan su modo de pensar en otras cuestiones humanas. Poseía una inteligencia enormemente elevada; pero, debido a su personalidad libresca y recluida, y a su peculiar educación, su madurez en cuanto a emoción y juicio estaba muy atrasada.

La mentalidad infantil, inmadura e ingenua tiende a dividir los fenómenos en un número escaso de clases, a establecer distinciones a machamartillo entre estas clases, y a emitir juicios precipitados y extremosos sobre los miembros de cada clase. Cuando uno madura, llega a ver que estas clases son artificios humanos útiles, pero que no se deben tomar demasiado en serio, y que —especialmente entre los seres humanos — los grupos de cualquier clase muestran infinita diversidad y se deben juzgar según sus méritos individuales.

Igual que clasificaba a los hombres en grupos simples por naciones, razas y culturas, y exageraba las diferencias entre ellos, del mismo modo dividía la literatura en un pequeño grupo de «literatura real» que «posee alguna hondura», y otro, mucho más grande, de «basura popular» y «literatura mercenaria». Suponía que sólo unos pocos entendidos como él podían apreciar la de primera clase, mientras que la segunda atraía sólo a la «manada de ignorantes». Teorizaba que la «literatura real» la producían sólo unos cuantos genios que, como Dunsany, no tenían que vender sus libros para vivir.

Esta es una forma inmadura de concebir la literatura. El escribir abarca múltiples formas, dirigidas a diferentes clases de lectores. No hay razón para separar una pequeña fracción de la totalidad calificándola de «literatura real y valiosa» y rechazar el resto como «basura popular».

Además, ningún criterio establece el valor de una composición. «Gran literatura» no es necesariamente aquella con la que tú o yo o Lovecraft gozamos, sino aquella con la que ha disfrutado tanta gente durante siglos que la obra sigue siendo popular mucho después de haber sido escrita. Y ni siquiera entonces podemos estar seguros. Shakespeare sufrió un eclipse a finales del siglo XVII, y una encuesta de esa época le habría eliminado como escritor importante.

Si sus ideas sobre la gran literatura dejaban a Lovecraft expuesto a la crítica, también decía cosas sensatas al respecto. El arte decía a la señora Reed, «es en el fondo *un tratamiento* de la vida, más que la vida misma», y por tanto, «no podemos justamente tomar la realidad fáctica como criterio absoluto de la validez literaria… Lo que la ficción exige es un fragmento de realidad lo bastante típica y universal como para suscitar miríadas de asociaciones en el lector y sugerir la aleteante proximidad de cosas aún exteriores y por encima de la realidad…». Las personas reales son demasiado imposiblemente complejas y contradictorias para que puedan reflejarse plenamente en literatura: «… Es misión del escritor desentrañar estas complejidades, adivinar el elemento de drama (casi siempre basado en el *conflicto*) que hay en ellas, y exponer ese fragmento de simetría cósmica en un lenguaje perfecto[335]».

La trama de «todo por amor», añadía, es una estupidez, porque en la vida real hay otros factores más importantes. El matrimonio y los hijos, subrayaba, no resuelven problemas; los crean, y un buen relato tiene en cuenta la lucha con esos problemas. Lovecraft estaba en condiciones de saberlo.

# 14. ESPOSA RECUSANTE

*There is in certain ancient things a trace*
*Of some dim essence —more than form or weight;*
*A tenuous aether, indeterminate,*
*Y et linked with all the laws of time and space.*
*A faint, veiled sign of continuities*
*That outward eyes can never quite descry;*
*Of locked dimensions harbouring years gone by,*
*And out of reach except for hidden keys*[336].

LOVECRAFT

EN su periodo postneoyorquino, Lovecraft fue todo menos un ermitaño o un recluso. Los amigos que había hecho en Nueva York se ocuparon de eso. Durante todo el verano y otoño de 1927, no pararon de ir a visitarle. El 7 de junio llevó a James Ferdinand Morton a

> … Violet Hill, a la cantera de Mauton Ave., en el terreno de la Providence Crushed Stone & Sand Co. Bueno, dicha compañía es en realidad un italiano llamado Mariano de Magistris, de cuyas tierras he sacado una renta lastimosamente ridícula durante los pasados veinte años. Cada mes de febrero y de agosto, el tipo me envía un pequeño cheque, pero no termina nunca de pagar; de modo que he

> llegado a considerarle como una especie de institución, y a sentir un interés de propietario por su negocio de piedras… Tendría una buena posibilidad de perder mi modesta asignación, si tuviera que vender[337].

A mediados de julio llegó Donald Wandrei y Lovecraft le llevó a New Port, Salem y otros lugares pintorescos. Le enseñó uno de sus rincones favoritos para sentarse y escribir: el Quinsnicket Park, al norte de Providence.

Quinsnicket Park incluía una colina con una falla sobre un pequeño lago. A Lovecraft le gustaba sentarse en el saliente que domina el lago de la hondonada. Más tarde, el Quinsnicket Park se incorporó al Lincoln Woods State Park, mucho más grande.

Estando Wandrei en Providence, aparecieron Morton y los Long. El doctor Morton los llevó a todos a una excursión a Newport en su Essex nuevo, pero se aburrió soberanamente durante las discusiones literarias. Por último, Lovecraft le encontró una tienda de electrodomésticos donde pudo seguir por la radio la pelea Dempsey-Sharkey.

Al día siguiente, una vez que se marcharon los Long, Lovecraft, Morton y Wandrei fueron a la cantera de De Magistris en busca de muestras minerales:

> … fuimos recibidos con ceremoniosa hospitalidad por el propietario *italiano*. El bueno y viejo romano mandó a todos sus hombres en busca de muestras minerales, y su deportivo y americanizado hijo nos llevó a todos a su casa en su automóvil flamante y ruidoso, sin hablar del viaje de ida y vuelta que tuvo que hacer de propina, porque a Mortonius se le había olvidado el martillo de geólogo. ¡A eso es lo que yo llamo verdadera cortesía latina[338]!

¿Cómo es eso? ¡Lovecraft (a pesar de llamarle *italiano* en sentido despectivo) alaba a un italiano, cuando durante años había colocado a los

italianos, junto con los polacos, en el segundo lugar de su lista de odio a los extranjeros, detrás de los judíos! De Magistris, aunque no era más que un pequeño contratista italo-americano normal y corriente, se revelaba como un ser humano cortés y amable. Así que Lovecraft tuvo que hacer forzosamente algunos pequeños reajustes en sus actitudes.

Aún arremetía contra Nueva York por su «hibridismo hediondo y amorfo», y contra «el coloso mestizo y contrahecho que parlotea en una algarabía extranjera, y aulla de manera vulgar y desilusionada[339]». No obstante, aunque el marcado límite que él había trazado en torno a su grupo no se llegó a disolver nunca, empezó a ensancharlo poco a poco, admitiendo en él un etnos tras otro.

Estando Wandrei y Morton aún en Providence, aparecieron W. Paul Cook y H. Warner Munn, joven aspirante a escritor, el 12 de julio, en el coche de este último. Lovecraft llevó a sus visitantes a uno de sus más extraños entretenimientos: sentarse hasta las dos y media de la madrugada en las lápidas del cementerio de la Catedral Episcopal de San Juan.

A finales de julio, Lovecraft emprendió uno de los viajes que en adelante constituyeron su mayor diversión. Visitó a Cook en Athorl, Massachusetts.

> … Y me llevó a espléndidas excursiones a regiones históricas y pintorescas… En West Brattleboro visitamos al poeta Arthur Goodenough, que es un granjero raro y anticuado que vive oscuramente entre sus colinas ancestrales[340].

Lovecraft entró en casa de Goodenough con una actitud de reserva. Nueve años antes, Goodenough había publicado, en la *Tryout* de Charles W. Smith, un elogio poético titulado *Lovecraft: una apreciación*. La cuarta estrofa dice:

> *¿Quién negaría tus palmas? Yo sé*
> *Que de tus sienes brotan laureles;*
> *¡La página impresa que nos hace llorar, o reír*

*Es más patente que la fotografía!*

La grotesca metáfora de que a Lovecraft le brotaba hierba en las sienes hacía sospechar a éste que Goodenough le tomaba el pelo. Al conocerle, se convenció en seguida de que Goodenough le alababa de verdad. Al marcharse, dijo a Cook: «¡Vaya, el hombre es sincero!».

Cook replicó: «Howard, tú también eres sincero, aunque de manera distinta a Arthur[341]».

Viajando en autobús y durmiendo en los ymca, Lovecraft prosiguió hasta Portland, Maine, donde visitó las casas de Longfellow; las White Mountains, donde hizo un viaje en tren cremallera al Mount Washington; a Portsmouth y a Newburyport; a Haverhill, donde vio a Charles W. Smith; a Gloucester, Salem, Marblehead, y regresó a casa, a luchar con un montón de encargos de revisiones.

Las visitas no habían terminado. En octubre, llegó Wilfried Taiman de Nueva York. Taiman llevó a Lovecraft a la biblioteca y le dio un curso preliminar de heráldica.

Lovecraft se sintió inspirado para hacer un poco de investigación genealógica por su cuenta. Se entusiasmó al descubrir que tenía un antepasado colateral, un platero llamado Samuel Casey, de los tiempos coloniales, el cual había sido condenado a la horca por falsificación. Casey fue sacado de la cárcel por una panda de amigos armados y huyó al monte. Lovecraft no se tomó la genealogía con la seriedad que hubiera podido esperarse. Irónicamente, escribió a Long:

> No; aún no he encontrado a ningún judío [entre sus antepasados], aunque ten por seguro que lo sabrás si lo encuentro. Después de admitir a todos esos celtas, estoy dispuesto a admitir lo que sea del norte del Sáhara. ¿Te he hablado del sacerdote egipcio Ra-ankh-Khamses que viajó a las Casitérides en un barco fenicio, en tiempos de Psamético, y fue arrojado a las verdes costas de Quemas, cerca del lugar de la moderna Queenstown? Todo estudiante sabe que se casó con Cathlin, hija de Fian el Atrevido, y si es cierto que el hijo de ambos, Fian el Terrible, fue antepasado de los Ui Niall,

> entonces, desde luego, ¡soy un egipcio de la vieja estirpe sacerdotal! Entonces, por supuesto, tengo en mi estirpe al Cromagnon Glwkhlghx cuyos triunfos sobre el Pueblo Pequeño de las llanuras de Dordoña están representados en mil cavernas …[342]

Lovecraft leyó *La decadencia de Occidente* de Spengler, y concluyó que «la raza aria» se acercaba a su ocaso, principalmente por su conservación sentimental de lo «inadecuado». Insistió en un control de natalidad para todos, para evitar que los subnormales superasen a «las clases superiores», que siempre lo han practicado de alguna forma, y «¡salvar la calidad biológica fundamental de la raza!»[343]. Esta idea, corriente en aquel momento, tenía un germen de verdad, aunque también contenía ideas prematuras y simplificadas sobre las influencias hereditarias.

Era entusiasta de la gran novela fantástica de E. R. Eddison, *El Gusano de Ouroboros*. Este relato es uno de los ejemplos más importantes del subgénero llamado algunas veces «fantasía heroica» o «*espada y brujería*». Probablemente atraía a Lovecraft porque sus héroes son versiones fanfarronas y exageradas de los caballeros hacendados ingleses, sin inhibiciones en cuanto a apartar a patadas a las chusmas de su camino, o a matarlas si se envalentonaban. También leyó alguna novela de Marcel Proust y admiró el minucioso detalle (para algunos, hasta tedioso) con que Proust crea su atmósfera.

A finales de la década de los veinte, el rumbo del pensamiento de Lovecraft se orienta hacia una concepción más amable, tolerante y abierta, con menos de sus anteriores prejuicios. Admitía que había cosas que decir sobre otros tiempos, aparte de su amado siglo XVIII.

> Si yo pudiese crear un mundo ideal, sería el de una Inglaterra con el esplendor de los isabelinos, el gusto correcto de los georgianos, y el refinamiento y los puros ideales de los Victorianos.

Perdió la fe en la prohibición del alcohol, escribiendo a Derleth:

> Estoy empezando a dudar de su valor, aunque al principio fui defensor entusiasta de la prohibición. De haber algo que elimine totalmente el licor, tendría que ser bueno; pero la cuestión es si el presente intento ha producido algún resultado comparable con el daño a que ha dado lugar.

August Derleth andaba por Sauk City en albornoz y con un monóculo atornillado en el ojo. Decía que lo hacía para prestar atmósfera a los relatos que estaba escribiendo sobre un detective inglés, Solar Pons, creado tomando como modelo a Sherlock Holmes; aunque el motivo más probable era escandalizar a los serios ciudadanos de Sauk City. Lovecraft reprendió suavemente a su joven amigo, recordando las afectaciones de su propia juventud, y le predijo que no tardaría en cansarse de tales extravagancias. Raro consejo, viniendo de uno de los más grandes *poseurs* del mundo; pero Lovecraft se había liberado ya de muchas de sus afectaciones.

Discutía amablemente de religión con Derleth, al hablar de la fe de los padres de éste:

> Me parece —a mí, que soy ateo de ascendencia protestante— que el catolicismo es una fe realmente admirable para aquellos artistas cuyo gusto es enteramente gótico y místico, sin mezcla alguna de lo clásico e intelectual[344].

Derleth se tomaba en serio también los supuestos fenómenos de ocultismo, espiritismo y percepción extrasensorial; era caritativo con las historias de apariciones y premoniciones. Durante años, Lovecraft señaló las debilidades y falacias de los argumentos de Derleth en defensa de los fenómenos preternaturales.

En noviembre de 1927, Lovecraft empezó una obra de envergadura, «El caso de Charles Dexter Ward». Esta fantasía habla de la resurrección mágica de personas muertas hace mucho tiempo y la invocación hechiceril

de seres del Exterior que, de ser eficaz, puede traer espantosas consecuencias de alcance mundial. Como Randolph Cárter, Charles Dexter Ward es otra réplica literaria del propio Lovecraft.

Situado en Providence, el relato está saturado de color e historia locales:

> Su casa era una gran mansión georgiana en lo alto de una escarpada colina que se eleva al Este del río, y desde las ventanas de atrás de sus pabellones laterales podía asomarse, desafiando el vértigo, por encima de las apiñadas agujas del campanario, cúpulas, tejados y empinadas cuestas del pueblo extendido al pie de las purpúreas elevaciones. Aquí había nacido, y desde el porche amablemente clásico de la fachada de ladrillo y doble mirador, su nodriza le había paseado en su cochecito por primera vez …

Ésta es la descripción de la mansión Halsey en el 140 de Prospect Street, construida en 1801. En un período en que esta casa estuvo vacía durante un tiempo, se dijo que estaba habitada por el fantasma de un pianista, y que había una mancha de sangre en el piso que era imborrable.

Charles Ward es un personaje muy lovecraftiano. «Cuando se hizo mayor empezaron sus famosos paseos; primero con su niñera, de la que tiraba con impaciencia; y luego solo, en soñadora meditación». En la adolescencia, Charles es «alto, delgado y afable, de ojos estudiosos y hombros ligeramente cargados, vestido con cierto descuido, y producía una impresión general de inofensiva torpeza, más que de atractivo[345]».

Ward se aficiona a la historia, y se entrega de tal modo a sus estudios que prefiere renunciar a la universidad, antes que reducirlos. Está especialmente interesado en su antepasado Joseph Curwen, quien llegó a Providence en 1692 y gozó del envidiable don de mantenerse en la misma edad durante cincuenta años seguidos.

Curwen, según se trasluce, había practicado la alquimia y las artes negras. En 1770, tras tener aterrorizados durante décadas a sus vecinos con extrañas visiones y ruidos procedentes de su apartada casa de campo, se formó una partida de hombres para expulsarle.

Ward encuentra la vieja casa de Curwen, en la Colina de Stamper, no

lejos de su propio hogar. Allí descubre un retrato de Joseph Curwen, el cual se parece mucho a Charles Dexter Ward, así como un escondrijo de los papeles de Curwen. Para alarma de sus padres, Ward se aficiona a investigaciones ocultas; y él mismo cambia, pareciéndose cada vez más, en lo físico y en la voz, a Curwen.

Compra la vieja casa de Curwen en Pawtuxet, y traslada allí su aparato secreto. Temiendo por la salud mental de su hijo, los padres llaman a un médico, el doctor Marinus Willett, quien investiga a Ward y a sus dos extraños socios.

Se profanan sepulturas. Willet averigua que la banda tiene métodos de recrear y revivir a los muertos, si tienen siquiera una pequeña cantidad de las «sales esenciales» del cadáver, para empezar. Ward padre y Willet van a la casa de campo en ausencia de Ward y para horror de ambos …

La historia es menos central a los Mitos de Cthulhu que «La llamada de Cthulhu», ya que la única conexión concreta es la mención de la entidad de Yog-Sothoth en las fórmulas encantatorias. En relatos posteriores, Yog-Sothoth es un Primordial. La trama de «Charles Dexter Ward» es más floja que la de algunos de los mejores relatos de Lovecraft.

Con sus 48.000 palabras, «El caso de Charles Dexter Ward» era la narración más larga que Lovecraft había compuesto. El 1 de diciembre escribió a Derleth que iba a empezar a pasarla a máquina.

De hecho, no la llegó a pasar. Después de jurar que no volvería a escribir más para de Castro, se pasó el mes de diciembre trabajando para él. Cuando terminó este encargo, en enero de 1928, la señora Reed le pidió que revisase «La maldición de Yig».

Entretanto, Donald Wandrei se ofreció a pasarle a máquina «El caso de Charles Dexter Ward». Lovecraft accedió, pero Wandrei encontró el manuscrito tan plagado de correcciones que le resultó casi indescifrable. El mecanografiado resultante estaba tan lleno de errores que necesitó una nueva redacción.

Lovecraft guardó el manuscrito y no se decidió nunca a emprender ese trabajo. En 1940, después de la muerte de Lovecraft, Derleth y Wandrei mecanografiaron debidamente el manuscrito. En 1941, apareció una versión resumida del relato, en dos entregas, en *Weird Tales*. Derleth y Wandrei lo

imprimieron después íntegramente en su segundo volumen de textos lovecraftianos, *Más allá del muro del Sueño* (1943).

Lo increíble es que, cuando Lovecraft sondeó a los editores sobre la posibilidad de sacar una colección de sus relatos más cortos, y vio que no les interesaba, algunos le dijeron que les gustaría ver un relato de la extensión de una novela. Él tenía «El caso de Charles Dexter Ward» en sus estanterías, pero no hizo nada con él.

En 1927, Lovecraft se enteró de que había salido una nueva revista de fantasía, *Tales of Magic and Mystery*. Envió varios manuscritos, de los que la revista aceptó «Aire frío». El relato salió en el número de marzo de 1928; pero este número, que era el cuarto, resultó ser también el penúltimo. Probablemente, Lovecraft no llegó a cobrar nunca su relato.

Al visitar a sus familiares de Oklahoma, Zealia Reed oyó contar una historia de horror sobre serpientes a la suegra de su hermana. De regreso a Kansas City, vertió dicha idea en un relato, «La maldición de Yig», y envió el boceto o borrador a Lovecraft para ver qué le parecía. Este le escribió el relato, y apareció firmado por Zealia en *Weird Tales* el mes de noviembre de 1929. Zealia cobró 165 dólares, de los que pagó 15,50 a Lovecraft. Salvo el color local, que aportó Zealia, el relato era prácticamente todo de Lovecraft.

«La maldición de Yig», habla de un matrimonio pionero, Walker y Andrey Davis, que fueron a Oklahoma a establecerse. La mujer encuentra un burujo de crías de serpiente cascabel y las mata. Alarmado, Davis le dice que ahora caerán bajo la maldición de Yig, el dios-serpiente de los indios. Davis impresiona de tal modo a su mujer hablándole de la venganza de Yig que, al anochecer, ella le confunde con el dios-serpiente…

Los meses de invierno de 1928 estuvo Lovecraft sumergido en revisiones. Aunque decía de de Castro que era «un viejo hipócrita y untuoso, cuyo relato me ha estropeado el invierno», sin embargo, revisó el relato en cuestión, «La última prueba». De Castro también pidió a Lovecraft que revisase sus memorias de Ambrose Bierce. Lovecraft leyó el

manuscrito, lo encontró demasiado inflado de elementos superfluos, y decidió no asumir este trabajo a menos que le pagase por adelantado. De Castro entonces persuadió a Frank Long para redactar el manuscrito y escribirle una introducción.

Durante el año del regreso de Lovecraft a Providence, Sonia trabajó en Nueva York por menos de lo que podía haber ganado en otra parte, para estar cerca de su marido. A mediados de 1927 recibió una oferta de Chicago demasiado buena para rechazarla. Medio año después, como no le gustaba Chicago, dejó la colocación. En diciembre apareció en Providence; a pasar las vacaciones de Navidad. Ella y Lovecraft hicieron un recorrido de interés histórico por Providence, pero Lovecraft estuvo a punto de perder el conocimiento de frío. Sonia tuvo que ayudarle a regresar a casa y reanimarle frotándole las extremidades.

Dispuesta a abrir otra mercería, insistió a Lovecraft que fuese a Nueva York en primavera para la inauguración. En abril de 1928, Lovecraft, fue… aunque no de muy buena gana; porque escribió; «Puede que me vea obligado a ir a Nueva York la semana que viene». Sonia había alquilado un apartamento en East Sixteenth Street 395, Brooklyn, y recuperó los muebles que había dejado. La nueva tienda estaba en la otra esquina del mismo bloque de su apartamento. Lovecraft la ayudó con los carteles y anuncios.

La tienda abrió el 28 de abril, y la visita de Lovecraft se prolongó hasta junio. No fue, sin embargo, la normal reconciliación de esposos, según describe Sonia:

> Aquella primavera invité a Howard a que me visitara y aceptó encantado, como visita tan sólo. Para mí, incluso su proximidad era mejor que nada. La visita duró hasta el verano, pero le veía únicamente durante las primeras horas de la mañana, cuando regresaba de sus paseos con Morton, Loveman, Long, Kliener; con algunos de ellos o con todos[346].

Hablando claro, Lovecraft se negó a reanudar las relaciones maritales,

aun cuando el acostarse juntos habría sido perfectamente legal y normal. Sólo podemos suponer los motivos: su tabú antisexual, insuficiencia sexual, miedo a la impotencia, o miedo a sentirse atrapado en Nueva York otra vez.

Esta decisión fue dura para Sonia, mujer pletórica y normal. Aunque era demasiado moral para el adulterio, el matrimonio platónico no era en absoluto su estilo. Si creyó que su marido fue «encantado», las cartas de él hacen pensar lo contrario. El tratar de trabajar durante unos días en Nueva York, dijo, le había puesto

> … al borde de lo que habría sido un completo derrumbamiento, de no haber tenido a un sano y brillante colega —mi joven «nieto adoptivo». Frank B. Long— a quien acudir en busca de cooperación y ayuda para dar forma a mis trabajos…
>
> Nada sino una fuerte presión doméstica podía haberme inducido a desperdiciar una primavera en esta maldita zona pestilente y metropolitana… esta vez mi esposa creyó que sólo se trataba por mi parte de conferir un poco de fondo doméstico a su presente escenario de acción. Objetivamente considerado, yo no podía por menos de reconocer que dicha idea era esencialmente justa; así que decidí que lo menos que podía hacer era vencer mi repugnancia antimetropolitana por una temporada, ¡y evitar esa deprimente disonancia doméstica que constituye el tema de tantas obras de ficción!

En otras palabras, una estancia en Nueva York era mejor que una pelea familiar. Desde el punto de vista de Lovecraft, estar casado era agradable si uno no tenía que vivir con su pareja. El sexo era un asunto sórdido que los irreprimibles instintos animales podían hacer aflorar en los jóvenes, pero que no debía interesar a parejas de edad madura como los Lovecraft. Diez días más tarde, escribió de mejor humor:

> La esposa tenía que acampar aquí por cuestión de horario en su turno de trabajo, y le ha parecido conveniente que estuviera yo por

> aquí un tiempo. Como no tenía prisa en regresar y deseaba evitar toda guerra civil doméstica, he adoptado el papel pacifista… y aquí estoy. El burgo me sigue pareciendo igual: no le he encontrado ninguna novedad, ni gracia tampoco. Pero puedo resistirlo mejor ahora que tengo un verdadero hogar en otro sitio de los Estados[347].

Se quejaba de que todas las ciudades le aburrían al cabo de un tiempo, pero lo cierto es que estuvo muy ocupado durante esta estancia. Él y Sonia efectuaron visitas de interés histórico. Cuando no estaba con Sonia, Lovecraft alternaba entre el apartamento de ella y el de los Long, que le llevaron a West Point y al lago Mahopac.

Lovecraft y Long formaron una asociación para escribir para clientes, que mantuvieron durante tres o cuatro años. Publicaron anuncios en *Weird Tales* y en el *New York Times* que les proporcionaron una quincena de clientes, la mitad de ellos supuestos poetas. Lovecraft consiguió un sustancioso manuscrito de un presunto autor, pero resultó tan desesperante que lo devolvió sin revisar, antes que aceptar dinero de un inepto que jamás haría nada.

El Kalem Club se había disuelto más o menos, falto del magnetismo de la presencia de Lovecraft que aglutinaba a los miembros. Unos cuantos de los más antiguos, sin embargo, celebraron varias reuniones.

Lovecraft planeó un viaje al sur. Con el ensanchamiento de los horizontes, sus deseos se dilataron: «Si consigo ahorrar algún dinero, compraré un modesto Ford…». «Me gustaría ver Oxford —en plan histórico—, y no digamos el resto de la vieja Inglaterra. Prometo pisar Londres algún día, aunque después tenga que ir al asilo». Consciente de que realizar estas ambiciones costaría dinero, decía que escribiría incluso para las revistas de confesiones, si pudiera ganar los mil dólares por pecado, como había oído que se ganaban[348]

El 16 de junio de 1928 Lovecraft pidió prestada una maleta a Sonia y partió para una serie de viajes. Primero, Vrest Orton le llevó en coche a casa de su familia en Vermont, a pasar el fin de semana. Lovecraft se sintió encantado ante el arcaísmo de la vida campesina:

> El viaje ha sido un maravilloso placer y un estímulo para la mente, pues me ha acercado mágicamente a esas fuentes básicas y que subsisten de la primitiva vida americana, que los de las ciudades y en general los del sur de Nueva Inglaterra estamos acostumbrados a considerar extinguidas. Aquí la vida sigue por el mismo cauce desde antes de la Revolución… los mismos paisajes, edificios, familias, ocupaciones y modos de pensamiento y de hablar[349]

Si Lovecraft hubiese trabajado alguna vez de mozo de granja, quizá hubiese sido menos románticamente nostálgico sobre esa vida. Como han escrito Will y Ariel Durant, «los mercachifles de la palabra tienden a idealizar el campo, si están libres de sus fatigas, molestias, insectos y tareas». Walter J. Coates, editor de la revista aficionada *Driftwind*, fue de North Montpelier a casa de Orton para conocer a Lovecraft. Cook pasó a verle con las pruebas de imprenta de «La casa apartada», que proyectaba publicar en forma de libro.

El 18, Lovecraft fue en autobús a Athol. Massachusetts, donde estuvo con Cook. El 29 se marchó a North Wilbraham, Massachusetts, donde recibió la invitación de una veterana periodista aficionada, Edith Dower Miniter. La señora Miniter vivía con su prima Evanore Beebe. Ésta era una robusta dama de setenta años que andaba de aquí para allá en su calesa y controlaba la política local. Le ponía «nerviosísima» ver a Lovecraft echarse paletadas de azúcar en el café, dejando en el fondo un masa sin disolver. A Lovecraft le encantó descubrir antigüedades tales como lámparas de aceite de manteca y escaleras para gatos, en el interior de las chimeneas, para permitir que pasasen de un piso a otro. También vio por primera vez un ciervo salvaje.

Estos viajes le costaron poco a Lovecraft, quitando los billetes de autobús, porque sus anfitriones insistieron en darle alojamiento, comida y diversión. Sus amigos pensaban después que este recorrido fue una de las etapas más felices de su vida.

Tras una semana en North Wilbraham, Lovecraft estuvo recorriendo Massachusetts en autobús y tranvía, y fue a Albany, Nueva York. Allí subió a un barco del Río Hudson con destino a Nueva York, donde intercambió

maletas con Sonia.

Al no conseguir que aceptase Lovecraft reasumir su papel de marido, Sonia había alquilado su apartamento a un matrimonio mayor y tomó una habitación sencilla en otra parte. De modo que Lovecraft tuvo que quedarse en un hotel. Como vio claramente que no había perspectivas de poder reanudar la vida con Lovecraft, no necesitaba un piso de cuatro espaciosas habitaciones.

El 11 de julio Lovecraft se presentó en Filadelfia otra vez, desde donde siguió a Baltimore, Annapolis y Washington. Cogió el tren para Shenandoah Valley, donde visitó las «cavernas Interminables»:

> Durante más de una hora me sentí desplazado mágicamente a través de ilimitados abismos y simas de pagana belleza y diabólico misterio: aquí y allá los iluminaban con asombrosos efectos unos focos ocultos, y en otros lugares se abrían sobrecogedoras cavidades y grutas de negrura no conquistada; los tenebrosos túneles y galerías donde corren ocultos vientos y cursos de agua eternamente ajenos a este mundo y a todos los mundos posibles de la humanidad, en el fondo de los secretos oscuros de los gnomos y las alimañas descarnadas, y los mundos donde monstruos de alas membranosas y fabulosas gárgolas reinan con horror indiscutido …[350]

De nuevo en Providence, Lovecraft se enfrascó en «El horror de Dunwich», novela corta de 17.500 palabras basada en un cuento que había oído un mes antes, en casa de la señorita Beebe, en Massachusetts. Este relato combina un escenario de Nueva Inglaterra con los plenamente desarrollados Mitos de Cthulhu. Empieza:

> Cuando el viajero recorre el norte de Massachusetts y se equivoca en la bifurcación de Aylesbury poco más allá de Dean’s Comers, llega a una región solitaria y extraña. El terreno se eleva, y las paredes de piedra bordeadas de espinos se acercan más y más a la polvorienta y sinuosa carretera[351]

La historia habla de los yanquis decadentes de Dunwich y de la extraña familia Whateley. Ésta está compuesta por el viejo Brujo Whateley, que posee un deteriorado ejemplar del *Necronomicon*, su hija Lavinia, mujer albina y deforme; y Wilbur, hijo de ésta y de padre desconocido, que alcanza el tamaño y madurez de un hombre a los diez años de edad. Todos los Whateley tienen un rostro repulsivo y sin mentón.

Dos veces al año, la víspera de Todos los Santos y el Uno de Mayo, los Whateley acuden a un círculo de piedras que hay en las colinas —una especie de mini-Stonehenge, atribuido a los indios— para celebrar secretos ritos. En esas ocasiones, se oyen ruidos misteriosos como de truenos en los montes, y una de las veces, Lavinia queda embarazada.

Lovecraft utiliza los fenómenos de Nueva Inglaterra. Su «círculo de piedra» se deriva de varias construcciones de piedra rudimentaria que se encuentra en Nueva Inglaterra. Los arqueólogos las atribuyen generalmente a los primitivos colonos o a los amerindios, aunque muchos aficionados a la historia antigua de la región prefieren especular sobre druidas, navegantes del norte y demás visitantes exóticos.

La más impresionante de estas construcciones es la Mistery Hill, próxima al norte de Salem, en el extremo sur de New Hampshire. En este paraje hubo en otro tiempo un pueblo, hecho de losas empinadas en forma de muros o componiendo paredes y techos de casas medio enterradas. Hay una losa enorme con una muesca rectangular en su cara superior, llamada la «mesa sacrificial». No se sabe que Lovecraft visitara ninguno de estos enclaves megalíticos; en cualquier caso, pudo haber leído sobre ellos.

El otro fenómeno es el de los «ruidos de Moodus», que según se decía, se oían a intervalos de trescientos años en el pueblo de Moodus, en el Connecticut sudcentral. Estos ruidos, parecidos a explosiones, se atribuyen con frecuencia a alguna oscura causa sísmica.

El brujo Whateley, cuenta el relato, convierte la parte superior de su vivienda en una especie de jaula. Le sigue desapareciendo ganado, pero él compra más con antiguas monedas de oro.

El viejo Whateley muere, y su hija Lavinia desaparece. Wilbur Whateley, que ahora mide ocho pies de alto, lleva su *Necronomicon* a la biblioteca de la Universidad Miskatonic para cotejarlo con la versión latina

que allí se conserva. El bibliotecario, el septuagenario doctor Henry Armitage, observa el pasaje —suena a un texto de Nietzsche— que Whateley transcribe:

> No se crea que el hombre es el más antiguo o el último de los dueños de la tierra, ni que camina solo en el común conjunto de la vida y la sustancia. Los Primordiales existieron, los Primordiales existen, y los Primordiales existirán. No en los espacios que nosotros conocemos, sino *entre* éstos; caminan serenos, primarios, sin dimensiones, e invisibles para nosotros. *Yog-Sothoth* conoce la entrada. *Yog-Sothoth* es llave y guardián de la entrada. Pasado, presente y futuro son uno en *Yog-Sothoth*.

Meses más tarde, Whateley asalta la biblioteca con intención de robar el libro, pero es atacado por el perro guardián. Cuando Armitage y otros dos profesores llegan al lugar de la escena, el perro ha arrancado jirones de ropa al destrozado Whateley.

De cintura para abajo, Whateley está cubierto de espeso vello negro. Tiene piernas como de dinosaurio carnívoro, un ojo en cada cadera, y cola. Del vientre le salían una docena de tentáculos, con bocas succionadoras. Al morir, se disuelve en un charco de limo fétido. «Cuando llegó el forense, sólo quedaba una masa blancuzca y viscosa sobre la madera pintada del suelo, y el olor monstruoso casi había desaparecido».

Los aficionados al psicoanálisis freudiano han subrayado los simbolismos sexuales de «una masa blancuzca y viscosa» y demás temas de Lovecraft: la anatomía de Whateley, en la que «de cintura para abajo… desaparecía toda semejanza con el hombre y comenzaba la pura fantasía»; y los «largos tentáculos color gris verdoso de rojas bocas succionadoras» que sobresalen del abdomen de la criatura; la utilización que hace Lovecraft de cavernas y túneles como símbolos de terror; y su tema de la degeneración resultante del cruce de razas.

Estas cosas, dicen, reflejan el miedo de Lovecraft al acto sexual. Uno de estos críticos dice que dichos temas «son exploraciones de su propio subconsciente, que conserva su tremendo poder a pesar de lo imperfecto de

su estilo y construcción, y la aparente estrechez de su mente». Uno de los últimos corresponsales de Lovecraft, J. Vernon Shea, analiza el problema. Los escritos de Lovecraft

> … estaban hondamente influidos por Arthur Machen. Machen, hijo de clérigo, tuvo una educación parecida a la de Lovecraft, y sus escritos están llenos de sexualidad reprimida. Su relato *La novela de los polvos blancos,* en la que el protagonista, al tomar una droga, se disuelve en una repugnante masa blancuzca, ha sido interpretada como una fantasía de masturbación adolescente (Lovecraft consiguió un efecto similar en *Aire Frío*), y otros relatos como *El gran dios Pan* y *El pueblo blanco* aluden a orgías sexuales que Machen no se atrevió a describir. Finalmente, Machen sublimó sus represiones traduciendo las *Memorias* de Casanova; pero semejante orientación no resultó válida para Howard. Mientras que casi todos los demás escritores de fantasía habrían hecho que los seguidores de Cthulhu… participaran en ritos orgiásticos indeciblemente sucios, el almidonado Howard renuncia a toda mención del sexo. El lector tiene que recurrir a su propia imaginación para intuir qué trastorna tan terriblemente a Howard. Como Machen, como Hawthorne, H.P.L. no podía soportar tratar directamente problemas sexuales en sus relatos… Curiosamente, parece que Lovecraft no se rebeló nunca contra las normas morales de su madre.

Es verdad que algunos freudianos llevan el simbolismo a extremos dudosos, encontrando órganos sexuales en cualquier cavidad o protuberancia. Pero teniendo en cuenta la historia y las actitudes de Lovecraft, son plausibles las mencionadas deducciones.

Por otro lado, Lovecraft tenía una imaginación de una fuerza extraordinaria. Reunió toda clase de ideas sobrecogedoras, de los que los de aparente simbolismo sexual constituyen sólo una pequeña parte. El propio Lovecraft pensaba:

> … Es divertido especular sobre qué sacarán los futuros psicólogos de los relatos de uno. Indudablemente descubrirán un hondo significado en las huidas de Klarkash-Ton de los escenarios Terrestres, en las orgías de sangre de Bob dos Pistolas y en mis propias alusiones a una exterioridad cósmica y expediciones a siglos pretéritos, en la ruinosa y embrujada Arkham[352]

Mientras Wilbur Whateley agoniza en el suelo de la biblioteca de la Universidad Miskatonic, el ser del piso superior de la casa de Whateley irrumpe de pronto y asóla el campo. Destroza las casas y devora al ganado y a la gente. Invisible, posee múltiples patas que dejan huellas como de una manada de elefantes. Armitage consigue el diario de Whateley, que habla de la formación ocultista de éste:

> Hoy he aprendido el aklo para el Sabaoth, que no me ha gustado, al cual se le puede responder desde el monte y no desde el aire… Lo de arriba parece tener la forma correcta. Puedo verlo un poco cuando hago el signo voorish o soplo el polvo de Ibn Ghazi hacia él…

Las palabras «aklo» y «voorish» proceden de la novela de Machen *El pueblo blanco*, que habla de «caracteres aklo» y de una maligna cúpula «voorish».

Armitage y dos intrépidos colegas siguen el rastro del monstruo hasta el monte que tiene un círculo de piedras. Hacen visible a la criatura arrojándole chorros de polvo de Ibn Ghazi…

«El horror de Dunwich» es uno de los mejores relatos de Lovecraft, poderosamente imaginativo y lleno de suspense. La utilización de la transcripción fonética para indicar dialecto («*vaowafur Gawd, I dud't know what he wants ñor what he's a-tryin'to dew*») es, sin embargo, excesiva para las normas modernas. Hay muchos escritores del siglo XIX, como Kipling, que practicaron la transcripción fonética; pero los contemporáneos la emplean rara vez. La razón está en que muchos lectores modernos han

aprendido a leer métodos de lectura visual y de ahí que les confundan las combinaciones de letras poco comunes. Típicamente, Hollywood cambió a Wilbur Whateley en un joven normal y corriente, y le proporcionó una chica para la obligatoria escena de fornicación. Las secuencias inexplicadas y los efectos especiales se amontonan unos sobre otros hasta confundir al espectador más avisado.

Hace unos años, «El horror de Dunwich» fue llevado a la pantalla con el mismo título. Aunque no es un fracaso, la película no se puede comparar ni de lejos con el original, en cuanto a fuerza evocadora.

Wright compró «El horror de Dunwich» por 240 dólares, el cheque más grande que Lovecraft había recibido en su vida. Sin embargo, después de terminar este relato, no volvió a escribir nada de su propia cosecha durante año y medio, a pesar de gozar de algunos pequeños signos de éxito. La antologista británica Christine Campbell Thompson escogió tres relatos suyos para antologías que aparecieron en 1927-31, publicadas por Selwyn & Blount. Ltd., de Londres. «El horror en Red Hook» se publicó en *Necesitará una luz de noche*; «El modelo de Pickman» en *Sólo para leer de día*; y «Las ratas en las paredes» en ¡*Encienda la luz*! «La llamada de Cthulhu» se reimprimió en *¡Cuidado al oscurecer!* (1929), editado por T. Everett Harré para la Compañía Macauley.

Por algunas de estas apariciones, Lovecraft percibió pequeñas cantidades: en uno de los casos, 15 dólares. En otros, el dinero fue a parar todo a *Weird Tales*, que había comprado los derechos. Tarde ya, Lovecraft empezó a pensar en estas cuestiones: «Me parece que Wright dijo algo una vez sobre los derechos de mis relatos, pero yo era demasiado pobre y descuidado en los negocios para prestar atención».

Los amigos de Lovecraft le animaron a tratar de vender una colección de relatos (una «antología» contiene relatos de varios escritores; una «colección», relatos de un mismo autor). Derleth le recomendó a Vanguard Press, que había publicado algunas obras suyas. Orton se ofreció para tratar de vender la colección.

Lovecraft vacilaba. Además de sus planes para una antología, Wright

había hablado de publicar una colección de cuentos de Lovecraft. De modo que dijo éste:

> Sin embargo, debo darle a Wright la primera opción a la colección de cuentos. Sigue manifestando deseos de sacarla; en todas las ocasiones —a pesar de todas sus limitaciones— se ha mostrado tan considerado y honrado en sus tratos conmigo, que lo menos que puedo hacer es darle la opción inicial …[353]

De Lovecraft siempre podía esperarse un comportamiento de caballero. Pero de los planes de publicación de Wright no resultó nada.

Ni siquiera decidieron a Lovecraft estos acontecimientos a escribir más relatos durante una larga temporada. En primer lugar, su trabajo para clientes era abundante, aunque no siempre lucrativo. Como no era capaz de decir «No» a un cliente insistente, estaba siempre ocupado; le comentó a Derleth: «No sé cuándo tendré tiempo para escribir otro cuento». La progresiva reducción de su capital le espoleaba para trabajar más; pero como no quería regatear ni apremiar a sus clientes, éstos seguían aprovechándose de él. De ahí que, aunque se afanaba, no conseguía ganar lo suficiente escribiendo para otros.

A pesar de sus esfuerzos por evitar trabajar para de Castro, se dejó convencer para redactarle otro relato corto: «El verdugo eléctrico», publicado en *Weird Tales* en 1930. Una vieja dama de Washington D. C., Elizabeth Toldridge, convenció a Lovecraft para que revisase sus montones de versos mediocres. Esta se convirtió en una de sus incansables corresponsales, y no paró de enviarla mazos de recortes.

A pesar de su aparente éxito con «El horror de Dunwich» y las antologías, Lovecraft se desanimó con sus perspectivas. En poesía, concedía a *Miss* Toldridge que «mis propias posibilidades poéticas estaban condenadas al fracaso» por la excesiva imitación de «Pope, el Dr. Young, Thompson, Addison, Tickell, Parnell, el Dr. Goldsmith, el Dr. Johnson y otros. Mi verso ha perdido todo vestigio de originalidad y sinceridad, su única meta es reproducir las formas y sentimientos típicos del escenario georgiano en el seno del cual se supone que debe surgir». Había llevado su

tendencia a imitar, se lamentaba, también a la prosa: «Están mis relatos “a lo Poe” y mis relatos “a lo Dunsany”; pero, ¡ay!, ¿dónde están mis relatos a lo *Lovecraft*? Sólo en alguna de mi prosa literaria realista muestro algún indicio de desarrollar, en esta fecha tardía, un estilo propio…».

Envió a la señorita Tolridge muestras de su propia poesía, diciendo: «En todos estos versos notará Vd. con divertida ironía que utilizo en abundancia todos los arcaísmos, inversiones y licencias contra los que tan constantemente prevengo a los demás. Ello se debe a que no trato en absoluto de ser poeta en un sentido serio. Mi verso es simplemente arqueología y nada más[354]».

No es de sorprender que, al principio de su carrera, imitase a Poe, a Dunsany y a los georgianos. La mayoría de los escritores empiezan imitando a sus predecesores. De ahí que muchos escritores contemporáneos hayan atravesado un período Hemingway, un período Faulkner, y hasta un período Lovecraft. Si todo va bien, con el tiempo asimilan estas influencias; como Lovecraft aconsejaba a sus clientes, aprenden a «ser ellos mismos».

En Lovecraft, este proceso se demoró enormemente. Primero, se aplazó con los diez años perdidos en enfermiza reclusión, de modo que empezó a escribir en serio tan sólo a los veintisiete años. Luego se retrasó por el Demonio de la Perversidad: su arcaísmo, sus afectaciones y su esnobismo. El Demonio le cegó para el progreso en las técnicas literarias desde la época de Poe. Le llevó a rechazar como «burguesas» consideraciones prácticas bajo un criterio de caballero. Ahora, al final del viaje, empezaba a darse cuenta de lo caras que habían sido sus anteriores actitudes.

Además, al alcanzar un punto de vista más realista sobre sus escritos, su misma conciencia de sí hizo que se diera cuenta de su anterior tendencia a la imitación y a la extravagancia estilística. De ahí que se volviese cada vez más autocrítico.

> Últimamente he ido adquiriendo una creciente insatisfacción respecto de mis producciones —especialmente respecto a las primeras—, de manera que casi me alegro de que Wright haya abandonado la idea del libro. Hay un matiz de melodrama barato —extravagante, florido, desenfrenado— en mi estilo que necesita de la

ironía, aunque ésta ha disminuido desde mi período de «Hypnos» y «El sabueso».

Años más tarde, Lovecraft no sólo condenó sus primeros cuentos, sino que los repudió todos menos los últimos. Falto del egotismo propio del escritor con éxito, Lovecraft se desanimaba fácilmente ante una crítica adversa. Cuando se daba cuenta de los defectos de su obra, la conciencia de esto le anonadaba. A consecuencia del agobio del trabajo de revisión y la excesiva autocrítica, la producción literaria de Lovecraft siguió siendo baja durante el resto de su vida. Después de «El horror de Dunwich», el promedio de su producción fue poco más de un relato al año, sin contar las colaboraciones y revisiones. Para tratar de satisfacer la creciente demanda de sus lectores, Wright reimprimió, sin pago alguno, muchos de los primeros relatos de Lovecraft y publicó muchos de sus poemas.

En algunos aspectos, Lovecraft evolucionó. En política, aún era un nativista conservador que defendía a Hoover contra A. Smith. Este, pensaba él, representaba a «las hordas decadentes e inasimilables del sur de Europa y de Oriente…»[355].

Sin embargo, se hallaba cada vez más lejos de la Prohibición del alcohol. Al enterarse de que a Farnsworth Wright le daba a veces por beber, comentó que, considerando lo que Wright debía sufrir, «me dan ganas de acudir a un contrabandista de licores de la localidad… ¡y enviar al Hermano Farnsworth una caja de esplendor artificial!» (en realidad, Wright era un bebedor moderado)[356].

Sus concepciones estéticas se ensancharon. La técnica de flujo-de-conciencia de James Joyce, decía, podía parecer al ingenuo «una incoherencia sin sentido»; pero había mucho que decir. Sus formas extremas, pensaba, «trascienden los límites del verdadero arte», pero «están destinadas a ejercer una fuerte influencia sobre el arte mismo[357]».

Sonia se quejaba de que, tras el regreso de Lovecraft a Providence, «nuestra vida marital… se tradujo en mazos de papel bañados en ríos de tinta». Tras la visita en primavera de 1928, «durante los meses

subsiguientes, volvimos a vivir a base de cartas tan sólo». Lovecraft le escribía casi diariamente.

> Él estaba completamente dispuesto y hasta satisfecho de vivir de este modo, pero yo no. Empecé a insistir en separarnos legalmente, en divorciamos, de hecho. Pero durante este período él utilizó todos los métodos que se le pudieron ocurrir para convencerme de lo mucho que me apreciaba y de que el divorcio le haría muy desdichado; y que un caballero no se divorciaba de su esposa a menos que tuviera un motivo, y que él no tenia ninguno para hacerlo. Le dije que yo tenía todo lo que se me ocurría que podía hacer feliz a nuestro matrimonio, pero que ningún matrimonio podía mantenerse tan sólo de cartas; que para que el matrimonio fuese verdadero se requería una gran intimidad. Entonces me habló de un matrimonio muy feliz que él conocía, en el que la esposa vivía con sus padres, en Virginia, mientras que el marido vivía en otro lugar por razones de salud, y que el matrimonio se mantenía incólume a través de las cartas. Mi contestación fue que ninguno de los dos estábamos enfermos en realidad y que yo no quería ser una esposa a larga distancia que «gozaba» de la compañía de su marido a larga distancia, sólo por carta.

A finales de 1928, Sonia hizo otra visita a Lovecraft.

> … Le dije que aunque me resultaba imposible seguir siendo su esposa, quería saber si podía seguir siendo su amiga, si es que le importaba mi amistad; que tenía que divorciarse de mí y buscar a una joven de su propia esfera y cultura y casarse con ella, vivir en Providence y tratar de llevar una vida normal y ser feliz.
>
> «No, querida; si me dejas tú, jamás me volveré a casar», contestó. «No te das cuenta de lo mucho que te aprecio», me aseguraba una y otra vez. «¡Pero tu manera de demostrar tu afecto es de lo más inaudito!», replicaba yo a mi vez[358].

Finalmente, Lovecraft cedió. El 25 de marzo de 1929 fue a casa de un abogado y firmó un acuerdo de divorcio, llevando a Eddy como testigo. Lovecraft solicitó el divorcio aduciendo abandono, y obtuvo una sentencia preliminar. En realidad, Lovecraft había abandonado a Sonia, que tenía que vivir donde pudiera ganar dinero para los dos. Pero la ley daba por supuesto que quien ganaba el sustento era el cabeza de familia, y por tanto definía la residencia de él como el domicilio legítimo de la familia.

Lovecraft explicó más tarde que el matrimonio estaba muy bien si la pareja tenía gustos, emociones e ideales parecidos, pero que se requerían al menos dos años de convivencia para confirmar esta identidad. De modo que aprobaba las leyes liberales de Rhode Island sobre el divorcio y la idea del Juez Ben Lindsey del matrimonio civil. Creía que las posibilidades de un matrimonio feliz para «una persona acusadamente individualista, obstinada e imaginativa», como él, eran «condenadamente remotas».

> Y si uno tiene el temperamento que generalmente acompaña a tal modo de ser, no tenderá a considerar el arrogante celibato un precio elevado que pagar por esta etérea inviolabilidad. La independencia, y el perfecto aislamiento respecto del vulgo inútil, son cosas tan necesarias para determinado tipo de mentalidad que todos los demás factores se convierten en subordinados cuando se los compara con éstos… Y sin embargo, no encontré el matrimonio todo lo horripilante que cabría imaginar. Con una esposa del mismo temperamento que mi madre y mis tías, probablemente habría podido reconstruir un tipo de vida doméstica no muy distinto de los tiempos de Angelí Street, aun cuando yo hubiese tenido distinta posición en la jerarquía doméstica. Pero los años pusieron de relieve las diferencias básicas y esenciales en las reacciones ante los diversos hitos del curso de los tiempos, y ambiciones opuestas y concepciones de valor en planear un *milieu* de unión estable… Yo no podría vivir más que en un remanso perezoso y cargado de historia de Nueva Inglaterra; ¡y mi desventurada compañera de viaje encontró tal perspectiva —complicada, además, por las dificultades económicas— prácticamente asfixiante! A un ave de sus años se le

ha pasado la edad de hacer nuevas clases de nidos, y es mejor que no lo intente.

Evidentemente, la «esposa» que Lovecraft quería no era una compañera en el sentido sexual, sino una sustituía de madre, que revolotease a su alrededor, le mimase, y le relevase de todos quehaceres, recados y responsabilidades. Al tratar de poner buena cara a su propio fracaso marital, Lovecraft subestimó la notable adaptabilidad de Sonia e ignoró su ofrecimiento de seguir ayudándole en Providence. Lovecraft exageró también sus posibilidades de mantener su «independencia» y «reclusión», y de revivir un estilo de vida pretérito con cualquier clase de esposa, cuando ni siquiera podía mantenerse a sí mismo.

Además, suponía que a la mayoría de los hombres de su tipo de mentalidad no les importaba quedarse solteros. Pero, a juzgar por todos los indicios, son pocos los varones que en su treintena sean indiferentes al sexo como H. P. L. proclamaba.

Durante tres años, Sonia aceptó trabajos en Nueva York o sus alrededores. De cuando en cuando, se escribían ella y Lovecraft. Sonia llegó a confesar: «Me sentía casi tentada a invitarle, pero sabía que ahora que no era su esposa, no habría aceptado». Probablemente; pero es una lástima que no ampliara la invitación. Un viaje a Europa era lo que más intensamente deseaba Lovecraft. Sonia decía:

Sin embargo, le escribí desde Inglaterra, Alemania y Francia, enviándole libros y postales de todos los lugares imaginables que a mi juicio podían interesarle.

Cuando visité el Cheshire Cheese Restaurant de Londres, le envié una réplica de la jarra de cerveza en la que bebía el Dr. Johnson, además de otros recuerdos, incluida una postal del rincón… en que se conservaban la mesa y las sillas en donde el Dr. Johnson y sus compinches y Boswell se sentaban a beber y a charlar …

A mi regreso a U.S. A. caí muy enferma. Cuando me recuperé hice un viaje a la hermosa Farmington, Conn. Me entusiasmó tanto esta ciudad con sus preciosos edificios coloniales que escribí a Howard inmediatamente para que se reuniera conmigo, cosa que hizo… Sí, creo que aún quería mucho a Howard, más de lo que yo admitía ante mí misma. Pues, aunque en mis viajes conocí a muchos hombres que no estaban mal, y algunos me hicieron honestas proposiciones de matrimonio, no me atrajo ninguno en un período de ocho años, durante el cual no pude evitar comparar lo que me parecía una insuficiencia de los demás, en punto a inteligencia, con Howard… Cuando Howard y yo nos despedimos para irnos a dormir, le dije: «Howard, ¿no me das un beso?». Su contestación fue: «No, es mejor que no». En aquel tiempo estaba haciendo yo ciertos trabajos de investigación histórica para el Brooklyn Children's Museum. Entre otras cosas, se me encargó hacer un trabajo titulado «Roger Williams defiende la libertad ante los teólogos de Nueva Inglaterra». Gran parte de la investigación la hice en la Quinta Av. y en la Biblioteca de la calle Cuarenta y Dos de N.Y.C. Pero cuando le conté a HP lo que tenía entre manos y que necesitaba más datos, me llevó cortésmente a la Biblioteca a buscar libros originales y a traerme volúmenes de los estantes… Al despedimos esa noche, no le pedí ya que me diera un beso. Había aprendido la lección[359]

Ésa fue la última vez que vio a Lovecraft. El trabajo del museo fue solamente temporal, para mantenerse entre una colocación y otra, en el ramo de la mercería. En 1933, volvió a su ocupación como vendedora de género. Las personas que la vieron entonces la describen bastante menos atractiva que la esplendorosa criatura con quien se había casado Lovecraft. En los últimos años de su cuarentena, había aumentado de peso, y se vestía y peinaba con sencillez.

A finales de 1933, Sonia embarcó para California, donde decidió

establecerse. Antes de emprender el viaje, quemó un baúl de cartas de Lovecraft.

Durante los dos años siguientes, tuvo varias colocaciones en Los Angeles y San Francisco. En 1935, salía con un senador del estado de California cuando, en una conferencia de arte, conoció a un hombre erguido, flaco, de cabello plateado y modales elegantes: el doctor Nathaniel Abraham Davis, viudo y con hijos mayores. Al día siguiente fue a verla y, tras alguna vacilación, le preguntó bruscamente:

—¿Es usted gentil o judía?

—¿Qué puede importarle eso? —replicó ella sonriendo.

—Por favor, dígamelo; ¡es importante!

—¿Y *usted* qué es? ¿Gentil o judío?

—¡Soy judío!

—Yo también —dijo Sonia.

Davis se levantó, juntó las manos, y exclamó: «¡Gracias a Dios!»[360]. Le hizo proposiciones matrimoniales, y se casaron al día siguiente.

Davis era un judío brasileño, de sesenta y ocho años de edad, y ascendencia portuguesa. Había recorrido mucho mundo. Como tenía tíos (los hermanos de Uesci) metidos en negocios navieros, viajó en sus barcos y alcanzó una graduación en medicina en Australia. Ejerció como tocólogo en Melbourne, antes de trasladarse a California. No pudiendo conseguir un internado para obtener el título de médico en California, se hizo decano de un pequeño colegio.

Davis era religioso; hizo que Sonia le sirviera alimentos «limpios», acudiese al templo regularmente, y se uniese a la *hadassah*. Era también poeta, lleno de misticismo e idealismo. Creía en la reencarnación y el rosacrucismo, y dirigía una organización pacifista, la Planetaria.

Aunque Davis era, entre otras cosas, profesor de economía y comercio exterior, tenía muy poco más sentido del dinero que Lovecraft. Siempre se dejaba persuadir en la compra de tierras y perdía en las inversiones. Después de casarse con Sonia, le entregaba a ella lo que ganaba, y las cosas marcharon mejor.

El colegio de Davis cerró, y tuvo que buscarse otra colocación. No era fácil para un hombre que ya frisaba los setenta. Encontró una como

vendedor de libros, pero la tuvo que dejar por la edad. Tuvo otro puesto algún tiempo como reportero de periódico para Hearst, pero lo perdió cuando la compañía se negó a admitirle por razones de edad. Sonia volvió a trabajar por los dos.

Durante siete años, Sonia vivió con Davis en (según decía ella) venturosa felicidad. Luego Davis cayó enfermo de cáncer. Murió en 1945, tras una dolorosa lucha de tres años.

Sonia siguió trabajando, rechazando más proposiciones matrimoniales, hasta que envejeció también. En sus últimos años, se sintió afligida al enterarse de que Lovecraft, por motivos ignorados, había dejado sin legalizar el documento necesario para que el divorcio fuese definitivo, y que, por consiguiente, su matrimonio con Davis había sido bigamo. Se retiró a Dian Lynn Lodge, en Sunland, California, donde murió, a la edad de ochenta y nueve años, el 26 de diciembre de 1972. Había tenido, evidentemente, una vida plena.

# 15. EXPERTO POR LIBRE

*Eternal brood the shadows on this ground,*
*Dreaming of centuries that have gone before;*
*Great elms rise solemnly by slab and mound,*
*Arch'd high above a hidden world of yore.*
*Round all the scene a light of memory plays.*
*And dead leaves whisper of departed days,*
*Longing for sights and sounds that are no more*[361].

LOVECRAFT

DESPUÉS de un viaje a Boston con Sam Loveman a principios de 1929, para visitar lugares antiguos, Lovecraft efectuó otro en primavera. Había aprendido que «el viaje simulado se queda muy pálido al lado del real».

Primero se detuvo en casa de Vrest Orton, en Yonkers. En Nueva York, la Banda y los nuevos amigos a quienes conoció por medio de Orton le acosaron con invitaciones. En correspondencia a la hospitalidad de Orton, Lovecraft revisó algunos relatos para su anfitrión.

Joven bien relacionado, Orton le propuso buscarle trabajo en Nueva York, como ya había hecho para Wandrei. Reprimiendo un estremecimiento, Lovecraft rehusó. Habría aceptado con gusto un empleo que le permitiese vivir en Providence. Pero, puesto que su preparación y aptitudes le limitaban prácticamente al trabajo editorial, y las editoriales se

concentraban en Nueva York, sus posibilidades de conseguir un puesto como el que él pensaba no fueron nunca muy claras[362]

Lovecraft pasó una semana en casa de Orton y otra en la de los Long. Sus sentimientos hacia Nueva York eran encontrados: «Qué ironía que mis mejores amigos vivan en una ciudad que no puedo soportar». Por otra parte: «… El lugar no es tan odioso cuando uno sabe que no está encadenado a él, y tiene a Providence esperándole…». En sus últimos años, recordó nostálgicamente su estancia en Nueva York, con

> … sus largas sesiones informales en distintos lugares, la completa indiferencia ante el reloj, los curiosos y familiares puntos de referencia, las animadas tertulias semanales, las acaloradas posturas y las no menos acaloradas discusiones, las librerías y los paseos exploratorios, brillan sin duda con luz dorada en la perspectiva de los once años transcurridos[363].

Y al final de esta visita a Nueva York, partió hacia el sur. Había pensado llegar sólo hasta Filadelfia, pero el cheque oportuno de un cliente le permitió ampliar el trayecto hasta Fredericksburg, Richmond y Williamsburg. Escribió: «Es mi primera saturación real en lo que atañe a la sólida y antigua civilización del sur; la única que me siento capaz de considerar igual a la de Nueva Inglaterra». Le gustó especialmente Richmond porque, a diferencia de la «espantosamente extranjerizada». Baltimore, tenía «sólo un 3 por 100 de extranjeros». Le encantó descubrir que los accesos de nostalgia, que solían hacer de sus viajes un placer doloroso, se iban debilitando.

Visitó la iglesia de San Juan en Richmond donde, al principio de «la traición contra el legítimo gobierno de su majestad», Patrick Henry pronunció su «discurso ramplón y melodramático… aún se conserva el banco desde el que habló, marcado con un rótulo, pero como súbdito leal al rey, me negué a entrar». Observó con complacencia la situación de clase social de los «negros» en el sur, pero al mismo tiempo alabó «a un

encantador mulato sacristán, muy inteligente» que «enseña el edificio a los visitantes[364]».

De regreso, Lovecraft fue al valle del Hudson y pasó varios días explorando antiguos pueblos como Hurley y New Paltz. Al perder un autobús, hizo por primera vez (y única, que yo sepa) en su vida auto-stop. Un amable camionero de la Standard Oil le llevó de Hurley a Kingston.

En Kingston visitó a otro colega, Bernard Austin Dwyer. Además de una maleta barata, Lovecraft llevaba una bolsa de tela negra encerada, en la que llevaba papel para escribir, su diario para el año, ejemplares de *Weird Tales*, y un pequeño telescopio para examinar detalles panorámicos y arquitectónicos. En un parque de Kingston, dejó la bolsa sobre un banco para subir a un montículo, y cuando regresó unos minutos después había desaparecido. Al llegar a casa, repuso este equipo y llevó una bolsa parecida en los siguiente viajes.

Se despidió de Dwyer, marchándose a Albany, y de allí fue a Athol, a pasar una semana con Cook. Cook le llevó en coche a Providence, donde se proveyó de libros en una tienda que regentaba el tío de Clifford Eddy.

Convertido ahora en un completo andariego, Lovecraft hizo dos viajes más en 1929. En agosto, los Long se marcharon de vacaciones a Onset, Massachusetts, e invitaron a Lovecraft a que fuera con ellos. Más ávido cada vez de nuevas experiencias, anotó entusiasmado:

> La excursión a Onset ha concluido en una especie de apoteosis: mi primer paseo en aeroplano. Una experiencia completamente deliciosa que quiero repetir. Ha sido en un hidroavión. Se elevó por encima de la punta de la Bahía de Buzzard, dándole a uno una sensación de cósmica independencia respecto del mundo limitado y de la belleza azul y verde que se extendía debajo[365].

Los Long insistieron en que se bañase. Él solía decir que no había aprendido a nadar por temor a que el frío le paralizase, pero al final le convencieron. Apareció en un traje de baño de la época de 1910, con calzón

hasta la rodilla, y nadó unas yardas con decorosas brazadas sin acusar efecto perjudicial alguno.

El 28 de agosto, Lovecraft y su tía más joven, Annie Gamwell, efectuaron un viaje en autobús al oeste de Rhode Island, para visitar sus lugares ancestrales de Moosup Valley y los Fosters. Pasaron el día buscando en las lápidas los nombres de Howard, Lyon, Phillips, Whipley y Whipple. Lovecraft copió epitafios, como el de la lápida de su tatarabuelo, Asaph Phillips:

> *El dulce recuerdo de los justos*
> *Florecerá cuando duerman en el polvo*[366].

Lovecraft se declaró «un perfecto hacendado[367]». No es el único en haber pensado que tenía el instinto de dueño de propiedades sin propiedades.

Siguió con su trabajo de revisión. En abril, apareció el libro de de Castro sobre Bierce y tuvo escasa venta. De Castro refunfuñó que habría tenido mejor acogida de haber accedido Lovecraft a redactarlo de nuevo. En julio, de Castro pagó a Lovecraft por adelantado (como éste había pedido al principio) la revisión del libro. Dicho trabajo tuvo ocupado a Lovecraft los dos meses siguientes; pero, que yo sepa, la nueva versión no llegó a publicarse.

Lovecraft se hizo cargo también de otro pesado trabajo de revisión. En 1929, Maurice Moe le envió el manuscrito de *Accesos a la Poesía*, libro sobre la apreciación poética que Moe esperaba publicar como libro de texto. Lovecraft no sólo hizo la revisión, sino que se negó a aceptar dinero explicando: «Va contra la índole de un caballero cobrar dinero por un favor que le hace a un amigo[368]». Lovecraft empezó esta revisión en julio, y aún trabajaba en ella en septiembre. Este libro, al parecer, tampoco llegó a publicarse.

A principios de 1929, un tal doctor Lee Alexander Stone, médico, que

había sido superintendente de una rama del Servicio de Salud Pública de Chicago, encargó a Lovecraft que escribiese un artículo sobre el crimen en Chicago. Lovecraft escribió el artículo, pero no lo cobraba. Al año y medio de insistir cortésmente, escribió al individuo:

Señor:

Referente a su persistencia en no pagar la factura —puesto que se niega con tanta terquedad a toda explicación, pese a mis repetidas preguntas—, he decidido, a riesgo de alentar costumbres arteras, renunciar al uso de una agencia de cobros y regalarle la cantidad en cuestión. Es mi primer tropiezo con un desagradable asunto de cobro, y creo que no malgasto dicha suma (7,50 dólares) si con ella adquiero experiencia práctica. Necesitaba aprender a tener cuidado en aceptar clientes desconocidos sin ampliar referencias, especialmente clientes de una región estridente que cultiva la expansión comercial más que el honor propio de caballeros. Entretanto, me complace la respuesta tan concreta a la pregunta popular: «¿Es Chicago una ciudad inundada por el crimen?». Con la consideración propia del caso, y confiando en que mi pequeña donación le resulte de gran ayuda económica,

queda de Vd. suyo afmo.,

H. P. LOVECRAFT

Más tarde, en ese mismo año, Lovecraft escribió varios artículos para el doctor Woodburn Harris, un médico que luchaba contra la Prohibición en Chicago. Le reescribió a Zealia Reed su relato «El montículo», asimilándolo a los Mitos de Cthulhu. Basado en cuentos que ella había oído en Oklahoma, la historia se refiere al descubrimiento de una civilización secreta en unas cavernas subterráneas. Antes de emprender este trabajo, escribió a Elizabeth Toldridge:

Sí; todo cuanto pertenece a las civilizaciones maya y azteca es

> interesante, y me parece que utilizaré el tema más de una vez. Efectivamente, mi próxima revisión me dará ocasión de ahondar en él, ya que necesitará una introducción de dicho tema, de manera que va a suponer una composición enteramente original por mi parte[369]

Tal como se presentaron las cosas, no volvió al trabajo original en varios meses, y los relatos sobre temas mesoamericanos (aparte de su obra «El montículo») no llegaron a hacerse realidad. Cuando «El montículo» llegó a *Weird Tales*, Wright lo rechazó por considerarlo demasiado largo (28.000 palabras), y no salió a la luz hasta después de la muerte de Lovecraft y de Wright.

Lovecraft siguió haciendo débiles esfuerzos por vender sus escritos. Después de rechazar Wright «La extraña casa de la niebla», pidió verlo otra vez. Pero, dijo Lovecraft, «es demasiado tarde. Se lo he dejado a Cook para que lo saque en *The Recluse*, y sería de muy mal gusto pedirle que me lo devolviese, ya que esto implicaría que sólo se le manda lo que nadie quiere».

Sin embargo, Cook tenía sus propios problemas; su mujer murió a principios de 1930. Cuando vio claramente que Cook no iba a sacar ya otro *Recluse*, Lovecraft envió «La extraña casa elevada de la niebla» a Wright, que lo publicó en el número de octubre de 1931.

Lovecraft habló de enviar los relatos rechazados por Wright a revistas claramente de ciencia-ficción. Pero consideró repugnante esta poco caballeresca manera de vender: «En cuanto a mí, siento una especie de aversión a enviar nada de lo que ha sido rechazado anteriormente, así que de momento creo que esperaré hasta tener algo nuevo… no me gusta hacerme el insistente con mis cosas. Es una actitud estúpida, desde luego, ¡pero los viejos son siempre los viejos!».

Durante su visita de primavera a Nueva York, Lovecraft tuvo una entrevista con un director auxiliar de la *Red Book Magazine*, «pero se limitó a convencerme de que nada mío se adapta a este tipo de revista». Se consoló de su fracaso de publicar el libro: «En cuanto a una colección de mi material, es cosa que se ha mencionado muchas veces, aunque nunca se ha llevado a cabo; pero no me importa gran cosa si se publica o no».

Los escritores y demás artistas que no tienen éxito dicen a menudo que no les importa si la multitud aprecia su obra o no; que ellos crean solamente para expresarse. Probablemente, hacen de la necesidad virtud defendiendo sus egos de la humillación del fracaso. Cuando les llega la fama y fortuna, la mayoría acoge estas recompensas tan ansiosamente como los que están hechos de un barro más común.

En el caso de Lovecraft, la depresión en que le sumía cada fracaso indica que no era tan indiferente al éxito mundano como confesaba. Y lo admitió. Cuando, en 1935, Loring y Mussey le preguntaron si tenía algo para darles a publicar, escribió a un amigo que no creía que estas indagaciones se materializaran en nada concreto, ya que otros cuatro editores habían renunciado a sacar una colección de sus relatos. No obstante:

> Voy a enviar unos pocos cuentos sólo por aquello de no dejar piedra por remover. Me sabría mal pensar después que *habría podido* publicar *si* hubiese contestado a esa petición[370]

Evidentemente, le habría entusiasmado ver su nombre en el lomo de un libro profesionalmente publicado, a pesar de sus manifestaciones en sentido contrario.

En verso, el talento de Lovecraft brilló fugazmente. En 1925 compuso una graciosa aleluya de once cuartetos, *Un año transcurrido*:

> *Si tuviera un año entero de ocio*
> *Con dinero que gastar a discreción*
> *Trazaría un programa, haría*
> *Los más locos viajes de ficción.*
>
> *Apagaría mi sed en las guías marítimas,*
> *Estudiaría los mapas ferroviarios,*
> *Primero en América pensaría*
> *Por complacer al anunciante local.*

Habla de todos los lugares a los que le gustaría ir:

*Sacaría un billete de autopullman*
*Para Kiao-chan y Yokohama*
*Compraría un pasaje para el Tibet*
*Y poder departir con el Dalai Lama …*

*Esto podría planear, hasta que al fin*
*Pasara el año sin sentir.*
*Mi dinero aún tendría por gastar*
*¡Y sin necesidad de hacer ese loco viaje*[371]*!*

Trató de romper su dieciochesco molde poético: «En los pocos intentos métricos que hago, trato condenadamente de librarme de esta tendencia [a utilizar una fraseología abundante] que, como sabrás probablemente, tuve una vez de forma muy aguda debido a mi inveterada predilección por el estilo dieciochesco[372]».

A finales de la década de 1920, saltó a la fama el poeta Edwin Arlington Robinson. Sus *Sonetos*, 1889-1927, aparecieron en 1928, y hay motivo para pensar que Lovecraft estaba influido por el verso de Robinson. Hay una referencia a «Robinson» en una de sus cartas que alude probablemente al poético inspector de metro y empleado de aduanas, nacido en Maine, que compartía con Lovecraft el anticomercialismo, y escribió: «Malditos sean los negocios».

Lovecraft escribió un poema en broma, *El mensajero*, hacia noviembre de 1929. Bertrand K. Hart, director literario del *Providence Journal*, había alabado en su columna «La llamada de Cthulhu», que había aparecido en la antología de Harré. Hart comentaba que Lovecraft había situado al artista Wilson en Thomas Street 7, en una casa donde Hart había vivido. En venganza, Hart amenazó con «hacer que los gules y espectros locales enviaran a un monstruoso visitante a mi [de Lovecraft] puerta, a las tres de la madrugada…». En respuesta Lovecraft escribió:

*El Ser, dijo, vendría esa noche a las tres,*

*Del viejo cementerio de la colina;*
*Pero junto al sano resplandor de un fuego de encina*
*Pensé que era imposible.*
*Sin duda sería una broma*
*Tramada por alguien que ignora*
*El Signo Anterior, hace mucho transmitido,*
*Que libera las formas ciegas de la noche.*

*Él no quería —no— pero yo encendí*
*Otra lámpara mientras los astros de Leo ascendían*
*Por encima del Seekonk,*
*y una campana daba Las tres,*
*y el fuego se apagaba poco a poco.*
*Entonces, en la puerta, sonó un ruido quedo*
*¡Y la loca verdad me devoró como una llama*[373]*!*

Lovecraft oyó que iban a demoler toda una fila de naves a lo largo de South Water Street, en la parte de abajo de College Hill. Ofendido, se lamentó: «Su destrucción es para mí de lo más dolorosa y desagradable, aunque sé muy bien que no se puede evitar[374]». El 7 de diciembre de 1929 compuso un poema de doce cuartetos, *Fila de ladrillo*:

*Hace tiempo que están ahí*
*Ladrillo rojo, tejado oblicuo, al borde del puerto;*
*Chimeneas contra un trozo de aire salado,*
*Y la colina verde que asciende capa a capa …*

*Si el final de una época insensible debe arrancar*
*Estas joyas del manto sereno del pueblo,*
*Creo que las calles del puerto quedarán*
*Con un aspecto perplejo de melancólica futilidad*[375]*…*

Uno duda mucho que estos edificios cuadrados y utilitarios pareciesen «joyas», pero la hostilidad de Lovecraft a todo cambio era indiscriminada.

Él habría conservado todo edificio construido, digamos, antes de 1830. El poema, publicado en el *Journal*, se ganó la alabanza de los lectores, pero no salvó las naves; no obstante, aún queda alguna entre las calles de South Water y South Main.

En enero de 1930 Lovecraft escribió una serie de sonetos sobre temas espectrales. Compuso treinta y tres en una semana. *Weird Tales* compró diez por 35 dólares, mientras que el *Providence Journal* compró cinco más. Los otros aparecieron en periódicos aficionados.

En poesía, Lovecraft (que se definía a sí mismo, con toda justicia, «esencialmente prosista») fue superado con mucho por Rober E. Howard, August Derleth y Clark Ashton Smith. Sin embargo, este ciclo de sonetos fue una verdadera proeza. He citado partes de estos sonetos en las cabeceras de los capítulos ni, XII, XIII y XIV. He aquí uno completo. *Las campanas*:

*Año tras año oía un débil, lejano tañido*
*De grandes campanas al viento negro de la noche,*
*No venía de campanario ninguno,*
*Sino parecía cruzar aleteando un gran vacío.*
*Busqué una clave en mis sueños y recuerdos,*
*Pensé en los repiques de mis múltiples visiones:*
*En Innsmouth, cuyas blancas gaviotas se detienen*
*En un viejo chapitel que un día conocí*

*Siempre perplejo, oía caer esas notas remotas;*
*y una noche de marzo, la lluvia, salpicando el frío,*
*Me llamó, entre las puertas del recuerdo*
*Hacia antiguas torres donde locos los badajos tañían,*
*Tañían… en las corrientes tenebrosas que discurren*
*Por los valles hundidos en el fondo muerto de los mares*[376]

Lovecraft tituló esta serie *Fungifrom Yuggoth*[377], nombre de un supuesto planeta trasneptuniano de los relatos de los Mitos de Cthulhu. Cuando se descubrió Plutón en 1930, Lovecraft recordó a sus amigos que, en cierto modo, lo había predicho él.

*Fungifrom Yuggoth* mostraba que Lovecraft poseía efectivamente un modesto talento poético. Pero en poesía, como en otros aspectos de la vida, había emprendido al principio una dirección equivocada, y sólo a última hora se daba cuenta de su error. Después de los *Fungí*, escribió muy poca poesía.

La correspondencia de Lovecraft aumentó más que nunca. Colega suyo era una vieja dama de Boston que se proclamaba descendiente de Mary Easty, ahorcada por bruja en Salem, en 1692. Entusiasmado, Lovecraft esperaba obtener de ella algunas tradiciones que poder utilizar en sus escritos. Su descendiente de bruja, sin embargo, resultó ser una informadora excéntrica, que pretendía poseer poderes proféticos, y quería saber dónde se encontraban «Dunwich» y «Arkham», dado que no podía localizarlos en los mapas.

En agosto de 1930, Lovecraft inició correspondencia con otro escritor de *Weird Tales*, Robert Ervin Howard (1906-36). Aunque no llegaron a conocerse personalmente, Lovecraft, Howard y Clark Ashton Smith se convirtieron en los tres mosqueteros de *Weird Tales*, colaborando constantemente en la revista y escribiéndose sin parar.

Robert E. Howard pasó casi toda su vida en Cross Plains, en el centro de Texas. Era hijo único de un médico de la frontera. Frágil y nervioso de chico, se convirtió después, mediante heroico ejercicio, en una masa de músculos de noventa kilos, llegando a ser un aceptable púgil y jinete, y un fanático de los deportes. Tenía un padre taciturno, irascible, y (como Lovecraft) una madre-monstruo: una mujer empalagosa y posesiva que desalentaba su normal interés por las chicas.

Lector voraz y escritor voluminoso y versátil, Howard era poeta de cierta talla. Su verso sonoro y colorista, aunque no tan brillante como el de Smith, es mucho más legible que la mayoría de los de Lovecraft.

Howard no pudo estudiar por falta de dinero. Tras algún trabajo eventual, como camarero y vigilante, se dedicó a escribir exclusivamente. Después de unos años (1926-29) de pocas ganancias y muchos fracasos, empezó a defenderse bien. Fue el único escritor profesional de los tres, ya

que Smith se consideraba a sí mismo fundamentalmente poeta, y Lovecraft corrector de estilo. En su corta vida, Robert E. Howard escribió más literatura que Smith y Lovecraft juntos. Sus casi doscientos relatos abarcan la fantasía, la ciencia-ficción, el oeste, el deporte, el relato histórico, así como las historias de detectives y aventuras orientales.

Durante siete años Howard y Lovecraft mantuvieron una voluminosa correspondencia. Discutieron sobre las razas humanas, las migraciones de las tribus, y el auge y decadencia de las civilizaciones. Siendo de amplia ascendencia irlandesa, Howard era proirlandés igual que Lovecraft era proinglés. A veces sus discusiones se hacían muy ásperas.

Cuando Howard deseaba haber nacido bárbaro o en la frontera, Lovecraft le acusaba de romántico, sentimental, ingenuo y de ser «enemigo de la humanidad». Howard replicaba que la idealización de Lovecraft del siglo XVIII era igual de romántica e ingenua. Lovecraft acusaba a Howard de exaltar el lado físico de la vida por encima del intelectual; Howard replicaba que se limitaba a adoptar un criterio equilibrado, y que el deporte y el ejercicio eran tan necesarios para él como la afición a la arqueología para Lovecraft. Cuando Lovecraft alababa a Mussolini y el fascismo, Howard, para quien la libertad personal era el principio político fundamental, acusaba a Mussolini (que entonces bombardeaba y gaseaba a los etíopes) de carnicero, y al fascismo de despotismo, esclavismo, y de bastión de la oligarquía capitalista.

Howard sale más airoso en estas discusiones que Lovecraft. Parece que supera con mucho a Lovecraft en ardor, generosidad, equilibrio, experiencia de la vida y sentido común. Su debilidad fatal sólo afloró más tarde.

La más importante creación ficcional de Howard fue la Edad Hybórea de las historias de Conan. Se trata de una era prehistórica imaginaria de hace unos 12.000 años, entre el hundimiento de la Atlántida y los principios de la historia escrita. Conan de Cimmeria es un bárbaro gigantesco y aventurero que combina las cualidades de Hércules, Simbad y James Bond.

Al planear sus historias de Conan, de las que escribió más de dos docenas, Howard compuso un ensayo, «La Edad Hybórea». Este establecía la pseudohistoria del mundo de Conan, aunque Howard declaraba que no era una teoría seria de la prehistoria humana. Dio a sus reinos y personajes

nombres de historias y mitologías clásicas, orientales y escandinavas, como Dión, Valeria, Thoth-Amón, Asgard y Turán.

Hacía finales de septiembre de 1935, Howard envió una copia de «La Edad Hybórea» a Lovecraft, pidiéndole, cuando la leyese, que se la remitiese al entusiasta Donald A. Wollheim. Lovecraft envió el manuscrito con una carta:

Querido Wollheim:

Aquí te envío algo que Bob Dos Pistolas desea te remita para *The Phantagraph* y que espero profundamente que puedas utilizar. Verdaderamente es buen material: Howard es el hombre que posee el más espléndido sentido del drama de la «Historia» de todos los que yo conozco. Tiene una visión panorámica que abarca, en la evolución e interacción de las razas y naciones, vastos períodos de tiempo, y proporciona a uno la misma escala de emoción que (con una visión aún mayor) proporcionan cosas como los «Ultimos y primeros hombres» de Stapledon.

El único fallo de este trabajo es la incurable tendencia de R.E.H. a idear nombres demasiado estrechamente emparentados con nombres reales de la historia antigua; nombres que, para nosotros, tienen connotaciones muy distintas. En muchos casos lo hace intencionadamente —con la teoría de que los nombres familiares descienden de reinos fabulosos que él describe—, pero semejante plan queda invalidado por el hecho de que sabemos claramente la etimología de muchos términos históricos, por lo que no se puede aceptar la genealogía que él sugiere. E. Hoffman Price y yo hemos discutido con Dos Pistolas sobre este punto, pero no hemos adelantado nada. Lo único que puede hacerse es aceptar la nomenclatura tal como él la da, cerrar los ojos ante los defectos y darnos por condenadamente satisfechos de que podamos disfrutar de tan vividas leyendas artificiales… Mis mejores parabienes.

*Muy sinceramente tuyo*

*H P L*[378]

A pesar de la crítica de Lovecraft, hay mucho que hablar sobre la nomenclatura de Lovecraft. Aunque los hombres ideados por Howard son desagradables, los que toma de fuentes antiguas confieren un encanto de antigüedad sin que resulten demasiado difíciles para el lector moderno que, habiéndosele enseñado a leer por métodos visuales, retrocede ante nombres más exóticos que «Smith».

Wollheim publicó parte de «La Edad Hybórea» en su *Phantagraph*. En 1938, Wollheim, Forrest J. Akerman, y otros tres entusiastas seguidores publicaron el ensayo entero en un folleto mimeografiado. *La Edad Hybórea*.

Durante varios años, Lovecraft estuvo enemistado con Ackerman. Nacido en California en 1916, Ackerman ha hecho una larga carrera como fanático partidario de la ciencia-ficción, mientras se ganaba la vida como vendedor de revistas, director, y agente literario entre otras cosas.

En 1932, cuando Ackerman estaba en la escuela secundaria, Clark Ashton Smith publicó en *Wonder Stories* un cuento llamado «Morador de las Profundidades Marcianas». Esta historia de horror se refiere a unos exploradores humanos en Marte que encuentran un monstruo. Esta criatura se alimenta al parecer de ojos de los exploradores, y está provisto de apéndices para extraérselos. Ackerman escribió a la *Fantasy Fan* de Charles Horning, metiéndose con dicho relato, en el sentido de que la fantasía de horror no tenía cabida en una revista de ciencia-ficción. Lovecraft publicó:

> En cuanto a la efervescencia de Ackerman, me temo que difícilmente se puede tomar en serio en cuestiones relativas a la crítica de la ficción imaginativa. El relato de Smith es realmente espléndido, menos el final barato en el que ha insistido el director [de] *Wonder Stories*. Ackerman me escribió una vez una carta con un ataque muy infantil sobre mi obra: evidentemente utiliza una pirotecnia verbal enteramente gratuita, y parece bastante insensible a las impresiones imaginativas.

La disputa llenó la columna durante los seis primeros números de la revista aficionada. Las observaciones de Ackerman, evidentemente, se le quedaron clavadas a Lovecraft, pues durante los tres años siguientes sus alusiones a Ackerman estuvieron animadas con términos tales como «peste habitual», «enterado», «mocoso insolente» y «zoquete insustancial».

Hacia 1937, sin embargo, había dejado atrás esta juvenil intransigencia. Decía de Ackerman: «Estoy seguro de que debe haber un chiquillo brillante y encantador ¡debajo de su superficie!… madurando en algo muy distinto del *enfant terrible* de hace tres años… ¡No tengo nada en absoluto en contra suya!».

Lovecraft analizaba las cualidades que contribuían al éxito literario, aconsejando a Zealia Reed.

> Para mí, la posibilidad de producir nada provechoso en el curso de una obra artística seria es tan remota que casi puede considerarse desechable; mientras que usted, en cambio, parece pertenecer a ese otro grupo más afortunado (como Booth Tarkington o Sinclair Lewis) cuyos serios intereses están más próximos al campo popular (y por tanto remunerativo)…

Un «artista superlativamente grande», decía, podía esperar ganarse la vida modestamente con su arte, mientras que «un auténtico e ignorante» como Edgar Rice Burroughs podía, con suerte, ganar una fortuna.

> Normalmente, sin embargo, el escritor con éxito comercial (exceptuando el género de novela sin valor literario alguno) se sitúa en un término medio, en cuanto a mérito, con una moderada habilidad de pensamiento y una seguridad técnica bastante aceptables… Lo que realmente determina su éxito es un tercer factor, enteramente distinto —la inexplicable e imponderable armonía con los procesos mentales y emocionales del público lector

> más amplio— que no tiene relación alguna con la habilidad literaria, y se encuentra igualmente entre los más grandes genios y los más pesados imbéciles… Pero cuando la simpatía popular es muy pequeña o inexistente —como es mi caso—, es inútil esperar otra cosa que un flaco provecho material, a no ser que se dé un raro accidente.

Convencido de que jamás haría fortuna escribiendo, Lovecraft decía que «saltaría con avidez indecente sobre cualquier colocación estable por absolutamente ridícula que fuera». Estaba convencido de que podía ganar más por ese medio que con «la enervante y mal pagada empresa de revisar».

Incluso deseaba poder escribir género popular. Al enterarse de que Derleth había vendido un relato detectivesco, dijo: «Me gustaría poder hacerlo también; preferiría mil veces escribir cuentos de detectives a revisar; pero me temo que carezco de habilidad[379]». En realidad, estaba más capacitado que muchos para escribir obras detectivescas. Pero su inseguridad y su falta de empuje le impidieron intentarlo siquiera.

Durante un tiempo. Lovecraft tuvo una colocación en Providence que comparada con sus primeras aspiraciones no estaba lejos de lo «absurdamente ridículo». Vendía entradas para la sesión de noche en un cine de reestreno. Se sentaba en su cubículo con un libro abierto delante. Cuando estaban dando el último pase, se iba, se detenía un rato en el Waldorf Restaurant, regresaba a pie a College Hill, y se pasaba el resto de la noche trabajando.

Rara vez mencionó Lovecraft esa colocación en sus conversaciones y, por lo que sé, jamás la citó en sus cartas. No es la clase de trabajo que a un caballero le habría gustado hacer. De los pocos datos que he podido recoger, deduzco que tuvo esta colocación un tiempo durante 1928-30.

Al parecer, Lovecraft no buscó trabajo en los años 30. Por entonces, sin embargo, sobrevino la Gran Depresión, y las colocaciones escaseaban aun para solicitantes de mejor presencia y preparación.

En 1928 Vrest Orton se trasladó de Nueva York a su Vermont natal, y fundó la Stephen Daye Press en Brattleboro. Instó a Lovecraft a que se

fuera a Brattleboro también, como director. Lovecraft declinó la proposición alegando como pretexto el clima. En su período poesco, había puesto en verso sus pensamientos sobre los inviernos de Nueva Inglaterra:

> *Recuerdo la estación,*
> *Alboreaba ante mis ojos;*
> *El tiempo loco de la sinrazón,*
> *Los días de embotamiento*
> *En que el invierno, amortajado y lúgubre,*
> *viene en silencio a torturarme y entorpecerme*[380]

Durante varios años, Orton envió a Lovecraft pequeños trabajos editoriales, en su mayoría corrección de pruebas. Creía que con el tiempo convencería a Lovecraft para que se trasladase a Brattleboro. En 1932, sin embargo, Orton vendió su empresa y regresó a Nueva York, lo que acabó con tal posibilidad.

Lovecraft se volvió más insistente que nunca sobre la necesidad del escritor de tener una tradición, unas raíces y una identificación con el lugar. En Rhode Island occidental, sentía

> … correr el pulso hereditario de la sangre de uno mismo por el paisaje igual que si fuese por las venas de un inmenso y hermoso organismo… El lugar ideal para uno es su casa, si tiene que desarrollar sus mejores cualidades, y Nueva York no es sitio para vivir un hombre blanco… Un hombre pertenece al lugar donde echó sus raíces, donde el paisaje y el entorno guardan alguna relación con sus pensamientos y sentimientos, en virtud de habérselos formado. Una verdadera civilización reconoce este hecho, y la circunstancia de que América esté empezando a olvidarlo supone mucho más que una mera cuestión de inhibición burguesa y lugar común, lo que me convence de que el material americano se está volviendo una

civilización cada vez menos auténtica y cada vez más una inmensa barbarie de lujo mecánica y emocionalmente inmadura[381].

Esto no es cierto en todos los escritores. Algunos, como Derleth, han triunfado sin haberse movido de su hogar natal; otros lo han hecho igualmente errando por el mundo.

Lovecraft aún asumía el papel de esteta altivo, aristocrático y adinerado:

> La única razón para que un caballero haga algo distinto de lo que le dicta su antojo, es el poder mantener mejor sus ilusiones de belleza y de propósito en la vida, de modo que encajen armoniosamente con el modelo de sus sentimientos ancestrales. El *individuo* —feudal, orgulloso, distante, libre y dominante—, eso es lo único que importa; y la sociedad es útil para él sólo en la medida en que le ensancha los placeres de los que podría disfrutar sin ella.

La aristocracia futura, representada en su tiempo por los Ford y los Rockefeller, sería, según él, la de «la riqueza, el esplendor, el poder, la velocidad, la cantidad y la responsabilidad tan sólo; pues habiéndose erigido sobre la base de la adquisición y la industria», encarnaría «el crudo ideal del *hacer* en oposición al civilizado ideal del *ser*[382]». El auténtico caballero —especie en vía de extinción— debería existir simplemente, y dejar que el mundo viniese a él.

La era de las máquinas, advertía Lovecraft, destruiría pronto el sur como había destruido el nordeste. «Nada bueno se puede decir de esa cancerosa cultura de la máquinas…». Aunque había disfrutado con su paseo en avión, dijo que «detestaría ver convertirse el aeroplano en un artefacto comercial corriente, dado que no hacen más que añadir una velocidad condenadamente inútil a la vida, ya demasiado apresurada; pero, como artilugio para diversión de un caballero, ¡está muy bien!».

Lovecraft citaba a varios pensadores eminentes —Ralph Adams Cram, Joseph Wood Krutch, James Truslow Adams, John Crowe Ransome, T.S. Elliot y Aldous Huxley— que advertían igualmente contra los terribles

resultados sociales de la mecanización. Lovecraft pensaba que «la era de las máquinas tardaría generaciones en crear suficientes ilusiones estables como para fundar una nueva fábrica de tradición satisfactoría». Entretanto, «todo lo que uno puede hacer de momento es combatir el futuro lo mejor que pueda[383]».

La neofobia de Lovecraft —el miedo a lo nuevo— es una cualidad humana habitual. A los seres humanos les gusta el cambio, pero también la estabilidad. Ningún cambio les abruma; pero si son excesivos, les producen inquietud. De jóvenes las personas están más dispuestas al cambio que cuando son mayores y han desarrollado hábitos, asociaciones y afectos por las cosas.

Inmaduro en muchos aspectos, Lovecraft era prematuramente viejo en su actitud respecto al cambio. A los treinta y ocho años, decía: «… En lo que concierne a mi temperamento, he nacido ya viejo». Padecía el «shock del futuro» mucho antes de que Alvin Toffler inventase el término. Ilustra, de manera especial, la frase de Bertrand Russell: «la ciencia, aunque ha acelerado enormemente el cambio exterior, aún no ha encontrado la forma de apresurar el cambio psicológico, especialmente en lo que concierne al inconsciente y el subconsciente. Pocos hombres se sienten inconscientemente a gusto, salvo en condiciones muy similares a aquellas que predominaban cuando eran niños[384]».

Aún atacaba furioso a la «marea de inmigrantes extranjeros, degenerados e inasimilables». Aunque proclamaba que él «respetaba el principio de la aristocracia» y se llamaba a sí mismo antidemócrata, prefería una constitución política moderada y liberal en el gobierno. Al parecer, quería que el gobierno le tratase de manera liberal y tolerante, y a los de otras razas con mano dura. Uno recuerda el comentario de Walter Lippmann sobre H. L. Mencken: que «parece creer que se puede tener una sociedad privilegiada, ordenada, aristocrática, y con entera libertad de palabra. Ese es el sentimentalismo utópico más completo que cabe imaginar».

Lovecraft dudaba en cuanto a la censura, y deseaba que hubiese alguna forma de «distinguir entre el verdadero arte —o ciencia— y la pornografía comercial…»[385], problema que aún confunde a las mentalidades jurídicas más despiertas. Deploraba el ardor con que muchas personas mayores

abordaban el tratamiento del sexo en las artes. Sus sentimientos, decía, debían de estar sumidos en la insana obsesión victoriana por el sexo. En cuanto a él:

> Apenas he utilizado el teléfono, aunque hay uno en la tranquila casa donde vivo. Me producen más placer las barreras que se interponen entre mí y el mundo moderno que los lazos que me conectan con él. Me gusta mantenerme aparte, separado, neutral, indiferente, objetivo, impersonal, universal, y no cronológico… Todoel ideal de la moderna América-basado en la velocidad, el lujo mecánico, el logro material y la ostentación económica —me parece indeciblemente pueril…

Se daba cuenta de sus propias contradiciones:

> Soy, como ves, una especie de híbrido entre el pasado y el futuro; arcaico en mis gustos, emociones e intereses personales, pero tan científicamente realista en filosofía que no puedo soportar ningún punto de vista intelectual que no se halle ya en el plano más avanzado.

No se consideraba, sin embargo, especialmente maltratado por el destino: «Afortunado es aquél cuyo temperamento y ocasiones le permiten vivir ampliamente en la imaginación histórica… como lo es asimismo el situado allí donde los procesos del cambio son más graduales y menos perceptibles[386]».

Se desdecía un poco de su anterior intransigencia: «No soy tan pródigo en dogmatismos como solía ser, ahora que he alcanzado una edad de senador de tertulia…». «A menudo sonrío con tristeza, al recordar algunos dogmatismos y enérgicas indagaciones de mi anterior período kleicomolo[387]».

A principios de 1930 Lovecraft luchaba con sus revisiones, a fin de reunir dinero para su próximo viaje. Estas revisiones incluían trabajos del curso de graduación de la Renshow Schoool de Washington.

En abril salió de viaje, yendo directamente a Carolina del Sur. Desde Columbia, escribió que había descubierto un verdadero «paraíso»:

> ¡Pero qué lugar! Una *verdadera civilización*, con gente americana pura, con sentido del sosiego y del reposo, y una enorme cantidad de belleza opulenta (aunque no antigua). ¿Por qué, en nombre del Cielo, vivirá nadie en el norte, a menos que sea por obligación, o por algún lazo sentimental[388]?

Pasó varios días en Charleston, lleno de energía, agotando a un guía de color, y extasiado ante los restos coloniales. Dormía en un ymca y se ahorraba el precio de la lavandería lavándose sus propias camisas y ropa interior en la jofaina. Se cortaba el pelo él mismo con un artilugio que permitía incluso cortarlo por detrás con ayuda de dos espejos. Desayunaba un emparedado de queso, café y helado, y acudía a los restaurantes italianos para comer. Observó con alarma que su peso se acercaba a 63 kilos.

Respecto a la ropa, tropezó con un problema. Quiso comprar cuellos postizos nuevos en Richmond, pero se encontró con que las tiendas ya no los tenían. Tuvo que esperar a regresar a Nueva York para renovar su provisión. Toda su vida utilizó cuellos postizos, pero en los años 20, las camisas con cuello comenzaban a desplazar a las otras de tipo anticuado. Su amigo Cook habla de este cambio:

> Jamás me han parecido cómodas las camisas *negligées*, ni valioso el tiempo que ahorra un cuello postizo. Casualmente venia Howard conmigo el día que compré un montón de camisas *negligées* y llené la papelera de cuellos blancos. Se quedó estupefacto. ¿Por qué me rebajaba yo deliberadamente un grado en

> la escala social cuando no había necesidad y cuando, verdaderamente, me costaba dinero? ¿Por qué no utilizaba cuellos blancos blandos si los duros se habían acabado definitivamente? Al menos, ¿por qué no utilizaba una camisa sin cuello y luego podía variar de cuellos?… Cuento este incidente sólo para que se vea lo firme que era Howard en su sentimiento de *clase*.

A mediados de mayo, Lovecraft fue a Nueva York a visitar a los Long. En el apartamento de Loveman, se encontró otra vez con «ese trágico, alcoholizado, pero ahora eminente» poeta, Hart Crane, cuyo poema *El Puente* le había catapultado a la gloria. Cuando Crane estaba sobrio, Lovecraft le encontraba «un hombre de gran formación, inteligencia y gusto estético, capaz de hablar de manera interesante y profunda como no he oído a nadie jamás. Pobre diablo: ha "llegado" al fin a la categoría de poeta clásico americano… y sin embargo, en la misma cumbre de su fama, se encuentra al borde de la desintegración psicológica, física y financiera, y sin la certeza de haber tenido inspiración para escribir otra vez una obra literaria de envergadura[389]. Los acontecimientos confirmaron el juicio de Lovecraft».

A principios de junio, los cheques que le llegaron a Lovecraft por sus revisiones le permitieron remontar el Hudson y visitar a Dwyer en Kingston, y luego dirigirse hacia el este para ver a Cook, en Athol. Durante algunos meses, Cook había estado en baja forma debido a la coincidencia de su apendicitis crónica con una depresión nerviosa con alucinaciones y amenazas de suicidio. Ahora, y por algún tiempo, se encontraba mejor otra vez cerca de Harvard Bridge.

En julio, Lovecraft fue a Boston para asistir a una convención de la NAPA. El programa incluyó un paseo en barco remontando el Charles, el cual se vio animado con el rescate de un borracho que se había caído al agua.

En agosto visitó a los Long, entonces de vacaciones en Onset. Estos le llevaron por Cape Cod en coche. Al final de esta visita se apuntó por 12 dólares a una excursión en tren a Quebec.

En la *belle Province*, Lovecraft admiró las «típicas granjas francesas de

los viejos tiempos, auténtico producto de la histórica tradición constructora nativa». La visión de la ciudad de Quebec, con su ceñuda ciudadela en el acantilado que se eleva sobre el San Lorenzo, le hizo contener la respiración:

> ¡Quebec! ¿Puedo alguna vez apartarte de mi mente y pensar en otra cosa? ¿A quién le importa París o Antípolis ahora? ¡Jamás he contemplado nada igual, ni espero contemplarlo!… Todas mis anteriores ideas sobre la belleza urbana están superadas y se quedan anticuadas. Apenas puedo creer que el lugar pertenezca al mundo vigil.
>
> … Es un sueño de muros de ciudad, acantilados coronados de fortalezas, chapiteles plateados, calles estrechas, tortuosas y perpendiculares, perspectivas espléndidas, y la madura y tranquila civilización de un mundo más antiguo… Todo contribuye a hacer de Quebec casi un trozo de país de cuento de hadas[390]

Después de tres días de visita, Lovecraft tomó el tren para Boston. Allí efectuó una excursión en barco a Provincetown, a la punta de Cape Cod:

> … El paseo —mi primera experiencia a *mar abierto*— valió muy bien el precio de la excursión. Estar en el agua ilimitada sin tierra a la vista es… sentir la imaginación fantástica estimulada de la manera más poderosa. El horizonte uniformemente vacío evoca toda clase de especulaciones sobre *qué puede haber más allá*.

No se ve dónde está el supuesto miedo de Lovecraft al mar. Ahora viajero entusiasta, comprendía a Derleth cuando éste se quejaba de sentirse «abandonado» en el llano y bucólico Wisconsin. Lovecraft decía:

> Evidentemente, estos días no paro de viajar, para recuperar el tiempo perdido. Lo malo es que ahora que tengo *salud* para viajar, no tengo *dinero*; de forma que me toca contentarme con estas

> excursiones breves y demasiado escasas. No sé si pisaré alguna vez el Viejo Mundo, aunque me sabría mal morir sin haber visto Inglaterra[391].

Desgraciadamente, el tiempo perdido no se recupera jamás. La visita de Lovecraft a Quebec afectó a su forma de pensar. Durante años había injuriado a los franco-canadienses como parte de las «hordas extranjeras» que infestaban Nueva Inglaterra. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía prudentes palabras de elogio para la cultura francesa, a la que calificaba como «indudablemente *superior* a la nuestra». En 1929 escribe:

> Detesto al francés chapurreador con sus pequeñas afectaciones y gestos untuosos, y quisiera defender la cultura y la tradición inglesas hasta mi última gota de sangre. No obstante, comprendo que los franceses tienen una cultura más profunda que nosotros …[392]

El tono de Lovecraft cambió después de Quebec:

> Lo bueno de los franceses de Quebec es que han vivido inmemorialmente en el mismo suelo, con las mismas condiciones y tradiciones. ¡Eso es lo que hace la civilización!… No, los franceses no son malos; y después de ver Quebec, jamás volveré a considerar las Central Falls y Woonsocket y Fall River como algo enteramente extranjero[393]

Incluso tuvo una palabra amable para la iglesia católica de Quebec, como fuerza de cohesión social.

Durante 1930, Lovecraft se divirtió cuando algunos de sus corresponsales se tomaron en serio su imaginario Necronomicon y se negaban a creer que no existía. La cita de su fingido libro en la columna de libros de William Bolitho en el New York World le animó. Le gustó menos

cuando Bolitho le asoció con «el amable mercenario Otis Adelbert Kline». Kline, que dirigía una agencia literaria y actuó de agente de Robert E. Howard durante los últimos años de éste, escribía también ciencia-ficción, incluidas varias novelas imitando los relatos marcianos de Edgar Rice Burrough.

A pesar de estos signos de reconocimiento literario, Lovecraft sentía que estaba por debajo de la ficción que él quería escribir. Deseaba «Plasmar esas sensaciones vagas e indefinibles que tienden a crear ilusiones de dimensiones, realidades y elementos tempo-espaciales desordenados que toda persona sensible e imaginativa posee en mayor o menor grado… Poe lo intentó, pero carecía del temperamento especial. Yo lo intento, y tengo el temperamento necesario para saber lo que estoy intentando, pero carezco de habilidad para comunicar nada valioso al lector». Se lamentaba:

> Sí; me gustaría tener energía e inspiración suficientes para escribir algunas de las miríadas de cuentos que flotan en mi cabeza, ¡pero no valgo gran cosa en invierno! Aunque amo muchísimo mi suelo natal de Nueva Inglaterra, puede que un día tenga que emigrar a alguna ciudad como Charleston, S.C., St. Augustine, Fia., o Nueva Orleans[394]

Antes de emprender, en 1930, su viaje a Charleston, Lovecraft completó el manuscrito de su siguiente relato. Se lo llevó consigo y se lo leyó a Long en Nueva York. Lo tituló «El susurrador de la oscuridad» y regresó a casa decidido a mecanografiarlo, aunque no terminó este trabajo hasta finales de septiembre de 1930.

Al llegar a Nueva York desde Charleston, Lovecraft recibió una carta de Clifton Fadiman, entonces director de Simón & Schuster. Fadiman quería saber si Lovecraft tenía novelas para vender. Lovecraft le respondió con su estilo autodespreciativo, y recibió contestación:

23 de mayo, 1930

Estimado Sr. Lovecraft:

> Muchas gracias por su carta del 21. Me temo que tiene Vd. razón en que nuestro interés en una colección de relatos cortos no es muy grande. Espero, sin embargo, que haga un esfuerzo y envíe la novela de que habla. Si es buena, el tema de su argumento [lo espectral] será un aliciente, más que un obstáculo.

Afectuosamente,
CLIFTON P. FADIMAN
SIMÓN & SCHUSTER INC.

Lovecraft dijo que algún día se decidiría a escribir novelas, pero no lo intentó nunca, ni hizo nada con «El caso de Charles Dexter Ward». Defendió su ociosidad con una pose de indiferencia displicente y pesimista: «En cuanto a la colección de mis escritos, puedo buscar a algún editor cualquier día, aunque no tengo ninguna prisa en este sentido». «No creo que importe mucho el proyecto de publicar novelas mías: probablemente, forma parte de un intento general de reclamar posibles manuscritos para examinarlos, aunque el número de los que aceptará será sin duda reducido[395]».

«El susurrador de la oscuridad», de 26.000 palabras de longitud, es una de la mejores historias de Lovecraft. Un erudito solitario llamado Henry W. Akeley, que vivía retirado en Vermont, escribe al narrador, Albert N. Wilmarth, profesor auxiliar de la Universidad Miskatonic. Wilmarth ha oído rumores y ha leído en los periódicos historias que acompañaron a las inundaciones de Vermont en noviembre de 1927. Estos rumores hablan de extraños cadáveres aparecidos en los ríos desbordados:

> Eran unos seres rosáceos de unos cinco pies de largo; con cuerpo de crustáceo provisto de enormes aletas dorsales o alas membranosas, varios pares de patas articuladas y una especie de

elipsoide con repliegues, cubiertos de una multitud de antenas muy cortas, en el lugar que correspondía a la cabeza.

Akeley habla de rumores sobre seres parecidos que habitan en los montes del condado de Windham, en Vermont suboriental. Akeley dice que estos crustáceos alados y gigantescos le persiguen aunque defiende su casa con armas de fuego y perros. Le acechan a él, y él los acecha. Ha conseguido grabar la voz de esos seres.

Akeley envía a Wilmarth fotografías de los rastros que dejan tales criaturas, en las que aparecen huellas como de pinzas de cangrejo. Estos seres extraños, sin embargo, están hechos de «un tipo de sustancia totalmente ajeno a nuestra parte de espacio», de modo que no pueden ser fotografiados. Según Akeley, vienen de Yuggoth (Plutón), volando «con torpes, poderosas alas capaces de resistir el éter…». Científicamente, esto es de todo punto imposible; pero Lovecraft dota con frecuencia a sus extraterrestres de alas improbables.

La grabación fonográfica incluye un diálogo entre una voz humana y un zumbido mecánico imitando el habla humana. En un lenguaje misterioso, las voces discuten sobre Nyarlathotep y los Primordiales. Las voces terminan con la exclamación: «¡Iá! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra Negra del Bosque con las Mil Crías!». Shub-Niggurath es una especie de diosa de la fertilidad.

Lovecraft adoptó la costumbre de terminar los nombres inventados con el —*ath* y —*oth* de Dunsany, quien utilizó frecuentemente estos sufijos (Zaccarath, Sacnoth). Probablemente, Dunsany los sacó de la Biblia y demás fuentes similares, ya que —*oth* es una terminación frecuente del femenino plural hebreo. Lovecraft explica cómo escogía los nombres.

> En su mayoría están ideados para sugerir —de cerca o de lejos— ciertos nombres de la historia real o el folklore con asociaciones espectrales o siniestras. Así, «Yuggoth» tiene una especie de matiz arábigo o hebraico que sugiere determinadas palabras que nos han llegado de la antigüedad en las fórmulas mágicas contenidas en los manuscritos árabes y judíos.

Otras cartas de Akeley dan a entender que los Seres se están aproximando. Luego llega una carta distinta, en la que se desdice de cuanto había afirmado contra los yuggothitas. Parece que en realidad son benignos, que sólo pretenden una cooperación pacífica.

Los yuggothitas, se entrevé, extraen cerebros humanos y los acoplan a cilindros metálicos, donde pueden conectarse de modo que el cerebro sienta y se comunique. Envasados de esta forma, los seres humanos escogidos son enviados a todo el universo.

A instancias de Akeley, Wilmarth va a Vermont. Encuentra a Akeley arropado en su butaca, en un cuarto de estar a oscuras, al parecer aquejado de asma. Con voz débil, susurrante, Akeley le cuenta a Wilmarth los secretos del cosmos. Wilmarth escribe:

> Me encontré con nombres y términos que había oído en otro lugar relacionados con las cosas más espantosas. Yuggoth, el Gran Cthulhu, Tsathoggua, Yog-Sothoth, R'lyeh, Nyarlathotep, Azathoth, Hasthur, Yian, Leng, el Lago de Hali, Bethmoora, el Signo Amarillo, L'mur-Kathulos, Bran y el Magnum Innominandum; y me sentí transportado, a través de eones y dimensiones inconcevibles a unos mundos de extraña y remota naturaleza, cuya existencia intuyó vagamente el loco autor del *Necronomicon*.

Estos nombres constituyen una lista de las entidades de los Mitos de Cthulhu. Ya nos hemos tropezado con algunos de ellos. Bethmoora proviene del relato de Dunsany de ese nombre; los otros surgieron de la siguiente manera.

A medida que tomaban forma los Mitos de Cthulhu, Lovecraft animó a otros escritores a escribir relatos con su estructura. Algunos lo hicieron. Unas veces adoptaban las siniestras deidades, los lugares desconocidos y los libros blasfemos de Lovecraft, otras los inventaban ellos.

Por ejemplo, Clark Ashton Smith inventó el *Libro de Eibon* o *Liberlvonis*; Derleth el *Cuites de Goules* del Conde d'Erlette (su propio antecesor); Long, la entidad Chaugnar Faung y la traducción del Dr. John Dee del *Necronomicon*; y Howard, el *Unausspreclichen Kulten* de

«Friedrich Wilhelm von Junzt». En 1932, el título del último citado ocasionó una disputa. Se suponía que significaba «cultos execrables»; pero Wright decidió que *unaussprechlich* quería decir «impronunciable» (para algunos de los nombres de Lovecraft, no es mala descripción). Expusieron la discusión a uno de los ilustradores, C. C. Senf., oriundo de Alemania. Lo correcto era *unaussprechlich*, explicó Senf.

Cuando sus colegas le enviaban manuscritos de relatos sobre los Mitos de Cthulhu, Lovecraft en correspondencia adoptaba nombres e ideas de ellos. Por ejemplo, Tsathoggua fue inventado por Clark Ashton Smith, en su fantasía «El cuento de Satampra Zeiros»; los Élitros de Eltdown, por Richard F. Searight, corresponsal de Lovecraft que vendió dos relatos a *Weird Tales*. Lovecraft sacó los nombres de Hastur, Hali, y el Signo Amarillo de los relatos de Robert W. Chambers y Ambrose Bierce.

En «El susurrador», Akeley le dice a Wilmarht: «Es de N’kai, de donde vino el espantoso Tsathoggua… ese dios-criatura amorfo y con aspecto de sapo de que hablan los Manuscritos Pnakóticos y el Necronomicon y el ciclo-mito Commorio conservado por el sumo sacerdote atlante Klarkash-Ton». Era una pequeña broma de Lovecraft, ya que «Klarkash-Ton» era el mote que él había puesto a Smith.

N'kai, también, era un reino subterráneo de «El montículo», colaboración Reed-Lovecraft. Kathulos era el perverso hechicero atlante de la novela de Robert Howard, *Cara de calavera*. Bran era una antigua divinidad británica, y también el héroe de varias historias de Howard sobre los antiguos pictos británicos.

Wilmarth evita ser drogado. Deambulando por la casa durante la noche, descubre que el cerebro de Akeley está en uno de los cilindros de metal, y que el «Akeley» que ha visto debe de ser un extraterrestre disfrazado …

Aunque las primeras historias de los Mitos de Cthulhu pueden clasificarse en su mayoría como fantasías, «El susurrador» es ciencia-ficción. Hace tiempo que los amantes de la fantasía imaginativa intentan definir la «ciencia-ficción» y la «fantasía», y establecer una clara distinción entre estas dos ramas del género.

Yo divido la literatura en dos grandes géneros: literatura realista y literatura imaginativa. La literatura realista consiste en narraciones de hechos que podrían haber sucedido: relatos sobre personas corrientes que hacen cosas reales en un ambiente conocido, ya en el presente ya en el pasado. La literatura imaginativa comprende historias que no podrían haber sucedido, ya estén situadas en el futuro, en otro mundo, o en el pasado prehistórico cuyos detalles no conocemos.

La literatura imaginativa puede subdividirse en ciencia-ficción y fantasía. En la ciencia-ficción, el relato se basa en un supuesto científico o pseudocientífico, como un viaje por el espacio interestelar o por el tiempo, o el efecto de un nuevo invento o descubrimiento, o la predicción de un mundo futuro.

En la fantasía, en cambio, el relato se basa en un supuesto sobrenatural, como la existencia de dioses, demonios, espectros y otros seres sobrenaturales, o de una magia eficaz.

Mientras que los relatos dunsanianos de Lovecraft son fantasía, los de los Mitos de Cthulhu caen dentro o cerca del límite entre la ciencia-ficción y la fantasía. Algunos pueden clasificarse en uno y otro orden, ya que no existe una delimitación concreta. «El horror de Dunwich» es principalmente fantasía, ya que en él se invoca y conjura a Yog-Sothoth mediante fórmulas mágicas. «El susurrador de la oscuridad», sin embargo, es ciencia-ficción; los poderes de los alienígenas, aunque extramundanos, están sujetos a las leyes naturales. «La llamada de Cthulhu», se sitúa en el límite.

Como otros primordiales, Cthulhu es calificado de «dios»; pero el término no significa lo mismo que en las religiones tradicionales. Los «dioses» de Lovecraft no guardan relación alguna con la moral y las costumbres de los seres humanos, a la manera de Zeus o Yahvé. No tienen por misión premiar a los buenos y castigar a los malos. Sus poderes, aunque enormes, se rigen por leyes naturales. Están inmersos en sus propios asuntos y se interesan tanto por los despreciables negocios de los hombres como los hombres por los de los ratones, y sienten el mismo remordimiento cuando destruyen a los hombres que se cruzan en su camino que los hombres cuando matan ratones.

Esta actitud ficcional ha sido denominada «sobrenaturalismo

mecanicista». Presenta un cosmos que, aunque habitado por entidades sobrehumanas, es básicamente amoral, despiadado, e indiferente al destino del hombre. Fritz Leiber ha definido claramente el papel de Lovecraft en esta idea:

> Quizá la contribución más importante de Lovecraft fue la adaptación del material de la ciencia-ficción a los fines del horror sobrenatural. El ocaso de la al menos ingenua creencia en la teología cristiana significó una inmensa pérdida de prestigio de Satanás y sus huestes, dejó suelto el cabo de la emoción del miedo sobrenatural, sin objeto alguno reconocido. Lovecraft recogió ese cabo y lo ató a desconocidos aunque posibles habitantes de otros planetas y regiones más allá del continuo tiempo-espacio. Esta adaptación fue sutilmente gradual. Al principio mezcló el material de ciencia-ficción con la brujería tradicional. Por ejemplo, en *El horror de Dunwich*, la entidad híbrida de otra dimensión es exorcizada mediante la recitación de una fórmula mágica, y los rituales mágicos desempeñan un papel importante en el relato. Pero en *El susurrador de la oscuridad*, *La Sombra fuera del tiempo* y *En las montañas de la locura*, el horror sobrenatural es evocado casi enteramente por recitación de las acciones de entidades cósmicas extramundanas, y los libros de rituales brujeriles se convierten meramente en las historias distorsionadas, pero realistas, de tales entidades, especialmente con relación a sus pasadas y futuras residencias en la tierra[396].

Aunque *Weird Tales* no marchaba bien, Wright compró «El susurrador de la oscuridad» por 350 dólares y lo publicó en el número de agosto de 1931.

Con «El susurrador» vendido, Lovecraft se desvió hacia una de sus tangentes. Para conservar sus impresiones de Quebec, empezó a escribir, en octubre de 1930, una «memoria de viaje» de la región. Esta se convirtió en

un tratado tamaño libro, titulado:

DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE QUEBEC, EN NUEVA FRANCIA
*Recientemente añadida a los dominios de Su Majestad Británica*
Por H. Lovecraft, Cab. de Providence, Nueva Inglaterra.

Se trata de una obra de 75.000 palabras, con muchos mapas y bocetos. La mitad es una historia de Nueva Francia, desde su descubrimiento por Cartier, en la década de 1530, hasta el siglo XIX. Lovecraft le da rienda suelta a sus arcaísmos («Mix», «extream», «joyn'd») y a su conservadurismo impertinente. Al referirse a la revolución americana, habla siempre de los británicos como «nosotros» y de los americanos como «los rebeldes» o «el enemigo».

La otra mitad es una descripción asombrosamente detallada de la Ciudad de Quebec y sus alrededores. Si se modernizase su escritura y se limase su partidismo, podría convertirse en una excelente guía oficial. Pero Lovecraft no llegó siquiera a mecanografiarla, y menos a enviarla a un editor, aunque tardó tres meses en su redacción, tiempo que podría haber empleado en escribir una novela con posibilidades de venta. La terminó, «únicamente para mi propia lectura y para plasmar mis recuerdos», el 14 de enero de 1931.

Cuando Taiman le preguntó por qué no intentaba vender las voluminosas guías que escribía, dijo que era inútil; su estilo era «de los que el moderno mundo del negocio considera diametralmente ajeno y hasta activamente hostil». Había hecho, sencillamente, lo que le apetecía. Su espíritu *amateur* no podía ir más allá. A lo largo de 1930, la salud de Lovecraft fue buena, menos hacia finales de año, en que le apareció un tic en el ojo izquierdo. Esto le obligó a veces a recurrir a la odiosa máquina.

Escribió: «El invierno es el único enemigo contra el que no tengo otra defensa que la huida; y a pesar de lo mucho que amo a la vieja Nueva Inglaterra, me temo que tendré que trasladar mi residencia hacia el sur, algún día… puede que acabe mis días entre las antigüedades coloniales de

Charleston, Savannah, St. Angustine o Nueva Orleans; o quizá en las Bermudas o Jamaica». Así habló el resto de su vida, aunque no llegó a hacerlo. La inercia y la comodidad de vivir con una tía abnegada eran demasiado fuertes.

Su espíritu era estoico, más que feliz. No le importaba su pérdida de fe en la inmortalidad, decía, porque «incluso un momento de vida ordinaria da a la mayoría de la gente todo el aburrimiento que son capaces de soportar, y si tuvieran la inmortalidad acabarían por encontrarla insoportable… Estoy seguro de que no quiero otra cosa que la no-existencia, cuando consuma unas décadas más». Profesaba una completa indiferencia respecto al éxito mundano: «No; no dejaré de escribir fantasía, aunque creo que tendré cada vez menos lectores, a medida que pase el tiempo. Afortunadamente me importa un bledo si se lee o no lo que yo escribo[397]». Los motivos por los que no se suicidó para escapar de la «carga» de la vida estaban

> … estrechamente relacionados con la arquitectura, el paisaje y los efectos luminosos y ambientales, y adoptan la forma de vagas impresiones de la expectación aventurera, hermanada con el recuerdo inasible; las impresiones de determinadas perspectivas, particularmente las asociadas con las puestas de sol, son vías de acceso a esferas o estados de arrobamiento y liberación completamente indefinidos que he conocido en el pasado …

Al mismo tiempo, pensaba:

> … una persona normal siente la necesidad de anclarse a algún sistema de puntos de referencia… La gente religiosa aspira a una identificación mística con un sistema de mitos hereditarios, mientras que yo, que soy no-religioso, busco una identificación mística equivalente con la única, inmediata y tangible realidad externa que mis percepciones reconocen: I.E., la continua corriente de tradiciones que fluye a mi alrededor.

Y añadía: «Uno no tiene por qué tomar en serio estas tradiciones y culturas… incluso puede reírse de sus aspectos ingenuos y falsos, como efectivamente me río yo de la devoción, estrechez y convencionalidad del ambiente de Nueva Inglaterra que tanto amo y me parece tan necesario para el gozo[398]».

Una vez fijados sus puntos de referencia, la siguiente necesidad de Lovecraft, alimentar su sentido de la expectación aventurera, era viajar. «Algún día veré el viejo mundo», escribía, «aunque me arruine en la empresa». Además de Carcassonne, «deseo muchísimo ver… Nuremberg, Ratisbona, Rothenburg y otras ciudades europeas donde aún perdura, prácticamente inalterable desde hace siglos, el orden medieval de las cosas[399]».

Este viaje, empero, debía ser según sus propias condiciones, con un componente de incertidumbre, espontaneidad y suspense. Un itinerario rígido lo echaría a perder: «¡No pagaría yo ni medio dólar por ver incluso Londres… en un viaje programado de Cook!».

No obstante, realizó los viajes que sus estrechos medios le permitieron. «Viviendo con 15 dólares al día, decía que se había convertido en un avaro para todo salvo para el billete de autobús, el alquiler de una habitación en los YMCA, y las guías turísticas[400]». Prefería los autobuses a los trenes, no sólo porque eran más baratos, sino también porque, creía, tendían a recorrer parajes más pintorescos. Normalmente compraba un billete de ida y vuelta al emprender un viaje, para asegurarse el regreso.

Lovecraft seguía aconsejando a sus jóvenes amigos que evitasen la afectación y se ajustasen armoniosamente a su entorno respectivo, aunque no siempre seguía él su propio consejo. Regañaba a Derleth por su monóculo, su sobretodo de alpaca y su albornoz, para salir a la calle:

> … en la adolescencia, como ya he dicho antes, adquirí el complejo de señor mayor e hice lo posible por imitar el modo de vestir de mi venerado abuelo. Pero al llegar a la veintena, mi visión comenzó a ensancharse, y me di cuenta de lo absurdo que era dar un

> significado especial a mi apariencia… Esta pulcritud en el vestir de la última parte de mi vida es en realidad un deseo de pasar desapercibido más que de autoafirmación. Un caballero tiene cierto sentido de la armonía con el entorno que le rodea… y la ropa se vuelve naturalmente uno de los accesorios secundarios de ese conjunto armónico general… Por mucho que yo me sintiera a gusto vestido con calzón hasta la rodilla, casaca de terciopelo con botones de plata, zapatos con una gran hebilla de plata, sombrero de tres picos y demás, sé de sobra que a los cinco minutos de ir así me olvidaría por completo del atuendo y leería o escribiría exactamente igual que si llevase mi traje normal… además de sentirme un asno si alguien me sorprendiese vestido de esa manera. Es simplemente una cuestión de sentido común, evitar despertar hostilidad y ponerse en ridículo cuando no se gana absolutamente nada con ello.

Lovecraft podía proclamar que se había despojado de su pose de anciano circunspecto; pero en esa misma carta, escrita cuando tenía cuarenta años, aún seguía llamándose a sí mismo «Abuelo» y «un viejo señor». Ahora bien, ¿por qué esa insistencia en afectar senectud? La mayoría de la gente considera que ya empieza esa edad lo bastante pronto sin tener que anticiparla. Es cierto que había un espíritu de broma en las poses de Lovecraft. Muchas las adoptaba con un guiño o con ironía. Sin embargo, la persistencia de la pose de ancianidad sugiere un motivo más profundo.

Como mucha gente, Lovecraft concedía un alto valor a la «armonía» de la conducta; es decir, actuar de modo que merezca la aprobación de sus iguales. Decía que, si bien le tenía sin cuidado lo que un proletario o un «Victoriano fanatizado y covencional» pensase de él, «no le gustaría ser blanco del desprecio o del ridículo por parte de personas más o menos como yo…».

Por tales personas entendía él los intelectuales de Nueva Inglaterra. Lovecraft, sin embargo, no llevaba la vida convencional de las personas de su edad y condición. No tenía un puesto de trabajo, no salía con chicas y no practicaba ningún deporte. Su estilo de vida despertaba cierto desprecio e

irrisión en sus vecinos. Uno de ellos me dijo:

«Claro que me acuerdo de Lovecraft. Solía verle andar por la calle con la cabeza gacha y los hombros encorvados de esa manera rara. Los chicos pensaban que era una especie de chiflado[401]».

Puede que el fingirse viejo fuera una especie de defensa frente al desprecio de sus iguales. Si era lo bastante viejo, la gente no esperaría de él que desempeñara un trabajo, saliera con chicas o practicara un deporte. Naturalmente, todos sabían que su vejez era fingida, pero a él le tranquilizaba. Si pensaba constantemente en sí mismo como una persona mayor, no necesitaba preocuparse por no satisfacer los modelos convencionales.

Lovecraft seguía siendo implacablemente antimodernista en manera de pensar. Los reformadores de la ortografía, por ejemplo, eran

> … provincianos malintencionados e interesados que están haciendo lo que pueden por corromper nuestra civilización en este continente y sustituirla por un culto bastardo a la máquina y la velocidad[402]

Los acontecimientos del mundo, sin embargo, empezaban a imprimir cambios forzosos en su anticuada concepción social y política. Durante 1930, se hizo más acusada la Gran Depresión. La falta de trabajo aumentaba inexorablemente. La pendiente económica no tocó fondo hasta 1933, y no empezó a remontar hasta alrededor de 1937, año en que murió Lovecraft.

Los propagandistas del comunismo y del fascismo coincidían en que el capitalismo democrático estaba acabado. Pronto, gritaban, la gente se vería obligada a escoger entre el comunismo y el fascismo. Durante esos años aciagos, el capitalismo democrático parecía andar tan mal que hacía el fascismo y el comunismo casi atractivos por contraste.

Entre 1928 y 1930, Lovecraft perdió la fe en el conservadurismo republicano. Aceptaba las predicciones de la caída del capitalismo democrático, aunque no estaba seguro de qué forma de gobierno le sucedería; se inclinaba hacia el fascismo. En todo caso, estaba seguro de

que el gobierno sería más autoritario, con más control económico del que la opinión conservadora americana juzgaba entonces tolerable:

> El sovietismo, el capitalismo y el fascismo se unirán en curiosa paradoja triangular para resolver el enigma de una cultura en la que la constante superproducción mecánica destruirá la ley de la oferta y la demanda y convertirá la relación del individuo con la fábrica en un problema arbitrario, inestable y difícilmente determinable.
>
> … el comunismo es en realidad la lógica forma de gobierno hacia la que tiende la era de la máquina, a menos que la detengamos a tiempo con medidas verdaderamente rigurosas… que aseguren una difusión amplia de los medios de subsistencia sin interrumpir la civilización existente y las artes fundadas en el pensamiento y el sentimiento humanos. El principio que me parece mejor es el del *fascismo*. La democracia es sencillamente una broma.

En otro lugar describe «el estado política y económicamente socialista» como «el estado inevitable del mañana[403]». Verdaderamente se alejaba del republicanismo de Harding; fiero su alejamiento era errático, sin una dirección política definida.

Realista *tory* todavía, se mostraba partidario de que Nueva Inglaterra se separase de los Estados Unidos (como casi ocurrió en 1810) y se uniese a Canadá. Entonces

> … nuestros pueblos se volverían muy pronto en sede de la vida y la cultura anglo-canadienses más selectas… y sería posible libramos de la mayoría de nuestros extranjeros canalizando su emigración hacia las áreas más altamente industrializadas de neo-América… ¡Qué no daría yo por ver la vieja bandera izada otra vez en lo alto del blanco campanario de la Colony-House de 1761, de Providence, de donde la arriaron traidoramente el 4 de mayo de 1776! ¡Dios salve al Rey!

Aunque Lovecraft había dado a los franco-canadienses la condición de «seres humanos verdaderos», los negros aún estaban más allá del límite:

> Ahora bien, lo más peliagudo del problema negro consiste en el hecho de que es *realmente doble*. El negro *es* enormemente inferior. Eso está fuera de duda entre los biólogos contemporáneos libres de todo sentimentalismo, europeos eminentes para quienes no existe el problema de los prejuicios.
>
> *Pero* está también el hecho de que seguiría siendo un grave y muy legítimo problema, *aun cuando el negro fuese igual al hombre blanco*.

El problema, decía, se debe a que dos razas distintas, de tradiciones y costumbres diferentes, tienen dificultad en convivir debido a la inevitable hostilidad que se suscitaría entre ellas, hasta que se mezclasen o «amulatasen» completamente.

El planteamiento de la cuestión negra, sin embargo, entraña un nuevo factor. Lovecraft podía estar equivocado al pensar que los científicos coincidían en que los negros son «enormemente inferiores»; ni coincidían, ni coinciden. Puede que él exagerase las dificultades de asimilación. Pero al menos, mostraba alguna simpatía por los negros, en vez de desprecio y odio: «Nadie les desea ningún daño intrínseco, y todos nos alegraríamos de que se encontrase la forma de mejorar las dificultades que tienen…»[404]. Sugería, entre otras proposiciones, cederles algunos estados para ellos solos.

Aunque Lovecraft aún pontificaba más allá de lo que sabía en cuanto a la naturaleza de las razas humanas y el destino de la humanidad, mostraba una creciente conciencia de lo hueras y superficiales que eran sus primitivas afirmaciones. De su antigua creencia en obligar a las masas a la pureza moral, decía: «¡Me hacen sonreír algunas de las intolerantes censuras medievales que solía lanzar en los viejos tiempos del Kleicomolo!». Sus colecciones de periódicos tenían «*Conservatives* tan pomposos y necios que no consentiría que los leyese ningún no-*amateur* insensible ni por todo el oro del mundo[405]».

Demasiado tarde, estaba empezando a madurar.

# 16. BARDO FRUSTRADO

*I have seen Yith, and Yuggoth on the Rim,*
*And black Carcosa in the Hyades.*
*And in the slimy depths of certain seas*
*I have beheld the tomb where lieth Him*
*Who was and who shall be; and I have flown*
*Astride the shantak and the byakhee*
*Were Kadath in the Cold Waste terribly*
*Bears up her onyx-castled crest unknown*[406]

CARTER

DURANTE sus últimos seis años, Lovecraft viajó más que nunca. Hizo más amigos, y su manera de pensar se volvió más madura y realista. Sus técnicas literarias progresaron. Al mismo tiempo, disminuyó su producción literaria, y sus esfuerzos por publicar fueron más desalentadores.

Se sentía oprimido por una creciente convicción de fracaso. Veía que la reclusión, que había cultivado durante tanto tiempo, había sido un error:

> Fui prácticamente un inválido —una ruina nerviosa con mil achaques secundarios— durante mi niñez, y no me enderecé físicamente, en realidad, hasta los treinta años. Pero nunca salí de mi ermita por completo. Desde luego, rompí lo bastante con mi

> trasnochada juventud como para viajar con independencia hasta donde mis menguadas finanzas permitían para conocer personalmente a gentes diferentes, cuando antes había conversado sólo por correspondencia; pero esta largamente diferida semiintroducción en el mundo no «resultó» tan completa como hubiera podido ser si hubiese sido cronológicamente más joven. La etapa de expansión y amanecer rezagados fue relativamente breve, y estuvo seguida de una especie de retrotraimiento al modelo de conducta ermitaño de mis primeros tiempos. Las perspectivas palidecieron y encogieron, y el fulgor de la expectación aventurera se alejó más y más, hasta que al final vi desvanecerse uno tras otro los amplios horizontes. Antes de que yo mismo tuviera conciencia de ello, estaba prácticamente en mi concha otra vez. Llegué a odiar Nueva York, adonde me había trasladado, como al veneno; y a los 2 años y 3 meses de haberme marchado estaba de nuevo en la Vieja Providence. La edad me dice: no puedes ser flexible y expansivo cuando el frío de la treintena te traspasa los huesos[407]

Esto es en parte verdad y en parte una racionalización. En 1931, cuando escribió lo de arriba, Lovecraft salió más y conoció más gente que nunca. Pero, aunque su movilidad y maduración iban en aumento, sus expectativas iban aún más deprisa, de manera que le daba la impresión de que retrocedía. Su alusión al «frío de la treintena» es una tontería. Algunos hombres que han pasado de los cuarenta han dado un giro completo a su carrera, como cambiar los negocios por la medicina, el sacerdocio por la antropología, el ejército por la literatura o la judicatura por el teatro o el cine.

Llegó a desilusionarse de sus escenarios históricos favoritos: la Roma antigua, la Inglaterra georgiana y la América colonial:

> Me doy cuenta de que los romanos fueron una raza extremadamente prosaica, adicta a todos los preceptos prácticos y utilitarios que yo detesto, y sin el genio de los griegos o el atractivo de los bárbaros del norte. Salvo en determinados círculos selectos, indudablemente encontraría mi propio siglo XVIII insoportablemente

> vulgar, ortodoxo, arrogante, estrecho y artificial… Lo que contemplo con nostalgia es el mundo onírico que yo inventé, cuando tenía cuatro años, merced a las ilustraciones de los libros y las empinadas calles georgianas de la Vieja Providence[408].

Una historia del Dartmouth College, que él preparó, cambió «la imagen que yo tenía de la vida del siglo XVIII en el Valle de Connecticut, donde la gente era evidentemente más tosca y más fanáticamente religiosa, aun en el período revolucionario, de lo que yo había sospechado hasta ahora».

Una sensación de la fugacidad del tiempo le oprimía:

> De un tiempo a esta parte me siento aterrado por lo corto que es el tiempo en relación con las cosas que necesito hacer: los años huyen, y mi programa no se cumple; de modo que estoy intentando adoptar un método de conservación que me permita sacar de mí mismo algunos productos seniles más[409].

Sin embargo, jamás economizó en la correspondencia ni en trabajos no comerciales, como la memoria de viaje a Quebec. También escribía en alabanza de la ociosidad, defendía la indolencia, y excusaba la holganza. Recomendar la inactividad y luego quejarse porque uno no hace las cosas es como el que quiere comerse un pastel y conservarlo.

Los remordimientos por las oportunidades perdidas se hicieron agudos. Hubiera querido asistir a la Universidad: «Sé que me habría ido inmensamente mejor —habría sido menos torpe, retraído y desajustado—, de haberme permitido mi salud seguir unos estudios normales acompañados de actividades sociales».

Querría haber hecho algo más con su físico. Derleth, que parecía un gorila rubio, insinuó que habría preferido tener el aspecto de un esteta refinado. Lovecraft le contestó: «¡Dios mío, pues yo hubiese querido parecerme a una persona que podía haber jugado al fútbol en sus tiempos de juventud!»[410]. Se valoraba a sí mismo de la siguiente manera:

> Sea cual fuere el «sufrimiento» que he soportado, casi siempre he adoptado la forma de una aburrida falta de aspiraciones, una sensación general de futilidad en el universo y una constante merma en lo que respecta a las fortunas mundanas.
>
> … Necesito un administrador; o lo necesitaría, si mi bagaje fuese lo bastante importante como para que supusiera una apreciable comodidad. ¡Mi falta de todo sentido práctico y de cálculos es tal que hace pensar en la ausencia o prematura disgregación del conjunto de las células de avejentada materia gris[411]!

Sonia podía haber sido excelente administradora suya, pero la había echado.

Durante este período, podemos calcular las ganancias y gastos de Lovecraft merced a la información diseminada en sus cartas. Con un margen de error de unos 150 dólares, creo que gastaba una cifra próxima a los 1.470 dólares al año[412]

Creo que ganaba unos 300 dólares al año con sus trabajos originales. Esto incluye el dinero que recibía de Farnsworth Wright, quien normalmente le pagaba a centavo y medio la palabra de trabajo original, su parte en «A través de las puertas de la llave de plata», y los 595 dólares por los dos cuentos vendidos a *Astounding Stories*. Supongo que sacó 5 dólares de los cinco poemas que vendió a Wright, y un total de 50 dólares por varias apariciones en antologías.

Quedan otras dos fuentes de ingresos: los intereses de Lovecraft en la hipoteca de la cantera y lo que ganaba con sus trabajos de revisión. De la hipoteca sólo sabemos con seguridad que cuando murió Lovecraft, su capital ascendía a 500 dólares. A principios de la década de 1920 dicho capital era de unos 12.000 o 13.000 dólares, pero, desde luego, había echado mano de él abundantemente. No sabemos cuándo ni con qué frecuencia sacó dinero, salvo la observación que hizo en 1927 acerca de «perder mi modesto peculio si alguna vez tuviera que liquidar[413]».

Al parecer, sus déficit anuales, que él compensaba con el capital, fueron

mucho más grandes a principios de los años veinte, en que gastaba más y sus ganancias eran ínfimas, que en los años treinta, cuando aprendió muchos recursos para economizar y ya estaba precariamente establecido como escritor y revisor. Suponiendo que su capital ascendía a 1.000 dólares en 1931 ya 500 en 1936, el déficit medio anual fue evidentemente de unos 100 dólares. Si esto es cierto, sus ingresos anuales procedentes de las hipotecas en la década de 1930, al 6 por 100, debían de andar por los 45 dólares.

Lo que más desconocemos son las ganancias de Lovecraft con sus trabajos de revisión. Desde luego, no equivalen a la diferencia entre sus gastos por un lado y los ingresos de las hipotecas y trabajos originales por otro. Si sus ingresos debidos a trabajos originales y los intereses de su capital totalizaban 345 dólares, eso arroja una diferencia entre las entradas y las salidas de 1.125 dólares que habrá que cubrir entre el trabajo de revisión y extracciones de capital. Si sus déficit oscilaban alrededor de los 100 dólares al año, debía de ganar unos 1.025 dólares con la revisión. Para ser realistas, digamos que sus ingresos por el trabajo de revisión oscilarían entre los 900 y los 1.200 dólares.

Aunque ésta es la forma más rudimentaria de calcular, está en consonancia con lo que se sabe de Lovecraft. Por otro lado, a pesar de que su capital se había agotado casi a su muerte, no estaba en peligro de morir de hambre, ya que tenía a su tía que podía ayudarle. Annie Gamwell murió en 1941, dejando algo más de 10.000 dólares en dinero y valores. De haberla sobrevivido Lovecraft, habría entrado en posesión de este dinero y habría podido tirar muchos años.

Uno de los nuevos amigos de Lovecraft fue su colega en el campo de la literatura fantástica, el Rev. Dr. Henry St. Clair Whitehead (1882-1932). Whitehead era ministro episcopalista de Dunedin, Florida, y pastor de la Iglesia del Good Shepherd. Soltero de edad madura, atlético, aunque propenso a la úlcera, vivía con su anciano padre y se mostraba muy activo entre las organizaciones juveniles de la localidad.

Whitehead escribía novelas juveniles, obras religiosas y relatos para

*Weird Tales*. La mayoría de sus cuentos espectrales se situaban en las Islas Vírgenes, donde había vivido él bastante tiempo. Muchos de estos relatos aludían a secretas creencias afroamericanas como el vudú y los *jumbees* (versión virginesa de los zombis).

Whitehead se escribía con Lovecraft. En enero de 1931, Whitehead empezó un relato partiendo de una idea que Lovecraft le había brindado, instándole a que la completara él a modo de colaboración.

Lovecraft, sin embargo, había renunciado a las colaboraciones, alegando que «es un engorro para los dos autores, dado que el resultado está por debajo del nivel que cualquiera de los dos podía haber alcanzado solo». En particular, declinó el ofrecimiento de Whitehead «por la incapacidad de hacer justicia al indio occidental local que él ha considerado adecuado escoger. Soy enemigo declarado del exotismo de sillón, y creo que hay que escribir sobre cosas que uno conoce personalmente… salvo, naturalmente, en el caso de la fantasía dunsaniana de cósmica infinitud[414]».

Además Lovecraft había empezado un relato original «sobre un horror infernal del Antártico». Terminó el cuento en febrero, pero se lamentaba de que «¡el mecanografiar es una pesadilla que asoma tenebrosamente por delante!».

Lovecraft terminó su trabajo, a pesar del «odioso teclear con este condenado producto del maqumismo[415]», y tituló la historia «En las montañas de la locura». Es un relato de ciencia-ficción de 42.000 palabras que se inscribe en el esquema de los Mitos de Cthulhu. A pesar de ser demasiado lento, es quizá el mejor de sus relatos largos.

El narrador, un profesor de la Universidad Miskatonic, esperaba desalentar a las posibles expediciones antárticas con la publicación de su relato. Tiene miedo de que encuentren cosas que es mejor que los hombres ignoren, o que susciten un desastre de dimensiones mundiales.

Cuenta cómo inició su reciente expedición, con perros de trineos y aeroplanos. En la Antártida descubren una cordillera más alta que el Himalaya. El grupo de avanzadilla acampa en las estribaciones de estas montañas, donde descubren una cueva llena de fósiles. Entre estos fósiles hay catorce seres extraños, de piel correosa, ocho de ellos intactos y seis fragmentarios.

Los ejemplares perfectos tienen ocho pies de largo, y forma de barril, con patas en un extremo y un manojo de tentáculos en el otro. También tienen alas membranosas replegadas en unas canaladuras de los costados. Luego la radio de la avanzadilla enmudece.

Otro grupo, en el que va el narrador, se desplaza en avión al lugar del campamento, y descubre que han muerto todos, salvo un hombre y un perro, que han desaparecido. Mientras el resto de la expedición se ocupa de acampar, el narrador y el otro vuelan hacia las montañas, aterrizan junto a una colosal y ruinosa ciudad de los Primordiales, que eran semejantes a gigantescos cohombros de mar.

Los relieves de los muros narran la historia de la raza. Al llegar a la tierra desde una estrella lejana, en los tiempos precámbricos, crearon a unos enormes sirvientes ameboides, llamados *shoggoths* en el *Necronomicon*, Utilizaron a los shoggoths para construir sus ciudades, pero algunas veces los shoggoths se rebelaron. Con el tiempo, los shoggoths y los Primordiales desaparecieron.

Ciertas pistas revelan a los hombres qué le ha sucedido a la avanzadilla. Los helados Primordiales aún estaban vivos. Al descongelarse, recobraron la conciencia, pero fueron atacados por los perros frenéticos. En la consiguiente pelea, los Primordiales matan a todos los hombres y los perros, y se llevan un ejemplar de cada especie para su estudio. Están en algún lugar del laberinto de pasadizos, y al parecer, aún sobreviven algunos shoggoths…

Es un relato bien elaborado y con garra, aunque, como en las demás historias sobre ciudades perdidas y razas desaparecidas de la tierra, queda anticuado ante el progreso de la exploración aérea. Un pasaje arroja cierta luz sobre el cambio de la actitud de Lovecraft. El narrador y su acompañante descubren los restos de algunos Primordiales sobrevivientes, que se han enfrentado con el shoggoths y ahora yacen sin cabeza y cubiertos de limo. El narrador dice:

> ¡Pobres diablos! Al fin y al cabo, no eran malos a su modo. Eran hombres de otra era y otro orden de existencia. La naturaleza les había gastado una broma diabólica… y este había sido su trágico

> retorno. No habían sido salvajes siquiera, pues ¿qué habían hecho en definitiva? Despertar espantosamente en el frío de una época desconocida, para verse acosados por una jauría de cuadrúpedos frenéticos y ladradores, y defenderse atribuladamente de ellos y de los simios blancos envueltos en extraños ropajes y accesorios… ¡Pobre Lake! ¡Pobre Gedney… y pobres Primordiales! Científicos hasta el fin, ¿qué habían hecho que no hubiésemos hecho nosotros en su lugar? ¡Dios, qué inteligencia y qué persistencia!… Animales radiados, vegetales, monstruos, criaturas estelares… fueran lo que fuesen, ¡eran hombres[416]!

Aquí Lovecraft, que había sido el más etnocéntrico y antropocéntrico de los hombres, inicia un nuevo capítulo. Los Primordiales no eran, por supuesto, protestantes anglosajones; pero, puesto que poseían cualidades que él respeta, los acoge como seres civilizados hermanos. Tardó más en ver las distintas razas y tribus de hombres con la misma luz equitativa.

Lovecraft se tomó el trabajo de mecanografiar esta novela, se la envió después a Wright, y emprendió su viaje de primavera. En junio de 1931, Lovecraft se sintió desolado al enterarse de que Wright había rechazado el relato, aunque temía, al enviárselo, que quizá lo rechazase por su longitud. Habría tenido que sacarlo en forma de serial; y Wright era opuesto a los seriales, como sabía Lovecraft, porque raramente tenía dinero en efectivo para pagarlos. La situación de *Weird Tales* era siempre precaria, de ahí que Wright se mostrase tímido respecto de las novedades e hipersensible con las reacciones de los lectores. Un traspié podía terminar con la revista. Sin embargo, Lovecraft se ofendió: «¡Maldito sea Wright, por rechazarme el cuento que casi me mata al mecanografiarlo!»[417].

A principios de 1931, G. P. Putnam’s Sons, conscientes de la creciente fama de Lovecraft, le preguntaron si podía darles algo para publicar. Les envió una colección de relatos y novelas cortas. Al igual que la Vanguard Press y la Simón & Schuster, los Putnam aceptaron la idea de la colección, pero en julio cambiaron de parecer. Las posibilidades de Lovecraft ante los

editores se veían mermadas por su costumbre de enviar originales estropeados, rotos y viejos, que habían estado dando vueltas entre una docena de amigos y editores.

El rechazo de «En las montañas de la locura», junto con la renuncia de Putman a publicar la colección, convenció a Lovecraft de que debía dejar de escribir:

> Creo honradamente que dejaré de escribir por completo… o, al menos, de intentar otra cosa que no sea tomar ocasionalmente algunas notas para mi propio cultivo. No tengo demanda ninguna de trabajo serio en el horror. Me confirma esta situación la amable devolución de mi material que acaban de hacerme los de Putman, que fueron quienes me pidieron verlo.
>
> Me siento tan descontento de toda la producción mía que casi estoy decidido a no escribir nada más. En ningún caso he llegado a reflejar cabalmente el talante o la imagen que yo deseaba plasmar, y cuando uno no ha hecho eso a los 41 años, no tiene mucho sentido malgastar el tiempo en nuevos intentos…
>
> Lo voy a pasar muy mal para colocar mi relato de la Antártida… En efecto, los rechazos son tan numerosos últimamente que pienso dejar de escribir durante un tiempo, y dedicarme a la revisión[418]

Lovecraft reconocía que se desanimaba con facilidad. Alababa a Derleth por su alegría:

> Envidio tu entereza antes los rechazos, pues a mí me entra en casos así una especie de desconfianza sobre el valor de mi producción y el consiguiente desánimo de seguir escribiendo. Ahora, por ejemplo, el efecto combinado de las negativas de Wright y de Putman va a dar lugar a que deje el trabajo original y coja varios encargos de revisión[419]

Por supuesto, para el éxito de un escritor en la vida, no basta el talento.

Como se dice en el capítulo 7, uno debe tener también energía, egocentrismo, alegría, persistencia, y realismo tenaz. Desafortunadamente para personas como Poe y Lovecraft, su gran talento o genio se desarrolla, por así decir, a expensas de otras cualidades. Cuanto más grande es su genio, menos puede explotarlo de manera racional.

El juicio de Lovecraft sobre su propia obra se volvió aún más riguroso. Calificó al ampliamente admirado «Intruso» de «una pésima mezcolanza de retórica e imitaciones poescas». Creía que debía cambiar radicalmente de estilo:

> Todos mis cuentos, salvo quizá uno o dos, me desagradan profundamente al analizarlos con detenimiento; y casi he decidido dejar de escribir, a menos que consiga mejorar… El problema con la mayor parte de lo que he escrito es que se encuentra entre dos niveles: el ínfimo, de revista, que subconscientemente se ha infiltrado en mi método por asociación con *W.T.*,*y* el del relato realista, sin llegar a ninguno de los dos.
>
> En cuanto a mi ficción, tanto si tiene posibilidades como si no, sé que necesita un completo repaso. Es excesivamente extravagante, y melodramática, y carente de profundidad y sutileza… Mi estilo es malo también; está lleno de recursos retóricos evidentes, lugares comunes y repeticiones. Se aleja bastante de la sencillez estricta, objetiva, que es mi meta… aunque me siento mudo cuando intento utilizar un esquema sintáctico y de vocabulario distinto del mío propio.

No es Lovecraft el único escritor que encuentra que su ficción tiende a caer en determinado tipo, esquema o tono; que, al tratar de escribir con un talante enteramente distinto, se le seca la inspiración y siente «el bloqueo del escritor». Lovecraft explicó por qué no escribía relatos de acción:

> Soy una persona esencialmente estática, contemplativa y objetiva, casi un ermitaño en mi vida diaria, prefiriendo siempre

> observar a participar. Mi natural —y auténtica— forma de imaginar es la contemplación pasiva: una especie de ojo flotante y desencarnado que ve toda suerte de fenómenos maravillosos sin sentirse demasiado afectado por ellos. Soy constitutivamente incapaz de ver nada interesante en los meros *movimientos* y *sucesos*. Lo que me atrae son las *condiciones*, la *atmósfera*, las *apariencias*, y cosas así[420].

Esto explica por qué en la mayoría de las narraciones de Lovecraft sus «héroes» son pasivos, ineficaces; más que actuar, se mueven bajo alguna influencia, y normalmente pierden la cabeza y son presa del pánico en los momentos críticos. Evidentemente, se consideraba a sí mismo un antihéroe y, como la mayoría de los escritores, metía algo de su imaginada personalidad en sus relatos. Esta imagen que se hacía de sí mismo, aunque muy alejada del bárbaro rugidor y bebedor de sangre que le había gustado imaginar que era a los veinte años, es injusta, quizá, con el Lovecraft real.

Durante su período de desaliento de finales de 1931, Lovecraft empezó una historia situada en Florida, pero la dejó para coger más trabajo de revisión. Una de las dificultades para escribir un relato de horror sobre un país cálido, decía, era que para él, el calor resultaba tan benigno que le resultaba difícil imaginar una amenaza real en los trópicos.

A principios de mayo de 1931, Lovecraft salió de viaje otra vez, hacia el sur. Allí contrastó la «locura mestiza» de Nueva York con la sureña.

> … civilización de una hondura y una tenacidad tales que uno puede sentirse en una *nación real*, cosa que no le ocurre en el industrializado, extranjerizado y constantemente cambiante norte. La misma condición —entre los franceses— existe en el antiguo Quebec; pero nosotros la hemos perdido en Nueva Inglaterra. En un tren barato, uno puede ver cuán profundamente ha calado la actitud del sudista viejo aun en las clases medias bajas, cuyos antepasados, naturalmente, han vivido en Virginia durante tres siglos. Hay una cortesía y una afabilidad instintivas, desconocidas en el norte, y los largos viajes resultan a veces distraídos, oyendo los comentarios —

educados e interesantes— de completos desconocidos.

Un par de músicos viajeros, un cantante y un guitarrista ciego, distrajeron a los viajeros del autobús, quienes se unieron a los cantos sin «la estúpida reticencia y pseudodignidad puritanas de las equivalentes clases yanquis[421]».

Después de parar en Charleston y en Savannah para admirar sus antigüedades, Lovecraft continuó a St. Augustine. Allí visitó las granjas de avestruces y caimanes y el antiguo fuerte español. Prosiguió en autobús a Dunedin, al norte de la Costa del Golfo de St. Pertersburg, para visitar a Whitehead. El calor le infundía fuerzas. Le encantó el clima de Florida, aunque le tenía sin cuidado el paisaje llano, pantanoso, y la falta de antigüedades, aparte de St. Augustine.

Lovecraft no había prestado nunca mucha atención a los pájaros. En cualquier caso, el hecho de que los amantes de los pájaros tendieran a odiar a los gatos le predisponía más bien contra ellos. La única vez que se quedó sin saber qué decir en una discusión fue cuando una señora de Providence, amante de los pájaros, le regañó por ser aliado de los sanguinarios gatos. En Florida, sin embargo, se sintió fascinado por los pájaros, de pelícanos para abajo.

Le resultó muy simpático Whitehead, y leyó sus propios relatos para el club juvenil local. Whitehead le dejó un traje blanco tropical y cuando se marchó, insistió en que se lo llevase.

Unos oportunos cheques de revisión le permitieron ir en autobús y en tren a Key West, donde observó la influencia latinoamericana, con películas en español. La arquitectura colonial española empezó a intrigarle como la francesa. «Los cubanos locales», observó, «son muy pintorescos… y no tan escuálidos como nuestros italianos de Federal Hill».

No le importaba este «extranjerismo» porque Key West, como Quebec, era «una ciudad realmente *vieja* y naturalmente desarrollada». En efecto, la encontró «encantadora[422]». De haber tenido dinero, habría continuado hasta Cuba.

Aunque se había comprado un sombrero de paja barato, se había acostumbrado a ir sin sombrero… para él una orgía de informalidad, ya que

«los hombres del norte de mi edad se aferran a esta prenda tradicional». Disfrutaba yendo sin un programa preconcebido, riéndose de los cuidadosos planes que Morton se hacía para efectuar un viaje a Nueva Escocia:

> … yo no daría un solo paso en un viaje cuyos movimientos me fueran perfectamente conocidos de antemano. Lo emocionante del viaje está en el elemento de sorpresa y de *imprevisión*, que confieren una calidad de liberación aventurera[423].

De vuelta en Nueva York en julio, observó que, aunque antes no tenía el menor sentido del tiempo, sus viajes le habían enseñado a ser puntual. Su amigo Brobst testifica que, en los años 30, Lovecraft era siempre puntual[424]

Wilfred Taiman, que contaba con una buena colocación, tenía la manía de comprar cantidades de ropas y luego se cansaba de ellas y las regalaba. A Lovecraft le dio un traje Palm Beach de color pardo, aunque Lovecraft no sabía si aceptarlo porque «es de moda y posiblemente resulte demasiado juvenil para un viejo». Finalmente lo aceptó, pero rechazó un abrigo de color gris claro para sustituir el de 1909, que aún llevaba. «Era tan juvenil que de ponérmelo me habría sentado peor que mis actuales reliquias arqueológicas…»[425].

Conoció a un amigo de Loveman, Leonard Gaynor, que trabajaba para la Paramount Pictures y mostraba un vivo interés por la literatura de Lovecraft. La posibilidad de vender algún trabajo para una película era pequeña probablemente, pero Lovecraft prefirió no correr el riesgo de un desencanto, diciendo: «… Hablando fríamente, nada mío podía haber sido adecuado a sus intereses. Las películas quieren *acción*, mientras que mi especialidad es la *atmósfera*[426]».

El 15 de julio, Lovecraft hizo una excursión en automóvil hasta el Condado de Westchester, donde había sido invitado por un joven amigo llamado Alian B. Grayson. Condujo la madre de Grayson. En Ardesley, pasaron a ver a una prima de los Grayson. Lovecraft escribió:

> Esta prima —ahora una señora de edad— se ha convertido en una especie de semirreclusa excéntrica a consecuencia de una excesiva vigilancia paternal en su juventud: por haber decidido su padre mantenerla estrechamente recluida hasta que pudiese encontrarle marido entre la nobleza alemana. No lo consiguió, de modo que murió dejando una hija ceñuda y ya poco atractiva, de edad madura, e inepta para el mundo a causa de su reclusión juvenil. Después de la muerte del padre, la hija se casó muy pronto, por dinero, con un vecino vulgar, semirrústico y no demasiado bien hablado, y allí vive ahora en matrimonio; viejo y excéntrico, en medio de una maravilla de escenario y una opulencia arquitectónica. Carecen de servidumbre, y lo tienen todo cerrado salvo tres habitaciones de la enorme casona… viven como campistas y visten con la indumentaria más informe e inclasificable[427].

No hace falta leer demasiado entre líneas para comprender que Lovecraft se daba cuenta del paralelo entre la infortunada dama y él mismo.

Durante el resto del año, Lovecraft permaneció en Providence, salvo algún breve desplazamiento a Boston, a Plymouth o a Hartford. En Hartford aceptó un trabajo de corrección de pruebas por 50 dólares, para la compañía de Orton, de un libro sobre el Dartmoth College (este libro cambió su forma de pensar sobre los tiempos coloniales). Por lo demás, pasó el tiempo escribiendo para otros, revisando, contestando cartas, leyendo y paseando.

Discutía sobre ciencia y religión con sus corresponsales. A Moe le contaba que lo malo de la época victoriana era que todos los cerebros de primera magnitud se orientaron hacia la ciencia, sin dedicarse ninguno a las artes; de ahí las extravagancias del gusto Victoriano. Con el católico Derleth, se mostraba correcto con la religión. Pero cuando, a primeros de 1931, Frank Long comenzó a coquetear con el catolicismo, Lovecraft le persiguió con todas sus fuerzas: «Ese anacronismo increíble y antisocial denominado la iglesia papista… El papismo fomenta todo lo afeminado y repugnante». Aunque en otras ocasiones admitía que la religión tenía cierto

valor social práctico, ahora declaraba: «Detesto y desprecio la religión» porque, decía, mentía en los hechos básicos, científicamente establecidos[428]

Aún seguía siendo hostil a las «influencias extranjeras»; pero, aparte de las razas de color (negroides, australoides, y melanesias), abandonó sus discusiones raciales. Ahora basaba su nativismo en razones culturales:

> Ningún antropólogo de categoría insiste en la evolución uniformemente progresiva de la raza nórdica, comparada con la de las caucasianas y mongólicas. De hecho, se reconoce francamente que la raza mediterránea revela un porcentaje superior de sensibilidad estética, y que los grupos semitas destacan por una intelección aguda y precisa. Puede, también, que la mongólica destaque en capacidad estética y normalidad de justeza filosófica.

Estos grupos, sin embargo, están aún condenados a la mutua hostilidad, porque:

> … nada más que daño puede derivarse de los sentimentalistas que pretenden que las diferentes culturas pueden entenderse y simpatizar mutuamente… En la actualidad, como muestra Spengler, las culturas están profundamente arraigadas, y son prodigiosamente únicas y externamente hostiles, con diferencias *muchísimo más grandes* de lo que comúnmente se supone… Lo que entendemos por «superioridad» nórdica es simplemente *conformidad con aquellas potencialidades de carácter que son naturales e inalienables en nosotros*… No los llamamos [a los italianos] inferiores, sino simplemente admitimos que son *diferentes* más allá de los límites del fácil entendimiento mutuo y la compatibilidad cultural… Y no olvidemos que nosotros los tenemos por grupos extraños en la misma medida que nos tienen ellos a nosotros. Los chinos consideran que nuestras costumbres son malas, nuestras voces roncas, nuestro olor desagradable, y nuestra piel blanca y nuestra

> nariz larga leprosamente repulsivas. Los españoles nos juzgan vulgares, brutales, huraños. Los judíos… honradamente piensan que somos salvajes, sádicos e hipócritamente infantiles… ¿Cuál es la respuesta? *Sencillamente, que hay que mantener el número de todos éstos aproximadamente igual, y las razas altamente desarrolladas lo más separadas posible*. Que se estudien lo más profundamente que puedan en interés de una compresión intelectual tendente a la apreciación y la tolerancia. Pero que no se mezclen demasiado…

Aunque todavía etnocéntrico, esta actitud es más madura que su pueril nordismo o arianismo del principio: ya no pregona sus opiniones baratas sobre los no-anglosajones como verdades objetivas. Además, como las culturas difieren en costumbre, hábitos y moral, y la xenofobia es un rasgo humano común, el argumento de Lovecraft no carece enteramente de fundamento. Sin embargo, para justificar sus propios sentimientos, exageraba las diferencias entre las distintas culturas, así como las dificultades de adaptación y asimilación.

A veces Lovecraft se mostraba incluso escéptico respecto de los clichés étnicos: «… La concepción superficial de las diversas herencias raciales y nacionales está frecuentemente en divertida oposición con los hechos reales». Abandonó su primitiva misantropía: «Negarse a *sobrevalorar* a la gente, en masa, no es señal alguna de que uno *odia* o *desprecia* a la gente. Desde luego, yo no[429]».

En política, hablaba de la inevitabilidad de alguna clase de socialismo. Obligado a escoger entre el comunismo y el fascismo, prefería el fascismo. La democracia funcionaba sólo a pequeña escala y en los Estados Unidos se había convertido meramente en una «burla», un frente para la plutocracia. Los «fines cívicos» en pro de los cuales podía esperarse que obrara un gobierno eran la seguridad física, la oportunidad para aprender y expresar uno sus opiniones, una atmósfera favorable para el arte y la ciencia, y «un sentido de la colocación armoniosa». Incluso el comunismo sería tolerable si cumpliera estos requisitos; pero hasta ahora no lo había hecho.

Y añadía: «Puede aprenderse mucho de la Rusia soviética, aunque a nadie le gustaría ver… adoptado… el sistema de ese país…»[430]. Pocos

años antes, cuando Lovecraft aún era políticamente ultraconservador, E. Hoffmann Price había defendido ante él la misma idea de la Unión Soviética.

Lovecraft se oponía a la censura. Esto le ocasionaba dificultades cuando trataba de contemplar el fascismo con ojos favorables. Se resignó, si no accedió a cambiar:

> Ciertamente, los cambios en América (y en este sentido, en todas partes) derivados de la mecanización no se deben en absoluto a haberlos acogido el optimista capricho. Todo lo que puede decirse es que son completamente inevitables. Todo en la moderna existencia es corolario absoluto y directo de los descubrimientos de la fuerza aplicada del vapor y de la aplicación a gran escala de la energía eléctrica; y no hay manera de destruir un descubrimiento una vez que se ha dado con él… En realidad, no hay una forma de vida naturalmente desarrollada que sea considerablemente mejor o peor que otra. Lo que nosotros odiamos es simplemente el *cambio* como tal. Cosa muy natural y razonable, ya que la mayor parte del aliciente de la vida se deriva de ilusiones que dependen de escenarios estables y de la continuidad de las tradiciones y costumbres populares …

Aquí Lovecraft se anticipa a la teoría de Toffler del «shock del futuro». Como de costumbre, el «nosotros» de Lovecraft es simplemente H. P. Lovecraft. A muchos les encanta el cambio y no ven el «aliciente de la vida» en «escenarios estables y en la continuidad de las tradiciones y costumbres populares». Otros prefieren una combinación de estabilidad y de cambio. Si ordenásemos a la gente de acuerdo con sus gustos o aversiones al cambio, Lovecraft se encontraría en el último extremo de la escala de la «aversión», mientras que los caprichosos que exigen un constante cambiar por cambiar se situarían en el extremo opuesto.

Con respecto a sus escritos, Lovecraft se mostraba más pesaroso. Le avergonzaban muchas cosas que había dicho cuando tenía veinte años. Deseaba poder escribir literatura realista, pero no era capaz. Los relatos de

acción eran populares, pero no verdadero arte; de ahí que una revista como *Argosy* nunca fuera «un mercado para *mí*». En realidad, podía escribir (como en «La sombra sobre Innsmouth», del que hablaremos más adelante) buena literatura de acción y de suspense, pero se había convencido a sí mismo de que todos esos relatos eran «material de revista barata», y que la única literatura dotada de verdadero «arte» era aquella que conseguía una atmósfera.

Aún predicaba una concepción de la literatura sin humorismo y fundada en el arte por el arte: «Tener presente al lector es absolutamente fatal para el verdadero arte». «El arte exige que uno escriba lo que tiene dentro, ni más ni menos». Y «… todo lo que sea *caprichoso* es básicamente estridente, insincero y lo más opuesto al auténtico miedo».

Derleth aconsejaba a J. Vernon Shea, joven corresponsal, que tuviese alguna experiencia sexual porque eso le ayudaría a escribir. Lovecraft aseguró a Shea que, al contrario, la experiencia sexual no era necesaria para escribir. «Efectivamente, no veo diferencia alguna entre la obra que he escrito en el período de mi matrimonio…». Quizá esto dice más sobre el matrimonio de Lovecraft que sobre el oficio literario.

Sin embargo, Lovecraft cuidaba de distinguir entre sus actitudes para con el sexo en la realidad y en la ficción: «Detesto todas las irregularidades sexuales *en la vida misma*[431]», pero no se escandalizaba en absoluto si las veía plasmadas de manera realista en el arte. Esto era efectivamente un cambio respecto al día en que reprendió a Cook por publicar aquella historia de la modelo de un artista.

Lovecraft sentía interés por la pronunciación y los dialectos. Durante años discutió por carta las variedades regionales con la señorita Toldridge y con Shea. Sus conocimientos, sin embargo, eran superficiales. Al parecer, no leyó nunca buenos libros entonces asequibles sobre la fonética del inglés americano, como los de John S. Denyon y George P. Krapp. De modo que proclamaba el error común de que los que hablaban el dialecto neoyorkino proletario trasponían los sonidos *er* y *oi*, pronunciando «Ernest Boyd» como «Oinest B ird[432]» (en realidad, tienden a utilizar un sonido intermedio simple, entre *oi* y *er*, en ambas palabras).

En 1925, Wright había rechazado el relato de Lovecraft «En la cripta» por considerarlo demasiado horripilante. En el verano de 1931, Derleth convenció a Lovecraft para que se lo dejase mecanografiar otra vez, ya que el manuscrito se había deteriorado. Lovecraft, tras darle las gracias, comentó que, puesto que habían rechazado el relato tres editores, «dudo que sirva de mucho enviárselo otra vez a Wright; detesto el regateo que implica el insistir en vender[433]». Pero Derleth le envió a Wright «En la cripta» de todas maneras. En octubre, Wright pagó por él 55 dólares.

La venta animó a Lovecraft a empezar otro relato. A modo de experimento, lo comenzó en un estilo totalmente distinto del habitual.

Hizo tres intentos, pero se atascó las tres veces. En noviembre renunció al experimento y escribió la historia en su estilo natural. La llamó «La sombra sobre Innsmouth», y alcanzó las 26.000 palabras. Combinando elementos de diversas historias anteriores, «La sombra sobre Innsmouth» no es lo mejor de Lovecraft, aunque —a pesar del error que cometió al poner el momento culminante en la mitad— sí un relato bueno y animado, central en los Mitos de Cthulhu.

El narrador es un estudiante que, al estilo lovecraftiano, celebró su «mayoría de edad haciendo un viaje por Nueva Inglaterra —turismo, antigüedades, e interés genealógico—, planeando ir directamente desde el antiguo pueblo de Newburyport a Arkham, de donde provenía la familia de mi madre. No tenía coche y viajaba en tren, tranvía o autobús, buscando siempre el itinerario más barato[434]».

Su economía le apea en el ruinoso puerto de Innsmouth, sobre el que ha oído siniestros rumores. Los habitantes de Innsmouth son descendientes de un tal Capitán Marsh, quien en la década de 1840 regresó con una esposa nativa de una isla de los Mares del Sur. Tienen la íctica «pinta de Innsmouth», con la frente y la barbilla huidizas, los ojos abultados y la piel escamosa.

El narrador va a alojarse al repugnante hotel Gilman y sale en busca de alguno de los pocos nativos que no son de Ellos. Encuentra a un alcohólico nonagenario que, estimulado por el *whisky*, cuenta la historia de Obed

Marsh. El jactancioso capitán, al parecer, había descubierto una isla cuyos nativos obtenían pescado y oro a cambio de sacrificios humanos a una raza de seres humanoides acuáticos, esbirros de Cthulhu. Los habitantes del mar habían cruzado su sangre con los isleños. Sus descendientes venían al mundo enteramente humanos, pero más tarde adquirían el íctico aspecto de los seres marinos. Llegado el momento, retornaban al mar, donde ya vivían para siempre. La esposa de Marsh era uno de esos híbridos.

El narrador despierta las sospechas de los nativos, que tratan de entrar en su habitación del hotel. Trepa a la ventana, y durante muchas páginas la historia es un buen relato de persecución, a pesar de considerarse Lovecraft incapaz para la literatura de acción. El narrador consigue huir; aunque, héroe lovecraftiano en definitiva, se desmaya como una heroína de novela victoriana ante la visión de algo horrible. Más tarde, al proseguir sus averiguaciones genealógicos, se entera de que él también es un Marsh…

Lovecraft tenía mala opinión del relato:

> No creo que el experimento sea gran cosa. El resultado, de 68 páginas, tiene todos los defectos que deploro, especialmente en lo que se refiere al estilo, donde se me han deslizado frases hechas a pesar de todas mis precauciones. El empleo de otro estilo era como trabajar en un idioma extranjero, por lo que me quedé en seco… No; no tengo intención de ofrecer «La sombra sobre Innsmouth» para su publicación, pues no hay posibilidad de que la acepten. Probablemente, la utilizaré como cantera …[435]

Derleth se brindó a mecanografiar el relato y, al serle rechazada la ayuda, insistió a Lovecraft para que lo hiciese él. Lovecraft le envió el original mecanografiado, calificándolo de «mi verboso y dudoso canto de cisne… como una especie de gran final de mi presente etapa prosística».

Derleth instó a Lovecraft para que mandase el relato a *Weird Tales*, pero algunos de sus otros corresponsales le enviaron sus críticas. Estas le desalentaron de tal modo que archivó el relato, lamentándose:

> En cuanto a escribir, creo que he terminado definitivamente. Las opiniones desfavorables de mi reciente obra han destruido mi confianza en ella, y me doy cuenta de que soy incapaz de poner en el papel lo que realmente quiero expresar[436].

Decía: «¡Casi me divierte pensar que hubo un tiempo en que me creía en el camino de poder llegar a escribir relatos!». Se retiraba «prácticamente de la palestra profesional» porque «es muy posible que esté literariamente acabado…». Ahora escribía con un lápiz estilográfico de diez centavos porque las plumas le cansaban la mano y «la sola visión de una máquina de escribir me deja petrificado». «No sólo me seca toda fuente de pensamiento e inspiración, sino que me pone enormemente nervioso y me produce dolor de cabeza…»[437].

A fin de volver a escribir, tenía que «eliminar de mi cabeza toda la detestable imagen de comerciantes y regateadores». «Lo único que me mueve a escribir es la completa libertad respecto a todas las limitaciones y a toda idea de normas críticas o de lectores, aparte de mí mismo».

Estaba «siempre demasiado al borde del agotamiento nervioso para no sentirme lastrado por la experiencia de los repetidos rechazos[438]». Cuando Derleth le instaba a que levantase el ánimo y no dejase que unas pocas contrariedades le amilanasen, contestaba quejumbrosamente:

> En cuanto a mi postura del otro día sobre escribir y enviar trabajos, comprendo que consideres mi norma antirrechazo obstinadamente estúpida e inútilmente miope, pero no estoy preparado para presentar otra defensa que el mero hecho de que las repetidas devoluciones *influyen* en cierto modo sobre mi psicología —racionalmente o no—, y que su efecto debe de ocasionar en mí una cierta parálisis literaria que me impide absolutamente seguir escribiendo, a pesar de mis más denodados esfuerzos. Sería el último en sostener que produzcan tal efecto, o que deban producirlo —aun en grado muy ligero— sobre una psicología de una tenacidad y un equilibrio 100 por 100. Pero, desgraciadamente, mi equilibrio

> nervioso siempre ha sido de una cantidad dudosa, y se encuentra ahora en una de sus fases más difíciles… Me siento tremendamente desagradecido al no aprovechar los generosos ánimos y ofrecimientos que me haces, y difícilmente podría culparte si te desentendieses de este anciano como de un completo engorro; pero estoy seguro de que te das cuenta de cuánto aprecio tu interés y cooperación y lo mucho que lamento parecer terco, estúpido y víctima de caprichos de una segunda niñez.

August Derleth era un joven de una energía infinita, y precisamente del tipo de los que son «de una tenacidad y un equilibrio 100 por 100», como decía Lovecraft. Lovecraft le envidiaba estas cualidades: «Debe de ser grande ser un superhombre… ¡pero ten piedad de los meros mortales!»[439].

En realidad, comparados con las decepciones sufridas por la mayoría de los escritores, los rechazos que soportó Lovecraft fueron tan pocos que darían risa, si no estuviéramos describiendo una situación trágica. Renunciaba tras un intento infructuoso o dos (el que suscribe ha vendido relatos después de haber sido rechazados una docena de veces o más).

Lo que padecía no eran «caprichos de una segunda niñez», sino impulsos y tabúes impresos en él durante su primera niñez, muchos de los cuales no llegó a eliminarlos jamás. Así, cuando la técnica literaria de Lovecraft se hallaba en su cénit y sus ideas eran sorprendentemente originales, su peculiar psicología, la débil imagen de sí mismo, su antimercantilismo y su «amateurismo-profesional», se combinaban para frustrar el éxito que podía haber alcanzado.

A pesar de toda su desesperación consciente, Lovecraft escribió un relato en enero de 1932: una novela corta de 15.000 palabras titulada «Los sueños en la casa de la bruja». Puede que la historia se la sugiriera una «Casa encantada», de paredes y suelos de extraños ángulos, que Lovecraft y Sonia habían visitado en Coney Island nueve años antes.

Walter Gilman, estudiante de la Universidad Miskatonic, vive en una antigua casa de Arkham. Esta casa había albergado en otro tiempo a Keziah

Masón, bruja que había huido de Salem durante la persecución de 1692. Gilman vive en la habitación de Keziah, de extraños ángulos; estudia cálculo no-euclidiano y física cuántica. También echa mano del *Necronomicon* y demás obras ocultistas, con la esperanza de descubrir fórmulas que le den acceso a dimensiones desconocidas.

Los críticos literalistas han proclamado que no existe el «Cálculo no-euclidiano». Por supuesto que no, dado que Euclides vivió cerca de dos mil años antes de que el cálculo fuese inventado por Newton y Leibniz. Lovecraft, estoy seguro, conocía esto y utilizó el término meramente como los escritores de ciencia-ficción utilizan vocablos pseudocientíficos, para «conferir verosimilitud artística a lo que de otro modo sería un relato sin adornos ni convicción».

Gilman tiene sueños inquietantes, en los que ve a la bruja y a su familiar, «Brown Jenkin». Esta criatura se asemeja a una rata bastante grande, con una cabeza parecida a la de un hombre, y pies como manos humanas. La pareja atrae a Gilman a su propia dimensión, donde todo tiene aspecto de conglomerados de cubos y demás figuras geométricas.

En Arkham corren rumores de un inminente aquelarre con sacrificio de niños. Sospechando que Keziah pretende implicarle en esto, Gilman se siente cada vez más turbado; pero presa de una debilidad lovecraftiana, espera pasivamente su destino… Es un buen relato, sumamente original e imaginativo, en el que enlaza el supuesto culto de brujas de Salem del siglo XVII con los Mitos de Cthulhu.

Lovecraft no tenía prisa en vender el relato. Cuando Derleth le insistió en que le dejase al menos mecanografiarlo, Lovecraft replicó: «No te dejaría que malgastases el tiempo mecanografiándolo por nada del mundo…». A principios de mayo, Lovecraft consiguió que un cliente, cuyo trabajo había revisado, le pasase a máquina «Los sueños en la casa de la bruja» en vez de pagarle[440]. Se proponía enviarlo al círculo de sus amigos pidiendo que lo criticasen, antes de decidirse a mandarlo a Wright.

Derleth fue el primero de la lista; Clark Ashton Smith el segundo. Crítico severo y sin tacto, Derleth dijo cosas muy duras sobre el relato. Lovecraft entonces decidió que «todo el incidente demuestra que mi época literaria ha concluido», y pidió a Derleth que le devolviese inmediatamente

el manuscrito.

El relato estuvo almacenando polvo durante meses. Luego Derleth, que quería tener la colección completa de los escritos de Lovecraft, se lo pidió otra vez para copiárselo a máquina. Mientras tenía el original, hacia finales de 1932, se lo enseñó a

Wright. Éste lo compró en seguida por 140 dólares y lo publicó en el número de julio de 1933. Lovecraft se negó a vender los derechos de dramatización por radio, por temor a que le «vulgarizasen» la obra al adaptarla[441].

En mayo de 1932, Lovecraft emprendió su viaje más largo. Después de detenerse en casa de los Long, en Nueva York, siguió a Washington, Roanoke, Knoxville, Chattanooga, Memphis, Vicksburg, Natchez y Nueva Orleans. Saboreó cada instante del recorrido: los Montes Lookout, las puestas de sol en el Mississipi, y las antigüedades de Natchez.

Su compañero de colaboración en *Weird Tales*, Edgar Hoffmann Price vivía en Nueva Orleans. Entre otras cosas, Price había sido cadete de West Point, oficial de caballería U.S.A. en la Primera Guerra Mundial, orientalista aficionado, y hábil mecánico de automóviles. Al perder su colocación durante la Depresión, Price trataba de mantenerse a flote escribiendo relatos para revistas baratas.

Como no le había visto nunca ni se había escrito con Price, Lovecraft «no iba a ir sin más y presentarme yo mismo». Sin embargo, escribió a Robert Howard, en Texas, hablándole de su viaje.

Howard le había insistido previamente para que fuera a Texas a visitarle, prometiéndole un recorrido por los lugares históricos del Estado de Texas. Se sintió tremendamente disgustado al saber que Lovecraft llegaba a Nueva Orleans en un momento en que él se encontraba sin dinero, sin coche, e imposibilitado para reunirse con él.

Así que Howard telegrafió a Price, diciéndole dónde encontraría a Lovecraft. El espontáneo Price telefoneó inmediatamente a Lovecraft, fue a su hotel, le recogió y le llevó a su propia casa. Lovecraft calificó esta visita de «la más larga que he hecho —y espero hacer— en mi vida».

… una visita que duró 25 ½ horas sin interrupción, desde la tarde del domingo [12 de junio] hasta casi la medianoche del lunes. Price tenía una habitación en el Vieux Carré, y de cuando en cuando su compañero de habitación hacía té o café, o preparaba algo de comer… Nadie parecía tener sueño, y las horas se deslizaron imperceptiblemente entre discusiones y críticas literarias. Las visitas subsiguientes duraron 10 horas o así cada una…, y estuve en contacto con Price hasta que me marché[442].

Price, también, describió el encuentro:

La primera vez que vi a H. P. L. fue en el vestíbulo de un hotel de tercera categoría de St. Charles Street en Nueva Orleans, a primeros de junio de 1932. Llevaba un traje deformado y gastado, descolorido y cuidadosamente remendado en varios sitios… Los ojos que vi eran de color castaño oscuro, animados, intensos y enteramente normales, sin el menor rastro de la espectralidad que yo había esperado encontrar.

Por lo demás, su actitud era lo bastante cabizbaja como para hacerme subestimar su estatura, así como la anchura de sus hombros. Tenía el rostro delgado y estrecho, alargado, con una barbilla y una mandíbula largas. Andaba con paso vivo. Su voz era rápida y tendía a sufrir contracciones espasmódicas. Era como si su cuerpo no lograra mantener el ritmo ágil de su mente…

Yo me sentía algo tenso, no tanto por la perspectiva de ir a ver a un personaje fabuloso que yo me representaba con ojos pavorosos, como por las historias extravagantes que había oído; a saber: que era un puritano estricto e insoportable, y que uno tenía que cuidar sus palabras y evitar especialmente cualquier referencia a la bebida o a hábitos que se consideran vicios. Pero al cabo de un minuto o dos, me di cuenta de que ni era un gul ni un puritano, sino una persona amable y humana, a pesar de parecer un diccionario parlante.

No era engolado, ni tampoco presuntuoso; todo lo contrario. Únicamente tenía la costumbre de utilizar una dicción formal y académica para cualquier comentario casual. Cuando aún no habíamos recorrido una manzana de casas, me sentí convencido de que ninguna otra forma de hablar podía ser auténticamente natural en H. P. L. De haber empleado expresiones menos altisonantes y recurrido a la manera de hablar de otros, habría sido una afectación…

Por cortesía, yo había escondido mis cinco cajas de bebida casera (era en 1932 [cuando aún estaba en vigor la Prohibición]) y un barrilito de zumo de uva. Su gusto por el café simplificó el problema del refrigerio. Más que «gusto» era pasión. Bebía taza tras taza, y yo hacía cafetera tras cafetera. En cada taza removía cuatro cucharadas bien colmadas de azúcar. Estuvo bebiendo café las veintiocho horas consecutivas, durante las cuales charlamos a un ritmo vertiginoso.

Y comió. Su larga cara se iluminó cuando mencioné la gran olla de *chile con carne* que había preparado la víspera de su inesperada llegada. Había otros manjares en la nevera, pero ante la mención del chile soltó una alusión clásica parecida a «néctar» o «ambrosía», y siguió diciendo que cuanto más condimentada estuviese la comida, mejor …

Charlamos durante veintiocho horas seguidas, intercambiando ideas, sugiriéndonos fantasías, exagerando el uno las extravagancias del otro. Sentía un enorme entusiasmo por las nuevas experiencias, visuales y auditivas, de palabras y de ideas. Sólo he conocido en toda mi vida a uno o dos que se le aproximasen en lo que yo llamaría «codicia mental». Era un glotón para las palabras, las ideas, los pensamientos. Elaboraba, combinaba y destilaba a un ritmo de ametralladora.

Ni fumaba ni bebía, y a juzgar por toda su conversación y sus cartas, las mujeres no existían para él. Pero salvo eso, sus gustos e intereses se aproximaban a los universales …

> Durante estas veintiocho horas entró gente del Vieux Carré, personas a las que estaba seguro que juzgaría lujuriosas, indecentes e incultas. Subieron alegremente, y con botellas. Tratar de evitar esta afrenta, como temía yo que lo considerase, habría sido una

torpeza y, en cierto modo, una burla más que una muestra de consideración para con mi invitado de honor. Temí también que el grupo resultase, en el mejor de los casos, aburrido, si no impertinente, para una persona de la categoría y preparación de H. P. L. Lo que resultó fue que… no sólo se unió a los visitantes en una camaradería franca y cordial que contradecía todo lo que me habían dicho de su intolerancia en algunas cuestiones, sino que entabló con ellos una confianza más que mediana. Y cuando tomó la palabra, escucharon a este extraño, a este excéntrico, a este libresco, a este puritano pedante de Providence. Acaparó la atención desde el principio. Su seguridad y su aplomo me tranquilizaron y me encantaron.

Fue una velada de muchas fases. Uno de mis relatos favoritos escrito por H. P. L. era, y aún lo es, *La llave de Plata*. Al hablarle del placer que me producía leerlo, le sugerí que escribiese una continuación con las hazañas de Randolph Cárter después de su desaparición. Mi interés por el relato le estimuló, y su apreciativa respuesta me estimuló a mí de rechazo, de forma que antes de separarnos habíamos decidido seriamente abordar la tarea. Unos meses más tarde, escribí un primer borrador de unas seis mil palabras. H. P. L. lo elogió con cortesía, y en ese instante literalmente se puso pluma en mano. Me envió un desarrollo de 14.000 palabras, al estilo suyo, del borrador que yo le había enviado. Yo me había atascado, por supuesto. La idea de escribir la continuación de uno de sus relatos era más fantástica que cualquier fantasía suya. Cuando descifré su manuscrito, vi que había dejado intacto algo menos del cincuenta por ciento de mis palabras originales: un pasaje que él consideraba no sólo rico y colorista en sí mismo, sino también compatible con el estilo de su propia composición. Por supuesto, tenía razón en desecharlo todo excepto la línea fundamental. No pude por menos de maravillarme de lo que había mejorado mi pedestre e insuficiente comienzo. Lo que yo había hecho con ese comienzo, efectivamente, fue espolearle a crear algo…

> Nos divertimos mucho con nuestra colaboración. Con exagerado entusiasmo, decidimos emprender muchas colaboraciones más para aprovechamos de lo que él llamaba mi velocidad de composición. En vez de firmarlos los dos, crearíamos un nombre ficticio: Etienne Marmaduke de Marigny, cuya producción, haciendo un cálculo moderado, alcanzaría el millón de palabras al mes. Proyectamos comprar palacios moros, coches de encargo y toda clase de lujos, a costa de los prodigiosos beneficios que nos iba a producir Etienne Marmaduke de Marginy; como, por ejemplo, un aparato automático de helado que pudiese distribuir doscientos sabores distintos a elección, y una bodega de vino con igual provisión. H. P. L. era un hombre tolerante; más de lo que se decía de él. Consentí de buena gana en no acudir a una ostrería ni lugar alguno de pescado. Por deferencia a la sensibilidad de H. P. L., prescindí enteramente de las concubinas[443].

De Nueva Orleans, Lovecraft regresó a casa. Estando en Nueva York, un telegrama de Annie Gamwell le informó de que Lillian Clark, que desde hacía mucho estaba semi inválida por la neurosis y artritis, había sufrido un ataque y no esperaban que se recuperase.

Lovecraft cogió el tren para Providence y encontró a su tía en coma. Dos días más tarde, el 3 de julio de 1932, murió apaciblemente, a la edad de setenta y seis años.

Durante dos meses, Lovecraft permaneció en casa sin salir, exceptuando alguna pequeña excursión. Los barcos que hacían la línea de Newport tenían tarifa de guerra, lo que reducía el precio del pasaje a cincuenta centavos. Lovecraft aprovechó para hacer tres viajes a Newport. Allí encontró un lugar en lo alto de los acantilados, donde sentarse a escribir en pintoresca soledad. También fue a Newburyport a presenciar un eclipse total de sol.

Se inscribió a una excursión en tren de Boston a Montreal y Quebec. Insistió a Cook para que fuese con él. Cook rehusó, previendo que iba a ser una dura prueba «de dormir poco, si es que dormía algo, en su asiento. El tren atestado hasta el último asiento. Crios ruidosos y alborotadores,

mujeres chillonas y hombres borrachos». Personalmente, Lovecraft pensaba exactamente igual que Cook. A pesar de sus lamentaciones sobre su falta de energía, cuando iba de visita turística, Lovecraft caminaba a una marcha que agotaba a sus compañeros. Cook recordaba:

> El martes siguiente de madrugada [6 de septiembre], antes de irme yo a trabajar, llegó Howard de Quebec. Nunca le había visto, ni volví a verle, con tal aspecto. Le colgaban bolsas de piel del esqueleto. Tenía los ojos hundidos en sus cuencas como agujeros ardientes en una manta. Aquellas manos y dedos de artista sensible y delicado no eran otra cosa que garras. Estaba muerto todo él, salvo los nervios, gracias a los cuales aún funcionaba. Aquella tarde tenía una cena en Somerville con una mujer para la que estaba haciendo alguna revisión, y tenía proyecto de resolver algunos asuntos durante el día. Me asusté[444].

Cook perdió el control y regañó a su amigo por su insensatez. Llevó a Lovecraft a un restaurante a tomar un buen desayuno, luego a una habitación de la casa de huéspedes donde vivía, y le obligó a dormir el día entero. Tras una segunda comida, mandó a Lovecraft a hacer lo que tuviera que hacer.

La cliente de Somerville, Massachusetts, era una robusta divorciada de pelo castaño rojizo, Hazel Drake Heald (1896-1961). En 1932, Muriel, la mujer de Clifford Eddy, había organizado un club de Escritores de Nueva Inglaterra y de este modo había llegado a conocer a la señora Heald. Hazel tenía un relato, «El hombre de piedra», con un aceptable argumento, pero con el desarrollo propio de un aficionado. La señora Eddy la puso en contacto con Lovecraft, que la visitó en Somerville, y concertó la revisión de este y otros relatos.

Lovecraft reescribió completamente «El hombre de piedra», introduciendo detalles de los Mitos de Cthulhu. Situado en Adirondackes, habla de un ocultista de los bosques, el cual obtiene del *Libro de Eibon* una fórmula para convertir a los hombres en piedras. La utiliza en un hombre de quien sospecha que es amante de su mujer, y en venganza, la esposa… «El

hombre de piedra» apareció firmado por Hazel Heald en *Wonder Stories*, en el número de octubre de 1932.

Lovecraft revisó varios cuentos más para la señora Heald. Uno de ellos fue «El horror del museo», sobre un museo de figuras de cera. Una de dichas figuras es una gigantesca monstruosidad tentaculada, con aspecto de araña, llamada Rhan-Tegoth, y los restos de un hombre que ha sido sacrificado a ella. Al final, resulta que la monstruosidad no era de cera.

Otro, «La muerte alada», se refiere a un científico que causa la muerte de otro científico rival al que hace que le pique una mosca tse-tsé portadora de la enfermedad del sueño. El espíritu de la víctima toma posesión de otra mosca de la misma especie. «Más allá de los evos» es un relato sobre una extraña momia de una isla del Pacífico.

Refiere una leyenda del pueblo del continente perdido de Mu y su dios yuggothiano Ghatanothoa, cuya mera visión petrifica literalmente a quien lo contempla. «El horror en el cementerio» habla de apariciones en un pueblo de Nueva Inglaterra habitado por borrachos, degenerados y gente chiflada. Los cuatro relatos aparecieron firmados por Hazel Heald en *Weird Tales*.

Hazel invitó a Lovecraft a una cena con adornos románticos, velas y demás. Confesó a Muriel Eddy que, como estaba sola, le gustaría conocer a Lovecraft mejor, y le pidió que la ayudase a fortalecer sus relaciones. Lovecraft, sin embargo, había terminado con todo esto y no quería más. Espació sus visitas a Somerville. Aunque siguió trabajando con Hazel, estuvo siempre demasiado ocupado para hacer un viaje a Somerville e incluso para ir a casa de los Eddy, cuando Muriel Eddy les invitó a los dos.

En las elecciones de 1932, Lovecraft abandonó el partido republicano definitivamente, calificándolo de «irremediablemente anticuado». De entre los programas de los principales candidatos, era muy favorable al de Norman Thomas, el socialista; pero considerando que darle el voto a Thomas significaba desperdiciarlo, votó por Franklin D. Roosevelt.

Lovecraft se sentía impresionado con la tecnocracia que floreció en 1932, a la que atribuía una «tremenda importancia[445]». Un ingeniero llamado Howard Scott lanzó este movimiento. Scott proponía resolver la

crisis del capitalismo democrático poniendo el gobierno en manos de una especie de soviet de ingenieros (como había preconizado Thorstein Veblen diez años antes), con el dudoso supuesto de que los ingenieros eran más dignos de confianza y menos interesados que los demás. La tecnocracia se propagó en varios libros y numerosos artículos, pero desapareció tras la elección de Roosevelt.

Poco después de las elecciones, Lovecraft se sintió abatido al recibir la noticia de que Henry Whitehead, su anfitrión de la anterior primavera en Florida, había muerto el 23 de noviembre. La muerte de Whitehead fue la primera de varias pérdidas de escritores de *Weird Tales* que, junto con el despido y fallecimiento de Wright, iniciaron la decadencia de esta revista.

Tras su viaje a Canadá, Lovecraft se aferró a su decisión antimercantil. Volvió al periodismo aficionado, el cual «no me he decidido a abandonar del todo». Aunque el proyecto de Cook de publicar «La casa apartada» había fracasado completamente, Lovecraft se negó a enviarle otra vez el relato a Wright porque «no me gusta acosar con mis trabajos a unos editores que los juzgan con la frialdad del sátrapa Farnabazus[446]».

Harold S. Farnese, decano del Instituto de Arte Musical de Los Angeles, escribió a Lovecraft proponiéndole un proyecto conjunto: una opereta cthulhiana en un acto titulada *Río pantanoso* con la acción situada en el planeta Yuggoth. Para empezar, ya había puesto música a dos sonetos de *Fungí from Yuggoth*, *Espejismo* y *Los faraones anteriores*. Lovecraft contestó con una mezcla de entusiasmo y de duda:

> ¡Verdaderamente, me siento abrumado por el enorme cumplido que eso significa! Si fuese capaz de hacer justicia a semejante empresa, no habría nada que yo dejase por intentar, pues a pesar de mi profunda ignorancia en música, soy muy consciente de su maravilloso poder, y aprecio mucho su capacidad para acrecentar el efecto de formas de expresión combinadas. Pero frente a esto, está el hecho de que *no tengo experiencia alguna en composición dramática*; y ¿cómo va a poder desarrollar un auténtico novel algo

> que se encuentra a la altura de un compositor competente?… Me gustaría enormemente cooperar si pudiera, pues la representación de esos ríos pantanosos ahogados de yerbas malsanas y discurriendo perezosamente entre una intrincada y tenebrosa maraña de árboles gigantescos, o saltando por peñascos de basalto con innumerables cuevas y jeroglíficos no-humanos, ¡es algo que evidentemente sobrecoge mi imaginación!

Farnese siguió insistiendo. Había reunido ya un conjunto de personajes que incluía a Yurrengarth (tenor), Yannimaid (soprano), Chlorander (tenor), Nickelman (barítono o bajo), Aril (mezzo-soprano), el sacerdote Serac (barítono), el barquero Terrete (bajo), y «gente del pueblo del pantano».

Al pensar en el proyecto, Lovecraft tuvo miedo ante la perspectiva de tener que escribir gran cantidad de diálogo, cosa que él consideraba opuesta a la creación de sus efectos espectrales. Al final, lo rechazó en un paroxismo de humildad. Era «una labor demasiado grande para una persona absolutamente sin experiencia». «No creo que consiga escribirlo, en definitiva». «Me portaría como un asno si tratase de hacer una cosa tan ambiciosa y sostenida». «Es mejor no intentar nada demasiado ambicioso, y creo que lo más prudente es dejar que Farnese busque otro colaborador[447]».

Uno se pregunta qué habría perdido Lovecraft asociándose con Farnese, cómo esperaba adquirir experiencia si no empezaba alguna vez, y por qué estaba tan seguro de que no servía para escribir libretos. Pero, junto a todos los demás tabúes e inhibiciones, el miedo a «hacer el asno» fue quizá el factor determinante. Había fracasado en muchas cosas. Estos fracasos habían vapuleado su ego sensible, hasta que, pese a su actitud de frío desasimiento, no pudo soportar exponerse a un solo golpe más.

Esto incluía trabajos de encargo, como un folleto sobre un viaje europeo, que escribió en diciembre. Se proponía escribir ficción sólo como entretenimiento solitario ocasional. Pensaba que su estilo estaba «más o menos influido por los métodos baratos y de relumbrón y por el talante de la literatura mercantilista», y que estaba «lleno de torpezas y tosquedades» y de «trillados recursos retóricos[448]».

No quería, sin embargo, permitir que los «paquidermos que abastecen a una chusma que ni conoce ni le importa la auténtica calidad…» le alterasen sus manuscritos. «La literatura comercial y yo no tenemos absolutamente nada en común». «Todo ese negocio de alimentar las extravagancias pueriles de una canalla ignorante me es indeciblemente repulsivo e irritante…». Cuando Price le reprendió por negarse a cambiar sus relatos por pura pereza, replicó:

> Probablemente tienes razón al decir que a veces la renuencia a alterar la obra no es otra cosa que indolencia, pero curiosamente, tengo cierto respeto por esa forma de indolencia. Para empezar, yo no censuro demasiado seriamente ninguna clase de pereza. Todo trabajo es vano en realidad, y el perezoso es muchas veces el más inteligente, a la larga… Evidentemente, siento desprecio por cualquier clase de *laboriosidad* cuando el objeto no es *la excelencia intrínseca*… Lo que quiero en realidad es *cualquier* clase de trabajo no-literario que me reporte 15 dólares a la semana o más, además de tiempo libre suficiente para escribir con dignidad, con el único objeto de escribir, y sin pensar en absoluto en el auditorio o en los mercados profesionales.

Decía que le gustaría trabajar en «*lo que fuese* —ascensorista, albañil, vigilante nocturno, estibador, lo que fuese— *menos escribir*[449]». Pero no tengo pruebas de que Lovecraft buscara un trabajo salarial después de 1930. Ni sé a quién esperaba que pudiera reconocer la «intrínseca excelencia» de sus escritos no vendidos.

Hablaba mucho de la «verdadera calidad» o de la «excelencia intrínseca» en literatura, dando por sentado que existían tales cosas. De hecho, estas ideas son abstracciones vaporosas nada más, sin otra realidad objetiva que la que puedan tener los elfos. Todo el mundo tiene derecho a definirlas como le plazca; pero, como subraya el psicólogo Thouless, «tan fácil resulta definir un unicornio como un rinoceronte[450]». Pese a su brillantez, Lovecraft se pasó gran parte de su vida, efectivamente, discutiendo eruditamente sobre la anatomía del unicornio y la cultura de los

elfos.

Lovecraft explicaba por qué no podía escribir literatura realista:

> … Sencillamente, no tengo nada que decir en cualquier campo que no sea el irreal. No poseo una especial sensibilidad para el drama de la vida real. Aprecio académicamente su importancia, y puedo admirar la habilidad artística con que se capta y se utiliza; pero no me interesa lo bastante como para intentar transcribirla yo al papel.

Otra razón de igual peso era:

> Me temo que no se puede ser un realista auténticamente grande si uno no se dedica a fisgar y chismorrear de manera desagradable. Y ese tipo de cosas me resultan instintivamente repugnantes y odiosas …

Aunque «es excesivo decir que todos los realistas son chismosos», sin embargo, «Long y yo hemos intentado muchas veces dilucidar la cuestión de si uno puede ser al mismo tiempo un buen realista y un caballero, y nuestras conclusiones han tendido generalmente hacia el lado negativo». Lovecraft creía en «ser caballero en primer lugar y artista en segundo, en todo caso[451]».

# 17. PENSADOR FRACASADO

*The cloudless day it richer at its clóse;*
*A golden glory settles on the lea;*
*Soft, stealing shadows hint of cool repose*
*To mellowing landscape, and to calming sea*[452]

LOVECRAFT

OS LONG invitaron a Lovecraft a Nueva York, a partir del día siguiente a la Navidad de 1932. Lovecraft pasó con ellos una semana. Loveman tenía un apartamento lo bastante grande como para exhibir su colección de objetos curiosos, antiguos y artísticos. Le regaló dos a Lovecraft: una estatuilla indio-mejicana de piedra y un cuchillo de sílex africano con mango de marfil.

De regreso a casa, Lovecraft reanudó sus correcciones, agobiado por el creciente temor a la miseria. Ahora que Lillian Clark había muerto, Lovecraft tenía que pagar él solo los 40 dólares al mes del alquiler del 10 de Barnes Street. Este gasto devoraba su exiguo capital a un ritmo alarmante.

En medio de sus agobios económicos, dirigió la atención hacia una tarea atrasada. Lovecraft era generalmente contrario a la colaboración, porque «cualquier elemento embarazoso me obstruye generalmente la imaginación». Probablemente no hablaba en serio al proponerle a Price, en Nueva Orleans, una continuación de «La llave de Plata».

Sin embargo, Price sí se lo tomó así. A finales de septiembre de 1932, Lovecraft recibió el primer borrador de Price, de 6.000 palabras, sobre la proyectada continuación. Escribió a Price una carta radiante de elogios, pero confesó a Derleth: «No pude escapar de esa colaboración; puesto que Price me había enviado su aportación original antes de que yo pudiese negarme airosamente, él parecía tan deseoso de seguir adelante que el haberme negado habría sido cruel».

Lovecraft tardó seis meses en abordar la continuación, «A través de las puertas de la llave de plata»; pero le cayó una riada de trabajo de revisión. Este incluía una novela de 80.000 palabras, y la ayuda a un cliente en sus investigaciones en el Ateneo local.

Finalmente, envió el manuscrito a Price el 6 de abril de 1933. Le dijo a Derleth que lo había encontrado el doble de difícil que la composición original; y con su habitual pesimismo, añadió: «No creo que se venda[453]».

Price introdujo algunos cambios y lo mandó a *Weird Tales*. El 17 de agosto, Wright lo devolvió con lo que Lovecraft calificó de «lacrimoso» rechazo. Wright dijo que le encantaba el relato, pero que temía comprarlo porque «con lo mal que van las cosas ahora, creo que no puedo arriesgarme a que muchos lectores se desanimen de comprar la revista, por el hecho de publicar un relato muchísimo más extraño que el más descabellado de los sueños…»[454].

Como había sucedido anteriormente, Wright se lo pensó mejor. En noviembre, Price fue a verle a Chicago. Tras alguna discusión, Wright compró el relato por 140 dólares. Sosteniendo que Lovecraft había aportado, por lo menos, las tres cuartas partes, Price insistió en pagarle a Lovecraft las tres cuartas partes del dinero, o sea, 105 dólares.

«A través de las puertas de la llave de plata» es, creo, superior al relato del que es continuación. Empieza:

> En una inmensa sala de paredes ornadas con tapices de extrañas figuras y suelo cubierto de alfombras de Bujará de extraordinaria manufactura e increíble antigüedad, se hallaban cuatro hombres sentados en torno a una mesa atestada de documentos. De los rincones, donde había unos trípodes singulares de hierro forjado que

> un negro de avanzadísima edad y oscura librea atendía de cuando en cuando, emanaban los hipnóticos perfumes del olíbano, mientras en un nicho profundo, en uno de los lados, latía acompasado un extraño reloj en forma de ataúd, cuya esfera estaba adornada con enigmáticos jeroglíficos, y cuyas cuatro manecillas no giraban de acuerdo con ningún sistema cronológico conocido en este planeta … [455]

Estos cuatro son Etienne-Laurent de Marigny, «el distinguido criollo estudioso de los misterios y antigüedades orientales» y albacea del desaparecido Randolph Cárter; Ward Phillips, un anciano excéntrico y místico de Providence que había conocido a Cárter; Ernest K. Aspinwall, abogado de aspecto apopléjico de Chicago y primo de Cárter; y el barbado swami Chandraputra, tocado con un turbante. Aspinwall insiste en que ha llegado el momento de efectuar el reparto de la herencia de Cárter. De Marigny y Phillips se oponen.

El swami explica que, habiendo retornado a su niñez, Cárter utilizó luego la llave de plata para abrir la salida de las dimensiones terrestres. Hizo frente al guardián sobrenatural de esa puerta, mencionado en el *Necronomicon* con el nombre de «umr at-tawil, el Más Antiguo, que el escriba traduce por el de vida prolongada[456]», En un espacio onírico hiperdimensional, Cárter conoce a los otros Primordiales. Se da cuenta de que tiene conciencia de sí en el pasado, el presente y el futuro, y también de innumerables otros seres de los que Randolph Cárter es sólo una «faceta».

Uno de estos seres es el brujo Zkauba, que vive en un pasado remoto en el planeta Yaddith, donde la raza civilizada es «rugosa, parcialmente escamosa, y extrañamente articulada a la manera de los insectos, aunque no carente de un caricaturesco parecido con la silueta humana». Tienen miembros con garras y hocico de tapir. Los yaddithitas declaran la guerra a los «descoloridos y viscosos dholes de los primordiales túneles que acribillan el planeta[457]».

Cárter toma posesión de la mente de Zkauba a fin de estudiar el medio de regresar a la Tierra en forma humana. Pero entonces descubre que las fórmulas mágicas necesarias no se pueden obtener en Yaddith. Estaban

contenidas en la caja donde Cárter había encontrado la Llave de Plata. Como Lovecraft cuando se fue a Nueva York con el manuscrito de Houdini, Cárter había olvidado llevarse consigo este pergamino.

Cualquier cosa que le suceda a un escritor, por desagradable que sea en su momento, puede servirle tarde o temprano en sus escritos.

Todo lo que Cárter puede hacer, entonces, es viajar a través del tiempo y el espacio hasta la Tierra en el cuerpo de Zkauba inconsciente, buscar el pergamino, y utilizarlo para recobrar su correspondiente forma humana. Efectúa el viaje en una «envoltura luminosa» con la faceta Zkauba inconsciente gracias a una droga. Pero debe posponerse el inminente reparto de su herencia hasta que logre recobrar su forma humana.

A través de toda la narración, Aspinwall se burla y refunfuña. Acusa al swami de llevar una máscara. El swami lo admite, pero explica que es Randolph Cárter. Gritando que el swami no es más que un farsante y un impostor, Aspinwall le agarra la barba para arrancarle la máscara …

Pese a las protestas de Lovecraft, Price tiene el mérito de haberle espoleado para que crease un relato muy divertido. Aun cuando queda sin explicar el misterioso reloj, entre ambos compusieron (al menos para mí; otros no están de acuerdo) un relato sólido y tenso.

Por marzo, pareció hacérsele evidente a Lovecraft que la pobreza le impediría hacer su viaje de primavera en 1933. «¡Me gustaría saber qué hace la gente para ganar dinero!», se lamentaba.

Una solterona llamada Alice Rachel Sheppard vivía en la casa Samuel B. Mumford, en College Street 66. Era un edificio cúbico, revestido de tablillas de madera amarilla, detrás de la Biblioteca John Hay, en el campus de la Universidad Brown.

Amiga de Annie Gamwell la señorita Sheppard había enseñado alemán desde 1900 en las escuelas públicas de Providence. Aunque no era de procedencia alemana, era tan ferviente germanófila que retiró su suscripción al *New York Times* cuando dicho periódico atacó a Hitler.

(La señorita Sheppard, que ocupaba la planta baja de la Mumford House, dijo a Annie Gamwell que los inquilinos del piso superior iban a

marcharse. Annie Gamwell propuso a su sobrino ocupar entre los dos el piso superior del 66 de College Street. El precio total del alquiler sería sólo de 40 dólares al mes lo mismo que Lovecraft estaba pagando en el 10 de Barnes Street), que dividirían entre Annie y él. Tendrían cinco habitaciones espaciosas, agua caliente y fría y calefacción de la Universidad Brown, a la que pertenecía la casa.

Lovecraft se resignó a la agonía de la mudanza por el hecho de que la casa era «colonial». Si no tenía una auténtica ventana en abanico encima de la entrada, tenía algo que era casi tan bueno, un entrante en abanico.

Lovecraft se mudó del 21 al 23 de mayo y pasó las dos semanas siguientes ordenando sus pertenencias y ayudando a su tía en su mudanza. Annie Gamwell iba a comer al restaurante Fedden, en el mismo bloque, y Lovecraft la acompañaba a veces.

Ya instalado, Lovecraft empezó a cantar las alabanzas de su nueva residencia:

> Después de admirarlas [las casas coloniales] toda mi vida, encuentro algo mágico y onírico en la experiencia de vivir realmente en una de ellas por primera vez. Entrar *en casa* a través de un portal georgiano y sentarme junto a una blanca chimenea colonial, y mirar por los cristales pequeños de las ventanas hacia un mar de tejados centenarios y de denso verdor… ¡Tengo miedo de que aparezca el guardián de algún museo y me eche a puntapiés a las 6, a la hora de cerrar!
>
> ¡En esta morada han vivido realmente hombres con peluca, calzón corto y sombrero de tres picos[458]!

Lovecraft se equivocaba sobre la edad de la Mumford House. Aunque creía que había sido construida hacia 1803, en realidad se erigió en 1825, cuando hacía tiempo que las pelucas, los calzones cortos y los tricornios habían desaparecido. No obstante, la casa seguía el estilo del siglo XVIII.

Durante una semana o dos Lovecraft se sintió arrobado: siempre había adorado esta casa. No tardó en hacerse amigo de todos los gatos de la vecindad. Estos gatos acostumbraban a congregarse en un tejado bajo que

había no lejos, donde permanecían sentados pacíficamente, ignorándose los unos a los otros a la manera felina, antes de irse cada cual a sus asuntos. Lovecraft llamaba a esta tribu la Kappa Alfa Tau Fraternity, o kat. Las siglas significaban *Kompsson Ailourón Tasis* o *Company of Elegant Cats*. Durante el resto de su vida, llenó sus cartas con hazañas de la kat.

El 14 de junio, la señorita Sheppard llamó a la puerta de Annie Gamwell, para invitarla a la recepción del presidente tras la entrega de grados de la Universidad Brown. Al correr a abrir, Annie Gamwell se cayó por las escaleras y se rompió un tobillo.

La señorita Gamwell se pasó tres semanas en el hospital y volvió a casa con la pierna escayolada. Durante dos meses tuvo a una enfermera y, después de quitarle la escayola en agosto, aún andaba con muletas. Por las tardes, cuando la enfermera se marchaba, le tocaba a Lovecraft atender a la puerta. Tuvo que renunciar a un viaje que proyectaba hacer a una convención de la napa en Nueva York, el mes de julio.

Lovecraft tenía tendencia a desmoronarse ante cualquier rutina exigente. Se lamentaba: «… Los nervios se me disparan por culpa de este encierro… me han quitado un año entero de mi existencia». Hasta finales de 1933 no fue capaz Annie Gamwell de moverse sin la ayuda de un bastón.

Mientras Annie Gamwell estuvo en cama, Wilfred Taiman convenció a Lovecraft para que hiciese un trabajo no pagado. Taiman se había convertido en director de la revista trimestral de la Sociedad Holandesa de Nueva York, *De Halve Maen*[459]. El nombre significa «La media luna», por el barco en el que Henri Hudson descubrió el río que lleva su nombre. El artículo de 1.400 palabras, «Algunas huellas holandesas en Nueva Inglaterra», refiere los intentos de los holandeses de los primeros tiempos coloniales por asentarse en esta región.

Taiman publicó varios relatos para *Weird Tales*. Uno de ellos («Dos botellas negras», en el mismo número de agosto de 1927) lo revisó Lovecraft introduciendo cambios en el dialogo que a Taiman no le gustaron. Taiman se vengó en «Huellas holandesas», cuando dice: «Las sutilezas en la correspondencia, tocante a ortografía, puntuación y hechos históricos antes

de que el texto fuera de nuestro agrado alcanzaron las dimensiones de un libro[460]».

Hacia 1933 cambiaron las ideas políticas de Lovecraft. Durante un tiempo había sido claro simpatizante del fascismo. Aunque no llegó a ser un completo, acrítico y verdadero creyente de las doctrinas del fascismo, podía calificársele de compañero de viaje del fascismo. Del mismo modo, muchos intelectuales de la época, incluidos algunos jóvenes amigos de Lovecraft como Robert Barlow, se hicieron compañeros de viaje del comunismo.

A diferencia de su hermana Lillian, Annie Gamwell era una persona de acusados instintos sociales. Unos meses de contacto con los amigos de su tía, personas conservadoras y de negocios, desilusionaron a Lovecraft sobre esta «gente de primera categoría». Los encontró aburridos, sofocantes, inestéticos y carentes de inquietudes intelectuales, llenos de «ignorancia, pensamientos disolutos, hábitos oscuros, subterfugios cobardes», y otros defectos.

La xenofobia de Lovecraft, que se había aplacado, volvió a hacer su aparición. Sus cartas de 1933 contienen muchos ejemplos de sus denuestos antiétnicos. Tronaba contra «la extraña y emocionalmente repulsiva corriente cultural» y la despiadada empresa de los judíos; contra su supuesto control de los periódicos americanos mediante los anuncios, a consecuencia de lo cual «el gusto se ha moldeado insidiosamente de acuerdo con principios no arios». Renegaba de los inmigrantes: «patanes rastreros», «mestizos hediondos», «bastardos de ghetto» y «escoria y hez de sus propios países… Cobardes, que no pudieron mantenerse a flote entre su propio pueblo[461]». Hizo algún esfuerzo por distinguir entre raza y cultura: «la sangre semita no podría dañarnos lo más mínimo…». «El problema con el judío no es su sangre…, sino su… antagónica *tradición cultural*». Pero aún hablaba de los «instintos raciales arios», proclamando que los nórdicos «piensan, sienten y actúan de un modo nórdico característico en tanto siga predominando la vieja sangre[462]».

De hecho, aún no había escapado de sus creencias raciales pseudocientíficas. Sostenía no sólo que los conquistadores arios eran

nórdicos (improbable), sino que habían demostrado su superioridad imponiendo su lengua a los conquistados. Los no arios, decía, siempre habían cedido ante el lenguaje ario (inexacto)[463].

Aún se sentía incómodo en presencia de personas diferentes a él. Al escribir sobre el «mestizaje latino» de Providence, observaba:

> Uno tiene que bajar a Richmond para encontrar un pueblo en que se sienta realmente *como en casa*; donde las personas corrientes son como uno mismo, tienen el mismo tipo de sentimientos y recuerdos y reaccionan aproximadamente igual ante los mismos estímulos.

Le molestaban no sólo las «hordas piojosas de extranjeros deformes» de Nueva York, sino también los sedicentes literatos e intelectuales que se encuentran allí, cuyo «tipo me produce una desagradable mezcla de malestar y fastidio… Me siento como un explorador en medio de una tribu africana o polinesia… y no estoy a gusto, a menos que haya presentes unos cuantos "hombres blancos" más —gentes normales de la América de verdad[464]».

Como había tachado ya a la mayoría de sus compatriotas de «burgueses», «manada» o «canalla», y los encontraba detestables, quedaban muy pocos a los que pudiera calificar de «gentes normales de la América de verdad». Pero en sus contactos personales con la gente, aunque la despreciara en abstracto, sus corteses modales ocultaban tan bien cualquier desagrado que a sus amigos les costaba trabajo tomar en serio sus explosiones de misantropía.

Sospecho que la misantropía de Lovecraft no tenía su causa fundamental en lo que los otros hacían o decían, sino que reflejaba el hecho de que se abrían camino en la vida, mientras que él no. A pesar de su gran inteligencia, su superior ascendencia cultural, su heredada condición social de americano viejo, y su frugalidad monástica, Lovecraft no podía mantenerse completamente a sí mismo. Es muy probable que el contraste le atormentara, y propendiera a veces a descargar su vejación sobre los demás.

Su amigo Loveman decía: «La monomanía de Howard sobre la raza era

lo más próximo a la demencia que he visto jamás». Desde luego, las invectivas de Lovecraft al respecto recuerdan una frase del psiquiatra Searles, a quien ya he citado anteriormente. El doctor Searles dice que los psicóticos juzgan las abstracciones más reales que la realidad concreta, y reaccionan ante ellas más intensamente que ante la realidad[465]. Esto no quiere decir que Lovecraft fuese un psicótico; pero la forma en que se excitaba ante abstracciones como «instinto racial» y «corrientes culturales» implica una perturbación psicológica de no pequeño grado.

El 30 de enero de 1933 Adolf Hitler fue nombrado canciller de Alemania por el Presidente von Hindenburg (a quien admiraba Lovecraft). Durante los pocos meses siguientes, Hitler convirtió su posición en una total dictadura.

Durante las vacaciones de verano de 1933, Alice Sheppard, la vecina de abajo de Lovecraft, fue a Alemania y regresó llena de entusiasmo. Descubrió que «la moral y el estado general de Alemania son infinitamente superiores a como lo eran el año pasado. Las noticias sobre los actos de “barbarie” se han exagerado increíblemente».

A lo largo del año siguiente, las cartas de Lovecraft estuvieron llenas de apologías de los dictadores en general y de Hitler en particular. Los dictadores fascistas, decía, eran los únicos que podían detener la «decadencia», que según veía él agobiaba la civilización, y la «desintegración de los modelos culturales de Occidente». Purificaban sus propios países de «corrupciones extranjeras». Hitler, Mussolini, Kemal y Stalin, pensaba, estaban empeñados en eliminar la «podredumbre» de la cultura contemporánea.

Hitler, aunque «extremado, grotesco y ocasionalmente bárbaro», era «profundamente sincero y patriótico». Aunque representaba un peligro, «eso no puede impedirnos el ver la honesta rectitud de la fundamental urgencia del hombre… ¡Sé que es un payaso, pero por Dios que me *gusta* el muchacho!». «Hitler está mal preparado, es un desequilibrado y un neurótico; pero es una de esas fuerzas en estado crudo que a veces hacen historia…».

Lovecraft desaprobaba la quema de libros y la supresión de la libertad de pensamiento y expresión: «Estoy muy lejos de ser nazi, y probablemente me echarían a patadas de Alemania por mis opiniones respecto del universo, las verdades de la ciencia y los derechos de la libre expresión estética; pero al mismo tiempo me niego a unirme al ciego prejuicio gregario contra el honesto payaso cuyos objetivos *fundamentales* son todos esencialmente sanos a pesar de las ocasionalmente desastrosas extremosidades y absurdos de su presente política[466]».

Lovecraft seguía hablando volublemente sobre «fuerzas históricas y sociológicas», de «la carga penosa de Versalles» y de la amenaza del Comunismo, comparado con el cual Hitler era menos malo. Sentimientos similares eran cosa corriente entre los americanos conservadores, aislacionistas, germanófilos o racistas, como H. L. Mencken. Col. Robert McCormick, John Foster Dulles y Charles Lindbergh.

Al mismo tiempo, Lovecraft se convirtió en un entusiasta defensor de Franklin D. Roosevelt y su *New Deal*. Roosevelt, decía, era en definitiva un caballero. Si su programa se proponía ayudar a las masas ignorantes, eso no era más que la *noblesse oblige* de un auténtico aristócrata para con sus inferiores.

Ahora bien, ¿cómo podía un hombre defender a Roosevelt, calificarse a sí mismo de demócrata liberal, alabar a Norman Thomas, hablar de la inevitabilidad del Socialismo, y al mismo tiempo disculpar a Hitler y escribir: «Soy fascista sin reservas» y «creo que la única clase de gobierno civilizado posible en esta edad de la economía industrial de la máquina es alguna forma de fascismo»[467]?.

La respuesta es que Lovecraft se declaraba toda suerte de cosas sin preocuparse demasiado por la coherencia. Por ejemplo: «Debo calificarme como una especie de cruce entre fascista y socialista antiguo no-bolchevique», y «desde 1931, soy lo que probablemente podríamos llamar *socialista*… o, entre los rusos, un *menchevique*, para distinguirlo de un *bolchevique*».

Además, sus ideas sobre el programa de Roosevelt eran enormemente abstractas, irreales y no contaminadas por contacto personal alguno con la política. Su amigo E. A. Edkins escribió:

> Ningún monje en su celda estuvo más retirado de las agitaciones y ocupaciones de la vida ordinaria que ese anguloso y huesudo soñador en su nido de Ancient Hill. Sin embargo, era tal el alcance de su curiosidad intelectual que incluso desarrolló un interés académico por el gobierno y una concepción singularmente romántica del *New Deal*. esplendorosamente complicada con ideologías utópicas que habrían asombrado al propio Roosevelt, quien, en opinión de Lovecraft, estaba a punto de producir un auténtico *millenium* con su mandato presidencial. Los detalles complementarios que Lovecraft añadía incluían provisiones para caballeros indigentes, largueza de barón para con el campesinado, dotaciones liberales para todos aquellos que deseasen practicar las artes y las ciencias, un rígido examen educativo a los votantes, y sustitución gradual de la aristocracia del dinero por una aristocracia del intelecto[468].

El ideal lovecraftiano de «fascismo socialista» no se parece a ninguna forma de gobierno que se haya dado en la tierra; desde luego, a ninguna de las dictaduras europeas entonces llamadas «fascistas». Abogaba por que los negocios fueran administrados por comisionados contratados por un dictador nombrado mediante una elección inteligente y educacionalmente selecta… Sólo deberían darse papeletas a las personas que aprobasen un test de inteligencia imparcial y un test de conocimientos económicos, sociales, políticos y de cultura general, entendiéndose que las oportunidades para la educación deberían ser siempre iguales.

Cuando Lovecraft describió esta utopía a Robert E. Howard, éste comentó sensatamente que, a menos que se la sujetase, semejante clase gobernante intelectualmente escogida sería tan opresiva como cualquier otra *élite*. En cuanto a la cuestión que le viene a la mente a un lector moderno: cómo evitar que este dictador, elegido por votantes del cociente intelectual que fuera, amañara las elecciones o cambiara la constitución para mantenerse permanentemente en el poder, parece que a Lovecraft no se le ocurrió nunca.

De finales de 1933 en adelante, las críticas de Lovecraft a Hitler y al fascismo se hicieron cada vez más severas. Los nazis, decía, al obligar al arte a servir a sus propios fines políticos y económicos, eran casi tan malos como los comunistas. El «intento de regular [por parte de Hitler] la cultura germánica parece volverse cada vez menos racional, en vez de cada vez más».

En los últimos tres años de su vida, Lovecraft se declaró «opuesto al ideal tribal nazi». Hablaba de «la tragedia de aquellas nuevas filosofías, tan populares en las dictaduras totalitarias, que exaltan la sinrazón y exigen que el saber se utilice sólo para servir a fines propagandísticos preconcebidos». Denunciaba las «disparatadas falacias científicas… tal como se ven en la Alemania nazi y la Rusia soviética[469]». Los nazis, concluía, eran tan malos como los comunistas. Como la mayoría de los americanos liberales, simpatizó con el bando republicano de la guerra civil española de 1936-1939, pero estaba perplejo y confundido ante las purgas de Stalin de ese mismo período.

Hacia 1935, Lovecraft se encontraba ya curado de sus inclinaciones fascistas. Aún apoyaba a Roosevelt, pero confesaba que le tenía confundido el problema de «cómo lograr un tipo de socialismo decente». Prefería el progreso evolutivo escandinavo hacia el socialismo, pero dudaba que fuese viable en los Estados Unidos sin un *coup d'état*. Este podía provenir«de algún grupo tiránico y arbitrario, como el imaginado en "Aquí no pasará" de Lewis… la moderna política es demasiado complicada para un viejo».

Además de las extravagancias de Hitler y sus nazis, a Lovecraft le había influido también *Aquí no pasará* (1935) de Sinclair Lewis; Lovecraft menciona esta novela, que había leído en forma de serial en el *Providence Bulletin*, en varias cartas. Otra influencia fue la gran popularización de las ciencias biológicas, *La ciencia de la vida* (1929-34) de H. G. Wells, Julien Huxley y George P. Wells. J. Vernon Shea le prestó este libro en septiembre de 1935. Lovecraft lo saludó como «la más grande y sencilla exposición del saber biológico que he visto en mi vida… el libro más importante que he leído desde hace años…»[470]. Tuvo el libro más de un año, y lo leyó y lo

releyó. En *La ciencia de la vida*, los autores refutaban sucinta y firmemente el mito ario de una vez por todas.

La relevancia aquí de *La ciencia de la vida* está en que los autores desmantelan sucintamente el mito ario:

> En primer lugar, no existe una «raza aria» pura. Sólo hay grupos de gente de muy diversa cepa que hablan lenguas de tipo ario… En segundo lugar, no existe una «raza judía» pura. El término *judío* denota una comunidad con determinada tradición religiosa y seminacional en la que hay implícita cierta descendencia común. Pero los judíos mismos son de origen marcadamente mezclado…
>
> En tercer lugar, la raza nórdica, a la que tanta importancia política se le ha dado, no existe en parte alguna en un estado que se acerque siquiera a la pureza. En Alemania, por ejemplo, los genes nórdicos están muy mezclados con los alpinos y, en menor medida, con los de procedencia mediterránea, y también ha habido cierta infiltración de rasgos mongólicos del Este… En cuarto lugar, los nórdicos no han sido responsables, como se pretende a menudo, de los grandes avances de la historia humana. El mayor de todos, de la barbarie a la civilización… lo dio en el Cercano Oriente, probablemente el tipo de gente mediterránea de pelo oscuro; desde luego, no el tipo nórdico alto, de cabello rubio y ojos azules …

Otro acontecimiento confirmó el desencanto de Lovecraft respecto a Hitler y el culto ario. A finales del curso escolar de 1935-36, Alice Sheppard se retiró de la enseñanza, le regaló a Lovecraft un montón de libros, y en agosto se marchó a Alemania. Su proyecto era quedarse allí tres años y luego instalarse definitivamente en Newport. En septiembre, otros inquilinos vinieron a ocupar la planta baja del 66 de College Street. Aunque Annie Gamwell se sintió «disgustada» por su baja condición social, Lovecraft dijo que se había «vuelto democrático a mis años» y no se preocupó[471].

El idilio germánico de la señorita Sheppard no duró mucho tiempo. Cuando llegó, la persecución nazi de los judíos estaba en su apogeo.

Totalmente desilusionada, la señorita Sheppard regresó en seguida a Providence, donde las noticias de primera mano de las crueldades nazis horrorizaron al tierno Lovecraft.

Uno de los cambios más asombrosos de Lovecraft en sus últimos años fue la pérdida de su judeofobia. Su fijación antijudía se había debilitado ya por su amistad con judíos inteligentes como Sam Loveman, Robert Bloch, Henry Kutner y Donald Wollheim. Hacia 1936, Lovecraft aconsejaba la asimilación como solución al supuesto problema judío:

> La cuestión judía en general tiene sus desconcertantes aspectos culturales, pero la actitud nazi, biológicamente errónea, no ofrece solución… lo que es más, resulta igualmente estúpido *minimizar* incluso el admitido arte híbrido judeogermano, o judeoamericano. Puede que no reflejen los auténticos sentimientos alemanes o americanos, pero al menos tienen derecho a sustentarse sobre sus propios pies como producto francamente exótico o compuesto, que muy bien puede sobrepasar con mucho en calidad intrínseca a nuestro propio arte. Es más, resulta igualmente estúpido empeñarse en que el mero elemento de *sangre* como distinto de *cultura* hace necesariamente híbrido el arte… Casi es preferible cualquier medida de solución [de la hostilidad gentil-judía], a la arbitraria y acientífica que los nazis han escogido …

También advertía contra los intentos de los conservadores de extrema derecha por recuperar el poder mediante

> … un movimiento fascista solapadamente organizado, basado en apelaciones emocionales primitivas (ondear la bandera, soliviantar a cristianos nominales contra el «intelectualismo judío», excitar a los americanos de nacimiento contra la «democracia… católica-irlandesa-judía»…).

Lovecraft llamaba al Padre Coughlin, a *los SilverShirts* de William

Dudley Pelley y al Ku Klux Klan, instrumentos de los «reaccionarios» para llevar a cabo sus fines. Ahora Lovecraft manifestó una sorprendente desaprobación, cuando un joven amigo manifestó ideas nazis como las que él mismo había abrazado pocos años antes:

> No resulta extraño su profascismo a la vista de sus pasadas actitudes menckenianas; pero este nuevo antisemitismo suyo es realmente curioso. No solía tenerlo (nuestro buen amigo Loveman es de origen judío, y… era un gran elogiador de su obra); supongo que será consecuencia de su actual germanofilia, que tiende a olvidar la principal corriente de la Alemania anterior para fijarse en el excéntrico régimen actual[472].

Lovecraft se decepcionó también de *La decadencia de Occidente* de Spengler. Splenger, pensaba, lleva sus analogías orgánicas —al comparar una cultura con un ser vivo, con su juventud, madurez y vejez— a extremos acientíficos.

Unas semanas antes de su muerte, Lovecraft asistió a una asamblea sobre el *New Deal*, y disfrutó con «la fenomenal penetración y humor» del principal orador, el rabí Stephen Wise: «¡Puedo imaginar muy bien a los corteses nazis de Wall Street maldiciéndome por blasfemo intelectual no-ario!»[473]. Definitivamente, Lovecraft había dado un giro notable en sus últimos años.

El verano de 1933 trajo su tanda de visitantes. El 4 de julio llegó Edgar Hoffmann Price para pasar cuatro días con él, al final de cuya visita apareció Paul Cook. Price recordaba:

> Al año siguiente, nos reunimos H. P. L. y yo en Providence, en College Street, 66. Su tía, la señora Gamwell, estaba entonces en el hospital, de modo que no teníamos a nadie que nos hiciese observar un horario sano. Recuerdo que esta vez estuvimos juntos durante

treinta y cuatro horas… Se nos unió Harry Brobst, interno de un manicomio de la localidad, y fuimos al cementerio que hay al final de Benefit Street, a eso de las cuatro de la madrugada… H. P. L. monologaba sobre Edgar Allan Poe y la señora Helen Whitman, a la que había cortejado; y aquí estaba la casa de la dama. Y entonces …

De repente, y como si el gesto de H. P. L. lo hubiese hecho materializarse, me encontré ante un cementerio y, según parecía, casi dentro de él. Podía haber sido una escena de uno de sus relatos. Con aquella luz, y quizá debido a la súbita revelación, parecía que no era de este mundo… Con perfecta teatralidad H. P. L. había reservado ese golpe para el final y entonces, con asombrosa oportunidad, lo ofreció para probar que Providence aún tenía algo completamente suyo.

Al día siguiente, preparé salsa *curry*. Harry Brobst apareció con seis botellas de cerveza. Esto parecía un atrevimiento, hasta que oí las minuciosas distinciones que hacía H. P. L. La cerveza era ahora legal. No violábamos la ley del país, afirmó a manera de justificación de su cambio de postura. Bebimos con su bendición, aunque él no consintió en tomar un vaso con nosotros.

«¿Y qué vais a hacer con *tantal*?», preguntó con una curiosidad científica.

«Bebérnosla», dijo Brobst. «Sólo son tres botellas por barba». Jamás olvidaré la expresión de absoluta incredulidad de Lovecraft… Nos miró con no disimulada curiosidad, y con un atisbo de aprensión, mientras nos bebíamos nuestras tres botellas cada uno …

Saboreó el *curry*, con cordero y arroz. Durante meses estuvimos hablando por carta de aquella comida. «Ahora bien, hay una variante para las mujeres y los niños, y para el gran público americano: se trata de una salsa pálida, insustancial, completamente inofensiva. Y está el *curry* a la auténtica manera india, socarrante, ardiente, que te quema por dentro. Dicen que sólo una gota levanta una ampolla en el cuero de una bota…». Y *ese* fue el que me pidió H. P. L. Permaneció a mi lado mientras lo preparaba, y de cuando en cuando lo probaba mientras hervía en el fogón.

«¿Más química y ácido?», le preguntaba yo. «Mmm… está sabroso, y no le falta fuego ni mucho menos: pero podría ser más fuerte». Cuando le pareció que estaba bien, tuve que reconocer que, aunque había probado un *curry* más picante en mis tiempos, éste, desde luego, lo estaba de sobra…

Hay sitios en Rhode Island que no tienen servicio de autobús ni tren. Cuando me enteré, insistí en que debíamos visitar estos lugares en mi Modelo A, «Gran Juggernaut», como H. P. L. llamaba al coche. Le daba apuro permitirme contribuir a su comodidad, y trató de disuadirme, aunque yo sabía que en cuanto venciera sus escrúpulos ante lo que él denominaba invertir los papeles de anfitrión e invitado, mostraría vivos deseos de ver rincones de Rhode Island que jamás había visitado.

Era un buen guía. Sólo tuvimos que parar una vez o dos a preguntar el camino. Fuimos a la fábrica de tabaco que en otros tiempos había pertenecido a un pariente de Gilbert Stuart, cuyos retratos de George Washington aún se reproducen hoy. Yo me habría contentado con echarle una mirada desde fuera. La entrada costaba cincuenta centavos. Yo andaba tremendamente escaso de dinero, y me sabía mal que él se gastase el suyo. Sabía que aunque él no andaba tanto de aquí para allá como yo, economizaba valerosamente con el fin de poder hacer alguna excursión aunque fuera hasta Nueva Orleans. Pero insistió…

Por último, me enteré de que hacía años que deseaba ver la casa de Hazard; así que fuimos. Se decía que el edificio tenía un tipo de tejado extraño y singular. Al verla, H. P. L. se entusiasmó. Luego propuso invadirla. Puesto que estábamos aquí, debíamos ver el interior, dijo.

No me pareció bien la idea de invadir una residencia particular, pero tampoco quería oponerme. H. P. L. tomó la iniciativa. Hasta que no acudió el señor Hazard a la puerta, no me di cuenta del esfuerzo que había necesitado hacer Lovecraft para dar ese paso. Durante unos horribles instantes, fue mártir de su amor por la arquitectura y la historia. Temblaba visiblemente y se debatía buscando las palabras. Detrás de aquella pálida cara de *poker* había una personalidad extremadamente sensible, aterrada ante la plena conciencia de su presunción al pedir permiso, a una hora tan próxima a la comida, para inspeccionar la casa.

Los Hazard, sin embargo, se mostraron afables, accedieron encantados.

Creo que se sintieron compensados al oír su apreciación de, por ejemplo, determinada pilastra o balaustrada[474].

Harry K. Brobst fue uno de los pocos amigos personales de Lovecraft en Providence, desde 1932. Cuando le conoció, estaba haciendo prácticas de auxiliar psiquiátrico en el Butler Hospital. Se graduó en la Brown en 1939 en la especialidad de psicoterapia, y finalmente llegó a profesor de psicología en la Universidad Estatal de Oklahoma.

Hacia 1930, Lovecraft tuvo un roce con Clifford Eddy a propósito de un trabajo de revisión, y en adelante visitó con menos frecuencia a los Eddy. En sus últimos aftos, sin embargo, tuvo otro amigo local. Era un joven llamado Kenneth J. Sterling, que vivió brevemente en Providence en 1936, antes de ingresar en Harvard, llegando a ser más tarde médico en Nueva York.

Después de Price y Cook, llegó Morton, estuvo brevemente y luego una amiga de Clark Ashton Smith, una joven muy atractiva llamada Helen V. Sully, que estudiaba música. Helen Sully había conocido a la Banda en Nueva York, y los Long la llevaron a Providence. Lovecraft escribió a Smith hablándole de los «devastadores estragos» que había provocado entre ellos. Más tarde le escribió a ella, excusando las impertinentes proposiciones amorosas que algunos de ellos le habían hecho. Le buscó alojamiento en una pensión próxima a su casa y la llevó a visitar algunos lugares. Lovecraft insistió en pagarlo todo, incluso la cuenta de la pensión. Tras una expedición a Newport:

> Esa noche, después de cenar, me llevó a un cementerio relacionado con Poe… Estaba oscuro, y empezó a contarme historias extrañas, espectrales, en un tono sepulcral y, a pesar de que soy una persona muy práctica, su actitud, la oscuridad y una especie de luz fantasmal que parecía flotar por encima de las lápidas me afectaron de tal manera que eché a correr, huyendo del cementerio, con él pegado a mis talones, con el único pensamiento de llegar a la calle antes de que él, o lo que fuera, me atrapase. Llegué a una

farola de la calle temblando, jadeando y casi llorando y vi que él tenía una expresión muy extraña, casi de triunfo. No comentamos nada[475].

Difícilmente parecerá a la mayoría de los hombres solteros que la manera de distraer a una chica atractiva sea llevarla a un cementerio por la noche y asustarla hasta hacerle perder los nervios. Pero Lovecraft era un personaje sumamente original.

La segunda prima de Lovecraft, Ethel Phillips, había perdido el contacto con Lovecraft y su tía. Convertida ahora en la señora Roy A. Morris, reanudó el trato y efectuó varias visitas a Annie Gamwell en College Street 66. Lovecraft no estaba nunca visible, permaneciendo encerrado en su estudio. Evidentemente, su tía debió de reprocharle su insociabilidad, pues la siguiente vez que fue la señora Morris, apareció Lovecraft y disertó toda la noche sobre la historia de Rhode Island.

Durante la última semana de julio de 1933, Lovecraft pasó varios días con los Long en Onset. Frank Long insistió en que probase a utilizar un juego de combinaciones de tramas para componer relatos. Se vendían varios tipos de estos juegos, mediante los cuales los supuestos escritores podían poner en funcionamiento combinaciones arbitrarias de escenas, personajes y elementos de trama. Lovecraft compró uno, llamado

*Juego de Intriga*; pero estaba concebido para historias de «aventura-romance», y Lovecraft encontró la idea «demasiado irresistiblemente repugnante» para probar siquiera.

En agosto, tuvo la suerte de encontrar una persona que cuidase de su tía, lo que le permitió hacer su tercer viaje a Quebec. Cada vez mostraba mejor disposición para con los franco-canadienses, aunque les atribuía una formación educativa más baja, una actitud quisquillosamente defensiva frente a los anglo-hablantes, y se aferraban tenazmente a sus propias costumbres:

El largo viaje en tren a Quebec… fue indeciblemente

agradable… La mayoría de los viajeros eran honrados y sencillos campesinos franceses que iban a visitar el suelo ancestral o a humillarse ante la capilla milagrera de La Bonne Ste. Anne de Beaupré.

A pesar de que odio toda influencia extranjera, maldito si no admiro a esos rudos y pequeños comedores de ranas …[476]

Pasó cuatro días en Quebec. Se emocionó también al conocer a un médico francés, viejo, ciego y soldado de fortuna, que declaraba haber sido uno de los voluntarios de Caballería de Theodore Roosevelt y haber conocido a Julio Verne.

Al regresar a Providence, se marchó la enfermera de Annie Gamwell. Lovecraft se ocupó de que instalasen un dispositivo eléctrico para abrir la puerta, y no tener que bajar cada vez que llamaban.

En agosto de 1933 Lovecraft escribió «La Entidad del Umbral», novela corta de poco más de 10.000 palabras. Se halla en el límite entre la ciencia-ficción y la fantasía, aunque más cerca de esta última. Cuando la tuvo terminada, no pudo «decidir si vale la pena o no». No se preocupó de pasarla a máquina hasta el invierno siguiente.

Entonces lanzó el relato a dar la vuelta entre sus amigos. Por el mes de agosto de 1934, dijo que sus comentarios le habían animado; pero no mandó el manuscrito a ningún editor todavía «a fin de aclarar lo más posible las críticas y rechazos externos». «… no quiero llevarme un desaire ahora[477]». De todos modos, estaba seguro de que a Wright no le iba a gustar el realto.

Por increíble que parezca en un profesional, Lovecraft lo tuvo en la estantería más dedos años. En el verano de 1936, lo envió finalmente a Wright, junto con otro titulado «El morador de la oscuridad». Wright compró inmediatamente los dos.

«La Entidad en el Umbral» se sitúa en un nivel medio entre los relatos de Lovecraft: por debajo de los mejores, pero muy por encima de las historias corrientes de *Weird Tales*, Lovecraft prestó más atención de lo que

era normal en él al carácter de este relato, que empieza típicamente:

> Es cierto que le he pegado seis tiros en la cabeza a mi mejor amigo; sin embargo, espero demostrar en esta declaración que no soy un asesino. Al principio me llamarán loco: más loco que el hombre al que disparé en su celda del Manicomio de Arkham …[478]

El narrador, Daniel Upton, habla de su antiguo «amigo íntimo», Edward Pickman Derby. La descripción incluye el pasaje autobiográfico ya citado en el Capítulo 3: «Era el chico más fenomenalmente instruido que he conocido…».

El normal Upton se gana la vida trabajando, se casa y tiene un hijo. Aunque muestra rasgos lovecraftianos, como cierta propensión a desmayarse cuando se impresiona, los paralelos con la propia vida de Lovecraft se hacen patentes con motivo de la juvenil hombría de Derby:

> En cuanto a confianza en sí mismo y habilidad práctica, sin embargo, Derby iba muy atrasado debido a su vida de niño mimado. Su salud había mejorado, pero sus padres habían alimentado sus hábitos de dependencia infantil de forma que nunca viajaba solo, no tomaba decisiones libremente ni asumía responsabilidades. No tardó en comprobarse que no estaba preparado para abrirse camino en la vida de los negocios o de la profesión.

En la Universidad Miskatonic, Derby se convierte en un devoto del saber mágico como el del *Necronomicon*. Su edad adulta guarda paralelo con la de Lovecraft:

> Hacia los veinticinco años, Edward Derby era un hombre prodigiosamente docto y poeta y fantasista bastante conocido, aunque la falta de contactos y responsabilidades habían dificultado su carrera literaria, haciendo de su producción algo mediatizado y excesivamente libresco… Permaneció soltero —más por timidez,

> inercia y protección paterna que por inclinación—, y sólo hacía vida social muy superficialmente. Cuando estalló la [Primera] guerra [Mundial] su salud y su arraigada timidez le retuvieron en casa… La madre de Edward murió cuando él tenía treinta y cuatro años, y durante meses estuvo incapacitado por una extraña enfermedad psicológica. Su padre le llevó a Europa, no obstante, y se las arregló para eliminar estas dificultades sin efectos visibles. Después pareció gozar de un grotesco buen humor, como si hubiese escapado parcialmente de alguna invisible cautividad.

En la universidad, Derby cae en un círculo disoluto y se mete en actividades de magia negra. Conoce a una estudiante llamada Asenath Waite, baja, morena y bonita, quitando cierta «pinta de Innsmouth». Procede de Innsmouth, donde su padre, Ephrain Waite, tenía fama de brujo. Asenath es una mujer vehemente y decidida que afirma que puede hacer cambiar las personalidades mediante hipnotismo. Enamora a Derby y se casa con él. Entonces se descubre que está utilizando sus poderes para intercambiar almas de tiempo en tiempo con su débil marido. La supuesta personalidad de Arenath no es, en realidad, la de la hija de Ephrain Waite, sino la del propio siniestro Ephrain…

Algunos críticos han pensado que Arenath es una transposición literaria de Sonia Greene. Hay semejanzas, especialmente el papel agresivo de Sonia en llevar al matrimonio a Lovecraft, y en su propensión a «manejar» a su marido, como Arenath hace en un sentido más literal con Derby.

Sin embargo, hay diferencias también. Parece razonable considerar a Arenath como un producto compuesto de imaginación lovecraftiana y rasgos de diversas mujeres que Lovecraft había conocido: su madre, Sonia y otras.

Aunque Lovecraft era demasiado caballero para decirlo claramente, podemos suponer que, por esta vez, tuvo conciencia de que la persona que más daño le había hecho era su madre. Su comentario sobre haber escapado «parcialmente de alguna invisible cautividad» confirmaba tal idea.

Durante el resto del año, Lovecraft permaneció en casa, exceptuando los breves viajes a Cape Cod y a Plymouth. Hablaba en sus cartas de su anhelo por visitar el Viejo Mundo. También esperaba, decía, hacer un viaje turístico continental por los Estados Unidos, y ver a sus corresponsales del oeste, como Smith y Derleth. No iría, en cambio, a Chicago a ver la Feria Mundial de 1933, el Siglo del Progreso, aunque tuviera dinero para ello, porque sus «condenados caprichos modernos en arquitectura» eran tan feos que «me asquearían el resto de mi vida[479]».

A finales de año, los Long invitaron a Lovecraft a que les hiciera una visita a Nueva York, para Año Nuevo. Loveman regaló a Lovecraft una antigua figurita *ushabti* egipcia de una tumba, una estatuilla maya y un mono balinés de madera. Lovecraft se sintió entusiasmado cuando Abraham Merrit, director de Hearst y escritor de fantasías célebres como *La nave de Ishtar*, le invitó a cenar en el Player's Club.

En Nochevieja, Lovecraft asistió a una tertulia organizada por Sam Loveman y su compañero de habitación. Loveman refirió:

> Mi compañero de habitación, Pat McGrath, que compartía el apartamento y llamaba «gul» a Howard secretamente, decidió celebrar la Nochevieja, de modo que invitó a unos veinticinco amigos nuestros. Entre ellos estaba la señora Grace Crane (la madre de Hart Crane), que se sintió aterrada con toda la razón ante la poco normal conversación de nuestros invitados, y Howard P. Lovecraft. Se sirvieron las bebidas y, para Lovecraft, que no había probado una bebida fuerte ni por asomo, «*ginger-ale*». Pat me hizo una seña para que fuera a la cocina. «¿Has notado lo hablador que se ha vuelto Howard de repente?». No lo había notado, pero al asomarme a la habitación donde estaban reunidos los invitados vi a Lovecraft, auténtica alma de la reunión, charlando, gesticulando, repartiendo sonrisas y risas, desplegando su gimnasia verbal con salero y hasta permitiéndose cantar una aria briosa de «Mikado» de Gilbert y Sullivan: alarde de regocijante pirotecnia que jamás le había visto ni

oído antes. Pat me susurró alegremente al oído: «¡he cargado su bebida!».

Se dice que Lovecraft olvidó sus inhibiciones hasta el extremo de gritar «¡Chorradas!» cuando alguien emitía una opinión que él consideraba absurda. Jamás se enteró de lo que le había sucedido; un año después aún se jactaba de no haber probado el alcohol en su vida[480].

Después de mecanografiar «La entidad del umbral», Lovecraft tardó meses en volver a la literatura original. Tenía tantos encargos de revisión que pasó algunos a sus amigos.

Tuvo problemas con Zealia Reed, que ahora estaba casada con D. W. Bishop, propietario de una granja en Missouri. Zealia se negaba a pagarle las modestas cuentas de las revisiones que Lovecraft y sus colegas le habían enviado. Según los amigos de Lovecraft, Zealia había decidido que no necesitaba la ayuda de ellos.

Tras algunos meses de vanos esfuerzos, Zealia trató de recuperar la ayuda de Lovecraft. Para persuadirle, empezó a pagarle la cuenta, desde el verano de 1934, a razón de un dólar a la semana. Pero cuando trató de que le revisase y mejorase otro relato (con idea de pagarle cuando vendiera el relato, si es que lo vendía), él se negó. Le dijo que estaba demasiado sobrecargado de trabajo para otros clientes y que se encontraba en un deplorable estado de nervios. Entonces ella dejó de pagar. Según Lovecraft, a finales de 1936 aún les debía 26 dólares a él, 34 dólares a Frank Long y 11 a Maurice Moe. Cuando le reclamaban el dinero, ella se limitaba a ponerse furiosa.

La señora Bishop tenía sus quejas también. La principal era que, aunque había aprendido bastante oficio de Lovecraft, él insistía en convertirla en una escritora de fantasías macabras a su estilo. Pero ella se daba cuenta de que su talento natural se inclinaba por las supuestas confesiones auténticas: historias del género de «Cómo perdí mi virtud en la parte de atrás de un Packard, pero me salvó el amor de un hombre bueno». Como los relatos de este género eran anatema para Lovecraft, Zealia no se atrevió nunca a

decirle que los escribía y los vendía[481].

De Castro, también, trató de persuadir a Lovecraft en 1934 para que escribiese para él, mediante pago, un tratado titulado *La Nueva Vía*, en el que pretendía presentar cierta visión excéntrica del origen de Jesús. Lovecraft le remitió a Moe y a Price, que tampoco aceptaron.

Lovecraft obtuvo algún dinero de los editores; de Alfred A. Knopf en 1933 y de Loring & Musnsey a primeros de 1935. Les envió una colección de relatos a cada uno, que cada uno rechazó amablemente. Aun antes de la devolución de Loring & Mussey, Lovecraft estaba tan seguro del fracaso que él mismo se declaró, enojado, totalmente estéril para la literatura profesional:

> Dudo que pueda responder a más peticiones de los editores; evidentemente, es inútil seguir, en vista de la impopular naturaleza de mis cuentos. No creo que haga mucho más en literatura.

Dijo: «maldito si envío manuscritos a editores a quienes no les interesa». Los amigos de Lovecraft trataron de hacerle abandonar su derrotismo animándole, pero:

> La opinión negativa sobre su propia obra estaba destinada a aumentar, no a disminuir, y yo [Derleth], como la mayoría de los corresponsales de Lovecraft, no tardé en aceptarla, consciente de que cualquier alteración de su forma de ver las cosas debía producirse desde dentro y no desde fuera, por mucho que nos esforzásemos en animarle tomando el asunto en nuestras manos y vendiendo sus manuscritos …[482]

Durante 1933-34, Lovecraft dedicó mucha atención a la técnica de la ficción. Al aconsejar a un amigo sobre cómo elaborar una historia, expone un maduro proyecto de bosquejar y construir. Una primera sinopsis, decía, ha de contar los acontecimientos del relato en el orden en que han sucedido. Una segunda sinopsis cuenta los sucesos a través de los que son relatados.

Esta podría ser completamente distinta de la primera, como cuando el autor utiliza súbitas escenas anteriores. A continuación viene el primero y segundo borradores[483].

En un carta, Lovecraft se expresa como si se hubiese aceptado a sí mismo. Si no podía ser un segundo Poe, al menos no se dejaría abrumar por ello:

> Aunque tengo el más alto respeto por los autores de la literatura realista y envidio a los que son capaces de llevar a cabo el feliz reflejo de la vida en forma narrativa, soy tristemente consciente, tras verdaderos experimentos, de que es un área definitivamente cerrada para mí. El hecho es que no tengo absolutamente nada que decir en lo que a la vida real y desnuda se refiere. Los acontecimientos de la vida me dejan tan profunda y crónicamente frío —y sé tan poco acerca de ellos en definitiva— que no puedo sacar nada en relación con ellos que tenga el aliciente y la tensión y el suspense necesarios para componer una historia de verdad. Es decir, estoy incurablemente ciego para los valores dramáticos o ficcionales, salvo en lo que atañe a las violaciones del orden natural. Por supuesto, comprendo *objetivamente* lo que son estos valores, y puedo aplicarlos con bastante éxito a la crítica y revisión de la obra de otro, pero no dominan mi imaginación lo bastante como para encontrar una expresión creadora… Lo que es más, no sé lo bastante de la vida como para ser un eficaz exponente de ella. Debido a la mala salud de mis primeros años y a mi disposición naturalmente retraída, mis contactos con la humanidad —y con sus variados aspectos, costumbres, modos de hablar, actitudes y normas— han sido extremadamente limitados; de forma que hay probablemente muy poca gente, aparte de la clase más rústica, que sea más simple que yo. No sé cuántas categorías de personas hacen, y piensan, y sienten, y hablan… El supuesto realista que no conoce bien la vida está forzosamente obligado a recurrir a la imitación: a copiar lo que encuentra en los dudosos y artificiales medios de los libros, obras de teatro, reportajes periodísticos y demás… Supongamos que me

piden que describa el modo con que uno de esos atolondrados jóvenes detectives de club responde a una situación dada. Ahora bien, yo no soy un atolondrado joven detective de club ni lo he sido jamás… ni he conocido a ninguno tampoco. Evidentemente, no sé cómo diablos reaccionaría uno de ellos (suponiendo que tales personas existan) ante una situación dada… Y esto es así en tan diferentes tipos de personas —son muy *pocos* los tipos que verdaderamente comprendo— (y no estoy seguro tampoco de comprenderlos) que no podría completar el elenco de personajes de una obra literaria entera…, Me interesan solamente los grandes acontecimientos, las corrientes históricas, los órdenes de organización biológica, química, física y astronómica; y el único conflicto que tiene para mí algún significado emocional es el del *principio de libertad o de irregularidad o de atrevida oportunidad frente a la eterna y enloquecedora rigidez o ley cósmica* … especialmente las leyes del *tiempo*. Los individuos y sus fortunas dentro de las leyes naturales me conmueven muy poco… En otras palabras, los únicos héroes sobre los que puedo escribir son los *fenómenos*. El cosmos es un círculo de fatalidad tan cerrado —con todas las cosas preordenadas— que nada me resulta tan *realmente dramático* como la súbita y anormal *violación de esa implacable inevitabilidad*… algo que no puede existir, pero que uno puede imaginar como existente… Naturalmente, uno podría ser *más bien* un artista abierto, con capacidad para evocar la belleza desde todas las vertientes de la experiencia… pero cuando *no se es* inequívocamente un artista así, no tiene sentido simular y fingir y pretender que se *es*. Así que, concedido que soy un hombre pequeño en vez de un hombre grande, prefiero mil veces admitirlo francamente —y tratar de ser un hombre pequeño bueno dentro de mis límites estrechos, reducidos, minúsculos— a enmascararme y fingir ser más grande de lo que soy.

Tal fingimiento sólo puede conducir a un vano engaño, una pomposa vacuidad y una pérdida final de lo poco bueno que podría haber hecho si me hubiese limitado a la pequeña parcela que era

realmente mía[484].

La insistencia de Lovecraft en que un escritor sólo debe escribir sobre lo que conoce personalmente es un consejo de perfección que un autor en ejercicio no puede permitirse seguir al pie de la letra (por lo demás, Lovecraft no lo siguió siempre tampoco). Aunque la experiencia personal es de enorme ayuda para escribir sobre cualquier *milieu*, los escritores no viven lo bastante como para experimentar todos los ambientes sobre los que pueden desear escribir. Por tanto, un escritor práctico debe rellenar su propia experiencia con lo que pueda recoger en sus lecturas, viajes y conversaciones.

Si —como Lovecraft da a entender— trató efectivamente de escribir literatura realista, debió de destruir completamente estos falsos tanteos, pues, que se sepa, no queda un solo fragmento.

En otras ocasiones, Lovecraft se entregaba a la amargura y la desesperación: al «negativismo» por el que Derleth le regañaba:

> Yo mismo me siento fastidiado por mi incapacidad para dar forma y expresión a las reacciones que producen en mí ciertos fenómenos del mundo exterior… Pero a mis años, sé que jamás podré expresar lo que deseo… Tengo algo que decir, pero no sé decirlo.

Entre los relatos que él «repudiaba» estaban algunas de sus obras más impresionantes: «En busca de la ciudad del sol poniente» y «El caso de Charles Dexter Ward». Su corresponsal Robert Barlow, sin embargo, le convenció para que le mandase los manuscritos, prometiéndole pasarlos a máquina.

Lovecraft decía que sus finanzas iban invariablemente cuesta abajo: «Los gastos persisten, los ingresos disminuyen hasta la invisibilidad». El último traje que se compró en su vida fue en una liquidación de Athol, en 1928; y aún gastaba un abrigo comprado en 1908. Preveía su fin para cuando se consumiera del todo el capital que le quedaba:

> Hasta hoy he conservado a mi alrededor un considerable número de viejos objetos de familia, pero cuando sobrevenga el derrumbamiento final de mi economía, no hace falta decir qué ocurrirá. Desde luego, no deseo sobrevivir al ambiente creado por los libros, cuadros, muebles, jarrones, estatuas, etc., familiares, que me han rodeado toda mi vida.

No era capaz de evitar ese destino:

> Nunca he tenido la más ligera aptitud para las ocupaciones comerciales; en efecto, mi falta de habilidad en este sentido equivale a una positiva laguna cerebral. Sencillamente, *no puedo* pensar ni calcular en términos de ganancias… debilidad que acarreará mi destrucción al final[485].

Hasta los recuerdos de niñez, en los que había encontrado tanto consuelo, se le volvieron anticlimáticos al ir cayendo en una «mediocridad y frustración como las mías». Arremetía contra Farnsworth Wright, que le pagaba más que todos los demás directores juntos por sus relatos, tratándole de pedante, incoherente y pomposo. Y le importaba bien poco su propio organismo físico:

> En cuanto a mi salud, sencillamente me importa un bledo. Me es completamente indiferente tanto si me hundo en el olvido mañana como si vivo hasta los 100 con tal, en este último caso, de tener el dinero suficiente para conservar mis pertenencias a mi alrededor. Si alguna vez acelero la hora de la segadora, será simplemente por falta de dinero para vivir decentemente[486].

Escribió: «Sería mejor que la gente se olvidara de su propia salud». Una persona supersticiosa podía haber dicho que la Segadora le tomó la palabra.

Gran parte de su tiempo, durante estos últimos años, lo dedicó al periodismo aficionado. Reclutó a Barlow y a otros para la napa. Se dejó elegir para la presidencia de la Oficina de Crítica de la napa, y recibió montones de revistas aficionadas para criticar.

Continuó en esta actividad hasta su último año, aun cuando le indignaba el comportamiento de los aficionados: «Cuando leo los periódicos corrientes, me exaspera la preponderancia de material de adolescentes crónicos: perpetuos principiantes esperanzados hasta los setenta y cinco años de edad». «¡Qué fábrica de peleas es el amateurismo!»[487]. En realidad, como este tipo de asociaciones aficionadas son esencialmente juveniles, es de esperar que surjan entre sus miembros diversiones inmaduras tales como insultos, peleas, conspiraciones y proyectos atolondrados.

A pesar de las vicisitudes de la Depresión, la lectura de revistas de ciencia-ficción aumentó en los años 30. Durante la mayor parte de esta época, hubo cuatro revistas americanas de ficción imaginativa, sin contar con esfuerzos abortados tales como *Strange Tales*. Estas cuatro eran *Weird Tales, Amazing Stories, Wonder Stories* (más tarde *Thrilling Wonder Stories*) y *Astounding Stories* (más tarde *Astounding Science Fictiori*). La gran expansión del campo no empezó hasta 1938, en que apareció *Marvel Science Stories*. De 1939 a 1941, el número de revistas aumentó hasta sobrepasar la veintena.

Lovecraft tenía un pobre concepto de las tres revistas de «clara» ciencia-ficción, *Amazing, Wonder y Astounding*. Proclamaba, con alguna razón, que sus páginas estaban repletas de prosa estéril y «mercenaria» del estilo de la Otis Adelbert Kline. Lovecraft se perdió el notable aumento de calidad literaria de las revistas al final de la década. Esta mejora se debió en gran medida al John W. Campbell (1910-71), quien en 1937 se convirtió en director de *Astounding Stories*.

Incluso en vida de Lovecraft, comenzaron a introducirse escritores con

talento en el terreno de la ciencia-ficción. Uno de ellos, por ejemplo, fue Catherine L. Moore, cuyo primer relato publicado, «Shambleau», apareció en el número de noviembre de 1933 en *Weird Tales*. A Lovecraft le entusiasmó este relato e incluyó a la señorita Moore en el círculo de sus corresponsales. En 1940, Catherine Moore se casó con otro miembro del círculo, Henry Kuttner.

Igualmente le encantó a Lovecraft «Una odisea marciana» de Stanley G. Weinbaum, aparecido en *Wonder Stories*, en julio de 1934. Weinbaum tenía todos los visos de convertirse en uno de los gigantes de la ciencia-ficción, cuando murió de cáncer de garganta el 14 de diciembre de 1935.

Los principios de la década de los 30 vieron también la primera aparición organizada de los *fans* de la ciencia-ficción. Los primeros clubs y sus publicaciones fueron efímeros; pero tan pronto como desaparecía uno, surgían otros.

Lovecraft desempeñó un papel central en este movimiento debido a que varios editores de *fanzines* pertenecían a su círculo. Algunos eran periodistas aficionados como él, o fueron reclutados para el periodismo aficionado por Lovecraft. Sus periódicos aficionados se especializaron en relatos de ficción imaginativa, convirtiéndose de este modo en revistas pioneras de ciencia-ficción. Las publicaciones de miembros del círculo de Lovecraft incluían *Drago-Fly* y *Leaves* de Barlow; *The Fantasy Fan* de Charles D. Hornig; y *The Phantagraph* de Donald A. Wolheim.

En 1934, William L. Crawford, de Everett, Pennsylvania, sacó una revista titulada *Unusual Stories* que se convirtió en *Marvel Tales*. La esperanza de Crawford era, persuadiendo a escritores profesionales para que contribuyesen con sus relatos, lograr una difusión lo bastante amplia entre los entusiastas como para que la revista aficionada se convirtiera en profesional, y se pudiera cobrar el ejemplar. El plan no resultó, ni entonces ni después. Cuando llevaba siete números, la falta de dinero obligó a Crawford a abandonar.

Crawford trató también de publicar en 1936 *La sombra sobre Innsmouth*, de Lovecraft, en forma de libro. Imprimió cuatrocientos ejemplares, de los que llegó a encuadernar la mitad, y vendió 150 antes de que su hundimiento económico le obligase a abandonar la publicación y a

salir a la calle a vender suscripciones para el *Farm Journal*. Aquellos 150 ejemplares fueron todos los libros que Lovecraft llegó a ver con su nombre. No quedó muy satisfecho con el resultado; sin embargo, teniendo en cuenta los trabajos que tuvo que soportar Crawford (incluido aplastarse los dedos en la prensa), lo asombroso es que apareciese el libro.

Durante su último año, Lovecraft discutió con un entusiasta del oeste, Duane W. Rimel, de Asotin, Washington, la posibilidad de una revista conjunta. El proyecto, sin embargo, no llegó a realizarse. Lovecraft murió demasiado pronto para presenciar la transformación de la afición entusiasta a la ciencia-ficción en un movimiento socioliterario de envergadura, con una galaxia de organizaciones, publicaciones y congresos. La primera Convención Mundial se celebró en Nueva York, del 2 al 4 de julio de 1939.

Robert Hay ward Barlow (1918-51) había empezado a escribirse con Lovecraft en 1931. En la primavera de 1934, era un muchacho bajo de dieciséis años, barbilla pequeña y frente abombada. Tenía los ojos enfermos y sufría ataques de malaria. Persona menuda y delicada, de vivo intelecto y variadas dotes artísticas, tenía el obstáculo de su propia versatilidad. Era muy dado a emprender más cosas de las que podía terminar.

Lovecraft describió a Barlow como «escritor, pintor, escultor, impresor, pianista, diseñador, constructor y exhibidor de marionetas, arquitecto de jardines, campeón de tenis, experto de ajedrez, encuadernador, excelente tirador de rifle, bibliófilo, coleccionista de manuscritos, ¡y sabe Dios qué más!». Algunos conocidos recuerdan a Barlow como una persona agradable y de conversación interesante; a otros les cayó mal, y le encontraron altanero. La primera vez que le vio, Lovecraft lo calificó de «muchacho espléndido» y «un joven prodigio realmente brillante… aunque inmensamente maduro para su edad[488]».

La vida de Barlow fue complicada, primero por su situación familiar, y luego por su homosexualidad. Probablemente, estaban relacionadas ambas cosas. Sin embargo, quizá su aberración sexual no afloró hasta poco antes de la desaparición de Lovecraft.

La casa de su familia estaba en De Land, Florida, diecisiete millas al interior de Daytona Beach. El padre de Barlow, Everett D. Barlow, era teniente coronel retirado del Ejército de U.S.A., y tenía algo trastornadas las

facultades mentales. Atravesaba períodos de intensa depresión, y sufría alucinaciones en las que pretendía defender su casa contra los ataques de un misterioso Ellos. Estaba obsesionado con la religión y el sexo.

Robert Barlow se llevaba mal con su padre. Por entonces, decía a sus amigos que odiaba al coronel; aunque más tarde, después de divorciarse sus padres, mantuvo una amistosa correspondencia con él. La madre de Robert Barlow, Berenice Barlow, mimó y malcrió a su hijo (algo así como lo que había hecho la madre de Lovecraft con él) y se peleaba con su marido a propósito de la educación del chico.

En la primavera de 1934, Barlow y su madre estuvieron en De Land mientras el padre, en el norte, se recuperaba de uno de sus ataques en casa de unos familiares. En enero, Robert Barlow empezó a insistir a Lovecraft para que fuese a visitarle a Florida. En abril, Lovecraft había planeado el viaje. Lo hizo, dijo, con grandes apuros económicos. El billete de ida y vuelta de autobús, desde Providence, le costó 36 dólares, y se llevó otros 30 dólares para todos los demás gastos.

En los viajes, Lovecraft gastaba 1,75 dólares a la semana en comida: diez centavos en el desayuno y quince centavos en la comida, al día. Se arreglaba comprando cosas baratas como pan y latas de judías, y comiendo en su habitación, valiéndose de su propio cuchillo, tenedor, cuchara y abrelatas. Gastaba un dólar por noche en alojamiento. A veces le iba mejor, como cuando consiguió en St. Augustine, en 1931, una habitación por cuatro dólares a la semana.

Tras una semana en Nueva York con los Long, Lovecraft se detuvo unos días en Charleston. Escribió: «Ahora vive allí uno de los amigos de Loveman el artista Prentiss Teylor… se suponía que yo tenía que pasar a visitarle, pero me alivió encontrarme con que se había ausentado de la ciudad». Visitó la *U.S.S. Constitution* antes de continuar a De Land, adonde llegó el 2 de mayo.

En casa de los Barlow, el calor estimuló a Lovecraft. De buen humor, salía sin sombrero ni chaqueta, y se jactaba del color bronceado que estaba adquiriendo. Su único desencanto fue no poder continuar hasta La Habana. Se consoló haciendo un viaje con los Barlow a Silver Springs. Allí contempló por primera vez un río en medio de una selva tropical, y hasta

llegó a ver cocodrilos en libertad.

Mientras estuvo en De Land, compusieron él y Barlow una pequeña broma literaria titulada «La Batalla de fin de siglo». De una longitud de 2.000 palabras más o menos, empieza:

> La víspera del primer día del año 2001, una multitud inmensa de espectadores interesados estaba presente en medio de las románticas ruinas del Garaje de Oohen, en la zona que antes ocupara Nueva York, para presenciar el encuentro entre dos renombrados campeones del firmamento de los relatos extraños: Bob Dos Pistolas, Terror de las Llanuras, y Bernie Knockout, el Lobo Salvaje de West Shokan …
>
> En el segundo asalto, la fornida derecha de Borrachín Shokan le hundió las costillas al tejano y se enredó entre las vísceras; esto permitió a Bob Dos Pistolas colocar contundentes golpes en la desprotegida barbilla de su oponente. Bob se sintió enormemente decepcionado ante las afeminadas náuseas que mostraron varios espectadores cuando del cuadrilátero saltaron músculos, glándulas, cuajarones y piltrafas de carne que salpicaron a todos …[489]

Naturalmente, «Bob Dos Pistolas» era Robert E. Howard, mientras que con «Bernie Knockout». Lovecraft aludía a Bernard Dwyer. El relato menciona bajo seudónimo unas dos docenas de colegas más: a Frank Belknap como «Frank Chimesleep Short», a Seabury Quinn como «Teaberry Quince» y a sí mismo como «Horsepower Hateart». Barlow imprimió la composición en forma de folleto y la envió a otros *fans* y miembros del círculo de Lovecraft. Durante meses, Lovecraft negó ambiguamente haberlo escrito, diciendo: «… No es la clase de cosas que podrían esperarse de un veterano serio».

Los Barlow convencieron a Lovecraft para que se quedara hasta últimos de junio. La señora Barlow recordaba:

> … su hijo y Lovecraft eran inseparables. Permanecían en vela

> toda la noche, y no se molestaban en bajar a desayunar. Pasaban el día remando en el lago, jugando con los gatos de Barlow, Ciro, Darío y Alfred A. Knopf… Y siempre estaban charlando; Lovecraft hablaba voluble e incesantemente sobre temas diversos como la guerra de Abisinia, la química o Lord Dunsany. Los Barlow habían construido una cabaña en un paraje apartado entre Eutis y De Land… Robert solía utilizarla como taller. Mientras Lovecraft hablaba, el muchacho encuadernaba libros con las pieles de las serpientes que había matado para este fin.

Barlow y Lovecraft convencieron a Paul Cook para que enviase los pliegos sin encuadernar de *La casa apartada* de Lovecraft. Barlow se proponía encuadernar lo que quedase. Lovecraft distraía a los Barlow leyéndoles sus relatos en voz alta.

Una vez fue con Barlow y otros dos a una expedición en busca de moras. Lovecraft profesaba gran amor a los escenarios silvestres, pero la vida práctica en el bosque era algo distinto. Barlow describió la correría.

> Estuvimos recogiendo durante más de una hora; Lovecraft andaba entre los arbustos, esforzándose valerosamente en seguir nuestro ritmo, aunque, principiante en eso de coger moras, sólo había llenado media cesta cuando terminamos nosotros. Así que le ayudamos a llenar la suya y regresamos a casa. H. P. L., por propia decisión, cerraba la marcha. Cuando llegamos al riachuelo le llamé para indicarle dónde estaba la tabla pasadera; él replicó que lo había visto, de modo que seguimos la marcha. Cuando llegamos a casa, ya no venía con nosotros. Llegó bastante después, completamente empapado. Al final no había logrado dar con la tabla por la que debía cruzar, y tuvo que meterse en el agua… Sucio y abrumado, seguía siendo un caballero de primerísima categoría: ¡se excusó ante mi madre por haber perdido las moras!

A pesar de estas desventuras, Lovecraft pasó unos días maravillosos. El

calor le llenaba de energía; más tarde, escribió: «Tenías que haberme visto… cargando ladrillos, cavando y trasplantando árboles, acarreando cubos de agua para regar los naranjos jóvenes, etc…»[490]. Emprendió el regreso vía Charleston, Richmond y Filadelfia, llegando a casa el 10 de julio.

El resto del año 1934, Lovecraft recibió las visitas de Morton, Price, Cook y Colé. El propio Lovecraft hizo excursiones locales. A primeros de septiembre, cogió el barco para la Isla de Nantucket. Allí alquiló una bicicleta para recorrer la ciudad y examinar sus antigüedades:

> … la primera vez en veinte años que montaba en bicicleta. Me resultó tan fácil y familiar como si la hubiese dejado el día anterior… y me devolvió mi perdida juventud de manera tan vivida que sentí como si tuviera que volver en seguida a casa para llegar a tiempo a la Escuela Secundaria de Hope St. ¡Cómo me gustaría que no llamara la atención el que una persona seria y de edad fuera en bicicleta por Providence!

Escribió un artículo sobre Nantucket utilizando como título el sobrenombre que Daniel Webster había puesto a la ciudad: «La Ignorada Ciudad del Mar». Escribió un verso sobre la muerte del gatito Sam Perkins, su felino local favorito:

> *El antiguo jardín parece, de noche,*
> *Soportar una pena profunda,*
> *Como si el peso de una sombra silente*
> *Se cerniera en el aire.*
>
> *Las yerbas se inclinan con secretos pesares,*
> *Incapaces de expresarlos,*
> *Recordando las pequeñas zarpas*
> *Que ayer las agitaron*[491].

Price insistió a Lovecraft para que escribiesen en colaboración otro relato sobre Randolph Cárter. Al final, habían dejado que el pobre Randolph desapareciese en el extraño reloj… Pero Lovecraft se excusó: «Estoy demasiado cerca del desmoronamiento nervioso para intentar nada que suponga mucho esfuerzo y trabajo, como exigirá una colaboración».

En septiembre empezó también a quejarse —presagiosamente, según resultaron las cosas después— de «empacho[492]».

En noviembre de 1934, a pesar de todas sus desafiantes palabras de no escribir más relatos, aún escribió otro cuento. «La sombra fuera del tiempo» es una novela corta de ciencia-ficción de 27.000 palabras, inserta en los Mitos de Cthulhu. Empieza:

> Después de veintidós años de pesadillas y terrores, salvado sólo por una desesperada convicción de que determinadas impresiones tiene un origen quimérico, estoy dispuesto a confirmar la veracidad de lo que descubrí en Australia occidental la noche del 17 al 18 de julio de 1935[493].

Nathaniel Wingate Peaslee, el narrador, cuenta cómo entró como adjunto en la facultad de la Universidad Miskatonic y llegó a catedrático. En 1908 fue víctima de una especie de amnesia, durante la que no recordaba nada de su vida anterior, sino que parecía haber sido suplantado por otra personalidad, la cual conocía un montón de cosas sobre determinadas materias, pero nada sobre otras. Dominada por la repugnancia y el horror, su mujer se divorcia de él, y ella y dos de sus tres hijos se niegan a volver a verle, aun después de recobrar su personalidad normal.

Tras retornar a su primitiva personalidad en 1913, Peaslee empieza a sufrir sueños intermitentes, en los que es miembro de la Gran Raza que gobernó la tierra en tiempos del triásico:

> Los miembros de la Gran Raza eran como enormes conos rugosos de más de diez pies de altura, con la cabeza y otros órganos insertos sobre un miembro retráctil de un pie de grosor que nacía del

> extremo superior del cono. Se comunicaban entre sí por medio de castañeteos y fricciones que ejecutaban con las garras o zarpas en que terminaban dos de sus cuatro extremidades, y avanzaban dilatando y contrayendo una viscosa capa muscular situada en la parte inferior de sus bases, de unos diez pies de anchura.

Para estudiar el pasado y el futuro, estas superlapas habían llegado a dominar los secretos del viaje mental en el tiempo. Podían intercambiar su personalidad con seres de otras épocas, y una de ellas lo había hecho con Peaslee. Sacaban información a las personalidades cautivas de otras edades y, si resultaban adaptables, se les permitía vagar por el mundo en aparatos de energía atómica. Durante su cautividad, Peaslee conoció a muchas otras mentes cautivas y conversó con ellas:

> Había una mente del planeta que nosotros conocemos como Venus que viviría en un futuro incalculablemente lejano, y otra de una luna exterior de Júpiter que había vivido hacía seis millones de años. Entre las mentes terrestres había algunas aladas, semivegetales, de cabeza estrellada, habitantes de la Antártida paleógena: otra, de los pobladores reptiles de la fabulosa Valusia; tres, de los peludos prehumanos de Hiperbórea, adoradores de Tsathoggua; una, de los abominables tcho-tchos; dos, de los arácnidos que poblarán la última edad de la tierra …
>
> Hablé con la mente de Yiang-Li, filósofo del cruel imperio de Tsan-Chan, que sobrevendrá en el año 5000; con la del general de cierto pueblo de color y cabeza grande que gobernó el África del Sur en el año 50000 a. J.; con la de un monje florentino llamado Bartolomeo Corsi…

Y así sucesivamente durante toda una página. El «pueblo reptil de la fabulosa Valusia» está tomado de los relatos sobre King Kull, de Robert Howard, mientras que los «hiperbóreos adoradores de Tsathoggua» son creación de Clark Ashton Smith.

Peaslee comunica sus sueños a sus colegas. Un arqueólogo australiano invita a Peaslee a unirse a unas excavaciones en unas misteriosas ruinas del desierto. Recorriendo las ruinas por la noche, Peaslee da con la prueba de que la secreta amenaza que la Gran Raza había temido aún está presente …

Es un buen relato: no el mejor de Lovecraft, aunque sí de los mejores. Además, «La sombra fuera del tiempo» fue el último relato que escribió Lovecraft.

# 18. LÁMPARA GOTEANTE

*Lover of hills and fields and towns antique,*
*How has thou wandered henee*
*On ways not found befare,*
*Beyond the dawnward spires of Providence?*
*Hast thou gone forth to seek*
*Some older bourne than these-*
*Some Arkham of the prime and central wizardries*[494]*?*

CLARK ASHTON SMITH

DURANTE la Navidad de 1934, Lovecraft y su tía pusieron un árbol de Navidad, el primero desde su niñez. El escucho la emisión de Navidad del Imperio Británico en la radio de Annie Gamwell. Cuando el Rey hubo terminado su discurso:

> Aparté la cara del billete atado sobre uno de mis regalos… ¡No pude soportar ver el semblante de quien era el instrumento que arrancaba cruelmente estas colonias al Imperio! ¡a cuyo edificio pertenecen legítimamente[495]!

El 30 de diciembre Lovecraft fue a Nueva York a efectuar su visita de

fin de año. Una reunión de la Banda el 2 de enero de 1936, atrajo a quince Kalems. Barlow fue desde Washington, donde estaba en la escuela de arte.

El riguroso invierno de 1935-36 mantuvo encerrado a Lovecraft, luchando con las revisiones y la correspondencia. Trabajaba intermitentemente en «La sombra fuera del tiempo», quejándose de que «sencillamente, no puedo producir nada original con un programa tan repleto como el mío». Tenía un montón de argumentos, decía, pero demasiado poco tiempo y poca energía para transformarlos en relatos. Rechazó varias propuestas de colaboración.

Al fin se había dado cuenta de que su defecto estaba «en el exceso de adjetivos». En su obra actual, decía. «… me detengo a cada momento para quitar elementos de exageración que insisten en deslizarse solapadamente: alusiones a "arcanos monstruosos y enloquecedores del paleógeno, ¡demoníaco horror!", etc.».

Cuando terminó «La sombra fuera del tiempo», hacia finales de marzo, dijo que estaba «tan descontento de ella que no soporto el mecanografiarla». Envió el borrador a lápiz a Derleth, diciéndole: «No te preocupes por el manuscrito, si se perdiera no supondría gran perjuicio; puede que yo mismo lo tire a la basura, al final». Esperaba, decía, «continuar la rebelión contra la revisión y la extensa correspondencia, demasiado abundantes para poder hacer algo sobre otro relato… algo en un escenario de Arkham[496]».

Lovecraft empezó a aprovecharse de las muchas conferencias accesibles de la Brown. En el invierno y la primavera de 1935 asistió a una lectura de poesía de Archibald MacLeish, y a conferencias sobre el arte del cine, sobre arte japonés, sobre la iglesia de Santa Sofía de Estambul, sobre Alberto Durero, sobre la arquitectura barroca italiana, y sobre Benjamín Franklin. Las dos conferencias sobre Franklin tuvieron su repercusión.

Lovecraft siempre había sido propenso a los sueños vividos, que más tarde recordaba con detalle. La mayoría tenían lugar en invierno. Decía que las tres cuartas partes se referían a escenas y gente de su niñez. «Pero los escenarios reales se mezclan frecuentemente con regiones desconocidas y

fantásticas, e incluyen paisajes y perspectivas arquitectónicas que difícilmente podrían ser de este planeta. A veces tenía también sueños históricos, situados en distintos períodos. De cuando en cuando —pero no muy a menudo— mis sueños constituyen un argumento literario utilizable».

Durante sus últimos años, Lovecraft soñó que andaba con un grupo de hombres vestidos a la usanza medieval, por los tejados de un viejo pueblo, persiguiendo a un «Ser de maldad primordial»; que se acercaba a una tranvía y descubría que sus viajeros tenían rostros cónicos terminados en un simple tentáculo rojo; que se encontraba con un clérigo malvado en una buhardilla atestada de libros; que era visitado por una tropa de siniestros y jóvenes expertos en magia negra con chaqueta de gala; o que volvía a visitar su antigua casa de Angelí Street 598, y la encontraba en ruinas y oía arrastrar de pasos en su antigua habitación; que era atacado por insectos que le perforaban el cerebro, produciéndole visiones de vida en otros mundos; que era un cirujano de 1864, el doctor Eben Spencer, y descubría a otro doctor ejecutando experimentos como el del famoso Frankenstein; y que el conservador de un museo le ofrecía un millón de libras esterlinas por un bajo relieve de arcilla que acababa de hacer. Tras las charlas sobre Franklin:

> Estas conferencias me impresionaron tanto que, a la noche siguiente de haber oído la segunda, tuve un sueño pintoresco sobre el doctor Franklin y yo, y se refería a una extraña distorsión del tiempo… en la que una zona de 1785 se fundía imperceptiblemente con una zona de 1935. Franklin y yo cabalgábamos desde Filadelfia a Nueva York a través de un mundo de 1785; él acababa de regresar de Francia. El camino era estrecho, estaba embarrado y rodeado de cercas considerablemente entretejidas de parras y brezos. Yo llevaba una casaca verde a la antigua usanza (digamos de 1760) con botones de plata; un chaleco floreado rojizo, ropa interior color tabaco y botas negras de montar. Al verme más tarde fugazmente reflejado en las ventanas, descubrí que llevaba una peluca más bien pequeña, ondulada, semiempolvada y tricornio. El doctor Franklin iba vestido de ante, a la usanza de los cuáqueros, y llevaba su propio pelo (ahora muy gris) extendido sobre los hombros. Llevaba puesto un

sombrero de ala ancha al estilo cuáquero… La voz de mi compañero era agradable, intacta por la edad y sin ningún acento provinciano que pudiera resultar ofensivo. Nuestra conversación se refería a cierto horrible descubrimiento al que de alguna forma había llegado yo: que había sucedido algo espantoso e inexplicable con el *tiempo*, y que ante nosotros teníamos una monstruosa pesadilla de maquinismo y decadencia llamada *1935*. Franklin no quería creerme, pero había llegado cierto rumor al pueblo de New-Brunswick, pues mientras cabalgábamos por las calles empedradas de aquella plaza encontramos a una multitud asustada y las campanas repicaban en todos los campanarios. Cerca de Metuchen, algún tiempo después, nos encontramos con una extraña niebla, y en Rahway pudimos ver las formas espectrales de 1935 (edificios nuevos, motores, personas vestidas a la moderna) chocando con las piedras, los tejados a la holandesa, las fachadas georgianas y los habitantes con calzón corto de 1785… A medio camino la niebla desapareció de Elizabethtown y estábamos en pleno 1935, y nuestros caballos se encabritaban ante la asombrosa riada de automóviles. Por último, Franklin se daba cuenta de que algo grave pasaba, pues veía que los transeúntes se quedaban mirando asombrados nuestra indumentaria. Cuando se puso a pensar en el problema, no pareció tener dificultad en comprender lo que había sucedido; y era tan amplia su preparación científica que pudo apreciar los modernos usos de la chispa eléctrica que tan espectacularmente había descargado del cielo en 1752. En (la moderna) Elizabeth… me detuve a comprar alguna ropa de 1935, poniéndomela en la tienda. El doctor Franklin, sin embargo, se negó a alterar su atuendo semicuáquero y siguió siendo blanco de las miradas curiosas. En Newmark dejamos nuestros caballos en una cuadra de alquiler y tomamos el metro de Hudson a Nueva York, saliendo en la Calle Treinta y tres… Aquí nadie se fijó en las ropas de Franklin, y caminamos libremente, mientras yo le señalaba al filósofo diversas maravillas y horrores (como el Empire State Building, la chusma de extranjeros, los extraños vehículos, etc.) de

> 1935, mientras él intentaba ajustarlo todo a sus conocimientos anteriores. A veces hablábamos de política, y yo le reprochaba cándidamente el que su intercesión hubiese permitido que las reformas coloniales alcanzasen las traicioneras proporciones de sancionar lo que se alza en contra de nuestro legítimo soberano y Parlamento, instituido en 1775 por los egoístas, codiciosos y descarriados provincianos y que terminó con un éxito trágico y suicida hacía dos años (o más bien *152*, pues este espectro del mundo de 1935 era aterradoramente realista). Al parecer, yo había sido una especie de secretario del Gent. *Sir* Guy Carleton de los regulares de Su Majestad, primero en Quebec y más tarde (hasta la evacuación de nuestras tropas) en Nueva York. Durante este andariego ciceroneo y discusión, y sin llegar a desenlace dramático de ningún género ni aproximación a lógica alguna de la trama, empecé a despertar lentamente[497].

Cuando Lovecraft hablaba de sus sentimientos personales, se hacía más patente la nota melancólica. Estaba más seguro que nunca de que sus días de dedicación literaria habían concluido:

> … es posible que haya perdido por completo la habilidad de la formulación literaria, y que deba dejar de escribir relatos. No obstante, lo intentaré un poco más, antes de llegar definitivamente a semejante conclusión. No, ésta [«La sombra fuera del tiempo»] es el único desde «La entidad del Umbral» que no he destruido. Nada reciente ha *llegado vivo* en realidad… y desde luego no quiero sacar a la luz ningún trabajo ordinario y maquinal, de ése que emborrona las páginas de WT y sus aún peores contemporáneos.

Hizo el inventario de los bienes heredados: «Un juego de doce cucharillas de té… 2 mesas grandes, 4 sillas, 1 taburete, un estante pequeño…, un cofre bueno tachonado del siglo XVIII, un cofrecillo pequeño o baúl de piel… un par de candelabros de bronce… Unos cuantos

*periódicos* antiguos interesantes…» y así sucesivamente. Se reprochaba no haber conservado más cosas:

> Al fin y al cabo, los objetos materiales que tan desesperadamente he atesorado como legados de los años pasados son como una gota en un cubo, comparados con lo que heredan otros. Me muero de envidia cuando oigo decir que esta o aquella persona vive en una casa que era de sus mayores, o que posee muebles, porcelana, plata, vajilla, cuadros, etcétera, que sus antepasados conocieron en el siglo XVIII… La pura indolencia ha sido la causa de que dejase deslizar entre mis dedos toda clase de reliquias admirables… Pero en ese sentido, no atesoraría cosas que no hubiese tenido a mi alrededor desde la niñez. *Ese* es el verdadero secreto de mi apego: no tanto el que los objetos sean intrínsecamente viejos o remotamente ancestrales, como que sean *tas cosas con las que siempre he vivido desde que empecé a hablar y andar*… Algunas de ellas pueden ser feas, carentes de verdadera antigüedad, triviales y demás, pero están demasiado íntimamente ligadas al marco de mi existencia diaria para que no me sean preciosas… Me aferraré a esas cosas el tiempo que me sea posible… y cuando no pueda albergarlas, no desearé seguir viviendo. Probablemente, es una suerte que no todos estén tan fuertemente apegados como yo a las reliquias materiales de su vida pasada. Cuando ese apego coexiste con una incapacidad para retener los objetos en cuestión, se llega a la culminación de la tragedia. Preferiría vivir en una choza, a hacerlo en un palacio sin eso[498].

Esto ilustra lo que he dicho sobre el desarrollo emocional de Lovecraft: que había llegado «al estadio del oso de trapo» y no había pasado de ahí, insistiendo con Peter Pan: «¡Quiero ser siempre pequeño y divertirme!».

Hellen Sully escribió a Lovecraft desde California, quejándose de sentirse «desesperanzada, inútil, incompetente y generalmente miserable». Para alentarla, Lovecraft predicaba su propio indiferentismo estoico: «La mitad de nuestra desdicha —o quizá más— proviene de nuestra errónea

idea de que *deberíamos ser felices*… de que… “merecemos” o “tenemos derecho a una inmensa felicidad” cuando la felicidad es una cosa transitoria, efímera». Lo mejor que uno podría esperar razonablemente es la carencia de un agudo sufrimiento.

La señorita Sully calificaba a Lovecraft de «hermosamente equilibrado y sereno», e indudablemente era esto lo que impresionaba a muchos. Para mostrarle que ella se encontraba en mejor situación que él, no obstante, le confió sus propios sentimientos:

> En realidad, hay muy pocas pérdidas totales, y nada me ha desalentado y exasperado tanto como el venerable Hache Pe Ele. Conozco a pocas personas cuyos logros hayan quedado más justamente lejos de sus aspiraciones, ni tengan en general menos motivos por los que vivir. Carezco de todas las aptitudes que me gustaría tener. Todo lo que puedo valorar, o lo he perdido o probablemente lo voy a perder. Dentro de diez años, a no ser que encuentre un empleo que me reporte al menos 10 dólares por semana, tendré que tomar la decisión del cianuro, por incapacidad para conservar junto a mí los libros, cuadros, muebles y demás objetos familiares que constituyen la única razón que me queda para seguir viviendo. Y por lo que se refiere a la *soledad*, probablemente me llevaré todas las medallas. En Providence no he conocido un espíritu afín al mío con el que haya podido intercambiar ideas; y aun entre mis corresponsales, son cada vez menos los que coinciden conmigo en cuestiones suficientes como para hacer deleitable la conversación, aparte de algunos puntos especializados. La generación más reciente se ha alejado aún más de mí, mientras que la más vieja está tan fosilizada que constituye un flaco material para discutir o conversar. En todo —filosofía, política, estética e interpretación de las ciencias— me encuentro solo en una isla, con una atmósfera casi de hostilidad a mi alrededor. Con la juventud, se han perdido todas las posibilidades de encanto de esperanza de aventuras… dejándome encallado en un bajío sin nada a lo que recurrir… El motivo por el que he sentido más «melancolía» de la

> habitual en los últimos años es que cada vez desconfío más del valor del material que produzco. Recientemente, la crítica adversa ha socavado de manera tremenda mi desconfianza en mi capacidad literaria.

Escapaba de esta melancolía, le contaba, merced a un análisis racional. No había nada de qué enojarse, ya que sus fracasos eran consecuencia de sus propias limitaciones y de su mala suerte, no de la maldad de un mundo perverso. Con juventud, belleza, talento y versatilidad, Helen estaba mil veces en mejor situación económica que él. «Así que… ¡ánimo, por Tsathoggua!»[499].

Puede que no siempre se sintiera tan deprimido como esta carta da a entender, ya que, indudablemente, lo mismo que los demás, tenía sus altibajos. Los amigos de sus últimos años, como Long y Sterling, dicen que parecía bastante contento cuando estaba con ellos. Pero las manifestaciones de desaliento, las confesiones de fracaso y la predicciones de suicidio de sus últimas cartas, sugieren que se sentía más como decía en esta misiva que como se mostraba en sus contactos personales.

El 5 de junio de 1935, tras enviar por delante un par de pantalones para utilizarlos en los palmares de Florida, Lovecraft se fue a visitar a los Barlow, llegando el 9. Esta vez estaba presente Barlow padre.

El joven Barlow había aconsejado a H. P. L. que no tocase los temas del sexo y la religión en presencia de su padre, pero al parecer no hubo tensión alguna entre Lovecraft y el excéntrico coronel. De hecho, Lovecraft y el coronel cantaron a dúo canciones populares de fin de siglo, y la familia Barlow insistió a Lovecraft una y otra vez para que se quedase, durante meses. Incluso le invitaron a quedarse todo el invierno siguiente, pero él sentía que tenía que regresar a sus libros y revistas, para hacer algún trabajo serio.

La combinación de las altas temperaturas y el trabajo al aire libre llenaron a Lovecraft de energía y buen humor: «He contribuido con mi poco hábil trabajo a este proyecto, y he abierto un camino (¿puedes imaginar al Abuelo *trabajando* de verdad?)… por el palmar, desde el rellano al anterior sendero de la cabaña[500]».

Reviviendo su infantil habilidad de tipografista, Lovecraft ayudó a Robert Barlow a imprimir una colección de poemas de Frank Belknap Long, *La torre de los Goblin*. Guardaron el secreto a fin de sorprender a Long.

Como siempre, Barlow estaba lleno de proyectos ambiciosos. Encuadernaría los pliegos de *La casa apartada* que Cook había imprimido. Imprimiría una edición del ciclo de sonetos de Lovecraft, *Fungí from Yuggoth*, y otros poemas.

Sobre los poemas, Lovecraft pidió a su joven amigo que «no malgastara el tiempo en semejantes trivialidades». Cuando Barlow insistió, Lovecraft dijo que prefería suprimir la mayor parte de su poesía primeriza, por la que «me dejaría chantajear, con tal de verla hoy fuera de circulación». En todo caso, suplicó a Barlow que eliminase todos sus en otro tiempo amados arcaísmos, como «doom'd», condenado, por «doomed[501]».

Sin embargo, ni la encuademación de *La casa apartada* ni el volumen de poesía llegaron a materializarse. Cook envió a Barlow los pliegos sueltos del primero. Barlow encuadernó una docena, que vendió a 1 dólar el ejemplar. El resto aún estaba sin encuadernar cuando Barlow se marchó a Florida para siempre, un año más tarde, abandonándolo allí.

A finales de agosto, Lovecraft emprendió el regreso a casa. En Washington, pasó a visitar a Elizabeth Toldridge. Antes había rehuido este deber… por falta de dinero, le dijo a ella; porque temía aburrirla, confió a los demás. Esta vez, «Tía Liz» no tuvo ocasión de aburrirse, porque otra vieja dama llevó el peso de la conversación.

En Nueva York, un Lovecraft enormemente tostado y de aspecto mucho más joven impresionó a Long. Lovecraft llegó a casa tras una ausencia de tres meses y nueve días.

Lovecraft pasó el otoño de 1935 tranquilamente, con ocasionales excursiones por Nueva Inglaterra. Su amigo Colé, de Boston, le llevó a varias, incluido un viaje, el 21 de septiembre, a Wilbraham, Massachusetts, (El «Dunwich» de Lovecraft).

El 8 de octubre, Lovecraft hizo una excursión con su tía a New Haven.

Durante siete horas, mientras Annie Gamwell visitaba a una vieja amiga, deambuló por la ciudad admirando las reliquias coloniales y entusiasmándose con la arquitectura de Yale.

A finales del año, Lovecraft efectuó su visita anual a los Long en Nueva York, conoció a los escritores de revista Arthur J. Burks y Otto Binder, y al *fan* (más tarde escritor y director) Donald A. Wollheim. Vio al «bueno de Seabury Quinn» por primera vez, desde 1931.

Lovecraft asistió a una cena de la American Fiction Guild, donde «vio a una buena cantidad de mercenarios de revista barata cuyos nombres son familiares al proletariado de la lectura». Deploraba un poco el éxito comercial que Frank Long y Donald Wandrei habían logrado con sus relatos, seguro de que esto les convertiría en «mercenarios de revista barata», como creía que había sucedido con E. Hoffmann Price y C. L. Moore. «¡Y pensar que en otro tiempo eran promesas literarias!»[502], se lamentaba.

Salvo la pausa de Florida, Lovecraft atendió en 1935 a su trabajo de revisión. Price volvió a insistir en hacer otra colaboración, proponiéndole que, cuando vendiesen el relato, utilizarían todo el dinero en financiar un viaje a California para Lovecraft. A pesar de que Lovecraft había hablado a menudo de un viaje al lejano oeste, se excusó: el relato no se vendería, el dinero no se despilfarraría en pagar el viaje a un «viejo chiflado».

Adolphe de Castro siguió también detrás de Lovecraft para que le ayudase en su tratado *La Nueva Vía*. Aunque había decidido no trabajar más para de Castro, no pudo mantenerse firme frente a este buscador de favores. Dijo que no tuvo «más remedio que prometerle ayuda a De Castro para su estupidez, ya que le sabía mal "dejar colgado al viejo camarada… Verdaderamente, es muy generoso y amable[503]"». Así que, en contra de su buen criterio, accedió a revisarle la obra gratis. La encontró tan llena de errores históricos que aconsejó a de Castro que la reescribiese en forma de novela.

Durante 1935, Lovecraft y su joven corresponsal Robert Bloch, de Milwaukee, se lanzaron a un juego literario. A principio de año, Bloch

escribió un relato, «El vampiro estelar» (*Weird Tales*, septiembre de 1935). El narrador cuenta cómo se escribía con un anónimo «soñador místico de Nueva Inglaterra». Por este recluso, se entera de la existencia del *Necronomicon* y otros libros de saber prohibido. Tras una infructuosa búsqueda de estos volúmenes siniestros, el narrador da con un ejemplar del *De Vermis Misteriis* o «Misterios del gusano», de Ludvig Prinn.

El narrador lleva el libro a Providence para enseñárselo al «místico soñador». Este lee en voz alta, excitadamente, una de la fórmulas encantatorias. Al instante, entra una Entidad invisible, tentaculada, apresa al soñador, y le sorbe toda la sangre.

Bloch le pidió permiso a Lovecraft para matarle de este modo. Lovecraft protestó de que le describiera fumando en pipa, pero aprobó todo lo demás. Bloch tachó lo de la pipa y obtuvo vía libre:

> Providence, R.I.
>
> 30 de abril, 1935
>
> A quien pueda interesar:
>
> Certifico que el señor Robert Bloch, de Milwaukee, Wisconsin, U.S.A. —reencarnación de Mijneheer Ludvig Prinn, autor del de vermis misteriis— queda plenamente autorizado para retratar, matar, aniquilar, desintegrar, transfigurar, metamorfosear o maltratar al abajo firmante, en el cuento titulado el vampiro estelar.
>
> [firmado] H. P. Lovecraft[504]

El documento estaba testificado por Abdul Alhazred, Friedrich von Junzt, Gaspard du Nord (traductor del *Livre d'Eibon*), y el Lama Tcho-Tcho de Leng, con vistosas imitaciones de sus letras originales.

Al siguiente mes de noviembre, Lovecraft aniquilaba a Bloch en un relato: «El morador de la oscuridad» (10.000 palabras; *Weird Tales*, diciembre 1936). El protagonista es «Robert Blake», artista y escritor de

Milwaukee. Viviendo en Providence, Blake acaba sintiéndose fascinado por una enorme iglesia abandonada, cuyo modelo toma el autor de la iglesia católica de St. John. Blake se entera de que esta iglesia fue utilizada como templo para un culto maligno, la Sabiduría del Estelar.

Blake irrumpe en la iglesia, y descubre un escondrijo de deteriorados libros ocultistas, entre los que están el *Necronomicon* y el *Cuites des Goules*. Encuentra un objeto extraño, el Trapezoedro Resplandeciente, que es «una ventana abierta a todo tiempo y espacio[505]», procedente de Yuggoth. También perturba a una entidad maligna oculta en el chapitel…

En este relato, los italianos de Federal Hill, encabezados por uno de sus sacerdotes, aparecen al lado de los buenos. Durante una violenta tormenta nocturna, la entidad se dispone a hacer su aparición, pero no puede soportar la luz. Al cortarse el fluido eléctrico, la gente sale con velas y faroles para mantener a raya al Ser.

Dos veces más se dejó convencer Lovecraft para romper su norma de no trabajar en colaboraciones. Uno de sus corresponsales era William Lumley, «quien se proclama un marinero veterano que ha presenciado increíbles maravillas en todas las partes del mundo, y ha estudiado obras de Antigua Sabiduría mucho más fuertes que tu *Cuites des Goules* o mi *Necronomicon*». Lumley convenció a Lovecraft para que reescribiese un relato suyo, «El diario de Alonso Typer».

El resultado fue una historia típica de *Weird Tales* sobre un hombre que, movido por «un inexplicable impulso» a explorar «misterios impíos», se introduce en una casa misteriosa cerca de Attica, Nueva York. Allí descubre un sótano decorado con enigmáticos grifos, una puerta de hierro cerrada con llave, a través de la cual se oyen ruidos amenazadores de choques y movimientos apagados, y finalmente, da con un Ser enviado desde «la espantosa, antiquísima y prohibida ciudad de Yian-Ho» para destruirle. En este relato introdujo elementos de los Mitos de Cthulhu, como el planeta Yaddith, el *Livre D'Eibon* y «¡Iá, Shub-Niggurath!».

Lovecraft no sólo reescribió el relato, sino que insistió en que Lumley se quedase con los 70 dólares que les pagaron por él, porque Lumley

«necesita estímulo[506]». El cuento apareció en *Weird Tales*, en febrero de 1938, firmado sólo por Lumley. En agradecimiento, Lumley envió a Lovecraft un ejemplar de la traducción de Budge del egipcio *Libro de los muertos*.

En enero de 1936, su joven amigo Kenneth Sterling le convenció para que colaborase en el relato «En los muros de Eryx», la única historia interplanetaria convencional en la que intervino Lovecraft. Lovecraft era conservador en cuanto a los viajes espaciales. Durante muchos años, había considerado posible enviar un cohete no tripulado a la luna. El viaje tripulado lo consideraba no imposible, aunque sí improbable, porque «no existen razones sólidas para realizar intentos desesperados que requieran graves sacrificios», a menos que, «antes del final de la civilización existente, algún principio enteramente nuevo permita a los hombres llegar a la luna, y posiblemente a Marte y a Venus».

El narrador de esta historia explora las junglas de Venus en busca de una especie de cristal que se encuentra allí, el cual es adorado por los «hombres-lagartos» venusianos. Se extravía en un laberinto transparente …

Sterling había vendido ya tres relatos a *Wonder Stories*. A juzgar por el estilo, Lovecraft puso bastante menos de su propia cosecha «En los Muros de Eryx». (*Weird Tales*, octubre de 1939, firmado por los dos) que en el relato de Lumley. En adelante, las exigencias de su formación médica acabaron con la carrera literaria de Sterling.

En 1935, Lovecraft aportó sus esfuerzos a un proyecto aficionado. Un joven entusiasta de Brooklyn, Julius Schwartz, trabajaba como agente literario de ciencia-ficción y publicaba una revista *fan, The Fantasy Magazine*.

A principios de 1935, Schwartz concibió la idea de escribir un relato entre varios, en partes sucesivas. Concretamente, planeó que fueran cinco los escritores, dando al cuento este orden: 1) Catherine L. Moore, 2) Frank Belknap Long, 3) Abraham Merrit, y 4) H. P. Lovecraft; para la quinta parte, Schwartz pensó en Clark Ashton Smith o en Edmond Hamilton. Los dos, no obstante, se excusaron.

El relato se titula «El desafío del más allá». La señorita Moore escribió el principio y Long la continuación. Cuando el manuscrito llegó a Merrit, éste se plantó, diciendo que Long se había desviado demasiado de las líneas originales, y que no colaboraría a menos que Schwartz eliminase la colaboración de Long y le dejase a él escribir esa segunda parte en su lugar.

Atemorizado ante el prestigio de Merrit, Schwartz cedió. Lovecraft se indignó ante el comportamiento tan «poco deportivo» de Merrit, y Long, furioso, abandonó el proyecto.

El manuscrito llegó a Lovecraft en su viaje a Florida en 1935, y escribió su parte al detenerse en Charleston, de regreso a Providence. En Nueva York, convenció a Long para que olvidase el enfado y se hiciese cargo de la última parte de la serie. Schwartz, entretanto, había reclutado a Robert E. Howard para que escribiese la cuarta. El relato así compuesto se publicó en el número de septiembre de 1935, de *The Fantasy Magazine*.

Como era de esperar, se trata más de una divertida *curiosidad* que de una obra maestra. Consta de unas 6.000 palabras, y se inicia con la narración de C. L. Moore en la que George Campbell, al acampar en los bosques canadienses, encuentra un gastado cristal de cuarzo de misteriosos poderes. La segunda parte, de Merrit, se limita a crear un poco más de atmósfera: «Sentía un frío en el espíritu, como el contacto de alguna extraña entidad[507]».

La tercera parte, o central, que había corrido a cargo de Lovecraft, aportaba un argumento de lo más activo. Imaginó que los civilizados habitantes del lejano planeta Yekub, en forma de gigantescos ciempiés, habían enviado estos cubos de cuarzo por todo el universo. Cuando los nativos de los planetas adonde habían ido a parar estos objetos los examinaban, los ciempiés intercambiaban sus mentes con ellos. Así que George Campbell se encuentra en el cuerpo de un ciempiés. Al mirarse en un espejo, muy de acuerdo con el estilo lovecraftiano, se desmaya.

La siguiente sección era la de Horward. Cuando Campbell vuelve en sí, ya no es un endeble héroe lovecraftiano, sino un superhéroe howardiano: un Conan entre los ciempiés. Se apodera de una herramienta afilada, mata al dirigente de los ciempiés que le interrogaba, y huye por el edificio. Mata a diestro y siniestro, hasta que logra apoderarse del globo luminoso, al cual

adoran los ciempiés. De este modo se erige en emperador del planeta.

La última parte es de Long. Mientras Campbell, en su cuerpo de ciempiés, alcanza la gloria, su cuerpo terrestre se revela incontrolable para la mente yekubiana que se ha posesionado de él. Se convierte en un idiota babeante, y muere.

A principios de 1936, Lovecraft se embarcó en otra empresa aficionada. Se trataba de un pequeño esbozo o ensayo titulado «Historia del Necronomicon». En estilo pseoducientífico, esta broma de 780 palabras empieza:

> Título original *Al Azif: Azif* es la palabra empleada por los árabes para designar el ruido nocturno (producido por los insectos) que se supone es el aullido de los demonios.
>
> Fue compuesto por Abdul Alhazred, poeta loco de Sanaa, Yemen, que floreció durante la época de los califas omeyas, hacia el año 700. Éste visitó las ruinas de Babilonia y los subterráneos secretos de Memfis, y pasó diez años en el gran desierto del sur de Arabia: el Roba El Khaliyeh o «Espacio Vacío» de los árabes antiguos, y el «Dahna» o «Desierto Carmesí» de los modernos, el cual se supone habitado por malos espíritus protectores y monstruos de la muerte. Son muchas las extrañas e increíbles maravillas que cuentan los que pretenden haberse adentrado en dicho desierto. En sus últimos años, Alhazred vivió en Damasco, donde escribió el (*Necronomicon! Al Azif*), y se cuentan cosas temibles, múltiples y contradictorias acerca de su muerte o definitiva desaparición (738 d. C.). Afirma Ebn Khallikan (biógrafo del siglo XII) que fue atrapado por un monstruo invisible en plena luz del día, y devorado horriblemente ante gran número de aterrados testigos. Se dicen muchas cosas acerca de su locura. Declaraba haber visto la fabulosa Irem, o Ciudad de los Pilares, y haber descubierto bajo las ruinas de cierta ciudad sin nombre del desierto los asombrosos anales y secretos de una raza más antigua que la humanidad. Era musulmán

indiferente, y adoraba tan sólo a desconocidas entidades que llamaba Yog-Sothoth y Cthulhu.

A continuación sigue una relación de las diversas ediciones del *Necronomicon*, con sus prohibiciones por las autoridades. Luego, un resumen:

1. Al Azif escrito hacia el 730 d. C. en Damasco por Abdul Alhazred.
2. Traducido al griego con el título de *Necronomicon*, 950 d. C., por Theodorus Philetas.
3. Condenado al fuego por el Patriarca Michael, 1050 d. C. (I.E., el texto griego)… (el texto árabe se había perdido ya por entonces).
4. Olaus lo traduce del griego al latín en 1228 d. C.

Un entusiasta de Alabama, Wilson H. Shepheard, publicó esta pequeña broma en forma de panfleto en 1938. Después, se ha reimpreso varias veces, normalmente con el título de «Historia y cronología del Necronomicon».

Lovecraft redactó el ensayo apresuradamente y no comprobó los datos después, ya que el trabajo contiene errores. Por ejemplo, el verdadero Olaus Wormius vivió entre los siglos XVI y XVII, no en el XIII. No obstante, las citas y referencias eruditas de Lovecraft convencieron a muchos de que la obra existía, y asediaron a bibliotecarios y libreros solicitándola.

Una de las veces casi se materializó el *Necronomicon*. A finales de la década de los treinta, Manly Wade Wellman, entonces escritor de revistas pulp y posteriormente profesor en Carolina del Norte, entró en una pequeña librería de Nueva York donde los libros se almacenaban en unos estantes destartalados, cubiertos por una espesa capa de polvo. Una viejecita, que parecía acabar de bajarse de la escoba, le preguntó qué quería. En broma replicó:

—¿No tendría por casualidad un ejemplar del *Necronomicon*?

—¡Por supuesto, je, je! —cacareó la vieja—, está exactamente…

¡aquí[508]!

Fue una falsa alarma —no le había oído bien—, pero le gastó a Wellman una buena broma.

Aunque en 1935 Lovecraft dijo que en adelante no podía dedicar mucho tiempo al periodismo aficionado, aún llevó a cabo otra contribución de cierta envergadura. Maurice Moe le convenció para que escribiese un artículo de 15.000 palabras sobre arquitectura romana para su revista. Lovecraft le envió sólo el borrador. Cuando se vio claramente que Moe no lo iba a publicar, Lovecraft le pidió que se lo devolviese, porque Hyman Bradofsky lo quería para su *Californian*. En diciembre de 1935 suspiraba Lovecraft: «Supongo que tendré que mecanografiarlo».

Se ahorró el trabajo, porque Moe había perdido el manuscrito. Este artículo es una de las tres obras importantes de Lovecraft —exceptuando las cartas— que se sabe que se han perdido. Una vez escribió un relato para un cliente desconocido sobre el dios-sapo Tsathoggua de Clark Ashton Smith. Cuando este cliente envió el relato a *Weird Tales*, Wright lo rechazó, y no se ha vuelto a saber de él desde entonces.

Lovecraft contó también a un conocido, al que se encontró casualmente en la calle, en Providence, que había

> … escrito un relato sobre un incidente verídico. Una vez había una joven criada de un hotel de Benefit Street que se fue y se casó por dinero. Después visitó el hotel como huésped. Al verse tratada descortésmente y desairada, se marchó, pero maldijo el hotel y a todos los que la habían humillado y a cuanto tenía que ver con dicho establecimiento. Al poco tiempo, la mala suerte pareció abatirse sobre todos, y el propio edificio se incendió. Además, nadie pudo reconstruir el edificio. Incluso el día en que H. P. Lovecraft nos contó la historia, el lugar donde se había alzado el hotel era aún un solar vacío.
>
> Lovecraft terminó el relato y, sin sacar su habitual copia al carbón, lo mecanografió y lo envió al editor. Pero no llegó a

aparecer nunca publicado. Se extravió en el correo.

Lovecraft llegó a decir de su propia obra: «Estoy bastante quemado en lo que se refiere a la línea que he estado siguiendo… por eso ensayo nuevas formas de plasmar el ambiente que deseo describir». El «artista sincero», pensaba, debe contar no con la trama y el incidente, sino con el talante y la atmósfera. Los mejores cuentos espectrales eran aquellos en los que el narrador era un espectador pasivo, como solía ser él en sus sueños. Pero el espíritu de los tiempos, creía Lovecraft, era adverso a tal concepción.

> La fantasía es la expresión de la vida subjetiva, en vez de la objetiva —del ambiente en lugar de los sucesos—, y la clase de ambiente sobre el que yo escribo está teñido por la tradición. Es enteramente opuesto al gusto moderno. Hoy lo que se pide es realidad; si no una realidad subjetiva, al menos la clase de análisis ambiental que excluye la tradición y alude más a las crudas complejidades emocionales y psicológicas que a la pura imaginación constructiva[509].

Aún sostenía el lema del arte por el arte: «La buena literatura puede no tener otra motivación que el deseo de expresión y manifestación…». El mercado comercial llevaba al escritor a «estropear su estilo en aras de unas exigencias editoriales de ínfimo grado». El escritor, por tanto, debería sacar sus ingresos de una fuente distinta de la literatura. «Si no puedo conseguir dinero sin martirizar mi prosa, estoy dispuesto a morir de hambre… no conozco otra razón para seguir viviendo, más que la de intentar lo único que me parece que vale la pena hacer[510]».

A pesar de todos los cambios de frente durante sus últimos años, Lovecraft jamás vaciló en su actitud anti-mercantilista. En todo caso, aun cuando se mostró más conciliador para con los grupos raciales, se volvió más dogmáticamente opuesto al espíritu comercial y competitivo.

«Toda obra buena», escribió, «debe provenir del subconsciente» sin tener en cuenta el mercado. La clientela de las revistas *pulp* era una

«chusma irremisiblemente vulgar y estúpida». «El comercio es más o menos adverso a todas la artes… la chusma y los comerciantes… odian toda buena literatura». «El motivo del provecho carece de toda significación en una obra remotamente conectada con las artes verdaderas[511]».

Admitía que su punto de vista no sólo era poco práctico, sino enemigo de su propia supervivencia. Al hablar de reimprimir viejos relatos en *Weird Tales* dijo:

> Si éste es un «mal negocio», entonces ¡malditos sean los negocios! Académicamente, puedo ver tu lado de la cuestión; pero el punto de vista contrario está sólidamente arraigado en mi fundamental filosofía de la vida. Jamás podré apoyar el mercantilismo como fin último, ni sentir una profunda y sincera simpatía por sus métodos. Por supuesto, es necesario que se provea a todo individuo de alimento, ropa y alojamiento, pero jamás podré acostumbrarme a la idea de la adquisición como objetivo fundamental. Es decir, no puedo pensar en realizar un esfuerzo en términos inmediatos de provecho. Para mí, los objetivos son: 1) la creación de algo intrínsecamente excelente si es posible, y 2) el abastecimiento de las verdaderas necesidades. Si no puedo asegurar mi propia supervivencia como algo incidental en la persecución de estos objetivos, entonces tengo la impresión de que algo está mal. No sé exactamente qué hay que hacer entonces, pero el reconocimiento de la dificultad no altera mis instintos y emociones fundamentales… el hecho sigue siendo que me siento siempre en una inactividad letárgica, salvo cuando actúo movido por uno de los motivos que me parecen válidos y racionales: la creación de algo que sea lo mejor posible, y la realización de un servicio que necesita realizarse.

Lovecraft no era en eso, como a él le gustaba creer, objetivo e impersonal. No hay medida objetiva de «intrínseca excelencia»; tal medida reside en el ojo del que contempla. Los conceptos de excelencia difieren aun entre personas cultivadas e instruidas.

Del mismo modo, tanto el «realizar un servicio que necesita realizarse» como el «abastecer una verdadera necesidad» son subjetivos; porque ¿quién juzgará qué necesidades son «verdaderas»? La gente discrepa considerablemente sobre la correcta «necesidad» en cada contingencia de la vida. Así, la afirmación de Lovecraft exige realmente el derecho a hacer aquello que Lovecraft considere digno de hacer. Si el mundo no le sostiene a cambio, entonces es que algo anda mal en el mundo.

Por supuesto, la intención de Lovecraft era altruista. Pero en el mundo moderno no hay sitio para los santos de trabajo liberal. No está organizado para cuidar de los que, aunque física y mentalmente capaces, carecen de los normales instintos de conservación y provecho.

En la primavera de 1936, Lovecraft se enteró de que Maurice Moe proyectaba asistir a la conferencia de la Bread Loaf's Writers', en Vermont. Esta es la más antigua agrupación de escritores de la nación.

Una manera sensata de ver la literatura como profesión, para un novel con talento innato, sería el considerar provechoso el uso moderado de libros sobre «cómo escribir», asistir a cursos de redacción y a conferencias de escritores. Pueden enseñar al principiante, cuando menos, a evitar algunos de los errores que Lovecraft cometió en su carrera.

Para Lovecraft, sin embargo, cualquier cosa realista, práctica o, como él diría, «mercantilista», era inaceptable. De las conferencias de los demás escritores decía: «No me sirven de mucho los ambientes "artísticos" de los otros escritores, y desconfío de cualquier influencia que le haga a uno considerarse a sí mismo "escritor" y no simplemente un *equilibrado miembro* de la sociedad. Mi ideal es *el caballero de amplios intereses* filosóficos, científicos, históricos, cívicos, literarios, estéticos, recreativos, etc…, *en su propio marco hereditario*, que practica las artes como mero complemento espontáneo y honesto al proceso general de su modo de vida». A pesar de la fama de la Bread Loaf, Lovecraft dijo que «incluso si alguien me diese dinero para ir, probablemente me lo gastaría en un viaje a Charleston o St. Augustine[512]».

En sus últimos meses, Lovecraft mostró interés por la teoría económica. No sabemos si un estudio de la economía le hubiera proporcionado una concepción menos aristocrático-feudal del trabajo y el comercio.

Pesarosamente, Lovecraft seguía diciendo que el haberle rechazado Wright «En las montañas de la locura», «ha terminado más que otra cosa con mi carrera literaria»; y que «… todo, desde "Las M. de la locura", ha sido… un fracaso… Sencillamente, carezco de todo aquello que permite a un verdadero artista transmitir su humor… estoy más lejos de hacer lo que quiero hacer, de lo que estaba hace veinte años[513]».

No obstante, el final de 1935 trajo nuevos ánimos. Julius Schwartz convenció a Lovecraft para que le dejase intentar vender «En las montañas de la locura». No tardó en notificarle que se la había vendido a *Astounding Stories* por 350 dólares. Tras deducir Schwartz su 10 por 100 de comisión, le quedaron a Lovecraft 315 dólares.

Por ese mismo tiempo (octubre de 1935), Donald Wandrei tuvo el manuscrito de «La sombra fuera del tiempo», que Barlow había mecanografiado. Wandrei envió el relato a F. Orlin Tremaine, el director de *Astounding Stories*. Tremaine lo compró también por 280 dólares, dinero que envió a Lovecraft.

Cuando aparecieron los relatos, Lovecraft censuró severamente la intervención de Tremaine en su puntuación, ortografía y longitud de los párrafos. No obstante, 595 dólares eran el máximo que Lovecraft había recibido en su vida por sus escritos, en tan corto plazo. Casi se volvió optimista: «… El suceso es claramente alentador, y puede lanzarme a un nuevo período de trabajo literario intensivo». «Tengo que dejarle a Schwartz… que venda otras cosas mías[514]».

En casa, Lovecraft luchaba con sus archivos y sus inventarios. Se daba cuenta de que había sido muy descuidado prestando libros y manuscritos que ahora no sabía dónde estaban en su mayor parte. «Siempre existe cierto peligro al prestar; pero los libros sobre temas preternaturales son tan difíciles de conseguir que el que los posee se siente incómodamente egoísta si se niega a dar una oportunidad y compartir su buena suerte con sus compañeros de afición».

Obsesionado más que nunca por el pasado, jugaba a un extraño juego nostálgico con su tía: «… imaginar que el calendario retrocedía a 1898 o

1900 o 1902 o por ahí, y conversar como lo haríamos realmente en ese período… citar las tiendas, obras de teatro, canciones, líneas de tranvías, noticias, visitas, alrededores y actividades diarias entonces en boga, excluyendo todas las expresiones y alusiones anacrónicas[515]».

En enero de 1936, después del regreso de Lovecraft, sobrevino otro invierno riguroso. Para agravar su infelicidad invernal, cayó enfermo de gripe o catarro, acompañado del tic en el ojo y la «mala digestión».

Luego, cuando la gripe le dejó, en febrero, «débil como un guiñapo[516]», la cogió Annie Gamwell más gravemente. El 17 de marzo, fue trasladada al hospital. Pasó dos semanas allí, y otros catorce días en convalecencia, no regresando a College Street 66 hasta finales de abril.

La molestia del ojo de Lovecraft podía deberse simplemente a no haber ido a que le graduaran la vista y cambiado de gafas. Los trastornos digestivos, en cambio, eran otra cosa. Meses más tarde, mucho después de que el virus se hubiese marchado, Lovecraft seguía quejándose de esos trastornos digestivos, a los que llamaba «gripe».

En realidad, se trataba de un cáncer de colon. Al obstruir el conducto intestinal, le producía un estreñimiento cada vez mayor. En febrero de 1937, dos años después de aparecer el primer síntoma de esta disfunción, escribió: «Iré en breve a ver qué me dice el médico[517]», dando a entender que aún no había consultado a ninguno.

Los médicos me dicen que, aun en los años treinta, si la enfermedad de Lovecraft se hubiese diagnosticado pronto —o sea, en 1935—, podía haber tenido muchas posibilidades de operarse con éxito. Boston era y es uno de los principales centros médicos del mundo.

El no ir Lovecraft antes a un doctor puede explicarse de varias maneras. Una es su pobreza, aunque estoy seguro de que Annie Gamwell habría estado más que dispuesta a ayudar a su único sobrino. Otro factor es que, en la década de 1930, la idea de someterse regularmente a reconocimientos médicos y dentales, en general, no era tan corriente como ahora.

Sin embargo, los hábitos de Lovecraft eran de lo más inhibidos. Sentía un perverso orgullo en adoptar una actitud pasiva, fatalista, respecto a su

físico, y hasta la fecha en cuestión había ido tirando así. Aún tenía todos sus dientes, a pesar de sus hábitos de atracarse a dulces y visitar al dentista a intervalos de cinco años.

En abril de 1936, Robert Barlow invitó a Lovecraft a Florida una vez más. Lovecraft declinó la invitación: «La enfermedad de mi tía, el lamentable estado del tesoro, y la absoluta desorganización de mi programa de trabajo literario (que convierte mi ausencia de mi biblioteca en un enorme obstáculo), todo junto se opone a la idea de que me marche despreocupadamente». Asimismo, declinó una invitación de los Long.

Se quejaba de cartas que terna sin contestar, de trabajos en el periodismo aficionado sustituidos por otros inferiores, de libros prestados que aún tenía sin leer, y de la molestia intermitente del ojo. Escribió: «Mi propio programa está hecho trizas, y me encuentro al borde del desmoronamiento nervioso. Tengo tan pocas fuerzas de concentración que tardo lo menos una hora en hacer lo que ordinariamente me costaba cinco minutos…»[518]. En vez de ir a visitar a Barlow, esperaba que éste le visitara a él.

Pasó el invierno y la primavera de 1936 tranquilamente. La amiga de Lovecraft y periodista aficionada Anne Tillery Renshaw fue quien le dio el trabajo más considerable: escribir, a partir de sus notas y breves apuntes, un libro de texto para su Renshaw School de oratoria, de Washington, el cual se titularía *El habla educada*.

Al principio, Lovecraft propuso simplemente hilvanar ligeramente el manuscrito; pero la señora Renshaw le escribió: «¡No se le ocurra devolverme mi manuscrito!». Ella quería que lo revisase a fondo. Lovecraft descubrió muy pronto que debía desengañar a la señora Renshaw de algunas ideas un poco anticuadas, como que la lengua tenía su origen en la revelación divina, o que el inglés se derivaba del hebreo. Cuando preguntó cuáles serían sus honorarios, ella replicó: «Eso lo discutiremos más tarde; imagino que la cantidad que usted fije (pensando en los anteriores encargos) será satisfactoria».

La señora Renshaw había esperado tener el libro listo para la imprenta

el invierno de 1936. Pero Lovecraft se iba retrasando cada vez más. Su cliente amplió el plazo hasta el 1 de mayo y luego hasta el 1 de septiembre. Las cartas de la señora Renshaw, al principio encantadas por la ayuda de él, se volvieron cada vez más escuetas a medida que transcurría el tiempo.

A pesar de trabajar hasta sesenta horas de un tirón, Lovecraft no envió el manuscrito hasta el 19 de septiembre. Se lo pidió a la señora Renshaw, cuando ésta lo hubo leído, para pulirlo. Aún no había sido acordado el precio, pero Lovecraft dijo a sus amigos que esperaba cobrar 200 dólares. La señora Renshaw le pagó 100.

En vez de devolverle el manuscrito, la señora Renshaw hizo sus propios recortes al texto y lo llevó corriendo a la imprenta. El libro apareció antes de final de año. Habría sido muy bonito decir que, después de todo ese trabajo, Lovecraft había hecho algo de valor permanente. Pero, académicamente hablando, *El habla educada* es un desastre. Es un librito desordenado, superficial, aficionado y sin valor.

En la sección introductoria al lenguaje, Lovecraft sigue confundiendo la lengua y la raza de los pueblos, como los supuestos arios. El capítulo sobre «Frases que se deben corregir» es una mezcolanza lamentable. En la sección de pronunciación, Lovecraft recomienda pronunciaciones raras y anticuadas tales como «inDisOLUble», «conCENtrate» y «proFEEL» (por «profile»)[519]. No hay signo alguno de que ni la señora Renshaw ni Lovecraft hubieran leído una obra científica moderna sobre fonética. Lovecraft poseía un ejemplar de *Ortografía; o, el cultivo de la voz en la elocución*, de William Russell (1869), y probablemente tomó este texto toscamente anticuado como autoridad.

Además de su falta de salud, supongo que a Lovecraft le había traicionado un aspecto de su complejo de caballero. Me refiero a la idea de que todo caballero de amplia cultura estaba *ipso facto* mejor capacitado para abordar cualquier cuestión técnica que un sucio especialista. Un hombre educado e instruido como él, con amplia experiencia en escribir y redactar y un inveterado interés por la evolución y pronunciación del inglés, sabía todo lo que se necesitaba saber sobre la materia. Estaba equivocado.

Lovecraft seguía asistiendo a conferencias. Oyó disertaciones sobre arte moderno, Platón, Grecia antigua, Gilbert Stuart, los orfebres de la Rhode Island colonial, la civilización china, las ruinas mayas y la velocidad de la luz. Asistió a la conmemoración del tercer centenario de Rhode Island:

> El 4 de mayo, los actos del Tercer Centenario de Rhode Island se abrieron con un desfile de trajes coloniales que empezó en la puerta de la Universidad… y prosiguió cuesta abajo, hacia el antiguo edificio del mercado, donde se le unió el Gob. Green en una carroza superviviente del siglo XVIII. La comitiva continuó entonces hacia la casa colonial de hace 175 años, situada en North Main Street, donde se celebró una parodia de sesión de aquella legislatura rebelde del 4 de mayo de 1776, en la que los delegados sediciosos repudiaron la legítima autoridad del Rey y el Parlamento. En esta sesión —rememorando la de 160 años antes—, el papel de cada legislador rebelde fue asumido por algún ascendiente lineal; el Gob. Green representaba a su antepasado el Cor. Arnold, que presentó el borrador original de la pérfida resolución… El vestuario era tan bueno y los discursos (que conservaban con todo detalle el texto de la asamblea original de 1776) estuvieron tan bien recitados, que uno podía imaginar muy bien… que los años se habían diluido… Hice lo posible para no gritarles a los rebeldes que iban a proponer la traición, y no aplaudir a los diputados leales que instaban a un arbitraje razonable de los problemas existentes sin recurrir a la secesión ilegal. Al final de la sesión los diputados cantaron la fórmula recientemente adoptada «Dios salve a las Colonias Unidas»; pero yo, leal al pasado y a un soberano hereditario, murmuré, sin alterar las sílabas legítimas y familiares: ¡dios salve al rey[520]!

Indagando en su genealogía, Lovecraft se alegró al enterarse de que era descendiente de John Field, el astrónomo isabelino que introdujo el

copernicanismo en Inglaterra. También descubrió que era primo en sexto grado de Robert Barlow y en décimo grado de James Morton.

Lovecraft leyó *El último puritano* de Jorge Santayana recién publicado, y le entusiasmó por la «disección verdaderamente notable de la estéril cultura gentil que dominó Nueva Inglaterra en el siglo XIX… ahora en su agonía».

El amigo de Lovecraft, Paul Cook, tras una larga serie de crisis nerviosas y físicas, abandonó Nueva Inglaterra a finales de 1935 y se marchó a San Luis, Illinois, donde trabajó en un periódico local. Lovecraft no le volvió a ver.

En junio de 1936, Lovecraft se sintió anonadado al enterarse de la muerte de Robert E. Howard. A pesar del talento, energía y valentía física de Howard, los dioses congregados a su alrededor olvidaron dotarle de amor por la vida. Ya desde 1923, empezó a jugar con la idea del suicidio.

Esto es corriente entre los adolescentes; pero en Howard, la idea se hizo cada vez mayor. Sus cartas mencionan su «melancolía» y «negro humor». Decía: «Mi padre es un hombre y puede cuidarse de sí mismo, pero yo viviré mientras viva mi madre». En sus poemas, meditaba:

*Estoy cansado de afrontar la corriente,*
*cansado de los mandatos del mundo,*
*y ansío el descanso*
*como ansia el amante a su esposa.*

La devoción mutua de Howard y su madre es un manual del complejo de Edipo. Las relaciones de Howard con su padre, autoritario e insufrible, en las que se alternaban las disputas furiosas con las reconciliaciones emocionadas, podrían calificarse de odio-amor.

Fueran cuales fuesen los conflictos que bullían en el subconsciente de Howard, el dinero no constituía un problema serio. La situación de Howard nunca fue desahogada, ya que el precio por palabra era bajo; además, el pago solía retrasarse, y la enfermedad de su madre costó mucho dinero. No obstante, hubo un tiempo en que llegó a tener grandes ingresos (algo más de 2.000 dólares al año) por crucigramas; más incluso que el banquero del

pueblo, y eso en los momentos más críticos de la Depresión.

Howard empezó a manifestar ideas paranoides de persecución. Poseía varias pistolas; su favorita era un Colt automático del 38, y adoptó la costumbre de llevarlo encima para protegerse de los «enemigos», que eran probablemente imaginarios. Decía, no sin cierta razón: «Esas gentes creen que estoy loco de atar[521]». Los vecinos le seguían preguntando cuándo iba a dejar de tontear con aquellas historias y ponerse a trabajar, cuando en realidad trabajaba más horas y ganaba más dinero que la mayoría de ellos.

En la década de 1930, la salud de la señora Howard empeoró. En la cálida mañana del 11 de junio de 1936, irremisiblemente enferma de cáncer, cayó en coma definitivo. Cuando Howard se enteró, salió, cogió el coche, y se pegó un tiro en la cabeza. Murió ocho horas después, a la edad de treinta años. En sus cartas había hecho alusión a sus intenciones, y el doctor Howard estaba enterado de ello desde hacía tiempo y lo temía. Lovecraft escribió a Price:

> Parece increíble: tuve una carta suya, larga y normal, del 13 de mayo. Estaba preocupado por la salud de su madre, pero por lo demás parecía perfectamente bien… Nadie más de la banda tenía el ánimo impetuoso y la espontaneidad del Hermano Conan… Este muchacho tenía unas dotes más elevadas de lo que podían sospechar los lectores de su obra publicada, y a su debido tiempo habría alcanzado un puesto destacado en la verdadera literatura, con alguna hazaña épica de su amado sudoeste… Es difícil describir con precisión qué es lo que hace que sus relatos se sostengan con firmeza; pero el verdadero secreto es que *está él en cada uno de ellos*, ya sean ostensiblemente comerciales o no… Era casi único en cuanto a habilidad para crear auténticas emociones de miedo y suspense aterrador… ¡y este es el gigante a quien el Destino tenía que arrebatar, mientras cientos de mercenarios insinceros continúan componiendo sinfonías de fantasmas y vampiros y naves espaciales y detectives ocultistas!

El talento especial de Howard, decía Lovecraft, residía en «la

descripción de inmensas ciudades megalíticas del mundo primigenio, en torno a cuyas oscuras torres y laberintos subterráneos flota un aura de necromancia y miedo prehumano que ningún otro escritor podría igualar[522]». Pero Howard tenía un Demonio de la Perversidad aún más grande que el de Lovecraft.

A lo largo de 1936, Lovecraft hizo poco por vender sus relatos. Cuando le preguntaban a este respecto, replicaba altivamente: «En cuanto a la falta de *empuje*, en mis tiempos un caballero no se dedicaba a autoanunciarse, sino que dejaba eso a los pequeños y advenedizos egocéntricos».

Aún confundía Lovecraft el término «caballero» en el sentido de «hombre de crianza, moral, cultura y gustos superiores» con el antiguo de «hombre hacendado». La práctica de un arte, como la pintura, la música, el teatro, la prosa o el verso, adopta la forma de recreo personal del artista, o de exhibición, o de propaganda. En los ideales de Lovecraft, el arte debe ser recreo del artista; pero para crear, tal arte necesita obtener ingresos de otra fuente, aunque actuaba como si considerase que la tenía a modo de recompensa por sus virtudes caballerosas.

Eso deja el arte como exhibición o como propaganda, aunque una obra de arte puede ser ambas cosas a la vez, puesto que el arte de Lovecraft no era propaganda, tenía que ser a la fuerza exhibición: una rama de la actividad pública. La exhibición requiere cierta autopromoción, si el artista quiere obtener su justa recompensa, sin preocuparse de si se le considera un «pequeño y advenedizo egocéntrico».

El hecho de que Schwartz, haciendo las veces de agente literario, hubiese vendido «En las Montañas de la locura» obligó finalmente a Lovecraft a pensar en los únicos agentes que conocía, Otis Adelbert Kline y Julius Schwartz. Kline era el mejor establecido, con amplios contactos.

Schwartz quería vender una colección de relatos de Lovecraft, encabezada por «El color que cayó del cielo», a un editor inglés. Lovecraft dijo que siguiera adelante y lo intentara. Durante el verano, mientras Schwartz trabajaba en este proyecto, Lovecraft envió a Wright los manuscritos de «La entidad en el umbral» y «El que acecha en la

oscuridad», «como una mera formalidad, antes de dárselos a Schwartz para cierto proyecto de publicarlos en Inglaterra[523]». Pero Wright los compró inmediatamente.

Lovecraft no dio nunca su conformidad en firme a Schwartz para que fuese su agente, ni animó a otros que mostraron algún interés por sus obras. Cuando Leo Margulies se convirtió en el editor de *Wonder Stories* (rebautizada *Thrilling Wonder Stories*) y preguntó a Lovecraft si tenía algo, éste dudó «que le interese nada de lo que yo escribo». Cuando Derleth le propuso venderle una colección, Lovecraft insistió en que no gastase «demasiada energía en ese proyecto[524]».

En octubre, Wilfred Taiman dijo que le gustaría hacer de agente de los relatos de Lovecraft; Lovecraft escribió:

> No creo que pueda lograr lo que otros no han hecho, pero dado que es un antiguo amigo, creo que debo dejarle intentarlo (al menos en lo que se refiere al mercado americano) antes que a Schwartz o a cualquier otro profesional… Después que haya tanteado todos los mercados posibles y haya fracasado (¡cómo evidentemente fracasará!), es probable que le deje intentarlo a Schwartz, quien fracasará igualmente.

En vez de recurrir a Kline, el agente con más experiencia que conocía, o a Schwartz, que le había vendido ya un relato, Lovecraft encargó la misión al inexperto Taiman porque «es un antiguo amigo». Al ver que un agente había agotado el campo sin resultado, Lovecraft infirió que cualquier otro llevaría los mismos manuscritos a los mismos editores por segunda vez. Los esfuerzos de Taiman no dieron ningún fruto, aunque —considerando la invencible voluntad de fracaso de Lovecraft—, es poco probable que otro hubiese podido hacer más por él, entonces.

La actitud de Lovecraft era evidentemente muy poco profesional; pero además, nunca se consideró a sí mismo un profesional. El profesionalismo y sus métodos forman parte, para él, del «mercantilismo», que ahora odiaba y despreciaba tan apasionadamente como antes había odiado a las gentes de color y demás *bétes noires*. La idea de planear racionalmente y seguir

resueltamente el camino que más probablemente conduce al éxito material le repelía por «indigna» y «mercantil».

Este antimercantilismo está en relación con el socialismo de Lovecraft. Se volvió socialista no porque se hubiera convertido a las doctrinas marxistas (que no se convirtió), ni porque su corazón sangrase por los pisoteados, sino por su experiencia en los negocios americanos. No es que amara a la clase trabajadora, aunque había abandonado gran parte de su primitivo esnobismo y quería sinceramente una sociedad justa. Lo que ocurría era que odiaba el capitalismo, el «sistema comercial americano». Y lo odiaba porque le había castigado, por pobreza y desidia, por no poder o no querer aceptar su espíritu afanoso, agresivo, calculador, competitivo, obstinado, egocéntrico y oportunista. Prefería, decía él, vivir en los «remansos», que encontraba «mil veces más atractivos que ningún lugar donde los feos procesos e ideales vulgares del lucro se sitúan en primera línea», aun cuando admitía la «estrechez y fanatismo[525]» de esos lugares.

El verano de 1936 transcurrió tranquilamente. Maurice Moe y su hijo Robert llegaron el 18 de julio y estuvieron dos días. El 28 de julio apareció otra visita. Lovecraft escribió a la señora Renshaw:

> Una tarde, cuando regresaba a casa después de haber estado escribiendo en la Prospect Terrace… encontré a un joven invitado, sentado en el cuarto de estar y rodeado de multitud de bolsas y maletas… El pequeño Bobby Barlow, mi anfitrión de Florida de los años 34 y 35, llegaba para una temporada indefinida y ¡requería un máximo de compañía, conversación y tiempo en general! ¡Aedepol! El chico tomó una habitación en la casa de huéspedes, al otro lado del jardín, pero a pesar de este grado de independencia, era una constante responsabilidad. Había que enseñarle este o aquel museo o librería… Había que discutir alguna nueva fantasía o capítulo de su futura y monumental novela…, y así sucesivamente. ¿Qué podría hacer un viejo, especialmente cuando Bobby había sido un anfitrión tan generoso y asiduo el año pasado y el anterior? Bueno: trabajaba

> mucho durante las primeras horas de la madrugada, una vez que el chico se retiraba a su cubículo trans-hortense (¡y luego le parecía gracioso que Abuelo no se levantase hasta mediodía!); pero ¿qué provecho podía sacar de estos ratos, frente a un programa tan repleto que ya había cosas medio condenadas al hades?

Dado que no había trabajado para ganarse la vida, Barlow no tenía idea de lo que le estaba costando a su anfitrión en horas de trabajo; pero Lovecraft, caballero hasta la muerte, no podía racionar su hospitalidad, especialmente cuando había sugerido él esta visita.

El hogar de Barlow se había venido abajo. Berenice Barlow dejó a su errático marido y se trasladó a Leavenworth, Kansas, donde tenía familia. Los Barlow estaban ya divorciados en estas fechas; el coronel se volvió a casar y vivió hasta 1952. Robert Barlow proyectaba reunirse con su madre en Leavenworth e ingresar en el Instituto de Arte de Kansas City. Lovecraft escribió:

> Durante su visita tuve también otro huésped inesperado: el viejo Adolphe Danziger de Castro, amigo en otro tiempo de Ambrose Bierce y después cliente mío de revisiones… El viejo «Dolph», ahora de setenta y siete años, sigue siendo el mismo amable charlatán de siempre… Ha tratado de ofrecerme algunos trabajos poco productivos de revisión, pero mi evidente e irremediablemente agobiado programa me ha permitido negarme sin ofenderle. Entretanto, Bobby Barlow y yo le hemos enseñado la ciudad, y hemos disfrutado lo indecible con sus pomposas evocaciones. En una ocasión nos sentamos en una tumba de un cementerio apartado, al norte de aquí, y escribimos un verso acróstico (a sugerencia de Barlow), con el nombre de Edgar Alian Poe, que noventa años antes había vagado por esta mismísima necrópolis, en sus visitas a Providence[526],

El 1 de septiembre, Barlow salió hacia Kansas. Cuando se acercaba el

invierno, Lovecraft, haciendo caso omiso de la creciente molestia de su mala digestión, volvió a su trabajo. Intrigado por lo que se contaba del «desierto de sangre negra» de Nuevo México, pensó escribir un relato situado en México y el sudoeste de Estados Unidos. Se proponía pedir ayuda a Price para darle el adecuado color local, y empezó a estudiar la historia colonial española.

Le fascinaba la idea de la época de derrota que él deseaba retratar en su «horrible y misteriosa esencia». Durante varios años había jugado con la idea de escribir una novela larga. Su amigo Edkins escribe:

> Poco antes de su muerte, Lovecraft me escribió, hablándome de un proyecto ambicioso reservado para un período de más tranquilidad, una especie de crónica dinámica en forma literaria, sobre los misterios hereditarios y destinos de una antigua familia de Nueva Inglaterra, degenerada y maldita en la que las generaciones, cada vez más débiles, sufren una especie de horrenda variante de licantropía. Iba a ser su *opus magnum* en la que se recogerían sus profundas investigaciones sobre las ocultas leyendas de esa región severa y secreta que él conocía tan bien, pero al parecer el bosquejo empezaba tan sólo a cristalizar en su mente, y dudo que haya dejado siquiera las líneas generales de su plan[527].

En octubre, Taiman instó a Lovecraft a que empezase esa novela, de forma que pudiese presentar una muestra y una sinopsis a William Morrow & Co. Los editores habían devuelto una colección de relatos cortos de Lovecraft, pero mostraban un vivo interés por una narración de ese tipo, tamaño novela. Lovecraft puso varias excusas para no emprender la tarea. En febrero, confesó finalmente que el estado de su salud se lo impedía, diciendo: «Si alguna vez salgo de ésta, y la editorial aún se muestra interesada, podremos hablar más a fondo del asunto».

En octubre, también, Lovecraft asistió a una asamblea de los *Skyscrapers*, una sociedad local de astrónomos aficionados, que se reunió bajo los auspicios de la Universidad Brown. En enero, le encargaron una serie de artículos sobre astronomía popular. Comprendiendo que se había

quedado atrás en la marcha de la ciencia, comenzó a repasar la materia.

Todavía luchaba con la correspondencia, prometiendo reducirla, pero lamentándose a continuación: «… ¿Cómo demonios puede uno sustraerse a las obligaciones epistolares sin pasar por un *snob* y un grosero?».

Por Navidades, su joven corresponsal Willis Conover le envió un cráneo humano de un enterramiento indio. Lovecraft lo calificó de «Regalo apropiado[528]»; pero ni él ni quien se lo regalaba tenían idea de lo apropiado que era.

En las elecciones de 1936, Lovecraft votó a Roosevelt, mientras que Annie Gamwell y sus amistades acomodadas dieron su voto a Alfred M. Landon. Uno de los amigos trajo un botón de Landon en forma de girasol para Lovecraft, el cual comentó que estuvo «¡condenadamente cerca de tener una pelea familiar!», a propósito de la política. El 21 de octubre, fue al capitolio del estado para ver «al único, eminente y audaz dirigente de los Estados Unidos», Franklin D. Roosevelt.

Al mismo tiempo, varios de sus amigos izquierdistas le bombardeaban con literatura comunista: *La crisis capitalista* de John Strachey, *Fascismo* y *Revolución social* de R. Palme Dutt, y hasta ejemplares de *Las nuevas masas*. Lovecraft lo acogía todo afablemente: «¡Os creéis, niños, que podéis hacer de vuestro abuelo un comunista!»[529]. Al empezar con el libro de Strachey, admitió su ignorancia en economía y decidió reparar esa laguna. Se propuso leer *La salud, la riqueza y felicidad de la humanidad*, de H. G. Wells.

Aún propugnaba un cambio social gradual en una dirección reformista o socialista. Consideraba que la exageración marxista de la conciencia de clase y clase económica oponen «un principio vicioso». «Lo condeno en el *snob* rico y bien criado, y lo condeno igualmente en el *snob* trabajador y sin un penique». Esperaba el día en que a un caballero se le reconociese tan sólo por su cultura, sin tener en cuenta su riqueza o su ocupación.

Proclamaba que, a pesar de sus ataques a la arquitectura y al arte modernos, no se oponía a todo progreso. Se pronunciaba totalmente a favor de la comodidad. La belleza, sin embargo, necesitaba asociaciones en

conexión con un estilo particular. Un edificio debe ser confortable no sólo física sino también psicológicamente. «No se nos debe abandonar a la nostalgia, perdidos en medio de un mundo ajeno de formas extrañas…». Así, los muebles deben ser físicamente confortables, estéticamente armoniosos, y visiblemente relacionados con «ejemplos familiares previos del mismo objeto». Un edificio de Frank Lloyd Wright o un mueble geométrico podían ser abstractamente hermosos, pero no servían para «el hombre con sentido histórico y con un arraigado sentimiento de continuidad de grupo[530]». Algunos arquitectos y psicólogos contemporáneos coinciden en eso.

En su vida personal, Lovecraft no veía forma de escapar de su pobreza cada vez más acuciante. Creía que la pobreza tenía una irónica ventaja: protegía a una «nulidad vieja y menesterosa» como él contra las mujeres intrigantes. Deseaba tristemente poder visitar el Viejo Mundo «sumergirme aún más profundamente en el curso de la historia[531]». Deseaba poder comprarse el Ford modelo T que Price le había ofrecido en California por 15 dólares. Le gustaba la velocidad, como descubrieron los amigos que le habían llevado en coche. En un medio de transporte corriente, sin embargo, se conformaba con ir a cincuenta kilómetros por hora. (Teniendo en cuenta su ineptitud mecánica, quizá fue una suerte que no anduviera por ahí, en su madurez, con un coche).

Había aprendido algunas lecciones sobre las relaciones humanas. Durante sus períodos de abatimiento, hacia finales de la década de 1930, había encontrado fastidioso todo contacto humano, si los otros no participaban de sus mismos intereses, sentimientos y prejuicios y coincidían con él en todo. Naturalmente, nunca encontró a un compañero así. Ahora tenía una concepción más realista:

> Esta concepción general que separa los mundos de sus obras es normalmente un fundamento de simpatía tan sano como ese otro fenómeno más raro o quizá enteramente inexistente de una *identidad* de universos privados. Al menos, lo que me hace sentirme cordial y afectuoso para con alguien no es tanto la identidad de gustos y creencias y perspectivas como la seguridad de que mis propios

gustos y creencias y perspectivas no son considerados insensatos, incomprensibles o ¡inexistentes[532]!

Incluso venció su etnocentrismo crónico para decir algo en favor de un negro. Escribió a Elizabeth Toldridge: «Indudablemente, tiene usted la suerte de contar con la ayuda de la morena Alice (a quien Barlow recuerda con muchísimo agrado, y cuya pensión espero que pueda arreglar fácilmente)…»[533].

Censuraba vehementemente su antiguo egoísmo y se disculpaba por las opiniones de su juventud. Su larga carta autobiográfica del 3 de febrero de 1924 a Edwin F. Baird había caído en manos de su admirador Conover, quien deseaba publicarla. Lovecraft se lo prohibió:

> Bueno, en cuanto a esa carta, lamento hasta la mortificación su vanidosa afectación, sus pasajes purpúreos y floridos, su ostentoso exhibicionismo, su impulsiva ligereza y su general insensibilidad. No estaña mal si la hubiese escrito a los veintitrés años, ¡pero a los treinta y tres! ¡Qué asno satisfecho, complaciente y egocéntrico era yo en aquel entonces! ¡Cuánto parloteo sobre la formación y desarrollo de…! ¡La nulidad más perfecta del mundo! Bien, la excusa, si la hay, es la siguiente: que la invalidez y aislamiento de mis años jóvenes me habían dejado, a los treinta y tres años, tan ingenuo e inexperto y poco acostumbrado al mundo como los que tienen diecisiete o dieciocho años. Como ves por mi carta, acababa de irrumpir fuera de mi concha de retiro y encontraba el mundo exterior tan nuevo y fascinante como lo descubre un chiquillo. Me sentía embriagado por una sensación de expansión, por así decir, fascinado por los escenarios nuevos (acababa de estar en New Hampshire, Salem, Marblehead, Nueva York y Cleveland por primera vez) y seducido por el fuego ilusorio del éxito literario (primeros trabajos literarios el año anterior, e imaginaba el futuro de color rosa), de modo que toda mi psicología era la de la adolescencia tardía, con la habitual vanidad, la pomposa expresión, la ligereza y las tendencias exhibicionistas propias del inexperto. Me

es difícil retomar el talante de aquella época lejana; pero evidentemente, creo que era un crío completo… Bueno, el consuelo es que no soy tan efervescentemente inmaduro en 1937 como lo era en 1924. Puede que sea una lástima, pero al menos, los años han servido para centrar un poco mi sentido de la proporción de forma que no sería capaz de dar suelta a una orgía de palabras como esa fastidiosa declamación que el tiempo ha dejado atrás[534].

Lovecraft explicaba los defectos de su autodidactismo:

> En el transcurso de los años, mi progreso en conocimientos y discernimiento ha sido incompleto y desproporcionado… en cierta medida, debido a la semiinvalidez que interrumpió y cortó mi educación formal (dejé de ir completamente al colegio) y me apartó en cierto modo del contacto más activo con el mundo práctico. En algunas cosas, yo era flagrante y manifiestamente el reverso de la precocidad… Conservaba ideas irreales librescas y atolondradamente convencionales sobre toda clase de realidades inmediatas e instituciones hondamente insertas en la vida oculta. Analizaba e investigaba sólo lo que me interesaba, dejando así intactos inmensos campos, y aceptando las ilusiones y prejuicios tradicionales de mi entorno (social, político y económicamente conservador) respecto de los hechos y conclusiones sobre dichos campos.

La experiencia de Lovecraft supone un argumento en contra del movimiento educacional, surgido hace pocos años, el cual anima a los estudiantes a estudiar lo que les plazca, sin seguir los cursos requeridos. Lovecraft explicaba su cambio en ideas políticas:

> ¡Todo esto conforma una momia anticuada que ha estado al otro lado hasta 1931! Así que puedo entender mejor la ceguera inerte y la desafiante ignorancia de los reaccionarios por haber sido uno de

> ellos. Sé lo afectadamente ignorante que era yo, encantado con las artes, las ciencias sociales (no naturales), los aspectos *externos* de la historia y la arqueología, las fases *abstractas* y académicas de la filosofía y demás… todo el esquema sesgado del saber al que, según las tradiciones del orden moribundo, estaba limitada la educación liberal[535].

Lovecraft era excesivamente severo con su autoeducación. Lo que había necesitado a sus veinte años no era tanto las ciencias sociales (que no son en realidad muy científicas) como la experiencia práctica en comprar y vender, en ser contratado y despedido, en mandar y obedecer. Necesitaba aprender su camino en ese vasto mundo del comercio y la industria, que más tarde encontró tan repulsivo, pero sin el cual no habría millones de lectores para las obras de los literatos.

A finales de 1936, parece que la molestia de Lovecraft en el ojo había desaparecido. Pero sus «trastornos digestivos» aumentaron. En el invierno de 1937, se quejó además de que se le hinchaban los pies. Era una dolencia de hacía mucho tiempo que él atribuía al frío. No hizo ningún viaje a Nueva York, aunque los Long le invitaron otra vez.

A mediados de febrero, la «gripe» le obligó a escribir sus cartas a máquina. Probablemente sospechaba la naturaleza de su enfermedad. En una carta a Derleth fechada el 17 de febrero, tras hablar de su renovado interés por la astronomía, decía: «Es curioso cómo los antiguos intereses surgen inesperadamente otra vez, hacia el final de la vida».

Lovecraft empeoró rápidamente. Perdía peso y tenía dificultad en retener la comida. Se pasaba los días en la cama, apoyado sobre almohadones, tratando de escribir cartas y postales a lápiz o dictándolas a su tía.

Un día o dos después de escribir la citada carta a Derleth, Annie Gamwell llamó al doctor William L. Leet. El doctor Leet encontró a Lovecraft sentado en la taza del *water*, porque parecía que eso le aliviaba el dolor. El médico le recetó e hizo que llevase un control de las tomas de

alimento.

El 2 de marzo lo examinó un especialista, y confirmó la sospecha de que era cáncer. El 10 de marzo, Lovecraft ingresó en el Jane Brown Memorial Hospital. Dado que el cáncer se le había propagado ya por todo el cuerpo, el especialista desaconsejó operarle (el momento para intervenirle hubiera sido un año y medio antes). Lovecraft no podía ya ingerir alimento por la boca; le alimentaban por vía intravenosa y le sedaban con morfina.

Flaco, hinchado de aires y de líquido, y soportando frecuentemente grandes dolores, Lovecraft aún encantaba a las enfermeras por su cortesía y su estoico valor. Murió la madrugada del 15 de marzo.

Su certificado de defunción atribuye la causa de su muerte a «carcinoma intestinal, nefritis crónica». La «nefritis» —inflamación de los riñones— puede deberse a diversas causas. Algunas fuentes dicen que el mal funcionamiento de su riñon era mero efecto secundario de su cáncer; otras indican que era una afección independiente de hacía mucho tiempo. Esta es una cuestión difícil de dilucidar ahora.

A las doce del día 18 de marzo se celebró un funeral en la capilla de la compañía funeraria Horace B. Knowles & Sons. Asistieron cuatro personas. Annie Gamwell; su gran amiga, la señorita Edna W. Lewis; la prima segunda de Lovecraft, Ethel Phillips Morris; y su amigo y periodista aficionado de Boston, Edward H. Colé. Los Eddy querían ir, pero llegaron cuando ya sacaban el féretro.

Lovecraft fue enterrado en el terreno familiar del cementerio de Swan Point. Ninguna lápida señala su sepultura, pero su nombre está inscrito en la columna central, que ya tenía los de sus padres. Paul Cook le recordaba como «uno de los caballeros más acabados y fieles amigos que he conocido[536]».

# 19. TRIUNFO POSTUMO

*Outside the time-dimension, and outside*
*The ever-changing spheres and shifting spaces-*
*Though the mad planet and its wrangling races*
*This moment be destroyed —he shall abide*
*And on inmortal quests and errands ride*
*In cryptic service to the kings of Pnath,*
*Herald or spy, on the many-spangled path*
*With gulfs below, with muffled gods for guide*[537].

CLARK ASHTON SMITH

LOVECRAFT había hecho un testamento el 12 de agosto de 1912. En este testamento lo dejaba todo a su madre; o si moría antes que él, a sus tías; o si una de ellas le precedía, a la que le sobreviviese. Esto, efectivamente, convertía a Annie Gamwell en su única heredera. El inventario de su herencia consignaba solamente:

> Tres (3) pagarés fechados el 1 de febrero de 1911, cuyo valor no puede determinarse; si bien está asegurado (sic) mediante título de propiedad de los terrenos registrados en la Oficina del Registro de la Propiedad de la ciudad de Providence, Estado de Rhode Island, en el Libro de Registros N. 305, pág. 482[538]

Este remanente de sus intereses en la cantera de Mariano de Magistri ascendía a 500 dólares. Su propiedad literaria no tenía asignado ningún valor.

Antes de su muerte, Lovecraft había nombrado a Robert Barlow su albacea literario. Aunque corriente en el mundo literario, el nombramiento de albacea literario no tiene carácter legal. Albacea literario es meramente aquel a quien el testador designa como persona capacitada para arreglar cuestiones referentes a sus escritos: vender derechos aún no vendidos, completar y publicar las obras en marcha, y demás. El albacea propiamente dicho puede solicitar consejo de esta persona, pero no está obligado a ello.

Cuando Derleth propuso la venta de una colección de relatos de Lovecraft, éste había transferido a Derleth el derecho a publicar cierto número de sus relatos. Algunos de estos relatos eran ya de dominio público, y otros han perdido desde entonces su protección de *copyright*.

El 29 de enero de 1941, cuatro años después de la muerte de Lovecraft, murió Annie Gamwell. En su testamento dejaba a August Derleth y Donald Wandrei, «a partes iguales, todos los derechos que pueda recibir yo del libro titulado “El Extraño y Otros”, de H. P. Lovecraft, habiendo sido publicado dicho libro por Arkham House, Sauk City, Wisconsin, 1939[539]». Todos los demás debían repartirse equitativamente entre su amiga Edna W. Lewis y la prima segunda de Lovecraft, Ethel Phillips (*Mrs*. Roy A.) Morrish.

En los últimos años se ha cuestionado el legado de Lovecraft, basándose en el matrimonio de éste, su divorcio de Sonia (cuya validez se ha puesto en duda) y el segundo matrimonio de Sonia. No voy a entrar en disquisiciones jurídicas que aún no están aclaradas; sólo quiero que, hasta tanto se lleve con éxito alguna acción judicial contra los testamentos de Lovecraft y de Gamwell, se les supone válidos. Esto convierte a los herederos de Annie Gamwell en propietarios del patrimonio literario de Lovecraft, salvo aquellos derechos que hayan sido cedidos a otros.

Poco después del entierro de Lovecraft, apareció Robert Barlow por Providence. Reunió un montón de manuscritos y cartas de Lovecraft y se marchó a Kansas, prometiendo ordenar y catalogar los papeles.

Pasaron meses. Barlow depositó algunas cartas y poemas en la Biblioteca de la Universidad Brown, donde constituyeron el núcleo de la Colección Lovecraft hoy existente. Pero contestaba a las cartas vagamente, tarde, o las dejaba sin contestar. Estaba atareado en el Instituto de Arte de Kansas City; su homosexualidad afloró durante los dos años que estuvo en dicha institución.

Derleth y Wandrei, deseosos de confeccionar una colección de Lovecraft, se impacientaron. Wandrei se puso furioso. Escribió a Barlow diciéndole que había traicionado la confianza depositada en él, y que había robado a Annie Gamwell. Clark Ashton Smith envió a Barlow una carta áspera, diciéndole que, dada la «falta de ética» en su comportamiento, no quería saber nada más de él.

Derleth y Barlow siguieron colaborando, aunque no sin alguna fricción. En 1938, Barlow se marchó de Leavenworth a California, vía México. Antes de irse, mandó el resto de los papeles de Lovecraft a Derleth y a la Biblioteca de la Universidad Brown, y no tuvo más que ver con la herencia literaria de Lovecraft.

Al morir Annie Gamwell llamaron a un librero de Providence llamado H. Douglas Dana para que tasase los libros y documentos de su herencia, y éste fue a verlos. Encontró un mazo de papeles que se le habían pasado por alto a Barlow, en el que había docenas de manuscritos, amontonados delante de la estufa y a punto de ser arrojados al interior. Compró el lote por 75 dólares o menos, y los ofreció por el mismo precio (o casi) a la Universidad Brown. Brown vaciló, pero finalmente accedió a la modesta demanda.

Barlow se fue a vivir con una familia llamada Beck, a Laqueport, California. Dos de los cuatro hijos de Beck, Claire y Groo, eran entusiastas de la ciencia-ficción y tenían una prensa. En junio de 1938, su «Futile Press» sacó una versión impresa de *Bocetos y Cuaderno de notas de H. P. Lovecraft*, dirigida por Barlow.

Barlow se disgustó con algún miembro de la familia Beck y se marchó. Decidido finalmente a hacer una verdadera carrera, se interesó por la arqueología mexicana, y durante varios años estudió dicha materia en California y en México. Demostró tener un extraordinario don de lenguas,

llegando a hablar con fluidez no sólo el español, sino también el nahuatl, la lengua de los aztecas. Se convirtió en furibundo antiamericano y proindio.

En 1942 obtuvo el grado de Bachiller en Artes en la Universidad de California y se marchó a México definitivamente. Se convirtió en un notable arqueólogo, director de su departamento en la Facultad de la Ciudad de México. Él y Wigberto Jiménez Moreno, en colaboración, dieron una base sólida a la cronología mexicana precolombina.

Durante todo este tiempo, no obstante, Barlow prosiguió enérgicamente su carrera de amante homosexual. Esto fue mucho antes de la *Liberación Gay*, y México ha sido quizá menos tolerante con la desviación sexual que Estados Unidos. El 2 de enero de 1951, Barlow se mató con una sobredosis de sedantes, porque le estaban chantajeando por sus relaciones con jóvenes mexicanos.

Derleth presentó una colección de relatos de Lovecraft a Charles Scribner's Sons, quienes habían publicado varios de sus propios libros, y a Simón & Schuster. Las dos editoriales rechazaron la proposición. El director de Simón & Schuster, sin embargo, sugirió a Derleth y Wandrei que publicasen el libro ellos mismos.

Y así lo hicieron, poniéndole a su sociedad el nombre Arkham House, en memoria de la ficticia ciudad de Nueva Inglaterra, inventada por Lovecraft. Derleth aportó un préstamo bancario que había solicitado para construir una casa, y Wandrei reunió una cantidad más pequeña. Para el título eligieron *El Extraño y Otros*, aludiendo no sólo al relato «El Extraño», sino también al sentimiento de alienación de Lovecraft.

En 1939, Derleth y Wandrei recibieron 1.268 ejemplares del libro, con una elegante sobrecubierta de Virgil Finlay. Era éste un joven artista de Rochester, Nueva York, que se había convertido en afamado ilustrador de *Weird Tales* y se había escrito con Lovecraft. El libro de XIV + 553 páginas en letra pequeña, contenía un tercio de millón de palabras. Incluía una introducción de Derleth y Wandrei, treinta y seis relatos de Lovecraft, y el ensayo «El horror sobrenatural en la literatura».

Se anunció la inminente aparición del libro en la Primera Convención

Mundial de Ciencia-Ficción, que tuvo lugar en Nueva York en julio de 1939, a un precio de prepublicación de 3,50 dólares. Después de su publicación costaría 5 dólares. Hoy un libro de estas características valdría de 15 a 30 dólares.

Arkham House obtuvo 15 solicitudes, pero el resto de la edición se vendió tan lentamente que la edición original estuvo en venta durante cuatro años. En ese tiempo, Derleth publicó un volumen con sus propios relatos y otros con los de Clark Ashton Smith, bajo el sello editorial de Arkham House.

Al principio de la asociación, Wandrei sugirió a Derleth la publicación de una colección de cartas de Lovecraft. Así que escribieron a todos los corresponsales de Lovecraft que pudieron, pidiendo que les prestasen sus colecciones. Durante años, Derleth y Wandrei se vieron inundados por las cartas que llegaban en gruesos mazos, las cuales mandaban transcribir a una mecanógrafa, antes de devolverlas.

El voluminoso material resultante de estas copias, que totalizó dos millones y medio de palabras, constituyó la base para los volúmenes de *Selección de Cartas* publicados por Arkham House de 1965 en adelante. Hasta le fecha han aparecido tres volúmenes; hay prometidos dos más.

En 1942, Wandrei se alistó al Ejército. A partir de entonces, su trabajo para Arkham House quedó limitado a editar las cartas de Lovecraft. En 1943, Derleth publicó un segundo volumen de Lovecraft, *Más allá del muro del Sueño*. Incluía pequeños relatos primerizos; las novelas «En busca de la ciudad del sol poniente» y «El caso de Charles Dexter Ward»; algunas colaboraciones de Lovecraft; sesenta y cinco poemas; y un recuerdo biográfico de Lovecraft por W. Paul Cook. La señorita Mcllwraith, de *WeirdTales,* había rechazado «En busca de la ciudad del sol poniente»; esto nos hace ver por qué no prosperó la revista mientras fue ella la directora.

Después de agotarse, *El Extraño y Otros* y *Más allá del muro del sueño*, se convirtieron en artículos de coleccionista. Al aumentar el interés por Lovecraft, los vendedores aumentaron también su precio. Según las últimas estimaciones, se estaba vendiendo el volumen entre 200 y 300 dólares. Arkham House editó más tarde estos y otros escritos de Lovecraft en volúmenes más pequeños.

Derleth siguió publicando libros, no sólo de Lovecraft y suyos, sino también de otros escritores del género de ficción imaginativa, como Blackwood, Bloch, Howard, Leiber, Long y Whitehead. Vigilando atentamente los costos, consiguió sacar un modesto beneficio de Arkham House. Durante algunos años, cuando la sociedad tenía algún déficit, Derleth suplía la diferencia con sus ganancias como escritor en otros campos. Una vez en que Derleth se vio apurado para pagar una deuda de 2.500 dólares a su impresor, el doctor David H. Keller le hizo un préstamo mediante un pagaré sin garantía.

Después de la Segunda Guerra Mundial, varios entusiastas de la ciencia-ficción formaron pequeñas editoriales parecidas. Casi todas desaparecieron en la misma década en que nacieron; sin embargo, mientras escribo esto, Arkham House aún sigue en marcha.

En 1945, Derleth escribió una novela corta que se inserta en los Mitos de Cthulhu, *El que acecha en el umbral*. Está basada en fragmentos de Lovecraft que totalizaban 1.200 palabras, más unas cuantas notas. El relato se publicó en Arkham House como una colaboración entre Lovecraft y Derleth. Derleth publicó también, como colaboraciones con Lovecraft, cierto número de relatos de Los Mitos de Cthulhu en *El Superviviente y Otros* (1957) y *La habitación cerrada* (1959). En estas colecciones, la contribución de Lovecraft consiste meramente en algunas notas del «Cuaderno de notas». Derleth hizo todo el trabajo real elaborando y sistematizando los Mitos de Cthulhu.

Derleth introdujo también cambios considerables en los Mitos. Ampliando las alusiones de los escritos de Lovecraft, como en el caso del ser llamado Nodens, Derleth desarrolló todo un panteón de deidades benévolas: los Dioses Anteriores. Estos se oponen a los Primordiales y a veces ayudan a los hombres en su lucha contra ellos. En el invierno cthulhiano de Lovecraft, sin embargo, la humanidad carece de amigos poderosos.

Derleth fue criticado por explotar el nombre de Lovecraft de esta manera y por su actitud testaruda y beligerante respecto a otros que quisieron reimprimir relatos de Lovecraft. Exigió los derechos de reimpresión, aun cuando hacía tiempo que los relatos eran de dominio

público. Los antólogos (incluido el que escribe), deseando estar a buenas con Derleth por la venta de futuro material, accedían normalmente a sus demandas.

Derleth también alegó dudosos derechos sobre el corpus entero de la obra de Lovecraft. En 1947, al enterarse de que Sonia Greene Lovecraft Davis pensaba publicar algunos escritos de Lovecraft, amenazó con demandarla si lo hacía sin su permiso. No pasó de la amenaza, y él y Sonia hicieron las paces más tarde; pero su actitud era clara. Por otra parte, Derleth dedicó gran parte de su vida profesional a Lovecraft, a cambio de recompensas financieras pequeñas. Sin los hercúleos esfuerzos de Derleth, puede que Lovecraft hubiera permanecido siempre en el anonimato para el público en general.

Además de las «colaboraciones postumas» con Lovecraft, Derleth escribió muchos relatos cthulhuianos de cosecha propia. Estos aparecieron en revistas de 1939 a 1957, y se recogieron en los libros de Arkham House: *La máscara de Cthulhu* (1958) y *El rastro de Cthulhu* (1962). Si bien no tenía Derleth la febril imaginación de Lovecraft, ni era afecto a la altisonante retórica poesca, en cambio escribía en un estilo claro, directo, con mucho diálogo.

Otros escritores siguieron la tradición cthulhiana. En 1969, Arkham House publicó una colección de veinte relatos: *Relatos de los Mitos de Cthulhu*. Esta incluye historias no sólo de miembros del viejo círculo de Lovecraft, como Frank Belknap Long, sino también de recién llegados, incluidos dos cuentistas británicos, J. Ramsey Campbell y Brian Lumley. La reputación de Lovecraft como creador de mitos estaba asegurada.

Robert E. Howard y H. P. Lovecraft murieron con un año de diferencia. La muerte de cada uno de ellos hizo llegar una riada de cartas de tributo y pesar a *Weird Tales* y otras publicaciones. Robert Bloch escribió que, de haber sabido el estado de Lovecraft, habría ido a gatas, si hubiese sido preciso, con tal de llegar junto a su cama.

Clark Ashton Smith dejó también el escenario. Durante cinco años, Smith había sido un prolífico autor de *Weird Tales*. Sin embargo, no sintió

gran entusiasmo por la prosa. Él se había considerado principalmente poeta y escribió relatos sólo para ganar dinero y cuidar de sus padres, ya en avanzada senectud. Al morir éstos, en 1935 y 1937, volvió a la poesía, el dibujo y la escultura; sus relatos aparecieron sólo de tarde en tarde.

La desaparición de los Tres Mosqueteros supuso un golpe para *Weird Tales* del que no se recobró. A partir del número de julio de 1937, la revista sacó algo de Lovecraft en cada edición, durante los diecisiete números siguientes: poesías, reediciones de viejos relatos e historias recién compradas pero rechazadas anteriormente. La revista empezó también a sufrir una competición directa: primero por parte de *Unknown* (después *Unknown Worlds*,) en 1939-43; y después por la *Magazine of Fantasy and Science Fiction*, de 1950 en adelante. Las dos pagaban mejor que *Weird Tales*, por lo que se llevaron la crema de la producción fantástica. Varios colaboradores regulares de *Weird Tales*, como Robert Bloch, Ray Bradbury, Henry Kuttner, Frank Belknap Long y C. L. Moore, la abandonaron por otras que pagaban mejor. La declinante *Weird Tales* se redujo en tamaño de selección, y terminó en el número de septiembre de 1954.

Gracias sobre todo a los esfuerzos de Derleth, el interés por Lovecraft aumentó a lo largo de los años 40. Hacia 1950, Lovecraft era el centro de un culto de admiradores que le elogiaban desorbitadamente y tomaban cualquier crítica adversa que se le hiciese como una afrenta personal. El interés cedió en la década de 1950, pero en la de los 60 aumentó rápidamente.

Cuando, en 1945, Edmund Wilson, el formidable decano de los críticos americanos, escribió una columna sobre los relatos de horror para *The New Yorker*, los corresponsales le reprocharon no haber mencionado a Lovecraft. Como había leído algunos de sus relatos, pero no le habían gustado, Wilson echó una mirada más atenta al escritor de Providence. En un tono de sentencia magistral, anunció:

> Lamento que, tras examinar estos libros, no sea más entusiasta que antes. El rasgo principal de la obra de Lovecraft es un mito

elaborado y urdido que aporta el elemento sobrenatural para sus relatos más admirados. Ese mito supone a una raza de dioses ridículos y gentes grotescas y prehistóricas que están siempre haciendo jugarretas con el espacio y el tiempo e irrumpiendo en el mundo contemporáneo, normalmente en alguna parte de Massachusetts.

Wilson describe las superlapas de «La sombra fuera del tiempo», y comenta:

Ahora bien, cuando el horror de una estremecedora revelación, cuya historia se ha estado desarrollando larga y tediosamente, se revela de este modo, uno puede enfadarse o echarse a reír, pero no es probable que se sienta aterrado, aunque confieso como tributo al poder de H. P. Lovecraft, que al menos él, en ese punto de su relato, relativo a los caracoles cónicos omniscientes, me indujo a suspender mi escepticismo. Una raza de otro planeta suplantaba finalmente a estas criaturas, con la que evidentemente Lovecraft quería crear un horror irresistible, aunque yo he encontrado incapaz de tragar: monstruos pulposos semiinvisibles que proferían sonidos agudos y sibilantes y asustaban a sus enemigos con vientos terribles. Semejantes criaturas estarán muy bien en las cubiertas de las revistas populares, pero no responden a una buena literatura adulta. Y la verdad es que estos relatos son colaboraciones mercenarias de publicaciones tales como *Weird Tales y Amazing Stories*, en donde, en mi opinión, debían haberse quedado.

El único horror verdadero de la mayoría de estos relatos es el horror del mal gusto y el mal arte. Lovecraft no era un buen escritor. El hecho de que su estilo difuso e indistinto haya sido comparado con el de Poe es sólo uno de los múltiples y lamentables signos de que nadie presta ya verdadera atención a la literatura…

Wilson declara que le parece «aterrador» el que el profesor Thomas O.

Mabbott haya escrito: «Lovecraft es uno de los pocos autores de quienes puedo decir honradamente que he disfrutado con cada palabra de sus relatos». Luego Wilson censura la adjetivitis de Lovecraft: «Espolvorea sus relatos con adjetivos tales como “horrible”, “terrible”, “espantoso”, “pavoroso”… Desde luego, una de las reglas fundamentales para escribir un cuento de horror eficaz es no utilizar nunca ninguna de estas palabras… especialmente si uno va a sacar, al final, un pulpo invisible y silbante». Y proseguía:

> El propio Lovecraft, en cambio, es un poco más interesante que sus relatos… Su largo ensayo sobre la literatura de horror sobrenatural es un trabajo realmente inteligente. Manifiesta su falta de gusto por la buena literatura en su entusiasmo por Machen y Dunsany, a quienes considera más o rpenos como modelos; pero había leído ampliamente en este campo ——estaba versado en los novelistas góticos— y lo aborda con mucha inteligencia.

Wilson honra a Lovecraft atribuyéndole «una imaginación científica un poco parecida, aunque bastante inferior, a la de Wells… Pero el culto a Lovecraft, me temo, está a un nivel aún más infantil que los Irregulares de Baker Street y el Culto a Sherlock Holmes[540]». Más tarde, sin embargo, Wilson confesó que encontraba fascinante la personalidad de Lovecraft. Leyó con interés al menos el volumen de cartas de Lovecraft y escribió una obra de teatro. *La lucecita azul*, con un personaje que en ciertos aspectos recuerda a Lovecraft.

Brillante, pero obstinado, Edmund Wilson padecía el mismo esnobismo que aquejaba a Lovecraft: el de dividir la literatura en un pequeño grupo de obras que a él le gustaban, al que calificaba de «verdadera literatura», y rechazar todo lo demás como «literatura mercenaria». Wilson llamaba a Somerset Maugham escritor de «segunda fila» y, en otro artículo publicado en el *New Yorker*, condenaba el género detectivesco entero, bajo el título: «¿A quién le importa quién mató a Roger Ackroyd?». Dado que rechazaba a Dunsany y a Machen e hizo grandes burlas del *Señor de los Anillos* de Tolkien, parece que no le gustaba ninguna fantasía, salvo la de James

Branch Cabell.

Esto supone una visión estrecha de la literatura. Los relatos pueden ser de muchas clases distintas, y con muy diferentes aspiraciones. Están dirigidos a lectores diversos y pueden calificarse de buenos, malos, o indiferentes, según el atractivo que ejerzan sobre sus lectores. Todos tenemos nuestras preferencias, pero no hay ningún criterio práctico para juzgar un cuento de hadas, una novela que expone las condiciones de la industria de despertadores, y una obra detectivesca, con las mismas reglas. En general, cuantos más géneros diferentes le gusten a uno, si están bien escritos, más disfruta con la lectura.

En 1962, una década después del ataque furibundo de Edmund Wilson, otro Wilson —Colin, escritor y critico británico versátil— estudió a Lovecraft en su libro titulado *La fuerza para soñar (literatura e imaginación)*:

> En ciertos aspectos, Lovecraft es una figura horripilante. En su «guerra con la racionalidad» recuerda a W. B. Yeats. Pero, a diferencia de Yeats, está enfermo… Lovecraft está totalmente ensimismado; había rechazado «la realidad»; parece haber perdido toda sensación de salud que habría vuelto más equilibrado a un hombre normal… Empezó como uno de los peores y más floridos escritores del siglo XX, pero finalmente adoptó una cierta disciplina y economía, aunque siguió siempre con su afición a utilizar vocablos como «horrible» y «grotesco», y combinaciones como «un pánico negro y atenazante» y «un horror insuperable». Dos de sus novelas cortas, *La sombra fuera del tiempo* y *El caso de Charles Dexter Ward*, son, sin duda, pequeñas obras clásicas de la literatura de horror; en cuanto a sus relatos cortos, hay lo menos una docena que merecen sobrevivir …
>
> Con todo, hay que admitir que Lovecraft es un escritor muy malo …

> Pero aunque Lovecraft es un mal escritor, tiene cierta importancia del mismo tipo que Kafka. Si su obra fracasa como literatura, sin embargo tiene interés como historia de un caso psicológico. Tenemos aquí a un hombre que no hizo ningún intento por congraciarse con la vida… Sin embargo, Lovecraft no es un maniático aislado. Trabaja en una tradición romántica reconocible. Si no es un escritor de talla, es psicológicamente uno de los hombres más interesantes de su generación[541].

Aunque más moderado que el otro Wilson, Colin Wilson juzgó mal a Lovecraft. Atribuía a su firme ateísmo materialista un deseo de «socavar la realidad» y probar la existencia de seres y fuerzas trascendentes. Al tomar los relatos más seriamente que su autor, ignoraba su elemento lúdico.

La crítica de Colin Wilson tuvo consecuencias. Él había visitado Providence y había leído la tesis doctoral de James Warren Thomas sobre Lovecraft en la Biblioteca de la Universidad Brown. A Thomas le había dejado tan asombrado el racismo de Lovecraft que podía ver pocas cosas buenas en el hombre, como el «prohibicionista» que escribe sobre Poe pero no puede perdonarle que fuese un borracho. De ahí que Thomas animara su escrito con expresiones tales como «inadaptado asexual», «criatura egoísta y pusilánime» y «psicópata enclenque». Esto ofendió tanto a Derleth que convenció a Thomas para que desistiese de su proyecto de publicar la tesis.

Tras alguna correspondencia con Derleth, Wilson se decidió a estudiar a Lovecraft más a fondo. Hacia 1967, escribió: «Quiero reconocer ahora que la valoración que hice de Lovecraft en *La fuerza para soñar* fue injustamente dura[542]». Además, escribió una novela de ciencia-ficción, *Los parásitos de la mente*, de corte lovecraftiano, cuya edición americana publicó Arkham House.

En 1963, el director administrativo de *Fantasy and Science Fiction* era Avram Davidson, escritor de ciencia-ficción y fantasía con una fuerte dosis de humor. En el número de enero comentó el volumen de Lovecraft-Derleth, *El Superviviente y Otros*, en una recesión alegre aunque

despreocupadamente parcial:

> El superviviente y otros es una pequeña delicia intrigante y entretenida. Howard Phillips Lovecraft, bien sabe Dios, tenía un talento para escribir de proporciones nada pequeñas; sólo que lo que hizo con su talento fue una vergüenza, una advertencia y un horror espantoso. Si hubiese salido del condenado desván de su tía y hubiese conseguido un trabajo en el Federal Writers Projet de la wpa, habría podido publicar guías que serían clásicas y deliciosas de leer siempre. Pero se quedó allí embobado hasta la punta de su angulosa y flaca barbilla de Nueva Inglaterra, protegiéndose de un frío que estaba más en su corazón que en su termómetro, alimentándose con 19 centavos de judías al día, reescribiendo (por una miseria) los mezquinos manuscritos de escritores cuyo total analfabetismo habría sido una bendición para toda la humanidad, y produciendo obras terribles, espantosas, tremendas y horripilantes: *Seres* devoradores de hombres que pululan por los cementerios, híbridos de hombres y bestias que se vuelven aún más bestias y bestiales a medida que envejecen, *shoggoths* farfulladores, Seres Anteriores que huelen verdaderamente mal y están siempre tratando de trasponer los Umbrales y Tomar Posesión, criaturas repugnantes, rugosas, escamosas, amorfas, invocadas por delgados y flacos excéntricos de Nueva Inglaterra que viven en desvanes y a quienes finalmente no se les vuelve a ver, ni vuelve a oírse hablar de ellos. Repito, merecen justa condena. En suma, Howard fue un *pincho*, para chicos y chicas, y nada más. Naturalmente, August Derleth es otra cosa. August Derleth es un escritor increíblemente activo e increíblemente prolífico que vive en Wisconsin y ha escrito unos 811 libros firmados con su propio nombre; ¿a quién le importan los seudónimos? En cierto modo, puede decirse que August Derleth ha *inventado* a H. P. Lovecraft, al rescatarlo de la bien merecida oscuridad de las colecciones de *Weird Tales*. Todos tenemos nuestras nostalgias ligadas a otros tiempos. A Horace Gold (antiguo director de *Galaxy Science Fiction*) le habría entusiasmado hacer el amor

> con Nefertiti. Yo habría dado millones por haberle servido el té al doctor Johnson. Y August Derleth, estoy totalmente convencido, habría vendido su alma a un Horror Preternatural, a cambio de colaborar con H. P. Lovecraft. Y ahora lo ha conseguido.

Davidson termina: «Como digo, Derleth se empeña en convencernos; pero no lo consigue enteramente, porque él es una persona sana, y Lovecraft era un chiflado de tomo y lomo[543]».

En tanto Colin Wilson consideraba a Lovecraft un mal escritor con ideas interesantes arraigadas en sus neurosis, Davidson le tenía por un buen escritor echado a perder por sus neurosis, que él calificaba de «malsanas». Como Colin Wilson, cuando Davidson estudió más atentamente a Lovecraft y reflexionó, decidió que su anterior juicio sobre él había sido injustamente severo, y que había mucho que decir sobre Lovecraft como hombre y como escritor.

De hecho, ni Lovecraft era tan raro, ni Derleth tan «normal y corriente» como creía antes Davidson. Las burlas de Davidson sobre el estilo de Lovecraft muestran meramente que cualquier escritor de señalada individualidad es blanco fácil para las burlas; es sabido que el propio Lovecraft se burlaba de sí mismo.

Entre los que han comentado a Lovecraft, Vicent Starrette considera que «sus mejores relatos se sitúan entre los mejores de su tiempo». Peter Penzoldt, autor de *Lo sobrenatural en la Ficción*, (1952) escribe: «La obra de Lovecraft posee grandes méritos y grandes defectos… Había leído muchísimo… De hecho está influido por tantos que uno no sabe a menudo decidir qué es realmente Lovecraft…». Según el profesor John A. Taylor de Washington y Jefferson College, Lovecraft es el «más grande autor americano de cuentos de horror desde Poe», mientras que Isaac Asimov le llama «enfermo juvenil». Drake Douglas, autor de *¡Horror!* (1966), afirma:

> Los cuentos de Lovecraft están soberbiamente escritos. Probablemente, ningún otro escritor de horror —incluido el propio maestro Poe— ha conseguido crear la auténtica atmósfera de horror, miedo y terror… Hombre altamente instruido, Lovecraft utilizaba la

> lengua inglesa en su forma más perfecta y elegante. Su prosa está exenta de vulgaridad y chabacanería… Parece una prosa casi victoriana, con el estilo reposado, incomparablemente rico y elegante de un Dickens o un Stevenson. Se ha demostrado una y otra vez que este estilo es con mucho el más efectivo para los relatos de horror. Las narraciones cortas de Lovecraft se encuentran efectivamente entre las mejores producidas en este país, y sólo su contenido —pues muy frecuentemente, y aún hoy, el relato de horror no se tiene por literatura seria— impide que se las considere como modelos de forma y estilo… En su campo escogido, Lovecraft no tiene igual, con la posible excepción de Poe, a quien él mismo llamaba «el maestro»…, pero llegará el día en que Howard Phillips Lovecraft, el recluso de Rhode Island, ocupe el lugar que le corresponde en la literatura americana, al lado del venerado Edgar Alian Poe[544]

Evidentemente, hay personas de alta formación que discrepan de este juicio. Pero tanto si le gusta a uno como si no, Lovecraft es un escritor al que hay que tomar en serio.

El primer libro de relatos de Lovecraft que alcanzó amplia difusión apareció en una colección de bolsillo que Derleth sacó para las Ediciones de los Servicios Armados en 1945: *El horror de Dunwich y otros cuentos Preternaturales*. Después de la Segunda Guerra Mundial, las ediciones de bolsillo de las colecciones de Lovecraft se hicieron cada vez más frecuentes, hasta que, en 1970, Ballantine Books y su filial Beagle Books empezaron a publicar el corpus lovecraftiano en libro de bolsillo.

Durante la década de 1950, los libros de Lovecraft aparecieron al menos en cinco idiomas extranjeros. El mayor impacto de Lovecraft fue en Francia: en 1970 se vendieron en dicho país 300.000 ejemplares en libro de bolsillo.

Al menos media docena de películas, unas buenas y otras malas, se han basado en relatos de Lovecraft. «El caso de Charles Dexter Ward» sirvió

para *El palacio encantado* y en los carteles se atribuyó, no a Lovecraft, sino a Poe. «El color que cayó del cielo», se convirtió en *¡Muere, monstruo, muere!*, producida por una compañía británica, que trasladó el escenario a Inglaterra.

James Schevill, profesor de la Brown, escribió una obra de teatro, *Locuras de Lovecraft*, que en 1970 estuvo en cartel durante un mes, en Providence. Es una extravagancia surrealista, descrita como una serie de sueños de H. P. Lovecraft. Recoge los temas de Hitler, la investigación nuclear, Hiroshima, los cohetes a la luna, J. Robert Oppenheimer, y otras cuestiones posteriores a Lovecraft. Lovecraft aparece en escena unas cuantas veces, pero sólo para hacer observaciones racistas, algunas de ellas extraídas de sus primeros escritos de aficionado.

Un trío de profesores de Providence —Barton L. St. Armand y Keith Waldrop de la Brown, y Henry L. P. Beckwith Jr. de la escuela de Dibujo de Rhode Island— organizaron un acto conmemorativo la noche del 16 de marzo de 1970. Más de 150 personas, la mayoría estudiantes, desfilaron con linternas y faroles por los lugares lovecraftianos de College Hill. El espectáculo terminó con una lectura de *Fungifrom Yuggoth*, cerca de la Casa Apartada.

Los ocultistas han tratado de subirse al tren lovecraftiano. Se dice que una «Iglesia de Satanás» de San Francisco ha adoptado como credo los Mitos de Cthulhu. Kennet Grant, que escribía en la Británica *Man, Myth and Magic*, afirmó que las «antiguas fuentes de la sabiduría prohibida al hombre» de Lovecraft, y sus siniestras entidades extradimensionales, existieron realmente. ¿Quién sabe? En 1971, un estudiante de la Brown que vivía en Barnes Street 10 declaró haber visto el espectro de H. P. L. por el edificio.

Para dejar sitio al nuevo Edificio de Arte de la Brown, entre agosto y septiembre de 1959, la Casa Samuel Mumford de College Street 66 fue desplazada dos manzanas más al norte. Sus señas pasaron a ser Prospect Street 65. Ahora la fachada da a la iglesia de la Christian Science, de cúpula verde, situada al otro lado de la calle; hecho que estoy seguro que habría producido amargos comentarios a su anterior inquilino.

¿Qué debemos pensar de Lovecraft? En primer lugar, ¿qué de su producción literaria? Durante los veinte años que se dedicó a la literatura, Lovecraft escribió sesenta y tantos relatos profesionalmente publicados (el número exacto depende de cómo cuente uno los casos marginales: encargos, colaboraciones y bocetos). Esto representa una respetable producción para un escritor parcial; un escritor diligente, dedicado exclusivamente a su oficio, habría producido varias veces esa cantidad.

Estos relatos se distribuyen en varias clases. Están las fantasías dunsanianas, los relatos oníricos, las historias de horror de Nueva Inglaterra, las narraciones de los Mitos de Cthulhu y varios cuentos *sui generis*. Algunos utilizan el tema de la persona cambiada por un gul; otros, el de la posesión psíquica. Estas clases no son mutuamente excluyentes, y muchos de los relatos pueden incluirse en dos o más a la vez. Así, «En busca de la ciudad del sol poniente» es al mismo tiempo una narración onírica, una fantasía dunsaniana y un relato de los Mitos de Cthulhu, aparte de que el tema del cambio del gul aparece también en él.

Los relatos de Lovecraft caen casi todos dentro de la ciencia-ficción o se sitúan cerca del límite entre ésta y la fantasía. Los primeros relatos tienden a ser pura fantasía; los posteriores son ciencia-ficción, si bien algunos combinan aspectos de ambos géneros. En sus primeras historias se plantea el conflicto entre el bien y el mal, parangonándolo con la concepción similar del cristianismo y otras religiones teológicas. En los relatos posteriores, los seres extraños y las entidades de Lovecraft no son ya buenos o malos en el sentido tradicional; meramente se interesan por sí mismo, como todos los demás organismos.

Lovecraft era una rana demasiado grande en un charco demasiado pequeño, el subgénero del cuento imaginativo macabro. Si uno concede que no hay nada *infra dignitatem* en la ficción imaginativa en general, y en la fantasía macabra en particular, entonces no hay razón para no considerar a un buen escritor en su género tan valioso como cualquiera.

La prosa de Lovecraft tiene rasgos que muchos críticos censuran, sobre todo su abundancia de adjetivos subjetivos del estilo de «horrible». A mí

tampoco me gustan. Sin embargo, en vez de rechazarlo como «mala literatura», sería más objetivo decir que es un estilo pasado de moda. Estuvo en boga en la época romántica, entre 1790 y 1840 más o menos, y fue muy empleado por Poe y sus predecesores góticos. Hoy está desacreditado; pero las modas cambian, y algún día puede recobrar su popularidad.

Requiere un poco más de esfuerzo leer con placer este estilo, igual que la prosa arcaizante de William Morris o E. R. Edison, que el que se necesita para leer una obra en el vivo y terso estilo contemporáneo. Pero algunos pueden encontrar que vale la pena el esfuerzo. A no ser que uno se limite a lo más reciente en literatura, puede leer a Lovecraft con mucho gusto, pese a su estilo lento y recargado.

Algunos de los primeros relatos de Lovecraft, como la serie de «Herbert West», son bastante malos en casi todos los sentidos. Pero Lovecraft mejoró constantemente. Durante la década de 1930 demostró ser, a pesar de sus peculiaridades estilísticas, un narrador magistral. Como señaló una vez Bernard de Voto, la cualidad esencial de un buen narrador no es ni la observación minuciosa, ni la cálida simpatía humana, ni la brillantez técnica, ni la habilidad de la trama, por muy útiles que puedan ser todas estas cosas, sino una peculiar viveza de imaginación, que permite al escritor atraer la atención del lector y acapararla a lo largo del relato, de grado o no. Esto, creo, es lo que tenía Lovecraft.

Al empezar a leer a Lovecraft uno debería tener en cuenta que la lectura de muchos relatos seguidos tiende a cansar al lector por la repetición de los mismos recursos y fórmulas argumentales. Es el caso de la mayoría de los escritores de narraciones cortas. Todos los escritores tienden a repetirse.

Algunos entusiastas extranjeros se han extralimitado al llamar a Lovecraft uno de los más grandes escritores de todos los tiempos. Yo no espero, en un futuro previsible, verle situado junto a Homero, Shakespeare y Tolstoi. Pero puede muy bien alcanzar a Poe. Poe cultivó más géneros que Lovecraft —prácticamente inventó el relato detectivesco— y su influencia se extendió probablemente más de lo que pueda extenderse la de Lovecraft.

En sus escritos no profesionales Lovecraft dijo muchas tonterías. Poe también, como en su pomposo e insensato «Eureka». Hay que leer la

colección de relatos de Poe, incluidos sus penosos y lamentables intentos de humor, para darse cuenta de lo malo que era Poe a veces. Sin embargo, ese es el riesgo de la fama. La posteridad insiste luego en publicar los escritos juveniles, los fragmentos y las obras abortadas, mientras que olvida decorosamente las equivocaciones y chapuzas de los literatos sin talla.

No obstante, en el campo que Lovecraft hizo suyo, creo que se encuentra a la altura de Poe o incluso un poco por encima.

Además, aun teniendo en cuenta sus defectos literarios, Lovecraft poseía una imaginación poderosa. Sus Mitos de Cthulhu son una creación imaginativa a la altura del *País de las Maravillas* de Lewis Carroll, *Barsoom* de Burroughs, *Zimiamvia* de Eddison, *Oz* de Baum, la *EdadHybórea* de Howard, y la *Tierra Media* de Tolkien. Al darles forma literaria a sus propias neurosis y pesadillas, pinchó la psique de sus lectores en los puntos más sensibles. Ejerció una amplia influencia entre los escritores del subgénero. Aportó mucho entretenimiento, bueno y sano, y eso —a menos que uno abrigue opiniones lovecraftianas del arte por el arte — es el gran objetivo de la literatura en primer lugar.

A continuación, pensemos en la carrera de Lovecraft. En ella tenemos una historia de horror de otra naturaleza, un cuento aleccionador que nos enseña cómo no ser escritor. En el aspecto práctico, Lovecraft tenía un genio que le llevaba a hacer lo contrario. Como suele decirse, era un perdedor. Sentía un orgullo perverso en ser muy poco realista. A menos que quien aspire a escritor prefiera realmente el triunfo postumo o nada, debe tener en cuenta estas lecciones.

Tiene que dominar completamente su oficio, en todas sus facetas. Por ejemplo, debe ser un mecanógrafo eficaz. La taquigrafía (que Lovecraft, con desprecio, no quiso aprender, sosteniendo que era impropia de personas formadas) también es útil[545]. Debe conocer el aspecto comercial de la obra tanto como el literario (registros, contratos, derechos y demás). Estas cosas se explican en libros y cursos. Debe ser enérgico, emprendedor, flexible e intensamente autodisciplinado. Debe mantenerse en buen estado físico. No debe adoptar una actitud esnob ante obras o géneros distintos del suyo.

Luego, si tiene también talento innato, no debe pasarse sus últimos años en constante frustración, como Lovecraft, incapaz de cumplir sus modestos y razonables deseos por falta de dinero. Si a Lovecraft no le hubiese importado realmente el dinero y las cosas que el dinero puede comprar, puede decirse que habría sido feliz en su pobreza. Pero, como hemos visto, en ese sentido no fue feliz en absoluto, aun cuando él pusiese buena cara.

Se ha dicho a veces que a Lovecraft podía haberle ido mejor si hubiese abandonado su trabajo de revisión y se hubiese dedicado a escribir. Pero aunque hubiese duplicado o triplicado su producción de relatos y novelas cortas, no habría vendido mucho más de lo que vendió. Su mercado estuvo limitado durante muchos años a *Weird Tales*, y a un director no le gusta sacar demasiados relatos de un tipo limitado.

Esta situación cambió más tarde. En sus últimos años, las historias de Lovecraft se tiñeron más de ciencia-ficción. Después de su muerte, el nivel literario de las revistas de ciencia-ficción se elevó, especialmente el de *Astounding Stories*. Si Lovecraft hubiese vivido más tiempo, podría haber encontrado un puesto seguro en el panorama de la ciencia-ficción de los años 40 en adelante.

El descuido más llamativo de Lovecraft, sin embargo, fue no intentar explotar las posibilidades del relato tamaño novela. Le dijeron una y otra vez que aunque los editores no querían una colección de sus relatos cortos, les interesaría mucho ver una novela suya; pero no hizo nada al respecto. Podía haber escrito una cosa así en cualquier momento, entre 1926 y 1936, si le hubiese dedicado el tiempo que consagró a trabajos gratuitos, como «El horror sobrenatural en la literatura» o la guía turística de Quebec. No mecanografió «El caso de Charles Dexter Ward», ni empezó su proyectada crónica de Nueva Inglaterra. Durante ese tiempo, muchos escritores menos dotados que él consiguieron publicar sus novelas.

Otro descuido fue el no comercializar varias clases de escritos no literarios que ejecutó muy bien: sobre antigüedades, arquitectura, folklore, viajes y ciencia popular. Escribió sobre estos temas, pero sólo en cartas y para la prensa aficionada. Conocía el «Federal Writers Project» y sus guías americanas, puesto que su amigo Leeds trabajaba en él, pero no hizo nada por tomar parte también. Podría haber dado conferencias sobre todos estos

temas. A juzgar por algunos conferenciantes que yo he oído, el timbre de su voz no habría sido un obstáculo insalvable. El letargo, la timidez, y su prejuicio anticomercial impidieron a Lovecraft explorar esas fuentes de ingresos.

Por último, pensemos en el hombre mismo. No fue un «pincho» (sea cual sea el sentido que quiso darle Davidson al término): fue un hombre que, debido a sus tendencias congénitas (su personalidad esquizoide), combinadas con una educación anormal, tardó en llegar a la madurez. Manifestó presunción, prejuicios, dogmatismo y afectaciones de adolescente, y una timidez de adolescente, también, ante nuevos contactos y amistades, en su treintena, más de diez años después de haber dejado de ser adolescente. En algunos aspectos, como el sexual y el monetario, no llegó a madurar.

Se educó en la tradición conservadora yanqui, puritana, de clase superior, y aceptó cabalmente su concepción del mundo. Debido, sin embargo, a su aislamiento, al mimo, a sus fijaciones literarias y a su falta de vitalidad animal, adquirió sólo la parte negativa de esa concepción: su austeridad, sobriedad, frugalidad, integridad y reserva. No asimiló el lado positivo: competitividad, laboriosidad, espíritu práctico y de empresa, astucia y voluntad disciplinada para afrontar tareas desagradables cuando los intereses a largo plazo así lo requieren.

Asumió una considerable dosis del decimonónico nativismo americano, variedad local de racismo o etnocentrismo. Más tarde, los acontecimientos mundiales hicieron que su actitud pareciese mucho peor de lo que fue en los primeros años de este siglo, en que estuvo muy extendida y se consideraba respetable. El fracaso de Lovecraft a la hora de abrirse camino en la vida reforzó su tendencia, dado que le proporcionó una conveniente racionalización del fracaso. Consideraba que «las hordas piojosas de extranjeros» le habían privado de sus derechos innatos.

Esta concepción chocaba con su bondad, afabilidad, caballerosidad, cortesía y altruismo al tratar con las personas, ya fueran americanos viejos o extranjeros. Fue otra contradicción con la que tuvo que luchar. Agravó sus

dificultades en el matrimonio y en su vida en la gran ciudad. Sólo en sus últimos años resolvió la paradoja, abandonando casi todos sus prejuicios étnicos. Pero entonces ya era demasiado tarde para que importase mucho en su vida.

Que Lovecraft tenía mucho que ofrecer al mundo se ve en su triunfo póstumo. Pero es evidente que fracasó a la hora de explotar su talento, y poder llevar una vida desahogada por este medio. Algunos infieren que a Lovecraft no le importaba su falta de éxito mundano; Thomas concluye su tesis:

> Así terminó una vida que, piensa uno, había sido vivida en su mayor parte con una actitud de desafío consciente y sincero ante las influencias de la sociedad moderna: precisamente como Howard Phillips Lovecraft deseó.

Lo dudo, aunque Lovecraft convenció a muchos de que era así por su fachada de imperturbabilidad fatalista. La pose de impasibilidad, sin embargo, formaba parte de su código. Cuando dejaba caer la máscara, alguna vez, revelaba una desesperada infelicidad: «… Hay pocas pérdidas totales, y nada me ha desalentado y exasperado tanto como el venerable Hache Pe Ele. Conozco a pocas personas cuyos logros hayan quedado más justamente lejos de sus aspiraciones, ni que tengan en general menos motivos por los que vivir». El hecho de que la tragedia de Lovecraft se debiera a sí mismo no la hace menos trágica.

Las cualidades que impidieron a Lovecraft lograr el éxito son, como hemos expuesto: su sibaritismo, su pérdida de tiempo, su actitud anticomercial, su amateurismo, su quijotismo y demás. Pero el arma más destructiva de su Demonio de la Perversidad, creo, fue su facilidad para justificarse. Esta es una cualidad común entre personas con alto desarrollo verbal; su agilidad mental lo hace fácil.

Lovecraft conocía sus defectos; los reconoció en el *Henry Ryecroft* de Gissing. Sin embargo, en vez de esforzarse por vencerlos, prefería elaborar elocuentes excusas, pretextos, justificaciones y racionalizaciones de sus comportamientos y actitudes contraproducentes, como: «En cuanto a la

falta de *empuje*, en mis tiempos, un caballero no andaba autoanunciándose».

La personalidad esquizoide de Lovecraft le hizo difícil afrontar de manera realista las contingencias de la vida, mientras que su brillantez y habilidad con la palabra permitían, en vez de intentar compensar sus defectos, presentarlos como virtudes. La carrera de un escritor con éxito, por ejemplo, requiere una intensa autodisciplina, cosa de la que carecía Lovecraft; pero él trató de hacer una virtud de esta misma carencia proclamando que un caballero no tenía otro «motivo… para hacer nada, salvo aquello que le dicta su propio antojo».

Aunque Lovecraft, durante sus últimos años, dio muestras de lamentar considerablemente este fracaso, creo que debió de convencerse de que era mejor fracasar aferrándose a su particular código de caballero que triunfar por medio de actos mercantiles de autosuperación. Cuando fracasaba, culpaba de su fracaso, no a su código poco práctico, sino a los defectos de su obra. Entre su código y su talento literario, lo más precioso para él era lo primero, ya que le daba sensación de pertenecer a una clase superior de seres. Así que, como observó Derleth, no se le podía discutir ni disuadir de su convicción cada vez más firme de que su obra carecía de valor. Admitir que su obra era realmente buena habría significado admitir que el código según el cual había vivido desde su niñez era un espantoso error. Como dijo una vez Benjamín Franklin: «Es muy útil ser una criatura razonable, ya que ello le permite a uno encontrar o elaborar una razón para todo aquello que se propone hacer[546]».

Sin embargo, Lovecraft cambió considerablemente, y abandonó muchas de sus antiguas actitudes, poses, prejuicios y obsesiones. Además, su vida se truncó mucho antes de lo que se espera que dure una vida normal. Nunca sabremos cómo habría evolucionado, de habérsele concedido otros veinte años. Las posibilidades son infinitas en número. El que da los drásticos cambios en manera de pensar que él dio a sus cuarenta años es capaz de realizar metamorfosis igualmente sorprendentes a los cincuenta.

A pesar de sus rarezas, los que le conocieron le quisieron y se sintieron fascinados por él. Siempre trató de hacer lo que era correcto. Siguió aprendiendo y superándose toda su vida; y eso, me parece a mí, es el mejor

uso que pude hacerse de una inteligencia.

Su vida estuvo salpicada de decisiones erróneas y de crisis, empezando por la interrupción de sus estudios de segunda enseñanza. Comprendemos por qué no le parecieron equivocadas esas decisiones en su momento. Como me dijo un miembro del círculo de Lovecraft, «la visión retrospectiva es algo terrible».

Naturalmente, no sabemos qué habría sucedido si hubiera decidido obrar de manera diferente a como lo hizo. Los resultados podrían haber sido mejores, o quizá no; porque «el tiempo y las posibilidades les sobrevienen a todos[547]».

Es tentador, al leer los yerros y desatinos de nuestros predecesores imaginar que, de poder retroceder e influir sobre tal persona en el momento crítico si pudiéramos aplicarle algún tipo de destornillador psicoanalítico, habríamos evitado tal o cual error. Probablemente, es mejor que no sea así.

Imaginad cuál habría sido el resultado de aplicar ese tratamiento a los Tres Mosqueteros de *Weird Tales*: Robert E. Howard, Clark Ashton Smith y H. P. Lovecraft, tres genios *manques* de la literatura. Podían haber quedado tan totalmente curados de sus neurosis que Howard se habría convertido en un vaquero, Smith en un compositor de frases propagandísticas par alguna agencia publicitaria de San Francisco, y Lovecraft en un profesor de ciencias de algún instituto. Y nosotros nos habríamos quedado sin su historia que contar.

# BIBLIOGRAFÍA


Adams, Henry: *The Education of Henry Adams, An Autobiography, Boston: Houghton Mifflin Co., 1918*.

Adorita, Sister Mary: *Soul Ordained to Fail (Louise Imogen Guiney 1861-1920), N.Y.*: Pageant Pr,, 1962.

Amory, mark: *Lord Dunsany: A Biography*, London: Collins, 1972.

Baldwin, F. Lee: «H. P. Lovecraft: A Biographical Sketch», en *Fantasy Magazine*, IV, 5 (n 29, abr. 1935), pp. 108 s.

—: «Some Lovecraft Sidelights», en *Fantasy Commentator*, II, 6 (primavera, 1948), pp. 219 s.

Banks, Ann: «Lovecraftimania at Brown», en *Brown Alumni Monthly*, Feb. 1972, pp. 22 s.

Barlow, Robert H.: Mise, recopilación de George T. Smisor (microfilm).

—: «Pseudonyms of H. P. Lovecraft», en The Acolyte, 1,4 (verano, 1943), p. 18.

—: «The Wind That Is in the Grass (A memoir of H. P. Lovecraft in Florida)», en HPL: *Marginalia*, pp. 342-50.

Barner, Marian F.: «Miscellaneous Impressions of H. P. L.», en Grant & Hadley, pp. 23 s.

Bentley, Eric: *The Cult ofthe Superman (A Study ofthe Idea of Heroism in Carlyle and Nietzsche…)*, Gloucester, Mass.: Peter Smith, 1969.

Bergier, Jacques; «H. P. Lovecraft, ce grand génie venu d'ailleurs», en *L'Herne* (1969), pp. 121-25.

Bertin, Eddy c.: «Colin Wilson», en *Tamlacht*, II, 2 (n 12, n.d.), pp. 16-

22.

—: «The Cthulhu Mythos: A review and Analysis», *en Nyctalops*, 1,4 (En. 1971), pp. 3-6.

—: «H. P. Lovecraft Did Not Write SF, by His Own Standards», en *Nyctalops*, I, 2 (Oct. 1970), pp. 3s.

—: «In the Trail of Lovecraft: The Followers of Cthulhu», en *Nyctalops*, I, 5 (Oct. 1971), pp. 5-12, 28.

Birmingham, Stephen: *The Late John Marquand*, Phila.: J. B. Lippincott Co., 1972.

Bishop, Zealia: *The Curse of Yig*, Sauk City: Arkham House, 1953.

Bloch, Robert: «Notes on an Entity», en *Tamlacht*, II, 2 (n 12, sin fecha), p. 14.

—: «*Out of the Ivory Tower», en HPL: The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 171-77.

Bradley, Marión Zimmer: «The (Bastard) Children of Hastur», en *Nyctalops*, I, 6 (Feb. 1972), pp. 3-6.

—: «Two Worlds of Fantasy», en *Haunted*, I, 3 (Jun. 1968), pp. 82-85.

Brennan, Joseph Payne: «H. P. L.: Informal Commentary», en *Fresco*, VIII, 3 (primavera, 1958), pp. 5-8.

—: *Lovecraft: An Evaluation*, New Haven: Macabre House, 1955.

Bryant, Roger: «Necronomicon», en *Tamlacht*, II, 2 (n. 12, n.d.), pp. 10-13.

Bush, David V.: *The University of the Master Mind*, Chicago: David V. Bush, 1923.

Butman, Robert: «Modern Mythological Fiction», en *The Reader and Collector*, III, 5 (Oct. 1945), pp. 1-12: III, 6 (En. 1946), pp. 13-27; IV, 1 (Abr. 1946), pp. 6-39.

Caen, Michel: «Lovecraft/Cinema», en *L'Heme* (1969), pp. 182 s.

Campbell, Ramsey: «A Personal Tribute», en *Is*, n$^{9}$. 4 (Oct. 1971), pp. 59 s.

Cárter, Lin: «H. P. Lovecraft: The Books», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 212-49.

—: «H. P. Lovecraft: The Gods», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 250-67.

—: «HPL: The History», en *Wetzel* 1955, pp. 38 s.

—: *Lovecraft: A Look Behind the Cthulhu Mythos, N.Y.: Ballantine Books, 1972*.

Chalker, Jack L. (*ed): Mirage on Lovecraft, Baltimore: Mirage Publications, 1965*.

Chamberlain, Houston Stewart: *Foundations of the Nineteenth Century, N. Y.: John Lane* Co. 1912,2 vols.

Colé, Edward H.: «Ave Atque Valet» en *Wetzel* (1955), pp. 10-17.

Colligan, Douglas: «Brawl Over a "2,000-Year-Old" Archaeological Site», en *Science Digest*, LXXIII, 1 (En. 1973), pp. 11-16.

Condra, Cyrus B.: «The Sailor López and Kindred Musings», en *Ausländer*, n°. 3 (Jun. 1966), pp. 20-24.

Cook, W. Paúl: «An Appreciation of H. P. Lovecraft», en HPL: *Beyond the Wall ofSleep*, pp. 424-58.

—: «H. P. Lovecraft», en *The Olympian*, n 35 (Otoño, 1940), pp. 28-35.

—: *H. P. Lovecraft: A Portrait*, Baltimore: Mirage Pr., 1968. (Idéntico a Cook [1941], menos un parágrafo y con diferente paginación).

—: *In Memoriam: Howard Phillips Lovecraft (Recollections, Appreciations, Estimates)*: impresión privada, 1941.

Cox, Arthur Jean: «Some Thoughts on Lovecraft», en *Haunted*, II, 2 (Dic. 1964), pp. 26-30.

Crane, Hart: *The Letters of Hart Crane*, 1916-1932, N.Y.: Hermitage House, 1952.

Crawford, William l.: «Lovecraft's First Book», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 287-90.

Davidson, Avram: *Review of The Survivor and Others, en The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, XXIV, 1 (n$^{e}$ 140, En. 1963), pp. 48 s.

Davis, Sonia H. «H. P. Lovecraft as his Wife Remembers Him», en *Books at Brown*, XI, 1 & 2 (Feb. 1949), pp. 3-13.

—: «Howard Phillips Lovecraft as his Wife Remembers Him», en el *Providence Sunday Journal*, 22 Ago. 1948, parte VI, p. 8.

—: *«Lovecraft as I Knew Him», en HPL: Something Ahout Cats and Other Pieces*, pp. 234-46.

—: «Memories of Lovecraft», en *The Arkham Collector*, I, 4 (Invierno,

1969), pp. 116 s.

—: Miscelánea autobiográfica inédita, en la biblioteca John Hay.

—: «The Private Life of Howard Phillips Lovecraft», inédita, en la biblioteca John Hay.

De Camp, L. Sprague: «Books that Never Were», en *Fantasy and Science Fiction*, XLIII, 6 (n 259, Dic. 1972), pp. 78-85.

—: «Eldritch Yankee Gentleman (Literary Swordsmen and Sorcerers, n 2)», en *Fantasie Stories*, XX, 6 (Ago. 1971), pp. 98-106, & XII, 1 (Oct. 1971), pp. 100-8.

—: «H. P. Lovecraft and H. S. Chamberlain», en *Amra*, II, 57 (Jun. 1972), pp. 3-9.

—: «Sierran Shaman (Literary Swordsmen and Sorcerers, n 4)», en *Fantastic Stories, XXII*, 1 (Oct. 1972), pp. 101-12.

—: «Skald in the Post Oaks (Literary Swordsmen and Sorcerers, n 1)», en *Fantastic Stories*, 5 (Jun. 1971), pp. 99-108.

—: «Sonia an H.P.L.», en *Taiman* (1973), pp. 24-27.

De la Mare, Walter: *The Return, N.Y.: G. P. Putnam's Sons, 1922*.

Derleth, August W.: *«Addenda to H. P. L.: A Memoir,» en HPL: Something About Cats and Other Pieces, pp. 247-77*.

—: «Arkham House: A Thumbnail Story», en *The Fossil*, Oct. 1950, pp. 240, 247.

—: «The Arkham House Story», en *Fantastic Worlds*, I (Verano, 19552), pp. 7-12.

—: *«Final Notes», en HPL: The Dark Brotherhood and Other Pieces, pp. 302-21*.

—: *H.P.L.: A Memoir*, N.Y.: Ben Abramson, 1945.

—: «H. P. L.-Two Decades After Death», en *Fresco*, VIII, 3 (Primavera, 1958), pp. 9 s.

—: «H. P: Lovecraft and His Work», en HPL: *The Dunwich Horror and Others*, pp. IX-XX.

—: *«H. P. Lovecraft's Novéis», en HPL: At the Mountains of Madness and Other Novéis*, pp. IX-X.

—: «Introduction», en HPL: *Dreams and Fancies*, pp. VII-X.

—: Letter in *Haunted*, I, 3 (Jun. 1968), p. 114.

—: «Lovecraft as Mentor», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 141-70.

—: «The Making of a Hoax», en HPL: *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, pp. 262-67.

—: «Myths About Lovecraft», en *The Lovecraft Collector*, n 2 (Mayo 1949), pp. 1-4.

—: «"New Pseudonyms" Rejected by Derleth», en *The Fossil*, LVI, 159(Oct 1958),p. 90.

—: «On the Lurker at the Threshold», en *The Arkham Sampler*, I, 2 (Primavera, 1948), pp. 49 s.

—: *Some Notes on H. P. Lovecraft, Sauk City: Arkham House, 1959*.

—: «W. Paul Cook: 1881-1948», en *The Arkham Sampler*, 1,2 (Primavera, 1948), pp. 95 s.

—: «Weird Tales in Retrospect», en *Inside Science Fiction*, nº 16 (n 50, Sep. 1956), pp. 36-42.

Doris, Virginia Louise: *The Stephen Harris Mansión at 135 Benefit St., Providence, R.l.*… Providence: impresión privada, sin fecha.

Douglas, Drake: *Horror*!, N.Y.: The Macmillan Co., 1966 Duschnes Philip c.: *Books*, Catalogue n 78 (N.Y.).

Eddy, Clifford M. Jr.: «Walks with H. P. Lovecraft», en HPL: *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, pp. 242-45.

Eddy, Muriel: *The Gentleman from Angell Street*, Providence: impresión privada, sin fecha.

—: «H. P. Lovecraft Among the Demons», en el *Providence Sunday Journal Magazine*, 8 Mar. 1970, pp. 23-27.

—: «Howard Phillips Lovecraft», en *Grant and Hadley*, pp. 14-22.

—: The Howard Phillips Lovecraft We Knew, Providence: impresión privada, sin fecha.

—: Letter en *The Magazine of Horror*, VI, 2 (n° 32, Mayo, 1970), pp. 115 s.

—: *Lovecraft Memorabilia (inédito).*

—: «Lovecraft's Marriage and Divorce», en *Haunted*, I, 3 (Jun. 1968), pp. 86-93.

—: «The Man Who Carne at Midnight», en *Fantasy Commentator*, III,

3 (Verano-Otoño, 1940), p. 71.

Edkins, E. A.: «Idiosyncrasies of H. P. L.», en *The Olympian*, n 35 (Otoño, 1940), pp. 1-7.

Edwards, Jay: «Lovecraftiana», *en Lethe*, n 7 (Ago. 1947), pp. 1-5; n 8 (Feb.-Mar. 1948), pp. 2-5.

Eitel, Elaine Gillum: *The Sense of Place in H. P. Lovecraft, tesis doctoral, Lamar State* College of Technology, Mayo 1970.

Everts. R. Alain: «Ira A. Colé and Howard Phillips Lovecraft: A Brief Friendship», en Frierson, pp. 19 s.

—: «*Mrs*. Howard Phillips Lovecraft», en *Nyctalops*, II, 1 (n 8, Abr. 1973), p. 45.

—and Gamwell III. Phillips: «The Death of a Gentleman; the Last Days of Howard Phillips Lovecraft», *en Nyctalops*, II, 1 (n 8, Abr. 1973), pp. 24 s.

Faig, Kenneth W. Jr.: *Howard Phillips Lovecraft: The Early Years, 1890-1914;* inédito, biblioteca John.

—: «The Lovecraft Circle: A Glossary», en *Mirage*, n 10 (1971), pp. 27-40.

—: «Lovecraft's Providence», en *Tamlacht*, II, 2 (n 12, sin fecha), pp. 4-9.

—: «R. H. Barlow» inédito, 1971, biblioteca John Hay.

Fish, Robert Stevens: *The Oral Interpretation of the Horror Stories of H. P. Lovecraft, tesis doctoral, University of Oklahoma, 1965*.

Fiske, John: *Myths and Myth-Makers (Old Tales and Superstitions Interpreted by Comparative Mythology)*, Boston: Houghton, Mifflin & Co., 1901.

Frierson, Meade, ni (ed.): *HPL*, Birmingham, Ala.: impresión privada, 1972.

Galpin. Alfred: «Memories of a Friendship», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 191-201.

Gissing, George: *The Private Papéis of Henry Rycroft, N.Y.: E. P. Dutton & Co., 1927*.

Gobineau, Arthur De: *The Inequality of Human Races, N.Y.: Howard Fertig, 1967*.

Goodenough, Arthur: *Lovecraft, An Appreciation, en The Tryout, IV, 8 (Ago. 1918). Verso.*

Gough, John B.: *Sunlight and Shadow (or Gleanings from My Life Work), Hartford: A. D*. Worthington & Co., 1881.

Grant. Donald M. and Hadley. Thomas P. (eds.): *Rhode Island on Lovecraft*, Providence: *Grant-Hadley, 1945*.

Grant. Kenneth: *«Dreaming Out of Space», en Man Myth and Magic, n 84*.

Grant. Madison: *The Passing of the Great Race (or The Racial Basis of European History)*, N.Y.: Charles Scribner's Sons, 1922.

Guiney, Louise Imogen: *Happy Ending: The Collected Lyrics of Louise Imogen Guiney*, Boston: Houghton Mifflin, 1927.

—: Letters to Frederick H. Day, 1892-93, Library of Congress.

H. P. Lovecraft: *A Symposium*, en *The Riverside Quarterly*, 1963.

Harris, Masón: «Lovecraft and the Horror of Darkness», en *Entropy*, n 3 (1971); n 4 (Oct. 1971).

Harrison, Michael: «Howard Phillips Lovecraft», en *Fantasy Advertiser*, II, 4 (Nov. 1947), pp. 21 s.

Henneberger, J. C.: «Letters to Joel Frieman», en *Wt 50* (Oak Lawn, 111., 1974), pp. 4, 6.

—: «Out of Space of Time», en *Deeper than You Think*, I, 2 (Jul. 1968), pp. 3 s.

Hersey, Harold: «Looking Backward into the Future», en *Goldem Atom*, n 1 (1955), pp. 45-68.

Hoffman, Daniel: *Poe Poe Poe Poe Poe Poe Poe*, Garden City: Doubleday & Co., Inc., 1972.

Hofstadter, Richard: *Social Darwinism in American Thought*, Boston: Beacon Pr., 1963.

Home, William Scott: «The Lovecraft "Books": Some Addenda and Corrigenda», en H. P. Lovecraft: *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, pp. 134-52.

Houtain, George Julian: Editorial en *The Zenith*, En. 1921, pp. 2-5.

—And Cook, W. Paúl (eds): *Epgephi*, Boston: impresión privada, 1920; «Howard Phillips Lovecraft: Las Pesadillas de los Hombres», en *La*

*Opinión*, Buenos Aires, 5 Ago. 1973.

«In Memoriam: Maurice Winter Moe», en *The Westminster Witness*, Jul. 1940.

Isaacson, Charles D.: «Discussions of Charles D. Isaacson», en *In a Minor Key*, Jun.. 1915.

—: «Concerning the Conservative», en *In a Minor Key*, n 2.

«James F. Morton, Museum Curator, Fatally Injured», en el *Paterson Evening News*, 7 Oct. 1941, pp. 1 s.

Keffer, Willametta: «Howard P (seudonym) Lovecraft: The Many Names of HPL», en *The Fossil*, Jul. 1958.

Keller, David H.: «Lovecraft's Astronomical Notebokk», en *The Lovecraft Collector*, n 3 (Oct. 1949), pp. 1-4.

—: «Notes on Lovecraft», en *Mirage on Lovecraft*, pp. 29-35.

—: «Shadows Over Lovecraft», en *Fresco*, VIII, 3 (Primavera, 1958), pp. 12-29; incluye réplica de Kenneth Sterling.

Kimball, Gertrude Selwyn: *Providence in Colonial Times*, Boston; Houghton Mifflin Co„ 1912.

Klein, Gérard: «Entre la fantastique et la science-fiction: Lovecraft», en *L'Heme*, pp. 47-74.

Kleiner, Rheinhart: «Epistle of *Mr*. and *Mrs*. Lovecraft», en *The Brooklynite*, XIV, 2 (Abr. 1924).

—: «Howard Phillips Lovecraft», en *The Californian*, V, 1 (Verano, 1937), pp. 5-8.

—: «Howard Phillips Lovecraft», en *The Phoenix*, III, 1 (Sep. 1943), pp. 73 s.

—: «A Memoir of Lovecraft», en HPL: *Something Ahout Cats*, pp. 218-28; reimpresión de *The Arkham Sampler*, I, 2 (Primavera, 1948), pp. 51-61.

Koki, Arthur S.: *H. P Lovecraft: An Introduction to his Life and Writings*, tesis doctoral, Columbia University, 1962.

Lacassin, Francis: «Lovecraft et les trous de la toile peinte», en *L'Herne*, pp. 106-10.

Laney, Francis T.: «The Cthulhu Mythology», en *The Acolyte*, I, 2 (Invierno, 1942), pp. 6-12; reimpreso en HPL: *Beyond the Wall of Sleep*, pp. 415-23.

Le Bris, Michel: «La lettre et le désir», en *L'Herne*, pp. 91-103.

Leiber, Fritz: «A Few Short Comments on the Writings of HPL», en *Frierson*, p. 18.

—: «Some Random Thoughts About Lovecraft's Writings», en *The Acolyte*, III, 1 (n 9, Invierno, 1945), pp. 20 s.

—: «Through Hyperspace with Brown Jenkin», en HPL: *The Dark Brotherhood and Other Pieces, pp. 164-78*.

—: «The Whisperer Re-examined», en *Haunted*, II, 2 (Dic. 1964), pp. 22-25.

—: «The Works if H. P. Lovecraft: Suggestions for a Critical Appraisal», en *The Acolyte*, II, 4 (n 8, Otoño, 1944), pp. 3 s.; reimpreso de forma ligeramente diferente como «A Literary Copernicus», en HPL: *Something About Cats and Other Pieces*, pp. 290-303.

Lévy, Maurice: «Fascisme et Fantastique, ou le cas de Lovecraft», en *Caliban* (Annals of the Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Toulouse), VII, 57-78.

—: *Lovecraft ou du Fantastique*, Paris: Union Générale d'Éditions, 1972.

*L'Herne*, nº 12, Paris: Diffusion Minard, 1969.

Long, Frank Belknap: «Some Random Memories of H. P. L.», en HPL: *Marginalia*, pp. 332-37. (See also under Schiff).

Lovecraft, H. P.: *Ad Britannos −1918*, en *The Tryout*, IV, 4 (Abr. 1918).

—: *Ad Críticos*, en *Golden Atom*, n 9 (Dic. 1940), p. 12; reimpresión de *The Argosy*, LXXIV, n 2 (En. 1914).

—: *Ad Scribam (Jonathan E. Hoag), en The Tryout, VI, 2 (Feb. 1920).*

—: «The Alchemist», en *The United Amateur*, XVI, 4 (Nov. 1916), pp. 53-57; *reimpreso en HPL: The Shuttered Room and Other Pieces*.

—: «The Allowable Rhyme», en *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 3-6.

—: «Amateur Criticism», en *The Conservative*, IV, 1 (Jul. 1918), pp. 5 s.

—: *The Amateur Journalist*, North Tonawanda: SSR Publications, 1955. (Vol. V de *The Lovecraft Collectors Library, ed. por George Wetzel*).

—: «Amateur Standards», en *The Conservative*, II, 4 (En. 1917), pp. 3 s.

—: *An American to Mother England, en Dowdell's Bear-Cat, n 16 (Nov. 1916).*

—: «Americanism», en *The United Amateur*, XVIII, 6 (Jul. 1919), pp. 118 s.

—: *Amissa Minerva, en The Toledo Amateur, Mayo 1919, pp. 11-14.*

—: *April*, en *The Tryout*, IV, 3 (Mar. 1918).

—: *April Dawn, en The Tiyout, IV, 1 (Abr. 1920).*

—: Astronomical columns, «The January Sky», «The February Sky», etc., en el *Providente Evening News*, del I En. 1914 al 2 Mayo 1918.

—: «At the Root», en *The United Amateur*, XVII, 6 (Jul. 1918), pp. 111 s.

—: *August*, en *The Tiyout*, IV, 8 (Ago. 1918).

—: «The Bay Stater's Policy», en *The Bay Stater*, IV, 3 (Jun. 1915).

—: *Bells*, en *The Tiyout*, V, 13 (Dic. 1919).

—: *Best Supernatural Stories of H. P. Lovecraft, Cleveland: World Pub. Co., 1945*.

—: *Beyond the Wall of Sleep, Sauk City: Arkham House, 1943*.

—: *«Bolshevism», en The Conservative, V, 1 (Jul. 1919), pp. 10 s.*

—: *The Bookstall, an Epistle to Rheinhart Kleiner, Esq., Poet-Laureate, en The United Official Quarterly, II, 2 (En. 1916).*

—: «The Brief Autobiography of an Inconsequential Scribbler», en *The Silver Clarion*, III, 1 (Abr. 1919), pp. 8 s.

—: *Britannia Victoria, en The Inspiration, Abr. 1917, pp. 3 s.*

—: *Brotherhood, en The Tiyout, III, (Dic. 1916).*

—: *Brumalia, en The Tryout, III, 1 (Dic. 1916).*

—: «ByPostfrom Providence», en *The Californian V*, 1 (Verano, 1937), pp. 10-23.

—: «The Case for Classicism», en *The United Co-Operative*, 1,2 (Jun. 1919), pp. 3 s.

—: «Chairman of the Bureau of Critics Reports on Poetry», en *The National Amateur*, LVII, 1 (5 Sep. 1934), 2ª sec., p. 3.

—: «Charleston», en HPL: *Marginalia*. pp. 199-237; reimpresas de edición privada de H. C. Koenig.

—: *Clouds*, en *Fantasy Commentator*, II, 6 (Primavera, 1948), p. 100.

—: «Comment», en *The Silver Clarion*, III, 1 (Abr. 1918), pp. 7, 5.

—: «Concerning “Persia-in Europe” en *The Tryout*», III, 2 (En. 1917).

—: «A Confession of Unfaith», en *Selected Essays*, pp. 19-22.

—: «The Conservative and his Critics», en *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 7 s.

—: *Continuity, en Causeries, Feb. 1936*.

—: «The Convention», en *The Tryout*, XIII, 8 (Jul. 1930).

—: «The Crawling Chaos», por «Elizabeth Berkeley & Lewis Theobald, Jun.», en *The United Co-Operative*, I, 3 (Abr. 1921), pp. 1-6. Reimpreso en *Beyond the Wall of Sleep*, pp. 210-14.

—: «The Crime of the Century», en *The Conservative*, I, 1 (Jul. 1915), pp. 2 s.

—: *Dagon and Other Macabre Tales*, Sauk City: Arkham House, 1965.

—: *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, Sauk City: Arkham House, 1966.

—: *Death*, en *The Californian*, V, 1 (Verano, 1937), p. 25.

—: «Defining the “Ideal” Paper», en *The National Amateur*, LXII, 3 (Jun. 1940), pp. 8-12.

—: «Department of Public Criticism», en *The United Amateur*, del XIV, 4 (Mar. 1915) al XXVIII, 3 (En. 1919).

—: «A Descent to Avernus», en *Bacon’s Essays*, Verano, 1929, p. 8.

—: *A Description of the Town of Quebeck*, en *New-Franee…*, en la biblioteca John Hay

—: *Despair*, por «Ward Phillips» en *Pine Cones*, I, 4 (Jun. 1919).

—: «The Despised Pastoral», en *The Conservative*, 1 (Jul. 1918), p. 2.

—: *The Doom That Carne to Sarnath*, N.Y.: Ballantine Books, 1971.

—: *The Dunwich Horror and Others*, Sauk City: Arkham House, 1963.

—: *Earth and Sky*, en *Pine Cones*, I, 1 (Dic. 1918), p. 1.

—: «“Ebony and Crystal” por Clark Ashton Smith», en *L’Alouette, A Magazine of Verse*, En. 1924. Review.

—: «Editorial», en *The Conservative*, I, 2 (jul. 1915), pp. 4 s.

—: «Editorial», en *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 6 s.

—: «Editorial», en *The United Amateur*, XXIV, 1 (Jul. 1925), pp. 8 s.

—: *The Eidolon*, en *The Tryout*, IV, 10 (Oct. 1918).

—: *Fact and Faney*, en *The Tryout*, III, 3 (Feb. 1917).

—: *The Familiars,* en *Driftwind,* V, 1 (Jul. 1930), p. 35.

—: *The Feast,* en *The Huh Club Quill,* XV, 2 (Mayo 1923).

—: «Finale: Campbell's Plan», en *The Badger*, (Jun. 1915), pp. 17-20.

—: «For What Does United Stand?» en *The United Amateur*, XIX, 5 (Mayo 1920), p. 101.

—: *Fungi from Yuggoth and Other Poems, N.Y.: Ballantine Books, Inc., 1971*; reimpreso de *Collected Poems*, Sauk City: Arkham House, 1964.

—: *Further Criticism of Poetry*, impresión privada de H. C. Koenig, sin fecha; reimpreso en *The National Amateur*, Dic. 1944.

—: *Germania-1918,* en *The Tryout*, IV, 11 (Nov. 1918), pp. 2-6.

—: «The Green Meadow», por «Elizabeth Neville Berkeley & Lewis Theobald, Jr.», en *The Vagrant*, Primavera, 1927, pp. 188-95.

—: *Greetings, en The Silver Clarion, II, 10 (En. 1919).*

—: *The Haunter of the Dark and Other Tales of Horror, London: Victor Gollancz, Ltd., 1951*.

—: «The Haverhill Convention», en *The Tryout*, VII, 4 (Jul. 1921).

—: «Helene Hoffman Cole-Litterateur», en *The United Amateur*, XVIII, 5 (Mayo 1919), pp. 92 s.

—: «Heritage or Modernism: Common Sense in Art Forms», en HPL: *Marginalia*, pp. 161-73; reimpresión de *The Californian*, Verano, 1935.

—: *A History of the Necronomicon*, Oakman, Ala.: Rebel Pr., 1938; reimpreso como «History and Chronology of the Necronomicon», en HPL: *Beyond the Wall of Sleep*, pp. XXVIII; in *Mirage,* I, 6 (Invierno, 1963-64), pp. 34-36."

—: *Homecoming*, en *Science-Fantasy Correspondent*, Nov.-Dic. 1936, p. 24; *The Fantasy Fan*, En. 1935.

—: «Homes and Shrines of Poe», en *The Californian*, Invierno, 1934, pp. 8 s.

—: *Horace, Book III, Ode IX*, una traducción de «Theobald», en *Sappho-The Magazine of Verse,* I, 4 (sin fecha), p. 11.

—: *The Hon or in the Museum and Other Revisions*, Sauk City: Arkham House, 1970.

—: *The House*, por «Ward Phillips», en *The Philosopher*, I, 1 (Dic. 1920), p. 6.

—: *The Howler*, en *Driftwind*, VII, 3 (Nov. 1932), p. 100.

—: «Idealism and Materialism-A Reflection», en *The National Amateur*, XLI, 6 (Jul. 1919), pp. 11-18; reimpreso en *Selected Essays*.

—: «In a Major Key», en *The Conservative*, I, 2 (Jul. 1915), pp. 9 s.

—: «In Memorian: Robert E. Howard», en *Fantasy Magazine*, n'' 38 (Sep. 1936), pp. 29-32.

—: «In the Editor's Study», en *The Conservative*, n 13 (Jul. 1923), pp. 21-24.

—: «In The Editor's Study: A Remarkable Document», en *The Conservative*, III, 1 (Jul. 1917), p. 4.

—: «In the Editor's Study: Anglo-Saxondom», en *The Conservative*, III, 1 (Jul. 1917), p. 4.

—: «In the Editor's Study: The League», en *The Conservative*, V, 1 (Jul. 1919), pp. 9 s.

—: «In the Editor's Study: Rudis Indigestaque Moles», en *The Conservative*, n 12 (Mar. 1923), pp. 6 s.

—: «In the Editor's Study: Rursus Adsumus», en *The Conservative*, n 12 (Mar. 1923), pp. 5 s.

—: *«Introducing Mr. John Russell», en The Conservative, I, 2 (Jul. 1915), pp. 8 s.*

—: *Iterum Conjunctae, en The Tryout, III, 6 (Mayo 1917).*

—: *John Oldham: A Defence, en The United Co-Operative, I, 2 (Jun. 1919), p. 7.*

—: *Laeta: A Lament, en The Tryout, IV, 2 (Feb. 1918).*

—: *Lines for Poet's Night, en Pegasus, Feb. 1924, pp. 31 s.*

—: *Lines on Gen. Robert E. Lee, en The Coyote, III, 1 (En. 1917), pp. 1 s.*

—: *Lines on the 25th Anniversary of the Providence Evening News, 1892-1917, en The Tryout, IV, 1 (Dic. 1917), pp. 3 s.*

—: «Liquor and its Friends», en *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 10 s.

—: «Literary Review», en *The Californian*, IV, 3 (Invierno, 1936), pp. 27-33.

—: «The Literature of Rome», en *The United Amateur*, XVIII, 2 (Nov.

1918), pp. 17-21.

—: «Looking Backward», en *The Tryout*, VI, 1-6 (En Jun. 1920).

—: «Lord Dunsany and his Work», en HPL: *Marginaba*, pp. 148-60.

—: «Lucubrations Lovecraftian», en *The United Co-Operative*, I, 3 (Abr. 1921), pp. 8-15.

—: *March*, en *The United Amateur*, XIV, 4 (Mar. 1915), p. 68.

—: *Marginaba*, Sauk City: Arkham House, 1944.

—: «A Matter of Uniteds», en *Bacon's Essays*, I, 1 (Verano, 1927), pp. 1 s.

—: «Memory», por «Lewis Theobald, Jun.», en *The United Co-operative*, I, 2 (Jun. 1919), p. 8.

—: «Merlinus Redivivus», en *The Conservative*, IV, 1 (Jul. 1918), pp. 4 s.; reimpreso en *Something About Cats and Other Pieces*, pp. 151 s.

—: «Metrical Regularity», en *The Conservative*, I, 2 (Jul. 1915), pp. 2 s.

—: Mise, letters from the John Hay Library and other sources (originales, fotocopias, y microfilms).

—: *A Mississipi Autumn*, en *Ole Miss*, n 2 (Dic. 1915), pp. 5 s.

—: *Monody on the Late King Alcohol*, en *The Tryout*, V, 8 (Ago. 1919).

—: «More "Chain Lightning"», en *The United OJficial Quarterly*, II, 1 (Oct. 1915), pp. 1-4.

—: «Les Mouches Fantastiques», en *The Conservative*, IV, 1 (En. 1918), pp. 7s.; reimpreso en *The Amateur Journalist*, pp. 23 s.

—: «Nietzscheism and Realism», en *The Rainbow*, I, 1 (Oct. 1921), pp. 9 s.; reimpreso en *Selected Essays*, pp. 23-26.

—: «No Transit of Mars», en el *Providence Sunday Journal*, 3 Jun. 1906.

—: *The Notes & Commonplace Book Employed by the Late H. P: Lovecraft…*, Lakeport, Calif.: Futile Pr. 1938. Editado de forma algo diferente como «The Commonplace Book of H. P. Lovecraft, annotated by August Derleth & Donald Wandrei», en *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 97-123.

—: «Notes on Interplanetary Fiction», en *The Acolyte*, 1,4 (Verano, 1943),pp. 15-18; reimpreso en *Marginaba*, pp. 140-47.

—: «Notes on the Writing of Weird Fiction», en *The Amateur*

*Correspondent*, II, 1 (Mayo-Jun. 1937), pp. 7-10; reimpreso en *Marginaba*, pp. 135-39.

—: *The Nymph's Reply to the Modern Business Man*, por «Lewis Theobald, Jr.», en *The Tryout*, III, 3 (Feb. 1917), p. 2.

—: «Observations on Several Parts of North America», en *Marginaba* pp. 238-67.

—: *October*, en *The Tryout*, X, 7 (En. 1926).

—: *Ode for July Fourth, 1917, en The United Amateur, XVI, 9 (Jul. 1917), p. 1.*

—: *Old Christmas*, en *The Tiyout*, IV, 12 (Dic. 1918).

—: «The Omnipresent Philistine», en *The Oracle*, Mayo, 1924, pp. 14-17.

—: *On a Battlefield in France*, en *The Voice from the Mountains*, Jul. 1918, p. 11.

—: *On a Modern Lothario*, en *The Blarney Stone*, II, 4 (Jul.-Aug. 1914), pp. 7 s.

—: *On a Poet's Ninety-First Birthday*, por «Lewis Theobald, Jun.», en *The Tryout*, VII, 11 (Mar. 1922).

—: *On the Cowboys of the West*, en *The Plainsman*, I, 4 (Dic. 1915), pp. 1 s.

—: *On the Death of a Rhyming Critic*, en *The Toledo Amateur*, Jul., 1917, pp. 11 s.

—: *On the Return of Maurice Winter Moe, Esq., to the Pedagogical Profession*, por «Lewis Theobald, Jun.», en *The Wolverine*, n 10 (June. 1921), pp. 15 s.

—: *The Outsider and Others*, Sauk City: Arkham House, 1939.

—: *Percival Lowell 1855-1916*, en *Excelsior*, I, 1 (Mar. 1917), p. 3.

—: *Phaeton*, en *The Californian*, V, 1 (Verano, 1937), p. 24.

—: *The Poe-et's Nightmare: A Fahle*, en *The Vagrant*, n 8 (Jul. 1918), p. 13.

—: *The Poet of Passion*, por «Lewis Theobald, Jun.», en *The Tryout*, III, 7 (Jun. 1917).

—: «Poetry and the Gods», por «Anna Helen Crofts & Henry Paget-Lowe», en *The United Amateur*, XX, 1 (Sep. 1920), pp. 1-4.

—: *The Port*, en *Driftwind*, V, 3 (Nov. 1930), p. 37.

—: «The President's Message», en *The National Amateur*, XLV, 6 (Jul. 1923); reimpreso en HPL: *The Amateur Journalist*, pp. 7-10.

—: «The Professional Incubus», en *The National Amateur*, XLVI, 4 (Mar. 1924); reimpreso en HPL: *The Amateur Journalist*, pp. 15 s.

—: *Prologue, en The Tryout, III, 8 (Jul. 1917).*

—: *Providence*, en *The Californian*, V, 1 (Verano, 1937), pp. 26 s.

—: *Quinsnicket Park, en The Badger, II (Jun. 1915), pp. 7-10.*

—: «A Reminiscence of Dr. Samuel Johnson», por «Humphrey Littlewit, Esq.», en *The United Amateur*, XVII, 2 (Nov. 1917), pp. 21-24.

—: «The Renaissance of Manhood», en *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 8 s.

—: «A Reply to the Lingerer», en *The Tryout*, III, 7 (Jun. 1917); reimpreso en HPL: *The Amateur Journalist*, pp. 19 s.

—: «Reports of Officers: President's Message», en *The United Amateur*, XVII, 6 (Jul. 1918), pp. 127 s.

—: *The Rose of England, en The Scot, II, 14 (Oct. 1916), p. 1*.

—: *A Rural Summer Eve, en The Trail, I, 2 (En. 1916), pp. 12 s*.

—: *The RuttedRoad, en The Tryout, X, 8 (Mar. 1926).*

—: *Selected Essays*, North Tonawanda: SSR Publications, 1952. (Vol. I de *The Lovecraft Collectors Library*, ed. por George Wetzel).

—: *Selected Letters, I*, Sauk City: Arkham House, 1965.

—: *Selected Letters, II*, Sauk City: Arkham House, 1968.

—: *Selected Letters, III*, Sauk City: Arkham House, 1971.

—: *Selected Poetry (First Series)*, North Tonawanda: SSR Publications, 1953. (Vol. III de *The Lovecraft Collectors Library*, ed. por George Wetzel).

—: *Selected Poetry (Second Series)*, North Tonawanda: SSR Publications, 1955. (Vol. IV de *The Lovecraft Collectors Library*, ed. por George Wetzel).

—: «The Simple Spelling Mania», en *The United CoOperative*, I, 1 (Dic. 1918), pp. 1 s.; reimpreso en HPL: *The Amateur Journalist*, pp. 5 s.

—: «Some Backgrounds of Fairyland», en *Marginalia*, pp. 174-83.

—: «Some Causes of Self-Immolation», por «L. Theobald, Jun.», en *Marginalia*, pp. 184-98.

—: «Some Duthc Footprints in New England», en *De Halve Maen*, IX, 1 (18 Oct. 1933), pp. 2-4.

—: «Some Notes on Interplanetary Fiction», en *Marginaba*, pp. 140-47; reimpresión de *The Recluse*, 1927, y *The Californian*. Invierno, 1935.

—: *Something Ahout Cats and Other Pieces*, Sauk City: Arkham House, 1949.

—: *The Spirit of Summer*, en *The Conservative*, IV, 1 (Jul. 1918), p. I.

—: *Spring*, en *The Tiyout*, V, 4 (Abr. 1919).

—: *The State of Poetry*, en *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 1 s.

—: *Sunset*, en *The United Amateur*, XVII, 5 (Mayo 1918), p. 90.

—: «Supernatural Horror in Literature», N.Y.: Ben Abramson, 1945; reimpresión de *The Recluse*, 1927, y *The Fantasy Fan*, Oct. 1933 a Feb. 1935; reimpreso en *The Outsider and Others*, pp. 509-53.

—: «The Symphonic Ideal», en *The Conservative*, II, 3 (Oct. 1916), pp. 10 s.; reimpreso en HPL: *The Amateur Journalist*, pp. 13 s.

—: «Systematic Instruction in the United», en *Ole Miss*, nº 2 (Dic. 1915), pp. 4 s.

—: *Temperant e Song*, en *The Dixie Booser*, IV, 4 (Primavera, 1916), p. 9.

—: *The Teutón's Battle Song*, en *The United Amateur*, XV, 7 (Feb. 1916), pp. 85 s.

—: «The Thing in the Moonlight», en *Bizarre*. En. 1941, pp. 5-20; reimpreso en HPL: *Dreams and Fancies*, pp. 94 s.

—: «Time and Space», en *The Conservative*, IV, 1 (Jul 1918), pp. 3 s.; reimpreso en HPL: *Something Ahout Cats*, pp. 149 s.

—: *To a Youth (Dedicated to Master Alfred Galpin, Jun.), en The Tryout, VII, 1 (Feb. 1921).*

—: *To Alan Seeger, en The United Amateur, XVIII. 2 (Nov. 1918), p. 24.*

—: *To an Infant (Dedicated to Richard Merritt Dench), en The Brooklynite, XV, 4 (Oct. 1925), p. 2.*

—: *To Arthur Goodenough, Esq., en The Tryout, IV, 9 (Sep. 1918).*

—: *To Endymion (Frank Belknap Long, Jr.), por «L. Theobald, Jun.», en The Tryout, VIII, 10 (Sep. 1923).*

—: *To Jonathan Hoag, Esq., On His 87th Birthday*, en *Eurus*, I, 1 (Feb.

1918), pp. 5 s.

—: To Jonathan Hoag (Upon his 95th Birthday), en *The Brooklynite*, XVI, 2 (Mayo 1926), p. 1.

—: *To Miss Beryl Hoyt (Upon her First Birthday-Fehruary 21, 1927), en Justice, Feb. 1927, p. 3.*

—: *Mr. Galpin, en The Tryout, VII, 9 (Dic. 1921).*

—: *To Mr. Hoag, Upon his 93rd birthday, February 10th, 1924, en Pegasus, Jul. 1924, p. 33.*

—: *To Phillis*, por «L. Theobald, Jun.», en *The Tryout*, VI, 2 (Feb. 1920).

—: *To Samuel Loveman, Esquire (On his Poetry and Drama, Write in the Elizabethan Style), en Dowdell's Bear-Cat, IV, 5 (Dic. 1915).*

—: *To the American Flag en The Californian, V, 1 (Verano, 1937), pp. 27.*

—: *To the Members of the Pin-Feathers on the Merits of Their Organization, and of Their New Publication, The Pinfeather, en The Pinfeather, 1, 1 (Nov. 1914), pp. 3 s.*

—: *To the Members of the United Amateur Press Association from the Providence Amateur Press Club, en The Providence Amateur, I, 1 (Jun. 1915), pp. 1 s.*

—: «The Truth About Mars», en *The Phoenician*. Otoño, 1917, p. 8.

—: «The Unknown City in the Ocean», en *The Perspective Review*, Invierno, 1934, pp. 7 s.

—: «The Vers Libre Epidemic», en *The Conservative*, II, 4 (En. 1917), pp. 4 s.

—: «The Vivisector», por «Zoilus», en *The Wolverine*, n 9 (Mar. 1921) al n 11 (Nov. 1921).

—: «The Weird Work of William Hope Hodgson», en *The Reader and Collector*, III, 3 (Jun. 1944), pp. 5 s.; reimpresión de *The Phantagraph*, Feb. 1937.

—: «What Amateurdom and I Have Done for Each Other», en *The Boys' Herald*, LXXII, 1 (En. 1943), pp. 6 s.

—: «What Belongs in Verse», en *The Perspective Review*, Primavera, 1935, pp. 10 s.

—: «Winifred Virginia Jackson: A “Different” Poetess», en *The United Amateur*, XX, 4 (Mar. 1921), pp. 48-52.

—: *A Winter Wish*, en *The Tryout*, IV, 2 (Feb. 1918).

—: and August Derleth: *The Survivor and Others*, Sauk City: Arkham House, 1957.

—: *and divers hands: The Shuttered Room and Other Pieces, Sauk City: Arkham* House, 1959.

—: *and John T. Dunn: Lines on Graduation From the R. I. Hospital’s School of Nurses*, en *The Tryout*, III, 3 (Feb. 1917), pp. 13 s.

—: and others: *Tales of the Cthulhu Mythos*, Sauk City: Arkham House, 1969.

Loveman, Samuel: *The Hermaphrodite and Other Poems*, Caldwell, Idaho: Caxton Printers, 1936.

—: *«Howard Phillips Lovecraft», en HPL: Something About Cats and Others Pieces*, pp. 229-33; reimpresión de *The Arkham Sampler*, Verano, 1948.

—: «Lovecraft as a Conversationalist», en *Fresco*, VIII, 3 (Primavera, 1958), pp. 34 s.

Mabbott. Thomas Ollive: «Lovecraft as a Student of Poe», en *Fresco*. VIII, 3 (Primavera, 1958), pp. 37 s.

Macauley. George W.: «Lovecraft and the Amateur Press», en *Fresco*, VIII, 3 (Primavera, 1958), pp. 40-44.

—: «Lovecraftiana, Extracts from H. P. Lovecraft’s Letters», en *O-Wash-Ta-Nong*, III, 2 (Primavera, 1938), pp. 1-4.

Machen, Arthur: *The Autobiography of Arthur Machen*, Lon.: Richards Pr„ 1951.

—: *The Hill of Dreams*, Lon.: E. G. Richards, 1907; N.Y.: Knopf, 1923.

—: *The House of Souls*, N.Y.: Alfred A. Knopf, 1923.

MacNulty, *Sir* Arthur Salusbury: *The British Medical Dictionary, Lon.: Caxton Pub. Co„ Ltd*.

Marquand. John P.: *The Late George Apley (A Novel in the Form of a Memoir), Boston*: Little, Brown & Co„ 1936.

Michaud, Paúl R.: «In Paris; Lovecraft», en el *Providence Evening Bulletin*, 29 Dic. 1970, p. 12.

«The Moodus Mystery», en *Coronel*, Feb. 1934, pp. 171 s.

Moore. Wilbert E. (ed): *Technology and Social Change*, Chicago: Quadrangle Books, 1972.

Mooser. Clare: «A Study of Robert Barlow: The T. E. Lawrence of México», en *México Quarterly Review*, III, 2 (1968), pp. 5-12.

Morton. James F.: «A Few Memories», en *The Olympian*, n-35 (Otoño, 1940), pp. 24-28.

Moskowitz. Sam: *Explorers of the Infinite*, Cleveland: World Pub. Co. 1963.

—: *Under the Moons of Mars (A History and Anthology of «The Scientific Romance» in the Munsey Magazines, 1912-1920)*, N.Y.: Holt, Rinehart & Winston, 1970.

Muller, George: *The Origins of H. P. Lovecraft's Fiction*, unpub. Treatise, John Hay Library, 1969.

Murat. Napoléon: «Réve et création chez Lovecraft», en *L'Herne*, pp. 126-32. «Old House Will Get New View», en el *Providence Sunday Journal*, 9 Ago. 1959.

Onderdonk. Matthew H.: «Charon-in Reverse, or, H. P. Lovecraft Versus the "Realists" of Fantasy», en *Fantasy Commentator*, II, 6 (Primavera, 1948), pp. 193-97.

—: «The Lord of R'lyeh», en *Fantasy Commentator*, I, 6 (Primavera, 1945), pp. 103-14.

Orton, Vrest: «H. P. Lovecraft», memoria inédita.

Owings, Mark: *The Necronomicon: A Estudy*, Baltimore: Mirage Pr., 1967.

—: *The Revised H. P. Lovecraft Bibliography, Baltimore: Mirage Press, 1973*.

Penzoldt, Peter: *The Supernatural in Fiction*, Lon.: Peter Nevill, 1952.

Price, Edgar Hoffmann: «E. Hoffman [sic] Price Disagrees with a Too Enthusiastic Description», en *The Acolyte*, III, 4 (nº 12, Otoño, 1945), pp. 31 s.

—: «The Golden Days», en *Deeper than You Think*, I, 2 (Jul. 1968), pp. 13-17.

—: «Howard Phillips Lovecraft», en *The Acolyte*, II, 4 (n 8, Otoño,

1944), pp. 17 s.

—: «The Man Who Was Lovecraft», en HPL: *Something About Cats and Other Pieces*, pp. 278-89.: «Reminiscences of H. P. L.», en Frierson, pp. 16 s.

—: «The Sage of College Street», en *The Amateur Correspondent*, II, 1 (Mayo-Jun. 1937), pp. 6 s.

Renshaw, Anne Tillery: *Well Bred Speech*, Washington, D.C., impresión privada, 1936.

*Rhode Island, A Guide to the Smallest State*, Boston: Houghton Mifflin & Co., 1937.

Ripley, William Z.: *The Races of Europe: A Sociological Study*, N. Y.: D. Appleton & Co., 1899.

Rivais, Yak: «The Bottom-At last!» en *L'Herne*, pp. 163-76.

Rothovius, Andrew E.: «Lovecraft and the New England Megaliths», en *The Dark Brotherhood and Other Pieces*, pp. 179-97.

Russell, Samuel D.: «Open Season on Lovecraft», en *Haunted*, I, 1 (Mar. 1963), pp. 9 s. 17; 1,2 (Dic. 1964), pp. 38-42.

St. Armand, Barton Levy: «Facts in the Case of H. P. Lovecraft», en *Rhode Island History*, XXXI, 1 (Feb. 1972), pp. 3-19.

—: *The Outsider in Legend and Myth*, tesis doctoral, Brown University, 1966.

Samuels, Ernest: *Henry Adams: The Major Phase*, Cambridge, Mass.: Harvard University Pr., 1964.

Santayana, George: *The Last Puritan (A Memoir in the Form of a Novel), N.Y.: Charles Scribner's Sons, 1936*.

Scarborough, Dorothy: *The Supernatural in Modern English Fiction, N.Y.: G. P. Putnam's Sons*, 1917.

Schevill, James: *Lovecraft's Follies*, Chicago: Swallow Pr., 1971.

Schweitzer, Darrel: «Lovecraft on Televisión», en *Nyctalops*, I, 6 (Feb. 1972), pp. 12 s.

Schiff, Stuart D.: «An Interview with Frank Belknap Long», en Frierson, pp. 7-11.

—: *Bookman's Gallery*, en el *Providence Journal*, 18 Sep. 1948, Sec. IV, p. 8, col. 1; 3 Oct. 1948, Sec. VI, p. 8, col. 5.

—: «The Case of Howard Phillips Lovecraft», en el *Providence Sunday Journal*, 26 Dic. 1943, Sec. III, p. 6.

—: *Exiles and Fabrications*, Garden City: Doubleday & Co., Inc, 1961.

—: «The Haunter of the Dark; Some Notes on Howard Phillips Lovecraft», en *Books at Brown*, VI, 3 (Mar. 1944), pp. 1-4.

—: «His Own Most Fantastic Creation», en HPL: *Marginaba*, pp. 309-31; reimpreso de forma algo diferente en *Exiles and Fabrications*.

—: «Lovecraft as a Poet», en Grant & Hadley, pp. 3-7.

Searles, Harold F. *The Nonhuman Environment, N.Y.*: International University Pr., Inc., 1960.

*Seeing Providence*, Providence Journal Co., sin fecha.

Selle, W. A.: *Body Temperature (Its Changes with Environment, Disease and Therapy), Springfield, III.: Charles C. Thomas.*

Shaw, Lee: «The Day He Met Lovecraft», en *Brown Alumni Monthly*, LXXII, 7 (Abr. 1972), p. 3.

Shea. I. Vernon: «H. P. Lovecraft: The House and the Shadows», en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, XXX, 5 (Mayo 1966), pp. 82-99.

Skinner, Charles M.: *Myths & Legends of Our Own Land*, Phila.: J. B. Lippincott Co,, 1896,2 vols.

Slonim, Marc: «European Notebook», en el *New York Times Book Review*, 17 Mayo 1970.

Smisor, George: «R. H. Barlow and "Tlalocan"», en *Tlalocan*, III, a (1952), pp. 97-102.

Smith, Clark Ashton: *Selected Poems*, Sauk City: Arkham House, 1971.

Smith, Reginald: *Weird Tales in the Thirties*, Santa Ana, Calif.: impresión privada, 1966.

Solon, Ben: «Lovecraft on the Coorstep», en *Haunted*, I, 3 (Jun. 1968), pp. 87 s.

«Some Notes on Lovecraft», en *The Science Fiction Critic*, I, 10 (Jul. 1932), p. 2.

Spencer. Truman J.: *The History of Amateur Journalism*, N.Y.: The Fossils, Inc, 1957.

Squires. Roy A.: *Hail, Klarkash-Ton*!, Glendale, Calif.: impresión privada, sin fecha.

Starrett, Vincent: *Books and Bipeds*, N.Y.: Argus Books, 1947.

Stoddard, Lothrop: *The Rising Tide of Color (Against White World-Supremacy), N.Y.*: Charles Scribner's Sons, 1922.

Sully, Helen V.: «Memories of Lovecraft, II», en *The Arkham Collector*, I, 4 (Invierno, 1969), pp. 117 s.

Talman, Wilfred B.: «Lovecraft Revisted», en Fresco, X, 2 (Invierno-Primavera, 1960), pp. 48 s.

—: *The Normal Lovecraft*, Saddle River, N.J.: Gerry de la Ree, 1973.

Tenison, Eva Mabel: *Louise Imogen Guiney, Her Life and Works, 1861-1920, Lon.*: Macmillan & Co„ 1923.

Thomas, James Warren: «H. P. Lovecraft: A Portrait in Words», en *Fresco*, IX, 1 (Otoño, 1958), pp. 33-40.

—: *Howard Phillips Lovecraft: A Self-Portrait, tesis doctoral, Brown University, 1950*.

Thoreau, Henry David: *The Portable Thoreau*, N.Y.: Viking Pr„ 1962.

Tierney, Richard L.: «The Derleth Mythos», en Frierson, p. 53.

—: Letter in *Nyctalops*, I, 5 (Oct. 1971), pp. 51 s.

Truchaud, Francois: «The Dream-Quest of Howard Phillips Lovecraft», en *L'Herne*, pp. 15-25.

Unterecker, John: *Voyager, A Life of Hart Crane*, N.Y.: Farrar, Straus & Giroux, 1969.

Versins, Pierre: «Les débuts de Lovecraft dans "Weird Tales"», en *L'Herne*, pp. 30-38

Walter, Dorothy C.: «Lovecraft and Benefit Street», en Grant and Hadley, pp. 8-13.

—: «Three Hours with H. P. Lovecraft», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 178-90.

Wandrei, Donald: «The Dweller in Darkness: Lovecraft, 1927», en HPL: *Marginalia*, pp. 362-69.

—: *«Lovecraft in Providence», en HPL: «The Shuttered Room and Other Pieces»*, pp 124-40.

Warner, Harry, Jr.: *All Our Yesterdays*, Chicago: Advent Publishers, 1969.

—: «Joseph Fann and His Brothers», en *New Frontiers*, II, 1 (Mayo

1964), pp. 8-23.

Weinberg, Robert: «H. P. Lovecraft and Pseudomathematics», en *Nyctalops*, I, 5 (Oct. 1971), pp. 3 s.

—: «Robert E. Howard and the Cthulhu Mythos», en *Nyctalops*, I, 2 (Oct. 1970), p. 6.

Wesson, Helen V.: «The Phenomenon of HPL», en *The Fossil*, LV, n 154 (Jul. 1957), pp. 1,9-17.

—: and Sheldon Wesson: «Revenant: The Vagrant Ghost», en *The Fossil*, LV, n 157 (Abr. 1958), pp. 45, 52-58.

West, Wallace: «Wright or Wrong?» en *Deeper than You Think*, I, 2 (Jul. 1968), pp. 8 s.

Wetzel, George T.: «The Cthulhu Mythos: A Study», en Wetzel (1955), pp. 18-27; reimpreso en Frierson, pp. 35-41.

—: «The Dream-Gate and Other Matters», en *Fantasías*, n 4, pp. 8-11.

—: «An Early Portrait of Lovecraft», en *Renaissance*, II, 2 (Mar. 1953), pp. 3 s.

—: «Genesis of the Cthulhu Mythos», en *Fantasy Commentator, I*, 12 (Otoño, 1946), pp. 24-32.

—: «The Ghoul-Changeling», *en Fantasy Commentator*, III, 5 (Invierno, 1951-52), pp. 131 s.

*—(ed.): HPL: Memoirs, Critiques, and Bibliographies, North Tonawanda: SSR* Publications, 1955.

—: «Lovecraft in the Ashville [sic] Gazette-News», en *Renaissance*, II, 2 (Mar. 1953), pp. 12 s.

—: «A Lovecraft Profile», en *Nyctalops*, II, 1 (n° 8, Abr. 1973), pp. 18 s.

—: «A Lovecraft Randonmonium», en *Destiny*, I, 6 (Invierno-Primavera, 1952), pp. 11 s. 29.

—: «Lovecraft's Amateur Press Works», en *Destiny*, 1,4-5 (Verano-Otoño, 1951), pp. 23 s.

—: «The Mechanistic Supernatural of Lovecraft», en *Fresco*, VIII, 3 (Primavera, 1958), pp. 54-60.

—: «Notes on the Cthulhu Mythos», en HPL: *The Shuttered Room and Other Pieces*, pp. 278-86.

—: «On the Cthulhu Mythos», en *The Arkham Sampler*, II, 2 (Primavera, 1948), pp. 48 s.

—: «The Research of a Biblio», en Wetzel (1955), pp. 41-57.

—: «Some Thoughts on the Lovecraft Pattern», en *Fantasy Commentator*, I, 12 (Otoño, 1946), pp. 316 s„ 322.

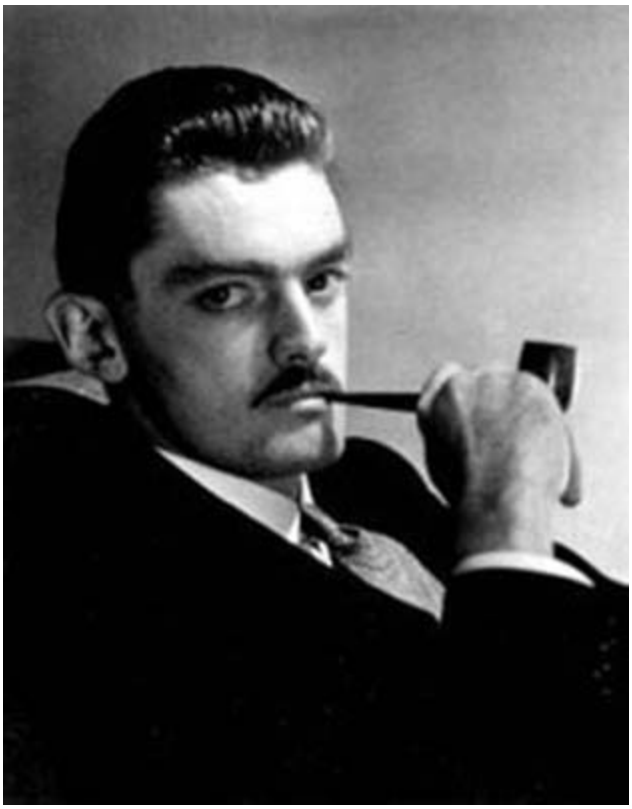
Wilson. Colin: *The Outsider*, Boston: Houghton Mifflin Co., 1956.

—: *The Strenght to Dream (Literature and the Imagination), Boston: Houghton* Mifflin Co., 1962.

Wilson, Edmund: *Classics and Commercials: A Literary Chronicle of the Forties, N.Y.*: Farrar, Straus & Co., 1950.

Wilstach, John: «The Ten-Cent Ivory Tower», en *Esquite*, XXV, 1 (n 146, En. 1946), pp. 83, 160 s.

Wood, Squire G.: *A History of Greene and Vicinity, 1845-1929, Providence: impresión privada, 1936*.



L. SPRAGUE DE CAMP (Nueva York, 1907 - Texas, 2000) fue autor de más de un centenar de obras de ciencia ficción y fantasía. A finales de los años sesenta, sistematizó todo el ciclo de Conan en una serie de doce libros. Su nombre se suma a la lista de autores que continuaron la obra de Robert E. Howard y que contribuyeron, de una forma u otra, a convertir a Conan en un icono popular.

# Notas

[0] (NB: CUANDO en una nota aparece una referencia a un grupo de cartas, los nombres del remitente y del destinatario, si aparecen más de una vez, se omiten después de la primera aparición; p. ej., en la nota 18 del capítulo 4, «HPL a J.F. Morton, Dic. 1926; 30 Jul. 1929; a A. W. Derleth, 20 Ene. 1927» significa «carta de H. P. Lovecraft a James F. Morton, Dic. 1926; carta de H. P. Lovecraft a James F. Morton, 30 Jul. 1929; carta de H. P. Lovecraft a August W. Derleth, 20 Ene. 1927»). <<

[1] H. P. Lovecraft: Providence, líneas 1-8, en Fungi from Yuggoth (1971), p. 1. <<

[2] La dirección era entonces 194, Angell, pero a fínales de la década de 1890 cambió la numeración de las casas. <<

[3] Scott (1961), pp. 59, 68; (1944), p. 319. El registro psiquiátrico original del Hospital Butler fue destruido por un incendio en 1955 y no se dispone de él por ello. <<

[4] HPL a L. P. Clark, 14 Feb. 1925; Scott (1944), pp. 313 s.; (1961), p. 55. <<

[5] Derleth, en HPL: The Dark Brotherhood & Other Pieces, p. 320; Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», p. 3. <<

[6] HPL a H. O. Fischer, fin. Ene. 1937. <<

[7] Davis (1969), p. 117; Cook (1941), p. 10. <<

[8] HPL a H. V. Sully, 15 Ago. 1935; Slonim; Koki, p. I s.; Walter (1959), p. 179. <<

[9] Morton, p. 26. <<

[10] Eisner, p. 3; comunicación de Samuel Loveman en una reunión de la Eastern Science Fiction Assn., Newark, N. J., 2 Mar. 1952. <<

[11] HPL a Rheinhart Kleiner, 25 Nov. 1915; a J. F. Morton, 10 Feb. 1923. En los volúmenes publicados de las Collected Letters de HPL, el nombre mencionado de Kleiner está mal escrito: «Rheinhardt». <<

[12] HPL a J. F. Morton, 1 Mar. 1923; Davis (1949), p. 10. <<

[13] HPL a D. Wandrei, 10 Feb. 1927; Davis (1949) loc, cit. <<

[14] HPL a E. H„ Price, 13 Oct. 1935; a F. B. Long, 17 Oct. 1930. <<

[15] HPL a C. A. Smith, 16 Nov. 1926; a S. Quinn, 11 Sep. 1931; a H. O. Fischer, finales de Ene. 1937. <<

[16] A. Galpin (comunicación personal). <<

[17] Wade. <<

[18] Houtain, p. 3. <<

[19] Según una teoría, esta isla (llamada Aquidneck por los Indios y aún denominada así a veces) le recordaba a un antiguo funcionario a Rodas, en el Mediterráneo; según otra, el nombre procede de Rodtlich Eylandken, «islita rojiza», asignado a una de las islas por un antiguo explorador holandés. <<

[20] HPL a W. B. Taiman, 24 Mar. 1931. <<

[21] Kimball, pp. 307 s. <<

[22] Birmingham, p. 74. <<

[23] Marquand, pp. 10, 15. <<

[24] Birmingham, pp. 19 s.; Clara L. Hess a A. W. Derleth, 18 Oct. 1948. <<

[25] Henry L. P. Beckwith (com. pers.); entrevista con Ethel P. Morrish, 5 Sep. 1972. <<

[26] St. Armand (1966), p. 10; Scott (1961), pp. 54, 68. <<

[27] Edgar Allan Poe: *Dream Land*, 11. 1-8. <<

[28] L. I. Guiney a F. H. Day, 30 Mayo 1892; 14 Jun. 1892; 25 Jul. 1892; 30 Jul. 1892 (Correspondencia Guiney-Day, Biblioteca del Congreso). Louise Guiney jamás nombró a los Lovecraft, pero es evidente a quienes se refiere. <<

[29] HPL a J. V. Shea, 4 Feb. 1934. <<

[30] Koki, p. 9. Koki lleva fecha equivocada, 1898, del colapso de W. S. Lovecraft. <<

[31] Certificado de defunción de W. S. Lovecraft; Keller (1958), p. 24. <<

[32] Davis (1969), p. 117; (1949), p. 7. <<

[33] Adams, pp. 384 s. <<

[34] HPL a R. Kleiner, 16 Nov. 1916. <<

[35] HPL a J. V. Shea, 4 Feb. 1934. <<

[36] HPL a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927. <<

[37] HPL: «A Confession of Unfaith», p. 19; HPL a R. E. Howard, 30 Oct. 1931. <<

[38] HPL: «A Confession of Unfaith», p. 20; parafraseado en HPL a E. F. Baird, 3 Feb. 1924; a R. Michael, 20 Jul. 1929; a R. E. Howard, 30 Oct. 1931. <<

[39] Machen (1951), p. 28. <<

[40] HPL a M. W. Moe, 5 Abr. 1931. <<

[41] HPL a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927: HPL, «Some Notes on a Nonentity», p. XI. <<

[42] Adams, p. 11; HPL a R. H. Barlow, 16 Mar. 1935; a A. W. Derleth, 9 Sep. 1931; a E.F. Baird, 3 Feb. 1924. <<

[43] HPL a Z. B. Reed, 13 Feb. 1928; a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; a R. Bloch, h. 1 Sep. 1933. <<

[44] Gough, pp. 248,364; HPL a Z. B. Reed, 13Feb. 1928; a J. V. Shea, 10 Nov. 1931. <<

[45] HPL: *Night-Gaunts*, 11. 1-8, en *Fungí from Yuggoth* (1971), p. 125. <<

[46] HPL a M. W. Moe, 1 Ene. 1915; a R. Kleiner, 16 Nov. 1916. <<

[47] Cook (1943), p. 428; (1941), p. 10; entrevista con Ethel P. Morrish, 5 Sep. 1972. <<

[48] HPL: *The Shuttered Room & Other Pieces*, pp. 45 s.; HPL a J. V. Shea, 19 Jul. 1931. <<

[49] Koki, p. 8; Clara L. Hess, en el *Providence Journal*, 19 Sep. 1948, VI, p. 8, col. 1. <<

[50] Davis (1948), col. 1; (1949), p. 5; HPL a A. W. Derleth, 4 Dic. 1935; a R. F. Searight, 5 Mar. 1935. <<

[51] HPL a R. Bloch, Nov. 1933; a J. V. Shea, 23 Sep. 1933. <<

[52] HPL (a R. Kleiner, 16 Nov. 1916) dice: «Entré en el nivel más alto de la escuela primaria», pero no creo que la escuela hubiera permitido que un niño de siete años, por mucho talento que tuviera, empezara en el cuarto grado. Sí es posible que empezara en el segundo. Muriel Eddy (com. pers.) dice que Annie Gamwell «poseía una cantera de calizas en East Providence, R. I., que vendió por motivos económicos para ayudar a la Sra. Lovecraft después de la muerte de su marido». Se echan de menos detalles y fechas. <<

[53] HPL a M. W. Moe, 1 Ene. 1915; Cook (1943), *loc. cit.*; HPL a R. H. Barlow, 10 Abr. 1934; a V. Finlay, 24 Oct. 1936. <<

[54] HPL: *The Outsider & Others*, p. 281; HPL a J. V. Shea, 22 Dic. 1932. <<

[55] HPL a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927; a J. V. Shea, 4 Feb. 1934. <<

[56] HPL a B. A. Dwyer, *Op. cit.*; a R. Michael, 8 Jul. 1929. <<

[57] HPL: The Shuttered Room & Other Pieces, pp. 46 s. <<

[58] Ibid., pp. 48-52. <<

[59] Ibid., pp. 52 s. <<

[60] HPL a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927; a H. O. Fischer, fines de Ene. 1937; a A. Galpin, 29 Ago. 1918; G. Wetzel (com. pers). <<

[61] HPL a R. H. Barlow, 24 Mayo 1935; HPL a J. V. Shea, 4 Feb. 1934; a R. Bloch, h. 1 Sep. 1933; a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; a H. V. Sully, 4 Dic. 1935. <<

[62] HPL a R. Kleiner, loe. cit:, a A. W. Derleth, 17 Feb. 1931; a A. Galpin, 27 Mayo 1918. Este chalé es probablemente el de Great Meadow Hill que HPL visitó con Harold Munroe en verano de 1921; ver HPL a R. Kleiner, 11 Ago. 1921. <<

[63] HPL a Z. B. Reed, 8 Sep. 1927; a E. F. Baird, 3 Feb. 1924; a R. F. Searight, 16 Abr. 1935; a M. W. Moe, 5 Abr. 1931; a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; Providence Journal, 31 Mar. 1904. <<

[64] H. P. Lovecraft: *Despair*, 11. 1-8, en *Fungi from Yuggoth* (1971), p. 80. <<

[65] HPL a J. V. Shea, 4 Feb. 1934. <<

[66] HPL a H. O. Fischer, 10 Ene. 1937. En HPL a D. W. Rimel, 23 Jul. 1934, Lovecraft alude a «algunos gallos de Bantam que yo tenía», pero sin indicación de cuándo los tuvo. Deduzco que fue antes de Marzo de 1904, cuando aún vivía en el 454 de Angell St. <<

[67] HPL a C. A. Smith, 17 Ene. 1930; a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; Scott (1961), p. 56; Koki, p. 20. <<

[68] HPL a J. V. Shea, *op. cit.*; Koki, p. 21. <<

[69] HPL: *Marginalia*, pp. 268-75. <<

[70] HPL a A. W. Derleth, 23 Sep. 1933; a H. O. Fleischer, fines de Ene. 1937. <<

[71] HPL a R. Bloch, 1 Jun. 1933; Muller, pp. 5 s. <<

[72] *The United Amateur*, XVI, 4 (Nov. 1916), pp. 53-57; HPL: *The Shuttered Room & Other Pieces*, pp. 54-63. Las citas siguen la copia de la versión anterior. En la versión posterior, se han expurgado la mayoría de las excentricidades tipográficas. <<

[73] *The Scientific American*, XCV, 8, (25 Ago. 1906), p. 135; HPL a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; 19Feb. 1916; Faig: *Howard Phillips Lovecraft…*, p. 46; HPL a K. J. Sterling, 20 Nov. 1935. <<

[74] HPL a A. Galpin, 21 Ago. 1918; a M. W. Moe, 5 Abr. 1931; a F. B. Long, 19Nov. 1920; W. M. S. Russell: «To Seek a Fortune», en *The Listener* LXXX, 2060 (19 Sep. 1968), p. 365. <<

[75] HPL a M. F. Bonner, 1 Abr. 1936; a A. T. Renshaw, 30 Mar. 1936; a F. B. Long, 3 Nov. 1930; a E. H. Colé, 30 Sep. 1923; a K.J. Sterling, Jun. 1935; a C. A. Smith, 22 Oct. 1933. En HPL a W. V. Jackson, 7 Oct. 1921, Lovecraft afirma haber perdido el Brownie, pero al parecer volvió. <<

[76] Koki, *loe. cit.*; HPL a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927. Lovecraft no aparece nunca en las listas de los graduados de la High School de Hope Street. <<

[77] HPL a E. F. Baird, 3 Feb. 1924; a R. Kleiner, 16 Nov. 1916. <<

[78] HPL a E. F. Baird, *op. cit.*; a R. H. Barlow, 10 Abr. 1934; a H. V. Sully, 4 Dic. 1935. <<

[79] W. Peter Sax, M. D. (com. pers.); Everts & «Gamwell» (1973), p. 24. <<

[80] HPL a M. W. Moe, 5 Abr. 1931. <<

[81] HPL a J. F. Morton, Dic. 1926; 30 Jul. 1929; a A. W. Delreth, 20 Ene. 1927; a M. F. Bonner, 4 Mayo 1936; a W. Conover, 23 Sep. 1936. <<

[82] HPL a C. A. Smith, 15 Oct. 1927; a H. V. Sully, 4 Dic. 1935. <<

[83] Dennis Gabor: *The Mature Society* (N. Y.: 1972), p. 58. <<

[84] HPL a W. Conover, 23 Sep. 1936. <<

[85] Elizabeth Akers Alien: *Rock Me to Sleep*, st. 1. <<

[86] EDWIN Arlington Robinson: *Miniver Cheevy*. <<

[87] HPL a R. H. Barlow, 8 Ago. 1933; Virginia W. (Sra. de Carlos G.) Wright a W. T. Scott, 23 Sep. 1948, citado en el *Providence Journal*, 3 Oct. 1948 & HPL: *Something About Cats*, pp. 249 s; HPL a A. Galpin, 27 Mayo 1918. La condición de Lovecraft se parece a la que alguna vez se ha llamado «acedía» de «accidia». <<

[88] HPL a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; a H. O. Fischer, fines de Ene. 1937. <<

[89] H. V. Wesson, p. 9; R. Knight, *Intelligence and Intelligence Tests* (Lon.: 1959), citado en J. R. Baker: *Race* (Lon.: 1974), p. 496. HPL a F. L. Baldwin, 1934, en *The Acolyte*, I, 4 (Verano, 1943), pp. 22 s. <<

[90] HPL a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927. <<

[91] HPL a A. Galpin, 21 Ago. 1918; 29 Ago. 1918. <<

[92] W. Peter Sax (com. pers.); W. T. Scott (1944), p. 3; (1961), p. 68; HPL a E. H. Price, 15 Feb. 1933; a A. Galpin, 29 Ago. 1918. <<

[93] Shea, pp. 83 s.; *Providence Journal*, 19 Sep. 1948; 3 Oct. 1948; Clara L. Hess a A. W. Derleth, 9 Oct. 1948. En su artículo, Shea me menciona equivocadamente entre los críticos que «se han mostrado especialmente hostiles hacia Lovecraft y sus obras» (p. 82). Como Shea y yo en lo sucesivo hemos convenido en nuestra correspondencia, yo no debería, si hubiera sido así de hostil, haber perdido el tiempo con este libro. <<

[94] Cook (1941), pp. 7 s. <<

[95] HPL a E. H. Price, 18 Nov. 1932; Scott (1961), pp. 56 s. <<

[96] HPL a V. Finlay, 24 Oct. 1936; Cook, *op. cit*., p. 9; (1943), p. 428; HPL a A. W. Derleth, principios de Dic. 1927. HPL calzaba un ocho de zapatos. <<

[97] Marquand, p. 25; HPL a M. W. Moe, 15 Mayo 1918; a E. H. Price, 13 Ene. 1935; Taiman, p. 14. <<

[98] HPL: «Department of Public Criticism», en *The United Amateur*, XVI, 8 (Mayo 1917), p. 109; HPL a J. V. Shea, 22 Dic. 1932; *The Zenith* (Ene. 1921), p. 5; HPL a F. B. Long, 26 Ene. 1921; a R. H. Barlow, 10 Abr. 1934; a S. P. Lovecraft, 30 Nov. 1911. <<

[99] HPL a J. V. Shea, 30 Oct. 1931; Wandrei (1944), pp. 368, 364; Price (1944), p. 19. El Maxfield's fue vendido más tarde y se convirtió en un restaurante francés; vendido de nuevo, hoy es el Restaurante Far East, redecorado en estilo chino y con una oferta de comida china y polinesia. <<

[100] «Cats & Dogs», en *Leaves* (Verano de 1937); reimpreso como «Something About Cats» en *Something About Cats & Other Pieces*, pp. 3-18; HPL a J. F. Morton, Dic. 1926. <<

[101] Starrett, p. 120; Galpin (1959), pp. 194 s.; HPL a R. Kleiner, 13 Mayo 1921. <<

[102] HPL a J. V. Shea, 4 Oct. 1931; a A. W. Derleth, 16 Ene. 1931; a R. F. Searight, 4 Nov. 1935. <<

[103] HPL: New-England Fallen, en Fungi from Yuggoth (1971), pp. 15-20.
<<

[104] HPL a E. H. Colé, 23 Nov. 1914; al Gallomo, 1920. <<

[105] HPL a R. Kleiner, 16 Nov. 1916; The Argosy, LXIII, 2 (Sep. 1913), pp. 478 s. <<

[106] The Argosy, LXXIV, 1 (Dic. 1913), p. 237; LXXVI, 2 (Mayo 1914), p. 478. <<

[107] The Argosy, LXXIV, 1 (Dic. 1913), citado en The Golden Atom, n 9 (Dic. 1940), p. 12. <<

[108] The Argosy, LXXVI, 2 (Mayo 1914), p. 477. <<

[109] The Argosy, LXXVII, 3 (Oct. 1914), p. 718. <<

[110] All-Story Weekly, XXIX, 1 (14 Mar. 1914), p. 223; CXIV, 3 (15 Nov. 1919), p. 528. La primera cita también aparece en Moskowitz, p. 373; pero Moskowitz tiene mal la fecha, 7 de Marzo de 1914. <<

[111] Keffer, p. 82; Barlow (verano, 1943). Derleth (Oct. 1958) corrigió la afirmación de Keffer sobre que «Cónsul Hasting» y «Randolph St. John» eran seudónimos de HPL, atribuyéndoselos a Alfred Galpin y Rheinhart Kleiner respectivamente. Moskowitz (p. 378) especuló con que HPL usó «Augustus T. Swift» para evitar otra controversia; no es imposible, pero HPL para entonces había adquirido el hábito de usar seudónimos al menor pretexto. <<

[112] HPL a C. A. Smith, 25 Mar. 1923; a B. A. Dwyer, 3 Mar. 1927. <<

[113] Providence Evening News, 1 Mayo 1917, p. 5; 2 Oct. 1917, p. 4; 31 Oct. 1914, p. 10. <<

[114] HPL a M. W. Moe, 8 Dic. 1914; a A. W. Derleth, 26 Nov. 1932; The Tryout, VI, 7 (Jul. 1920). El conflicto Swift-Partridge es narrado en L. S. de Camp & C.C. de Camp: Spirits, Stars, & Spells (N. Y.: 1966), pp. 28 s. Como algunos aficionados más, C. W. Smith de The Tryout no numeraba las páginas. <<

[115] HPL a E. H. Colé, 9 Nov. 1914; 13 Mayo 1918; The Tryout, V, 4 (Abr. 1919), pp. 13 s.; Wetzel (1973), p. 19. <<

[116] The Tryout, III, 3 (Feb. 1917); reimpreso en Wetzel (1955), p. 27. El poema está impreso «con disculpas hacia W. Raleigh, esq., puesto que es una parodia obvia de The Nymphs» Reply to the Passionate Shepherd de *Sir* Walter Raleigh, que a su vez era una parodia de The Passionate Shepherd to His Love de Marlowe, que también fue parodiado en The Tryout, II, 11 (Oct. 1916), en The Modern Businessman to His Love, de Olive G. Owen. <<

[117] HPL a E. H. Colé, 23 Nov. 1914. <<

[118] The Providence Amateur, I, 1 (Jun. 1915), pp. 1 s. <<

[119] HPL a R. Kleiner, 4 Jun. 1916; a A. Galpin, 29 Ago. 1918; The Tryout, III, 3 (Feb. 1917); J. T. Dunn (com. pers., 16 Nov. 1973); Lovecraft & Dunn; Wetzel (1973), p. 19. <<

[120] The Conservative, I, 1 (Abr. 1915), pp. 2 s. Lovecraft cambió de editores en el último momento, y aparentemente el nuevo editor rechazó la personal ortografía de Lovecraft, como en «civilisation». <<

[121] Herodoto, I, 134; Aristóteles: Política, VII; A. J. Toynbee: A Study of History (Lon.: 1934), I, p. 161. <<

[122] Hofstadter, p. 162; Marquand, p. 216. <<

[123] Santayana, p. 29; Scott (1961), p. 101 (refiriéndose a Booth Tarkington); HPL a H. O. Fischer, 10 Ene. 1937. <<

[124] All-Story Cavalier Weekly, XL, 3 (9 Ene. 1915), p. 546; ms. en la Biblioteca John Hay, Brown Univ.; Koki, pp. 30 s.; Thomas, pp. 19 s. De Triumpho Naturae está dedicado al Prof. W. B. Smith de la Univ. de Tulane, autor de The Colour Line y también de The Birth ofthe Gospel (1933), con el cual intentaba demostrar, por medio de argumentos eruditos, pero rebuscados, que Jesús fue un personaje puramente mítico, como Osiris. <<

[125] Ripley, p. 455; Gobineau, pp. 107, 126,23 s. Gobineau también alabó a los judíos y a los armenios. <<

[126] Una excepción parcial es el Dr. Carleton S. Coon, el cual en algunos de sus libros de antropología apunta a que piensa que la raza caucásica o blanca es superior a la negra o negroide, pero también que la amarilla o mongoloide es superior a ambas. <<

[127] Para Chamberlain, ver William L. Shirer: The Rise and Fall of the Third Reich (N. Y.: 1960), pp. 152-59. <<

[128] Chamberlain, I, p. 266. Para el «Teutons» del traductor, Chamberlain usaba el término erudito Germanen, que tiene la misma connotación en alemán. <<

[129] Ripley, pp. 526-29; Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», p. 40; HPL a R. Kleiner, 4 Dic. 1918. De hecho, Ripley llamaba a los nórdicos «Teutones», pero el término «Nórdicos» fue sustituido más tarde porque «Teutónico», como «Céltico» o «Semítico», es un término lingüístico, no étnico. <<

[130] HPL: *Regnar Lodbrug's Epicedium (An 8th Century Funeral Song)*, *The Acolyte*, II, 3 (Verano 1944); *Fungí from Yuggoth* (1971), p. 50. Parte de una traducción del latín incompleta de Lovecraft de Olaus Wormius. <<

[131] *The Conservative*, I, 2 (Jul. 1915), p. 4. <<

[132] *Ibid*., p. 5. <<

[133] Isaacson (Jun. 1915), pp. 7 s.; *The Conservative*, I, 2 (Jul. 1915), pp. 9 s. Éste y otros editoriales de HPL en *The Conservative* son citados más detalladamente en *Something About Cats*, pp. 252-77. <<

[134] Isaacson (Opus 2), pp. 8 s. <<

[135] Fletcher Pratt: *Secret & Urgent* (N. Y.: 1939), p. 85; HPL a J. F. Morton, 26 Mayo 1923; *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), p. 5. Al parecer, Lovecraft no sabía que en el habla de muchos contemporáneos de Pope, rimaban «join» y «line», pronunciados con diptongo (como el que se usa hoy en el dialecto proletario neoyorquino en «learn») entre los que se usan hoy en «join» y «line». <<

[136] *The Conservative*, I, 3 (Oct. 1915), pp. 8, 10. <<

[137] HPL a E. H. Colé, 23 Nov. 1914; a R. Kleiner, 28 Mar. 1915; 14 Sep. 1915. <<

[138] HPL a R. Kleiner, 30 Sep. 1915; a A. de Castro, 14 Oct. 1934. <<

[139] HPL a E. H. Colé, 30 Sep. 1923; a R. Kleiner, 14 Oct. 1917. <<

[140] HPL a R. Kleiner, 25 Nov. 1915. <<

[141] *The United Amateur*, XV, 7 (Feb. 1916), pp. 85 s. <<

[142] *The Conservative*, V, 1 (Jul. 1919), pp. 9 s. <<

[143] Kleiner (1949), pp. 218 s; HPL a R. F. Searight, 15 Oct. 1933. <<

[144] HPL a M. W. Moe, 18 Mayo 1922. <<

[145] Loveman (1936), p. 74; HPL a R. Kleiner, 8 Nov. 1917; a F. B. Long, 8 Feb. 1922. <<

[146] HPL a A. T. Renshaw, 3 Mayo 1922; a M. W. Moe, 18 Mayo 1922. <<

[147] HPL a F. B. Long, 21 Ago. 1926. <<

[148] HPL a R. Kleiner, 23 Dic. 1917; 4 Dic. 1918; a F. B. Long, 3 Nov. 1930; Wandrei (1959), p. 125. <<

[149] Scott (1961), p. 71; *Lord Chesterfield's Letters to His Son*, Carta XXI, 11 Dic, 1747 (estilo antiguo). <<

[150] Secta religiosa extendida en U.S.A. y Canadá, cuyas asambleas se caracterizan por su frenética excitación (N. del T.) <<

[151] HPL a ES. Colé, 16Ene. 1919: a R. Kleiner, 140ct. 1919; al Kleicomolo, Oct. 1916. <<

[152] HPL al Kleicomolo, Oct. 1916; a R. Kleiner, 25 Nov. 1915; a M. W. Moe, 15 Mayo 1918. <<

[153] HPL al Kleicomolo, 8 Ago. 1916; a R. Kleiner, 23 Feb. 1918; 14 Sep. 1919. <<

[154] HPL a R. Kleiner, 10 Ago. 1915; a J. F. Morton, 10 Feb. 1923; a F. B. Long, 13 Mayo 1923. <<

[155] HPL a R. Kleiner, 23 Mayo 1917; 23 Feb. 1918. <<

[156] HPL a R. Kleiner, 22 Jun. 1917; 27 Ago. 1917; a M. W. Moe, 30 Mayo 1917. Edward H. Colé (Colé, p. 14) repite una historia que oyó de Dunn, el colega de Lovecraft en el Providence Amateur Press Club, según la cual HPL intentó alistarse en el ejército británico en 1914-15, pero le disuadieron sus tías. Como Lovecraft nunca mencionó semejante episodio, probablemente no es más que una versión falseada de la historia del abortado alistamiento de HPL en la Guardia Nacional de R. I. <<

[157] HOFFMAN, p. 199. <<

[158] *The inspiration* (Abr. 1917), pp. 3 s.; *The Dixie Booster*, IV, 4 (Primavera 1916), p. 9. <<

[159] Davis (1948), p. 8, col. 2; HPL a E. Tolridge, 25 Jun. 1933; a R. Kleiner, 16 Jul. 1919; 21 Ago. 1919; *Weird Tales*, XXX, 3 (Sep. 1937), p. 341, & *Fungí from Yuggoth* (1971), p. 95; HPL a R. Kleiner, 4 Abr. 1918. <<

[160] *The Tryout*, III, 7 (Jun. 1917), por «Lewis Theobald, Jun.»; HPL: *Selected Poetry (Second Series)*, p. 15. C. W. Smith cometió una errata con «amorous», que convirtió en «armours». La falsa rima de los versos 2 & 4 es probablemente otra errata. <<

[161] *The Tryout*, VI, 1 (Ene. 1920); *The Vagrant*, Jul. 1918; *Fungí from Yuggoth* (1971), p. 82. *Laeta* aparecía en *The Tryout* para Feb. 1918. En *To Phillis* la palabra «and» del verso sexto es probablemente una errata por «had». <<

[162] *The Vagrant* (Primavera, 1917), por «Albert Frederick Willie»; HPL: *The Doom that Carne to Sarnath*, pp. 82 s. <<

[163] Macauley, p. 43. <<

[164] HPL: *The Outsider & Others*, pp. 6, 140; *Dagon & Other Macahre Tales*, pp. 8 s.; *The Doom that Carne to Sarnath*, p. 22. No estoy seguro de que «The Tomb» fuera escrito antes que «Dagon»; pero es el primero de los dos a los que se alude en las cartas de HPL. <<

[165] HPL: The Notes & Commonplace Book Employed by the late H. P. Lovecraft…; Beyondthe Wall of Sleep, pp. XV-XXVII; The Shuttered Room & Other Pieces, pp. 97-123; HPL a R. Kleiner, 20 Ene. 1920; 7 Mar. 1920. <<

[166] Leaves, II (1938); HPL: Marginalia p. 285; Dagon & Other Macabre Tales, p. 335. «Azathoth» es probablemente una combinación de «azoth», el nombre de los alquimistas medievales para el mercurio, y «Thoth», la versión griega del dios egipcio con cabeza de ibis de la sabiduría, Tehuti. <<

[167] The Philosopher, I, 1 (Dic. 1920), pp. 3 s.; HPL: The Outsider & Others, pp. 7 s.; Dagon & Other Macabre Tales, pp. 19-22. <<

[168] Cárter (1972), p. 21; HPL a A. Galpin, 14 Nov. 1918; a R. F. Searight, 31 Ago. 1933; St. Armand (1966), p. 45; Koki, p. 208. <<

[169] HPL a A. T. Renshaw, 24 Feb. 1936; Bush, pp. 89, 122. <<

[170] The United Co-Operative, 1,3 (Abr. 1920), pp. 1-6; HPL: The Outsider & Others, pp. 210-14; The Horror in the Museum & Other Revisions, pp. 3-9. <<

[171] The Vagrant (Primavera, 1927), pp. 188-95; HPL: Beyond the Wall of Sleep, p. 218; The Horror in the Museum & Other Revisions, p. 15. <<

[172] HPL: The Shuttered Room & Other Pieces, p. 63; Clara L. Hess a A. W. Derleth, 9 Oct. 1948, citado en HPL: Something About Cats, p. 249. <<

[173] Scott (1961), p. 60; HPL a R. Kleiner, 30 Mar. 1919. <<

[174] HPL a S. P. Lovecraft, 24 Feb. 1921; 17 Mar. 1921. <<

[175] HPL a E. J. Davis, 12 Mayo 1925; Scott, op. cit., p. 68; Keller (1958), p. 22; The Silver Clarion, III, 1 (Abr. 1919), pp. 8 s. <<

[176] The National Amateur (Jul. 1919); HPL: The Shuttered Room & Other Pieces, pp. 85-96. <<

[177] HPL a A. T. Renshaw, 1 Jun. 1921. <<

[178] Pine Cones, I, 6 (Oct. 1919), pp. 2-9; HPL: Beyond the Wall of Sleep, pp. 33-39; The Doom that Carne to Sarnath, pp. 39-50. <<

[179] The United Co-Operative, I, 2 (Jun. 1919, como «Lewis Theobald, Jr.»), p. 8; HPL: Beyond the Wall of Sleep, p. 3; The Doom that Carne to Sarnath, pp. 52 s. <<

[180] The United Amateur, XX, 2 (Nov. 1920), pp. 19 s.; HPL: Beyond the Wall of Sleep, pp. 6 s.; The Doom that Carne to Sarnath, pp. 57-60; HPL a R. Kleiner, 14 Dic. 1921. Las elipsis (…) del primer párrafo de «Nyarlathotep» son mías; el resto, de HPL. <<

[181] De ahí que el nombre de «Amenhotep» signifique «Amen está satisfecho». Muchos nombres bantúes empiezan por n palatalizada (=ny o la ñ española). Para las teorías sobre la pronunciación de los nombres egipcios antiguos, véase mi Great Cities of the Ancient World, p. 43. <<

[182] HPL a C. A. Smith, 14 Abr. 1949; Amory, pp. 33 s.; HPL a R. Kleiner, 9 Nov. 1919; a E. Tolridge, 8 Mar. 1929. La carta a Smith, una década después del acontecimiento, atribuye este «shock» a A Dreamer's Tales—, pero en sus cartas de 1919, Time and the Gods es el primer libro de Dunsany que se menciona. Koki (p. 58) entendió mal la alusión de HPL, en su artículo «Dunsany and His Work», al «eyeglass» de Dunsany, interpretando que Dunsany tenía un ojo de cristal. <<

[183] The Tryout, V, 11 (Nov. 1919), pp. 11 s.; Wetzel (1955), III, p. 2, The Tryout, V, 12 (Dic. 1919), pp. 12 s. <<

[184] The United Amateur, XIX, 2 (Nov. 1919), pp. 30-33; HPL: Beyond the Wall of Sleep, pp. 24-27; Dagon & Other Macabre Tales, pp. 41-46; HPL a S. Quinn, 11 Sep. 1931. <<

[185] The Tryout, VI, 11 (Nov. 1920), pp. 3-9; HPL: The Outsider & Others, pp. 19, 121; Dagon & Other Macabre Tales, pp. 56, 47; The Spectator, nº 418 (30 Jun. 1912), citado en Fish, pp. 28 s. <<

[186] The Tryout, VI, 11 (Nov. 1920; VI, 5 (Mayo 1920); HPL: The Outsider & Others, pp. 19, 28-31, 121; Dreams & Fancies, pp. 77, 61-68. La historia sigue de cerca su explicación en una carta al Gallomo del 11 Dic. 1919, en la que HPL narra el sueño. <<

[187] The Rainbow, II, 2 (mayo 1922), pp. 10 s; HPL: The Outsider & Others, pp. 10-13; The Dream Quest of Unknown Kadath, pp. 142-50. En las historias posteriores de Lovecraft, «Innsmouth» es una ciudad imaginaria de Nueva Inglaterra. Es posible que Lovecraft olvidara que en «Celephais» dio a un lugar de Inglaterra ese nombre. <<

[188] Weird Tales, XXXII, 4 (Nov. 1938), pp. 617, 26; The Tryout, VII, 4 (Jul. 1921), pp. 11-15; HPL: The Outsider & Others, pp. 113-20, 138 s., 234-41; Dagon & Other Macabre Tales, pp. 73-85. <<

[189] Weird Tales, XXXII, 4 (Oct. 1938), pp. 489-92; HPL: Beyond the Wall of Sleep, pp. 13 s.; The Doom that carne to Sarnath, pp. 2-7. Las elipsis son de HPL. <<

[190] HPL a J. V. Shea, 19 Jun. 1931; HPL: The Outsider & Others, p. 63; The Dunwich Horror & Others, p. 53; Koki, p. 138; HPL a R. Kleiner, 23 Ene. 1920; a E. F. Baird, 3 Feb. 1924. <<

[191] Houtain & Cook, pp. 6, 22; Wetzel (1953), p. 3; HPL a R. Kleiner, 10 Sep. 1920. Algunos escritores sobre Lovecraft han confundido las reuniones de Julio y Agosto, tratándolas como si hubieran sido una sola. <<

[192] The Boys' Herald, LXXII, 1 (Ene. 1943), pp. 6 s.; HPL a S. P. Lovecraft, 24 Feb. 1921; Davis (1948), col. 1. <<

[193] Scott (1961), p. 61; certificado de defunción de Sarah Susan Lovecraft. La carta en la que HPL cuenta a su madre la fiesta del día de San Patricio, fechada el 17 Mar. 1921, debió de ser escrita el 24 de Marzo, pero fechada equivocadamente. <<

[194] W. S. Gilbert: *Patience*, Acto I. <<

[195] HPL a R. Kleiner, 12 Jun. 1921; a W. V. Jackson, 7 Oct. 1921. <<

[196] Inventario de las posesiones de H. P. Lovecraft, 21 Abr. 1937, & de A. E. P. Gamwell, 13 Mar. 1941, Juzgado Testamentario de Providence. <<

[197] Thorstein Veblen: *The Theory ofthe Leisure Class* (N.Y.: 1931), p. 42; HPL a R. Kleiner, 12 Jun. 1921; J. K. D. (?) a E. HG. Colé, 26 Mar. 1937: HPL a A. E. P. Gamwell, 19 Ago. 1921. <<

[198] HPL a R. Kleiner, 12 Mar. 1922; 15 Ene. 1922; *Home Brew*, nº 6; HPL: *Beyond the Wall of Sleep*, p. 75; *Dagon and Other Macabre Tales*, p. 150. <<

[199] HPL a R. Kleiner, 30 Jul. 1921; 11 Ago. 1921. <<

[200] S. Loveman a G. de la Ree, 16. Jul. 1973; HPL a M. W. Moe, 18 Mayo 1922; Galpin (1959), p. 199; HPL a W. V. Jackson, 7 Ago. 1921; a R. Kleiner, 21 Sep. 1921. <<

[201] HPL a M. W. Moe, 18 Mayo 1922; A. W. Derleth (com. pers., 8 Sep. 1953); E. H. Colé a A. W. Derleth, 19 Dic. 1944 (Derleth, 1945, p. 15); *The Rainbow*, I, 1 (Oct. 1921), pp. 9s. <<

[202] HPL: «Americanism», pp. 119 s.; HPL a R. Kleiner, 21 Sep. 1921; a M. W. Moe, 21 Jun. 1922. <<

[203] HPL: «A Confession of Unfaith», p. 22. <<

[204] *The National Amateur*, XVIII, 6 (Jul. 1919); HPL: *The Outsider & Others*, pp. 127-31; *The Dunwich Horror & Others*, pp. 121-29. Derleth (1945), p. 117, y en HPL: *Dagon & Other Macabre Tales*, p. VII, dice que «The Picture in the House» fue escrito en 1920; pero en HPL a R. Kleiner, 14 Dic. 1921, HPL dice que lo había acabado dos días antes. <<

[205] Cuando se reeditó la historia en *Weird Tales* para Ene. 1924, Eduardo López, por un error tipográfico, se convirtió en «the sailor Lopex», y esta errata se ha perpetuado en reimpresiones posteriores. Condra argumenta convincentemente que Lovecraft extrajo su información de Pigafetta y López vía *Man's Place in Nature* (1863) de Thomas Huxley. <<

[206] Cárter: «H. P. Lovecraft: The Books»; de Camp: «Books that never were»; Home; *Home Brew*, Ene., Feb., Mar., Abr., 1922; HPL *The Outsider & Others*, pp. 14-18,242-54; *Beyond the Wall ofSleep*, pp. 45-49; *Dagon and Other Macabre Tales*, pp. 155, 160-86. El ficticio *Book of Thoth* original es confundido a veces con los tratados de alquimia medievales atribuidos a un igualmente ficticio «Thoth-Hermes». <<

[207] HPL a M. W. Moe, 18 Mayo 1922; *Jersey City American Standard*, 20 Sep. 1859; *Chicago Tribune*, 25 Jul. 1876; *Chicago Times*, 6 Mayo 1886, citado en Herbert G. Gutman: «Work, Culture, and Society», *en The American HistoricalReview*, LXXVIII, 3 (Jun. 1973), p. 584; HPL a F. B. Long, 9 Jun. 1922; Davis (1948), cois. 1, 3; (1949), pp. 5, 7. <<

[208] HPL a A. Galpin, 30 Jun. 1922; a F. C. Clark, 4 Ago. 1922; a J. F. Morton, 8 Ene. 1924. <<

[209] C. A. Smith a G. Sterling, 26 Mar. 1926; C. A. Smith: *Selected Poems* (1971), p. 103. <<

[210] HPL a R. Kleiner, 11 Ene. 1923; a J. F. Morton, 10 Feb. 1923; 24 Feb. 1923. <<

[211] Cook (1941), p. 62; *Weird Tales*, II, 2 (Sep. 1923), pp. 80, 82. <<

[212] HPL a F. B. Long, 12 Mayo 1923. <<

[213] W. S. Gilbert: *Patience*, Acto I. <<

[214] HPL a J. F. Morton, 8 Mar. 1923. <<

[215] HPL a F. B. Long, 24 Jul. 1923; Machen (1951), p. 193; Boswell: *Life of Dr. Johnson*, II, p. 16; HPL a A. W. Derleth, ppo. Oct. 1932; a R. Kleiner, 14 Dic. 1921. «Boarish» no es una errata de «boorish» sino un arcaísmo que significa «cruel, bestial». <<

[216] The Conservative, nº 13 (Mar. 1923), p. 7; M. E. Eddy: The Gentieman from Angell Street, p. 4. <<

[217] C. M. Eddy, Jr., p. 245; Cook (1941), p. 33; HPL a R. F. Searight, 4 Nov. 1935; HPL: The Dark Brotherhood & Other Pieces, p. 100. <<

[218] Derleth (com. pers., 8 Sep. 1953); Davis (1948), col. 3. Koki (pp. 102 s.) repite una historia que oyó de alguien que supuestamente la recogió del mismo Lovecraft: que Sonia convenció una vez a Lovecraft, en el curso de una visita a Nueva York, para que pasara la noche en el sofá en lugar de buscar alojamiento, y que luego le obligó a casarse con ella diciéndole que la había «comprometido». No he encontrado confirmación de esta historia, que parece no encajar en ninguno de los dos caracteres. <<

[219] Davis, op. cit., cois. 2 s.; HPL a L. P. Clark, 9 Ago. 1922; a C. A. Smith, 25 Ene. 1924. <<

[220] HPL: The Outsider & Others, p. 85; The Dunwich Horror & Others, p. 52. <<

[221] HPL a E. F. Baird, 3 Feb. 1924. Las elipsis después de «poet» son de HPL, las demás mías. <<

[222] Davis (1948), col. 3. <<

[223] M. E. Eddy (1968), p. 93; Thomas, pp. 43 s.; Keller (1958), pp. 22 s.; A. W. Derleth (com. pers.). <<

[224] Gissing, pp. 42,46, 148 s,, 31. <<

[225] E. H. Colé a A. W. Derleth, 19 Dic. 1944 (Derleth, 1945, p. 15); Shea, p. 90; HPL a J. V. Shea, 14 Ago. 1933; 4 Feb. 1944. <<

[226] HPL a A. W. Derleth, 16 Feb. 1933; a R. H. Barlow, 30 Ago. 1936; Eric Bentley: The Cult ofthe Superman (1969), passim. Ver también Colin Wilson (1962), cap. v. <<

[227] HPL a J. V. Shea, 13 Oct. 1931. <<

[228] Cook (1941), p. 13; (1968), p. 12; HPL a R. Kleiner, 23 Ene. 1920; a F. B. Long, 20 Feb. 1924. <<

[229] Thoreau, pp. 466 s.; Marquand, p. 294. <<

[230] HPL a R. Kleiner, 23 Abr. 1921; a E. H. Colé, 30 Sep. 1923; a A. W. Derleth, 14 Mar. 1933. <<

[231] HPL a S. H. Greene, h. 1922 (The Arkham Collector, nº 9 [Invierno, 1971], pp. 242-46); A. W. Derleth (com. pers., 8 Sep. 1953); Koki, p. 155; Derleth (1948), p. 114. <<

[232] Anne Freemantle: revista de The Marlborough House Set, por Anita Leslie, en el New York Times Book Review, 6 Mayo 1973, p. 4. <<

[233] EDGAR Allan Poe: «The Imp of the Perverse», en *Prose Tales (First Series)* (Boston: 1876-84), p. 533. <<

[234] *Ibid*., p. 531; HPL a F. B. Long, 21 Mar. 1924; Davis (1948), col. 4; (1949), p. 8. El relato de Lovecraft de la boda y la luna de miel, en la carta citada, difiere en algunos detalles del de Sonia. Como Lovecraft escribió transcurridas menos de tres semanas de los acontecimientos, mientras que ella escribió venticuatro años más tarde, el relato de HPL es probablemente más exacto. <<

[235] HPL a F. B. Long, 21 Mar. 1924; a J. F. Morton, 12 Mar. 1924; a L. P. Clark, 9 Mar. 1924. <<

[236] HPL a L. P. Clark, *op. cit.* <<

[237] HPL & Sonia H. Lovecraft a A. E. P. Gamwell, Mar. 1924; HPL a B. A. Dwyer, 26 Mar. 1927. <<

[238] HPL a J. F. Morton, 6 Mayo 1924; S. H. Davis, ms. inéd. <<

[239] Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», pp. 12 s.; abreviado en Davis (1948), col. 4, & (1949), p. 8. <<

[240] Davis (1948), col. 6; (1949), pp. 10 s. <<

[241] Davis (1948), cois. 5, 6; (1949), p. 10. <<

[242] Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», p. 39. <<

[243] *Ibid*., pp. 12 s.; Davis (1948), cois. 4,5; (1949), pp. 8 s.; HPL a L. P. Clark, tarjeta postal, 10 Sep. 1924. <<

[244] HPL a E. H Colé, 21 Jul. 1924; Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», p. 10; HPL a F. B. Long, 21 Mar. 1924. Las elipsis después de «CHICAGO» y «scenes» son de Lovecraft, las demás mías. HPL sacó la expresión «O gawd, O Montreal!» de un artículo de Ezra Pound en *The Dial* (F. B. Long, com. pers.). <<

[245] J. C. Henneberger a J. Frieman, 20 Oct. 1968; Davis, *op. cit.*, pp. 10 s., 7; Searles, p. IX. <<

[246] Searles, pp. 67, 62, 99. <<

[247] S. H. Davis (1948), col. 6; (1949), p. 10; HPL a L. P. Clark, 29 Sep. 1922; a C. M. Eddy, 5 Sep. 1924; ms., Biblioteca John Hay. En el párrafo sexto de la carta de empleo, HPL escribió originariamente que era «de pura ascendencia protestante angloamericana» pero consideró que debía cambiarlo por algo de mayor tacto, como «de cultivada ascendencia nativa». Como no hay ninguna palabra tachada, no sé cuál de las dos fue utilizada en la versión mecanografiada. <<

[248] F. B. Long (com. pers.); *New York Times*, s. f.; HPL a L. P. Clark, 1 Ago. 1924. <<

[249] Kleiner (1949), pp. 225 s.; HPL a E. H. Colé, 15 Jul. 1935. <<

[250] HPL: The Dark Brotherhood & Other Pieces, p. 319; Weird Tales, XXX, 4 (Oct. 1937), pp. 418-36; HPL: The Outsider & Others, pp. 147-63; At the Mountains of Madness & Other Novéis, pp. 222-47. <<

[251] HPL a A. W. Derleth, 18 Mar. 1931; F. B. Long (com. pers.); Koki, p. 121. <<

[252] Crane, p. 187; HPL a S. Loveman, 20 Abr. 1923 (citado en Koki, p. 120); a L. P. Clark, 18 Sep. 1925 (bis); 14 Oct. 1925. <<

[253] HPL a A. W. Derleth, 19 Oct. 1926; 25 Oct. 1926. <<

[254] Kleiner (1949), p. 224. <<

[255] HPL a L. P. Clark, 29 Sep. 1924; 4 Nov. 1924; 17 Nov. 1924; 29 Nov. 1924. <<

[256] HPL a L. P. Clark, 29 Sep. 1924. Recuerdo editoriales que planteaban la teoría Khazar en los años 20 en Los Angeles Times y en la revista británica Flying. <<

[257] Marquand, p. 213. <<

[258] Creo que la quiebra del banco ocurrió sobre esta época; pero, en la docena de fragmentos de la autobiografía de Sonia, en manuscrito (tanto a mano como mecanografiados) de la Biblioteca John Hay, la cronología está tan embarullada que no puedo estar completamente seguro de que la quiebra no ocurriera más tarde, en torno a 1930. <<

[259] HPL a L. P. Clark, 12 Nov. 1924; 11 Nov. 1924; 4 Nov. 1924; 29 Sep. 1924. <<

[260] Davis (1948), col. 5; (1949), pp. 9 s.; «The Private Life of Howard Phillips Lovecraft», p. 7. Koki (p. 114) dice que Sonia hizo que una de las tías viniera de Nueva York para ocuparse de la casa de HPL, pero no he encontrado pruebas de esto y sospecho que se debe a una mala interpretación por Koki de los relatos de Sonia. <<

[261] HPL a L. P. Clark, 8 Ago. 1925. Las elipsis son de Lovecraft. <<

[262] HPL: *The Courtyard*, en *Fungifrom Yuggoth* (1971), p. 117. El título del capítulo se refiere a la historia de Gunnar de la leyenda de Sigurd. Tras la muerte de Sigurd, Gunnar es atraído con engaños a la corte de Atli (=Atila), traicionado, atado y arrojado a un pozo de serpientes venenosas. Su hermana Gudrun le hace llegar un harpa, que toca con los dedos de los pies. Con ello encanta a las serpientes, hasta que una de ellas (evidentemente no una amante de la buena música; ¿quizá una de las primeras fans del rock?) se lo carga. Ver *Volsunga Saga*, trad. por William Morris (1962), p. 219. <<

[263] F. B. Long (com. pers.); Loveman (1958), p. 35; HPL a M. W. Moe, 15 Jun. 1925. <<

[264] Davis (1948), col. 4; (1949), p. 9. <<

[265] Davis *loe. cit*.; HPL a J. F. Morton, Mar. 1926. (Esta carta, en *Selected Letters II*, pp. 3 s., está mal fechada en Mar. 1925, como lo demuestran la evidencia interna y la comparación con otras cartas). <<

[266] HPL a L. P. Clark, 24 Oct. 1925. <<

[267] HPL a L. P. Clark, *op. cit.* <<

[268] HPL a L. P. Clark, 6 Jul. 1925. <<

[269] HPL a F. B. Long, 13 Mayo 1923; 27 Feb. 1931. <<

[270] HPL a B. A. Dwyer, 26 Mar. 1927. <<

[271] HPL a E. H. Colé, 29 Sep. 1934; a L. P. Clark, 11 Abr. 1925; 21 Abr. 1925. En la carta a Colé, HPL habla de «volver a los rayos protectores de mi estufa de petróleo». Debe de tratarse de un error, ya que no adquirió la estufa hasta el siguiente Octubre. <<

[272] HPL a L. P. Clark, 27 Jul. 1925; 12 Sep. 1925. <<

[273] HPL a R. Bloch, fines de 1933; a E. H. Colé, 24 Feb. 1925. <<

[274] HPL a L. P. Clark, 28 Mayo 1925; 20 Mayo 1925. <<

[275] HPL a L. P. Clark, 8 Ago. 1925; 8 Sep. 1925; 7 Nov. 1925; 14 Nov. 1925. <<

[276] Cook (1941), p. 17; HPL a L. P. Clark, 18 Sep. 1925 (bis); 1 Sep. 1925.
<<

[277] HPL: The Outsider & Others, p. 101; Dagon & Other Macabre Tales, p. 243. <<

[278] HPL: The Outsider & Others, pp. 92, 96; Dagon & Other Macabre Tales, pp. 230 s 237. <<

[279] HPL a C. A. Smith, 20 Sep. 1925. <<

[280] HPL a L. P. Clark, 30 Jul. 1925; 8 Sep. 1925; 23 Dic. 1925; 14 Nov. 1925. <<

[281] HPL a L. P. Clark, 14 Nov. 1925; a F. B. Long, Jul. 1926; a L. P. Clark (llamado «desconocido» en Selected Letters II, p. 37), 11 Ene. 1925; a F. B. Long, Jul. 1926. <<

[282] Cook (1941), p. 38. <<

[283] HPL: The Outsider & Others, p. 509. <<

[284] Mabbott, pp. 38 s. <<

[285] Cook (1941), p. 16;HPL a L. P. Clark, 22 Oct. 1925; 26 Feb. 1926; 15 Sep. 1925; 2 Abr. 1925. <<

[286] HPL a L. P. Clark, 23 Ago. 1925; 27 Ago. 1925; 13 Dic. 1925; 15 Sep. 1925. <<

[287] HPL a L. P. Clark, 28 Sep. 1925. <<

[288] HPL a C. A. Smith, 20 Sep. 1925; a L. P. Clark, 22 Dic. 1925; 7 Ago. 1925. <<

[289] HPL a L. P. Clark, 18 Sep. 1925 (bis); 13 Dic. 1925. <<

[290] HPL a A. E. P. Gamwell, 26 Feb. 1925. <<

[291] HPL a L. P. Clark, 7 Nov. 1925; 2 Dic. 1925. <<

[292] HPL a L. P. Clark, 16Feb. 1926; 18 Sep. 1925 (bis); 4 Nov. 1924; a A. E. P. Gamwell, 10 Feb. 1925. <<

[293] Derleth: «Final Notes», pp. 305 s. <<

[294] Samuels, p. 357; HPL a L. P. Clark, 29 Mar. 1926. <<

[295] HPL a L. P. Clark, 12 Sep. 1925. (En Selected Letters II, p. 25; el destinatario de esta carta es denominado ahí «desconocido») <<

[296] Santayana, p. 89. <<

[297] F. B. Long (com. pers., 18 Jul. 1973, 22 Ago. 1973); Taiman (1973), p. 14; HPL a L. P. Clark, 11 Ene. 1926. Los padres de Long le llamaban «Belknap» para distinguirlo de su padre, pero casi todos sus amigos le llamaban «Frank». Taiman (com. pers.) afirma que, al revisar su correspondencia con HPL, encontró una ligerísima pulla antijudía. <<

[298] HPL a L. P. Clark, 27 Mar. 1926. <<

[299] HPL a L. P. Clark, 22 Dic. 1925. <<

[300] HPL a L. P. Clark, 27 Mar. 1926; 29 Mar. 1926. <<

[301] HPL a L. P. Clark, 22 Dic. 1925. <<

[302] HPL: Background, en Fungifrom Yuggoth (1971), p. 134. <<

[303] Cook (1941), p. 16. <<

[304] HPL a F. B. Long, 1 Mayo 1926. <<

[305] Eddy: The Gentleman from Angell Street, p. 17; Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», pp. 25 s. <<

[306] HPL a L. P. Clark, 1 Abr. 1926; 6 Abr. 1926; 22 Dic. 1925. <<

[307] HPL a A. W. Derleth, 16 Ene. 1931; a F. Leiber, 1936 (citado en Scott, 1961, p. 64). <<

[308] Davis (1948), cois. 6, 7; (1949), p. 11. Para la cuestión sin resolver de la validez del divorcio de HPL, ver Koki, p. 211. <<

[309] HPL a F. B. Long, 20 Mayo 1926; 1 Mayo 1926. <<

[310] HPL a W. B. Taiman, 23 Abr. 1926; a F. B. Long, 23 Abr. 1926 (elipsis de HPL). <<

[311] HPL a W. B. Taiman, 25 Jun. 1926; a F. B. Long, 20 Mayo 1926. <<

[312] HPL a F. B. Long, 26 Oct. 1926 (bis). <<

[313] HPL a F. B. Long, 21 Ago. 1926. <<

[314] HPL a C. A. Smith, 9 Ago. 1926; HPL a A. W. Derleth, 19 Nov. 1926; a W. B. Taiman, 24 Ago. 1926. <<

[315] HPL a F. B. Long, 26 Oct. 1926; a C. A. Smith, 16 Nov. 1926. <<

[316] HPL a R. F. Searight, 3 Feb. 1934; a A. W. Derleth, 2 Sep. 1926. <<

[317] HPL a A. W. Derleth, 31 Oct. 1926. <<

[318] Providence Sunday Journal, 10 Oct. 1926. <<

[319] HPL a A. W. Derleth, 16 Mayo 1931; Derleth (1945), pp. 69 s. La autenticidad de la última cita se ha cuestionado; no aparece en las cartas que se conservan de HPL a Derleth. Se dice (D. W. Mosig, com. pers.) que, al ser preguntado sobre este tema, Derleth no solo no pudo mostrar la fuente, sino que además se enfadó. La cita puede ser una paráfrasis de memoria de algo que Derleth creía que HPL había escrito. <<

[320] HPL: The Outsider & Others, pp. 255-73; The Dunwich Horror & Others, pp. 130-59. <<

[321] Aunque interesado en los dialectos y pronunciaciones y conocedor del Linguistic Atlas of the United States and Canada, del cual ya estaba en camino la sección de Nueva Inglaterra en la Brown University, Lovecraft, que no era fonólogo, al parecer nunca aprendió el alfabeto fonético internacional. A partir de sus observaciones, deduzco que tenía en mente una pronunciación parecida a «Tlhülhü(lh)», con t en alguna posición entre c en «cube» y t en «tune», lh una h muda como en h galesa, y ü más o menos como en alemán dünn. Ver HPL a D. W. Rimel, 23 Jul. 1924; a H. O. Fischer, 10 Ene. 1937. Originariamente lo deletreaba «Cthulhul», pero se olvidó de la l final. <<

[322] HPL a F. Wright, 5 Jul. 1927; The Outsider & Others, p. 178; 77 Dunwich Horror & Others, p. 32. <<

[323] HPL a A. W. Derleth, 2 Ago. 1929; HPL, The Outsider & Others, p. 32; At the Mountains of Madness & Other Novéis, pp. 386 s. <<

[324] HPL: The Outsider & Others, pp. 22-27; Dagon & Other Macabre Tales, pp. 260-68. En la mitología celta, Nodens (también llamado Nudd, Nuada) es un dios de la fertilidad y la medicina y protector de los pescadores. «Olney» es un nombre antiguo de la isla de Rodas, que rima con «poney». <<

[325] HPL a A. W. Derleth, 26 Nov. 1926; ppo. Dic. 1926. <<

[326] HPL a W. B. Taiman, 19 Dic. 1926; a F. B. Long, Feb. 1927. <<

[327] HPL: Beyond the Wall ofSleep, pp. 76 s.; At the Mountains of Madness & Other Novéis, pp. 290 s. La última frase de la cita es una paráfrasis de la conclusión del poema en prosa Nyarlathotep. <<

[328] HPL a J. V. Shea, 21 Ago. 1931. <<

[329] HPL: The Outsider & Others, p. 32; At the Mountains of Madness & Other Novéis, pp. 386 s. <<

[330] HPL a C. A. Smith, 21 Ene. 1927; a A. W. Derleth, Abr. 1927. En la segunda de estas dos cartas, HPL propone arrumbar todo el fichero de Weird Tales. Hoy ese legajo valdría miles de dólares. <<

[331] HPL a D. Wandrei, 2 Nov. 1927. Otra narración del mismo sueño aparece en una carta a B. A. Dwyer (Nov. 1927) en Dreams & Fancies, pp. 14-26. HPL comparaba a los Very Oíd Folk con los Escitas. De hecho, los auténticos Escitas no eran Mongoloides, como al parecer pensaba Lovecraft, sino racialmente mucho más parecidos a los Rusos modernos. <<

[332] R. E. Howard a HPL, fines de Feb. 1931; HPL a L. P. Clark, 19 Jun. 1928; a Z. B. Reed, 28 Ago. 1927. <<

[333] HPL a Z. B. Reed, 5 Jun. 1927; Bishop, p. 144. <<

[334] HPL a D. Wandrei, 27 Mar. 1927; a A. W. Derleth, 16 Mayo 1927; 22 Mayo 1927; 20 Nov. 1927. <<

[335] HPL a Z. B. Reed, 12 Jun. 1927. <<

[336] HPL: Continuity, en Fungí from Yuggoth (1971), p. 137. <<

[337] HPL a J. F. Morton, 19 Mayo 1927. <<

[338] HPL a M. W. Moe, 30 Jul. 1927. <<

[339] HPL a D, Wandrei, 10 Feb. 1927. <<

[340] HPL a A. W. Derleth, 5 Sep. 1927. <<

[341] The Tryout, IV, 8 (Ago. 1918); Cook (1941), pp. 4, 6. <<

[342] HPL a F. B. Long, Dic. 1927. <<

[343] HPL a A. W. Derleth, 26 Mar. 1927. <<

[344] HPL a J. F. Moron, 1 Abr. 1927; a A. W. Derleth, 5 Oct. 1928; 20 Feb. 1927. <<

[345] HPL: The Outsider & Others, p. 138; At the Mountains of Madness & Other Novéis, pp. 106 s. Siendo como era la letra de HPL, es posible que la palabra «bland» de esta cita fuera «blond». <<

[346] HPL a L. P. Clark, 29 Abr. 1928; a A. W. Derleth, 19 Abr. 1928; Davis (1948), col. 7; (1949), p. 12. <<

[347] HPL a Z. B. Reed, 1 Mayo 1928; a J. F. Morton, 10 Mayo 1928. <<

[348] F. B. Long (com. pers., 26 Jul. 1972); HPL a L. P. Clark, 17 Mayo 1928; a A. W. Derleth, Oct. 1928. <<

[349] HPL a L. P. Clark, 19 Jun. 1928. <<

[350] Cook (1941), p. 21; HPL a Z. B. Reed, 28 Jul. 1928. <<

[351] HPL: The Outsider & Others, p. 292; The Dunwich Horror & Others, p. 160. <<

[352] Rothovius: The Moodus Mystery, Colligan; Skinner, II, p. 43; Harris, II, p. 5; Shea, p. 89; HPL a A. W. Derleth, Abr. 1933. <<

[353] HPL: The Outsider & Others, p. 310; The Dunwich Horror & Others, p. 188 s.; HPL a A. W. Derleth, ppo. Nov. 1928; Nov. 1928. <<

[354] HPL a A. W. Derleth, 14 Mar. 1929; a E. Tolridge, 8 Mar. 1929. Las historias por de Castro sobre las cuales trabajó HPL habían sido publicadas anteriormente en el libro In the Confessional and the Following (1893). <<

[355] HPL a A. W. Derleth, 26 Sep. 1929; Oct. 1928. <<

[356] HPL a A. W. Derleth, fin. Sep. 1928. <<

[357] HPL a Z. B. Reed, 2 Oct. 1928. <<

[358] Davis: «The Prívate Life of Howard Phillips Lovecraft», pp. 28 s. (puntuación editada con ligereza); abreviado en Davis (1948), (1949). <<

[359] HPL a M. W. Moe, 2 Jul. 1929; Davis, op. cit., p. 29-32. En la p. 40, Sonia dice: «Admiraba a Hitler, y leyó Mein Kampf casi en cuanto se divulgó y tradujo al inglés». Aquí tiene que haber un error, porque Sonia vio por última vez a HPL en 1932, y la primera traducción inglesa publicada de Mein Kampffue la muy abreviada de E.T.S. Dugdalede 1933. Es improbable que Lovecraft escribiera a Sonia sobre ello, puesto que dijo (HPL a A. Galpin, Sep. 1930) que después del divorcio su correspondencia se limitó a felicitaciones de cumpleaños y de Navidad. <<

[360] Recuerdos inéditos fragmentarios de Sonia Davis en la Biblioteca John Hay. Se ha alegado que Lovecraft fracasó en ejecutar el documento requerido para rematar su divorcio, con lo que el matrimonio de Sonia con Davis fue bigamo (Koki, pp. 210 s.). Esta afirmación la afligió considerablemente cuando le fue comunicada en sus últimos años. Una investigación reciente confirma la afirmación de Koki de que el divorcio de Lovecraft nunca se remató (R. C. Harrall, com. pers., 19 Jul. 1974). <<

[361] HPL: Where Poe Once Walked, en Fungi from Yuggoth (1971), p. 87. <<

[362] HPL a H. V. Sully, 17 Sep. 1934. Zealia Reed Bishop (Bishop, pp. 146 s.) dice que, en el curso de esta visita a Nueva York, Lovecraft se encontró con ella en el apartamento de Long. Describe el encuentro con detalle: «Un personaje alto, flaco, vestido de negro, que llevaba una maleta rectangular, se deslizó en la habitación como una sombra…» Según la Sra. Bishop, Lovecraft prometió enviar «The Curse of Yig», que había sido rechazado por un editor, a Weird Tales. Le pidió a ella que enviara el trabajo de revisar su próxima historia, «The Mound», a Frank Long, lo cual hizo. Frank dice que el conjunto de la historia es falso; que ella visitó dos veces el apartamento de Long en Nueva York y a Lovecraft por lo menos una vez en Providence, pero que nunca se reunió con Lovecraft en casa de Long en Nueva York. Long rechaza haber hecho ningún trabajo de revisión sobre «The Mound». Cree que Zealia debió de confundir sus distintas entrevistas con Long y Lovecraft y añadir al relato una generosa capa de ficción. Ella hizo otras afirmaciones improbables sobre HPL, como que era conocedor del Swahili y de otras lenguas nativas africanas (Koki, p. 259.) <<

[363] HPL a A. W. Derleth, 13 Abr. 1939; a L. P. Clark, 12 Abr. 1929; a R. Kleiner, 21 Mayo 1936 (citado en St. Armand, 1966, p. 65). <<

[364] HPL a L. P. Clark, 2 Mayo 1929. <<

[365] HPL a L. P. Clark, 13 Mayo 1929; a E. Tolridge, fin. Ago. 1929. El contrasentido es de Lovecraft. <<

[366] F. B. Long (com. pers.); HPL a D. W. Rimel, 4 Ago. 1935; a F. B. Long, 1 Sep. 1929; a A. W. Derleth, 4 Sep. 1929. <<

[367] HPL a F. B. Long, op. cit.. Al investigar este libro, descubrí que en 1823, Anna, la hija de Asaph Phillip, se casó con Gardner Lyon, un bisnieto de mi tatarabuelo, Caleb Lyon de Woodstock, Conn. Supongo que ello me convierte en primo quinto por matrimonio de H. P. Lovecraft. (Ver Albert Brown Lyons: Lyon Memorial [Detroit: 1905], pp. 47,66s., 90, 120, 298, 300, 304). <<

[368] HPL a M. W. Moe, Ene. 1929; a J. F. Morton, 30 Jul. 1939. <<

[369] HPL a J. F. Morton, 26 Sep. 1930; a E. Tolridge, 26 Nov. 1929. HPL utilizaba las ortografías «forego» (abandonar) y «forbear» (antepasado) donde el diccionario prefiere «forgo», «forebear». «Forego, forbear» significan propiamente «preceder, abstener». <<

[370] HPL a A. W. Derleth, h. 5 Jun. 1929; h. 24 Abr. 1929; a E. Tolridge, fin. Ago. 1929; a R. F. Searight, 5 Mar. 1935. <<

[371] HPL: Beyond the Wall ofSleep, p. 371 s. <<

[372] HPL a A. W. Derleth, 15 Dic. 1929. <<

[373] HPL a A. W. Derleth, 23 Feb. 1930; a C. A. Smith, 3 Dic. 1929; Colman McCarthy: «Poet Edwin Robinson: Murió de hambre por su arte» en el Milwaukee Journal, 5 Sep. 1973, p. 8; Fungifrom Yuggoth (1971), p. 90. Las distintas versiones de este poema difieren ligeramente. <<

[374] HPL a E. Tolridge, 19 Dic. 1929. <<

[375] HPL: Beyond the Wall ofSleep, pp. 409 s.; Fungifrom Yuggoth (1971), pp. 88 s.. El título original de Lovecraft era The East India Brick Row. <<

[376] HPL a E. Tolridge, Ene. 1930; HPL: Beyond the Wall ofSleep, p. 401; Fungifrom Yuggoth (1971), p. 125. El segundo verso no está medido. <<

[377] Editados por Valdemar. en la colección Tiempo Cero (nº 13), con el título de *Hongos de Yuggoth y otros poemas fantásticos*, de Howard Phillips Lovecraft. <<

[378] R. E. Howard a HPL, Jul. 1932; Dic. 1932; Feb. 1933; 31 Mayo 1935; Jul. 1935; 5 Dic. 1935; 13 Mayo 1936; HPL a D. A. Wollheim, 7 Oct. 1935. <<

[379] The Fantasy Fan, I, 2 (Oct. 1933), pp. 27 s.; HPL a R. H. Barlow, 11 Ago. 1933; 30 Ago. 1933; a D. W. Rimel, 13 Abr. 1934; 16 Abr. 1935; a E. H. Price, 27 Ago. 1936; a W. Conover, 10 Ene. 1037; a Z. B,, Reed, 20 Mar. 1929; a A. W. Derleth, 1 Abr. 1929. En sus fantasías Lovecraft a veces tornaba prestados nombres antiguos reales (Menes, Kranon) de la misma manera que reprochaba a Howard. La historia de Smith fue reeditada como «The Dweller in the Gulf» en la colección Smith, The Abominations of Yondo (Arkham House, 1960). <<

[380] H. K. Brobst & V. Orton (com. pers.); HPL: The City, en Fungí from Yuggoth (1971), p. 70. <<

[381] HPL a J. F. Morton, 19 Oct. 1929; a A. W. Derleth, 6 Oct. 1929. <<

[382] HPL a J. F. Morton, 30Oct. 1929; 190ct. 1929. <<

[383] HPL a W. Harris, 25 Feb. 1929; a J. F. Morton, 8 Nov. 1929; 19 Oct. 1929; a E. Tolridge, 10 Jun. 1929. <<

[384] HPL a W. Harris, op. cit.; Bertrand Russell: The Impact of Science on Society (N. Y.: 1953), p. 108. <<

[385] HPL a W. Harris, op. cit.; a A. W. Derleth, h. 23 Sep. 1929; New York Times Book Review, 19 Ago. 1973, p. 4. <<

[386] HPL a A. W. Derleth, 26 Sep. 1929; a W. Harris, op. cit.; a E. Tolridge, 21 Feb. 1929. <<

[387] HPL a W. Harris, op. cit.; a M. W. Moe, 4 Ene. 1930. <<

[388] HPL a L. P. Clark, 28 Abr. 1930. <<

[389] Cook (1941), p. 48; HPL a L. P. Clark, 24 Mayo 1930. <<

[390] HPL a A. W. Derleth, 9 Sep. 1930; a A. Galpin, Sep. 1930; a E. Tolridge, h. 7 Sep. 1930. <<

[391] HPL a A. Galpin, op. cit.; a A. W. Derleth, op. cit. <<

[392] HPL a J. F. Morton, 19 Oct. 1929; a W. Harris, 9 Nov. 1929. <<

[393] HPL a J. F. Morton, 31 Oct. 1930. <<

[394] HPL a A. W. Derleth, 12 Ene. 1930; fin. Ene. 1930; 18 Feb. 1930. <<

[395] HPL a L. P. Clark, op. cit.; a A. W. Derleth, 24 Mayo 1930; a E. Tolridge, 3 Jul. 1930. Searight aludió a los fragmentos de Eltdown (el nombre procedía de «Piltdown») en su historia «The Sealed Casket» (Weird Tales, Mar. 1935) pero Wright tachó la alusión. <<

[396] HPL: The Outsider & Others, pp. 319-58; The Dunwich Horror & Others, pp. 212-77; HPL a D. W. Rimel, 14 Feb. 1934; Wetzel (1958); Leiber (1944), p. 3. Robert E. Howard (a HPL, Ago. 1930) dijo que había construido el nombre «Kathulos» y que no lo había sacado (como algunos habían pensado) de «Cthulhu». <<

[397] A Description of the Town of Quebeck…; HPL a W. B. Taiman, 10 Dic. 1930; a E. Tolridge, 11 Feb. 1930; 24 Abr. 1930. <<

[398] HPL a A. W. Derleth, 27 Dic. 1930. <<

[399] HPL a J. F. Morton, 19 Oct. 1929; a W. B. Taiman, 10 Dic. 1930. <<

[400] HPL a J. F. Morton, 19 Oct. 1929; a W. B. Taiman, 10 Dic. 1930. <<

[401] HPL a A. W. Derleth, 13 Dic. 1930. Las elipsis tras «junk» son de Lovecraft. El hombre que se acordaba de Lovecraft era un camarero del Hotel Minden, en la calle Waterman, justo al este del campus de Brown. Los amigos de Lovecraft me dicen que esto da una impresión exagerada de su manera de andar encorvado, y que de hecho caminaba bastante derecho. <<

[402] HPL a J. F. Morton, 3 Ene. 1930. <<

[403] HPL a M. W. Moe, 18 Jun. 1930; a E. Tolridge, 20 Dic. 1930; 24 Abr. 1930. <<

[404] HPL a J. F. Morton, 30 Dic. 1930. Lovecraft llamaba esta fecha «3rd Day before the Kalends of Ianuarius», que (traduciendo del calendario romano al moderno) significa 30 de Dic. En Selected Letters III, la fecha es traducida erróneamente por «Ene. 1931». Para Haldeman-Julius, ver mi The Great Monkey Trial. pp. 169 s. <<

[405] HPL a M. W. Moe, 18 Jun. 1930; a H. Spink, 13 Ago. 1930. <<

[406] LIN CÁRTER: *Beyond*, en *Amra*, II, 47 (Ago. 1968), p. 8. <<

[407] HPL a J. V. Shea, 21 Ago. 1931. <<

[408] HPL a R. E. Howard, 30 Ene, 1931; a F. B. Long, 27 Feb. 1931. <<

[409] HPL a J. V. Shea, 13 Oct. 1931; a A. W. Derleth, 31 Ene. 1931. <<

[410] HPL a J. V. Shea, 9 Dic. 1931; a A. W. Derleth, 20 Nov. 1931. <<

[411] HPL a J. V. Shea, 7 Ago. 1931; a A. W. Derleth, 17 Feb. 1931. <<

[412] La estimación está sumada como sigue:

| | |
|---|---|
| Comida y varios, casa | $ 700 |
| Alquiler | $ 240 |
| Viajes (incluida comida) | $ 300 |
| Correo | $ 150 |
| Libros y revistas | $ 50 |
| Ropa | $ 25 |
| Gastos dentales y médicos | $ 5 |
| | $1.470 |

La baja cifra de ropa se explica por el hecho de que al menos dos trajes le fueron regalados por amigos, y la de los gastos médicos y dentales por el hecho de que iba al médico o al dentista solo cada varios años.<<

[413] HPL a E. H. Price, 19 Jun. 1935; a J. F. Morton, 19 Mayo 1927. <<

[414] HPL a A. W. Derleth, h. 4 Ene. 1931; 31 Ene. 1931. <<

[415] HPL a A. W. Derleth, 13 Feb. 1931; 1 Mar. 1931; a C. A. Smith, 26 Mar. 1931. <<

[416] HPL; *The Outsider & Others*, pp. 499 ss.; *At the Mountains of Madness & Other Novéis*, p. 90. Las elipsis son de Lovecraft. «Shoggoth» podría no ser árabe clásico, que no tiene *g* ni *o*. <<

[417] HPL a A. W. Derleth, 23 Mayo 1931; a L. P. Clark, 22 Jun. 1931. <<

[418] HPL a A. W. Derleth, 13 Jul. 1931; 14 Nov. 1931; a R. H. Barlow, 13 Jul. 1931. <<

[419] HPL a A. W. Derleth, 10 Ago. 1931. <<

[420] HPL a A. W. Derleth, 3 Ago. 1931; a J. V. Shea, 9 Dic. 1931; a C. A. Smith, 20 Nov. 1931. <<

[421] HPL a L. P. Clark, 5 Mayo 1931. <<

[422] Walter (1959), p. 187;HPLaL. P. Clark, 11 Jun. 1931; 16 Jun. 1931. <<

[423] HPL a D. W. Rimel, 1 Jun. 12934; a L. P. Clark, 16 Jun. 1931. <<

[424] H. K. Brobst (com. pers.). <<

[425] HPL a L. P. Clark, 8 Jul. 1931; 16 Jul. 1931. <<

[426] HPL a L. P. Clark, 8 Jul. 1931. <<

[427] HPL a L. P. Clark, 16 Jul. 1931. <<

[428] HPL a A. W. Derleth, 16Ene. 1931; 10 Dic. 1931; 23 Dic. 1931;2Ene. 1932; a F. B. Long, 27 Feb. 1931. <<

[429] HPL a J. F. Morton, 18 Ene. 1931; a J. V. Shea, 4 Oct. 1931. <<

[430] HPL a E. Tolridge, 25 Ene. 1931; 23 Mar. 1931; 31 Ago. 1931. <<

[431] HPL a E. Tolridge, 29 Abr. 1931; a W. B. Taiman, 25 Oct. 1931; a A. W. Derleth, 13 Feb. 1931; 6 Nov. 1931; 9 Feb. 1933; a J. V. Shea, 13 Oct. 1931. <<

[432] HPL a J. V. Shea, 9 Oct. 1931. En realidad, la *r* americana puede llamarse «r retrofleja». La pronunciación neoyorquina de «Ernest Boyd» puede representarse a grandes rasgos como «Óinest Bóid» donde la o representa un sonido que varía de la u de «up» a la o del alemán *Hollé*. Este dialecto parece estarse extinguiendo en la actualidad. <<

[433] HPL a A. W. Derleth, 24 Sep. 1931. <<

[434] HPL: The Outsider & Others, p. 360; The Dunwich Horror & Others, pp. 309 s. <<

[435] HPL a A. W. Derleth, 10 Dic. 1931. <<

[436] HPL a A. W. Derleth, 21 Ene. 1932; a J. V. Shea, 13 Oct. 1932. <<

[437] HPL a A. W. Derleth, 31 Ene. 1932; 19 Feb. 1932; 29 Feb. 1932; 25 Feb. 1932; a D. W. Rimel, 22 Ene. 1932. <<

[438] HPL a A. W. Derleth, 29 Feb. 1932; 25 Feb. 1932; 2 Feb. 1932. <<

[439] HPL a A. W. Derleth, 4 Mar. 1932; 11 Mar. 1932. <<

[440] Weinberg; W. S. Gilbert: The Mikado, Acto II; HPL a A. W. Derleth, 4 Mar. 1932. El título original de Lovecraft era «The Dreams of Walter Gilman». El cliente era probablemente Hazel Heald. <<

[441] HPL a J. F. Morton, 18 Ene. 1931; a A. W. Derleth, 6 Jun. 1932; a R. E. Morse, 27 Feb. 1933. <<

[442] R. E. Howard a HPL, 1931;Jun. 1932; HPLaJ. V. Shea, 13 oct. 1932. Las elipsis son de Lovecraft. <<

[443] Price (1949), pp. 278-82. <<

[444] Cook (1941), p. 37. <<

[445] HPL a A. W. Derleth, h. 30 Oct. 1932; a E. Tolridge, 14 Dic. 1932; a J. V. Shea, 22 Dic. 1932. <<

[446] HPL a A. W. Derleth, ppo. Oct. 1932; fin. Oct. 1932. <<

[447] HPL a H. S. Farnese, 22 Sep. 1932; a E. H. Price, 3 Oct. 1932; a R. H. Barlow, 22 Sep. 1932; a A. W. Derleth, 12 Sep. 1932; fin. Oct. 1932. <<

[448] HPL a E. H. Price, 20 Oct. 1932; a C. A. Smith, Oct. 1932. <<

[449] HPL a E. H. Price, 20 Dic. 1932; 20 Oct. 1932; 12 Ene. 1933, 15 Ago. 1934; a R. F. Searight, 17 Mar. 1934. <<

[450] R. H. Thouless: Straigh & Crooked Thinking (N.Y.:1932), p. 174. <<

[451] HPL a J. V. Shea, 16 Nov. 1932; 27 Oct. 1932; 22 Dic. 1932; a A. Galpin, 24 Mayo 1933. Long abandonó pronto este punto de vista poco práctico (para un escritor profesional). <<

[452] HPL: *Sunset* en *Fungi from Yuggoth* (1971), p. 24. <<

[453] HPL a A. W. Derleth, 14 Abr. 1933; 7 Abr. 1933. <<

[454] HPL a E. H. Price, 25 Ago. 1933; F. Wright a HPL, 17 Ago. 1933. <<

[455] HPL; The Outsider & Others, p. 40; At the Mountains of Madness & Other Novéis, p. 398. <<

[456] En árabe más correcto, 'Umr at-Tawíl. <<

[457] Estos «Dholes», que también aparecen en la tierra onírica de «The Dream-Quest of Unknown Kadath», son probablemente los mismos que los «Doels» de «The Whisperer in Darkness». Ambos probablemente proceden de los «Dóls» mencionados pero no descritos en «The White People» de Machen. No hay relación con el dhole de figura de coyote de la India. <<

[458] HPL a A. W. Derleth, ppo. Mayo 1933; a E. H. Colé, 9 Ago. 1933; a E. Tolridge, 8 Jun. 1933. Elipsis de Lovecraft. <<

[459] HPL a J. V. Shea, 14 Ago. 1933. En holandés moderno, maen (luna) se escribe maan. Lovecraft confundió el nombre de la revista en sus cartas por De Haelve Man. Hudson era inglés pero sus empleados y su barco eran holandeses. <<

[460] Taiman, p. 7. <<

[461] HPL a R. H. Barlow, 1 Feb. 1934; a J. V. Shea, 29 Mayo 1933; 30 Jul. 1933; 23 Sep. 1933; a R. Bloch, h. 1 Sep. 1933. <<

[462] HPL a J. V. Shea, 30 Jul. 1933; 29 Mayo 1933; 23 Sep. 1933; a R. H. Barlow, 1 Feb. 1934. <<

[463] HPL a J. V. Shea, 23 Sep. 1933. Ejemplos de sustitución del discurso indoeuropeo por los de otras familias lingüísticas aparecen en Hungría, Turquía y en partes del Norte de África que antaño hablaron griego o latín y hoy hablan árabe. <<

[464] HPL a J. V. Shea, 8 Nov. 1933; a H. V. Sully, 6 Feb. 1934. <<

[465] G. de la Ree (com. pers. citando una carta de Samuel Loveman); Searles, p. 116. <<

[466] HPL a J. V. Shea, 29 Mayo 1933; 30 Jul. 1933; 14 Ago. 1933; 23 Sep. 1933; a H. V. Sully, 15 Jul. 1934; a R. Bloch, h. Ago. 1933. <<

[467] HPL a A. Galpin, 25 Jul. 1934; a R. Bloch, op. cit. <<

[468] HPL a H. V. Sully, 24 Nov. 1933; a R. H. Barlow, 1 Feb. 1934; Edkins, pp. 2 s. <<

[469] HPL a R.H. Barlow, 13 Jun. 1936; 27 Ene. 1937; a F. Leiber, 19 Dic. 1936; R. E. Howard a HPL, Jul. 1935. En el New York Times del 29 Mar. 1974, p. 33, el historiador Joseph Farkas propuso un sistema similar de votación. <<

[470] HPL a A. W. Derleth, 24 Oct. 1936; a K. J. Sterling, 16 Sep. 1936; a J. V. Shea, 5 Dic. 1935. <<

[471] Wells, Huxley & Wells: The Science of Life (Garden City, N.Y.: 1936), p. 1449; HPL a R. H. Barlow, 30 Sep. 1936; H. K. Brobst (com. pers.). <<

[472] HPL a A. W. Derleth, 24 Oct. 1936; a R. Bloch, 2 Feb. 1937 (nombre dejado en blanco porque el hombre aún vive). Un resabio de los días etnocéntricos de HPL, que nunca abandonó, era el de caer en un pseudodialecto yiddish cuando escribía sobre colegas judíos, aun cuando los alababa o defendía; p. ej., en HPL a E. H. Colé, 3 Jul. 1935, sobre Bradofsky: «For that he shood go into debt & publish ah foistclass megazine!» o 21 Ene. 1936: «Oy! Vhat ah life!» El que se burlase así de los modismos étnicos pudiera parecer ofensivo no creo que se le ocurriera nunca; pero los antiguos americanos eran en general menos sensibles a estos temas que los actuales. <<

[473] HPL a J. BV. Shea, 24 Nov. 1934; a R. Bloch, 7 Feb. 1937. <<

[474] Price (1949), pp. 283-86. <<

[475] HPL a C. A. Smith, 25 Jul. 1933; a H. V. Sully, 11 Jul. 1935; Sully, p. 119. Helen Sully se convirtió en la Sra. de George Trimble de Auburn, California. <<

[476] Entrevista con Ethel Phillips Morrish, 5 Sep. 1972; HPL a K. J. Sterling, 14 Dic. 1935; a J. V. Shea, 23 Sep. 1933; 8 Nov. 1933. <<

[477] HPL a C. A. Smith, 26 Ago. 1933; a E. H. Price, 15 Ago. 1934; 31 Ago. 1934. <<

[478] HPL: The Outsider & Others, p. 217; The Dunwich Horror & Others, p. 281. <<

[479] HPL a R. H. Barlow, 14 Mayo 1933. <<

[480] Loveman (1958), p. 36; HPL a W. F. Anger, 28 Ene. 1935. <<

[481] HPL a R. H. Barlow, 6 Ago. 1934; 26 Oct. 1934; 30 Nov. 1936; 11 Dic. 1936; Cook (1941), pp. 57 s.; Bishop, pp. 149 s. *Mrs*. Bishop dice que, cuando vendió la historia de Reed-Lovecraft «Medusa's Coil» a Weird Tales en 1938 por $ 120, «estipulé que la mitad de esa cantidad debería pagarse a la tía de Lovecraft, Annie E. P. Gamwell, puesto que mientras tanto Lovecraft había muerto, y ella estaba sin fondos». *Mrs*. Bishop pudo llevar a cabo o no ese desembolso, pero no es verdad que Annie Gamwell estuviera sin fondos. Tenía más de $10.000 en metálico e inversiones (Juzgado de Testamentarías de la ciudad de Providence, inventario de la hacienda de Annie E. P. Gamwell, 24 de Marzo de 1941). <<

[482] HPL a R. H. Barlow, 24 Mayo 1935; a A. W. Derleth, 15 Jul. 1935; Derleth (1959), p. 166. <<

[483] HPL a D. W. Rimel, 23 Jul. 1934. <<

[484] HPL a E. H. Price, 15 Ago. 1934. Las elipsis tras «cosmic law» & «inevitability» son de Lovecraft. <<

[485] HPL a A. Galpin, 28 Abr. 1934; a E. H. Price, 17 Sep. 1934; a R. F. Searight, 4 Ago. 1935; 5 Mar. 1935. Las elipsis de la última cita son de Lovecraft. <<

[486] HPL a J. V. Shea, 4 Feb. 1934; a D. W. Rimel, 16 Mar. 1934; a R. H. Barlow, 10 Abr. 1934. <<

[487] HPL a R. F. Searight, 4 Ago. 1935; a E. H. Colé, 31 Ene. 1934; 30 Abr. 1935; 25 Mar. 1936. <<

[488] W. L. Crawford (com. pers.); HPL a A. W. Derleth, 19 Mayo 1934; a D. W. Rimel, 13 Mayo 1934. <<

[489] HPL a H. V. Sully, 20 Abr. 1934; HPL; Something About Cats, pp. 165 s. <<

[490] HPL a D. W. Rimel, 10 Ago. 1934; a E. H. Colé, 1 Jun. 1935; Koki, pp. 254 s. <<

[491] HPL a E. H. Colé, 17 Sep. 1934; HPL: Little Sam Perkins, en Fungí from Yuggoth (1971), p. 52. <<

[492] HPL a E. H. Price, 8 Oct. 1934; a E. H. Colé, 127 Sep. 1934; a E. Tolridge, 6 Oct. 1934. Brian Lumley, escritor contemporáneo de las historias cthulhuvianas, lleva el reloj a sus historias «De Marigny's Clock» y The Burrowers Beneath. <<

[493] HPL: The Outsider & Others, p. 400; The Dunwich Horror & Others, p. 370. <<

[494] Clark Ashton Smith: To Howard Phillips Lovecraft, en Selected Poems, p. 287. <<

[495] HPL a E. Tolridge, 29 Dic. 1934. Las elipsis después de «gifts» son de Lovecraft. <<

[496] HPL a R. Bloch, h. ppo. Mar. 1935; a J. V. Shea, 10 Feb. 1935; a A. W. Derleth, 6 Mar. 1935; a E. H. Price, h. 4 Feb. 1935. <<

[497] HPL a W. Conover, 10 Ene. 1937; a R. H. Barlow, 20 Abr. 1935. Impreso, ligeramente abreviado, en HPL: Dreams & Fancies, pp. 50 s. Aparece una versión más corta en HPL a H. V. Sully, 24 Abr. 1935. <<

[498] HPL a A. W. Derleth, 25 Feb. 1935; a R. H. Barlow, 20 Abr. 1935. <<

[499] J. M. Barrie: Peter Pan, acto I et passim; HPL a H. V. Sully, 15 Ago. 1935. <<

[500] HPL a K. J. Sterling, 21 Ene. 1936; a E. H. Colé, 3 Jul. 1935. <<

[501] HPL a E. Tolridge, 20 Dic. 1935; a R. H. Barlow, 13 Jun. 1936. <<

[502] HPL a E. H. Price, 20 Ene. 1936; a A. Galpin, 17 Ene. 1936; a R. H. Barlow, 5 Sep. 1935. <<

[503] HPL a E. H. Price, 21 Ago. 1935; 4 Mayo 1935. <<

[504] HPL: Marginalia, frente a la página 311. En la firma de von Junzt, HPL imitó tan cuidadosamente la escritura alargada alemana que «Friedrich» parece «Fvindvuf», que un comentarista de hecho lo tomó como tal (Charles O. Gray: «Nameless Cults: A History», en The Howard Collector, n 17, Otoño, 1972, p. 23.). <<

[505] HPL et al:. Tales ofthe Cthulhu Mythos, p. 192. <<

[506] HPL a A. W. Derleth, 4 Dic. 1935; HPL: The Horror in the Museum & Other Revisions, pp. 159, 172. Compárese el «Yian-Ho» de «Alonzo Typer» con el «Yian» mencionado en «The Whisperer in Darkness». <<

[507] HPL a N. H. Frome, 20 Ene. 1937; a E. Tolridge, 1 Jul. 1929; HPL: Beyond the Wall of Sleep, p. 321; Sam Moskowitz (ed,): Horrors Unknown (N.Y.:1971),p. 7. Schwartz convenció a otros dos grupos de autores de ciencia ficción para que escribieran historias compuestas para él, pero entre ellos no estaba Lovecraft. <<

[508] HPL: A History ofthe Necronomicon; Beyond the Wall ofSleep, pp. XXVIII s; Derleth: «The Making of a Hoax»; M. W. Wellman (com. pers.); Shaw. Esta es una ampliación del relato en HPL a C. A. Smith, 27 Nov. 1927. El nombre del «Empty Quarter» de Arabia fue mejor transcrito como Rub' al-Khali. En 1973, el aficionado a la ciencia ficción y escritor George H. Scithers publicó una edición de Al Azif (The Necronomicon) en facsímil en el (ficticio) idioma Duríaco, con una introducción cthulhuviana por el que suscribe (Filadelfia: Owlswick Press, 1973). Lovecraft dijo que llegó al significado de azif a partir de una nota de Vathek de Beckford. <<

[509] HPL a R. H. Barlow, 17 Dic. 1935; Shaw; HPL a D. W. Rimel, 28 Sep. 1935; a K. J. Sterling, 20 Nov. 1935. <<

[510] HPL a H. Kuttner, 16Abr. 1936;a R.H. Barlow, 21 Oct. 1935; a R. Bloch, 2 Nov. 1935; a E. H. Price, 15 Dic. 1935. <<

[511] HPL a E. H. Price, 16 Mar. 1936; 14 Mar. 1935; a V. Finlay, 10 Oct. 1936. <<

[512] HPL a E. H. Price, 29 Jul. 1936; a J. V. Shea, 19 Mayo 1936. <<

[513] HPL a E. H. Price, 2 Feb. 1936; 12 Feb. 1936. <<

[514] HPL a D. W. Rimel, 12 Nov. 1935; a R. F. Searight, 4 Nov. 1935. <<

[515] HPL a R. E. Morse, 16 Ene. 1936; a A. W. Derleth, 4 Dic. 1935 (elipsis de Lovecraft). <<

[516] HPL a E. H. Colé, 28 Ene. 1936; a A. W. Derleth, 11 Feb. 1936; 9 Abr. 1936. <<

[517] HPL a H. O. Fischer, 16 Feb. 1937. <<

[518] HPL a R. H. Barlow, 29 Abr. 1936; a J. V. Shea, 19 Mayo 1936. <<

[519] HPL a A. T. Renshaw, 24 Feb. 1936; Koki, p. 297; Renshaw, pp. 20, 22. <<

[520] HPL a H. V. Sully, 12 Mayo 1936; Ortophony se publicó en Fields, Osgood & Co. de Boston. <<

[521] HPL a H. V. Sully, 26 Jul. 1936; a E. H. Colé, 15 Ago. 1936; T. C. Smith: «Report on a Writing Man», en The Howard Collector, I, 4 (Verano, 1963), p. 7 (copyright 1962 por Glenn Lord); R. E. Howard a HPL, fin. Feb. 1931; 1931; The Tempter, en Robert E. Howard: Always Comes Evening (Arkham House, 1957), p. 80. <<

[522] HPL a E. H. Price, 20 Jul. 1936; HPL: «Robert Ervin Howard: In Memoriam», en Fantasy Magazine (Sep. 1936) & Robert E. Howard: Skull-Face & Others (Arkham House, 1946), p. XIII. <<

[523] HPL a W. Conover, 6 Sep. 1936; a D. W. Rimel, 27 Ago. 1936. <<

[524] HPL a A. W. Derleth, 13 Mar. 1935; 16 Dic. 1936. <<

[525] HPL a V. Finlay, 10 Oct. 1936; a R. F. Searight, 11 Ago. 1934; 8 Sep. 1934. <<

[526] HPL a A. T. Renshaw, 19 Sep. 1936. Todas las elipsis (en las dos citas) son de Lovecraft. «Aedepol» es una interjección latina que significa «¡Por Pólux!». «Transhortense» es una acuñación latina de HPL, que significa «a través del jardín». <<

[527] HPL a E. H. Price, 16 Mar. 1936; Edkins, p. 6. <<

[528] HPL a E. H. Price, 16 Mar. 1936; Edkins, p. 4; HPL a W. B. Taiman, 28 Feb. 1937; a R. H. Barlow, 3 Ene. 1937 (fecha equivocada 1936); 27 Dic. 1936. <<

[529] HPL a R. H. Barlow, 30 Nov. 1936; 3 Ene. 1937 (fecha equivocada 1936); Koki, p. 305. <<

[530] HPL a R. H. Barlow, 11 Dic. 1936; a F. Utpatel, 11 Ene. 1937. <<

[531] HPL a R. H. Barlow, 30 Sep. 1936; a V. Finlay, 10 Oct. 1936. <<

[532] HPL a H. O. Fischer, fin. Ene. 1937. <<

[533] HPL a E. Tolridge, 20 Oct. 1936. <<

[534] HPL a W. Conover, 31 Ene. 1937. Elipsis de Lovecraft. <<

[535] HPL a H. O. Fischer, 10 Ene. 1937; a R. Bloch, 7 Feb. 1937. La primera cita sigue con la frase, citada en el cap. 6, que empieza: «Yuggoth, but I’d pay blackmail…» <<

[536] E. P. Morrish (com. pers.); HPL a C. A. Smith, 5 Feb. 1937; a A. W. Derleth, 17 Feb. 1937; Cook (1941), p. 1. Koki (p. 309) dice que «cuarenta» asistieron al funeral. Se trata de un error, que pudo aparecer a partir de la transcripción. <<

[537] CLARK Ashton Smith: *H.P.L.*, en HPL: *The Shuttered Room & Other Pieces*, p. 204. <<

[538] Inventario de la hacienda de Howard P. Lovecraft. Juzgado de Testamentarías de la ciudad de Providence, 6 Mayo 1957 [error por 1937]. El «(sic)» está en el original. <<

[539] Testamento de Annie E.P. Gamwell, 10 de Enero de 1940. <<

[540] K.W. Faig, Jr. (com. pers.); A.W. Derleth a S.H. Davis, 30 Nov. 1947 (en Taiman, p. 29); Tierney (1972); E. Wilson, pp. 287-90, reescritas de un artículo similar en *The New Yorker*, 24, Nov. 1945. <<

[541] C. Wilson, pp. 1-10. <<

[542] Thomas (1950), pp. 43, 109, 115; *The Arkham Collector*, I, 1 (verano, 1967), p. 17. <<

[543] Davidson, pp. 48 s. <<

[544] Starrett, p. 122; Penzoldt, pp. 165 s.; The Arkham Collector, I, 1 (verano, 1967), p. 47; R. Smith, p. 4; Douglas, pp. 266 s., 276. <<

[545] K. Grant, contracubierta; HPL a R.E. Morse, 16 En. 1936. <<

[546] Thomas, p. 180; HPL a H.V. Sully, 15 Ago. 1935; a W. Conover, 6 Sep. 1936; a A.W. Derleth, 5 En. 1929; Cari Van Doren: *Benjamín Franklin* (N.Y.: 1938), pp. 37 s. <<

[547] C.L. Moore (com. pers.); Eclesiastes, IX: 11. <<